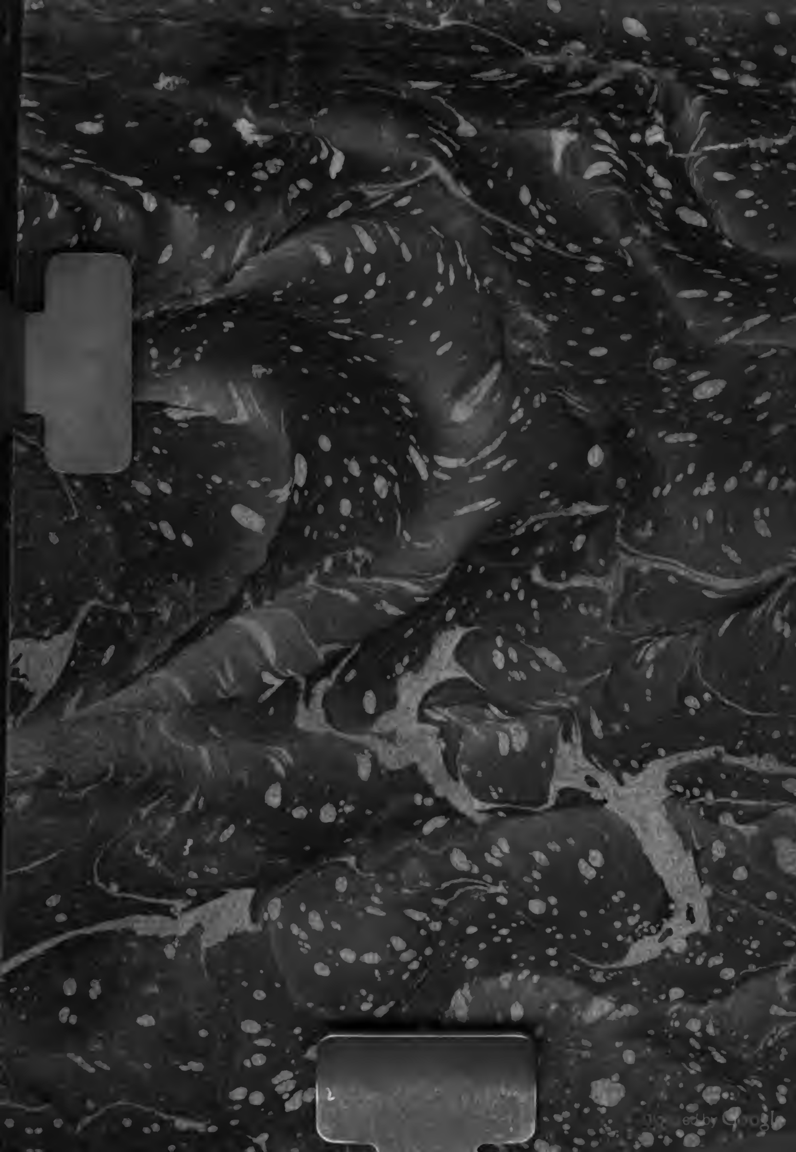




El gran mérito de esta obra está en haver fijado exactamente la geografia de la España antigua con la moderna. Así Dn. Jose Luis Munarris en su compendio de las lecciones sobre la retorica y bellas letras de Hugo Blair part. 2a Cap. 25 pag. 286.

CORONICA GENERAL
DE ESPAÑA,

QUE RECOPILABA

EL MAESTRO FLORIAN DE OCAMPO

CORONISTA

DEL REY NUESTRO SEÑOR

DON FELIPE II.

TOMO I.

EN MADRID:

EN LA OFICINA DE DON BENITO CANO.

Año de 1791.

Se hallarà en la Libreria de Quiroga, calle de la Concepcion ...



D. PEDRO RODRIGUEZ DE CAMPOMANES
CONDE DE CAMPOMANES.

Ximeno la dib. y grabó

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

DON PEDRO RODRIGUEZ

CAMPOMANES,

CONDE DE CAMPOMANES, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA ORDEN DE CARLOS III, DEL CONSEJO DE ESTADO, &c. &c.

EXCELENTISIMO SEÑOR.

La Corónica General de España empezada de órden del invicto Cárlos V por el juicioso Florian

rian de Ocampo, y continuada despues de su muerte por el sabio Maestro Ambrosio de Morales, se habia hecho ya tan rara, como lo publica el excesivo precio á que se solia vender uno ú otro exemplar que se habia salvado de los estragos del tiempo; el hacerla mas comun, y por consiguiente accesible á todo género de personas, ha excitado mi amor al Público, y aun el pensamiento de exôrnarla con algunas notas, que aclarasen ciertos puntos que en la edad de Ocampo pasaban por verdades inconcusas, y que hoy se leen con desconfianza; pero como el hacerlo con la debida dignidad, era asunto muy su-

superior á mis fuerzas, y el fiarlo á alguno de los muchos Eruditos, que actualmente ilustran nuestra literatura, podia dilatarme el gusto de servir á la Patria, y aun empeñarme, como á otros, en disputas y críticas que retardasen mi trabajo: me he determinado á publicar por ahora el texto puro de aquellos dos célebres Escritores, sin apartarme de hacer lo que llevo dicho al fin de esta edicion, si fuese bien admitida del Público.

En el presente estado la pongo baxo el patrocinio de V. E., que á la alta circunstancia de primer Magistrado de la Nacion, une no solo la de hallarse á la cabeza del Ilus-

tre

tre Cuerpo, á quien está confiado el velar sobre la verdad y pureza de nuestra Historia nacional, sino la mas apreciable para mí, y la que es enteramente acreedora á mi reconocimiento, que es la de la distinguida proteccion que V. E. concede ā mi persona.

Mis patrióticos deseos, y los pasos que doy para realizarlos, espero me sirvan de algun mérito para que V. E. se digne disculpar la confianza con que se presenta á su Persona.

EXCELENTISIMO SEÑOR:

Su mas rendido y obligado servidor

Benito Cano.

NOTICIA
DE LA VIDA Y ESCRITOS
DEL MAESTRO
FLORIAN DE OCAMPO.

Carecieramos de la mayor parte de las noticias de la vida de Florian de Ocampo, si los mismos sucesos de ella no nos facilitasen las que nos han escaseado tantos insignes Literatos como han florecido despues de este grande hombre, que por lo comun se han contentado con dar alguna vaga idea de sus encargos literarios, de la obra que en desempeño de ellos se ha publicado en sus dias, y de algunas otras que hasta ahora no han visto la luz pública, y cuya exîstencia aun es dudosa. Esta indiferencia por las acciones de un varon tan benemérito en la república de las letras, es la que me ha movido á solicitar las noticias mas exâctas para formar

estas memorias, que podrán servir como de guia, para que alguno de los muchos hombres curiosos de la nacion aumente sus diligencias hasta descubrir las que conduzcan á dar la última mano á este bosquejo. Con el fin, pues, de conducirlo hasta la perfeccion posible, he solicitado en Alcalá de Henares y en Zamora se reconociesen los libros de aquella insigne Universidad, y de aquel Ilustre Cabildo, para descubrir algunas noticias de un alumno que tanto les ha honrado con su pluma y con su vida; procuré se practicase lo mismo en el Archivo de Simancas, en donde comò ya diré mas adelante sospechaba podian haberse sepultado sus escritos y papeles, pero todo hasta ahora me ha salido vano; y acercándose ya el tiempo de cumplir con el Público, y de hacer la entrega de los dos tomos que contienen los cinco primeros y únicos libros de la Crónica de nuestra España escrita por este juicioso varon, me ha parecido que al frente de

ellos,

ellos, y no en otra parte, correspondia el estampar quanto conduxese á dar una idea de su vida y de sus obras, que sirviese á preparar los ánimos de los lectores, para que entrasen con mas gusto y ménos preocupacion en su lectura.

Como en el discurso de estas memorias indicaré escrupulosamente los Autores de quien las he tomado, no me detengo ahora á individualizarlos; pero no por eso pretendo defraudar al célebre D. Nicolas Antonio de la gloria que puede resultarle de haber sido el primero que, en la misma forma que lo ha practicado con otros Literatos, nos dexó en su inmortal Biblioteca Hispánica tan bien dispuesto el artículo de nuestro Ocampo, que á no ser por la diligencia de este infatigable Escritor, no hubiera hallado hilo que me conduxese en este laberinto.

Con razon puedo explicarme así quanto á D. Nicolas Antonio, pues á no ser por él, acaso ignorariamos una de las épo-

cas mas esenciales de la vida de nuestro Ocampo. Esta es la de su nacimiento conservada en la peticion 128, que los Reynos congregados en Valladolid en el año de 1555 hiciéron al Sr. Emperador Cárlos V; á cuyo nombre presidia las Cortes su hija la Infanta Doña Juana Princesa viuda de Portugal, suplicándole que para que Ocampo pudiese continuar su Crónica con mas descanso, se sirviese S. M. concederle una pension de 400 ducados sobre alguna Dignidad de las que se hallaban vacantes, ó en la primera que vacase con retencion de su Prebenda, aunque sin el goce de sus réditos. Esta peticion, hecha sin duda con arreglo á algun memorial que daria Ocampo, ó á lo ménos con acuerdo suyo, se coloca en las notas, porque tendrémos que citarla algunas veces: en ella dicen los Reynos que aquel año era el cincuenta y cinco de su edad; y siendo así que las Cortes empezáron al principio de él, resulta que su

na-

nacimiento habria sido en el de 1499, disponiendo la Providencia que el de este Héroe Literario fuese precursor del del insigne Guerrero á quien habia de servir de Cronista, esto es, de nuestro grande Emperador el Sr. D. Cárlos V; no obstante esta noticia que nos aclara el año, no nos determina el dia, ni ménos he podido descubrirlo por otra parte, aunque particularmente lo he solicitado en Zamora, de donde los Procuradores de los Reynos dicen que era natural Ocampo y de noble linage (1).

No

(1) Cortes de Valladolid del año de 1555, presididas por la Serenísima Señora Doña Juana de Austria, Princesa viuda de Portugal, hija del Sr. Emperador Cárlos V. Los Procuradores de los Reynos en la proposicion 128 hiciéron presente á S. M. lo que sigue: "Florian de Ocampo, natural de la Ciudad de „Zamora, de noble linage, Cronista de V. M. que es „agora de edad de 55 años, movido de su natural inclina„cion, ha escrito 28 años en la Crónica de España; comen„zando desde el Diluvio Universal, hasta que V. M. „comenzó á reynar en ella, la qual dicha Crónica di„vide en tres partes; la 1.ª desde el dicho tiempo has„ta la Natividad de nuestro Salvador y Redentor Jesu„Christo, que contiene 20 libros: la 2.ª desde la Na-

„ti-

No le faltan á Ocampo documentos con que acreditar este concepto, aun quando

„tividad hasta la entrada de los Moros en tiempo del „Rey D. Rodrigo, que tiene otros 20 libros: y la 3.ª „desde la dicha entrada de los Moros hasta que (segun „dicho es) comenzó á reynar V. M., que en ésta se„rán 40 libros, y por todos son 80 libros, é los cin„co libros primeros de la primera parte escritos y im„presos, y segun dice puesto en registro lo mas prin„cipal y substancial de todo lo restante en las dichas „tres partes; y que V. M. siendo informado de esto, lo „recibió por su Cronista en el año pasado de 1539, „y continuó la dicha historia hasta el año siguiente „pasado de 1547, que fué provcido de una Calongía „de la Iglesia de Zamora; y que á causa de su resi„dencia en la dicha Iglesia, por no tener otra cosa „con que se poder sustentar, no ha podido despues „acá entender en la dicha Crónica, y así está sus„pensa. Suplicamos á V. M. que teniendo considera„cion á que España es una de las mas principales Pro„vincias del Universo, donde mas notables hazañas „se han hecho por los naturales de ella, así en tiem„po de guerra que tuviéron con los Cartagineses, Ro„manos y Godos, como despues que los Moros en„tráron en ella, y en su recuperacion por los Chris„tianos desde el Rey D. Pelayo hasta el tiempo de la „final restauracion por los Señores Reyes Católicos „D. Fernando y Doña Isabel, que hayan gloria; y „por falta de Autores esten puestas en olvido. E que „dicho Florian de Ocampo con gran trabajo de su „persona y espíritu, como dicho es, é costa de su „hacienda las ha recopilado, y teniendo lugar las sa„cará á luz, de que á estos Reynos se seguirá nota„ble

do toda la Nacion junta en Cortes no lo confesase; no era solo de noble, sino de ilustre nacimiento, lo que él tuvo buen cuidado de acreditar, componiendo un tratado en que probaba la mucha distincion de la familia de Valencia de que descendia; y aunque no habemos podido descubrir este tratado, sabemos que ha si-

„ble beneficio, así porque en todo el Universo en-„tenderán el valor que siempre ha habido en los Es-„pañoles, como en que será exemplo á los presentes „y venideros para seguir é imitar en los hechos he-„roycos á sus pasados, y desviarse de lo contrario, „y visto el galardon que los buenos consiguiéron, y „la pena que á los malos se dió. V. M. sea servido „de le hacer merced para su sustentacion de hasta „400 ducados de pension, sobre alguna Dignidad de „las que estan vacas en estos Reynos, ó en la pri-„mera que vacare, que es otro tanto como diz que „valen los réditos de la dicha Calongía de Zamora, „de los quales él no podrá gozar continuando la di-„cha Crónica, aunque haya de tener en su cabeza la „dicha Prebenda, como se entiende que le queda, por-„que de esta manera estará libre y desocupado para „acabar la dicha Crónica, sin obligacion de la dicha „residencia de la dicha Calongía, que en ello de mas „que V. M. será servido, estos Reynos recibirán muy „particular merced de V. M." Síguese la respuesta así: „A esto vos respondemos que mando á los del „nues-

sido escrito por Ocampo, y que ha exîstido en poder de Argote de Molina, pues le cita, y dice haber visto, lo que igualmente se infiere haberle sucedido á D. Luis de Salazar y Castro, que en una Biblioteca de Genealogistas Españoles, que con fecha del año de 1702 exîste manuscrita en el Archivo del Real Monasterio de Monserrate de esta Corte (1), le

„nuestro Consejo se informen del estado en que tie„ne la dicha Obra, y nos informen para proveer con „brevedad cerca de lo contenido en esta peticion."

En la 129 añadiéron: „Asimismo suplicamos á V. M. „que habiendo consideracion á todo lo susodicho, y „que en la dicha Crónica trabajó el dicho Florian de „Ocampo mas de 15 años ántes que fuese recibido por „Cronista, le haga merced de mandarle librar nueve años „que se le deben de la dicha quitacion, no embargan„te que no los haya residido en Corte, y que de „aquí adelante se le libre aquella, aunque no resida „(como se hace con otros Cronistas), pues ha de „trabajar en dicha Crónica = Respuesta = En esto vos „respondemos, que ternémos cuidado de hacer toda „merced."

(1) Este manuscrito, que tiene por título Biblioteca Genealógica Española, me le ha franqueado la generosa amistad del P. M. Fr. Benito Montejo, Cronista general de la Religion de San Benito, y en ella se halla el artículo siguiente: „Florian de Ocampo, Ca„nó-

le coloca entre ellos atribuyéndole este opúsculo.

En el artículo de Ocampo dice el Autor de esta Biblioteca, que esta Genealogía de la Casa de Valencia, escrita por Ocampo, la cita y sigue Gerónimo Gudiel en la obra que escribió con el título de Compendio de los Girones, y así lo he verificado, descubriendo en dicha obra, y al hablar de la predicha familia, el artículo que coloco en las notas, y en el qual se puede ver su ilustre descendencia de las Reales Casas de España y Portugal, y en el Arbol que se cuenta 11 entre los que la acompañan; el de dicha Casa que empieza en D. Juan de Valencia, Mariscal de Castilla en Zamora, casado con Doña Beatriz de Acuña y Gi-

„nónigo de Zamora, y Autor del primer tomo de „la Historia de España, dexó manuscrita la Genealo-„gía de la Casa de Valencia de quien él procedía por „varonía. Esta obra cita y sigue Gerónimo Gudiel en „el Compendio de los Girones.“

Giron, de quien fué hijo D. Diego de Valencia, que en Sancha García de Ocampo, tuvo por hijo natural á Lope de Ocampo, padre de nuestro Florian (1), no nos ex-

(1) Gudiel Compendio de algunas Historias de España, Arbol II de los Valencias Mariscales de Zamora: Otra hija de Doña Teresa Tellez Giron, y de su marido Martin Vazquez de Acuña, fué Doña Beatriz de Acuña, que casó en Castilla con Juan de Valencia Mariscal de Zamora, cuyo linage desciende del Infante D. Juan hijo del Rey D. Alonso el Sabio, por legítima sucesion: fué el Infante casado con Doña Margarita hija de Ludovico Marques de Monferrate de Lombardía, á quien el Rey D. Alonso su suegro dió en arras la Villa de Valencia de Campos: y hubo el Infante en esta Señora un hijo llamado D. Alonso, de cuyo parto murió; y el Infante casó segunda vez con Doña María Diaz de Haro Señora de Vizcaya, en quien tuvo á Don Juan el Tuerto. El hijo mayor llamado D. Alonso casó con Doña Juana de Castro, hija de D. Fernando Ruiz de Castro, y de su muger Doña Violante, hija del Rey D. Sancho de Castilla, la qual Doña Juana quedando preñada parió á 10 dias despues de la muerte de su marido dos hijos, al mayor de los quales llamáron D. Fernando Alonso, y al 2º D. Alonso Fernandez que fué Obispo de Zamora. Estos dos hermanos siendo niños quedáron en tutela de su tio el Infante D. Juan el Tuerto, á quien el Rey D. Alonso II.º en el principio de su reynado quitó la vida y hacienda, y á vueltas de ella los bienes de los menores. El mayor de ellos, que era D. Fernando Alonso, casó con hija legítima del Rey D. Alonso de Portu-

expresa este Autor las circunstancias de la madre de Lope, ni aun la Nacion; pero D. Nicolas Antonio nos dice era Portuguesa, y aun parece lo da á entender el apellido; pero yo hallo que este era antiguo y distinguido en Zamora, y que entre los Procuradores que asistiéron

en

tugal, y siguió siempre la voz del Rey D. Pedro contra su hermano D. Enrique, por lo qual le restituyó todos sus bienes. Pero reynando D. Enrique, fuéle forzoso pasarse en Portugal, donde murió privado de toda su hacienda, dexando tres hijos, Hernando de Valencia, que fué Frayle Gerónimo, y fundó el Monasterio de Montamarta, el 2.º Alonso de Valencia, y el 3.º Juan de Valencia, con quien casó Doña Beatriz de Acuña hija de Martin Vazquez de Acuña, y de Doña Teresa Tellez Giron, cuya descendencia es la siguiente = Aquí sigue el Arbol, del que solo copiamos en el texto lo que toca á nuestro Ocampo, y añade Gudiel: Todo esto se halla en un Arbol que hizo de este linage el Maestro Florian de Ocampo; aunque se engañó diciendo que Doña Beatriz de Acuña fué hija de la Infanta Doña María Condesa de Valencia, con quien fué casado segunda vez Martin Vazquez de Acuña, porque es cierto que él no supo del primer matrimonio del Conde con Doña Teresa Tellez Giron, que fué Señor de Belmonte; y viudo de la Girona en Portugal, pasó á Castilla, y el Rey D. Enrique el III.º lo casó con la Condesa de Valencia, por satisfacerle la venida á este Reyno.

en Toledo á las Cortes del año de 1538 se halló por aquella Ciudad uno llamado Jacobo de Ocampo, sin que deba detenernos para formar este concepto la flaqueza en que habia incidido la abuela de nuestro Florian, pues para éstas no faltan disculpas en los ojos de los hombres, aun á las mugeres de su clase, mayormente quando el sugeto que se aprovecha de la debilidad del sêxo es tan ilustre como D. Diego de Valencia; tampoco sabemos con quién estuvo casado Lope, porque éstas y otras noticias son parte de las muchas que se escapáron á mis diligencias, pero con lo dicho tenemos quanto basta para acreditar el nacimiento de un hombre modesto, que debe fundar mas bien su distincion en su virtud y letras, que en los pomposos timbres de sus ascendientes.

Ignoramos igualmente el estado de conveniencias en que se hallaba el padre y familia de Ocampo, y aun si tuvo

mas hermanos, pero debemos conjeturar que aquel no seria muy escaso pues vemos que no limitando Lope la instruccion de su hijo, á la que podia recibir en su casa ó en las Universidades inmediatas á ella, quiso pasase á adquirirla en la de Alcalá, en la qual como que estaba en los primeros años de su fundacion, florecian sobremanera los estudios dirigidos por los hombres mas sabios de la Nacion; cúpole á Ocampo por Maestro uno de los primeros de estos, que instruyéndole en las humanidades le abrió la puerta para las mas ciencias que con el tiempo llegó á poseer; tal fué el insigne Gramático é Historiador Antonio de Nebrija (ó de Lebrija), de quien el mismo Ocampo dice fué su preceptor, á quien cita algunas veces, y de quien siempre habla con mucho respeto y estimacion (1). Tu-

(1) Acuérdome yo que siendo muchacho en el Estudio de Alcalá de Henares, oia muchas veces platicar al Maestro Antonio de Nebrija. lib. 2. cap. 30. p. 385. p. 14.

Tuvo de compañeros en sus estudios á los célebres Juan de Vergara, Alfonso Matamoros, Ambrosio de Morales, Juan Paez, Albar Gomez y á otros varios, con cuyo trato y comunicacion llegó á adquirir tal concepto, que hablando de él el ya dicho Alfonso García Matamoros, en su tratado de las Academias y Varones Ilustres que en su tiempo florecian en España, le colocó entre los Historiadores mas famosos, á quienes el Sr. Emperador Cárlos V. habia escogido para sus Cronistas, y de quienes dixo que aunque diversos en el estilo, no lo eran en el cuidado con que escribian sus hechos, pues observaban ante todas cosas la primera ley de la Historia, que era no decir cosa que no fuese cierta, ni ocultar la que fuese verdadera. Estos Cronistas eran Pedro Megía, Juan Gines de Sepúlveda y el ya dicho Ocampo, del qual despues de hablar de los dos primeros, añade Matamoros

que

que era varon singular, que representando la antigua magestad del Imperio, se aplicaba principalmente á escribir la Historia con estilo tan puro, grave y eloqüente, que pasaria á los futuros siglos en el concepto de un clarísimo Historiador (1).

Habia hecho Ocampo progresos rápidos en la carrera de sus estudios, debidos sin duda á la diligente y atinada instruccion de Nebrija, en cuyo freqüente trato nos persuadimos adquirió su grande inclinacion á descubrir las antigüedades

(1) *Habet noster Cæsar tres quos ego noverim ornatissimos viros, qui rerum à se gestarum diverso quidem stilo, sed non dispari fide aut diligentia conscribunt, qui cum primam historiæ legem religiosissime servent primum ne quid falsi dicant, deinde ne nequid veri non audeant ita omnes historiæ virtutes complexi sunt; illud Senecæ locum non habeat, quis nunquam ab historico jusjurandam accepit. Postremus est Florianus qui mihi vir unus et veterem majestatem Imperii repræsentat, et quadam cum gravitate eloquentiæ et puritate sermonis Hispani, ad scribendam historiam se maxime applicat clarissimum historici nomen transmisurus ad posteros.* Matamoros *de Academiis et doctis viris Hispaniæ.*

des y orígenes, y las ilustres acciones de los naturales de nuestra España, esparcidas y derramadas en tantas Crónicas manuscritas, que á no haber ocurrido el feliz hallazgo de la Imprenta, y á no haber aplicado su mucha diligencia otros varones tan curiosos como Ocampo, hubieran sido devoradas por la polilla, ó consumidas por el polvo.

Aun no habia cumplido nuestro Ocampo los 27 años de su edad, quando ya habia empezado á escribir la Crónica que vamos á publicar, y que tanto le ha dado á conocer: así lo aseguran los Procuradores de las Cortes en la ya citada Peticion del año de 55, representando á S. M. que por espacio de 28 años se habia ocupado en escribirla, y que ya en aquel año tenia impresos los cinco primeros libros, y puesto en registro lo mas principal y substancial de todos los restantes, que debian de ser otros 75 divididos en tres partes. No solo de lo dicho

cho sino de lo que se puede entender de dicha Crónica, inferimos que el plan que Ocampo se habia formado era muy extenso, y que para desempeñarlo habia procurado adquirir todos los conocimientos especulativos y prácticos necesarios, leyendo no solo los Autores Griegos y Latinos, sino los Españoles, y de otras Naciones que tratan de nuestras cosas, como se conoce en las freqüentes citas y remisiones que hace á ellos (1).

Habia viajado y reconocido no solo las principales provincias de España, sino su costa y puertos, como se infiere de la circunstanciada noticia que nos da de unas y otras al hablar de las divisiones de las primeras, de la direccion y rumbos de la segunda, y de la comodidad y aparejo de los terceros, sin

(1) Véase su Prólogo, y lo que dice al fin del cap. 3. del lib. 3.

Véase lo que dice de sus viages por España en el discurso de su Crónica.

sin olvidar la parte fisica, y estructura de los montes que constituyen la armazon de toda la península (1).

No se habia contentado Ocampo con los viages practicados en ella, parece se habia extendido hasta los helados climas del Norte, llegando en alguno de ellos hasta las costas de Irlanda, pues, hablando en el cap. 7. del lib. 1. de la descendencia que los naturales de aquella Isla pretendian tener de los antiguos Españoles, nos dice que quando estuvo con algunos paisanos suyos en el puerto de Craunfort, fuéron él y sus compañeros tratados con mucho cariño por aquellas gentes, que les apretaban las manos, y les recordaban el antiguo comun orígen y parentesco de las dos Naciones: el motivo que pudo haber conducido á Ocampo á partes tan remotas, ya nos dice allí mismo que fué una tempes-

(1) Véase el cap. 6. del lib. 2.

pestad, pero el que pudo haber tenido para este viage marítimo lo ignoramos: y aunque pudo haber sido efecto de algun extravío de la juventud, lo mas verosímil es creer, que ocupado desde sus primeros años del gran proyecto de formar la Crónica general de la Nacion, inspirado y aconsejado de su sabio Maestro el gran Nebrija, tuvo por preciso el extenderse hasta tan léjanos paises, para buscar documentos con que comprobar las antiguas emigraciones y viages de nuestros Españoles.

El mismo Ocampo, hablando de los suyos, dice haberlos emprendido con el deseo de conocer el mundo, pero parece que no se habia contentado con esto solo, pues aprovechándose de las proporciones que facilita el trato, con los sabios de varias Naciones habia procurado instruirse en las ciencias matemáticas, y particularmente en la Geometría y en la Mecánica; así nos lo asegu-

ra el mismo en el fin del cap. 41. del lib. 5., en que despues de describir las máquinas inventadas por Arquimedes, y particularmente las de que se habia servido este gran Matemático en el sitio de Siracusa, recomendando el estudio de la Geometría, y las ventajas que sacarian de él, aun los puramente prácticos, añade: "que suspende de hablar de es-
» ta materia en la Crónica, porque si Dios
» le diese vida libre de turbacion y fa-
» tiga recopilará un volúmen aparte con
» el favor del César, y que en él pon-
» drá y señalará quantos ingenios de fue-
» go, de viento, de pez y de ayre te-
» nia vistos por algunas provincias, en
» que los deseos de conocer el mundo le
» traxéron algunos años de su juventud,
» y mas otros hartos que dexáron escri-
» tos y tratados Heron Alexandrino, Se-
» reno Romano, Vitrubio Polion, y des-
» pues de ellos Alchindo, Rogerio Ba-
» con, y Campano, y en fin de todos
» Geor-

„Georgio Vala, Placentino y Juan de
„Monte Regio (vulgarmente Regio Mon-
„tano) Aleman, con lo mas que pudie-
„se descubrir en qualesquiera libros la-
„tinos de dicha facultad, y lo que hu-
„biese trabajado por sus imaginaciones
„y cuidados, &c."

Por lo dicho se conoce que Ocampo en nada era inferior á los Matemáticos de su tiempo, pues aunque de ello no nos ha dexado pruebas claras y positivas, á lo ménos de sus expresiones se deduce que se hallaba en estado de podernoslas dar, pues indica suficientemente las fuentes de donde podia tomarlas, y los medios de que podia valerse para escribir un tratado de unas ciencias que en aquel entónces no habian hecho tantos progresos entre nosotros, como al presente, y aun quando querramos negarle esta posibilidad, á lo ménos no podemos dexar de confesar que Ocampo para escribir su Crónica, habia procurado de an-

antemano exôrnar su imaginacion con todos aquellos conocimientos necesarios para sacarla perfecta, y para poder discurrir en todos los asuntos que se le ofreciesen con la inteligencia y propiedad convenientes; y así se dexa ver en aquella siempre que ocurre hablar en cosas de guerra, como sitios de plazas, marchas de exércitos, batallas y expediciones militares, y de producciones naturales de los paises, como plantas, yerbas, piedras y animales, á quienes da los nombres mas recibidos de los Naturalistas antiguos y de su tiempo, explicando algunas veces sus propiedades y usos en la Medicina y en las artes, de suerte que sin reparo podemos decir, que si Ocampo hubiese podido concluir su grande obra, como él la llama, nada nos hubiera dexado que desear, ni en la parte histórica, ni en la geográfica (1).

No

(1) Véase lo que dice en el lib. 4. cap. 1. sobre la yerba Pastel, en el lib. 1. cap. 4. en el que habla de la

No solo se habia dedicado Ocampo á los predichos estudios, sino que se hallaba igualmente instruido en las lenguas Latina y Griega: aun quando no debiesemos inferirlo así de un sugeto que habia hecho sus primeros estudios baxo la direccion del sabio Nebrija, en su misma obra hallamos señales nada equívocas de que poseia la primera por el freqüente uso que hace de los Autores que escribiéron en ella, y no ménos de la segunda, que en aquel tiempo era tan de moda y tan necesaria á todos los que se dedicaban al estudio de las antigüedades, y á la inteligencia de los códices antiguos, que con el renacimiento de las ciencias empezaban á sacudirse del polvo á que se hallaban condenados por la ignorancia de los tiempos bárbaros.

Ha-

la visita que habia hecho á las minas de Cartagena, en el cap. 1. lib. 1. adonde ofrece dar la historia de los Atunes, y noticia de su pesca.

Hablando, pues, nuestro Autor (1) del orígen que en aquella segunda lengua tienen los nombres de muchos Pueblos de nuestra España, despues de fundar el que igualmente tuviéron varias costumbres, y usos Griegos conservados entre los Españoles, cita las muchas palabras que se hallan en nuestro idioma, de las quales dice daria suficiente relacion si no fuese materia diversa de lo que pertenecia á su Crónica; pero aun quando querramos descartar su dicho, como de persona tan interesada en acreditar sus conocimientos: ¿cómo podrémos ocultar el juicio que de su mucho saber hiciéron los hombres mas sabios que hablan de él? Vaseo en el cap. 4. de su Cronicon le trata de Escritor

(1) Véase el cap. 2. del lib. 2. y en el lib. 3. cap. 1. en que habla del rio Limia, llamado Esemea, en el que da á entender habia reconocido varios códices de Estrabon, y esto no podia haberlo practicado sin inteligencia de la lengua en que dichos códices estaban escritos.

tor de mucha lectura, y en los asuntos históricos de infatigable diligencia; Matamoros, como ya va dicho, dice que en su concepto era único en la pureza, gravedad y magestad de su estilo; Franckenau (ó sease D. Lucas Cortés) en su Biblioteca Heráldica añade que era versadísimo en la Historia y monumentos de su Patria, y sobre todos basta D. Nicolas Antonio para acreditar con su juicio quanto llevo dicho, y baste solo en prueba de su mucho talento la noticia de que todos estos extensos conocimientos los poseia Ocampo á los 27. años de su edad, en que como ya va expuesto, y se afianza en la representacion de los Reynos habia empezado su Crónica. Ocupado principalmente en ella continuó hasta los 47. en que fué provisto por sus méritos en una Prebenda de la Iglesia de Zamora, como lo asegura la misma representacion, y en cuyo año distraido con las graves obligaciones de su Minis-

terio Sacerdotal, levantó la pluma de este trabajo, y se entregó enteramente al desempeño de ellas. (1)

Con la noticia de sus estudios y trabajos en la Crónica de España, habia sido escogido por el Emperador Carlos V. para su Cronista en el año de 1539. y se habia hecho ya tan digno de este título ántes de 1553. que en él le contaba Matamoros por uno de los tres que sobresalian en este exercicio. (2)

No le habia impedido la predicha ocupacion á Ocampo de aplicar su cuidado á otras de igual clase, procurando se hiciesen públicos aquellos antiguos documentos en que afianzaba la verdad de su Crónica, tal era entre estos la que habia mandado recoger el sabio Rey D. Alon-

(1) Por una noticia recibida de Alcalá, sabemos que Ocampo habia sido Prebendado de la Iglesia Magistral de S. Justo y Pastor ántes que Canónigo de Zamora.

(2) La Obra de Academiis et claris Hispaniæ Scriptoribus, &c. se imprimió en dicho año de 1553.

Alonso, y que corria manuscrita con el nombre de General; habíasela prestado el Jurisconsulto Martin de Aguilar, y la estaba leyendo en el año de 1541. quando los Libreros de Zamora le suplicáron les franquease alguna obra en que exercitar su profesion, y que fuese de utilidad y honra de estos Reynos, y entónces les entregó dicha Crónica, á la que hizo una especie de Prólogo en que la dedicaba á D. Luis de Zuñiga y Avila, y en que daba razon de los libros de que para su formacion se habia valido el Rey Sabio. (1)

Eran

(1) El Editor de las Memorias, que en sus viages recogió el Rmo. Florez, dice que en el Colegio de S. Bartolomé de la Ciudad de Salamanca encontró el P. Florez parte de esta historia del Rey D. Alonso el Sabio escrita de mano, y que al principio tiene la siguiente nota: „Esta historia es la mitad, ó la mayor parte de la „que mandó escribir el Rey D. Alonso el Sabio, y contiene la poblacion de España, por Tubal, hasta el Rey „D. Ordoño el II. y año de 893. y aunque la imprimió „con la parte restante Florian de Ocampo, es este manuscrito de mucha estimacion por ser muy antiguo, y „estar aquí la historia mucho mas cumplida y perfecta,

„y

Eran tan vehementes los deseos que la Nacion tenia de ver la Crónica de Ocampo, que no pudiendo resistir en el mismo año á las súplicas de los mismos Libreros, hubo de ceder á sus instancias y entregarles los primeros quatro libros de ella que á costa de Juan Pedro Museti se imprimiéron en Zamora por Juan Picardo en letra de tortis, en el año de 1544., y fué tal el despacho que tuviéron que luego se repitió otra edicion en la misma Ciudad mas purgada y correcta, aunque reducida al volumen en 4.° para mayor comodidad de los lectores, que por estas señas no debian de ser pocos.

Parece que en el año de 1547. habia le-

„y tener muchos mas capítulos mas enteros, y llevar „mejor el cómputo de los años que en la impresa, y „tiene tambien otra utilidad que es el hallarse aquí los „vocablos y voces castellanas antiguas en su pureza, sin „haberse limado al tiempo presente, como la imprimió Florian de Ocampo." Esta advertencia la publicamos por si algun dia se reimprimiese esta Crónica de lo que es muy digna.

levantado Ocampo la mano de la Crónica, segun lo expresan los Procuradores de los Reynos, dando por causa las ya dichas ocupaciones de su Prebenda, pero éstas no le impidiéron el aplicarse á otros trabajos, pues por una carta suya escrita en 13. de Mayo de dicho año, á Juan de Vergara, Secretario que habia sido del Cardenal Cisneros, é ya Canónigo de Toledo, sabemos habia empezado un Comentario de los hechos del Cardenal, sin duda para corresponder de algun modo á la buena educacion que habia recibido en la Universidad de Alcala, fundada á expensas de este virtuoso y magnífico Prelado. Esta carta la cita D. Nicolas Antonio, y Alvar Gomez de Castro escritor de la vida del Cardenal, en la Epístola que la precede, y en que da razon de los documentos que habia tenido presentes para ordenarla, dice que habia recogido un Comentario original de la vida de su amo escrito por Ocampo, y dirigido á dicho Ver-

Vergara, quando pensaba escribir la de aquel grande hombre. (1)

El mismo Alvar Gomez asegura en la ya citada Epístola que Ocampo habia emprendido la continuacion de los Opúsculos de Fernando del Pulgar, y el tratado de los Varones Ilustres de nuestra Nacion de Fernan Perez de Guzman, y aunque hubieramos ganado mucho en que los hubiese concluido, y que hubiesen llegado á nuestros dias para conocer á los célebres coetaneos de nuestro Ocampo, que sin duda serian el objeto de sus elogios, no podemos excusarnos de sentir y de hacer un cargo á Ocampo, de que ocupándose en estos asuntos, hubiese descuidado del principal que era la continuacion de su Crónica, que no llevó mas allá del li-

(1) *Venit etiam in meas manus Comentarius Auctographus Floriani Ocampi, Regii Historici de Ximenio; quem ille ad Vergaram vulgari sermone misserat, cum hanc historiam scribere meditaretur; apud Hispan. ilustrat. pag.* 930. *tom. Primi. Edit. Francofurti* 16.

libro 5. cogiéndole la muerte sin duda quando ménos lo pensaba, pues á no ser así, no hubiera interesado á los Procuradores de los Reynos á que en el mismo año de su muerte, y pocos dias ántes que ésta hubiese acaecido, representasen al Soberano que no podia continuarla sin vacar enteramente á la asistencia del Coro, y mas obligaciones de su Prebenda.

El preciso dia en que la parca cortó el hilo de la importante vida de nuestro Cronista, no podemos determinarlo, porque parece que en Zamora no se conservan libros de obitos de aquel tiempo; pero procuraremos reducirlo al menór espacio posible.

La peticion del Reyno se hizo en los primeros meses del año de 55. y esto no dexa duda de que Ocampo vivia á la sazon; mayormente quando el Presidente de las Cortes defirió á ella mandando que los de su Consejo se informasen del estado en que tenia Ocampo dicha Crónica.

En las Memorias que para la vida de Gerónimo de Zurita escribió el Doct. Diego Joseph Dormér con el título de *Progresos de la Historia en el Reyno de Aragon, y Elogios de Gerónimo de Zurita*, entre otros muchos documentos que contribuyen á ilustrar la Historia Literaria del siglo 16. se hallan varias cartas de correspondencia entre los literatos que floreciéron por todo él: entre éstas pone una de Juan Paez de Castro escrita en Bruselas á 26. de Abril de 1555. y dirigida al ya dicho Zurita, en la que le dice » que allí se cor» ria haberse muerto Florian de Ocampo, » que Dios le perdonase, y que no seria » malo hacer diligencia de haber sus co» sas, á lo ménos lo de mano, así suyas » como de otros, pues creia que las tenia » buenas." (1)

Por otra carta tambien dirigida á Zurita, que se halla en la misma coleccion,

y

(1) Veáse la pág. 484.

y que fué escrita en Londres en 24. de Mayo del mismo año, por Juan Verzosa, que á la sazon se hallaba en aquella Corte en compañía del Sr. Gonzalo Perez, se confirma la especie que habia corrido en Bruselas, pues dice que el dicho Gonzalo Perez, le habia prometido á Juan Paez la plaza de Historiador que tenia Florian, como así se ha verificado, pues en 3. de Junio del mismo año le avisó Juan Paez á Zurita, de la merced que el Rey le habia hecho nombrándole *con mucho placer y voluntad sucesor de Ocampo* (1).

Las noticias contenidas en las anteriores cartas no nos dexan la menor duda de que á fines de Marzo de 55 ya nuestro Cronista habia pagado el comun tributo, pues quando ménos debemos suponer un mes para que la de este suceso hubiese llegado á Flandes, y miéntras

(1) Véase la misma pág.

tras no se descubran otras mas auténticas, á dicha época dexarémos reducida su muerte, y pasarémos á dar razon de sus escritos, entre los quales debe contarse, como el principal, el de la Crónica, cuya edicion da motivo á estas memorias.

Aun quando Ocampo no hubiese explicado extensamente en su Prólogo el plan que se habia formado para ella, lo declaran por menor los Procuradores de las Cortes, fundados sin duda en la memoria que para la peticion que hiciéron en su favor, les habia dispuesto el mismo interesado. De dicha peticion consta que debia comenzar desde el Diluvio Universal, hasta principio del Reynado del Sr. Emperador, que estaba dividida en tres partes, conteniendo la 1.ª desde dicho Diluvio hasta la Natividad de nuestro Redentor Jesu-Christo, 20 libros; la 2.ª que constaba de otros 20 libros, desde la Natividad del Señor, hasta la en-

entrada de los Moros; y la 3.ª que debia comprehender los 40 libros restantes, desde la irrupcion de estos bárbaros hasta la época prefixada. De todos los 80 libros confiesan los Procuradores de las Cortes que solo tenia hasta el tiempo en que éstas se celebraban, escritos é impresos los 5 primeros de la primera parte, pero que segun decia tambien tenia puesto en registro lo mas principal y substancial de todo lo restante, que igualmente por dicho del mismo no debia pasar de tres tomos; pero Vaseo contemporáneo suyo advierte que el todo de la obra constaria de quatro en folio, y no me parecen muchos si atendemos á los objetos que debia comprehender, pues no solo estaban estos reducidos á la sencilla relacion de los sucesos, sino que al hablar de los tiempos modernos ofrecia darnos una extensa y circunstanciada descripcion topográfica de todos los Pueblos de España, con una exâcta noticia de

sus producciones naturales en todos los tres Reynos, como en varias partes de su obra se puede ver.

Todas estas lisongeras esperanzas se nos desvaneciéron con la muerte de nuestro Ocampo, sin que despues de ella tuviese quien le defendiese de las tachas que le ponen en lo publicado, porque por una parte por el estado Sacerdotal á que se habia consagrado no le quedaban hijos, que herederos de sus obras y virtudes, tomasen interes en sostener su crédito, y por otra no siendo individuo de alguna Comunidad Religiosa, tampoco tenia hermanos á quienes el espíritu que suele reynar en éstas empeñase en sostener sus opiniones. No los tenia Ocampo naturales, ni aun acaso parientes próxîmos, pues á haberlos tenido era regular hubiese legado en su favor los cortos bienes que constituian la riqueza de este Literato, y que no eran otros que los papeles y memorias que habia re-

recogido para el desempeño de su encargo.

Por dos cartas impresas en la ya dicha coleccion de Dormer, escritas por el Obispo de Zamora D. Rodrigo de Castro en 14 y 18 de Mayo de 1575, y dirigidas á Gerónimo de Zurita, que le habia encargado recogiese los papeles que hubiesen quedado de nuestro Cronista, sabemos que el heredero de ellos habia sido un Canónigo de Zamora llamado Sabino Astete, sin duda amigo del difunto, pero á quien no le valió esta circunstancia, ni la predileccion que le habia merecido para que le dexasen pacífico poseedor de ellos, pues creyendose el Rey legítimo acreedor á los trabajos de un hombre á quien con el título de Cronista suyo se le habia socorrido por algunos años de su Erario, tuvo por bien mandar que Ruy Diaz de Mendoza, Señor de Moron, que en aquel entónces se hallaba de Corregidor de Zamora, y á quien luego hizo

S.

S. M. Mayordomo del Sr. D. Juan de Austria, los recogiese y se los remitiese (1).

Es de presumir que recogidos estos materiales por el Corregidor, y remitidos á la Corte se habrian sepultado en alguna oficina ó archivo (2), adonde perdida su noticia habrian sido devorados por los funestos dientes de la polilla que no suele perdonar á las mas preciosas producciones de los Literatos, siendo tal la desgracia del malogrado Ocampo, que aunque al breve espacio de seis años ya estaba encargado de la continuacion de su Crónica, su amigo y condiscípulo el Maestro Ambrosio de Morales, parece que ya no habia podido descubrirlos, pues á cada paso se queja de esta falta, senti-

(1) Véanse dichas cartas que son la 7.ª y la 10.ª de las pag. 374. y 375. de dicha coleccion.

(2) Suponiéndolos en el de Simancas, he solicitado se me diese de allí alguna noticia, pero hasta ahora no la he podido conseguir.

tido de la qual, y oprimido sin duda con el peso de continuar la dicha Crónica, careciendo de aquella copia de noticias en que acaso fundaba su desempeño, no tuvo otro modo de desahogar su sentimiento, que atribuyendo á su amigo (por un medio muy ageno de su juicio y rectitud) un carácter que nunca habia tenido, esto es, una incauta credulidad, una desmesurada pasion á la fábula, y aun lo que es mas, la superchería de haber fingido Autores con que acreditar sus opiniones, asegurando (1) que en la Historia de un Juliano Tesalonicense, de quien Ocampo en su Prólogo dice se habia servido, se hallaban hartas señales de no haber exîstido en tiempo alguno, dando por razon de esta fea nota, que aunque él y otros amigos de Ocampo habian deseado verla, nunca éste se la habia querido mostrar, ni ménos despues de su muer-

(1) Lib. 3. cap. 7.

muerte habia parecido. No nos explica Morales, qué señales fuéron las que le induxéron á hacer este juicio, pero sí nos las da muy seguras (1) en lo que arriba dexa dicho, de que él no vió todos los papeles que habian quedado de su antecesor, y por consiguiente no hay repugnancia en que hubiese exîstido la tal Historia ó Memorias de Juliano, que pudiéron haber tenido una suerte muy diversa que las de Fr. Gil de Zamora, á quien con freqüencia cita Ocampo, no obstante de que nunca fué impreso, y cuya memoria se hubiera perdido igualmente que la de Juliano, si por fortuna no se hubiese descubierto un códice manuscrito y original de ellas, en la Biblioteca de sus hermanos los Observantes de Zamora, en cuyo Convento vivió buena parte de su vida; en confirmacion de lo dicho basta saber que lo que se reservó á la

(1) Lib. 3. cap. 1.

la diligencia de Morales, no se ocultó á la de D. Joseph Pellicer, pues en su aparato para la historia de la Monarquía Española cuenta entre los manuscritos que tuvo presentes unas Excerptas del tal Juliano, que serian las mismas de que se habia servido Ocampo, y de las quales bien léjos de adoptarlas por suyas, no hacia grande aprecio. (1)

Tampoco Pellicer, aunque no era muy escrupuloso en este género de ficciones, las pudo digerir, y así hablando de ellas en dicho Aparato, se explica en los siguientes términos: » Tienen circuns» tancias sospechosas en tantas como in» tro-

(1) Ocampo en su Prólogo pág. 16. y 17. distingue dos Julianos, el uno llamado Pomerio, de quien dice sospechan algunos fué Arzobispo de Toledo, y á quien Felix Prelado de la misma Iglesia solo atribuye la historia del rebelion del Godo Paulo contra Wamba: al otro Juliano le da el apellido de Luca, y dice que era Diácono Toledano, aunque de Nacion Griego, y éste es el Tesalonicense de quien habló Morales, y de quien son las Excerptas, ó séase Crónica de España que cita con tanta freqüencia.

» troducen de Grecia en España en va-
» rios tiempos." Tampoco hay prueba de que Ocampo fuese quien las recogió y coordinó, y de lo contrario la tenemos muy buena en el mismo Ocampo, que no hace de Juliano distinto juicio que D. Joseph de Pellicer, y que camina siempre al citarle con la mayor desconfianza, como se puede ver en algunos lugares de su Crónica, (1) en la qual es bien seguro que si él hubiese sido el Autor de esta Obra, no daria una idea tan poco ventajosa de lo que en ella se contenia; y así juzgo que si de ella hacia uso, era porque como su edad se resentia aun de las historias caballerescas que la habian precedido, corrian en ella con mucho aprecio aquellas narraciones que olian al heroismo, y se estimaban aquellos orígenes que perdiéndose en las tinieblas del tiempo, supo-

(1) Véase la pag. 245. punto 15. y la 313. punto 20. en la que da á entender el poco concepto que tenia de el tal Juliano.

ponian un cierto ayre de divinos: esto era lo que agradaba, y esto era lo que Ocampo queria (á pesar suyo) autorizar; pero lo hacia de un modo que sin comprometer su recto juicio, les quedasen á los sabios venideros mil cabos sueltos para descubrir la ficcion. Por esto adoptó para texer, ó mas bien para llenar el inmenso vacío que se halla en la historia de nuestra Nacion, hasta que los Autores Griegos y Latinos empiezan á darnos alguna luz, las invenciones de Juan Anio de Viterbo, que en su Beroso Babilónico, y en su Manethon Egipcio fingió una larga serie de Reyes con que ocupar este largo espacio; así como los sabios posteriores tienen por el mayor lunar de la Crónica de Ocampo la parte en que se admiten estas ficciones, así me parece á mí que es la en que se ha hecho ménos acreedor á la crítica. (1)

Ocam-

(1) Véase su mucho juicio y modestia en la pág. 19. de su Prólogo quando habla de los aumentos y correcciones que se pueden hacer á su Crónica.

Ocampo, por las mismas razones que en el párrafo antecedente quedan expuestas, se sirvió de las obras de Beroso y Manethon, que conocia debian ser muy del gusto de los que á la sazon dominaban en España: él mismo lo explica en su Prólogo, quando dice: » En verdad que » segun las sospechas que muchos platican » de Juan de Viterbo, y de su Beroso qui- » siera tener la relacion de tiempos anti- » guos de algun autor de ménos inconve- » nientes á quien siguiera; mas así porque » no lo hallo, como porque sus Crónicas » van dirigidas á tan esclarecidos Prínci- » pes, quanto fuéron D. Fernando, y D. » Isabel nuestros Reyes y Señores natura- » les, ponemos aquí todo lo que él cuen- » ta perteneciente á los hechos de España, » porque nada nos falte de quanto los » otros escribiéron (1)." Esto prueba que Ocampo conocia muy bien la ficcion, y no

(1) Véase su Prólogo.

no ignoraba las mañas y el objeto de Juan Anio, como no solo se infiere de lo dicho, sino de otras muchas expresiones y desconfianzas con que se explica en el curso de su obra; que ésta era la opinion de aquel tiempo lo da á entender bastante en el modo con que se explica (hablando del mismo Juan Anio, ó Juan de Viterbo) el P. Henao en su Cantabria. (1)

No obstante todo lo dicho bien conoció Morales el concepto y aprecio que merecia su antecesor, pues no se atrevió en el Prólogo de su continuacion á declarársele enteramente contrario, ántes bien asegura que en su historia hay cosas muy dignas de estima y alabanza, señaladamente la Descripcion general de España, y la particular de sus Provincias, añadiendo que qualquier hombre de buen enten-

(1) Henao libro 1. cap. 1. en las notas dice así: Hase censurado mucho el Beroso de Anio, y el libro de éste acerca de los Reyes antiguos de España, escrito al agrado de los Reyes Católicos de gloriosa memoria.

tendimiento en letras era obligado á amparar y defender dicha Obra ; pero Morales no pensaba privadamente del mismo modo que se explicaba en público, pues en una carta dirigida á su amigo Resende le asegura paladinamente que no le gustaban mucho los escritos de su predecesor; bien es verdad que en esto podia tener alguna parte el deseo de agradar y conformarse con Resende, que en la carta que le escribia sobre las antigüedades de Ebora, y á la que respondia Morales, tachaba á nuestro Ocampo de haber creido y publicado varias fábulas y hablillas vulgares, aunque sin negarle por eso la qualidad de Historiador el mas diligente, y de Geógrafo el mas erudito de quantos le habian precedido.

Como mi objeto es presentar sin disimulo el retrato de nuestro héroe, y descubrir los quilates de la obra que publico, para que cada uno haga de ella el aprecio que se merece, no solo no oculto el juicio

y

y conducta de Morales con su amigo, sino que no callaré la opinion de muchos Escritòres de nuestra Nacion no ménos doctos y críticos que él, pero tampoco disimularé la debilidad con que se dexáron arrebatar de su opinion, sentenciando contra nuestro Ocampo, sin detenerse á averiguar los motivos que pudo haber tenido para escribir lo que escribió, como lo hubieran conocido si con mas detenida reflexîon hubieran visto claramente que Ocampo era mas lo que copiaba de lo que creia, como algunos años despues lo dixo hablando de su Crónica el célebre Juan de Mariana, sin que por eso dexase de seguirlo y elogiarlo sin reparo, conducta que alaba mucho el célebre Marques de Mondejar, cuyo juicio crítico sobre nuestra historia es muy respetable. (1)

Aunque el mismo Marques nota en Ocam-

(1) Advertencias á la Historia de Mariana §. 3. y 22. del juicio de los principales Historiadores de España.

Ocampo la prolixa relacion que hace muchas veces de sucesos acaecidos ántes del dominio de los Cartagineses en España, no puede dexar de confesarle su gran puntualidad en la topografia primitiva, y la correspondencia con la moderna, recomendando su estilo eloqüente y propio de la Historia, en cuyo concepto le propone como el primer Autor por donde se debe empezar á leer la de nuestra Nacion.

De muy distinto modo ha pensado quanto á la dicha correspondencia el moderno D. Gregorio Mayans en la Carta 79. de la coleccion que se ha publicado con su nombre, y en la que habla de los Escritores de nuestra historia; pero los tales quales defectos que en la parte topográfica ha cometido Ocampo, ya se procurarán corregir en las advertencias que deben seguir á cada tomo, aprovechándonos de las investigaciones de los Autores de mejor nota de nuestros tiempos. El modo

do de pensar de los predichos á los quales han seguido casi en iguales términos Vives, Cano, Vergara, Scoto, Ferreras y otros de menor nota no han hecho tanta injuria á la memoria de nuestro Ocampo, como el Ilustrísimo Fr. Miguel de S. Joseph en su Biblioteca Sacra, en la qual dice que nuestro Crónista era poco versado en la Historia Eclesiástica, porque daba el tratamiento de Santo á Eusebio Cesariense, siendo así que habia sido Xefe de los Arrianos (1), pero el Ilustrísimo S. Joseph nos oculta que Ocampo no siempre da á Eusebio este tratamiento como se puede ver en su Crónica, en la que algunas veces le nombra Eusebio á secas, y esta inconstancia justifica las dudas con que procedia, y de las quales se infiere que este Escritor moderado no queria tomar par-

(1) *Auctor in Ecclesiasticis historiis parum versatus Eusebium Cesariensem, Episcopum Arrianorum ante signanum absurdè decoravit: Michael á S. Josepho Bibliographia Sacra.*

partido ni por los que le daban el primer atributo á Eusebio, ni por los que se lo negaban, siendo semejante conducta mas bien prueba de sus conocimientos que de su ignorancia en las Historias Eclesiásticas, en las quales habria leido sin duda que la qüestion sobre la fe de Eusebio se habia ventilado por largo tiempo, y habia tenido defensores por una y otra parte, y que para dar á los Obispos el tratamiento de Santos, no esperaban los Fieles á que estuviesen canonizados por la Iglesia (1).

Pero así como exponemos la opinion de los que criticáron á nuestro Ocampo, tambien es justo en gracia de la ver-

(1) Ocampo puede hallar disculpa para el concepto en que tuvo á Eusebio en el Martirologio de Usuardo, que expresamente califica á este Escritor Eclesiástico de Santo, y en los varios Escritores que han llevado esta opinion, y que con los de la contraria recoge Enrique de Valois en la coleccion de Escritores Griegos, impresa en París en 1669, en la que se comprehenden las obras de Eusebio; pero quien mas se ha declarado contra este Escritor Eclesiástico es el célebre P. Montfaucon en la ediccion de sus obras hecha en París en 1706.

verdad, que no ocultemos la de aquellos que le tratáron con mas indulgencia, sea entre estos Esteban de Garibay, quien hablando en su Compendio Historial (1) de los Autores mas señalados que hasta su tiempo habian escrito Historias generales de España, dice: "Que el primero que entre ellos las emprendió y dió fin á sus dias ántes de acabarlas, fué el Maestro Florian de Ocampo, que si las hubiese acabado tendria la Nacion la Historia mas completa de sus hechos, &c."

Vaseo en su Cronicon cap. 4. le trata de varon de infatigable diligencia y de mucha lectura, asegurando que habia recogido con estudio y difusion, quanto de los orígenes de nuestra España se habia escrito (2). El

(1) Tom. 1. cap. 5.

(1) *Vir ut apparet multæ lectionis et infatigabilis hac in parte diligentiæ, omnes Hispaniæ res memorabiles quatuor tomis describendas suscepit quorum primum tantum hactenus quod sciam edidit, in quo quæque de primordiis Hispaniæ potuerunt inveniri studiose ac diffuse collegit.*

El célebre Bibliografo D. Nicolas Antonio, despues de dar noticia de sus padres y estudios, hablando de los que habia emprendido para su Historia, dice que procuró averiguar lo que habian dicho Griegos y Romanos, lo que se hallaba en varias inscripciones, y lo que referian las escrituras y donaciones auténticas del tiempo medio, añadiendo que aunque se le notaba de haber seguido á Beroso, en el suyo aun no se tenian por fabulosas sus Historias. Frankenau en su Biblioteca Heraldica artículo 234. le trata de versadísimo en la Historia, y monumentos antiguos, añadiendo que de ello no hay mejor testigo que su muy erudita Crónica. Los eruditos edictores de la última impresion de la Historia del P. Mariana, hablando de su continuador Morales, se explican en los siguientes términos: "No tenia que ponerse á des-
» montar un terreno inculto, sino culti-
» varle con cuidado para coger frutos con
» abundancia; Florian de Ocampo habia

» co-

„comenzado á conocer su fertilidad, y „los ensayos en la topografia daban á en„tender que era capaz de escribir acer„tadamente si hubiera dado mas atencion „á los Autores originales, y ménos con„fianza al fingido Beroso y á su Juliano „Tesalonicense, Autor que citó para ha„cer mas llena y peregrina su Crónica, „pero que se ocultó á la diligencia de „Ambrosio de Morales que reconoció sus „papeles" (1).

Finalmente en las correspondencias que tuviéron varios eruditos de nuestra Nacion, coetáneos de Ocampo y poco posteriores á su tiempo, recogidas en la ya citada coleccion de Dormer, se puede ver el alto aprecio que hacian de su amistad, y el ansia con que deseaban disfrutar su Crónica.

No es esta sola la única produccion de Ocampo, algunas otras se le atribuyen que no han llegado á nuestros dias, ó

(1) Tom. 1. pág. 39. de la vida de Mariana.

ó que yacen sepultadas en los armarios de algun Archivo: ya dexamos referido baxo la palabra de su amigo Alvar Gomez, que habia empezado un Comentario de los hechos del gran Cardenal Cisneros, y emprendido la continuacion de los Opúsculos de Fernando del Pulgar, y los varones ilustres de Fernan Perez de Guzman (1).

Frankenau citando en su Biblioteca Heráldica á Antonio Suarez de Alarcon, dice que escribió la genealogía de la Casa de Ceballos, que dicho Autor afirma haber visto manuscrita en el Archivo de la Casa de Valverde, y Argote de Molina, como ya dexamos dicho, asegura haber tenido la ya citada obra del linage de Valencia. Otra obra de mas extension supone D. Nicolas Antonio que habia escrito de li-

(1) *Venit in meas manus Comentarius Auctographus Floriani Ocampi Regii Historici Deximenio, quem ille ad Vergaram vulgari sermone misserat, cum hic historiam scribere meditaretur.* Alvar Gomez de Castro *in Epistola ad lectores vitæ Cardinalis in Hispania illustrata.* Tom. 1. pág. 929. y 930.

linages y armas, asegurando exîstia en el Archivo que la Casa de Lemos tenia en la Villa de Monforte; pero aunque se han practicado las convenientes diligencias en dicho Archivo (ya trasladado á esta Corte), no se ha descubierto en él noticia de semejante obra: nosotros creemos con Argote de Molina que nunca ha exîstido, y que el atribuírsela es mala inteligencia del Prólogo de la Crónica, en el qual hablando de la distribucion y órden que seguiria en ella, dice que la tercera y última parte contendria desde la entrada de los Moros hasta su expulsion, añadiendo: "Que mezclado con esto se tratará gran
» diversidad de cosas que de ello dependen, entre las quales será una relacion
» de las parentelas y linages que sabemos
» en España, con las tierras donde procediéron ó tienen sus solares y antigüedad,
» y con las divisas ó señales de sus armas,
» y la razon de sus apellidos muy diversamente contado de lo que hasta aquí algunos han escrito en aquella materia
» por-

» porque llevará mas verdad y limpieza,
» sin meter en ello las fábulas y hablillas
» de que aquellos se agradáron."

Esto es lo que en nuestro concepto ha dado motivo á la equivocacion, pero la inmatura muerte de Ocampo no le permitió desempeñarlo igualmente que otras muchas cosas que habia ofrecido (1).

Entre los hombres ilustres que Gil Gonzalez Dávila, celebra en el Teatro Eclesiástico de la Iglesia de Zamora, como naturales de aquella Ciudad, es uno de ellos nuestro Ocampo, á quien con este motivo atribuye otra obra en dos volúmenes con el título de Historia de las Indias; no es inverosímil que un Cronista del Emperador Cárlos V, hubiese emprendido este trabajo, en un tiempo en que

(1) No ignoramos que D. Joseph Pellicer en el Memorial del Marques de Ribas fol. 5. cita este libro de linages, que dice andaba en un volúmen de letra antigua, pero el mismo Pellicer duda si era de Ocampo: puede ser que alguno de los muchos Genealogistas que abortó el siglo 17. se hubiese valido del respetable nombre de este Cronista, y de lo que ofreció en su Prólogo para publicar y dar mayor crédito á sus opiniones.

que aquel Príncipe habia tomado con tanto empeño no solo la conquista de aquellos extensos paises, sino el que se recogiesen noticias exâctas de las acciones que en ellos obraban nuestros Españoles, pero no obstante esta tan verosimil conjetura; y no obstante el crédito que merece Gil Gonzalez, que para escribir la Historia de cada Iglesia habria solicitado Memorias exâctas, no solo de sus antiguas dipticas, sino de los hombres célebres que habian exîstido en sus Cabildos; no falta quien atribuya esta obra á D. Gonzalo del Campo, Arzobispo de Lima, é hijo de Madrid, de quien Leon Pinelo nos asegura escribió un tratado con el título de Gobierno del Perú (1), pero este tratado lo estimó distinto del antecedente el mismo Gil Gonzalez Dávila, de quien tomamos la primer noticia, pues al

(1) El moderno Autor del Diccionario Histórico de los Hijos de Madrid, dice: que D. Gonzalo de Ocampo gobernó la Iglesia de Lima desde el año de 1623 hasta el de 1626, y le atribuye la misma obra que Pinelo.

al tratar en la Iglesia de Lima del ya dicho D. Gonzalo de Ocampo su Arzobispo, le atribuye la predicha obra del Gobierno del Perú, que dice haber visto manuscrita y que constaba de 52 capítulos, de lo que se infiere incontestablemente que Gil Gonzalez la tuvo por muy diversa de la de Florian de Ocampo.

Pinelo que, como va dicho, despojó á Ocampo del derecho á la Historia de las Indias que le atribuye Gonzalez Dávila, le concede liberalmente y baxo la fe de Ricciolo, la disposicion de un Mapa de Sarmacia de quien ningun otro Autor hace mencion, y que puede haber sido muy bien alguno de los materiales que tenia dispuesto para la Historia de los Godos, cuyo primer asiento luego que descendiéron del Norte fuéron las extensas campiñas de aquella region (1). Es-

(1) Es cierto que Ricciolo en el Indice de los AA. que hiciéron Cartas Geográficas, contenido en su obra de la Geografia reformada, cita este Mapa y la Crónica de España de Ocampo, pero el ver que ningun Autor Español lo menciona, nos da motivo á sospechar si el ape-

Estas son las obras ciertas y dudosas que saliéron de la pluma de este grande hombre, y de que hasta ahora hemos podido adquirir noticia, no la tenemos tampoco de que de ellas hubiese visto la luz pública alguna otra que la Crónica, cuya impresion se repite ahora; de las que la han precedido y se executáron durante la vida de su Autor, ya llevamos dado razon, y repetimos que fuéron una en folio y letra de tortis, solo de los 4. libros primeros acabada de imprimir en Zamora en 15. de Diciembre de 1543., por el Impresor Juan Picardo, y á costa de Pedro Museti: otra en 4.° tambien en Zamora sin año de impresion, pero que se puede sospechar lo fué en el de 1545., pues dice el Impresor que por el mucho despacho de la antecedente y para mayor comodidad de los lecto-

apellido de Campensis que le da á Florian estará equivocado con otro Autor á quien cita en la misma obra como Escritor de cosas de Moscovia, y á quien llama Albertus Campensis.

tores la habia reducido á la forma de 4.° purgándola y corrigiéndola, pero sin comprehender el libro 5.°, que se añadió ocho años despues, en la 3.ª hecha en Medina del Campo en 1553.

Despues de la muerte de Ocampo, y continuada ya su Crónica por el Maestro Ambrosio de Morales, se publicó por la primera vez en 1578 en Alcalá de Henares en casa de Juan Iñiguez Lequeriza, habiéndose reimpreso en Valladolid por Sebastian de Camas en 1604. De todas ellas se ha dado preferencia á la de Alcalá, para servir de texto á esta reimpresion, porque se ha reputado por la mas correcta como hecha á la vista de un hombre tan circunspecto y curioso como el mismo Morales; en conseqüencia de lo qual esperamos que las primicias en esta parte de nuestros trabajos topográficos correspondan á lo que se merecen dos varones tan beneméritos de nuestra literatura, y llenen las esperanzas delPúblico.

PRO-



CORÓNICA DE ESPAÑA,

Que recopilaba el Maestro Florian de Ocampo por mandado del muy alto y muy poderoso Rey nuestro Señor Don Cárlos, Rey de España, de Hierusalen, de Alemania, y de las Indias, Emperador de Roma, &c. sacada y recolegida de muchos, y diversos Autores Latinos, Griegos, y Españoles: los que mas alta y verdaderamente habláron en ello.

PRÓLOGO.



MUY alto y muy poderoso Rey nuestro Señor. Esta Corónica de España, que á vuestra Magestad se intitula y ofresce, allende la mucha diversidad de cosas que dentro della se contienen, es cierto que se leerá con mejor voluntad, y será muy mas preciada, y estimada, por ir embaxo de vues-

tro real nombre, y so el amparo de vuestra grandeza, y tambien, porque los acontescimientos Españoles han seydo siempre tan llenos de hazañas, que qualquiera persona holgará de saber sus cosas antiguas, y la sucesion y principios suyos, y mas los otros negocios dignos de memoria, que por ellos hayan pasado. Bien sospecho yo los inconvenientes que de quererlo tratar se me pueden recrescer entre los hombres de siniestra consideracion, que jamas faltárón á tales obras, y los trabajos que tendré, comenzándolo por los términos, ó fundamentos que ninguno hasta mis dias lo comenzó: y lo mucho que publican los títulos deste volúmen, que será relatar las Corónicas Españolas, con sus historias enteras y cumplidas, mayormente señalando su comienzo desde el principio que fué poblada. Pues allende ser perdidos libros de Coronistas Españoles ancianos, que pudiéron bien declarar su fundacion y cimiento, de los quales habia yo de tomar el intento destas antigüedades: parecia tambien imposible poderse contar todo lo que por una provincia tan grande como ella es hubiese pasado: donde halla-

llamos agora tantos reynos, y viviéron siempre tantas gentes repartidas en tantas naciones, diferentes en costumbres, y nombres, y condicion, moradoras de ciudades y pueblos grandes y sumptuosos: entre los quales hallamos algunos, ó casi todos, de calidad, que segun las cosas por ellos han pasado de buenas y malas fortunas en los tiempos antiguos y modernos, bastaban para que sus Historiadores, por diligentes que fuesen, tuvieran demasiado que hacer en escrebir las hazañas de qualquiera dellos, quanto mas querer aquí dar cuenta de todo junto, con el contrapeso de ser breve, que fué lo principal de mis presupuestos: y tambien con otra mayor condicion, de que en esta brevedad no falte cosa por decir de quanto convenga, ni traiga consigo tinieblas ó ceguedad á nuestro negocio. No sé yo si me engaño, mas á mi juicio ninguna de quantas obras agora sabemos, así Latinas como Griegas, pudo tener mayor trabajo, ni dificultad. Porque si la comienzan á cotejar con las historias principales de Grecia, conviene cierto dar alabanzas á Thucidides, como justo se le de-

ben, por su mucha verdad, buen estilo, y diligencia: pero solamente hablo de los acontecimientos que sucediéron en unos pocos años de sus tiempos, esto no por toda Grecia, sino lo que dependia de su ciudad en Athenas donde fué natural. Herodoto, Historiador Griego, allende lo poco que los de su misma tierra le creen, va por unas generalidades tan extrañas, que quien quiera pudiera decir lo que él dixo, si lo supiera decir en tan buena manera, ó se atreviera á tomar la licencia que él tomó Diodoro Sículo, dado que tenga tambien autoridad en algo de las muchas cosas que trató por sus historias, en lo mas dellas no la tuvo, por haber sido tan libre, que puso sospecha en la verdad con la mezcla de lo que no lo era. De Philostrato, Griego, solo tenemos al presente los hechos de Apolonio Tianeo, que fué un hombre particular y solo, tal que si le contara las horas y momentos de la vida, fuera poco trabajo segun el vivir de los hombres es breve: porque las otras historias que compuso de los Phenices no se hallan en este tiempo, dado que sabemos por indicios

y conjeturas, que todo lo principal dellas era contar lo que la ciudad de Tyro, y algunos sus allegados hiciéron en aquella region de Phenicia, que debió ciertamente ser cosa ménos trabajosa, que contar las fundaciones, hazañas, sitios, destruiciones y diversos acontescimientos de tantas ciudades, y gentes Españolas, quantas en esta nuestra corónica van declaradas. Plutarcho, tambien Griego, en lo que habla pertenesciente á la historia, todo lo halló ya hecho y escrito por otros, sin le ser mas necesario de trocar la órden de aquello que pretendia, en otra diversa de donde lo sacaba. Trogo Pompeyo dicen haber sido Español, y escribió los acontecimientos de muchas naciones en latin, artificiosamente recoligiendo lo que dellas hallaba derramado por otros libros antiguos de Grecia, mas han se perdido sus obras, y quanto podemos conjeturar, segun nos lo dexáron apuntado los que las leyéron algun tiempo, va tambien por generalidades, las quales fácilmente se pueden aplicar en qualquier negocio. Casi lo mismo podriamos decir en todos los otros Historiadores restantes que destas materias hablá-

bláron. Pues si miramos la dificultad de las Corónicas Latinas, todas las mas se fundan en Roma, que es una ciudad sola: la qual dado que sus acontecimientos y gentes anduviesen derramadas otro tiempo por diversas partes del mundo, todos en fin venian á se concluir en contar las hazañas de este pueblo, y allí daban razon de quanto pasaba por las otras regiones, y se podia saber todo por menudo, no solamente lo que sucedia cada tiempo, sino cada mes y cada dia, si fuera menester, con que la facilidad de ponello en razon era tanta, quanto fué dificultoso lo nuestro en buscarlo, y en guiarlo por sus tiempos, y en resuscitarlo, y darle vida, habiendo tantos siglos que estaba muerto y olvidado. Juntábase con esto ser las gentes antiguas, así Griegas como Latinas, tan amadoras de sus alabanzas, y tan deseosas que su memoria durase para siempre, que no les sucedia cosa que no la guardasen, y engrandeciesen, y adornasen con hermosura de palabras, á fin que las otras naciones holgasen de las entender y reconocer, y quien las quisiese reducir en órden por escrito, las ha-

lla-

llase todas fácilmente puestas á la mano: lo qual faltó mucho mas que por otras partes entre nuestra nacion Española: señaladamente las historias de sus tiempos antiguos, desde que sabemos haberse poblado, hasta que los Godos viniéron en ella, por ser (como digo) tierra derramada y grande, repartida por tantos pueblos y tales, que muchos dias se tuviéron los unos á los otros por extraños: y tambien porque todos aquellos dias fué gente sin doblez, y sin cuidado, que ni amaba su gloria ni alabanza, ni aun sabian qué cosa fuese alabanza ni gloria, segun en esta corónica parecerá: y dado que la supieran, pudo ser que no tendrian quien lo quisiese escrebir, por ser inclinados á cosas de mayor dificultad: y si por caso lo tuviéron, no sabemos qué se hayan hecho sus escrituras en esto de las memorias antiquísimas. De manera, que por todos estos inconvenientes, y por otros muchos, que serian largos de manifestar, pudiera yo buenamente rehusar tan grave trabajo, pues que ni el aparejo de ociosidad, ni de Autores mis naturales, á quien siguiese, me sobraba para entender en ello, ni el inge-

ge-

genio tampoco me favorescia mas que á otro. Mas á la fin los buenos deseos, y la esperanza de salir con ello, que suele vencer todas las dificultades, quando las hay en las cosas, y la deuda de servir á vuestra Magestad, y voluntad de aprovechar á mi nacion, me inclinó á que con tan pocos aparejos, como digo, entrase en esta batalla. Quanto mas que no ha quedado la memoria de España del todo tan despojada, que si de los hechos muy antiguos le faltan Historiadores suyos, no hallemos gran relacion della por otras Corónicas de muchas gentes, donde se puede tomar rastro en lo que acá sucedió. Dura tambien crescida copia de piedras escritas con letreros antiguos en diversas partes de España, donde hallamos larga memoria de muchas cosas que faltan en los libros, y mucha señal de lo pasado, con la qual ayuda, dado que en este caso no parezca posible hacerse todo como quisieramos, ni decirse todos sus hechos, y principios, y sucesiones por entero, á lo ménos irán aquí puestos los mas señalados y famosos que sepamos: y de los que no fueren tan crescidos, siempre se dará cuenta su-

sumaria, para que ninguna cosa nos quede por decir de quanto á la Historia convenga: conformándonos á lo que suelen hacer los buenos Pintores quando labran algunas obras, donde les conviene poner muchas figuras: que si las tales no caben todas en la tabla, señalan en la delantera los principales bultos del negocio, para que puedan parescer enteros y cumplidos, y por los entremedios ponen algunos pedazos de figuras, que no son tan necesarios ni principales, mostrando por detras de las unas, los ojos de las otras, ó la nariz, ó las frentes, ó las piernas, ó los cabellos: y de lo que no fuere tanto menester, bástales que se devise la correa del zapato. Deben tener consideracion los que de nuestra Corónica se querrán hacer jueces, á la voluntad con que se buscáron estas memorias, que fué, no por mas, de por se las dar á conoscer: y no ménos á los trabajos que se pasáron, por quitarlos á ellos de semejante trabajo. Y poniendo lo tal ante sus ojos, podria ser, que contentándose como gente agradescida, con aquello á que bastan unas fuerzas tan fla-

cas como las mias, en una cosa tan dificil y tan sin aparejo, haya podido tanto mi flaqueza, que tornadas otra vez á cotejar estas Corónicas con las Historias de las otras gentes, nadie de las naciones muy diligentes tengan su relacion mas entera ni verdadera, que la tendrán de sí los Españoles en este libro de V. M. porque quanto la dificultad ha sido mayor, tanto el cuidado cresció y descubrió mas de lo que conjeturabamos al principio. De tal arte, que si no paresciese demasiada confianza, osaria yo prometer, que no se dará cosa tocante á España, en quantos libros hoy sabemos, de qualquier calidad que sean, Latinos, Griegos, ni Españoles, que tengan autoridad, ni aun Arábigos tampoco, que en esta Corónica no se halle, si toda se leyere. Por esta razon no puede ser ménos, de pasar la composicion della, dividida en tres partes, ó volúmenes, algo mas crescidos de lo que yo quisiera. De los quales, el primero contiene todas las hazañas y sucesiones de nuestra gente, quantas han podido saberse desde su fundacion y cimiento, hasta la Natividad de Nuestro

tro Señor Jesu-Christo: con mas la venida de muchas naciones extrañas, que pobláron acá de nuevo diversas villas y lugares, y tratáron cosas asaz dignas de memoria dentro de dos mil y casi doscientos años de tiempo: hasta que finalmente la mayor parte de las provincias Españolas viniéron de lance en lance á quedar debaxo de la administracion y gobierno del Imperio Romano, que por aquella sazon señoreó gran espacio del mundo. Y desde allí, ó muy pocos dias ante, las gentes Españolas quedáron mas avisadas, y prudentes: y comenzáron á seguir las costumbres Romanas, y tomáron muchos dellos su habla, y tuviéron cosas de verdaderos hombres: porque hasta los tales tiempos continuamente fuéron inocentes y descuidados, no proveyendo ni mirando jamas infortunio ni daño que les pudiese recrescer: tanto que, como dixe, los unos y los otros, dado que viviesen muy cerca, se tenian por agenos, y de contraria naturaleza. Toda la mas escritura desta primera parte va sacada de Autores peregrinos, como son Beroso Chaldeo, Trogo Pompeyo, Aristóteles, Pla-

 ton,

ton, Diodoro Sículo, Dionisio Halicarnaseo, Sosthenes, Polybio, Herodoto, Philostrato, Plutarcho, Tito Livio, Lucio Floro, Julio Frontino, Apiano Alexandrino, Plinio, Pomponio Mela, Solino, Strabon, Ptolomeo, Antonio Pio, Stephano, Dionisio Afro, Rufo Festo, Suidas, Julio César en sus Comentarios, Paulo Orosio, Eutropio, Suetonio Tranquillo, con otros muchos que por la Corónica van señalados. La segunda parte, ó volúmen contiene algo mas de setecientos años de historia, que son desde que nuestro Salvador Jesu-Christo nasció, hasta que los Alárabes y Moros Africanos pasáron en España, quando la pérdida de Don Rodrigo, postrero Rey de los Godos: en los quales dias se trocó todo el estado mas antiguo de los Españoles, y comenzáron á tener en sus cosas otro ser muy diverso del que solian: porque dentro deste tiempo sucediéron acá muchas turbaciones y mudanzas de grandes y terribles extrañezas; como fué dexar los Españoles la creencia de los Idolos, y recebir la Doctrina de nuestra Santa Fe Christiana. Sucedióles tambien que los Romanos per-

perdiéron en España todo quanto señorío poseian: y la venida juntamente de ciertas gentes Alemanas, que discurriéron desmandadas por ella, haciendo grandes afrentas y daños: y despues otras quatro naciones, llamadas los Alanos y Suevos, y Silinguos, que tambien quedáron apoderados en muchas provincias de España: y poco mas adelante la venida de los Godos, que hiciéron en ella su principal asiento: los quales todos asoláron muchas ciudades que primero habia, y pobláron tambien muchas otras de nuevo, con nuevos apellidos y nombres, y corrompiéron la lengua Latina y la Griega, que hablaban los mas de los Españoles, y traxéron nuevos trages, y nuevas costumbres, y nuevo modo de vivir, segun que muy copiosamente lo dirémos en esta segunda parte. El tercero y último volúmen contiene desde aquella entrada de los Alárabes y Moros Africanos, que comunmente se dice la destruicion de España, hasta los tiempos de V. M., donde asimismo las cosas Españolas diéron otro vuelco, y se diferenciáron del estado en que los Godos los habian puesto, tomando muy mucho de lo

que

que los Moros traxéron: con los quales se continuáron ochocientos años de guerra cruel y porfiada dentro de España: que fué la mayor contienda que se halla desde que el mundo se crió, en quantas historias sabemos, de una nacion contra otra, y la que con mas enojo se trató, y donde mas valentías y hazañas pasáron, y la que de nuestra parte con ménos aparejos, y con mas poca gente, y sobre mayor adversidad se comenzó, contra la mayor pujanza y poderío, que por aquellos dias habia sobre la tierra, que fué la multitud destos Alárabes: hasta que finalmente fuéron acabados de vencer en tiempo de los Católicos Reyes Don Fernando y Doña Isabel, vuestros abuelos, y fuéron despojados de quantas tierras acá nos ocupaban, y puestos embaxo de nuestra sujecion. Mezclado con esto se trata gran diversidad de cosas, que dello dependen: entre las quales es una la relacion de las parentelas y linages que sabemos en España, con las tierras donde procediéron, ó tienen sus solares y antigüedad, y con las divisas ó señales de sus armas: y la razon de sus apellidos, muy diver-

versamente contado, de lo que hasta aquí algunos han escrito en aquella materia (porque llevara mas verdad y limpieza) sin meter en ello las fábulas ó hablillas de que aquellos se agradáron. Todo lo que en estas dos partes, segunda y tercera, se contiene, va sacado tambien de diversos Autores, dellos Latinos y Griegos, y dellos Españoles: conviene á saber, Cornelio Tácito, Elio Esparciano, Dion, Julio Capitulino, Herodiano, Lampridio, Flavio Vobisco, Amiano Marcellino, Trebellio Polion, Volcacio Gallicano, Eutropio, Paulo Diácono, Suetonio Tranquillo, Ablavio, Jornando, Gulfilias, Agathio, Procopio, Genadio, Próspero, Severo Sulpicio, Eusebio Cesariense, y Sant Hierónimo: de los quales nos aprovechamos tambien mucho en la primera parte desta Corónica, así en el hecho de la historia, como en la órden de los tiempos. Los Autores Españoles son, Victor Obispo de Tunez, Fray Juan Abad de Valclara, (Monasterio bien antiguo, á quien los pasados llamaban Viclarense) los quales ambos hiciéron addiciones á las Corónicas de San Eusebio, hasta los tiempos

de

de Recaredo, Rey de los Godos en España. Tambien escribió Señor San Isidro, Arzobispo de Sevilla, una Corónica breve de los Vándalos, y de los Alanos, y Suevos, y Godos, desde el principio que las tales gentes saliéron de sus tierras, hasta los tiempos del Rey Bamba, que fué Príncipe Godo acá en España, juntamente con otro tratado de los claros varones de la Iglesia, prosiguiendo la relacion que Sant Hierónimo y Genadio primero hiciéron en aquella materia, con mas otro libro pequeño que les añadió, Señor Sancto Illefonso. Desde el Rey Bamba adelante continuó la Corónica de España mucho bien un Juliano, que sospechan algunos ser el Arzobispo de Toledo, que por sobrenombre llamáron Pomerio: puesto que Don Felice, Prelado tambien de Toledo, contando los libros que Juliano hizo con sus títulos y materias, no ponga memoria de tal volúmen, ó corónica, sino del que contiene la rebelion solamente movida contra Bamba, Rey Godo, por ciertos caballeros suyos inducidos por otro, llamado Paulo, como adelante lo verémos en los diez y siete li-

libros de la segunda parte. Despues del Juliano sobredicho prosiguió la relacion de los hechos Españoles, mucho mejor que todos, otro Juliano, Diácono, tambien Toledano, morador en aquella mesma ciudad, puesto que Griego de nacion, segun él paresce declarar en el principio de su Corónica: dentro de la qual primero que trate los acontescimientos de sus tiempos, recapitula sumariamente muchas antigüedades Españolas, donde se muestra leido y muy exercitado en letras y esciencia de su gente Griega. Despues de lo qual viene á contar la mayor parte de los trabajos y victorias del Santo Rey Don Pelayo, en cuya edad él dice que fué, con la entrada de aquellos Alarabes y Moros Africanos, que diximos arriba. Lo restante que despues acontesció hasta los tiempos del Rey Don Alfonso Segundo deste nombre, que llamáron el Casto, escribió diligentemente Don Sebastian electo, que se decia de Salamanca. Y desde él hasta Don Bermudo el Gotoso, escribiólo Zafirio, Obispo de Astorga, á quien por otro nombre llamáron Sampyro algunas Historias. Despues con-

tinuó la Corónica Don Pelayo Obispo de Oviedo, por todo el reynado de Don Alfonso el Octavo deste nombre (que fué coronado en Leon por Emperador de España) hijo de la Reyna Doña Urraca, y de su marido el Conde Don Remont de San Gil: sin estos hallamos otros muchos, que (como diximos) escribiéron verdaderamente las hazañas modernas de España: como son Isidoro el menor, Obispo de Badajoz, Don Lucas Obispo de Tuy, Don Rodrigo Ximenez Arzobispo de Toledo, Don Alfonso de Cartagena, Juan Gil de Zamora, con mas los que recopiláron las dos Corónicas generales por mandado de los Serenísimos Reyes, ambos nombrados Alfonsos (el uno que ganó las Algeziras, y el otro llamado el Sabio) que son las dos escrituras mas abundantes y tendidas, que los Españoles hasta nuestro tiempo tuviéron. A estos en las cosas aprobadas y verdaderas que despues de los Godos sucediéron en España he yo seguido fielmente en esta obra, tomando de los unos lo que dexaban los otros, y mas á las historias que descubrimos de las vidas y tiempos de los Reyes
Es-

Españoles en nuestra lengua vulgar, no curando de la escritura del Obispo de Girona, que llaman Paralipomenon de España, ni de la de Fray Juan de Rihuerga, ni de las otras algunas de su calidad, por el peligro que corrieramos en seguirlas. Pero como sin estos que yo tengo leido puedan parescer adelante muchos Autores de que no tenemos agora noticia: creo verdaderamente que por discurso de tiempo se podrán mejorar en esta Corónica muchos artículos y negligencias, las quales los que despues de mí vinieren, podrán añadir ó apuntar, y aun tambien reprehender, si en algo yo hubiere errado. Para lo qual desde agora les doy licencia, y digo: que no solo no me pesará dello, sino que lo reputaré á singular beneficio y gracia: con tal, que lo que contra mí dixeren, sea fundado por Historias, que tengan autoridad, pues en otra manera paresceria que lo hacen con malicia: dado que (si bien lo miran) en ninguna cosa de quantas aquí van puestas me pueden á mí dañar, pues mi principal intencion es afirmar lo que todos afirman, y en lo que hallare duda, ponerlo por dubdoso, sin atar mi

crédito á nada. De manera, que bien considerado el intento desta obra, paresce que la primera della declara la niñez de nuestra España, quando estaba en su inocencia y simplicidad, sin tratar ni sentir las cosas del mundo, ni rezelarse de nadie. La segunda habla de su mocedad algo mas crescida: donde siempre estuvo en la obediencia y administracion de otras gentes, como de ayos adiestradores suyos, quales fuéron los Romanos, y Godos, y las otras naciones primero declaradas, que la pusiéron en la buena manera de vivir que despues tuvo. La tercera trata de las cosas de su mancebía: quando se halló ya crescida y valiente con fuerzas bastantes para salir de la sujecion de sus ayos: y comenzó á obrar aquella guerra tan larga de los Moros, y despues las empresas que tomó contra los Indios, y la conquista de Italia y de Africa, que fuéron mucho famosas y señaladas, no contentándose con mandar á todos los que primero la mandaba, sino ensanchando su imperio, y pasándolo mucho mas adelante. En el artículo tambien de la Cosmographía de España, que será la relacion de su postura y asiento con

la

la de los pueblos que tuvo en todos sus tiempos antiguos, y con los apellidos de las naciones que la moráron, y las divisiones ó rayas por donde solian dividirse, declaradas por nombres y provincias conoscidas agora: creo que se hallará mas diligencia por esta Corónica, que por ninguna de quantas hayamos leido: pues allende ser la mas principal cosa donde se debe fundar qualquier buen Historiador, era la parte que mas necesidad tenia de saberse entre nuestra gente: y tambien porque los Coronistas Españoles, nuestros antecesores, quisiéron apuntar algo dello, mezclado con lo mucho que trataban en sus libros. Y dado que quanto á este caso dixéron poco, fuera bien que dixera ménos, segun anduviéron en ello perdidos y confusos: señaladamente sobre la declaracion de las nombradías en algunos lugares viejos: y en la razon que dan de sus apellidos antiguos, donde no dicen cosa que tenga fundamento ni substancia. De lo qual paresce que se me puede recrescer algun perjuicio, si contradigo lo que primero habláron estos, á lo ménos entre la gente vulgar que los ha leido y creido: y ésta fué siempre de tal con-

condicion, que jamas quiere recebir ni tener por bueno sino aquello en que está acostumbrada, puesto que la tal costumbre sea desvarío notorio. Pero justo es, que donde quiera valga mas la verdad que no el apetito destos tales: mayormente no siendo afrenta que reciban della los Coronistas pasados, por no haber acertado en los pueblos y lugares antiguos de España, ni en sus hechos, ni en las causas que buscan de sus nombres, ni en la orígen de sus edificaciones: ántes les viene alabanza y gloria crescida en haberlo tentado á saber, como personas que fuéron excelentes y de singulares inclinaciones, á quien debemos mucho los que despues nascimos: porque (como los sabios dicen) en las cosas semejantes á los que yerran, y á los que aciertan se deben gracias: pues de los errores tomamos avisos, y de los acertamientos prudencia: y aquel deseo de tentar cosa tal, puesto que no dèn luego en el hito, proviene siempre de gran juicio. Muchas otras particularidades pudieramos aquí decir tocantes al artificio deste libro, y á los provechos que del resultan, y á las dificultades y trabajos recebidos en recolegirlo: para que

que quantos en España viven, y todos los otros Señoríos y Reyno della pendientes, pertenescientes á vuestro real patrimonio, conoscieran lo mucho que deben á vuestra Magestad en haber seido causa que se hiciese y pasase adelante con el esperanza de su favor: si no fuera tambien por guardar en el Prólogo los intentos principales que primero dixe de toda la escritura, que son abreviarla quanto fuere posible. Soló desearia yo, que los Doctores, que reciben esto de vuestra Magestad tuviesen advertencia particular, á que mi principal intención ha seido brevemente, y en las mas desnudas palabras que pude, contar la verdad entera y sencilla, sin que en ella haya engaño, ni cosa que la adorne, para que mejor parezca sin envolver en ella las Rhetóricas y vanidades, que por otros libros deste nuestro tiempo se ponen: pues allende ser esto lo mejor y mas natural del buen estilo, fué cierto, que si con artificio de razones, ó muy á lo largo yo lo quisiera decir, quedara prolixa y enojosa escriptura: en lo qual dado que la fatiga y trabajo hayan seido demasiadamente grandes, así en el cuerpo co-

como en el espíritu, todo es poco, pues es servicio que en ello se hace á vuestra Magestad, ante cuya grandeza y merescimiento, qualquier cosa, por magnífica que sea, se deshace.

LI-



Ant.º Carnicero la inv.º y dibujó. Juan Palomino la Gravó

LIBRO I.

CORÓNICA GENERAL DE ESPAÑA.

CAPITULO PRIMERO.

Como despues del diluvio general, en que todas las criaturas peresciéron, vino en España para la poblar Tubal y sus compañas, por mandado del Patriarca Noe.



Uchos años despues que Dios nuestro Se- 1
ñor hubo criado el mundo, segun que mas largamente lo cuenta la sagrada Escriptura, habiendo ya gran abundancia de gentes en la tierra, comenzáron á crescer tanto los vicios y maldades entre los hombres, que no queriendo Dios sufrirlo, determinó
de destruir el mundo con aguas. Solo se halláron en- 2
tre los varones Noe, con tres hijos suyos que fuesen justos, y que viviesen fuera de los pecados de los otros.

3 El uno dellos, que fué su primogénito, hubo nombre Sem, y el mediano Cham, y el mas pequeño Japheto: á los quales nuestro Señor quiso guardar con sus mugeres, para que despues de pasada su ira mul-
4 tiplicasen y restaurasen el linage humano. Por esta causa mandó á Noe que hiciese un gran navío á manera de arca, cubierto y embetunado por todas partes, donde se metiese con ellos, y se pudiesen librar de las muchas aguas que sobre la tierra viniéron, las quales duráron quarenta dias y quarenta noches: la mar y los rios saliéron de madre, y se derramáron sobre la tierra de tal suerte que no se libró cosa viva que no fuese anegada, salvo los animales y personas que Noe metió consigo en el arca: las quales anduviéron dentro, hasta que poco á poco la mar y los rios se viniéron encogiendo, y las aguas comenzáron á descrecer y consumirse, de tal manera que la tierra se descubrió por algunas partes, y el arca ó navío topó en los montes de una tierra que llaman Armenia, donde se
5 detuvo. Desde allí Noe salió fuera con su gente, y considerando que todas las tierras quedaban despobladas, repartió las provincias del mundo por sus hijos para que las morasen, y multiplicasen en ellas su generacion.
6 Y quiso nuestro Señor Dios mostrar en esta necesidad tal mysterio, que siempre quanto lo sobredicho duró, las mugeres parian dos criaturas en cada parto.
7 Con aquello, y con la mucha vida que los hombres en aquel tiempo vivian, como verémos adelante, se pudo multiplicar tanto la gente, que los hombres se
8 repartiéron en todos cabos. Entre las personas que pocos años despues de esto pasado, Noe como padre principal, á quien todos obedescian, señaló para poblar las tierras del mundo, envió tambien en España un hombre lleno de virtudes y de gran habilidad, llamado Jobel ó Jubal, á quien por otro nombre las
9 historias sagradas dicen Tubal. Vino con su muger y
sus

sus hijos, y con otros muchos que ya tenia de su linage: los quales muy liberalmente le hiciéron com-
pañía. En esto concordan todos los Autores que me- 10
jor escribiéron antigüedades, como son Josepho, Beroso, San Isidro, San Augustin, y todas las corónicas de España, sin discrepar alguna: las quales, juntamente con la sagrada Escriptura, dicen este Jubal ó Tubal ser nieto de Noe, hijo de Japheto, uno de los tres que en el diluvio se libráron, y éste fué el primero hombre que en las Españas sabemos haber morado: del qual descendemos, y de los que con él viniéron to-
dos los que della son verdaderamente naturales. Mas 11
porque los buenos Historiadores, así Latinos como Griegos, acostumbran en el principio de sus obras declarar el asiento y la faccion de las tierras de quien algo hablan; paréceme que será cosa justa decir en el principio de nuestras corónicas algo de la figura y del sitio de España, discurriendo primeramente por en contorno de sus riberas y márgines, y señalando las distancias de los lugares y pueblos que por este tiempo conoscemos en ellas.

CAPITULO II.

Del asiento y figura de España con la medida que tiene por sus contornos y redondez, declarada por lugares y pueblos mas principales que se conoscen hoy dia sobre sus riberas de mar.

Los sabios antiguos, que con las excelencias de 1
su juicio pusiéron en arte y en razon la substancia y ser de las cosas para que se pudiesen conocer mas fácilmente, repartiéron la tierra del mundo en tres partes
principales. La primera llamáron Asia, que sale fron- 2
tera de donde nasce el sol, á quien comunmente lla-
mamos parte oriental, ó de Levante. La segunda di- 3

xéron Africa, puesta derechamente contra Mediodia.
4 La tercera nombráron Europa, frontera tambien de las tierras Africanas, mucho menor que cada qual de
5 las otras dos. Esta viene tendida entre Septentrion y Medio dia sobre la caida del sol, que tambien solemos decir por otro nombre la parte occidental ó Po-
6 niente. De la tal Europa fué la postrera region España, que tiene su asiento en medio de Africa y de Francia, rodeada por su contorno toda de mar, sino es la parte oriental que se junta con Francia por los mon-
7 tes Pyreneos. Su figura tomada toda junta parece casi quadrada, ó de quatro laderas principales, con que se hace muy semejante á un cuero de vaca desollada, echada su parte delantera contra Levante, segun que por este nuestro tiempo lo vemos, y segun que tambien todos los Cosmógrafos pasados la pintan y señalan en sus libros: cuyo primer lado tienen los montes Pyreneos, que comienzan poco ántes de Fuente Rabía, villa principal y bien conocida sobre las marinas postreras de Guipuzcoa, contra la parte del Septentrion.
8 Esta villa nombran las gentes comarcanas en su lengua provincial Honda Ribia, que quiere decir sitio enarenado, porque hondarra llaman ellos al arena, los antiguos muy ancianos le decian Olearso: desde la qual atraviesan los montes ya dichos por el ancho de la tierra, hasta fenecer en la costa de nuestro mar, que dicen algunos Mediterráneo, junto con la parte que los Catalanes nombran cabo de Creus, y los Castellallanos cabo de Cruces: donde los tiempos de la gentilidad edificáron un templo para la Diosa Venus Pyrenea, cerca de Colibre, entre Narbona de Francia y el Condado de Barcelona: por manera que desde Fuente Rabía hasta llegar en este cabo se hallan de mar á mar casi ochenta leguas de viage, poco mas ó
9 ménos. Son estas leguas una cierta distancia llamada de tal nombre, que los Españoles usan en sus caminos,

nos, poniendo por cada legua quatro mil pasos ten-
didos, y por cada qual de estos pasos cinco pies de
los comunes, ni muy grandes ni muy pequeños: así
que cada legua tenga veinte mil pies destos tales. Bien 10
es verdad que por algunas provincias nuestras tasan
hoy dia las leguas algo mayores, como son las de Ca-
taluña, y en otras algo menores, como son las del ca-
mino que traen los extrangeros desde Francia para
Sanctiago de Galicia: de la qual diversidad participan
las ochenta leguas ya dichas, por donde pasan las
cumbres y fragura destos montes Pyreneos, de quien
agora hablamos, que sobre la parte septentrional son
leguas pequeñas: en lo postrero dellas contra los con-
fines de Cataluña son grandes y crecidas: en lo demas,
razonables y medianas, del tamaño primero declara-
do. Todas estas montañas y la region vecina de su 11
comarca fué siempre la parte donde la tierra de Es-
paña se retrae y encoge con ménos espacio que por
otra region alguna de todos sus quatro lados, tanto
que desde la mar de Fuente Rabía, que (como ya di-
xe) le viene sobre la parte septentrional, hasta las pun-
tas del sobredicho cabo de Creus, en las riberas de
Cataluña contra la vuelta del Mediodia, por el ca-
mino derecho se halla ser casi la mitad ménos ancha
que lo que va por la parte del Occidente, desde el
estrecho de Gibraltar hasta los confines, entre Gali-
cia y Asturias, que caen fronteros los unos de los
otros, donde se hace lo mas ancho della. Fué llama- 12
da la fragura y aspereza destas sierras entre los Auto-
res antiguos los montes Pyreneos, que significa mon-
tes encendidos, por causa que en cierto tiempo, de
quien hablarémos en el quinto capítulo del segundo li-
bro, todas aquellas montañas ardiéron: y porque pyr
en el antiguo lenguage de los Historiadores Griegos
quiere decir fuego, les vino tal nombre de Pyreneos,
que tambien conservan agora, como siempre lo con-
ser-

serváron: y no por la causa de cierto Rey Pyrro, que dicen algunos Coronistas Castellanos haberlos morado, ni tampoco por causa de ciertas hablillas que tocarémos en aquel capítulo, quando (placiendo á nuestro Señor) darémos alguna cuenta de los brazos y montañas que destos Pyreneos salen, y se derraman por
13 lo mas dentro de muchas provincias Españolas. Lo que por agora cumple saber aquí, no será mas de la traza y relacion deste lado primero que hacen aquellos montes: en cuyo medio poco mas ó ménos dice Ptolomeo, y es cierto, que se tuercen con una vuelta
14 notable contra las vertientes de España. Por la qual razon conocemos hoy dia, que si desde la primera punta dellos hasta la segunda se camina por Francia, hallan el trecho menor que caminando por los lados Españoles: y será la causa, que por aquí de fuerza son viages en arco torcidos y desviados: en la parte Francesa pueden ca-
15 minar siempre derechos. Todas estas cumbres y sierras van siempre llenas de muchos árboles silvestres, en especial por las vertientes Españolas que se derruecan á nosotros: porque del otro lado que cae contra Francia no tienen tal espesura, y aun mucho dello va pe-
16 lado, sin árbol ni verduras algunas. Morábase los tiempos antiguos una gran parte dellos: pero no tanto como lo vemos agora, que no les falta pedazo sin lugares y villas, y dehesas, y grandes valles muy apacibles y provechosos, que se hacen por aquel camino desde Fuente Rabía hasta Colibre: como son en sa-
17 liendo del parage de Fuente Rabía. Pasada la provincia de Guipuzcoa se meten por las faldas de Navarra, sobre los llanos del val de Santistevan, que va
18 por dos villas, nombradas Lesaca, y Guciuta. Despues vienen las cumbres Pyreneas sobre los valles de Bazan y de Ezcua, donde fué la batalla famosa de los Españoles contra la gente del Emperador Carlo Magno, en que fuéron vencidos sus Franceses y Alemanes, y muerto

to Roldan, el mas temeroso de los doce Pares, cerca del Monasterio de Roncesvalles, como lo verémos en
la postrera parte desta corónica. Junto con este cabo 19
se hace la mas alta cumbre de todos estos montes: en cuyas vertientes á la parte de Francia queda la villa y fortaleza de San Juan de Pie de Puerto, metida ya dentro en tierra de Vascos, puesto que siempre fué
del Señorío de Navarra. Sobre la parte de España ha- 20
llamos el dicho Monasterio de Roncesvalles: cerca del qual se desgaja de los Pyreneos un otro miembro de montañas mucho crecidas y encumbrado, que pasa de traves en todas las partes septentrionales de España, tendido á lo largo desde Levante á Poniente, hasta fenecer en las postreras tierras occidentales de Galicia, sobre la costa del gran mar Océano de Poniente, segun que tambien mas en particular lo dirémos en el quinto
capítulo del segundo libro. Desde Roncesvalles ade- 21
lante, continuando la jornada por la falda destos montes, junto con sus alturas y sierras en la vertiente siempre de España, pasan al val de Salazar, que tambien es en el reyno de Navarra, cuya villa principal decimos Ochogavia: despues de él van al val de Roncal, donde tambien hay otro pueblo que llaman Isaba, y allí son agora los confines y rayas entre los
reynos de Navarra y Aragon. Despues dan los Pyre- 22
neos, por la mesma ladera de España, sobre la villa de Cafranque, frontero de la tierra de Gascueña, que cae por el otro lado dentro del Señorío de Fran-
cia. Luego salen adelante cerca de Jaca, ciudad muy 23
antigua, metida ya por el Señorío de los Aragoneses, donde crian estos montes abundancia de pinos, en que la gente comarcana recibe mucho provecho cortándolos y lanzándolos en un rio que dicen Aragon, por el qual esta madera viene hasta que se mezcla con Ebro, para la repartir en lugares y tierras
del reyno sobredicho. Pasan luego los Pyreneos por 24
otras

otras moradas y caserías no tan señaladas quanto las
que tenemos contado, hasta dar en una ciudad Cata-
lana, nombrada la Seu de Urgel, donde comienza la
torcedura destos montes que Ptolomeo dice, con que
se derruecan á la parte del Mediodia occidental, pues-
to que no mucho despues dan en otro lugar llamado
Belver, y mas adelante vienen á la villa de Pucerdan,
que fué los tiempos antiguos cabeza de todos los
Españoles Montañeses, quantos le caian en el derre-
dor, á quien las gentes pasadas decian Ceretanos,
por causa della, y por causa de cierto lugar, que
tambien hoy dia permanesce, llamado Cerete, no lé-
25 jos de Perpiñan. Luego tras esto pasan los Pyreneos
á Villafranca de Cofrente, y á la Bellaguardia, for-
taleza muy conoscida por su buen edificio, junta-
mente con el asiento provechoso que tiene cercano
del Pertus, en el puerto mas alto que se hace por
aquella sierra, donde se descubre gran trecho de tier-
ras, así de las que vienen contra los lados Españo-
les, como de las que van para Francia, señaladamen-
te pasando poco mas adelante de la Bellaguardia, no
léjos de cierto torrejon hecho por los antiguos en
una cumbre crecidísima, que dicen el Col de la man-
zana: desde la qual van las dichas montañas siempre
seguidas y formadas por la comarca, llamada Lam-
26 purdan. Allí se desmiembran en algunos brazos ó
gajos pequeños que se reparten á todas estas provin-
27 cias. El uno procede sobre las partes orientales den-
tro de Francia, donde se hacen los montes llamados
28 antiguamente Cemenos. El otro viene la vuelta de
Poniente casi por medio de Cataluña desviado muy
á la par de su marina, sino es en algunos ancones
y corvas con que se resquiebra dentro della, fene-
ciendo poco mas baxo de Montserrate (Monesterio
de gran devocion entre todos los Españoles, como
29 tambien lo verémos en los libros siguientes). El ter-
ce-

cero gajo restante va seguido por el medio destos
dos brazos entero y derecho contra la mar, hasta
fenecer entre Roses y Colibre, sobre la punta de
Creus, donde diximos haber sido la casa y el tem-
plo de la Diosa Venus Pyrenea, por causa del qual
y de la dicha Venus, hallamos tambien un buen puer-
to junto con las vertientes de Francia, que llamáron
los antiguos el puerto de Venus, á quien los Espa-
ñoles Catalanes que lo poseen agora, corrompido su
vocablo, dicen Port Vendres, muy cercano de Coli-
bre, que permanece hasta nuestro tiempo. Desde aquel 30
cabo de Creus, en que fenecen los Pyreneos, toma
principio la vuelta segunda de las Españas, que viene
despues del primer lado: la qual allende ser mucho
mayor que ninguno de los otros tres lados de su con-
torno, fué siempre mas tratada de las gentes extra-
ñas, por haber en ella muchas ciudades y puertos, y
playas provechosísimas: y por caer su mayor parte
dentro de nuestro mar, donde se comunican las in-
teligencias y tratos Españoles con las naciones Africa-
nas, Italianas y Griegas, y con las fronteras de Suria
y Egypto, que participan la flor y lo mejor de las otras
provincias del mundo. El espacio sobredicho tiene por 31
este nuestro tiempo casi docientas y setenta y cin-
co leguas de trecho, contadas en esta manera. Des- 32
de el cabo de Creus hasta la villa de Roses ponen
solas dos leguas: y despues á las Empurias (atravesan-
do cierto golfo pequeño que mete la mar en la tier-
ra) ponen tres, que son el camino mas derecho de
la una para la otra: porque si las quieren andar por
la tierra, solo el rodeo de la costa tomaria cinco le-
guas cumplidas. Desde las Empurias á Palafugel ponen 33
quatro leguas, y dos desde Palafugel á Palamos: una
tasan y no mas desde Palamos á San Filleu: y tres
desde San Filleu hasta Blanes (la que otros tiempos
fué dicha Blanda) cerça de la qual pasan casi media

legua de trecho las aguas del rio pequeño que llaman
agora Tardera, cuya corriente va derecha contra Me-
34 diodia. Su fuente nace del ramo de los Pyreneos
que diximos venir por dentro de Cataluña, y acabar-
35 se poco mas baxo de Montserrate. Tres leguas adelan-
te de Blanes viene la poblacion de Calella, y tres tam-
36 bien de Calella viene la de Mataro. Quatro son de
Mataro hasta Barcelona, pasando por la ribera de Ba-
dalona, lugar pequeño en esta marina; pero harto
mayor los tiempos antiguos, segun adelante mostra-
rémos, cercana de cierto rio que decimos agora Be-
37 ses. En aquel espacio de costa sobredicha la tierra
de España comienza poco á poco á meterse por la
mar, y ensanchar sus comarcas de contino, discur-
riendo siempre contra la vuelta del Occidente, hasta
dar en el estrecho de Gibraltar, donde nuestras Es-
pañas son muy mas anchas que por otra parte nin-
38 guna. Poco ménos de dos leguas despues de pasada
Barcelona, toma la mar un rio llamado Lobregat:
desde el qual á la poblacion que nombran Efiges, po-
nen tres leguas: y siete despues á la ciudad de Tar-
ragona: por el qual trecho se hacen unas cumbres y
cerros notables, ásperos y levantados en la marina
39 que nombran agora las costas de Garraff. Desde Tar-
ragona hasta Cambrils no son mas de dos leguas,
quedando en el medio Salon, puerto muy conocido
aunque desierto: y desde Cambrils al castillo de Mira-
mar ponen dos leguas, y otras tantas adelante hasta
la punta de la montaña que dicen el Col de Valaguer,
quedando en el medio la casa del Hospitalete, donde
40 los peregrinos reciben mucha caridad. Una legua ta-
san del Col de Valaguer al Templo de San Jorge,
que solia ser otro tiempo cabeza de caballería con-
tra los enemigos de nuestra sancta fe: la qual in-
corporáron despues en la órden militar de Montesa,
41 como lo dirémos en su tiempo. Desde San Jor-
ge

ge ponen seis leguas al puerto del Empolla, junto con la boca del rio Ebro sobre la ribera de Levante: mas porque deste rio hablarémos en el quinto capítulo siguiente, dando razon de su nombre con algunas cosas que le pertenezcan, solo dirémos aquí ser
uno de los grandes y caudalosos de España. Viene su 42
corriente guiada desde Septentrion á Mediodia, poco torcida contra Levante, casi de la mesma faccion que
diximos tener los montes Pyreneos. Y con esta figu- 43
ra discurren sus aguas por muchas provincias Españolas, provechosas y buenas: pero tanto mas fértiles, quanto mas alejado de sus fuentes, en las quales provincias recibe muy muchos rios de diverso tamaño: porque como digo, pasa tan largo trecho, que desde su nacimiento hasta su boca, donde lo toma la mar, son mas de ciento y diez leguas, segun adelante las darémos por cuenta. Y tambien así como so- 44
bre la ribera oriental diximos estar el puerto de la Empolla casi junto á su boca, de la mesma suerte junto á la ribera occidental de la dicha boca se hacen los Alfaques, que son unos tremedales encharcados en agua, con lagunajos y témpanos donde se mete mucho pescado por los canales que viene de la mar; por los entrevalos ó medios pace multitud de ganados en las veredas y prados de que los tales animales conocen poder salir. Qué quiera decir 45
esta palabra de los Alfaques, y por qué razon le diéron aquel apellido, verémoslo (si Dios fuere servido) quando lo tornarémos á nombrar en la tercera parte de esta gran obra. Pasa despues la marina contra 46
la parte del Poniente metiéndose bien á la mar, y haciendo las Españas contino mas anchas guiada por aquella parte donde solia ser un Monesterio de Monjas, llamado la Rapita, grandes tres leguas apartado de los Alfaques. Y comienza por allí la montaña de 47
Moncia, sobre la mesma costa, que dura dos leguas en

 lar-

largo: y en el medio della junto, con la ribera, na-
cen las fuentes de San Pedro, tan abundantes en agua,
que no bastan á despedir todo lo que manan, y me-
ten por baxo de la mar adelante gran trecho bor-
bollones muy dulces, que rebolsan encima de lo sa-
48 lobre sin se le mezclar ni corromper. Dos leguas des-
tas fuentes viene tambien Alcanar en la mesma mon-
taña, desviado de la ribera casi media legua: cerca del
qual pasan y fenecen las aguas del arroyo pequeño,
llamado la Cinia, que divide por aquí la jurisdiccion
entre Cataluña y el reyno de Valencia, cuyo primer
lugar, una legua de Alcanar, es Vineros: y mas ade-
lante otra legua Benicarlon, pueblo señalado por
los muchos vinos que crian sus comarcas: desde el
qual á Peñiscla tasan otra legua, donde se crian aguas
dulces de fuentes en abundancia, puesto que la mar
cerque sus fraguras y riscos á toda parte, sino es en
una garganta muy angosta, que la junta con tierra fir-
49 me. Dos leguas de Peñiscla hallamos al castillo de
Chiverte y tambien otras dos adelante la torre de
Oropesa, que señorea dos calas provechosas en aque-
lla marina; despues de la qual dos leguas adelante
viene Castellon: junto con el qual toma la mar el
50 rio de Millas. Pasa luego la ribera quatro leguas ade-
lante, hasta dar en la Puebla, quedando en el me-
dio Borriana: y en medio de Castellon y Borriana
la poblacion de Almanzora; desviados todos estos de
51 la mar ménos de media legua. No tasan mas de otra
legua desde la Puebla hasta Chinches, y casi dos le-
guas adelante hallamos á Cañete, llamado de Mon-
vedre por estar frontero de Monvedre: del qual á la
playa de Valencia, donde comunmente dicen el Grao,
ponen quatro leguas: otras quatro son desde Valen-
cia hasta Cullera, que tambien está cerca de la mar,
en el paso del rio Xucar, á quien los antiguos lla-
mavan Suro: desde el qual á Gandía ponen tres le-
guas,

guas, y desde Gandía hasta Denia quatro, la que solian llamar Dianio, donde se mete por la mar otra punta de tierra, que los navegantes nombran agora cabo de Martin ó de Denia, desviado de los Alfaques treinta y ocho leguas cabales. Nombraban los 52
antiguos este cabo de Denia el promontorio de Ferraria. Tambien le decian Emeoroscopeo y Artemi- 53
sio, que quiere decir lo mesmo que Dianio, como lo verémos en los veinte y seis capítulos adelante, y mucho mas á lo largo en los veinte y ocho del tercero libro. Desde esta villa de Denia, que tambien 54
fué pueblo notable los tiempos pasados, hasta la ciudad de Cartagena, ponen por la marina veinte y nueve leguas echadas en esta manera. Las tres á Tablada, y 55
dos de Tablada hasta Venisa: desde la qual á Carpe tasan otras dos, y quatro despues á Benidorma, con una mas adelante, hasta Villajoyoso. Ponen tambien desde 56
Villajoyoso quatro leguas á la villa de Alicante, que dixéron los antiguos el puerto Ilicitano: y luego van otras quatro leguas á la villa de Guardamar, pueblo bien conocido por el asiento que tiene sobre la boca del rio, llamado Segura, que los antiguos decian Estabero: desde el qual á la ciudad de Cartagena son nueve leguas bien cumplidas. Este pueblo de Car- 57
tagena, allende las muestras y memoria que permanecen hoy dia de su magnificencia pasada, vino muy bien á se cumplir en él este pedazo de cuenta: por que los marineros que navegan aquel trecho de costa, tienen allí maravillosos acogimientos en el puerto de esta ciudad, que fué siempre de los mejores del mundo: y estos hacen agora mucha cuenta de cierta punta junta con él, á quien llaman el cabo de Palos. Seis leguas de Cartagena hallamos la fortaleza 58
del Macarron, donde se hacen los alumbres: y despues hasta Portilla ponen camino de siete leguas, desde la qual hasta la ciudad de Almería son cumplidas

das

das veinte y quatro leguas de gran despoblado: donde no hallamos en toda la marina lugares notables, que se deban aquí poner, sino torres y descubrideros, con que se hacen señas de humos y de fuego desde las unas á las otras, los que por este tiempo guardan la costa quando sienten Moros Africanos, ó Turcos mareantes y cosarios, que saltean por allí muy continos y perjudiciales, encubriéndose por los resquicios y casas de la ribera, para salir y robar gentes y ganados, y todo quanto mas pueden: pero hallamos en aquel trecho cosas no baxas de que se puede hacer memoria, como son la villa de Vera, que cae cinco leguas adelante de Portilla, desviada casi una legua y media de la marina, y dos leguas despues de Vera la villa que dicen Muxacra, llamada Murgis entre los antiguos: la qual tambien cae desviada de la costa sobre cierta punta de sierra, que tiene su nascimiento de cumbres muy grandes y tendidas, que vienen léjos atravesando las tierras en España: de las quales cumbres primero que fenezcan aquí, manan las fuentes de Xucar, y las de ciertos rios señalados, que despues contarémos adelante, puesto que quanto á lo de Vera y Muxacra, fué tiempo que la mar llegaba mucho mas cerca dellas ambas que la vemos
59 ágora. Tres leguas despues de Muxacra hallamos el cabo de Agatas, el qual fué llamado deste nombre, por ser una punta de sierra metida muy dentro de la mar, encorporada toda con unas piedras preciosas llamadas ágatas: en tal manera que por solo no tener otra pizarra sino de las tales ágatas, casi no las estiman en España, dado que por muchas partes del mundo, donde se llevan, son acatadas y tenidas en precio: de las quales darémos sus colores y sus diferencias y propriedades y virtudes que dellas escriben los Philósophos naturales, quando placiendo á nuestro Señor, tratarémos particularmente la faccion y la pos-

postura deste risco en la tercera parte desta corónica. Llaman agora la gente vulgar esta punta ca- 60
bo de Gata corruptamente, por decir el cabo de Agatas: y los antiguos le solian nombrar el cabo Caridemo, que significa tanto como parte graciosa y amigable: porque segun dicen, es virtud principal en estas piedras ágatas hacer á los hombres que las traen bien quistos con quantos tratan: y por aquella razon, un seno de la mar á manera de puerto que se hace poco despues, huvo tiempo que se dixo tambien el puerto Caridemo, á quien agora, corrompido su primer vocablo, nombran puerto Carbonero. Quatro leguas adelante deste cabo hallamos un 61
espadañal muy cerrado, que los Moros, quando poseian aquella tierra, llamaban Algayda, cuyo nombre le dura tambien agora: tiene bien una gran legua de trecho, y aun algo mas: cria venados y puercos monteses con otras salvaginas que se cazan quando son tiempos enxutos: porque si son húmedos y lluviosos, enchárcanse tanto con agua, que por ningun modo la pueden tratar. Los Moros salteadores que pasan 62
acá desde sus puertos Africanos reciben provecho del aparejo que tienen allí sacando las fustas á tierra, y encubriéndose con aquel espadañal: y por esta razon las atalayas y torres son aquí mas continuas y juntas, que por otra parte de la costa. Media legua des- 63
pues recibe la mar el rio de Almería, que sin dubda podemos afirmar, ser una de las frescas y fértiles riberas del mundo: produce muchas palmas de dátiles, muchas diferencias de frutas excelentes, muchas abundancias de bienes en gran manera provechosas, que se dirán en la postrera parte desta corónica. Jun- 64
to con la boca del rio sobre la mar tenemos un lugar llamado Alhadra, casi una legua mas adelante la mesma ciudad de Almería: la qual legua es tan llena de placeres y deleytes, que no se puede significar co-

cosa mas apacible, esto quanto la frescura de frutas
y arboledas: porque quanto á lo demas, va todo tan
lleno de pedrería preciosa, que pocas partes en Es-
paña le llevan ventaja de granates y jacintos; ningu-
na le puede ser igual, señaladamente por el campo
de Niza, comarcano á esta ciudad de Almería, don-
65 de se halla multitud dellos. Quatro leguas despues de
Almería viene un castillo fuerte, y bien labrado, que
dicen de las Roquetas, donde se recogen agora los
pescadores, y las otras guardas, que defienden aque-
lla costa: y tres leguas de las Roquetas el lugar de
66 Adra, no muy grande, pero muy antiguo. De Adra
hasta Berja son quatro leguas, y tres de Berja hasta
Buñol: y dos mas adelante viene Castil de Fierro, asen-
tado sobre lo postrero de una punta, que la tierra
mete contra la mar: en las quales dos leguas ni te-
nemos torre, ni ménos atalaya, como las hallamos en
los otros espacios ó trechos, que hasta agora dexa-
67 mos contado. Tres leguas de aquel castillo viene la
villa de Motril, que tenemos creido ser agora la que
llamáron otro tiempo Sexi, ó muy cerca della, de
quien adelante se hará mencion en diversas partes
68 desta corónica. Una legua mas adelante viene Salo-
breña, la que decian antiguamente Selambina: y tres
leguas despues dan en Almuñecar con su puerto bien
69 abrigado de los vientos del Poniente. Desde Almu-
ñecar á la Atalaya, ó Torrejon de Velez, son nueve
leguas: la qual torre se llama desta nombradía, por
caer frontero de Velez Málaga, pueblo desviado de
la marina casi una legua: desde el qual á otra forta-
leza, que dicen Bezmeliana, son dos leguas grandes,
y tres desde allí hasta Málaga, ciudad tan principal
estos dias, como fué los antiguos, y aun creo que
70 mas. Pasado una legua de Málaga, se mete por la
mar el rio Guadalquevirejo, que por otro nombre
llaman Saduca los Autores de Cosmographia, puesto
que

que los Españoles ancianos le solian decir Malaca, como decian á la mesma ciudad: desde el qual á una fortaleza, nombrada la Fuengirona, son quatro leguas: y quatro mas adelante viene Marbella, la que otro tiempo decian Barbesola. Cinco leguas despues damos en 71
Estapona, y quatro mas adelante se mete por la mar el rio que los Moros decian Guadiaro, no muy grande ni caudaloso, pero señalado por algunos Cosmógraphos antiguos que le decian Crisio: desde el qual hasta Gibraltar son dos leguas no mas. Y despues 72
desde Gibraltar á la parte donde solia ser poblada la ciudad de Algezira, ponen otras dos, echadas en el rodeo de la costa: porque caminando sobre mar, es una sola y no grande. Tres leguas ponen despues hasta la villa de Tarifa tasadas en la mesma marina, 73
de suerte que desde Gibraltar á Tarifa, son justas cinco leguas: en las quales viene toda la canal á lo largo, que vemos entre las tierras Africanas, y las del Andalucía. Ya diximos arriba ser aquí la mayor 74
anchura de nuestras Españas, considerándolas por el través derecho, que responde frontero de las Asturias: por manera que segun la cuenta sobredicha, desde Cartagena hasta dar en Almería, son treinta y siete leguas enteras, y mas adelante hasta Málaga ponen otras treinta y siete: despues tasan diez y siete hasta Gibraltar echadas de puerto en puerto sobre los esconces y vueltas conoscidos en aquella costa: las quales juntadas con las que hallamos desde el cabo de Creus á Cartagena, hacen largas docientas leguas. Bien 75
creo yo que si los tales viages de puertos y puntas, ó las navegaciones de mar, se tomasen por camino seguido, seria mucho menor la suma: pero llevámoslo contado con tal órden, porque los lugares y distancias, y faccion de la marina sobredicha, salgan exêntas y declaradas, y las pueda mejor entender el que no las viere ni caminare. Pasada Tarifa, comien- 76

zan á ladearse poca cosa las marinas entre Septentrion y Poniente, tomando por aquel través un pedazo de la costa del Andalucía, con todo lo postrero de Portogal, que por allí cae contra los fines del cabo, que diximos llamarse de San Vicente: en el qual parage viene la isla de Cádiz, de quien adelante se hablarán diversos apuntamientos en el proceso desta gran obra: porque los tiempos antiguos tuvo cosas notables, y mucha mas tierra, de la que
77 le hallamos agora. Esta ribera va casi toda guiada y derecha, sin que la mar haga por ella notables entradas: á lo ménos desde la salida del estrecho hasta la boca del rio Guadiana, si no son dos esconces disimulados que le va ganando la mar sin que nadie lo pueda casi sentir: y dado que la cantidad ó tamaño de toda la tal marina sea menor que ninguno de los otros espacios sobredichos, tiene buenos puertos, y gran abundancia de pescados, por caer en el mar Océano, donde son las aguas vivas y substanciosas para semejante generacion, y fuera de nuestro
78 mar Mediterráneo, que no las tiene tales. Va todo aquel trecho puesto en frontería, casi á la pareja con los montes Pyreneos, remedándolos mucho en su sitio, y tiene de largo sesenta y ocho leguas de cami-
79 no, contadas en esta manera. Desde Tarifa hasta los cabos que llaman de Plata, ponen cinco leguas, quedando en aquella marina las muestras de cierta poblacion antigua, nombrada Belon, que dicen agora Be-
80 loña. Despues de los cabos de Plata, sola una legua mas adelante viene la parte del pueblo, que solia ser en Barbate, junto con un riezuelo pequeño del mesmo nombre que cerca della recibe la mar, y en un sitio desta legua sobredicha se hace la pesquería del Almadrava de Zahara, donde mueren muchos atu-
81 nes. Otra legua mas adelante del rio Barbate, viene tambien el cabo de Trafalgar, en el medio trecho,

que-

quedando señales enteras de hartos edificios viejos, á quien suelen decir comunmente las aguas de Meca, por una fuente que les nasce junto donde los Moros Africanos tienen por gran religion venir á bañarse.
Desde Trafalgar á Conil es una legua, y otra sola mas 82
adelante de Conil viene la segunda pesquería principal de los atunes, que tambien llaman Almadraba: desde la qual son dos leguas hasta la punta de Sancti Petro junto con otro rio pequeño que viene de Chiclana, una legua de allí dentro de la tierra: y esta punta es la parte de toda nuestra costa, donde la tierra continente se llega mas con la isla de Cádiz, tanto que hasta la isla no se atraviesa mas que la mitad de medio quarto
de legua por el agua. Desde allí comienzan otra vez 83
á corvarse las riberas, y reciben un seno de mar, hasta dar en el puerto de Sancta María: por manera que son en aquel contorno quatro leguas de trecho, las dos á la poblacion, que dicen Puerto Real, y las otras dos al de Sancta María: entre la qual ribera y la isla de Cádiz se hace la bahía, ó seno que llaman de Cádiz, á quien solian los antiguos decir la marina de los Españo-
les Corenses. Pasadas otras dos leguas, despues dan en la 84
villa de Rota: y tres adelante de Rota, viene Chipiona: y una despues de Chipiona, San Lucar de Barrameda, donde recibe la mar al gran rio Guadalquevir junto á la parte que los antiguos solian tener un templo del Lucero, donde le sacrificaban, y hacian ple-
garias con gran solemnidad. Es aquel rio Guadalque- 85
vir uno de los muy grandes en España, cuyas aguas vienen desde Levante, guiadas al Poniente, seguidas y bien dispuestas, dado que torcidas quanto mas andan contra la vuelta del Mediodia, tan disimuladamente que casi nadie siente su torcedura, hasta llegar poco mas encima de Sevilla, que ya muy á lo claro toma camino derecho por aquella via del Mediodia: y como quiera que no sea mucha tierra la que corre

comparada con la que pasan algunos otros rios grandes en España, pues á la verdad no son desde sus fuentes hasta su boca sesenta y quatro leguas cumplidas, no por eso lleva ménos agua ni menores vivezas en
86 ella que los otros rios Españoles. Junto con esto tiéneles alguna ventaja, por ser las tierras y comarcas que riega desde su nascimiento hasta su fin, á maravilla fertilísimas y grandemente bienaventuradas, llenas de muchas abundancias y deleytes, y de todos los provechos que sobre la tierra pueden criarse: del qual rio no fué por agora necesario declarar otra cosa mas de la disposicion ó figura sobredicha que trae su corriente, pues adelante repartirémos en el proceso de la corónica lo restante que los buenos Autores de él escribiéron: y tambien algunas otras co-
87 sas que despues acá le conocemos y notamos. Desde San Lucar ó desde la boca deste rio hasta la parte que nombran agora la Higuera, ponen cinco leguas, en que reside comunmente multitud de gente pescando, llamada por otro nombre la Xavega, sin tener casas ni poblacion, sino fuesen algunas chozas ó ramadas en
88 que se recogen, y aun éstas muy pocas. Otra semejante Xavega se hace tres leguas adelante llamada Val de Vacas, en la mesma costa, y todos aquellos espacios en que las tales Xavegas caen suelen llamar
89 los mareantes Arenas gordas. Desde Val de Vacas á la villa de Palos tasan quatro leguas, el qual es un pueblo mucho bueno sobre la ribera del rio Tinto, que viene por Moguer y por Niebla dentro de la tierra, cuya boca dura casi una legua de trecho: en fin de la qual está Huelma del otro cabo del agua, desde la qual á San Miguel son tres leguas, y de San Miguel á
90 Cartaya dos no mas. Tres ponen despues á la villa que dicen Ayamonte, donde toma la mar al rio Guadiana, que fué siempre muy principal entre los rios Españoles, pero diferenciando segun vemos en sus corrien-

rientes y figura de los que dexarémos escritos en este capítulo, por causa que va gran pedazo de trecho despues que sale de sus fuentes guiado y regido desde Levante hasta Poniente, sin hacer torceduras notables. En aquel ser y tenor pasa diez y seis le- 91
guas de viage desviado casi cabalmente del rio Guadalquevir, y sumiéndose por baxo de tierra, y tornando á salir de nuevo, como mas abiertamente contarémos adelante, puestas sus aguas en aquel término sobredicho, no léjos de la parte donde hallamos agora la ciudad de Badajoz, dexa súpito la corriente que primero lleva del Occidente para se trastornar contra Mediodia, bien así como lo hace Guadalquevir hasta se meter en la mar, que son treinta y cinco leguas tiradas. Y desde la sobredicha 92
boca todas las marinas occidentales que se siguen pertenecen al reyno de Portogal: cuyas riberas y costas van de tal faccion y manera que parecen arremeter con algun ímpetu para se lanzar en la mar, puesto que (bien mirado) pasada la boca deste rio, las marinas se retraen algun tanto por dos veces hasta venir al cabo de San Vicente, donde reciben otras dos bahías ó senos razonables. El primero comienza 93
desde Castromarin, una legua mas occidental que diximos estar Ayamonte, pero sobre las aguas del mesmo rio Guadiana junto con su ribera de la mano derecha, y así va cinco leguas aquel seno, hasta dar en Tavila, segunda poblacion de los Portogueses por aquella parte con un rio mediano que la divide por medio. Despues viene Faro, cinco leguas de Tavila, 94
y dos mas adelante hallamos otra punta de tierra que llaman el cabo de Santa María, metido por la mar una gran legua, y aquel es el que nombraban los antiguos Cuña ó Esquina de la tierra: los Cosmógraphos Griegos le decian Sphen, donde tiene fin el primero seno que ya diximos, y comienzan las

tor-

torceduras del segundo seno hasta la punta de San Vi-
95 cente. Primero que le toquen dexan el Albuhera sobre la costa puesta quatro leguas del cabo de Santa María: despues van tres leguas á Villanova, desviada de la mar un solo quarto de legua, sobre la ribera de cierto rio que viene de Silves contra su mano de-
96 recha. Dos leguas adelante damos en otro pueblo que dicen Albor, á quien los antiguos llaman el puerto de Hannibal: y como lo pasan, en solas otras dos leguas viene Lagos, poblacion vieja, que nuestros an-
97 tepasados nombraban Lacobriga. Desde Lagos á Sigres son quatro leguas, y una sola de Sigres al dicho cabo de San Vicente, que tambien los antiguos nombraban el Cabo Sagrado, con que se cumplen la suma de las
98 sesenta y ocho leguas ya señaladas. En aquel cabo de San Vicente se principia la marina del otro tercero lado de España, volviendo de Mediodia contra Septentrion: la qual marina toma dentro de sí todo lo largo de Portogal contado hasta la boca del rio Miño, con otra parte de Galicia, que va desde la misma boca
99 hasta Finisterra. Hallamos en este pedazo casi ciento veinte y quatro leguas de viage, puesto que los mareantes como navegan al derecho sin doblar puntas ni torcer caminos para tomar posadas, no le dan en su navegacion tan largo trecho por el agua. Las le-
100 guas de tierra se cuentan en esta manera. Desde el cabo de San Vicente, donde ya dixe ser una de las principales esquinas ó canton de España, hasta la poblacion llamada Lodemira sobre la mano derecha de cierto rio que por allí toma la mar, son siete leguas tendidas, y desde Lodemira van otras tres leguas al isleo de Perseguero, desde el qual hasta Sines ponen quatro leguas justas, y siete mas adelante viene Setubal, pueblo señalado y antiguo mas que ninguno desta ribera, como parecerá claro quando se tratare su fundacion en el quarto capitulo siguien-

guiente. Pasan despues adelante de Setubal cinco le- 101
guas á Cezimbra, junto con la mar alta, desde la
qual al cabo Despichel, nombrado los tiempos antiguos el Promontorio Barbárico, por cierta razon que contarémos en el octavo capítulo del tercero libro, ponen una legua, y cinco leguas Despichel viene la boca del gran rio Tajo, famoso y muy alabado sobre los mas preciosos de España; cuya corriente lleva mas de ciento y diez leguas de tierra, discurriendo algun trecho desde Septentrion á Mediodia, derrocándose disimuladamente quanto mas va contra las partes occidentales, hasta que pasadas buenas quarenta leguas desde sus fuentes, viene sobre la ciudad de Toledo: y habiendo rodeado la mayor parte della, dexa de todo punto su disimulacion y viage, segun primero lo traia, y se trastorna derecho contra la parte del Poniente sin hacer mas torceduras ni vueltas que tengan
espacio notable. Por toda su corriente recibe copia 102
de rios que se le mezclan caudalosos y crecidos, que muchos de ellos serian principales, si no topasen con
éste que los consume. Pasa poderoso y pujante, has- 103
ta venir á la mar en esta parte sobredicha, teniendo solas dos leguas ántes de su boca, sobre la ribera del Norte, la gran Ciudad de Lisboa, y en este mismo lado quando se mete por lo salado, hallamos una punta de sierra, que dicen agora cabo de Cascaes, porque tambien está junto con aquella sierra la villa
nombrada Cascaes. Tiene creido la gente vulgar de 104
los Portogueses, ir aquella sierra sobredicha por baxo de la mar hecha siempre montaña, hasta salir en la isla de la Madera, que son largas docientas leguas por el agua: pero yo de ninguna parte veo suficien-
tes indicios, para que nadie lo pueda conjeturar. 105
Seis leguas de Cascaes por la misma costa dan en Alisera, despues de la qual cinco leguas adelante hallamos otra poblacion pequeña de hasta noventa ó cien ca-

casas, que dicen Penier, y frontero desta metida por la mar buenas quatro leguas adentro la isleta de las Berlangas, llamada Londobries entre las gentes antiguas; y junto con ella quedan tambien otras dos is-
106 las menores, que dicen agora los Fallarones. Pero si de Penier no queremos hacer cuenta, por ser poblacion pequeña, podriamos poner en su lugar la villa de Atauguia, sola media legua mas adentro de tier-
107 ra, pueblo mayor y mas notable. Pasadas cinco leguas, caminando siempre contra Septentrion, hallamos otro pueblo pequeño casi todo de pescadores, llamado Pederneira, junto con el qual tienen una casa de nuestra Señora, donde la gente comarcana reconoscen mucha devocion: y despues otras dos leguas adelante van á Selir asentado sobre la mano derecha de
108 cierto rio, que luego toma la mar allí junto. Tres leguas de Selir vienen las Paredes, y mas otras seis arriba se lanza por la mar el rio de Mondego, que los antiguos llamaban Monda, sobre cuya boca hallamos la villa de Buarcos en la ribera de su mano
109 derecha. Viene tambien despues otras ocho leguas adelante la boca del rio llamado Voga, que pasa junto con la villa de Avero, tres leguas encima de donde sus aguas entran en la mar: y dado que no sea mucho caudaloso, pertenece bien á nuestro cuento, porque todos aquellos trechos tienen hoy dia pocas cosas que se puedan señalar: y porque tambien los Cosmógraphos pasados algunas letras mudadas le llamaban el rio Vaca, haciendo notable relacion de él en sus libros, y no va tan pequeño, que no lo naveguen hasta la villa de Avero navíos de noventa y cien tone-
110 les ó pipas. Cinco leguas adelante se hace la poblacion de Ovar, puerto conocido desta marina, desde el qual á San Juan de la Foz sobre la boca del gran
111 rio Duero son otras cinco leguas. Este rio Duero con mucha razon y causa dicen los Cosmógraphos antiguos

guos ser uno de los mayores y mas poderosos de España, y el que mas tierra pasa con su corriente: tanto que desde la parte donde nasce, hasta donde fenece son largas ciento y veinte leguas de trecho, por las quales recibe muchas aguas de diversos arroyos y fuentes y rios caudalosos, que lo hacen muy crecido.
Trae siempre su camino derecho desde Levante con- 111
tra la vuelta de poniente: sin hacer torceduras grandes en todo su viage, sino son en tres partes nota-
bles. La primera diez leguas mas abaxo de donde nas- 112
ce, porque como quiera que saliendo de sus fuentes comienzan las aguas á guiarse desde Septentrion á Mediodia poco torcidas contra Levante, despues de pasadas aquellas diez leguas vuelven al Occidente, prosiguiendo el camino por aquel tenor mas de quarenta y tres leguas enteras hasta la villa de Tordesillas, pueblo bien principal entre los muchos que caen sobre su ribera: allí disimuladamente se va derrocando tres leguas enteras hasta la villa de Castronuño: donde llegado, toma como solia su viage del Poniente: y así pasa largas diez y nueve leguas que se cumplen frontero de la villa nombrada Miranda, junto á la raya del reyno de Portogal sobre la mano derecha deste rio: donde se baxa tercera vez camino de Mediodia largas diez leguas de trecho, hasta dar en un pueblo llamado Frexo, dentro del mesmo reyno, y
en la mesma ribera. Luego despues toma su camino 113
del Occidente como primero venia por tierra muy mucho fragosa y áspera: y no parando hasta casi treinta y seis leguas adelante de Frexo, se lanza por la mar, y dexa sobre su ribera de mano derecha la ciudad que dicen el Porto, desviada sola una legua de la mar al-
ta. No cumple hacer otra relacion aquí della, pues 114
la harémos en los treinta y seis capítulos del tercero libro, y en otros lugares desta corónica: y tambien porque agora principalmente van declaradas en este ca-

pítulo las riberas ó marinas de España, de las qua-
115 les esta ciudad cae poco desviada. Pasada la boca de
Duero no mas de una legua, viene la poblacion de
Matusinos, asentada sobre la mar en la ribera de
cierto rio que llaman Leza, por causa de tener al otro
lado su mesma boca cierto lugar nombrado tambien
Leza, frontero de la qual sola media legua quedan unas
peñas que dicen los Lixones; y tres leguas adelante
queda la boca del rio Avia, que fué siempre llama-
do deste nombre por todos los Cosmógraphos anti-
116 guos. Donde tambien hallamos á villa de Conde, lu-
gar no muy grande, pero harto reconoscido por nues-
117 tros navegantes y marineros. Dos leguas despues lle-
gan á Posende sobre la boca del rio Cavado: y tres
leguas mas adelante viene la villa de Viana sobre la
118 boca del rio Limia. Luego pasan las marinas á Cami-
ña quatro leguas adelante de Viana, que tambien es-
tá puesta junto con la ribera del rio Miño sobre la
mano siniestra de su corriente: donde fenecen hoy
119 dia los señoríos y costa de Portogal. Es tambien es-
te Miño rio famoso, de los crecidos y principales en
España: porque sin las aguas que se le juntan, sale
de sus fuentes y manantíos muy abundoso y muy he-
cho: cuya corriente lleva treinta y cinco leguas jus-
tas de viage: de las quales veinte y tres dellas viene
derecho desde Septentrion á Mediodia, sin desviar
á parte ninguna, hasta la villa que llaman Ribadavia,
120 puesta sobre sus riberas en la mano derecha. Llegan-
do por aquí, tuerce contra la vuelta del Occidente
las otras doce leguas que le faltan hasta su boca don-
121 de lo toma la mar. Desde la qual boca se comienzan
los señoríos de Galicia, cuyo lugar primero sobre la
marina llaman agora Vayona, quatro leguas adelante
de Camiña, junto con la qual se hace la punta que
nombran de Silleyros, y cerca destos las islas que de-
cimos comunmente de Vayona, nombradas entre los
an-

antiguos insolas Cicas, apartadas una legua de la ribera, que son mucho provechosas á la gente de su comarca, y á los navegadores que por allí caminan, por el gran bastimento de conejos, y perdices, y palomas, y toda volatería que se cazan en ellas, y por la sobra de besugos, barbos, lenguados, con otras diversidades de peces, que por su contorno se pescan, á quien dan la ventaja sobre todos los de Galicia, quanto
al buen sabor, y quanto á ser muchos. Junto con 122
esto tienen grandes arroyos y fuentes de aguas dulces, en que contino toman refresco, y se bastecen á causa que son muy saludables y delgadas, y se con-
servan mas que ningunas otras en la mar. A la ma- 123
yor dellas, contra la parte del Norte, le hallan un puerto seguro, bien ancho, donde los navíos se recogen: de cuya causa la gente muy antigua por sobrenom-
bre las llamaban tambien insolas de los Dioses. Pasa- 124
da Vayona cinco leguas adelante siempre sobre la ma-
rina viene luego Redondela. Son mas otras tres le- 125
guas de Redondela hasta la villa de Pontevedra: des-
de la qual ponen seis á la ria del Padron. Otras cin- 126
co mas adelante viene Muros, lugar asentado sobre la mar viva, junto con una ria que hace por allí la boca del rio Tamar en lo salado: sobre la qual ria, poco ménos de tres leguas adentro sobre la misma ribera de Tamar, queda Noya desviada de la costa, po-
blacion antigua, que los pasados llamaban Novin. De 127
Muros á Corvian miden quatro leguas, y dos mas adelante hallamos la punta nombrada Finis-terra, de quien hubo dias en el siglo pasado que le solian llamar Hyérna, y en algun tiempo tambien le dixéron
Nerion. Aquí se principia el quarto lado restante de 128
las Españas, que viene todo sobre la parte septentrional: cuya costa no hallamos agora derecha ni seguida, como la hallaba Pomponio Mela desde Poniente para Levante, sino con muchas entradas y se-

 nos

nos y puntas de la mar en la tierra, y de la tierra contra la mar: en el qual trecho se tasan hoy dia casi ciento y quarenta leguas de viage, contadas en
129 esta manera. Desde la punta de Finis-terra hasta la poblacion de Mongia, por cuyo respecto suelen tambien decir al mesmo cabo la punta de Mongia, son quatro leguas, y de Mongia hasta llegar en otro pue-
130 blo llamado Laja tres leguas. Quatro ponen desde Laja hasta Malpica, cerca de la qual hallamos un isleo que nombran ahora Sesarga, bastecido de conejos y de mucha volatería: desde el qual á Cayon son otras
131 quatro leguas. Y despues adelante viene la Coruña, puerto principal en Galicia, mas ancho, seguro, y espacioso de todas aquellas marinas, á quien los Autores antiguos de cosmographia llamaban el gran puer-
132 to Brigantino. Desde la Coruña hasta Ferrol pasando por la boca del rio de Betanzos, y por el pueblo
133 llamado Pontes-dimia, ponen casi dos leguas. Ponen tambien otras dos desde Ferrol al cabo de Priolo, y es Priolo punta notable desta marina por entrar casi dos leguas tendidas en el agua: desde la qual has-
134 ta Cedeyra tasan quatro no muy largas. Y dos pequeñas despues á los Aguijones llamados de Hortiguera, que son unos peñascos, en cuya frontera se hace la
135 boca del rio que viene por Santa Marta. De Hortiguera pueblo Gallego dos leguas ántes de la mar, y desde la tal boca hasta Bivero tasan tres leguas enteras, como tambien desde Bivero hasta Sant Cebrian son dos pequeñas: en cuyo derecho quedan dos isletas desiertas metidas á la mar, que se decian antiguamente
136 los peñascos Trileucos. Luego tres leguas adelante viene la Basma, lugar pequeño desviado média legua de la costa: desde la qual á Ribadeo son cinco le-
137 guas cumplidas. En Ribadeo fenece la costa de Galicia por aquella vuelta Septentriónal: y luego como pasan un rio grande que por allí toma la mar junto con

con la mesma villa parece del otro cabo Castropol cerca tambien de sus riberas: el qual es primer lugar de las Asturias, que llaman Oviedo: porque las tales aguas deste rio, quando llegan aqui, son division entre Galicia y esta provincia: nombrábanle los antiguos el rio Mearon, y viene muy bien à nuestra cuenta, pues le hallamos tratado por libros de Cosmographia, y asimesmo por la particion que hacen ahora con él estas dos tierras ó provincias.
Desde Castropol hasta dar en otro pueblo que se di- 138
ce Navia sobre la marina ya dicha pasando los puertos de Tapia y de Prucia cuentan casi seis leguas, y
quatro desde Navia hasta Luarca. Desde Luarca para 139
venir en Artedo ponen cinco, caminando por las fronteras de Caneyro y Cadavedo, y las Valloutas, que son puertos conocidos en aquel principado de las As-
turias. A media legua de Artedo viene Codilleiro, del 140
qual hasta Avilés, villa principal en aquella costa, son
quatro leguas. Y dos leguas adelante hallamos una pun- 141
ta que llaman las peñas de Huson, puestas al Nor-
te verdadero. Tres leguas ponen tambien desde las 142
tales peñas á Gijon: y mas otras tantas desde Gijon á Villa-viciosa: desde la qual á Ribadesella cuentan siete: y seis despues hasta Llanes postrera villa de las
Asturias de Oviedo. Desde Llanes á San Vicente de 143
Barquera, pasando junto á Colombres, cuentan seis leguas justas, y quatro mas adelante van á dar en el cabo nombrado San Martin de las Arenas derecho
contra Septentrion. Item dos leguas despues viene cier- 144
to monesterio, que se dice Santa Justa, fundado sobre la misma costa: frontero del qual media legua dentro de la tierra cae la villa de Santillana, tan principal en aquella comarca, que solo por su causa dicen á toda la provincia las Asturias de Santillana, diferente de las otras Asturias de Oviedo, de quien primero habla-
mos. Desde Santa Justa, ó desde Santillana hasta San- 145
tan-

tander son cinco leguas enteras: y dos no mas desde Santander al cabo de Quexo, despues del qual cinco leguas adelante viene la peña redonda de Santoña, que por otro nombre dicen el Frayle, rodeada toda de mar en un seno pequeño, que dura bien una legua con-
146 tada desde la peña hasta dar en Laredo. Ponen mas cinco leguas desde Laredo hasta Castro de Ordiales.
147 Y desde Castro hasta Portogalete, lugar asentado sobre la boca del rio que viene de Bilbao, tasan otras
148 cinco. Bilbao queda buenas dos leguas en tierra. Lla-
149 maban este rio los antiguos Nervion, en el qual fenecen hoy dia las riberas de mar pertenecientes á los Montañeses de Castilla y de Leon, y desde su boca comienza la costa de Vizcaya y de Guipuzcoa, que tiene de trecho veinte y quatro leguas justas echadas
150 desta manera. Desde Portogalete ó desde la villa de Bilbao, al cabo que dicen de Machicao son tres leguas cabales, quedando la villa de Bermeo junta con el dicho cabo contra la vuelta de Mediodia, quatro
151 leguas adelante hallamos á Lequeytio. Y despues otras dos leguas viene la poblacion que dicen Hondarroa, que tambien es último lugar de Vizcaya, desde el qual poco mas arriba comienzan las marinas de la provincia siguiente llamada Guipuzcoa, diversa de la de Vizcaya, puesto que sus gentes ambas tengan unas mesmas costumbres, y casi la mesma pronunciacion en su lenguage diverso de las otras gentes Españo-
152 las. Desta provincia de Guipuzcoa cuentan su primer lugar sobre la marina la villa de Motrico, desviada de Hondarroa tres leguas enteras, y desde Motrico pasa la costa por Deva, que tambien es una legua mas
153 adelante con otra legua hasta Cumaria. Ponen mas otra legua desde Cumaria hasta Guetaria, puerto bien provechoso desta ribera. Despues en otra legua viene
154 Zarauz. Y no mas de otra ponen á la boca del rio que pasa por Orio, que tambien es poblacion en aque-

aquellas tierras algo desviada de la mar. Tres leguas 155
adelante de Orio vienen á la villa de San Sebastian, á
quien los naturales llaman en su lenguage provincial
Donostien, pueblo principal en esta marina, fundado sobre cierta ria salada: la qual ria los antiguos decian Melasco, que toca junto con el adarve del mesmo pueblo. Desde San Sebastian al Pasage ponen 156
otra legua sola, que tambien es puerto bien conoscido, por causa de la ria que tiene, nombrada la
ria de Lezo. Y casi tres leguas adelante se comien- 157
zan las cumbres de los montes Pyreneos, que dividen á Francia de las Españas, cuyo punto señalado fué donde comenzamos la cuenta deste contorno, las quales cumbres ó puntas llaman agora por aquella parte la sierra de Jazquivel, que van al traves entre la sobredicha villa de Pasage con la villa de Fuente-Rabía juntada con las dichas cumbres en las vertientes que trastorna para Francia, puesto que siempre la tal poblacion fué reputada y atribuida de los señoríos Españoles entre todos los Cosmógraphos pasados, como tambien hoy dia se posee: de la qual ya dexamos apuntado quando principiamos este capítulo ser llamada los tiempos antiguos Olearso: los moradores tambien de su comarca se decian Españoles Olearsos: el qual apellido dado que lo hallemos en la villa ya mudado, permanece hasta nuestros dias un pedazo de la tierra que por allí viene cerca: la qual, poco mudado su vocablo, llamamos el valle de Oyarco, del otro cabo de los montes, donde tambien tenemos una poblacion nuestra que dicen Oyarco, llena de caserías derramadas segun usanza desta provincia que dura gran espacio, casi desde Fuente-
Rabía por aquellas laderas adelante. Juntadas, pues, 158
todas estas veinte y quatro leguas postreras de Vizcaya y Guipuzcoa con las otras leguas arriba señaladas, hacen las ciento quarenta y una que primero tasamos

en

en el quarto lado sobredicho, de quien últimamente damos aquí relacion.

CAPITULO III.

Del repartimiento en que las gentes antiguas tenian divididas las provincias principales de España, y del repartimiento que tienen agora, diverso de aquel, en cinco reynos de Christianos que en ella se han fundado: declarado lo uno y lo otro por los límites y linderos que solian tener, y por los que tambien agora tienen.

1 Todo el espacio de tierra que se contiene dentro destos quatro lados ya dichos, repartian los antiguos en muchas naciones Españolas, que se comprehendian dentro de tres provincias ó regiones principales: de las quales, porque adelante la corónica dará muy entera y abundante relacion, así de las causas de sus nombres como del tiempo que comenzáron á tenerlos, y de las rayas y linderos ó aledaños por donde se dividian declaradas extendidamente, por lo que agora sabemos en España, con todo lo demas que á sus posturas y sitios pertenezca, en este lugar se tratará sumariamente dellas, como tambien se hizo en lo pasado, solo porque los lectores tomen desde aquí fundamento para lo que despues se les dirá mas especificado, y lo puedan mejor entender quando leyendo la corónica presente hallarán las particularidades dello: y tambien porque desde el principio de la obra será necesario usar de los vocablos que despues aquellas provincias tuviéron, para que podamos hablar aclaradamente las cosas que por ellas sucediéron
2 ántes que los tales nombres tuviesen. La primera provin-

vincia ó region fué llamado Lusitania, que caia en los fines postreros de España, cuyos aledaños ó linderos fuéron á la parte de Mediodia y Occidente toda la costa del mar Océano, que va desde la boca del rio Guadiana hasta la boca del rio Duero, segun ya dexamos esta costa declarada de puertos en puertos
en el capítulo precedente. Por la parte del Septen- 3
trion eran sus límites ó linderos el mesmo rio Duero, por el agua arriba hasta casi veinte y cinco leguas encima de la parte donde diximos este rio hacer la segunda torcedura contra Mediodia: frontero del qual sitio, poco mas ó ménos, el rio Pisuerga se
mezcla por el otro lado con este rio Duero. Salia 4
despues una raya por aquel mesmo punto tendida largo trecho dentro de la tierra, no parando hasta fenecer en el rio Guadiana, sobre su ribera de mano derecha casi diez y siete leguas encima de la parte, donde tambien escribimos aquel rio Guadiana torcerse para tomar el camino de la mar, frontero del punto donde hallamos agora la poblacion de Villanueva de la Serena: por el otro lado del agua sobre las riberas de su mano siniestra, la qual raya fué toda la division y límite de Lusitania, por la parte mas
oriental. Despues aquel rio sobredicho de Guadiana 5
por el agua abaxo la rayaba hasta llegar á la mar en todo lo que restaba desta provincia, de la qual se tratará diversas veces en muchos lugares de esta corónica: pero mucho mas particularmente, quando (con el ayuda de nuestro Señor Dios) llegarémos á contar el tiempo que Bruto Calayco, Capitan Romano, vino en España, y por fuerza de armas la puso en baxo de aquel imperio con las otras tierras de Galicia comarcanas á ella.

La segunda region Española decian Bética los anti- 6
guos, cuyos límites eran por la parte del Occidente y Septentrion aquel rio de Guadiana que la dividia de la

Lusitania: porque con la torcedura que hace, va de tal faccion, que le puede ser lindero y aledaño por
7 aquellas dos partes. El otro lado de Mediodia tuvo toda la costa de mar quanta va desde la boca deste rio Guadiana por el estrecho de Gibraltar hasta la villa de Vera: y por la parte mas oriental volvian sus términos al derecho camino que sale desta villa de Vera hasta tornar á Guadiana, y tocar en ella casi donde dixe ser agora Villanueva de la Serena, frontero del punto donde fenecia tambien la Lusitania por el otro lado del agua.

8 Todo lo restante de España fuera destas dos regiones llamaban los antiguos la provincia Tarragonesa, por causa de Tarragona, ciudad de Cataluña, que los tiempos pasados fué lugar mucho sumptuoso: de manera que sola esta partida de tierra contenia mucho mayor espacio que las otras dos tierras
9 juntas primero dichas. Tuvo la Tarragonesa muchos pueblos y muchas naciones diferentes las unas de las otras, de quien tambien se hará relacion, sin dexar ninguno dellos en los lugares que por la corónica vie-
10 nen á propósito. Los Romanos antiguos en el siglo que poseyéron lo mas y lo mejor de las Españas, dado que muchas veces usaban en el repartimiento dellas estos tres apellidos de Bética, Lusitania y Tarragonesa: diéronles tambien otros dos nombres no
11 ménos conoscidos que los primeros. A la Tarragonesa llamáron España Citerior: á la Bética y Lusitania juntas España Ulterior: que quiere tanto decir en el romance vulgar, como la España de aquende, y la España de allende: las quales eran así dichas, porque quando venian acá desde Roma, la primera tier-
12 ra donde tocaban era la Tarragonesa. Caminando mas allende contra las partes occidentales caian las otras dos, Bética y Lusitania: dado que yo sé bien haber Escritores de los tenidos en precio, que dicen el rio

Ebro

Ebro ser antigua division y raya deste repartimiento. Creo cierto que primeramente debria ser así quando 13
los Romanos comenzáron á venir y negociar en España: pero despues mudáron estos mojones ó linderos, y señaláron (como digo) por ulterior aquellas dos provincias juntas de Bética y Lusitania: lo demas por citerior, segun lo mostrarémos en el octavo capítulo deste séptimo libro siguiente, donde tratarémos muy particularizados los años y dias del tal repartimiento, con los pueblos y caminos, hitos, y sitios conoscidos en
que tocaban. Agora por este nuestro tiempo, dado 14
que tambien haya muchos pueblos y gentes Españolas, que particularmente se nombren con apellidos diversos entre sí, todos ellos van contenidos y incluidos dentro de cinco reynos Christianos, que se hiciéron en España despues que los Alarabes y Moros Africanos entráron en ella, quando la sacáron de poder de los Godos que en aquel tiempo la poseian, y son los siguientes: el reyno de Portogal, el reyno de Leon, el reyno de Castilla, el reyno de Navarra, el
reyno de Aragon. Los quales, pues, al presente du- 15
ran ilustres y prosperados en baxo de la benignidad y señorío de vuestra Magestad, mas poderosos y florecidos que ningunos otros en Europa: conviene tambien ser aquí dicha su postura para los mesmos intentos desta nuestra corónica, que se dixo la particion de las provincias antiguas.

El reyno de Portogal tiene por aledaños, ó lin- 16
deros ó límites, á la parte del Mediodia, y Occidente, la costa de Lusitania vieja, que (como ya en el capítulo precedente dixe) fué desde la parte donde toma la mar el rio Guadiana, hasta la boca del
rio Duero. Tiene mas la costa que viene desde Due- 17
ro hasta la boca del rio Miño: despues en la vuelta de Septentrion, va la raya deste rio sobre las aguas del mesmo rio Miño, seis leguas bien cumplidas y lar-

18 gas de trecho. Y como hasta aquí llega, dexa la tal raya de seguir sus corrientes acostumbrados, y toma otro camino, metiéndose por un traves contra la mano derecha dentro de la tierra sobre la vuelta del Levante, pasando treinta y seis leguas cumplidas, y lo mas deste camino desviado casi por igual del rio
19 Duero. Hallamos hoy dia por aquel viage poblaciones asaz bien cercanas á la raya, de las quales una principal se dice la villa de Chaves, apartada legua y media dentro del mojon, y tambien otras diez y seis del punto mesmo, donde señalamos la raya sobredicha
20 desviarse del rio Miño. Despues mas adelante de Chaves doce leguas viene Bregancia, poblacion antigua, no grande, pero muy honrada, harto junto con estos linderos. Y como la raya pasa cinco leguas adelante de Bregancia, por dentro de la tierra, comienzan los mojones á torcerse para formar el otro lado, que lo desmiembra del reyno de Leon sobre la vuelta de Levante, yendo siempre desviados igualmente
21 de la costa del mar occidental. Estos mojones ó linderos, luego como son pasadas ocho leguas de trecho, tocan primeramente sobre la ribera del rio Duero, donde ya dixe que sus aguas comenzaban una
22 gran vuelta junto con la villa de Miranda. Van despues abaxando por aquella torcedura del rio, que son diez leguas enteras: y lo cortan cerca del otro lugar, que tambien escribimos llamarse Frexo de Espadacinta: desde el qual pasan los aledaños y rayas casi treinta leguas adelante, guiados en aquel tenor y seguimiento, hasta cruzar con el rio Tajo, treinta y dos
23 leguas ántes que lo tome la mar. Proceden mas aquellas rayas otras diez y seis leguas á lo largo, hasta tocar en Guadiana sobre los puntos, en que tambien este rio comienza la torcedura grande que declara-
24 mos en el capítulo pasado. Allí se mezcla con él un arroyo llamado Caya, que todo quanto dura desde
sus

sus manantíos hasta fenecer en Guadiana, va por la raya de Portogal, y se tiene por mojon deste reyno, haciendo la tal particion entre cierta ciudad suya, que dicen Elves, y otra del reyno de Leon, que dicen Badajoz, apartadas ambas solas tres leguas de traves. En todo lo restante, Guadiana lleva la division entera desta provincia, hasta se meter en la mar. Así que bien 25
considerada la faccion ó figura suya, quando dentro destas rayas y mojones se contienen, es un gran pedazo de tierra, mas larga que ancha casi tres veces: de la qual hacemos esta mencion sumaria primero que de los otros reynos Españoles: porque quanto al sitio de España, y al intento que en esta escriptura llevarémos, pueden convenientemente tomarse por aquí los principios de la tierra: puesto que la tal region fué la postrera de todos los cinco reynos sobredichos de Christianos, en quien los señores que la poseyéron tomáron apellido de Reyes, como adelante parecerá. Y todo su circuito della entra en aque- 26
lla provincia y tierra Española, que los antiguos llamaban Lusitania, sino es la comarca contenida entre sus mojones septentrionales, y el rio Duero, que nunca fué de la Lusitania: de lo qual un pedazo llaman agora la tierra detras los montes, y un poco mas adelante cercano de la mar, la tierra entre Duero y Miño. Bien sea verdad, que sobre la vuelta del Le- 27
vante tenia la Lusitania harto mayor espacio, segun lo podrá qualquiera sentir, cotejando las rayas orientales de este reyno con las orientales de la Lusitania, que primero señalamos.

El segundo reyno Christiano que viene despues 28
de Portogal es el reyno de Leon: y fué de los primeros que, pasada la destruicion sobredicha de los Moros Africanos, tuvo Rey coronado con toda solemnidad y firmeza: dentro del qual reyno caen algunas provincias grandes y tendidas, como son las de

Ga-

Galicia sobre las partes Septentrionales del: cuyas tier-
ras postreras ocupan toda la costa, que va desde la
29 boca del rio Miño hasta la punta de Finis-terra. Y
desde aquel cabo hasta el rio de Ribadeo, segun la de-
30 xamos ya declarada por el capítulo precedente. Perte-
nece tambien al reyno de Leon otra provincia prin-
cipal en España, nombrada las Asturias de Oviedo:
cuyas riberas ó marina comienza desde aquel mesmo
rio de Ribadeo, hasta fenecer entre dos puertos, que
en aquel capítulo escribimos uno decirse Llanes, y
31 el otro Colombres. Este trecho sobredicho por la
costa destas dos provincias, desde el cabo de Finis-
terra hasta aquí, es lo postrero mas septentrional
32 deste reyno de Leon. Desde allí comienza tambien
otra raya tendida por dentro de la tierra, que lo
divide en su parte oriental de los reynos de Castilla:
la qual raya quando sale de aquellos dos puertos Lla-
nes y Colombres, viene á dar casi derechamente y
á plomo, como suelen decir, en una sierra nombra-
da de Pernia, pedazo notable del ramo de monta-
ñas, que diximos salir de los montes Pyreneos cer-
ca de Ronces Valles, y pasar atravesado por dentro
33 de España, y acabarse en lo último de Galicia. Son
en aquella sierra de Pernia, donde la sobredicha raya
toca, las fuentes de un rio llamado Carrion, que se
viene á juntar con otro rio llamado Pisuerga, naci-
34 do en la mesma sierra poco mas oriental. Carrion
quanto duran sus aguas, lleva por allí la division destos
dos reynos, hasta la mezcla sobredicha: pero despues
de mezclado, pierde su nombre, y luego toma Pi-
suerga la division, hasta que se junta con Duero, casi
sesenta leguas ántes de su entrada en la mar algo ménos
de tres leguas encima de donde hallamos agora sobre
Duero la villa de Tordesillas en la ribera de su mano
derecha, conocida mucho, y muy señalada en aquella
frontera: en baxo de la qual, casi una legua de la otra
par-

parte del agua, se viene tambien á meter en Duero
un riezuelo pequeño, llamado Heban, que corre des-
de Mediodia contra Septentrion al contrario de Pi-
suerga: y comienzan sus aguas á ser la raya deste rey-
no de Leon, apartándolo tambien por aquí del de
Castilla. Pero solamente se tiene aquel arroyo por mo- 35
jon entre estos dos reynos, desde allí hasta una se-
ñal á donde se junta con el otro reguero, que lla-
man el rio Regamon, cerca de Horcajo de las Tor-
res, aldea bien conocida en la comarca de Cantala-
piedra y Madrigal, frontera de otra aldea deste rey-
no de Leon llamada Palacios Rubios: de la qual pa-
sa mas alejado el arroyo Regamon, que no de Hor-
cajo. Desde aquella mezcla destos dos arroyos van los 36
mojones orientales de este reyno, por entre la vi-
lla de Paradinas y Flores Dávila, siempre divididas por
aquel mismo arroyo Regamon, y despues entre Pe-
ñaranda y una aldea, que dicen la Cruz, y mas ade-
lante entre Salmoral y Santiago de la Puebla, que son
todos lugares muy conoscidos y sabidos en aquel de-
recho, los primeros en el reyno de Leon, y los se-
gundos en el de Castilla. Desde aquí dan las rayas en 37
otro pueblo, llamado Echagarcia, dividido con dos
jurisdicciones y meytades: de las quales una, que ago-
ra cuentan en el Obispado de Salamanca, está en el
reyno de Leon, y la otra meytad perteneciente al
Obispado de Avila, está en el reyno de Castilla. Des- 38
de aquí salen todavía los mojones deste reyno de Leon
siempre derechos y seguidos, hasta tocar en unas
cumbres ó montañas crecidas y grandes, que vienen
muy juntas á Bonilla de la sierra, que tambien es
pueblo de Castilla, dando primero en el medio de
otra aldea llamada Horcajo de Medianedo, á quien
parte la raya en otras dos meytades de dos jurisdic-
ciones diversas, semejantes á las de Echagarcia, que
tambien la una es del Obispado de Salamanca, y la otra
del

39 del de Avila, Por los quales pueblos, ó muy cerca dellos, dicen algunas personas bien consideradas, que solian proceder, poco mas ó ménos, las particiones
40 ó rayas orientales de Lusitania. Bien es verdad, que Don Alfonso Emperador de España, nieto del Serenísimo Rey que ganó á Toledo, quando hizo la particion de los reynos entre sus hijos, trocó, y estrechó mucho las rayas orientales deste reyno de Leon, sacando dél villas y lugares en tierra de Campos, y dándolas á Don Sancho su hijo, Rey de Castilla, que
41 dixéron el Deseado. Pero desto muy larga declaracion harémos en la tercera parte desta gran historia: bástenos agora tocarlo, para que todo quede sentido co-
42 mo conviene. Desde aquel Horcajo de Medianedo, fuéron las cumbres altas de aquellas sierras (en cuyas faldas está Horcajo) mucho tiempo la raya deste reyno de Leon, que lo cortaban en la parte de Mediodia, sin que pasase mas adelante, hasta que las tales cumbres tocan por aquel traves en la raya de Por-
43 togal. Estuviéron aquellos montes muchos años hechos extremo y baluarte final entre Moros y Christianos de aquel lado: por cuya causa mucha tierra de la provincia, que despues dellos se seguia, fué dicha Estre-
44 madura. Pero andando los tiempos, el Serenísimo Rey Don Fernando, Rey de Leon, hijo de aquel Señor Emperador de España, ya dicho, salió de Zamora con un exército grueso y muy poderoso, sobre ciertas diferencias que tuvo con Don Alfonso Enriquez, primero Rey de Portogal, y mandó poblar á Ciudad Rodrigo, que hasta sus tiempos estaba desierta, y pasada la cumbre destas montañas por el otro lado cobró de los Moros toda la tierra que viene hasta Badajoz, y despues del Don Alfonso su hijo, que le sucedió en el mesmo reyno de Leon, conquistó la villa de Medellin, y la de Mérida, que son sobre Guadiana: conquistó mas á Montanges: item la mayor par-

parte de Estremadura cercana de Portogal, y la juntó con su reyno : por donde todo el pedazo de la tal Estremadura, que solia caer dentro de la Lusitania vieja, quedó desde allí el so gobierno y señorío de Leon, sino fué Plasencia, y lo que compete á su Obispado, que siempre fué de Castilla, como quiera que pertenescen á la Lusitania : pero en recompensa desto, poseyó aquel Señor Rey Don Alonso de Leon á Badajoz de la otra parte de Guadiana, fuera desta Lusitania antigua, en despecho del Rey de Castilla, y del Rey de Portogal, que pretendian ambos ser de su conquista, segun que todo muy largo lo declararémos en la tercera parte desta gran historia, quando (nuestro Señor Dios queriendo) contaremos las conquistas, hazañas y tiempos destos Reyes excelentes arriba dichos, las causas tambien por qué la Ciudad de Leon, cabeza deste reyno, fué así llamada á los principios y tiempo de su nascimiento. La 45
relacion de todos los pueblos principales y sus asientos que tenemos en este reyno, con las otras sus cosas dignas de memoria, se dirán en los lugares que convengan.

El tercero reyno de España decimos agora Castilla, cuyo señorío contiene provincias tan principales y notables, que muchas dellas con muy justa causa bastáron para ser reynos en el tiempo que los Moros las poseyéron, como son el reyno de Murcia, y el de Granada, y el reyno de Toledo y el de Córdova y Sevilla, y el de toda la Andalucía, con mas los señoríos que tambien agora llaman Vizcaya y Guipuzcoa, y todas las comarcas de las montañas en la parte septentrional de España, desde la raya del reyno de Leon, hasta los montes Pyreneos: las quales no siendo de aquellos Moros, fuéron siempre señoríos poderosos y señalados. Pero ni en los unos, ni en los otros 47
cumple detenernos agora, pues aquí solamente decla-

ramos por principales las provincias que tuviéron los Reyes Christianos: dado que quanto á este caso pasó tambien largo tiempo despues de la entrada de los Moros en España, que Castilla no tuvo título de reyno, sino de condado solamente, allegado y sujeto al reyno de Leon: con cuyo favor comenzáron los Castellanos á darse tan buenas mañas, y fuéron cobrando poco á poco tanta tierra de los infieles, que despues hiciéron título de reyno, y llegáron á poseer mas que los Leoneses: tanto que la parte occidental de Castilla confina con toda la oriental del reyno de Leon, con quien divide término por aquella mesma parte, que ya escribimos salir de la mar de las Asturias, entre Llanes y Colombres, hasta las fuentes de Pisuerga, y por todo este rio abaxo hasta Duero, y desde allí por el arroyo de Heban, y despues por las particiones que agora vemos entre los Obispados de Avila y Salamanca: que por donde ellos se dividen por allí van tambien las rayas destos reynos, quedando la jurisdiccion del Obispado de Avila en Castilla, y
48 la jurisdiccion del de Salamanca en Leon. Despues diximos ir la raya mas adelante, atravesando la sierra por un gran trecho de la Estremadura, que cae en aquel derecho hasta Guadiana, y desde allí por el
49 mesmo rio abaxo hasta la mar. Por manera, que la parte de la Estremadura con la provincia que los antiguos llamáron Bética, donde se contiene casi todo lo que nombramos Andalucía, se contaba en aquella vuelta provincias pertenecientes al patrimonio de Cas-
50 tilla. En la parte que mira contra Mediodia, son límites y fin de su señorío quanta costa viene sobre nuestro mar desde la boca del sobredicho rio Guadiana hasta la villa de Guardamar, segun que la tal marina queda puesta y declarada de puertos en puer-
51 tos ántes de agora. Desde Guardamar (que como ya en el capítulo precedente diximos, es lugar conosci-

do

do en el reyno de Murcia, junto á la parte donde el rio de Segura se lanza en nuestro mar Mediterráneo) comienzan los mojones orientales de Castilla, que la dividen de los señoríos de Aragon, subiendo por este rio hasta llegar fronteros de una villa nombrada Orihuela, quatro leguas apartada de la boca de aquel rio sobre la mano izquierda: y desde aquí la raya de Castilla va dando muchas vueltas, haciendo sus entradas y salidas por aquellas comarcas, unas veces contra Levante y otras veces contra Poniente, no tan derechas ni bien guiadas como las de los otros reynos que dexamos aclaradas atras: mas tiene por sus confines villas y lugares, con otros asientos notables el dia de hoy, por donde se puede bien señalar, como son la villa que dicen Villena: cerca de la qual pasa la raya
sobredicha despues que se desvia del rio Segura. Y po- 52
co mas adelante toca en unos montes que van entre Almansa y Ayora, que son lugares, el primero en
Castilla, y el segundo en Aragon. Desde aquí son es- 53
tos montes la mesma raya de su division, cuyas cumbres van tendidas por Requena y por Moya, despues por Molina, y por cerca de Daroca, y por entre Hariza y Calatayud: los quales lugares hubo tiempo que fuéron de la particion de Castilla, agora desde algunos años acá son casi todos en el reyno de Aragon.
Por esta causa las tales rayas se tuercen mucho aquí 54
el dia de hoy contra el Poniente cerca de Daroca, y por entre ella y Medina-Celi, despues por entre Mon-
te Agudo y Hariza. Y mas adelante por entre Agre- 55
da y Tarazona, donde atraviesan las sierras que con-
finan con Soria. Desde allí á pequeño trecho dan en 56
las riberas de Ebro, poco mas baxo de la villa de Alfaro, que es el cabo en que este rio divide tambien por allí el sobredicho reyno de Castilla del reyno de Navarra, subiendo siempre agua arriba hasta
Logroño. Y desde allí los mojones de Castilla atra- 57

58 viesan este rio. Iten atraviesan la sierra de la poblacion junto con él, que tambien es parte de aquel ramo de montañas que apuntamos salir del Pyreneo, desde Ronces Valles hasta Galicia: las quales apartan en este lado la provincia de Alaba y Guipuzcoa de la de Navarra, y cortan por allí una buena parte de tierra perteneciente al patrimonio de Castilla: porque todo el espacio que va entre aquellas sierras y la mar de Guipuzcoa y Vizcaya, y por la marina que llaman de las montañas hasta Colombres en Asturias, es del mesmo reyno de Castilla, de quien agora hablamos.
59 Así que bien considerados los límites y comarcas que dentro desta division se contienen: allende ser mucha mas tierra que ninguno de los otros señoríos Españoles, es mucho mas bastecido, mas poblado, mas fértil, mas vividero, tomándolo todo juntamente.

60 El reyno de Navarra, que segun la órden de nuestra escriptura fué quarto reyno moderno de Christianos en España, puesto que agora tenga poca tierra, es abundosa y bien poblada de villas, y aldeas, y caserías en que mora gente valiente, de esfuerzo, y bien
61 desenvuelta para toda cosa. Fué una de las provincias Españolas, en que despues de la destruicion della, primeramente hubo personas que tomasen apellidos de Reyes: y como quiera que muy tarde les fué confirmado tal título, segun adelante declararémos, los quales Príncipes comenzáron por aquellas partes á se poner en armas contra los Moros, poco tiempo despues que los Reyes de Leon se pusiéron á lo mesmo.
62 Los verdaderos límites deste reyno fuéron antiguamente contra la parte de Levante las cumbres ó lomeras de los montes Pyreneos, que los dividen y
63 desmiembran de Francia. Por la vuelta de Poniente fuéron sus linderos el rio Ebro, que tambien lo divi-
64 de y aparta del señorío de Castilla. La parte de Mediodia rayan las aguas de cierto rio que llaman Aragon,

gon, el qual sale de los Pyreneos cerca de Jaca, y cor-
riendo por este traves al Poniente, derecho desde Le-
vante se mezcla con Ebro, casi frontero de la villa de
Alfaro, quatro leguas mas abaxo de Calahorra. Desta 65
suerte, ni Tudela, ni ménos aquella villa de Alfaro,
ni la que llaman Cortes, solian pertenecer á Navarra,
dado que sean agora de su juridiccion, aplicados á los
Reyes Navarros por ciertos casamientos y dotes, de
que adelante hablarémos en su tiempo. En la vuelta 66
septentrional va la division de Navarra, por aquel otro
ramo de montañas que sale de los sobredichos mon-
tes Pyreneos desde Ronces Valles, y tendiéndose por
Castilla no paran hasta fenecer en Galicia, provincia
postrera del reyno de Leon, y del mundo. Aquel pe- 67
dazo quanto á lo que pertenesce á Navarra, tiene de
trecho desde Ronces Valles hasta la sierra llamada Po-
blacion, que son casi veinte leguas muy pequeñas de
trecho: y fenecen frontero de Logroño, ciudad en
la raya de Castilla, por aquel espacio, como ya dixe.
Las montañas sobredichas apartan á los Navarros de 68
los Guipuzcoanos y Alabeses, provincias tambien agora
de Castilla, que se tienden desde allí hasta la mar,
segun que tambien muy mas por extenso lo contaré-
mos en la postrera parte desta corónica. Bien es ver- 69
dad que discurriendo los tiempos con enojos y dife-
rencias que sucediéron entre los Reyes Navarros y los
de Castilla y Aragon, creciéron guerras, en que los
unos entráron en las tierras de los otros, y se tomá-
ron lugares y villas: de las quales algunas se restitu-
yéron despues, otras quedáron usurpadas, otras se
trocáron ó diéron en recompensa de gastos y daños
hechos en aquellas revueltas: y por esto vemos hoy
dia muchos linderos y mojones en aquellas rayas
confusas y torcidas, asaz diversas de lo que fuéron
antiguamente: tanto que los señoríos de Alaba y Gui-
puzcoa perseveráron hartos años en baxo del señorío
des-

deste reyno de Navarra, y aun aquello no tan sin razon, que gran copia de corónicas no digan pertenecerle naturalmente, con otra buena parte de tierras hasta cerca de Burgos: conforme á lo qual hallamos en la ciudad de Najara sepulturas de los Reyes Navarros, por haberla poseido tiempos y dias contra los Castellanos: pero segun los Castellanos porfian fué contra razon forzosamente, y como tal no duró muchos dias aquel pueblo ni los otros en este ser.
70 Así que los mojones aquí declarados son los que contienen dentro de sí la region que propiamente llamamos agora Navarra: de la qual adelante quando hicieremos mas particularizada y entendida relacion, declararémos tambien la causa por qué fué así llamada, y como la llamáron los antiguos, y por qual razon perdió su nombre primero, con todo lo demas que desta partida convenga saber.

71 Toda la tierra restante de España, sacando los reynos sobredichos de Portogal, y de Castilla, y de Navarra, desde los montes Pyreneos hasta nuestro mar de Mediodia se cuentan en el otro señorío que llamamos Aragon, quinto reyno de Christianos en España, y despues del de Castilla mucho principal, á quien se llegan en este tiempo singulares provincias, como son toda Cataluña con el condado de Barcelona, entre el un fin de los montes Pyreneos y nuestro mar Mediterráneo, llegásele mas la comarca que llamamos el reyno de Valencia que se sigue tras Cataluña sobre la mesma mar, y muchos otros pueblos y villas, y lugares, ciudades, montes y rios, de quien yo me doy por obligado desde agora para delante hacer relacion mucho larga y abundosa de quanto les pertenezca, así deste reyno sobredicho, como de los otros quatro Reynos Españoles, declarando muy en menudo las cosas notables que son en ellos: donde asimismo se verán los artículos y las causas por qué se

se llamáron de los nombres que tienen agora, con las fundaciones tambien de quantas ciudades podimos alcancar, y las destruiciones y fenecimientos de muchas otras que fuéron antiguamente, con las mudanzas de nombres y estados que por todas han pasado, pues es cierto que si junto lo dixeramos en este lugar, fuera cosa desapacible y confusa, y contada fuera de su tiempo, y aun no se pudiera decir todo tan bien, ni con tal descanso como se dirá cada cosa por sí, mayormente que como primero dixe, lo que llevamos aquí puesto en estos dos capítulos pasados tan en general y tan breve, solo es á fin que dello se tome y conozca sumariamente la faccion y sitio de España, para que despues quien quiera pueda mejor entender con el cimiento que de aquí llevare las particularidades que della contarémos, en la qual segun habemos ya dicho aportó Tubal el nieto de Noe, quando fuéron los principios de su poblacion, y la comenzó de morar primero que ningun hombre nacido de quantos al presente sepamos por las historias.

CAPITULO IV.

De los lugares que Tubal primeramente fundó, quando comenzaba de poblar las Españas, y de muchas cosas provechosas y necesarias á la vida, que sus gentes aprendiéron dél. Y como tambien el Patriarca Noe discurriendo por España dexó hechas poblaciones en ella, que duran hasta nuestro tiempo.

Fué aquel año que Tubal entró en España, segun algunos Autores declaran, dos mil y ciento y sesenta y tres, ántes que nuestro Salvador Jesu-Christo nasciese, y ciento y quarenta y dos despues de pasada la destruicion del diluvio general, conformán- 1
do-

2 donos á la cuenta de los Hebreos. Y luego como Tubal en ella vino, la primera region donde dicen haber parado de propósito fué sobre la provincia que llamamos Andalucía, y allí señaló ciertas estancias en que moráron y quedáron muchos de los que consigo traia: á estos fué cierto que les dió costumbres fundadas en toda bondad y virtud, y les enseñó cosas de gran substancia, declarándoles principalmente los secretos de la naturaleza, los movimientos del cielo, las concordanzas y mysterios de la música, las excelencias y grandes provechos de la Geometría, con la mayor parte de la Filosofía Moral, haciéndoles reglas y leyes razonables en que viviesen, las quales dexó señaladas en metros muy bien compuestos, para que mas fácilmente las pudiesen aprender y tener en
3 la memoria. Enseñóles tambien la manera que debian guardar en sus tiempos, repartiéndoles el año por doce meses en trescientos y sesenta y cinco dias y poco mas, conformes al movimiento del sol: como lo tenian las gentes Caldeas de quien él era descendiente, la qual órden aunque despues anduvo mucho tiempo perdida entre los Españoles: finalmente tornáron á ella por inducimiento de los Romanos, que largos años adelante la renobáron en España, y nos dura hasta nuestro siglo, de lo qual notan los Historiadores peregrinos haber sido nuestros Españoles de los primeros hombres que supiéron sciencias, y música, y de los que primero tuviéron conocimiento del
4 buen vivir. Esto negociado, como la principal intencion de Tubal fuese dar manera para que la tierra se morase, partió de Andalucía con algunos que lo si-
1 guiéron caminando por la costa del mar Océano hasta que llegó bien dentro de la provincia que despues dixéron Portogal, y fundó cierta poblacion: la qual por causa de su nombre llamáron Tubal, á quien agora decimos Setubal, asentada sobre la boca de

cier-

cierto rio que por allí se lanza en el mar Océano
de Poniente: rodeada de tierra saludable, no llena de
tales vicios, que bastasen á turbar las buenas costum-
bres y buena manera de vivir, que traia la gente de
su compañía: pero viéronla bien aparejada para la
conservacion de sus ganados, sobre todo de vientos
tan substanciosos, que poco despues conociéron no-
toriamente empreñárseles muchas veces las yeguas del
ayre solamente con los embates que salian de la mar,
y parir sin ayuntamiento de machos: la qual natu-
raleza me dicen que les dura tambien algunas veces
en este nuestro tiempo, y aun Plinio, Columela,
Marco Varron, y muchos otros Autores de gran ca-
lidad en el suyo, por cosa muy averiguada lo dexá-
ron escrito, certificando que los potros así nacidos
eran tan ligeros, que parecen mas volar que correr:
á cuya causa los poetas antiguos fingian, que los vien-
tos salian de la mar enamorados de las yeguas Espa-
ñolas, y se casaban con ellas, y las empreñaban. Es- 5
te lugar de Setubal tienen por cierto los mas y
mejores de nuestros Coronistas haber sido la prime-
ra poblacion ordenada que sepamos en nuestra Es-
paña: particularmente lo certifica la corónica recopi-
lada por el Serenísimo Rey Don Alonso de Castilla,
que ganó las Algeciras, con algunos que la siguen:
y para su confirmacion suelen decir que la tal pala-
bra de Setubal fué nombre compuesto de dos voca-
blos Caldeos, el uno Seth, que significa postura y
asiento, y el otro vocablo Tubal, apellido propio del
Gobernador sobredicho: dado que muchos otros por-
fien haber sido Sevilla lo primero que nuestras gentes
acá moráron. Y no hallo yo por inconveniente, quan- 6
to á lo de Setubal, tener creido la gente vulgar de
los Portogueses ser mas antigua poblacion allí cerca
la que llaman Palmela, de quien dicen, que Setubal
de pocos años acá se pobló de pescadores que por

7 allí se juntáron. Pues mucho bien pudo ser, que despues desta primera fundacion aquella villa se yermase por alguna desgracia que sucederia, y estuviese destruida, como tambien estuviéron otros muchos lugares en España mas crecidos que Setubal, hasta los tiempos modernos en que los pescadores de Palmela la renovarian y levantarian, qual agora la vemos que parece muy buen lugar abundoso de pescados y de bien provechosa comarca, donde sin las otras calidades que della contarémos en la postrera parte desta corónica, se dirá tambien la grande copia de Jaspes y preciosas canteras de Porfidos y Margaritas, que cer-
8 ca de sí tiene. Viendo pues Tubal aquella buena disposicion general en la tierra de España, y que de su propiedad era gruesa y abundante, repartió las compañas que le quedáron por ella, para que la paciesen con sus ganados: algunos destos volviendo por las provincias della, dónde primero caminaban, llegáron á la region que despues tuvo nombre Cataluña. Y allí certifica Juan de Viterbo en el libro de sus antigüedades y en las glosas que compuso sobre los Autores nombrados Maneton y Beroso: las quales quiso dirigir á los Católicos Reyes Don Fernando y Doña Isabel, que pobláron sobre la marina de Cataluña tambien otro lugar á quien dixéron Tarazoan, que significa segun lengua de los Armenios y Caldeos, de quien estos eran naturales, ayuntamiento de pastores, porque los tales vecinos allí quedados afirma ser todos pastores, y ciertamente la riqueza principal del siglo que tratamos aquí, claro conocemos en las escrituras auténticas haber sido ganados, sin saber qué cosa fuese moneda, ni las otras invenciones codiciosas, que destruyen agora la gente. Verdad sea que segun los inconvenientes y sospechas que muchos platican deste Juan de Viterbo y su Beroso, yo quisiera hallar en la memoria de tiempos tan antiguos otra

otra relacion que tuviera mas gracia con todos: pero jamas hubo libro ni cosa que pueda satisfacer á tanta diversidad de pareceres y voluntades quantas vemos entre los hombres. Y así por esto como tambien por- 9
que muchas personas discretas y leidas en este nuestro tiempo dan autoridad, y sobre todo por haber dirigido, como dixe primero, la publicacion de sus obras y de su Beroso á tan esclarecidos Príncipes quanto fuéron Don Fernando, y Doña Isabel nuestros Reyes y Señores naturales aguelos de vuestra Magestad, pornemos aquí todos los hechos que por él se cuentan pertenecientes al antigüedad Española, para que ninguna parte nos falte de quanto los otros escri-
biéron. Esta ciudad sobredicha llamamos agora Tar- 10
ragona, la qual vino por discurso de dias á ser cosa principal, y dura hasta nuestro tiempo con muy buena tierra por su derredor, y con provechosa vecindad de buenas comarcas: dado que nunca tuvo puerto conveniente para los navíos, por estar asentada junto con un seno que la mar allí hace baxo descumbrado y mal seguro: pero tiene cerca de sí las ínsulas de Mallorca y Menorca, de quien recibe crecidos provechos, y con esto los tiempos antiguos siempre la moró gente noble de quien se hacia cuen-
ta donde quiera. Tanto que por causa de su gran an- 11
tigüedad llegó despues á ser tenida por cabeza mayor en todas aquellas tierras, particularmente desde la sazon que dos Capitanes Romanos, llamados los Scipiones, viniéron allí quando conquistáron mucha parte de su provincia: los quales procuráron de renovar y engrandecer esta ciudad en tanta manera, que segun la disposicion en que la halláron, y lo que despues ella fué con su favor dellos, se puede bien decir que la hiciéron casi de nuevo, mas esto como dixe sucedió mucho mas adelante de la sazon que tratamos agora, como lo verémos en el quinto li-

12 bro desta gran historia. Pocos dias ántes ó despues de principiada Tarragona, dice tambien Juan de Viterbo, que viniéron otras compañas del mesmo Tubal por aquella mesma costa de mar, y que fundáron otra poblacion, á quien dixéron Sagunto, que nombran agora Nonvedre, desviada de la marina casi tres mil pasos, puesto que la verdadera fundacion desta villa todos los Autores auténticos, así Latinos como Griegos, la cuentan por otra manera, diciendo ser hecha muchos años despues desta primera poblacion de España, por gentes Italianas juntadas con otras Griegas naturales de la isla llamada Jacinto, y antiguamente Zacinto: los quales todos así juntos pasáron en España, y allí cimentáron este lugar, á quien por causa de su isla Zacinto dicen que la llamáron tambien Zacinto, y que mudándose despues la primera letra le dixéron Sagunto: y esto se tiene por lo mas cierto dello, y á lo que todos bien sienten antigüedad suelen dar algun crédito, como despues mas abiertamente lo dirémos en los veinte y
13 nueve capítulos deste libro. Podria ser que la gente de Tubal, segun tenemos escrito, principiasen aquella poblacion, y que despues los Griegos de Zacinto con los Italianos arriba dichos quando llegáron allí tuviesen manera de se meter en ella por amistad ó por fuerza, segun que muchos otros Griegos hiciéron adelante por otros lugares en España, como tambien lo contarémos en el proceso desta corónica: puesto que como dixe, la nombradía de Sagunto ménos dudoso, parece ser tomado de los Griegos de
14 Jasanto. Un Poeta Español, nombrado Silio Itálico, relatando parte de las contiendas que despues muchos años pasáron entre los Cartagineses y los Romanos, dice que Sagunto fué cimentada por Hércules al tiempo de su peregrinacion en España, y que la llamó deste nombre por un compañero gran amigo suyo, nom-

nombrado Sagunto, que murió despues, quando llegáron ambos á la parte donde hallamos este pueblo. Mas 15
aquello no se tiene por muy auténtico, ni lleva tan buen camino como lo de los Griegos arriba dichos.

Afirman tambien algunas Corónicas Españolas Tu- 16
bal haber edificado la villa de Tafalla dentro del reyno de Navarra, la qual dixéron primero Tuballa, con otra que nombran agora Tudela, contra las fronteras del mesmo reyno, que se dixo primeramente Tubella: así que de tal manera parece que comenzaban estas gentes á morar y habituar nuestra tierra, y á derramarse por ella como mejor podian. En aquella 17
propia sazon, ó cierto muy poco despues certifican Juan de Viterbo y su Beroso, que viniéron á las Españas muchas otras gentes en compañía del Patriarca Noe, que quiso tomar trabajo de visitar á su nieto Tubal, para conocer la manera que tenia sobre la gobernacion de su gente. Dice mas, que discurriendo 18
Noe por acá fundó particularmente dos poblaciones caudalosas, una llamada Noega cercana de la mar en la provincia que despues nombráron Asturias, á quien por otra manera corrompido su vocablo dixéron despues Noavia, segun me certifican durar hoy dia memoria de padres á hijos en esta region: agora mucho mas abreviado su vocablo, por decir Noavia, le decimos Navia, lugar pequeño, de mas antigüedad (segun esto) que nombradía ni magnificencia, desviado sola media legua de la costa, sobre las aguas á mano derecha de cierto rio, que luego toma la mar en el sitio que ya declaramos en el segundo capítulo deste libro.

La segunda poblacion que señalan haber Noe ci- 19
mentado quando discurria por España, llamáron Noela: hace cuenta de su postura Plinio con otros Cosmógraphos antiguos entre los lugares notables de Galicia: tiénese creido ser despues dicha Noeya, ó Noevia,

via, segun que tambien hoy dia quitándole la letra
20 del medio por decir Noeya, la llamamos Noya. Ptolomeo, Cosmógrafo Griego, con otros sus imitadores, parece que por decir Noevia ó Noevium, la llama Novium: es tambien agora poblacion pequeña como la de los Asturianos, tres leguas alejada de la mar, y seis mas occidental que Santiago en Compostella sobre la ria que juntamente viene por Muros en aquel asiento verdadero que le dimos en el segundo capítulo sobredicho.
21 Esto pasado dícese que viendo Noe como las cosas de Tubal su nieto quedaban acá puestas en toda razon y concierto, se despidió dél para salir á visitar otras tierras que juntamente con España se poblaban, y que poco tiempo despues Tubal murió, siendo ya viejo de muchos años, habiendo pasado ciento y noventa y cinco dellos en la residencia de
22 España. Los Españoles quedáron deseosos grandemente de su conversacion, por ser hombre discreto, valeroso, justo y amigable, tal que los gobernaba muy bien, mostrándoles artificios y cosas de provechos muy crecidos.

CAPITULO V.

Del segundo Rey ó Gobernador que dicen haber seydo en España, llamado Ibero, por cuya causa escriben algunos que España los tiempos primeros se llamó Iberia, con mas otras cosas que se hallan en las historias antiguas sobre la razon deste nombre.

1 Despues de la muerte de Tubal no dan relacion las corónicas Españolas de cosa notable que luego tras esto sucediese, sino fuese decir que muchos años despues desta primera poblacion, ántes que la tierra tuviese nombre de España, le dixéron algunos tiem-

tiempos Iberia, por causa segun estos afirman del rio Ibero: que tambien ahora decimos Ebro, mucho principal entre los grandes y caudalosos de toda nuestra tierra: mas no declaran en este caso como convenia, por quál razon aquellas aguas tuviéron tal apellido, ni cosa que les pertenezca. Solo Juan de Viterbo y 2
su Beroso, juntándose tambien algunos otros Coronistas de nuestro tiempo que lo siguen, dicen ser la causa de tal nombradía: porque despues de muerto Tubal quedo hecho señor principal en aquellas tierras un hijo suyo, llamado por nombre Ibero, cuya gobernacion, entre la poca gente que por acá moraba, comenzó casi en el año de dos mil y seis: ó segun otra cuenta, dos mil y ocho, primero que nuestro Señor Jesu-Christo naciese, que fué despues de la poblacion de España ciento y cincuenta y seis años cumplidos. Dícese mas deste Príncipe Ibero, que 3
saliendo por las comarcas ó provincias Españolas para visitar esos pueblos pequeños y pocos que la poseian, y para fundar otros de nuevo donde hallasen oportunidad, caminando por aquellas riberas sobredichas, en que viven agora los Catalanes, atravesó las aguas de cierto rio grande que por allí viene contra la mar, y pagóse tanto de su hermosura, que pobló sobre la ribera de él una ciudad, á quien por causa de su nombre llamáron despues Ibera, pocas leguas encima de donde hallamos á Tortosa. Esta per- 4
maneció largos tiempos en España, segun adelante verémos en los veinte y dos capítulos del quinto libro: donde mostrarémos sus acrescentamientos y valor. Tambien el mismo rio que dicen haber Ibero re- 5
pasado, certifican estos Autores, que por su respeto le nombráron Ibero: el qual, como primero dixe, llamamos Ebro, cuyas fuentes y nacimiento se hace muy cerca de las Asturias de Santillana, casi por el medio trecho de las cumbres y sierras, que tam-

tambien ya diximos venir desde el monte Pyreneo, tomando la parte septentrional de las Españas, y fenecer en Galicia sobre la ribera del mar Océano de Poniente: los quales montes echan de sí las aguas deste rio sobredicho, cerca de la parte que llaman agora Fontibre, que quiere decir Fuentes de Ebro: porque dos fuentes suyas estan allí juntas, y manan en unas peñas al pie de la torre nombrada de los Mantillas, no léjos del pueblo que dicen Aguilar de
6 Campo. Es aquel rio mucho notable los dias presentes entre nosotros, y fuelo tambien entre los Cosmógraphos y gentes antiguas, por acudir en él todas las aguas del reyno de Navarra, con la mayor parte de las del reyno de Aragon y de Cataluña, que salen de los montes Pyreneos, y lo hacen uno de los gran-
7 des rios de España. Entra (segun primero declaramos) en el mar de Cataluña, pocas leguas en baxo de Tortosa, llevando siempre su corriente casi desviada por igual de los montes Pyreneos: y él es la razon, como dixe, por quien afirman las historias auténticas, que toda nuestra tierra se llamó los primeros años Iberia la del Poniente, para la diferenciar con otra region oriental, que los antiguos llamaban Iberia, y por otro nombre Georgia, que le dura hasta nuestro tiempo: la qual está puesta cerca del mar de Tatana junto con aquel pedazo de la gran Turquía, que los Cosmógraphos antiguos nombraban
8 Asia la menor. Algunos Autores de mucho crédito, como son Plinio, Marco Varron, y tambien otros con ellos de gran reputacion, afirman que los desta Georgia ó Iberia oriental, viniéron en España, por dexar en ella poblaciones y memorias, en compañía de ciertas otras gentes naturales y moradoras en los montes Caspios: por donde sospechan que fuéron ellos la causa del nombre deste rio, y de que la tierra toda se dixese tambien Iberia, primero que la llama-

masen España: pero muchos otros Escritores bien sa-
bios, entre los quales hallamos á Preciano Gramáti-
co, despues de leido lo que Plinio y Varron en aquel
caso certifican, hablan lo contrario, diciendo, que
los Espoñoles Iberos fuéron los que pasáron en las
partes orientales, y los que pobláron en aquella tier-
ra Georgia, nombrándola Iberia, del apellido seme-
jante á la region de su naturaleza: lo qual tenemos
acá por mas cierto. No faltan opiniones tambien so- 9
bre la razon y nombradía del rio sobredicho: por-
que no contentos otros Historiadores con lo que de
sus apellidos comunmente se platica, revolviendo la
cosa mucho mas de raiz, hallan no ser aquel Ebro
el rio Ibero, por quien España se dixo Iberia, sino
cierto rio del Andalucía, cuyo sitio, señales y mues-
tras concordan mucho con el que viene por Moguer
y por Niebla, llamado rio Tinto. Tómalo la mar en- 10
tre Palos y Huelma: por cuyo respecto dicen que los
muy antiguos nombráron Iberia propiamente la tier-
ra sola de España que va desde sus aguas contra la
parte del Occidente, hasta dar en el cabo Sagrado que
dicen de San Vicente: desde el qual espacio se pudo
derramar y cundir esta nombradía por las otras pro-
vincias della. Si lo tal así fuese mucho desbarataba 11
los intentos de Juan de Viterbo con los de su Bero-
so, que hacen al Rey Ibero causa principal de todos
aquellos nombres y negocios, dándonos tambien á
sentir que concluidas muchas cosas tocantes á la bue-
na gobernacion que por aquel siglo pudiéron tener 12
las gentes Españolas de su jurisdiccion. Ibero murió
de dolencia natural, que le sobrevino seyendo pasa-
dos treinta y siete años de su vida. Y esto solo es lo 13
que quanto á este caso podemos descubrir en las his-
torias antiguas que del primer nombre y apellido de
nuestra tierra dicen alguna cosa.

CAPITULO VI.

De un otro Rey llamado Idubeda, que dicen haber sido tercero Gobernador en España, por cuyo respecto sospechan, que cierto trecho de sierras de las que se tienden por ella se nombráron Idubedas. Cuéntase la muerte del Patriarca Noe. Trátase de la mucha vida que los hombres antiguos vivian, con algo de las causas donde pudo proceder.

1 Luego que Ibero murió, escribe tambien Juan de Viterbo haber sucedido en el principado de la tierra un hijo suyo nombrado Idubeda: al qual en aquel su libro llama Jubalda; y dice, que comenzó su gobernacion en lo que moraban estos dias los Españoles, casi en el año de mil y nuevecientos y setenta y dos ántes del nascimiento de nuestro Señor Jesu-Christo, que fué ciento y noventa y dos despues de la poblacion de España, la qual gobernó seten-
2 ta y quatro años. Dice mas, que por su respecto llamáron los antiguos Idubedas, ó Idubalda un trecho crecido de sierras que viene por ella, de quien hacen los Autores Cosmógraphos memoria señalada, como de
3 montañas mucho notables. Y verdaderamente tal apellido, qual ellos dicen tuviéron aquellos montes los tiempos antiguos, aunque no podria yo bien afirmar haber seydo por causa deste Príncipe sobredicho: pero cierto sabemos que tienen su nacimiento del pedazo de sierras, que ya muchas veces diximos desgajarse de los montes Pyreneos, en Ronces Valles,
4 y duran hasta Galicia. Y si las cumbres Idubedas quisiesemos declarar por lugares hoy dia habidos y conocidos en España, hallará quien bien considerase la tierra, que comienza á desmembrarse del otro monte sobredicho, junto con Aguilar de Campo, lugar bien co-

no-

nocido en la falda destas montañas, catorce leguas
apartado de la ciudad de Burgos, contra la vuelta del
Occidente Septentrional, cerca tambien de Fontible,
no léjos de la parte donde manan las aguas del rio
Ebro: de las quales aguas, y de su ribera, contra la
mano derecha, van estos montes continuamente des-
viados casi por igual: pasan atravesados cerca de la
villa de Briviesca, ladeándose quanto mas van entre
Levante y Mediodia: poco despues comienzan á se
llamar los montes de Oca, nombre nuevo y moder-
no, que pocos dias ha tienen aquellos pedazos del
Idubeda, puesto que muchos quieren decir que se
nombran así por causa de cierta poblacion que los
otros tiempos tenian allí llamada Oca ó Auca. Lue-
go que pasan por aquí, dan los montes Idubedas en
Villafranca, llamada de montes de Oca, que tam-
bien es lugar conocido de Castilla, puesto entre 5
Burgos y Santo Domingo de la Calzada, desviado de
Burgos siete leguas contra Levante. Pasa despues Idu-
beda junto con Fresneda: cerca del qual se hacen las
fuentes del rio llamado Tyron, no muy grande ni
caudaloso, pero señalado por aquellas tierras. Y poco
mas adelante van estas cumbres no léjos de Ezcaray,
donde nace tambien otro rio, que dicen Oja: por
cuya razon una buena parte de tierra contenida den-
tro de las vertientes septentrionales que se siguen
destos montes, y de las riberas del rio Ebro, se dice
comunmente Rioja, provincia muy abrigada, fértil y
abundosa, llena de grandes provechos. Luego proce-
den aquellas cumbres entre Balbaneda y Neyla, cerca
de la qual nacen las fuentes del rio Najarilla, y po-
co mas adelante se hacen otras cumbres, llamadas
Orbion, á quien los antiguos solian decir la monta-
ña de los Pelendones, en que moráron ciertos Espa-
ñoles nombrados Uracos, ó Duracos, donde son las
fuentes del gran rio Duero, del qual ya hecimos al-

guna relacion en el segundo capítulo deste libro : como tambien la harémos en otras muchas partes de los libros siguientes que vendrán á propósito. Prosiguen mas adelante los montes Idubedas entre Yanguas y Soria: haciendo la serranía que llaman de Yanguas y tambien la de Garray , pueblo señalado por esta comarca, que fué los tiempos pasados Ciudad Obispal, y entre sus muchos perlados resplandeció mas que todos el bienaventurado San Prudencio, glorioso Obispo Garraytano , como despues lo dirémos en su
6 tiempo. Junto con este lugar, ó cierto no muy léjos, fué la parte donde los antiguos tuviéron la muy nombrada poblacion de Numancia, de quien adelante se hará larga memoria quando contaremos las bra-
7 vas y largas pendencias que tuvo con los Romanos. Tras esto pasan los cerros y sierras Idubedas entre Agreda y Tarazona, y allí cerca del tal sitio se hace la gran cumbre de Moncayo, junto con las vertientes occidentales desta montaña, de la qual cumbre y de los provechos que tiene de pastos y fuentes y yerbas saludables , y mas la razon por qué lo llamáron así, tratarémos algunas cosas en los treinta y dos capítulos siguientes, y mucho mas por entero lo manifestará la postrera parte desta gran his-
8 toria. Poco despues métense las Jomeras del Idubeda por el reyno de Aragon, donde se baxan y humillan para que lo hienda Xalon, rio principal en aquella provincia, que nasce desviado de las tales montañas en la parte del Poniente, y viene desde Castilla discurriendo por Medina-Celi: á una legua de la qual tiene sus fuentes y manantíos en la falda de ciertas cumbres que se hacen allí cerca, nombradas la Sierra Menistra, no junta ni pegada con algunas otras, sino sola y exênta por sí de todos cabos entre Sigüen-
9 za y Medina-Celi. Despues va Xalon por Hariza, por Bubierca, por Ateca, por Calatayud y Ricla, Epi-
la

la, Urrea, y otros muchos lugares de su ribera, has-
ta quatro leguas encima de Zaragoza se mezcla con
Ebro. Pasada la tal quiebra, se levantan y encum- 10
bran los montes Idubedas como solian atravesados en-
tre estos lugares, Daroca y Cariñana y Herrera: des-
pues van entre Aguilon y Villadolce, y por el lu-
gar que dicen Romanos, donde nace tambien el rio
pequeño, llamado Guerba, que pasadas quince leguas
de sus fuentes, se viene tambien á meter en Ebro,
junto con Zaragoza. Poco mas adelante hacen aque- 11
llas cumbres la quiebra, y el puerto de San Martin:
y despues vienen por Azuara, donde tiene sus fuen-
tes otro rio del mismo nombre: tras esto vienen los
montes Idubedas por cerca de Montalvan, junto con
el qual: una legua mas arriba, echan de sí tambien
el rio Martin: y poco despues confinan con el pue-
blo de Molinos, y allí junto nacen las fuentes del rio
Guadalofe. Todos estos rios con los arriba nombra- 12
dos, dado que no sean grandes, paran en Ebro, co-
mo lo hacen otras muchas aguas, que salen destas
mismas sierras: de las quales agora no hablarémos,
por no confundir con ellas la relacion de los mon-
tes Idubedas, cuyas fraguras y cuestas, á causa que
pasados estos términos algun poco trecho discurren
frontero de la Ciudad de Tortosa, puesto que no le
caian muy cerca, suelen decir por allí los puertos
de Tortosa, bastecidos de poblaciones y lugares hon-
rados: entre los quales podemos señalar el que lla-
man Canta-veta, ó Canta-vieja, por ser de las muy
antiguas de toda su comarca, segun verémos en el
noveno capítulo del quarto libro. Estas fronteras atra- 13
vesadas en poco trecho vienen á fenecer los montes
Idubedas, sobre la costa de nuestro mar Mediterrá-
neo, tendiéndose de todas partes á diestro y á sinies-
tro sobre la marina, de tal figura y manera, que se-
gun algunos lo cuentan, prenden y se juntan con la
mon-

montaña que ya diximos en el segundo capítulo nombrarse Moncia: cerca de la qual, ó por aquellas comarcas y contorno, sospechan los que hablan del Rey Idubeda, que tuvo su morada y asiento quan-
14 to vivió. Tiene tambien creido Juan de Viterbo, mucho contra razon, ser estos montes Idubedas, el que los Moros llamáron Gibraltar, despues que ganáron la mayor parte de las Españas: lo qual fué ceguera suya manifiesta: porque la tal cumbre de Gibraltar, entre todos los Latinos y Griegos que dél escribiéron, así Cosmógraphos como Coronistas, se llama Calpe, y cae en la provincia que agora decimos Andalucía, nombrada primeramente Bética, sobre el estrecho de mar que se hace entre Africa y España: lo qual no corcorda con el sitio que los Cosmógraphos dan á los montes Idubedas, cuyas fraguras todos á la par, sin discrepar alguno, las ponen en la provincia Tarragonesa, mucho léjos de la Bética. Lo que pudo turbar á Juan de Viterbo fué la semejanza del vocablo, porque parecen muy conformes Idubeda, ó como lo queria llamar él Jubeda y Jumbetar, ó Gibraltar: mas esto no le pertenece nada: porque dado que el apellido fuera semejante, la significacion
15 va muy diversa. Idubeda fué siempre vocablo antiquísimo, señalado por los Autores y Cosmógraphos notables: Gibraltar es vocablo Arábigo, y de poco tiempo acá así llamado, que quiere decir en nuestro romance Monte de Tarif, y se debe pronunciar de razon Gebaltarif, á causa que quando los Alárabes y Moros Africanos hiciéron las primeras entradas en España, fué con un Capitan, llamado Tarif: saltáron en tierra por aquella parte del estrecho, donde
16 hallamos este monte. Aquello fué (segun adelante verémos) mas de setecientos años despues que nuestro Señor Jesu-Christo nació: y si es verdad que este otro monte se llamó Idubeda, por causa del nieto

to de Tubal, que (como dicen) comenzó su gobernacion entre los Españoles mil y novecientos y setenta y dos años ántes que Christo naciese, pasan de dos mil años el tiempo que la nombradía de los montes Idubedas fué mas antigua que no la de Gibraltar. Pero 17
dexando esto, y tornando á los cuentos del Príncipe Idubeda, hállase por la concordancia de los tiempos en el año quinceno de su gobernacion, haber fallecido en la tierra de Italia, segun dice Beroso, el Patriarca Noe, pasados ya novecientos y cincuenta años de su vida, despues de haberse visto en grandes trabajos, hasta dar manera cómo sus dependientes poblasen las tierras del mundo. Los Gentiles hubo 18
tiempo despues que lo tuviéron por Dios, y le señaláron sacrificios y templos de gran solemnidad, llamándole por otro nombre Jano. Y por haberse aca- 19
bado en él las gentes y naciones ántes del diluvio, y comenzado despues en él mesmo otras gentes, y mundo nuevo, decian, que el Dios Jano era como principal abogado de los principios y fines de las cosas: el qual tambien despues muchos años tuvo templos en España con Sacerdotes y Ministros que reverenciaban su memoria, como los tuvo por las otras 20
gentes. La Sagrada Escriptura certifica ser el primer inventor de las viñas y del vino: y tambien el que primero navegó por agua, quando la perdicion del diluvio general. Los Escritores Gentiles añaden haber 21
traido, primero que ninguno otro, guirnaldas de yerbas y flores en su cabeza, para bien parecer, ó para salud, por virtudes naturales que las tales yerbas tenian. Hácenle mas inventor de las monedas de me- 22
tal, y por ser la tal invencion lo postrero de sus dias, los Españoles no lo debiéron tomar dél, quando primero discurria por acá, como lo tomáron (segun se dice) muchos Italianos y Sicilianos, los quales despues grandes años adelante, por memoria de este Dios
Ja-

Jano, señalaban sus monedas, en el un lado con dos
medias caras vueltas á contrarias partes: y del ótro
segundo lado con una guirnalda hojosa, qual escri-
23 ben que la solia traer él. Otros figuraban en aquella
segunda parte pedazos de barcas pequeñas: otros imá-
gen de navío mayor, denotando la sobredicha navega-
cion del diluvio general. Y destas monedas postreras
tengo yo dos, muy gastadas y comidas, llenas de
muestras, ó señales que declaran su gran antigüedad,
halladas cerca de Zamora, soterradas con otra copia
24 de monedas Romanas bien viejas. En general con-
cordan todos los Escriptores antiguos, quantos de Noe
Jano tratan, en decir que fué varon muy ingenioso, y
buen inventor de herramientas y subtiles ayudas, pa-
ra con mas perfeccion y ménos dificultad hacer obras
y labores de sus manos, á las quales era muy aficio-
nado: y aun tiénese por cierto ser el primero que
puso bueyes, ó bestias en yugo, mansas y doma-
das, con que labró la tierra descansadamente, hacién-
dole dar parte del fruto que Dios nuestro Señor ha-
bia menguado con su maldicion, quando pecáron
25 nuestros primeros padres. Y por aquellas industrias fá-
ciles y descansadas, tan provechosas al mundo, tan
llenas de consuelos y recreaciones, dan á sentir las
Escripturas divinas haberse llamado Noe por nombre
propio, que quiere decir en lengua Caldea, descan-
26 so verdadero, consolador y remediador de los afanes.
Algunas personas habrá que mirando los pocos dias
que viven agora los hombres, tengan por ficcion la
mucha vida que se dice de Noe: pero como lo tal
se halle declarado por las Escripturas divinas, hase de
certificar eficazmente, no solo de Noe, sino de mu-
27 chos otros, que por aquel siglo naciéron. Y si bien
se mira, segun la necesidad á la sazon habia de gen-
te, convenia que Dios nuestro Señor les diese tan
larga vida, para que con ella pudiesen hacer mucha
ge-

generacion y las tierras en el mundo se poblasen á diversas partes: y tambien porque viviendo los hombres largo tiempo, con la gran experiencia que tendrian de muchas cosas, pudiesen mejor saber los secretos de la naturaleza, y declararlos á sus hijos, para que tambien ellos con lo que en su tiempo alcanzasen sobre lo que sus padres les habian mostrado, informasen á los que despues sucederian, así que nunca Dios quiso faltar en las necesidades de los hombres, mayormente por aquel tiempo: que segun escriben algunos Autores, como los cielos y los elementos eran recien criados estaban poderosos y frescos, no derramaban sobre las tierras influencias tan cansadas ni corrompidas como las echan agora, por esta hez y vasura de los siglos presentes: en los quales presumen los que dicen esto que ni tienen la juventud ni la mocedad que solian tener allí. Por esta 28
mesma causa porfian que no pueden ya conservar las cosas criadas tanto como solian, segun parece claro por muchas aves y muchos animales, de quien los Escritores antiguos habláron, que no los hallamos agora ni rastro dellos, como son los Gigantes, de quien hace memoria la Sagrada Escriptura. Los centauros 29
tambien, que se tiene por cierto haber seydo en su figura la meytad hombres, y la meytad caballos: de los quales afirma Plinio ver el uno muerto por los tiempos del Emperador Claudio. San Gerónymo cuen- 30
ta que San Antonio halló tambien otro en el yermo quando fué visitar á San Pablo primer Ermitaño. Tam- 31
poco parecen agora sátiros ni faunos, que ni mas ni ménos tenian las piernas y pies de cabras, y la frente llena de cuernos, en todo lo restante semejaban hombres. Destos dicen las historias latinas, que tra- 32
xéron uno á Lucio Sila, Capitan de Romanos, estando en una ciudad de Macedonia, llamada por aquel siglo Dirrachio, que nombramos agora Durazo, el

qual tomáron en aquella mesma tierra, y aun el mesmo señor San Gerónymo escribe, que en tiempo del Emperador Constantino tomáron otro vivo en la ciudad de Alexandría, y que despues lo lleváron muerto y salado, porque no se dañase ni oliese mal, á la ciudad de Antioquía, para que el Emperador lo viese.
33 se. Tambien San Antonio encontró otro semejante á éste en el yermo; pues Aristóteles en sus libros notoriamente confiesa muy cerca de España nacer ele-
34 fantes que se criaban y vivian por allí. Plinio hace mencion de ciertos animales llamados musimonios, criados en España, con otros, de que no hallamos agora
35 rastro. Dexo tambien de contar las viñas de Bálsamo en Judea, que ya por este nuestro siglo no las ha-
36 llan allí, ni por otra parte. Pues qué si dixesemos de los árboles llamados platanos, que tambien fuéron en
37 España. Las muchas diversidades de piedras y yerbas minerales que nuestros antiguos tenian, de quien dura gran relacion en el arte de Medicina: las quales tampoco parecen hoy dia, ni su señal: aunque varones muy diligentes las han procurado con toda solicitud en este nuestro tiempo, mas al fin tienen estos por cierto, que no las descubren á causa que ya los elementos y los cielos generalmente la naturaleza toda van envegecidos y cansados: y dicen que no favorecen la tierra con aquella virtud y fortaleza que solian para criar las cosas en la perfeccion primera: de lo qual ha resultado, que las estaturas ó tamaño de los hombres parece menor que nunca fué, las fuerzas mas flacas, la vida mucho mas corta que la del tiempo pasado, como se muestra cotejando la edad que agora comunmente se vive, con esto que la Sagrada Escriptura dice de Noe, y de los otros hom-
38 bres de aquel primer siglo. Mucha parte de los filósophos naturales no confiesan que tal flaqueza ni cansancio pueda caber en las estrellas ni cielos, ni ele-

men-

mentos, ni que dexen agora de ser tan fuertes ni substanciosos como de primero: pero contra ellos traen los otros que hablan en la vejez de los siglos muchas razones sin las que tenemos escrito, para confirmacion de su propósito: las quales dexamos aquí de poner, ni determinar quál dello vaya mas cierto, por no ser cosas de calidad que toquen á la Corónica de España, y porque lo dicho parece demasiado, segun la brevedad en que fundamos y tenemos propuesto. Tornados, pues, á nuestro propósito, díce- 39
se, que pasados quarenta años despues de la muerte de Noe, murió tambien el Príncipe Idubeda, y sucedió en su lugar otro, llamado Brigo, que certifican haber hecho cosas notables y dignas de memoria, como lo verémos en el capítulo siguiente.

CAPITULO VII.

De Brigo, que segun se dice fué quarto Príncipe, Gobernador antiguo de las Españas, y de las tierras que los Españoles en sus dias pobláron acá y en diversas partes del mundo.

Ya por esta sazon parece que tenian algunas 1
provincias de nuestros Españoles gentes y pueblos que de contino crecian en valor y poderío: los quales dicen haber obedescido por señor principal al hijo del Rey Idubeda, que se llamaba Brigo: cuya gobernacion (segun afirma Juan de Viterbo y su Beroso) comenzó casi por el año de mil y novecientos y cinco ántes de la Natividad de nuestro Señor Jesu-Christo, quando se cumplian docientos y cincuenta y nueve despues de la poblacion de España. Certifican ha- 2
ber seydo, juntamente con los pasados, provechoso Príncipe, fundador de pueblos, y castillos, y fortalezas, mas que todos quantos ántes dél reynáron en

España; por cuyo respeto dicen tambien que fuéron en ella ciertos pueblos llamados Brigantes en general,
3 y tambien otros que se llamáron Brigos. Dícese mas haber tenido tal inclinacion á mostrar sus grandezas y derramar su fama por donde quiera que podia, que señaló gentes y compañas para las enviar á tierras diversas, donde hiciesen pueblos y ciudades, y las lla-
4 masen de su nombre dél. Desta manera pasáron en las partes de Asia, que fué la mayor provincia del mundo, sobre la vuelta del Levante los Brigos Españoles: y fué cierto que despues corrompiéndoseles el vocablo, se llamáron Frigios, y poseyéron muchos años la region que por el mesmo respeto se nombró Frigia, donde reynáron adelante los Príncipes de Troya, hasta los tiempos del Rey Priamo, que perdió quanta potencia solian tener en aquellas partes, se-
5 gun que por sus historias se cuenta. Escriben tambien aquel Rey Brigo de las Españas haber otrosí despachado gentes que poblasen cierta region en Italia, de los quales unos moráron en los Alpes, que son montes crecidos y grandes en los confines de Francia y de Italia: y los que por allí paráron, tambien sabemos que se llamáron Brigos, como los que pasáron en
6 Asia. Y en memoria de cierto Capitan que con ellos iba, nombrado Varo, llamáron al principal pueblo de su morada, Varobriga, con otro rio de la misma comarca que dixéron Varo, cuyo nombre permanece hasta nuestros dias, y se mete por el mar Mediterráneo junto con la ciudad de Niza, no léjos de la parte que los mareantes llaman el cabo de Antibe.
7 Los otros Españoles restantes baxáron á la tierra Toscana, donde se dice que pobláron gran parte della: y allí hiciéron villas y castillos á quien llamáron Bri-
8 gas. Certifican otrosí, que tambien este Rey Brigo de España puso moradores en una gran isla, que nombran estos dias Irlanda: la qual antiguamente decian Iber-

Ibernia, y por otro nombre Ierna, cercana de Inglaterra, para que tambien la poblasen y señoreasen: y los que por allí viniéron despues de llegados, se llamáron Brigantes, y Brigo tambien un rio principal que
corre por ella. Acuérdome yo que seyendo llegado 9
con fortuna de la mar en una villa de la tal isla nombrada Catafurda, los moradores della con otros que de fuera venian, mostraban mucho placer con los Españoles que por allí nos juntabamos, y nos tomaban por las manos en señal de buen conocimiento, diciéndonos descender ellos de linage Español: lo qual yo tuve por cosa nueva, puesto que conforme á su dicho dellos me recordé luego de lo que quanto á este caso habia primero leido por aquellas corónicas
y glosas de Juan de Viterbo. Vínome tambien á la 10
memoria, que quando los Alárabes y Moros Africanos ganáron las Españas en tiempo de Don Rodrigo Rey de los Godos, muchos Españoles saliéron huyendo por diversas partes del mundo: muchos otros anduviéron pidiendo socorros en Grecia y en Francia, y en Alemaña, puesto que nadie se los dió: de los quales algunos aportáron en aquella isla, como lo ve-
rémos en el tercero volúmen desta gran historia. Y 11
dado que despues tornáron en España, pudo ser que muchos quedasen allí mezclados con los naturales, hasta ver en qué paraba la persecucion de los Moros, donde resultase la parentela de los Irlandescos y los
Españoles. Fama es junto con esto conservada de pa- 12
dres en hijos, que los tiempos antiquísimos un cierto varon Español, á quien decian Iberno, ó Hierno, morador en las marinas del quarto lado de España, caminando sobre mar, le tomó súbito tan furiosa tormenta, que sin poderse valer, en tres dias solos de navegacion dió con él y con otros compañeros dentro desta isla despoblada, donde ya despedazado su navío con la fortuna pasada, quedáron allí todos, y tambien al-

algunas mugeres que traian, y por causa de tal Hierno, ó Iberno Español, certifican que dixéron Hierna, ó Ibernia primeramente la Isla, que despues en su lengua nombráron Irlanda: por manera que de todas aquellas vias pudo continuarse muy bien el parentesco ya dicho, de quien los Irlandescos tanto se precian, como mas declaradamente lo señalarémos en el octa-
13 vo capítulo del tercero libro. Son estos Irlandescos hoy dia gente muy simple de condicion, mucho pobres y maltratados; porque la tierra no tiene fertili-
14 dad alguna. Los mas dellos viven por el campo, sin hacienda ni riquezas mas de sus hijos y mugeres, aunque con toda su falta señalan entre sí personas á quien reconocen veneracion y superioridad: de suerte que no se libra lugar ni rincon donde la vanagloria no halle
15 sus entradas, pocas ó muchas. Crian lebreles muy buenos con que matan muchas vacas, y muchos animales monteses, y mas otras cazas de que hallan abundancia por aquella tierra para sus mantenimientos: moran muy pocos pueblos que tengan faccion de lugares, porque todos viven derramados en sus montañas, con casillas y chozas pobres: sino son algunos que poseen la ribera de la mar, donde parecen lugares de gentes tratantes en mercaderías de algunos Ingleses que tienen por allí sus inteligencias y con-
16 versacion. Por todas estas causas (como ya dixe) pudo bien acontecer, que siendo los tales Irlandescos gentes muy apartadas de los otros hombres, oyesen á sus antepasados la sucesion, ó la mezcla deste linage con los Españoles, agora fuese por el tiempo que dicen del Rey Brigo, agora despues quando la venida de los Moros en las Españas, ó quando los otros apuntamientos que dexamos señalados, y así de los unos en los otros hayan conservado la memoria de sus progenitores: de lo qual en España ya no tenemos acuerdo particularmente del tiempo deste Rey Brigo,

por

por razon de las muchas persecuciones que sucediéron en la tierra los tiempos pasados, con que pereció la relacion de sus corónicas antiguas sin que dello sepamos mas de lo que las otras gentes á caso dexáron escrito de nosotros.

Tornando, pues, á nuestro propósito, cuentan 17
las historias del Beroso ya dicho, que por todas las villas y poblaciones quantas á la sazon, y tambien adelante fuéron hechas en España, quedó costumbre comun de se llamar Brigas á causa deste Rey Brigo, y verdaderamente muchos Autores Latinos y Griegos, juntos con Estrabon, á lo claro confiesan que los Españoles en su habla natural decian Brigas, á las ciudades y poblaciones principales, dado que no cuentan alguna cosa de Brigo, ni lo tengan por indicio de tal apellido, pero cierto sabemos haber quedado por España muchos años este nombre hasta que los Griegos y Cartagineses, y la gente de Fenicia pasáron acá poblando lugares nuevos, y dándoles nombres quales querian, y despues dellos tambien los Romanos hiciéron lo mesmo, tras estos los Godos, y finalmente los Alárabes y Moros Africanos que lo corrompiéron todo, como verémos en el proceso desta gran obra. Verémos otrosí por los libros venideros, que quando tuvo por bien el Emperador Flavio Vespasiano de hacer una ciudad en España junto con la ribera del mar de Vizcaya, la llamáron Flavio Briga, conformando su nombre de Flavio, con la habla de la region en que llamaban Brigas á los pueblos.
Esta ciudad mostrarémos despues haber sido muy 18
cerca de donde hallamos agora la villa de Bilbao, cotejada su postura con el asiento que declaran los Cosmógraphos antiguos. Acrecentóse tambien con gente 19
Romana, por mandado del mesmo Príncipe Vespasiano, dentro de Galicia, cierto pueblo muy antiguo, no léjos de la mar, llamado primeramente Brigancio

cio, que despues por la sobredicha causa se nombró
Flavio Brigancio: dícenle por este nuestro tiempo Be-
tanzos, alejado tres leguas de la Coruña, contra la
vuelta del Occidente, la qual Coruña fué tambien
otros años nombrada Brigancio, juntamente con su
puerto, llamado Brigantino, segun parece por las his-
20 torias de Paulo Orosio. Harémos asimesmo relacion
adelante de la villa que mandó fundar el Emperador
Augusto César en España, primero que el Príncipe
Vespasiano, poco mas baxo de las montañas de Cas-
tilla, no léjos de donde hallamos agora la poblacion
de Burgos: la qual villa por su causa dél dixéron
21 Augusto Briga. Fué tambien cimentada por aquellas
mesmas montañas otro lugar principal, en memoria
de Julio César su tio, y llamáronlo Julio Briga, cer-
ca de la parte donde nace el rio Ebro, cuyas muestras
y señales derrocadas y muy destruidas hallamos agora
entre Aguilar de Campo y Herrera de rio Pisuerga,
llamada por la gente vulgar comarcana, la ciudad Oli-
22 va. Tuviéron mas los antiguos otro pueblo nombra-
do Lacobriga, del qual ya diximos llamarse Lagos en
estos dias sobre la ribera del mar Océano junto con
el cabo de San Vicente, y acá dentro de la tierra per-
manece hasta nuestro siglo, la poblacion de Segor-
ve, que los antiguos llamaban Segobriga, con mas
la ciudad de Bregancia muy conoscida sobre los lími-
23 tes y rayas del reyno que dicen Portogal. El pueblo
que nombramos hoy dia Ciudad Rodrigo, fué dicha
tambien entre los antiguos Mirobriga, despues le lla-
24 máron Augustobriga. Dura tambien Arcos, villa prin-
cipal en el Andalucía que llamaban Arcobriga nuestros
antepasados, y del mesmo nombre tenian otro pue-
blo los Españoles dichos antiguamente Celtíberos, dos
leguas mas oriental que Medina-Celi, sobre la ribera
del rio Xalon, al qual pueblo tambien llamamos Ar-
cos hoy dia: de las quales todas adelante se verán
muy

muy en particular sus orígenes y principio, tiempos,
y dias en que se fundáron. Sin éstas hubo los tiempos 25
pasados otras muchas poblaciones antiguas en España
que tomáron los apellidos de quien las fundó con el
sobrenombre de Briga, que queria decir ciudad, de
quien los Cosmógraphos hacen continua relacion, pues-
to que no tengamos agora memoria sino de muy
pocas dellas. Sospecha mas aquel Juan de Viterbo, 26
que Brigo, de quien él habla, fuese quien primero
traxo pintado por sus escudos y banderas, un casti-
llo dorado, qual agora la traen en sus armas ó devisa
los Reyes de Castilla, movido solamente por haber
este Príncipe sido gran edificador de castillos y ciu-
dades, segun él dice. Y á ser ello así, lo qual yo no 27
creo, muchos tiempos debió quedar perdida la tal in-
vencion despues de los dias de este Brigo, por ser
cierto que Don Alfonso Rey de Castilla, noveno des-
te nombre, fué de los primeros Reyes Castellanos
que mandáron poner en los estandartes y señales de
su Reyno la devisa del castillo dorado sobre cam-
po sangriento, despues que venció la gran batalla de
Ubeda, que dicen algunos de las Navas de Tolosa,
porque hasta su tiempo los Reyes de Castilla siem-
pre traxéron las armas del Reyno de Leon, que son
un Leon rapante morado de púrpura, sobre campo
blanco, segun que todo lo declararémos en la pos-
trera parte desta corónica. De manera que pasadas es- 28
tas cosas de tan buena fama quanta dicen aquellos
Autores, el Rey Brigo, seyendo ya de muchos dias,
habiendo gobernado la tierra cincuenta y dos años,
dió fin á su vida, dexando con su muerte gran so-
ledad en quantos lo conoscian y tratáron.

CAPITULO VIII.

De Tago, que dicen haber seydo quinto Gobernador ó Rey de los muy antiguos en España, y de las cosas mas señaladas que platican haber hecho los dias y tiempo que la gobernó, poniendo vecindad y moradores nuevos en diversas partes del mundo.

1 Despues de la muerte de Brigo certifica Joan de Viterbo, que tomó luego la gobernacion de los Españoles, y fué principal dellos uno que decian Tago, casi en el año de mil y ochocientos y cincuenta y quatro primero que nuestro Señor Jesu-Christo naciese, que fué quatrocientos y cincuenta y uno despues del diluvio general, quando se comenzaba trecientos y diez años cabales despues de la poblacion de España: por causa de su nombre quieren certificar haberse llamado Tago un rio de los mas principales en España, que nombramos agora Tajo, cuyas aguas nacen de la sierra de Molina, dentro en la provincia que llaman agora Castilla, las quales montañas ó sierras son parte de ciertos montes que los antiguos solian decir Orospedas, de quien darémos cumplida relacion en el quinto capítulo del segundo libro. Va discurriendo la corriente deste rio Tajo por
2 encima del reyno de Toledo, contra la parte del campo que llaman Arañuelo, no léjos de la villa de Oropesa, ni léjos tampoco de las comarcas de Plasencia. Y pues ya declaramos en el segundo capí-
3 tulo pasado la faccion de su viage, no conviene repartirla ni platicar cosa della, mas de que por la mayor parte va semejante con la del rio Guadiana, señaladamente hasta que Guadiana llega á Badajoz, donde, como ya diximos en otro lugar, dexa el camino de Poniente, y se tuerce contra Mediodia para venir

nir al mar Océano. Mas el rio Tajo luego como pa-
sa de Toledo, siempre lleva su camino seguido, así 4
por Castilla, como por las tierras de Portogal, y se
lanza en el Océano de Poniente casi dos leguas mas
abaxo de donde hallamos agora la gran ciudad de Lis-
boa, sobre la parte que dicen los Cachopos, que son
unas pizarras ó peñascos dentro del agua del mesmo
rio, puestos á la mezcla dél y de la mar donde los
navíos pueden recebir daño por las entradas y salidas:
mayormente quando la mar baxa, que es una vez ca-
da dia y otra cada noche aquí y en todos los puer-
tos de España que caen sobre el mar Océano, da-
do que si los tales navíos esperan las crecientes, que
tambien son otras dos veces entre dia y noche, no tie-
nen aquel impedimento, porque las aguas sobrepujan
las piedras, y con poca diligencia que los marineros
tengan hallan muchas partes de hondura, por donde
suben muy seguros el rio arriba. Quando Tajo á es-
ta su boca llega va tan crecido y poderoso, que don- 5
de ménos ancho tiene otra legua, y donde mas ca-
si tres. La marea sube por él hasta juntar con las
villas de Almerin y de Santaren, fronteras la una de 6
la otra sobre las riberas ambas del mesmo rio, casi
diez y seis leguas de su boca por el agua arriba: en-
tran en él grandes navíos hasta la ciudad de Lisboa,
y despues adelante navégase con otras barcas mas
pequeñas: tiene gran abundancia de hostras y pesca-
dos de facciones y maneras diversas, con que se bas-
tecen muchas partes de España: junto con esto tuvo
siempre fama los tiempos pasados de criar sus are-
nas oro perfectísimo, y aun hoy dia se hallan en él
granos bien gruesos y muchos deste metal harto fi-
nos; pero verdaderamente se hallarian muchos mas,
si los que trabajan en ello pusiesen tal diligencia con
tales aparejos ó herramientas quales traian los anti-
guos, así por este rio como por los otros de nues-

tra tierra, pues no ménos en las aguas ó corrientes de los arroyos y rios, que por los mineros de la tierra, nuestra España tiene abundancia increible de oro, si bien se buscase. Mas tornándonos á lo
7 que del Príncipe Tago se cuenta, quieren algunos decir que no fué natural de España, sino Africano de nacion, y ser uno de quien la Sagrada Escriptura hace memoria en el décimo capítulo del Génesis, y le llama Tagorma: el qual nombre segun interpreta San Gerónimo, quiere decir arrancador de poblaciones nuevas, porque tal dicen haber sido su condicion despues que en España reynó, y que éste es el que fundó en Africa, donde le hacen natural, una ciudad que por su causa nombráron Tagorma. Dicen mas que quando en España vino, lo pri-
8 mero donde pobló, fuéron las comarcas entre Toledo y el reyno de Murcia, desde las quales repartió gentes y compañías Españolas que morasen algunas otras provincias de España que hastas su dias estaban desiertas, y que no solo tuvo semejante diligencia dentro de sus tierras y señorío, sino que tambien envió contra las partes Asiáticas Españoles que hiciesen allá lugares nuevos. Destos los unos paráron sobre los mon-
9 tes Caspios, otros en la tierra de Albania, muchos en Fenicia, que fué provincia de Suria, donde cae la ciudad de Tiro, muchos otros entráron por Africa, contra la parte que nombramos agora Berbería, donde fundáron asimesmo pueblos y moradas en que dexáron su recordacion, y permaneció su descendencia largo tiempo. Despues desto no hablan otra co-
10 sa de Tago que á la historia convenga, sino es haber reynado treinta y tres años en España: en fin de los quales dicen que murió, y que sucedió en aquella provincia que él gobernaba otro Príncipe llamado Beto, de quien el capítulo siguiente hará relacion abundosa.

CAPITULO IX.

De otro Rey llamado Beto Turdetano, por cuya causa certifican algunos que una provincia de España se llamó antigüamente Bética: la qual, ó la mayor parte della, se dice agora el Andalucía.

Fué este año en que el Príncipe Beto afirman 1
haber comenzado la gobernacion del señorío que por aquel tiempo solia ser en España, mil y ochocientos y veinte y quatro años ántes que nuestro Salvador Jesu-Christo naciese, que tambien fué trecientos y treinta y nueve ó quarenta, segun otra cuenta, despues que Tubal la pobló, y por causa de su nombre certifican algunos Historiadores que dél hablan, haberse llamado Bética entre los antiguos aquella provincia Española, que dexamos rayada sumariamente en el tercero capítulo deste libro, donde se contiene
agora casi todo lo que llamamos Andalucía. Cierto 2
es que aunque entre las gentes extrañas aquella tierra fuese nombrada Bética, entre los Españoles se decia Turdetania: lo qual escriben aquellos Historiadores haber sido porque tambien este Rey Beto, que por allí hizo su principal asiento, mas comunmente se llamaba Turdetano que Beto, y las gentes que con él quedáron, y la sucesion que dellos procedió se dixéron despues muchos siglos los Españoles Turdeta-
nos. Tambien es cierto que todos estos andando los 3
tiempos se dividiéron en tres linages ó parcialidades diversas con que se hiciéron pueblos discrepantes en apellidos apartados en su vivienda; puesto que todos moraban en aquella provincia Bética ó Andalucía: los unos se llamaban Turdulos, otros quedáron en el primer apellido de Turdetanos, que sin duda fué renombre antiguo, y como tales poseyéron allí mayores tierras, y fuéron siempre mas estimados: los otros

otros dixéron Bastulos, no de tanta multitud ni número de gente: mas á causa que moraban sobre la marina, y estaban, como dicen, en los primeros encuentros de las naciones extrangeras que despues viniéron en España por la mar, se les mezcláron otras muchas gentes, como fuéron unos nombrados Cartagineses, y otros Fenices, que pobláron entre ellos copia de lugares, sobre los que tenian estos Bastulos Andaluces primero, segun que de todos ellos hablarémos despues algo mas largo en los veinte y siete capítulos del segundo libro, y en otros lugares desta corónica que dello darán cuenta quanto mas vaya.

4 No faltan otros Historiadores que sobre la razon del vocablo de la Bética, sospechen esta provincia no se haber llamado así entre los antiguos por causa deste Rey Beto, de quien hablamos agora, sino porque fué palabra Caldea descendiente de Behin, el qual nombre segun se halla por el tratado de las interpretaciones Hebraicas quiere decir tierra fértil ó deleytosa, qual es aquella provincia, que por la maravillosa fertilidad y copia de todas las cosas nacidas lleva crecida ventaja sobre quantas en el mundo sepamos, tanto que los Poetas pasados fingian en sus libros ser ella los campos á quien llamaban Elysios, donde creian que las ánimas de los bienaventurados venian despues de muertos para tener allí galardon y premio de las obras virtuosas que hiciéron quando vivián, recibiendo placeres, descansos y deportes, y todos los contentamientos posibles en pago de su bondad pasada, lo qual no se decia por otro fin sino por la grande excelencia desta tierra que no se halla su par en el mundo considerándola generalmente.

5 Dicen otros que la Bética tuvo tal apellido por causa del rio Betis que nombran agora Guadalquevir, y pasa por medio della seguido y derecho sin dar vuelta ni torcedura notable, sino fuese pocas leguas án-

tes

tes de la parte donde lo recibe la mar. Allí sabemos claramente que los tiempos antiguos iba dividido por dos brazos, haciendo con ellos una isla, que solia tener cierta poblacion asaz famosa, de quien hablarémos en el primer capítulo del tercero libro. Destos 6
dos brazos en el uno, mas oriental en este nuestro siglo presente, ya va de todo punto consumido: porque las aguas, que solia llevar, han trastornado todas en el otro brazo: dado que sus muestras y la madre de su corriente parezcan hoy dia claras cerca de la villa de Rota, y en otros pasos de aquella tierra, el qual rio Betis afirman estos que fué tambien así nombrado, no por mas de porque los Españoles quisiéron llamarle Betis: ni dicen ser menester que todos los apellidos de las cosas tengan causas legítimas, aunque de muchas buenamente se puedan saber, pues las mas destas nombradías procediéron del albedrío solo de los que primero habláron en ellas: y ciertamente grandes cuidados excusaria tal dicho, para los que mucho se fatigan en buscar suficiente razon al nombre de diversas provincias y ciudades, como lo buscan á la Bética sobredicha, de cuya postura, faccion, bienes, excelencias, y crecida fertilidad, con todas las otras particularidades que le convengan tratarémos permitiéndolo nuestro Señor Dios en la segunda parte desta corónica, sobre lo que dexarémos apuntado quanto á sus aledaños ó mojones en los libros venideros. Por agora no cumple señalar otra cosa della, 7
sino que sus moradores y naturales quantos por allí viviéron todos los tiempos que dicen el Rey Beto gobernarla, y aun despues largos años adelante fuéron reputados y tenidos por músicos maravillosos, y por hombres exercitados en el arte de geometría, pero sobre todo por muy excelentes en Philosophia Moral, donde procede la gobernacion, justicia perfecta de qualesquier negocios humanos, y tanto que segun Estrabon

bon afirma, tuviéron aquellos Béticos Andaluces hasta su tiempo dél, órdenanzas y leyes por donde se regian, compuestas en metro muy ordenado, las quales certificaban ser de tal antigüedad, que pasaba de seis mil años que sus progenitores ancianos se gobernaban por ellas, mas estos años que despues usáron los Españoles Andaluces de quien Estrabon hace memoria, hubo mucho tiempo que contenian solamente quatro meses solares, como presto mostrarémos en el onceno capítulo siguiente.
8 Por manera que seis mil años de quatro meses montan otro tanto como dos mil años comunes de los que tenemos agora divididos en doce meses, y de los que tambien usaban en el Imperio Romano quando Estrabon escribia sus obras, que fué casi en la mesma edad de nuestro Señor Jesu-Christo.
9 Y si los que nuestra corónica leyeren, miran desde sus principios el proceso que llevamos en ella con sus años y tiempos, hallarán que contados estos dos mil años desde la sazon en que Tubal el primer poblador de las Españas dió fin á sus dias, vienen á se cumplir en los mesmos dias que Estrabon señala, por donde parece ser aquellas leyes antiquísimas que los Turdetanos Andaluces tuviéron las propias y verdaderas que Tubal en esta tierra puso, segun el tercero capítulo del presente libro lo dexo ya declarado.
10 Confirmase con esto lo que tambien apuntamos allí, que es haber sido en España las primeras letras, y la primera sabiduría del mundo, muchos años ántes que los Griegos entendiesen qué cosa fuese sciencia, ni supiesen escribir: puesto que Grecia siempre tuvo presuncion haber en ella nascido todas las artes humanas, por lo ménos aquellas que mas usáron los antiguos, cuyo bien y provecho dura todavía por este nuestro tiempo.
11 Si dixera la perfeccion dellas, podria ser que tuviese justo, quanto no lo tiene queriéndose hacer principiadora de tan gran

gran virtud. Claro conocemos en las historias fidedig- 11
nas el primero que traxo la manera del escribir á Grecia con las figuras del abecedario, ser un varon llamado Cadmo, natural y morador en tierra de Fenicia, no léjos de Judea: vino, segun dicen, desde su tierra pasados ochocientos años despues de la muerte de Tubal, así que todos aquellos años queda mas antigua la sabiduría de nuestros Españoles que la de Grecia, señaladamente por esta region Andaluza, de quien agora hablamos: la qual, como ya dixe, porfia Juan de Viterbo, que por el respeto de su Rey Beto fué
dicha Bética los tiempos antiguos. Agora lo mas della 12
nombramos Andalucía por causa de cierta gente llamada los Vandalos, que viniéron en España cerca de los años de quatrocientos y trece despues que nues-
tro Señor Jesu-Christo nasció. Tiranizáron estos Van- 13
dalos muy gran parte de la Bética, segun adelante mostrarémos; y pasadas allí muchas contiendas y trabajos, finalmente quedáron asentados y moradores en ella señores absolutos de toda su region, y por causa de los tales Vandalos allí residentes, la comenzáron á llamar tierra Vandalicia; despues corrompido mas este vocablo quitando la primera letra le dixéron Andalicia, y agora muy mas corrupto, la nombran Andalucía: sin haber ya recordacion entre los Españoles presentes del apellido viejo de Bética, ni del anciano Rey Beto, por cuyo respecto quieren decir haber tenido tal nombre: del qual Rey no sabemos otra cosa que podamos al presente contar, mas de que gastados treinta y un años en su gobernacion, y buen regimiento de la tierra, murió sin dexar heredero legítimo que le sucediese: por donde se recreciéron alteraciones y mudanzas entre mucha parte de los Españoles que le reconocian señorío.

CAPITULO X.

De los hechos de Deabos, que por otro nombre llaman Gerion, el primer tirano que tuviéron las Españas: y de sus hazañas, y principios y naturaleza.

1 Sabida la muerte del Rey Beto, dicen aquel Beroso y su intérprete Juan de Viterbo, que pasó luego en España un caballero, natural Africano, llamado por nombre Deabos, á quien los Españoles en su lengua comun (la que hablaban aquellos dias) nombráron Gera, ó Gersa: despues corruptamente fué dicho Gerson, y mas adelante Gerion: la qual nombradía significa tanto (segun que estos afirman) en lengua Caldea, como si dixesen extrangero y advenedizo, donde se colige, que por aquellos tiempos la habla de los Españoles debió ser muy conforme con la de los Caldeos, ó casi la mesma: porque como Tubal su primer fundador fuese Caldeo natural, y los que con él viniéron tambien Caldeos, de sospechar es, que su generacion y decendencia hablarian la lengua de sus progenitores, y permanesceria despues en España, hasta que por discurso de tiempo gentes de muchas naciones viniéron á ella, y poco á poco se fué corrompiendo, y mezclando la tal habla con las otras: de modo que ya casi falta del todo, puesto que por decir verdad, no se ha podido tanto corromper entre nosotros, que todavía no hablemos algunos vocablos Caldeos, mezclados á nuestro romance vulgar, de que se dará cuenta por algunos capítulos y libros siguientes, quando se tratará de la lengua y habla pasada de nuestros Españoles: donde probarémos abiertamente nunca ser la que los Vizcaynos agora hablan, segun algunos Coronistas deste tiempo tienen creido. Mostrarémos otrosí, ser tambien alguna señal razonable, para que ten-
2

ga-

gamos por ménos dudoso la nombradía de Gerion tocar en vocablo Caldeo, que no lo señalan otros libros quando dicen venir de lengua Griega: en la qual Gerin, ó Garin quiere decir vocear. Tampoco fal- 3
tan Autores que le dan el tal apellido de Gerion, por causa de cierta torre donde moraba, llamada Geronda, situada sobre la marina frontera de Cádiz: lo qual si así fué, debióla fundar este Deabos Gerion, para desde ella sojuzgar aquellas comarcas. No tengo yo 4
por muy firme que Gerion reynase en España despues del Rey Beto, que contamos arriba, ni que fuese tan extrangero como lo quiere hacer aquel Beroso y su Juan de Viterbo, quando certifican haber pasado desde las tierras Africanas, casi en el año de mil y setecientos y noventa y tres, ántes del advenimiento de nuestro Señor Dios, que fué justamente trecientos y setenta y uno despues de la poblacion de España: mas en qualquiera tiempo que viniese, tengo por averiguado ser el primero que hizo por España demasías y fuerzas, y no ménos el que primero tomó tiránicamente provincias y regiones en ella cercanos á la mar confiándose de su valentía, con la de muchos otros tales que le seguian. Y con estos fué cier- 5
to que llegó despues á ser el mas rico varon de quantos en aquel siglo se hallaban, tanto que los Historiadores Griegos le llamaban por sobrenombre Chriseo, que quiere decir, hombre rico, hecho de oro, porque certifican tambien haber sido quien primero descubrió mineros en España de metales preciosos, procurando siempre de los allegar y tener por riquezas principales, lo qual, segun el estilo de tiempos tan inocentes y sanctos, fué negocio de mucha novedad en España, pues ni por ella ni por otras muchas provincias del mundo tenian en aquel siglo contratacion de dinero, ni la tuviéron largos tiempos adelante: no siendo para lo tal. El oro con la pla- 6

ta son poco necesarios á la vida, si no quisiesemos decir que Gerion y sus alegados lo querian para vasijas, ó para composturas en los atavíos de sus personas y casas: puesto que los oficiales y artificios eran tan pocos donde quiera, quanto mas en España, que muy mas ligeramente hicieran sus vasijas de maderas, ó de barro, que no de metales, como
7 creo yo cierto que las hacian. Tuvo junto con esto Gerion en España multitud increible de ganados, que verdaderamente fuéron en aquel tiempo la cosa de
8 mayor estimacion entre las gentes. Y destos era tal su gran abundancia, que los rebaños y piaras de sus bueyes y vacas tuviéron la mayor fama de quantos hubo por aquel siglo: no solo quanto á ser muchos, sino tambien quanto á ser grandes y gruesos y her-
9 mosos. Dicése mas este Deabo Gerion haber edificado en la provincia, que llamamos agora Cataluña, cierta poblacion, á quien por su causa dixéron Geriona: la qual agora nombran Girona, y que desta manera quedó muy apoderado por aquellas comarcas y marinas Españolas treinta y tres años continuados, sin haber quien le contradixese cosa de sus demasías, ni le fuese á la mano sobre quanto hacia, ni aun mirase ni sintiese los bienes ó males de su conversacion, porque nuestras gentes en aquel tiempo, dado que tuviesen las letras y la esciencia que ya dexamos escrito: todo lo demas era lleno de simplicidad tan sin sospecha, que ni rezelaban el mal que les podia venir de las otras partes, ni procuraban ellos de lo hacer á nadie. Tenemos al presente cierto Co-
10 ronista Griego, mucho bueno, llamado Arriano, que compuso la Corónica del gran Alexandro, Rey de
11 Macedonia. Este sobre cierto propósito, hablando de Gerion, dice, que los Españoles antiguos en la relacion que solian conservar de sus primeros Reyes, no hacian memoria de Rey que se llamase Gerion.
Creo

Creo yo que por no ser aquel su nombre natural sino 12
Deabos, como tengo dicho: pero cierto es que todas nuestras historias quantas agora sabemos, lo confiesan y reconocen por aquel apellido, juntamente con las Latinas y Griegas, sino son las del buen Ecateo, que segun parece, mucho contra razon lo niegan, y rehusan de venir en ello.

CAPITULO XI.

De la venida que Osiris, Señor de Egipto, hizo en España contra Gerion, y de la batalla que pasáron ambos: y mas otras cosas señaladas que despues de la tal pelea sucediéron.

Estando las cosas de los Españoles en el término sobredicho, dañadas y discrepantes algo del estilo que primero solian tener, viniéron acá gentes armadas en gran multitud que seguian un Capitan Egipciano, llamado por nombre Osiris, á quien por otro apellido los Coronistas Griegos y Latinos suelen nombrar Dionisio: el qual á lo que se publicaba, venia solamente por contradecir las demasías y fuerzas de aquel tirano Gerion, que sonaban ya muy públicas en el mundo. 1
Bien es verdad que los mesmos 2
Autores Griegos hacen memoria de muchos hombres valerosos y notables, llamados Dionisios. Entre 3
los quales fué uno Baco, que tambien vino despues en España, con otros que por sus historias señalan.
Mas este Osiris Dionisio, de quien agora hablamos, 4
fué mucho mas aventajado y antiguo que todos, y allende su gran esfuerzo, mostrábase tan enemigo de los malhechores y tiranos, que donde quiera los buscaba con extraña solicitud. Y como digo, la prin- 5
cipal causa de su venida por acá, fué, querer vedar y contradecir aquellos agravios crueles que de Gerion se

se publicaban, sin que nadie lo llamase, ni cosa le moviese para lo hacer, mas de ser ésta su natural inclinacion. Y no solamente principió tales acometimientos en España, pero tambien por Italia, por Grecia, por Tracia, y por las Indias procuró lo mesmo, sin dexar casi parte del mundo que no descubriese, quitando los males que hallaba. Sabiendo pues Gerion la llegada deste Capitan Egipciano con exércitos victoriosos y valientes, y la voluntad que traia de lo destruir, si pudiese, comenzó tambien él á juntar sus aficionados y parientes para le resistir, ó ma-
6 tar. Poco despues buscándose los unos á los otros acompañados de quanta pujanza poseian, viniéron á se topar en el campo de los Españoles Tartesios moradores cercanos á la boca del estrecho que hace nuestro mar entre las tierras Africanas y Españolas, junto con la villa de Tarifa, nombrada primeramente Carteya: despues le dixéron Tarteso. Desde la qual discurriendo los años y siglos creció tanto su generacion, que bastáron á tomar todas aquellas marinas comarcanas, y pasáron adelante mediano trecho, segun el proceso desta corónica lo manifesta-
7 rá. Llegadas aquí las compañías de los dos Príncipes arriba dichos, Osiris y Gerion, ordenadas sus haces en el concierto que pudo saber y tener un tiempo tan inocente, rompiéron su batalla valientemente: la qual fué cruelísima reñida con demasiadas bravezas: y así pasada mucha terribilidad y fiereza por ambas partes, Deabos, Gerion, y todo lo principal de sus valedores quedáron allí sin algun remedio vencidos,
8 muertos y destrozados. Esta se certifica ser la primer batalla campal, ó recuentro poderoso de guer-
9 ra que sepamos en las Españas. Engrandécenla muy mucho los Autores peregrinos por haber acontecido dentro de tiempos antiquísimos, tanto que nuestros Poetas la llamaban batalla de los Dioses contra los Gi-

Gigantes, á causa (que segun confiesan las historias) este Gerion fué Gigante. Su competidor Osiris que lo venció fué reverenciado como Dios entre los Gentiles despues de muerto, mayormente por las tierras y comarcas Egipcianas, donde tuvo señorío: porque tal era la costumbre de los venerables antiguos reputar y tener por sus Dioses á las personas perfectamente virtuosas, y no ménos á quien procurase provechos universales y comunes para todos, qual Osiris y quantos le seguian, á la contina procuraban: y tambien á quien sacase nuevas invenciones, ingenios, herramientas, ó destrezas ayudadoras á negociar y hacer obras artificiales con ménos dificultad en esta vida mortal, donde por diversos caminos todos tra-
bajamos. Cosa prolixa seria contar la continuada pe- 10
regrinacion y conquista deste singular Capitan Osiris Dionisio: por diversas partes del mundo caminaba con exército muy pujante, sin pretender otra cosa mas de castigar tiranos, quitar forzadores ó ladrones, y destruir todo género de maldad, en que venció batallas terribles, y dió fin á hazañas mucho valerosas: nunca rehusó trabajos ni fatigas quantos en tal caso le pudiesen recrecer: donde se muestra claro, que bien así como los malos huelgan con el mal, así tambien los virtuosos toman extremado placer en las obras de bondad: las quales aunque sean dificiles de conseguir, tienen consigo tanto bien, que sin adherente ninguno son ellas mesmas galardon suficiente de su trabajo, como se vió por aquella batalla de Gerion, en que siendo totalmente deshecho, muerta su persona, destruida su potencia, llevó pago bastan-
te de su perversidad. Osiris alcanzó gloria perpetua 11
de tan señalado vencimiento. Mas era tal Osiris, que 12
ni por aquello cupo jamas en su pensamiento demasía ni soberbia: mostróse clemente, gracioso, magnífico, tan afable como de primero. Sosegadas algu-

nas

nas alteraciones en aquella provincia, dependientes de la tiranía pasada, mandó sepultar el cuerpo de Gerion con pomposa cerimonia: formóse la sepultura sobre ciertas puntas ó ribazos metidas contra la mar, pocas leguas adelante del estrecho, no léjos de la parte donde fué la batalla: las quales puntas de tierra muchos años adelante se nombráron siempre la sepultura de Gerion, y sospechamos agora ser en aquel sitio que los mareantes de nuestro tiempo llaman el cabo de Trafalgar, entre los lugares de Conil y Barbate, igualmente apartado de cada qual dellos, siete leguas adelante de la boca del estrecho sobre las aguas del
13 mar Océano. Esta costumbre de poner los cuerpos muertos en sepulturas de tierra usáron desde allí los Españoles con sus defuntos; porque ántes, ó los colgaban de árboles, ó los dexaban por los campos sin enterrar, ó los echaban en los rios: hasta los tiempos deste Osiris Dionysio, que fué el primero entre los Gentiles que los hizo sepultar, puesto que un Historiador Griego, llamado Ecateo, diga que Hércules fué el primero que comenzó tal usanza: la qual permaneció muchos tiempos en España, hasta que los Cartagineses y Romanos viniéron á ella, y los Españoles la dexáron, tomando dellos el estilo de quemar sus defuntos, segun en las ciudades destas dos gentes lo hacian antiguamente, y perseveráron en aquella costumbre muchos años, hasta que despues los dexáron de quemar, y los tornáron á sepultar debaxo de tierra, segun agora se hace: lo qual todo pondrémos en el proceso desta corónica, cada cosa dello repartido por sus lugares y tiempos competentes.
14 Tomáron eso mesmo de Osiris algunas gentes del Andalucía la division y manera de contar sus tiempos, haciendo los años de quatro meses, al modo de los Egipcianos, y cada mes de treinta dias ó poco ménos, contados desde que la luna salia debaxo del sol,

quan-

quando comunmente llamamos la conjuncion, hasta la conjuncion venidera, quando la torna tambien el sol otra vez á recibir en su derecho: lo qual en diversa manera de la de los tiempos que Tubal hubo señalado primero: donde (como diximos) hacian el año de doce meses, ó de trecientos y sesenta y cinco dias, casi conforme con la manera de nuestro siglo, segun que tambien lo tratarémos en la relacion del postrero libro de la primera parte desta corónica.
Fenecidas las cosas arriba dichas Osiris Dionysio man- 15
dó traer ante sí tres hijos de Gerion, los quales habian quedado niños pequeños: y conociendo que los dias pasados fuéron criados con tan gran esperanza, quanta seria suceder en el estado, riquezas y hacienda de su padre, y que Gerion, aunque terrible, pudo llegar á ser tan valerosa persona, no los quiso despojar dello, ni confundir su juventud, repartióles casi todo lo que su padre señoreaba, declarándoles convenir mucho para se conservar en aquella merced y bondad recebida, no seguir adelante las malas costumbres que llevaban aprendidas. Permitió junto con esto, que gen- 16
tes de sus exércitos quedasen repartidas en algunas provincias Españolas para morar en ellas: y de las tales duró mucho tiempo la memoria de ciertos Alárabes, nombrados Cenitas, que pobláron lo postrero de la tierra sobre las riberas del mar Océano, contra la parte que nombramos el cabo de S. Vicente: puesto que muchos Escritores afirmen estos Cenitas Alárabes haber entrado por España con otro Dionysio, llamado Baco, de quien hablarémos en los veinte y ocho capítulos siguientes. Iten señaló tambien Osiris perso- 17
nas particulares de sus Egipcianos que residiesen acá, para mostrar á los Españoles algunas plegarias y sacrificios de ciertos demonios antiguos que la gentilidad en aquella sazon acataba por dioses. Y desde allí se 18
tiene por cierto haber quedado en España la ceguedad

dad de sacrificar á los ídolos, y creer en ellos como
las otras gentes: el qual engaño malo permaneció
hasta que los naturales della se convertiéron á la sanc-
ta Fe Católica de nuestro Señor Jesu-Christo, por el
enseñamiento de muchos Varones benditos y sanctos,
19 que despues en ella naciéron. Una cosa conviene tam-
bien señalar en este caso, y es, que como de la Sa-
grada Escriptura se recolige por estos años, ó muy
cerca dellos haber ya por Egipto maneras y tratanza
de tener dineros, y no ménos en algunas otras pro-
vincias Asiáticas, para trocar con él materiales y co-
sas necesarias á la vida: dado que los tales Egipcia-
nos acá quedasen, nunca nuestros Españoles tomáron
dellos, ni recibiéron la costumbre de tener moneda,
20 ni la tuviéron hasta muchos tiempos adelante. Con-
cluidos, pues, todos los negocios ya declarados, Osi-
ris Dionysio determinó salirse de España: los tres hi-
jos de Gerion quedáron de su mano puestos en el fa-
vor y potencia de su padre, dado que despues le agra-
deciéron mal estas buenas obras que dél recibiéron,
21 como luego lo mostrarémos. Quedó juntamente con
estos tres hijos de Gerion en la isla de Cádiz una
doncella tambien hermana dellos, á quien muchos Au-
tores llaman Eritrea: no sé yo si fuese tal su nombre
particular, ó si la nombraban así, como nombran en
general á todos los moradores de Cádiz y de sus co-
marcas, llamándolos Eritreos comunmente por cier-
22 ta razon que tocarémos en el capítulo siguiente. Des-
ta doncella cuentan haber tenido despues un hijo, di-
cho Noraco, persona principal entre la gente de su
tiempo, que hizo cosas notables en el mundo, como
tambien adelante parescerá por el discurso desta coró-
nica.

CAPITULO XII.

Del reynado de los tres hijos de Gerion en España: y de la sagacidad que tuviéron para que Osiris, aquel que mató á su padre, fuese muerto en Egipto.

Comenzáron á reynar estos tres hijos de Gerion 1
en aquel señorío que diximos Osiris haberles entregado por acá, mil y setecientos y cincuenta y ocho años ántes del advenimiento de nuestro señor Dios, que fué quatrocientos y seis años despues de la poblacion de España, quando tambien se contaban quinientos y quarenta y siete años despues del diluvio general. Estos tres hermanos fué cierto que con las 2
sobradas riquezas que les quedáron así de ganados como de metales: y con lo que despues ellos acrecentáron, viniéron á ser tan poderosos, que tenian en este caso tanta fama como su padre: y verdaderamente pujáron á ser mas ricos que ningunos otros de quantos sepamos en aquella sazon. Viendo, pues, ellos 3
el abundancia que tenian en respecto de los otros Príncipes comarcanos, juntáron compañías y gentes revoltosas á quien favorecian en qualesquier desafueros y males que tentasen, no mas ni ménos que su padre Gerion lo solia hacer: por lo qual entre sus vecinos fuéron llamados comunmente los Geriones Lominios, que significa tanto como Capitanes ó Gobernadores mayores de gentes armadas. Con aquellos hacian insultos, demasías, y fuerzas en todas las partes 4
de España que podian: y no contentos con esto, acordándose de la muerte de su padre, y considerando que por estar Osiris alejado de España, no tenian aparejo para la vengar, tratáron encubiertamente con un hermano del mesmo Osiris, llamado Tyson, que

siendo Osiris de vuelta en Egipto lo matase: y muerto,
tomase todos los estados de su tierra, prometiéndole
favor múy abastado de gente y de hacienda, juntamente
con sus personas, contra qualquiera que des-
5 pues le quisiese dañar. Lo qual Tyfon aceptó de bue-
na voluntad: y por mejor lo poner en obra, hizo
liga con otros tiranos en diversas partes del mundo,
á fin que no le fuesen contrarios en ello, segurándoles
que favoreceria sus tiranías dellos, y los confirmaria
las provincias que tuviesen usurpadas: así que con
aquellas y muchas otras maldades encubiertas Tyfon
pudo matar á traicion á su hermano Osiris dende á
pocos dias: y despues de muerto lo hizo cortar en
piezas, y las envió á todas las persònas principales
que sabian el trato desta muerte, dando á cada qual
cierto miembro del cuerpo de su hermano, para que
6 no tuviesen duda de su fallecimiento. Y luego se le-
vantó con toda la tierra de Egipto, y los Geriones
tambien se apoderáron de muchas otras gentes y pro-
vincias en España, sin las que Osiris les hubo dexado.

CAPITULO XIII.

Como Hércules el Egipciano, hijo de Osiris, conocida la muerte de su padre, tratada por los Geriones Españoles, vino con grandes armadas en España, por los destruir: y de las cosas y proveimientos que hizo primero que con ellos topase.

1 No pudiéron quedar los tiranos y gentes participantes en la muerte del gran Osiris tan libres en aquel negocio como creian al principio: porque (segun diximos) al tiempo que Tyfon hizo su maldad, habia quedado un hijo de Osiris, múy valeroso y esforzado caballero, que llamaban Oron Libio, á quien por su sobrenombre los Gentiles llamáron Apolo, y al-

algunos tambien le dixéron Marte: que siguió desde pequeño las conquistas de su padre, y estaba enseñado y acostumbrado en sus grandes victorias y esfuerzo: el qual por esta sazon residia con un exército grueso de su padre sobre cierta provincia de Asia, llamada Scytia, mas adelante del mar de Latana. Este sabido lo que en Egipto era hecho, propuso luego de pasar allá, para despues venir en España contra los tres Geriones, por vengar tambien en ellos la traicion que con Tyfon ordenáron. Aquel es el que los Coronistas antiguos por otro nombre llamáron Hércules el Egipciano, y Hércules el Grande por diferenciarle de muchos Hércules no tan señalados, que tuviéron otras tierras: y particularmente de Hércules Griego, natural de la ciudad de Tebas, llamado Alceo, y por otro nombre Iraclis, hijo de un principal caballero en aquella provincia, nombrado Anfitrion, y de Alcmena, su muger, el qual hizo cosas notables en diversas partes del mundo: tanto que su gente por engrándecerle la fama, le publicáron tambien por Hércules, que entre los antiguos
fué renombre de mucha reputacion y alabanza. En 2
los hechos de valentía y esfuerzo, y todas las hazañas á quantas Hércules el Egipciano dió fin, se las aplicáron á él, como tambien se las atribuyen los Coronistas Españoles, puesto que de verdad hubo mu-
cho tiempo entre el uno y el otro. Y dado que el 3
Griego fué persona valerosa, no tuvo que hacer con el Egipciano, de quien agora tratamos, ni con sus
grandes acontecimientos y proezas. Aquel Historiador 4
Arriano (de quien ya hicimos en otro capítulo memoria) sospecha, dado que no se determina en ello, que Hércules, el que dicen haber venido en España, y estado muchos años en ella, seria natural de Tyro: movido solamente porque en el tiempo deste Arriano duraba en el pueblo de Tarteso, cerca de Tarifa,

un

un templo donde reverenciaban este Dios Hércules con
5 sacrificios y cerimonias á la costumbre de Tyro. Pero
si verdad es que la muerte del gran Osiris y la veni-
da de Hércules en España fuéron en estos años sobre-
dichos, ni la razon ni la órden de los tiempos con-
sienten que aquel Hércules fuese de Tyro, á causa que,
como en los treinta y un capítulos de adelante se ve-
rá, la ciudad de Tyro fué poblada mucho tiempo des-
pues de la muerte deste Hércules el grande, hijo de
Osiris, y los sacrificios del templo de Tarifa no ha-
cen al caso para confirmar lo que el Historiador Ar-
riano pretende, porque tambien verémos en alguna
parte de los libros siguientes que aquel templo fué
renovado y engrandescido en España muchos años
despues por cierta gente Cartaginesa, que señoreá-
ron el Andalucía: y estos conserváron siempre las ce-
rimonias mesmas, y plegarias de los de Tyro, como
descendientes que dellos eran: las quales cerimonias
podrian ellos allí poner, y durarian hasta los tiem-
6 pos de aquel Historiador Arriano. Así que como Hér-
cules el de Egipto supo la muerte de su padre, vínose
luego para su madre que llamaban Isis, y juntos am-
bos procuráron de cobrar primero los huesos y pe-
dazos del cuerpo de Osiris quantos pudiéron haber,
los quales enterráron pomposamente en Egipto: y en
el contorno de su monumento fundáron una ciudad
grande, que despues fué llamada Tafosiris, que quie-
re tanto decir como sepultura de Osiris. Desde allí
7 Oron Libio salió contra su tio Tyfon, y lo mató
por su persona. Despues concertó luego la venida en
8 España, con gran aparato de gente de diversas nacio-
nes que le seguian, y con mucha copia de fustas y de
9 navíos, quales al presente se podian tener. En aquel
viage dice que pasó por las islas, llamadas agora de
Mallorca y de Menorca: donde quiso tentar la con-
dicion y manera de la gente que por ellas moraban,

y

y así parece que ya tenian poblacion: hallólas muy
silvestres y rústicas, y bien aparejadas para recebir to-
da buena manera de vivir, si fuesen llevadas fuera de
rigor. Los naturales dellas conservaban en cantares y 10
memorias antiguas que sus primeros pobladores ha-
bian sido gente comun de muchas naciones. Los pri- 11
meros decian ser Españoles pasados allí por discurso
de tiempo. Los mas modernos Africanos, mezclados 12
con gente de la provincia, que despues fué llamada
Cirenayca, cuya habla (dado que muy corrompida)
tenian en aquellos dias, y la conserváron adelante mu-
cho tiempo. Dícese mas haberles Hércules dexado 13
quando pasó por ellos en esta jornada cierto Capitan
suyo, nombrado Baleo, para los adiestrar y reducir á
qualquiera buena gobernacion que él pudiese. Por cu- 14
yo respeto se nombráron despues Baleares aquellas islas:
y de su generacion sucediéron andando los tiempos
algunas personas, á quien muchos de los destas islas,
entre toda rusticidad, reconociéron acatamiento, co-
mo si fueran superiores suyos: puesto que muchos
Autores Griegos afirmen llamarse Baleares las tales is-
las, por la destreza que sus naturales tuviéron en ti-
rar piedras con hondas, el qual exercicio llaman en
Griego Balin, que quiere decir arrojar. A mi parecer 15
mejor aciertan los que dan la razon deste nombre:
porque Baleares en su lengua Cirenayca, que (como
dixe) hablaban ellos comunmente, quiere decir adve-
nedizos, quales eran los pobladores destas islas. Co- 16
mo quiera que sea, lo que muy averiguado sabemos,
fué, que Hércules no se detuvo de propósito por alguna
parte deste viage, hasta tocar en la tierra de Cádiz,
que dicen ser en aquellos años tierra continente, jun-
ta sobre lo firme de España, con las riberas del An-
dalucía, creyendo que por allí hallarian los tres her-
manos Geriones, pues á la verdad solian residir muy
continos en esta comarca. Por memoria de su llega- 17
da

da mandó levantar dos piedras muy grandes que durasen allí perpetuamente: por cuya razon dicen los Coronistas Españoles que se llamó despues aquella tierra Gades, que quiere decir colunas ó mojones, á la qual nombramos agora Gadez, ó Cádiz: pero lo cierto dello, si fué tal esta razon qual ellos dicen, ó no, presto lo verémos en el noveno capítulo del segundo
18 libro. Esto fenecido, Hércules mandó quedar en aquella provincia de Cádiz algunas de sus gentes, en especial á ciertos Egipcianos, naturales de las tierras cercanas al mar bermejo, que por otro nombre llaman Eritreo, para que poseyesen la provincia, y la morasen: los quales fuéron los primeros advenedizos que dentro de Cádiz viviéron, y por causa dellos hubo despues muchos Cosmógraphos y Coronistas que hablando desta region Española llaman Eritreos en general á quantos por allí moráron, y della fuéron na-
19 turales. Todo lo restante del exército vino discurriendo por la marina con Hércules en busca de los Geriones, en el qual viage puso tambien otras dos colunas de grandeza notable sobre los ribazos y puntas donde se hacen las angosturas de mar, entre Africa y España por la parte del Andalucía, cerca de donde tenemos agora la poblacion de Gibraltar, y desde aquel tiempo siempre todas las historias llamáron aquel sitio
20 las colunas de Hércules. Puesto que muchos Escritores afirmen estas colunas ya dichas no ser mármoles largos como los que nombramos colunas, sino montones de peñascos ó de pizarras y tierra que Hércules hizo juntar sobre las tales puntas y ribazos, para los fortificar y hacer mayores, porque la mar no los pudiese romper ni gastar, y con esto segun dicen quedáron tanto firmes, tan añadidos, y tan guiados por el agua, que pudiéron llegar hasta muy cerca de las tierras Africanas, y hacer el estrecho sobredicho qual agora lo vemos, y nuestros antepasados lo viéron, y

ve-

verán los que sucedieren. Imaginaciones fuéron éstas 21
de gentes antiguas mezcladas con ficciones poéticas.
Tomáron ocasion para decir aquello, tener la boca 22
del tal estrecho de Gibraltar un risco llamado Calpe, muy levantado sobre la marina, de todas partes exênto, que ningun otro monte, ni cerro, ni cumbre le toca, y por verlo tan enhiesto, tan derecho y arriscado, le llamáron coluna: pues todas estas propiedades tienen las colunas: por estar libres sin tocar en otros collados pareció cosa hecha de manos, y luego fingiéron haberlo hecho no sé quál de sus Hércules, seyendo verdaderamente comun obra de naturaleza, digna cierto de ser considerada, si miramos el asiento, faccion, y figura que Dios nuestro Señor en ella puso: cuya labor es como lo son todas las cosas criadas de su calidad y manera.

CAPITULO XIV.

De la batalla que Hércules el Egipciano, hijo de Osiris, hubo en España con los tres hijos de Gerion en venganza de la muerte de su padre, y de algunos hechos mal contados que quanto al artículo de aquellos tiempos los Coronistas Españoles ponen en sus libros.

Casi todos los Coronistas Españoles escriben que 1
despues de haber Hércules acabado la postura de sus colunas entró por el rio Guadalquevir arriba hasta la parte que llaman agora Sevilla la vieja: dicen que la mandó poblar. Y tras esto considerando la parte 2
donde tenemos hoy dia la magnífica poblacion de Sevilla, le satisfizo tanto, segun afirman, aquella buena disposicion y buen asiento, que luego quisiera dexar allí moradores; mas un philósopho de su compañía lo contradixo, prometiendo sin alguna duda que dis-

curriendo los tiempos habria gran poblacion en aquel sitio, y la fundaria cierto Príncipe de mucho mayor poder, lo qual manifiestamente significaban los hados y las estrellas: por esta causa certifican Hércules haber desistido de su propósito; pero dicen que mandó poner allí seis mármoles ó pilares crecidos, los quales Mosen Diego Valera declara duran hasta sus dias en un pedazo de la mesma ciudad llamada Jude-
3 ría vieja. Sobre los pilares asentáron cierta losa de mármol con letras esculpidas, que decian:

AQVI SERA LA GRAN CIVDAD.

Encima de la losa pusiéron una figura de cobre, tendida su mano derecha contra Levante, con letras eso mesmo por la palma que significaban Hércules haber allí venido: la siniestra mano señalaba las tales letras
4 con el dedo. Dicen mas, que largos años adelante, quando Julio César, Capitan Romano, tiranizó forzosamente la potencia del Imperio, llegó poco despues en las Españas, y vistos aquellos pilares ó colunas, hallólas derrocadas, y su losa quebrada: mandóla luego juntar, y leidas las letras puso gentes de diversas naciones, que fundáron y principiáron este pueblo de Sevilla qual
5 agora lo vemos. Tal relacion dan las Corónicas Españolas en el artículo presente: pero si los negocios así pasáron, ó semejanza dellos, creo yo que quanto Julio César pudo negociar en lo de Sevilla seria darle grandeza mayor que primero tuviese, con edificios y labores nuevas, ó con otros acrecentamientos Romanos, porque segun presto verémos por algunos capítulos y libros desta primera parte, muchos años y tiempos ante que Julio César naciese fué Sevilla ciudad principal en el Andalucía, reputada por magnífica poblacion entre nuestros Españoles. Y si mi parecer en este ca-

so valiese, ninguna duda tengo sino que quanto hablan en aquel punto los Autores que recopiláron la Corónica general de España por mandado del Serenísimo Rey Don Alonso con las otras Historias Españolas que van tras ella, no fué mirado como debieran. Fuérzanme grandes motivos á lo contradecir: uno, 6
que ningun Historiador Griego ni Latino, ni persona de las que tratan antigüedades hacen mencion de cosa destas, puesto que digan por extenso la venida del gran Hércules en España, y todo lo que por ella hizo, tan particularizado y detenido, que parecen demasiados en ello. Lo segundo, porque viniendo des- 7
de Cádiz al estrecho de Gibraltar, donde porfian haberse detenido fortificando los montes en la boca dél, segun el capítulo pasado lo cuenta: si despues hiciera su jornada por Guadalquevir arriba, como lo dicen estas Corónicas, fuera claramente tornar atras, y no pasar adelante buscando sus enemigos los Lominios, hijos de Gerion, que parece gran inconveniente. Lo ter- 8
cero, porque luego en habiendo contado lo que de Sevilla dexamos escrito, dicen que Hércules partió de allí, y fué á un lugar que agora llamamos Lebrixa, que habia comenzado á poblar Ulixes, y mandólo Hércules acabar de poblar y hacer fortaleza: lo qual no puede ser cosa, ni dicho de mayor descuido, porque Ulixes fué muchos años despues deste Hércules Egipciano que vino en España, y algunos tambien despues del Hércules el Griego, como lo verémos en los treinta y seis capítulos deste libro, por donde se muestra claro, que su nieto no pudo poblar á Lebrixa en los tiempos del uno ni del otro, pues el abuelo aun no era nascido: quanto mas que los mejores Historiadores y mas afinados tienen por cierto la poblacion de Lebrixa ser hecha por otro Capitan Griego, llamado Dionysio el menor, á quien por otro nombre dixéron Baco, segun el capítulo treinta y uno des-

te primer libro lo declara. Quanto á los mármoles de
Sevilla tengo por averiguado que fuéron algun edifi-
cio no tan antiguo que despues labrarian otras gen-
9 tes por allí. Mas dexadas estas hablillas, y tornándo-
nos al negocio de los Geriones, dicen las Historias, que
como la fama de la venida del gran Hércules se der-
ramó por la tierra, publicando la mucha gente que
consigo traxo, luego los tres Lominios, hijos de Ge-
rion, juntáron sus exércitos quanto mas gruesos pu-
diéron, y salidos al camino determináron pelear con
10 él. Sospechamos que tambien vendria con ellos su so-
brino Noraco, hijo de su hermana Eritrea, de quien
hablamos en el onceno capítulo deste libro, por ser
hombre valeroso, principal, y muy apropiado para fa-
11 vorecer negocios de tan cercanos parientes. Certifican
mas nuestras Historias que mucha gente de los Es-
pañoles, conociendo las bondades y buenas maneras
de Hércules, las quales en abundancia sonaban ya por
el mundo, recordándose de la virtud y santidad de
su padre Osiris, se viniéron á él con propósito de le
12 seguir en este trance. Hércules vista la mucha gente
que por ambas partes andaba junta, hizo requerir á
los Geriones que la batalla del exército cesase, para
que la pendencia se determinase entre ellos y él, pues
en la muerte de su padre nadie de los presentes te-
13 nia culpa sino solos ellos. Esto consintiéron los Ge-
riones mucho de buena voluntad, confiando cada qual
en su valentía, que no pensaban ser ménos que la
del gran Hércules, y porque tambien creian que dado
que Hércules fuese persona demasiado recio y mucho
ligera y animosa, como cierto lo fué, bastaria cada
qual dellos por lo ménos á lo cansar ó desconcertar
en el combate, y que con esto, dado que el pri-
mero dellos muriese, ó fuese rendido, el que des-
14 pues llegase le traeria gran ventaja. Finalmente con-
certados en el desafio, Hércules peleó con ellos tres
uno

uno empos de otro con muchos peligros y trabajos, á causa que sus contrarios eran bravos y recios en demasía; mas á la postre fuéron vencidos todos tres, y muertos por sus manos, despues de haber reynado quarenta años en aquellas marinas ó provincias Españolas.

CAPITULO XV.

Como despues de vencidos los hijos de Gerion su sobrino Noraco, juntándose con algunos Españoles que tenian la mesma parcialidad, salió huyendo por la mar, y todos viniéron á Cerdeña, donde paráron de reposo, despues de lo qual Hércules habiendo visitado muchas provincias en España, salió tambien della para venir en Italia muy acompañado de gentes y riquezas Españolas.

Fenecida la batalla, como tenemos dicho, Hér- 1
cules mandó llevar los Lominios Geriones defuntos á
cierta parte de Cádiz, donde los hizo sepultar honoríficamente en sitio diverso de la sepultura de su padre. Tengo yo Coronistas de gran autoridad que dicen este desafio ser aplazado y concluido dentro de la mesma tierra, y en aquel mesmo lugar donde fuéron enterrados. Lo qual si tal fué, cosa parece de 2
reir lo que muchos otros afirman haber la batalla pasado donde hallamos agora la ciudad de Mérida, como lo cuentan algunos Historiadores nuestros, y que por memoria deste vencimiento Hércules hizo fundar aquella poblacion, y la llamó Memorida: lo qual es error manifiesto; porque muy claro mostrarémos adelante largos años despues deste combate, los Romanos haber edificado la tal ciudad en vida del Emperador César Augusto, no léjos de los tiempos en que fué la bendita Natividad de nuestro Señor Jesu-Chris-

3 Christo. Mucho mas parece de reir el descuido de los otros, que tambien afirman, y tienen por cierto, la ciudad sobredicha llamarse Mérida, porque los Mermidones la pobláron, que fuéron gentes Griegas de las que pasáron á Troya quando su destruicion, y tambien otras hablillas que de cierta Reyna moradora de Mérida fingen: las quales como cosas no dignas de poner en historia dexo de repetir, pues adelante quando trataremos la fundacion deste pueblo, parecerá la verdad de todo, manifestando las faccio-
4 nes que della hablan. Dexo tambien aquí de tocar lo que dicen estos mesmos Historiadores de la muerte de Caco, la qual certifican haber sido hecha por Hércules en España: pues asimesmo va tan errado, que no puede ser cosa mas falsa: y porque la verdadera relacion de Caco, quanto á su vida y hazañas, la contarémos bien presto en los treinta y dos, y treinta y cinco capítulos siguientes, y quanto á lo de su muerte en los treinta y ocho mas adelante.

5 Así que tornando á lo cierto de nuestra Corónica, dicen las Historias mas auténticas que despues de ser Hércules apoderado de todas aquellas comarcas, no pudo la pacificacion de la tierra hacerse tan libremente, que no permaneciesen algunos dañadores de los que solian ser aficionados y parciales á Gerion y á sus hijos, entre los quales fué mas principal y mas rebelde Noraco, su sobrino: pero como tambien aquel entendiese, que ni ya sus fuerzas, ni las de sus valedores bastaban á contradecir la buena fortuna del gran Hércules, llegó la mas gente que pudo de sus amigos, y metidos en algunos navíos que pudiéron recoger, salió de la provincia sobredicha, navegando por el nuestro mar Mediterráneo contra la vuelta del Levante, sin parar en alguna region, has-
6 ta que todos aportáron en la isla de Cerdeña. Salidos á tierra fundáron una ciudad asaz notable sobre la

ma-

marina del Mediodia: la qual dixéron Nora, por cau-
sa de Noraco, su Capitan Español, y fué la prime-
ra ciudad ordenada, que sepamos en Cerdeña; for-
tificáronla con suficiente defensa, como la necesidad
lo pedia, para que morando juntos en ella pudiesen
resistir á los otros hombres comarcanos: los quales
vivian vida salvage, derramados por montes ó fragu-
ras, en cuevas y chozas muy ásperas y silvestres, fue-
ra de toda buena conversacion. Y fué tan provecho- 7
sa la fundacion deste pueblo, que despues algunos
años viendo las otras gentes de Cerdeña quán gran-
des ventajas les llevaban aquellos Españoles en vivir
juntos, y quanto se prosperaba sus hechos cada dia
con tener conformidad entre sí, comenzáron tam-
bien ellos á los imitar, cimentando nuevos pueblos,
llegándose con los nuevamente venidos, y continuan-
do buenas inteligencias con sus decendientes y su-
cesores.
Tal fué, segun dicen, la primera venida de nues- 8
tros Españoles en Cerdeña: puesto que yo sé bien
haber algunos Autores Griegos, de cuyos apuntamientos
podiamos colegir aquella venida ser largos años adelan-
te de los que tratamos en este capítulo. Pero ni los dias 9
de Gerion y de sus hijos, en que Noraco tambien
fué, ni la regla de los tiempos, que sigue nuestra Co-
rónica, sufre que pueda caer en sazon alguna, fuera de
la sobredicha. De manera que considerando todo lo ya 10
contado, parece notoriamente, la jornada del gran
Hércules haber dado tan principal ocasion á los pro-
vechos de Cerdeña, por venir en ella Noraco huyen-
do dél; quanta la dió tambien á los Españoles en
haberles quitado la tiranía de los Geriones, cuya muer-
te juntada con la ausencia de su sobrino Noraco, de-
xó por acá la region donde moraban tan pacífica,
que pudo sin contradiccion Hércules visitar las otras
provincias metidas en España, sosegando qualesquier
tur-

turbaciones que sucedian, y haciendo muchas otras
11 cosas de gran utilidad. En esta jornada hecha por aquellas provincias certifican algunos habérsele muerto un gran amigo que consigo traia, llamado Zacinto, no léjos de la parte donde hallamos agora la villa de Monvedre, por memoria del qual Hércules mandó cimentar aquel pueblo, y la llamó Zacinto, á quien despues dixéron Sagunto, y agora Monvedre: puesto que tambien otros Autores tengan por averiguado, todo lo sobredicho ser acontecido muchos dias despues en tiempo del otro Hércules Griego: pero lo que mas se tiene por cierto, ya lo señalamos en el quarto capítulo precedente, y mucho mas claro se dirá en los veinte y nueve capítulos que se siguen.
12 Desde allí seyendo ya concluidos todos estos negocios, Hércules determinó de partirse de España, llevando consigo muchos hombres desta tierra que le siguiéron, con grandes riquezas y despojos que tenian de los Geriones y de los otros sus parciales, así de metales preciosos, aunque no fuesen tenidos por riqueza principal entre los Españoles, como de ganados en gran cantidad, con los quales Hércules tomó su viage contra las partes Italianas, guiando los exércitos por mar y por tierra mucho pujantes y fa-
13 vorecidos. Dice Juan Viterbo que quando se partió mandó quedar en su lugar un hijo suyo llamado Híspalo, que certifican haber seydo notable persona como lo fuéron sus progenitores, y su padre: dado que las Corónicas de Castilla todas digan que despues del gran Hércules quedó por Señor Hispan, no hijo de Hércules, sino uno de los Capitanes principales que por acá se viniéron y juntáron á su compañía.

CA-

CAPITULO XVI.

Del Rey Hispalo, noveno Gobernador en España, que dicen algunos haber seydo quien primero fundó la ciudad de Sevilla, y de la discrepancia que hallamos en este caso por otras Historias Españolas antiguas y modernas que tratan esta materia.

Afirman, como dixe, Juan de Viterbo, y aquel 1
su Beroso, haber sucedido en el regimiento de España Hispalo, hijo del Rey Hércules, y que comenzó su gobernacion en el señorío della casi por el año de trecientos y quarenta y ocho despues de su poblacion, que fué segun nuestra cuenta, mil y setecientos y diez y seis años ántes del advenimiento de nuestro Señor Dios: y quinientos y ochenta
y nueve despues del diluvio general. Luego dicen á 2
los principios de su reynado que fundó sobre la ribera de Guadalquevir en la mano siniestra de su corriente cierta poblacion mucho grande, que llamáron
Hispalis, á semejante del apellido suyo dél. Esta des- 3
pues los Alárabes y Moros Africanos quando se metiéron en las Españas, acortándole parte del vocablo conforme á su lenguage comenzáron á llamar Hispil, y los Christianos poco despues corrompiéndolo mas, le dixéron Hispilia, y despues adelante Isvilia, y agora muy mas corruptamente se nombra Sevi-
lla. Son todas estas cosas tan antiguas y tan aleja- 4
das de lo que se puede bien alcanzar, que considerando yo los Historiadores quando hablan en ello, me parecen á los hombres que caminan en tinieblas, tentando por las paredes, quando buscan entrada ó salida de alguna puerta ó de otra cosa que no ven: de los quales algunos, aunque no dan en lo que quieren, van allá movidos por indicios de los lugares en

que topan; otros rodean por diverso camino llevan-
do siempre sus intentos contra lo que buscan; otros
5 de todo punto caminan al contrario. Dígolo porque
tambien esto de la fundacion y nacimiento de Sevi-
lla tiene grandes opiniones y cegueras entre las His-
torias que mas apuradamente hablan en ello: mu-
chos afirman todavía lo que diximos en el capítu-
lo precedente, dando su poblacion á la mesma per-
sona del gran Hércules y sus tiempos en aquella jor-
6 nada que vino contra los tres Geriones. Otras dicen
que no Hércules, sino personas de su compaña tor-
náron allí poco despues, donde pusiéron á los prin-
cipios tendejones armados sobre palos en que se me-
tiéron, y que por causa de los tales palos fué des-
pues nombrada Hispalis quando tuvo faccion de ciu-
7 dad. Otras Corónicas Españolas mezclan y toman par-
te de todas estas opiniones, diciendo que con el exér-
cito que tambien Hércules acá traxo, viniéron cier-
tas gentes de Scithia, llamados los Espalos, y que por
mandado suyo pobláron aquella ciudad, y la llamáron
Espales ó Ispalis, del apellido de su nacion, lo qual
parece que lleva mas camino, pues todos afirman
que quando Hércules Oron Libio supo la muerte
de su padre, residia por aquella provincia de Scithia,
y lleva razon que partiéndose della traeria consigo gen-
te de la mesma tierra como la traia de todas las otras
8 de sus conquistas. Entre los tales Scithas, cierto es
que fuéron unos pueblos llamados Espalos, segun lo
9 pone Don Rodrigo Ximenez, Perlado de Toledo. Pli-
nio lo confiesa, quando relata las naciones de las Sci-
thas, y parece que se puede tener esto por ménos du-
doso quanto á la fundacion de aquel pueblo, y quan-
to á la causa de su nombre: el qual sin duda po-
demos creer que fué de los muy antiguos de España,
tanto que muchas Escrituras de gran substancia, so-
lo por hallar su fundacion tan trasera, certifican muy
de

de propósito ser ésta la primera poblacion de toda ella, y aun dicen que por su causa la tierra y comarca de aquellos derredores se dixo Hispalia primeramente, y que despues aquel nombre se fué derramando y añadiendo por las otras provincias de unas en otras hasta que todas ellas, en lugar de llamarlas Hispalia corrompiéron el vocablo, y se nombráron España: del qual parecer y voto fué muchos años el Maestro Antonio de Lebrixa, persona de gran autoridad y singular entendimiento sobre cosas semejan-
tes. Tornando pues á nuestro cuento del Rey His- 10
palo, de quien este capítulo habla, dice Juan de Viterbo, que tuvo despues una hija llamada Hyliberia, por cuyo respecto sospechan que tambien España se llamó Hyliberia, y despues Iberia en sus principios; pero la razon de tal nombre ya la dexamos escrita quanto mejor podimos en el quinto capítulo deste libro, donde quien quisiere podrá ver lo que dello se
habla por las Historias antiguas. Item dice Juan de Vi- 11
terbo que tuvo mas el Rey Hispalo sin los ya declarados otro hijo mayor, llamado Hispan, el qual despues de los dias de su padre sucedió sin contradiccion en todos sus estados y señoríos: de manera que siendo pasados diez y seis años enteros en estas cosas, ó poco mas, como lo contienen otros libros; Hispalo falleció desta vida mundana sin que dél otra cosa se diga ni cuente mas de lo que tenemos escrito.

CAPITULO XVII.

Del Rey Hispan, excelente Gobernador y Príncipe de los Españoles, por cuyo respecto la tierra toda se llamó España hasta nuestros dias, y de las cosas notables que sucediéron en su tiempo.

1 Muerto el Rey Hispalo quedó por Señor mas principal en toda la tierra su hijo Hispan, cuya gobernacion comenzó, segun la cuenta de Juan de Viterbo, casi por el año de mil y seiscientos y noventa y nueve ántes del advenimiento de nuestro Señor Jesu-Christo, que fué quatrocientos y sesenta y cinco despues de la poblacion de España; quando tambien se contáron seiscientos y seis años cabales des-
2 pues del diluvio general. No sé yo si Juan de Viterbo trae bien averiguada la suma del tiempo que señala de su reynado, mas en qualquiera sazon que sucediese, por muy notorio se tiene que fué Rey en España, y aun por su causa confiesan las Corónicas de Castilla que toda la tierra quanta solian llamar Iberia dexó sus primeros apellidos, y se dixo despues España, que fué la nombradía que hasta nuestro tiempo le dura: puesto que tambien aquí no falten opiniones diversas, las quales relataremos en los veinte y ocho capítulos
3 siguientes. Este Príncipe, dicen todos los Coronistas Españoles haber seydo mucho noble, y muy justo y muy franco, y muy humano: por donde fué siem-
4 pre muy amado de todas sus gentes. Dicen mas que pobló diversos puertos de mar, y que Cádiz fué su principal asiento, donde todas estas Corónicas tienen creido que fuéron vencidos los Geriones: atribúyenle tambien la poblacion de Sevilla, y afirman que por su causa fué llamada Hispalis, sin hacer memoria del

Rey

Rey Hispalo, de quien primero hablamos: lo qual nunca me desagradó. Hácenle mas fundador de Sego- 5
via, donde certifican asimesmo que labró la puente maravillosa que permanece hasta nuestros dias, firme y entera, de labor en gran manera sumptuosa, por donde traen el agua para la ciudad. Escriben tambien haber edificado cierta torre crecida y altísima, cuya mayor parte dura tambien agora sobre las entradas del puerto de la Coruña de Galicia, con un espejo grandísimo, y aun suelen decir que le puso grandes encantamentos para ver allí los navíos que por la mar anduviesen ántes que llegasen á la ciudad: lo qual ciertamente fué todo considerado, y no se pudiera hablar cosa mas atrevida, porque mucho tiempo despues deste siglo que tratamos aquí, se hizo la puente de Segovia, que mas propiamente se debe llamar caño para le traer el agua: la qual ya que sepamos muy averiguado ser edificio labrado quando los Romanos residian en las Españas, y los Españoles usaban sus labores y sus trages, y toda su manera de vivir al modo Romano, hay personas que les parecen hallar indicios bastantes para conjeturar haberse hecho por mandado del Emperador Trajano, Señor de Roma, nuestro natural Español, y nuestro Príncipe: pero desto muy largo tratarémos adelante, mostrando la verdad, y todo lo que de tal edificio se deba saber. Y pues en la fábrica y en el tiempo de la 6
puente no concertáron, de sospechar es que tan poco va firme la poblacion de Segovia, como despues en el décimo capítulo del segundo libro manifestarémos: mayormente que quanto se puede conjeturar de las buenas historias, no se hallaba estos dias en España poblaciones tan metidas dentro de la tierra, como tenemos á Segovia: sino por lo cercano de la mar, ó muy poco mas alejadas della contra la vuelta del Andalucía y Cataluña, con otras en la costa del

del mar Océano de Poniente, dado que sea verdad lo que primero diximos en el séptimo capítulo del Rey Brigo, y de sus fundaciones: las quales todas hay sospecha, no mala, que debiéron ser por aquellas marinas y partes arriba declaradas, y las otras que tambien allí quedáron apuntadas, fué cierto que se pobláron mucho tiempo despues dentro de la tierra, con el sobrenombre de Briga, que significa ciudad en la habla muy antigua de los Españoles. La torre que agora llaman de Faro, sobre la Coruña de Galicia, fué tambien obra Romana, porque hallamos aquel pueblo ser primeramente llamado gran puerto Brigantino, reputado por uno de los mas principales en toda su provincia: dentro del qual por veneracion y honra de Octaviano César, Augusto Emperador de Roma, y Señor de España, los vecinos y moradores en él mandáron hacer aquella torre famo-
7 sa. Y el maestro que tuvo cargo de su labor, fué tambien Español, nombrado Cayo Sevio Lope, segun parece por unas letras que dexó cabadas en unos peñascos cerca de la mesma torre, que dicen desta manera:

MARTI AVG.
SACR. C. SE-
VIVS LVPVS
ARCHITECTVS.
A. F. DANIEN-
SIS LVSITANVS
EXV.

Tornadas de latin á nuestro romance vulgar.

8 Cayo Sevio Lope, hijo de Aulo Daniense, Lusitano Arquitecto (que significa tanto como maestro de obras) á las victorias de Augusto César la consagró por promesa que dello hizo.

9 Esta memoria pusiéron en las pizarras, por haber

ber un estatuto de ley antigua, que ningun maes-
tro ni persona que tuviese cargo de semejantes obras,
podia jamas escribir su nombre dentro del cuerpo
de los edificios que se hiciesen á costa de qualquie-
ta república: dado que bien lo podian hacer en las
obras que fuesen labradas á sus espensas: la qual ins-
titucion y mandado hallamos hoy dia conservada y
escrita dentro en el cuerpo de las leyes Romanas en
el libro de las pandetas, que mandó recolegir el Em-
perador Justiniano. Y lo que dicen del espejo encan- 10
tado, que Hércules allí puso, fué tan mala ceguera,
que no puede ser mayor: porque dexado muy apar-
te la burla de los encantamentos, queda muy ave-
riguado que la torre sobredicha no se hizo con otro
fin, sino para que de noche pusiesen allí fuegos y
lumbreras á los mareantes en que reconociesen tener
puerto seguro, quando tormenta les recreciese: tam-
bien para los viages y derrotas que traian si les fue-
se menester. Esta costumbre de labrar torres, y ha- 11
cer en ellas fuegos de noche sobre los puertos y si-
tios principales, fué siempre muy provechosa y muy
usada, y de mucha solemnidad entre los antiguos; lla-
mábanlas en Latin Especulas, que significa descubri-
deros y lugar alto, donde se divisan grandes anchu-
ras de mar, ó de tierra. Los Moros dicen atalayas 12
en su lenguage vulgar, y por otro nombre tambien
los antiguos les decian Faros, por haber seydo la
primera parte donde se hiciéron una isla, que solia
ser cerca la tierra de Egypto, frontera de la ciudad
de Damiata, la qual isla se decia Faro, donde tie-
nen algunos creido que fué natural y procediente la
casta de los Príncipes Egypcianos, á quien la Sagra-
da Escritura llama Faraones, y que dándoles costum-
bre por su respecto de nombrar Parones ó Faraones
en la lengua de los Egipcianos, á lo mesmo que
las otras gentes decian Reyes. Allí por mandado de 13
Pto-

Ptolomeo Philadelpho, Rey en aquellas tierras, un maestro llamado Sóstrato Gnidio: labró cierta torre para los fuegos ya dichos, de tan extraña hechura, que quanto duró fué reputada por una de las maravillas
14 del mundo. Y aun hoy dia se guarda la costumbre de los tales fuegos en muchos puertos y ciudades conocidas, como son Génova de Italia, donde tienen una torre, que llaman agora la Lenterna, para cada noche poner allí fuegos que los navegantes devisen. En Alexandría hacen otro tal, y lo mesmo tambien en Cádiz sobre la torre de Sant Sebastian, que por otro nombre llaman el Farol: y aun muchas veces he visto yo por otros puertos, que si faltan aquellas torres, algunas personas tienen costumbre de poner lenternas con lumbre de noche sobre las Iglesias, ó sobre lugares altos, donde se descubra la mar, para que reconozcan ser allí parte segura don-
15 de puedan guarecer. Creo yo que la falta de sospechar que la torre de la Coruña tuviese tal espejo, nació de que (como tenemos dicho) las tales atalayas en latin se llaman Especulas, y Paulo Orosio Historiador Español hablando della, la nombra Especula: y como en el tiempo destos Coronistas Castellanos, fuesen menester mas las armas contra los Moros, que las letras para los echar de la tierra que nos tenian ocupada, sabian acá tan poco latin, que sospecháron el nombre de Especula que Paulo Orosio le daba, ser algo de espejo, y así fingiéron esta hablilla
16 fuera de propósito. He querido poner esto tan detenido, porque nuestra gente vulgar salga del engaño que los Coronistas pasados imagináron sobre la torre de la Coruña, pues no va bien mirado quanto fue-
17 ra desto se platica. Muy mayor vanidad es lo que hablan de la hija deste Rey Hispan, llamada Iberia con ciertos edificios que por su causa dicen haberse labrado dentro de Cádiz para le traer agua dulce por ca-

caños desde léjos. Pues aquellos caños fuéron tambien 18
obras edificadas en el tiempo que, como ya dixe, los
Españoles imitaban las usanzas Romanas en todas sus
costumbres y negocios. Fuéron hechos á costa de 19
Cornelio Balbo, Cónsul Romano, natural de Cádiz, varon
riquísimo, que por sobrenombre llamáron Gara-
mántico, por haber sojuzgado al Imperio Romano
la nacion de los Garamantes, muy pocos años án-
tes que nuestro Señor Jesu-Christo nasciese. El qual 20
Cornelio Balbo hizo guiar estos aguaduchos hasta Cá-
diz desde Tempul, pueblo que solia ser en el Anda-
lucía, pasándolos en la isla con sus aguas encañadas
por la puente que llaman agora de Zuazo, segun que
tambien adelante muy por extenso lo declararémos.
Añaden mas nuestros Coronistas otras facciones atri- 21
buidas á cierto Rey, que nombran ellos el Rey Pir-
ros, marido de Iliberia, el qual nunca fué. Y así quan- 22
do dél hablan, va tan dañado como los encantamen-
tos del espejo ya contados, y no conviene poner-
los en historia por excusar dos pérdidas grandes: una
del tiempo que gastariamos en lo repetir y con-
tar: y otra de la autoridad y crédito que peligra-
ria mucho para la relacion de cosas y verdades que
se tratarán adelante. Dexadas pues aparte todas estas 23
imaginaciones vanas, y tornándonos á los hechos del
Rey Hispan, dice Juan de Viterbo, que pasados trein-
ta y seis años de su gobernacion, dió fin á sus dias
casi en el año (conforme á su cuenta) de mil y seis-
cientos y setenta y ocho ántes del advenimiento de
nuestro Señor Dios. La Corónica de España que man- 24
dó hacer el Señor Rey Don Alonso, con todas las
otras Escrituras Españolas que la siguen, ponen su
muerte veinte años despues de Troya destruida la se-
gunda vez, en los tiempos del Rey Priamo, que por
buena suma son pocos ménos de quinientos y diez
años adelante de lo que señala Juan de Viterbo. La 25

qual diversidad, entre los unos y los otros, no sé yo dónde pudiese venir, pues va tan descomunal y tan
26 excesiva. De manera, que quanto á la muerte deste Príncipe, solo podemos certificar seguramente, que despues de gobernada su tierra con muchos acrecentamientos y prosperidades, tuvo la fin ya declarada, sin le quedar heredero legítimo: que no fué poca pérdida, segun lo que de sus bondades y provechos los Historiadores Españoles escriben: tal es cierto que bastáron á ser justa causa para que la tierra quedase llamada España desde allí, por la memoria y apellido de tan noble Príncipe, y tan provechoso Señor.

CAPITULO XVIII.

De la vuelta ó segunda venida que Hércules el Egipciano hizo en España, y de los lugares que en ella pobló, con mas lo que sobre su muerte y sepultura se halla por las Corónicas antiguas.

1 Residia todos estos tiempos en Italia Oron Libio, llamado por otro nombre Hércules Egipciano: y puesto que hallamos historias, donde se cuenta que pasados diez y nueve años del reynado de su nieto Hispan, vino en España, para lo visitar y favorecer, donde moró lo restante de su vida: mas á propósito hablan los que dicen, que sabida la muerte, y sintiendo la soledad y falta que de su fallecimiento se recreceria, salió luego de Italia, dado que fuese muy viejo, para venir acá, temiendo los inconvenientes ó novedades que podrian suceder, como quando Gerion usurpó la tierra por fuerza, de que redundáron los daños ya contados.
2 A la qual jornada le moviéron mucho los Españoles que consigo por allí traia, rogándole muy afectuosamente que luego viniese.
3 Y así dexando en Italia por Administrador un Capi-

pitan y compañero suyo, llamado Atlante Italo, to-
mó el camino de España con mucha parte de gen-
tes que le siguiéron: trayendo tambien entre los
caudillos mas señalados desta jornada un hermano de
Atlante mesmo que dexaba por Gobernador en Ita-
lia, nombrado Espero. Fué todo su viage por tier- 4
ra, visitando las provincias Italianas y Francesas que
le cayéron en el camino. Lo primero que hizo des- 5
pues de llegados á los confines y tierras Españolas,
fué poblar en el paso de los montes Pyreneos una
ciudad que llamáron Libia, por causa del sobrenom-
bre deste Oron Libio, que la fundó: la qual muchos
tiempos despues se dixo Julia Libica, de quien ha-
ce memoria Don Rodrigo, Arzobispo de Toledo, y
los mas Cosmógraphos antiguos que hablan en el
sitio de las Españas, cuyas muestras y señales duran
hasta nuestro tiempo, gastadas y viejas, pero tales,
que se puede bien juzgar dellas el pueblo que fué:
donde me traxéron á mí, dias ha, dos epitaphios
ó letreros latinos, trasladados de dos piedras escul-
pidas en el siglo que los Romanos poseyéron aquella
tierra. Linca la nombran en este nuestro tiempo, 6
corrompida la palabra, por la llamar Licica, no lé-
jos de Pucerdan. Acabada su fundacion, y metido 7
Hércules poco mas adelante por España, dicen que
pasados los montes pobló la ciudad de Urgél, que
hoy dia permanece casi junto á las faldas del Pyre-
neo. Tambien dicen haber edificado Hércules en es- 8
te pasage otro pueblo, á quien puso nombre Ausa,
por ser los pobladores dél ciertos Italianos, llamados
Ausones, que venian entre sus exércitos. Dura por 9
este nuestro tiempo: dícenle Vicdosona; cae dentro
de Cataluña. Pero quanto al artículo de su funda- 10
cion adelante pondré yo mi parecer en algun otro
libro desta Corónica, que no será fuera de propósi-
to. Despues deste pueblo fundó tambien la ciudad de 11

Tarazona, que llamáron Turiaso, por causa de otros Italianos venidos en su mesma compañía, nombrados los Turios, naturales y moradores en una villa nombrada Turio, y no naturales de Tiro, ciudad de Fenicia, como lo porfian algunos Corónistas Españoles: pues parece claro, que si la cuenta de los tiempos en que dicen Hércules haber en España residido, no van errados por las Historias: aun en aquel siglo Tiro no tenia ser en el mundo, ni se fundó hasta muchos años adelante, como presto lo mostrarémos adelante en el fin de los treinta y cin-
12 co capítulos venideros. Desde allí fué discurriendo Hércules por las tierras y provincias Españolas, situando pobladores en ellas, ansí de los Españoles que consigo traia, como de las otras gentes forasteras que le seguian: en el qual exercicio gastó la vida toda que le restaba, gobernando sus gentes, enseñándoles muchas buenas industrias, y muchos artificios para sus obras y labores manuales, con que viviesen
13 ménos trabajosamente que de primero. Esto negociado con toda la calor y diligencia que se podria decir, dió fin á sus dias en una grave dolencia que le traxo su vejez, seyendo pasados diez y nueve años
14 despues desta su venida segunda. Los Españoles celebráron sus obsequias con gran cerimonia, y enterráron su cuerpo en una sepultura magnífica, quanto se pudo labrar en aquellos tiempos, dentro de un templo que juntamente hiciéron, donde le reverenciáron despues como si fuera Dios, canonizándole de la manera que los Christianos hacemos á los Santos: el qual templo duró muchos años en España, con aquel monumento sobredicho: y cerca de la tal sepultura, dos colunas de oro y de plata juntamente derretida, que los Españoles despues algunos tiempos allí pusiéron: en cuyos chapiteles altos escribiéron letras españolas, quales en aquel siglo las usaban, que con-

contenian en el epitaphio la razon de su divinidad
y de su muerte. Contenian mas otras palabras y vo- 15
cablos, que decian Hércules haber pronunciado pri-
mero que muriese, tocantes al mar Océano, como
que fuesen conjuro, para que sus aguas no dañasen,
ni anegasen aquellas tierras : en las quales palabras
creia la gente comun estar gran virtud sobre tal ca-
so. Por este respecto muchas naciones de diversas 16
provincias comenzáron á venir allí en romería, para
le hacer plegarias y encomendarse á él, conforme tam-
bien y la supersticion y costumbre que los Gentiles
usaban. Allí los ministros del templo les relataban y 17
rezaban toda la vida deste dios Hércules, alabando
sus grandes hazañas y proezas, dellas verdaderas, y
dellas añadidas, con que sacaban limosnas y dádivas
para el templo y para sí, que montáron á la conti-
nua grandes intereses. Todo esto postrero es muy ave- 18
riguado y muy cierto, sino que los Autores á quien
yo sigo discrepan en señalar á qué parte de Espa-
ña fuese la sepultura y el templo sobredicho : porque
los unos imaginan haber seido dentro de Cádiz, de
cuyo parecer son los Coronistas Castellanos, que lo
porfian, y certifican quanto pueden: puesto que yer-
ran en decir, que este dios Hércules fué Griego, mo-
vidos por las Historias Griegas, que, como ya dixi-
mos, atribuyen todas las hazañas del Oron Libio,
hijo de Osiris, á su Hércules Alceo, hijo de Anfi-
trion. Otros Historiadores afirman la tal sepultura 19
ser en Barcelona, y aun publican tambien ser aquel
Hércules el primer fundador desta ciudad. Lo qual
tienen eso mesmo creido muchos Escritores deste nues-
tro tiempo, llamándola por sus obras Barcelona la Her-
culea, movidos tambien por un edificio viejo, cuyas
muestras duran derrocadas en lo mas alto del pueblo,
con ciertos asientos como de colunas, que dicen ser
la sepultura de quien hablamos agora, cerca del tem-

plo

plo mayor y principal, que comunmente llamamos
la Seu: aunque tambien algunos quieren decir, ser
ésta la sepultura del Rey Hispan, y no del dios Hér-
20 cules. Pero no sé yo quánto ménos errarian los que
la tuviesen por monumento de cierto Rey Godo,
llamado Hataulfo, que largos dias, años y tiempos
despues de todos los Hércules antiguos matáron sus
21 propios Godos en aquella ciudad. Otros Coronistas
mas bien considerados dicen, que la muerte deste
dios Hércules, y su templo y sepultura fué junto
al mar del Andalucía, cerca de la salida del estrecho
de Gibraltar, en la postrera tierra que llamaban de
los Tartesios, no léjos de Tarifa, donde sabemos ave-
riguadamente que permaneció muchos años aquel
22 templo. Los Españoles, sus aficionados y conocidos,
levantáron en el contorno del monumento cierto nú-
mero de pizarras ó pedrones enhiestos, conformes
al número de los enemigos que le viéron matar en
debates y pendencias virtuosas, por él acabadas: la
qual invencion de poner tales piedras en derredor de
muchos enterramientos usáron despues otros Espa-
ñoles principales: y segun dice Juliano Diácono,
23 las llamaban Calepas en su lengua provincial. Andan-
do tiempos, gentes de Fenicia viniéron en España,
que poseyéron aquel templo, conservando quanta su-
perstición le halláron, solemnizando nuevos sacrifi-
cios y nuevas cerimonias, á la costumbre de Tiro,
donde fuéron ellos naturales, segun que tambien el
octavo capítulo del segundo libro lo contará larga-
mente.

CAPITULO XIX.

Del Rey Espero, doceno Rey, ó Gobernador, ó Señor en España: y de las competencias trabadas con un hermano suyo, que finalmente lo despojó de quanto valor, y señorío por acá tuvo, sin le dexar parte ni cosa dello.

Luego despues de la muerte de aquel Hércules Oron Libio los mas de los Españoles recibiéron por Señor á uno de los Capitanes principales que con él viniéron de Italia, llamado (segun escribimos) Espero: porque así decian Hércules haberlo mandado ántes de su fallecimiento, á causa que lo amaba y preciaba mucho, por haber aquel Espero seguido siempre su compañía y sus trabajos con gran fidelidad, y era persona calificada en prudencia y esfuerzo: tal que en todos los debates pasados, así en España, como en las otras tierras, hubo mostrado señales muchas de virtud. El qual señala Juan de Viterbo que comenzó su gobernacion en aquel señorío de España casi por el año de mil y seiscientos y quarenta y ocho, ántes que nuestro Señor Jesu-Christo naciese, que fué quinientos y diez y seis años despues de su poblacion, y tambien seiscientos y cincuenta y siete despues del diluvio general. Cierto es que por causa deste Rey Espero, en qualquier tiempo fuese, los historiadores Latinos y Griegos llaman á España Esperia: no embargante que todos los Coronistas de Castilla digan que se dixo ansi, porque los años pasados, quando Tubal y sus compañas venian acá, tuviéron consideracion, y miráron en una estrella, que llaman Espero, para guiar con ella su viage derecho. He yo leido Coronistas y Cosmógraphos Griegos que concordan con ellos, aunque se les da poco crédito, por ser

ser averiguado lo que del Rey Espero queda dicho,
segun Iginio lo declara; con otros muchos que ha-
5 bláron en esto mas atentados y ciertos. Aquel Rey
Espero, dado que los principios tuviese pacíficos en
su reynado, conformes á la tranquilidad y sosiego
que Hércules mantuvo: la fortuna variable siempre, llena
de mudanzas y turbaciones, trocó presto los descan-
6 sos y contentamientos presentes. Fué causa desto su
mayor hermano, llamado Atlante Italo, de quien el ca-
pítulo precedente hizo relacion, quando diximos Hér-
cules haberle cometido sus Estados y Señoríos Italia-
nos, al tiempo que la segunda vez determinó tornar
7 en España. Sabiendo, pues, Atlante Italo que todos
recibiéron acá por Señor al Rey Espero, sin discrepar
hombre ni pueblos, tuvo tal envidia, que poco des-
pues vino con exércitos pujantes y gruesos para le
despojar y destruir si pudiese: publicando ser el ver-
dadero sucesor, y natural heredero de todas las po-
tencias, empresas, y señoríos, quantos Hércules hubo
primero tenido; y como tal habia quedado gobernan-
do los Estados Italianos en vida del mesmo Dios Hér-
8 cules. Con esta novedad nuestros Españoles fuéron
aquella vez divididos en dos parcialidades: unos acos-
táron al Rey Atlante, nuevamente llegado, movidos
por algunos Españoles ancianos, que todavía duraban
y vivian, y de los que hiciéron la primera jornada
con el sobredicho dios Hércules, quando salió de las
Españas para venir en Italia: desde la qual jornada que-
dáron muy conocidos, y muy aficionados al Rey
9 Atlante. Tenian estos ancianos grande reputacion en-
tre la gente vulgar, estimando mucho sus personas
por haber seguido tan venturosos exércitos, y tan ex-
10 celente Capitan. Los otros Españoles mas modernos
seguian firmes y constantes el bando del Rey Espero,
resistiendo bravamente quantas novedades y fuerzas
sus contrarios acometian, recreciendo desto terrible
tur-

turbacion á cada parte, peleáron diversas veces ambos hermanos: hubo recuentros peligrosísimos, quiebras, destruiciones, combates, muertes y robos, en tanta multitud, que no pudiendo ya comportar el Rey Espero la pujanza contraria, desamparó sus tierras Españolas, y huyó sin detener á ciertos pueblos Italianos, poderosos y libres, no sujetos al señorío que su mayor
hermano tenia por allá. Fué dellos muy bien recebi- 11
do, muy consolado, muy obedecido, como si na-
turalmente le debieran sujecion y reverencia. Con es- 12
tos gastó quanto le quedaba de sus dias: y por causa de se llamar él Espero llaman Esperia los Escritores Latinos y Griegos en sus obras á todas las provincias Italianas en general, ni mas ni ménos que lo llaman tambien á las Españolas: pues en ambas tuvo señorío principal y poderoso: dado que lo de España no le duró mas de diez años: en fin de los quales Atlante Italo quedó señor absoluto de quantos Espa-
ñoles reconocian alguna sujecion en aquel siglo. La 13
manera de sus batallas y competencias, los trances en que se viéron, y las otras particularidades que sucederian en tan grave caso, dado que se quieran escribir; no lo pone Coronista de quantos yo sepa, mas
de lo ya relatado. Por tanto los que nuestras Histo- 14
rias leyeren, se deben contentar con lo que damos al presente, pues como digo, ningun Autor habla mas
en ello de lo que tocamos aquí. Y aun lo contado pa- 15
rece mucho segun son cosas antiguas, alejadas de nuestra recordacion y memoria.

CAPITULO XX.

Del Rey Atlante Italo, treceno Señor en España, y de los hechos notables y moradas que los Españoles emprendiéron en Italia, y en otras provincias donde los llevó, señaladamente sobre las riberas del rio Tibre, donde los mas asentáron despues de los dias deste Rey.

1 Vencido Espero, comenzó la gobernacion de su hermano el Rey Atlante por aquellas tierras Españolas que tenian Reyes, en el año casi de mil y seiscientos y treinta y siete, ántes del advenimiento de nuestro Señor Dios, que fué quinientos y veinte y siete despues que Tubal asentó poblacion en ellas.
2 Deste Príncipe tampoco sabemos otra cosa que hiciese por España, mas de que habiendo residido tres años entre sus Españoles, dicen que dexó el estado de acá á un hijo suyo, llamado Sicoro, y él se tornó en Italia, donde primero viniera: porque, como diximos, allá tenia su principal inclinacion, y todo lo mas preciado y mas poblado de su señorío.
3 Dicen tambien haber seydo junto con esto la razon de su vuelta, saber que su hermano Espero andaba por Italia, tan quisto de todas aquellas gentes donde residia, que cada dia lo preciaban y amaban mas, quanto mas lo
4 tenian entre sí. De lo qual no podia vivir sin rezelo Atlante Italo, temiendo que por vengar Espero sus injurias recebidas en España, no le revolviese por allá la tierra. En aquella jornada de Atlante lo siguiéron muchos Españoles: con los quales aportó primeramente en una isla, puesta junto con Italia sobre los confines últimos della, que nombran agora Sicilia, llamada despues Trinacria: y allí dexó parte de sus Españoles ya dichos, los quales pobláron un buen es-

pacio de la tal isla. Con los otros que sobraban lle- 5
gó despues en Italia, donde moró lo restante de su
vida pacíficamente, gobernando quantos estados por
allá tenia muy bien. Señaló provincias y comarcas 6
nuevas en aquella tierra para muchos extrangeros que
por acá se llegáron: algunos destos fuéron unos Es-
pañoles en razonable número, que muchas de nues-
tras Corónicas certifican y declaran haber ocupado por
allí largo término de tierra dentro de la provincia
llamada Saturnia, sobre las riberas del rio Tibre, po-
cas leguas ántes que lo tome la mar, el qual rio nom-
braban Albula por aquellos dias, y allí se tiene por
cierto que pusiéron los Españoles arriba dichos su mo-
rada, y poco á poco fundáron una poblacion que fué
despues la muy famosa ciudad de Roma, segun mani-
fiestan, como dixe, nuestros Coronistas antiguos. Con 7
algunos otros extrangeros llegó despues aquella po-
blacion á ser cosa principal entre todas las tierras Ita-
lianas, y tanto bien afortunadas, que discurriendo
tiempos pudo señorear lo mas y mejor del mundo,
y ahora la tenemos por cabeza de la religion Chris-
tiana. Parece desto muy claro ser engaño manifiesto 8
lo que comunmente cuentan los Historiadores Latinos
en la fundacion y nacimiento desta ciudad, atribu-
yendo sus principios á cierto varon Italiano, llamado
Rómulo, que dicen ellos haber seydo quien primero
la cimentó muchos años adelante del siglo que trata-
mos en este capítulo: porque segun Dionysio Hali-
carnaseo confiesa, y Plutarco recolige de las Historias
de Antioco Siracusano, grandes años ántes que Ró-
mulo naciese fué Roma poblada, y era lugar señala-
do en los dias de un Rey de Italia, llamado Morgete,
el qual verdaderamente sabemos de Corónicas fidedig-
nas, haber sido hijo deste Rey Atlante Italo: dado
que muchos Autores no le tengan sino por compa-
ñero y huésped suyo: pero los unos y los otros con-

sienten haberle sucedido casi en todo el estado de
Italia, por cuyo respecto los Españoles que pasáron
allá con Atlante, despues que Morgete les quedó por
Señor, fuéron llamados de las otras gentes Italianas los
9 Españoles Morgetes. Lo mesmo dicen tambien entre
los Coronistas de nuestras Castilla, Juan Gil de Za-
mora en un tratado pequeño que compuso de las an-
tigüedades Españolas, en el qual escribió cosas me-
dianamente señaladas, si tuviera tanta diligencia quan-
ta fuera menester para fortificar lo que hablaba, y
aun esto que de la fundacion de Roma hecha por
los Españoles escribió, ni lo prueba, ni señala de quá-
les Autores lo tomase: cuéntalo sencillamente pasan-
do por ello como por cosa que los discretos bien
leidos tenian recebida y averiguada: mas á mi pare-
cer debiólo tomar de Juliano Diácono, varon Grie-
go de nacion, muy considerado y muy sabio en todo
lo que de España escribe, el qual lo certifica y tiene
10 por notorio. Otro Historiador, llamado Epigenes, lo
confirma tambien en un libro que hizo contra los Ita-
lianos, donde les declara muy especificadamente, la
mayor parte de Italia haber seydo poblada de gentes
11 advenedizas. Así que quanto Rómulo dentro de la tal
ciudad pudo hacer, pues nació largos años despues
desto, fué repararla y acrecentarla, y llevar adelante
lo que primero halló cimentado y engrandecido por
nuestros Españoles: lo qual dió causa para creer que
de nuevo la hubiese fundado, y tambien porque el
nombre de Rómulo conforma mucho con el nombre
de Roma, por esto dixéron que la llamó de su nom-
12 bre. Podria bien ser en aquello que Rómulo quando
fué despues en ella Señor, pues cierto lo fué, le qui-
tase la nombradía primera, para le dar el apellido su-
yo. Claramente confiesan los Escritores Latinos, ha-
ber tenido primeramente Roma nombre diverso déste,
y aun diverso tambien del de Saturnia que le di-

cen ser muy antiguo: pero no declaran que tal éste fuese, ni cómo se llamase, ni certifican otra cosa, mas de tener entre los Romanos pena de muerte qualquiera que lo manifestase. Hablan otros, que dado que 13
su primer apellido fuese Roma, no seria por razon de aquel Rómulo, sino por causa de una hija del Rey Atlante nombrada Romi: la qual él hubo en España de cierta muger que llamaban Leucaria, y la traxo consigo quando volvió en Italia, y aquella Romi, despues de la muerte de su padre quedó como Señora de los Españoles residentes allá, hasta que Morgete su menor hermano fué de mas edad. Esta dicen que los 14
favoreció mucho quando principiáron la fundacion de su ciudad contra ciertos pueblos comarcanos, que fuéron despues muy contrarios al asiento que los Españoles en aquellas partes hacian. Para confirmar es- 15
to hablan otra conjetura, diciendo Roma ser vocablo de lengua Caldea, que creen haber seydo la primera que habláron en España, del qual nombre se llamáron algunas personas en los tiempos muy antiguos, como fué Roma la manceba de Nachor, hermana de Abraham, de quien hace memoria la Sagrada Escritura. Tambien señalan otro Rey Romo en 16
España, de quien adelante hablarémos en los treinta capítulos siguientes, y mas esta señora Romi, hija del Rey Atlante Italo, de quien agora tratamos: de manera que si todas estas opiniones y diligencias van por diversos caminos en la fundacion y nombradía de Roma, finalmente llegan á concordar en que fuéron Españoles los que la fundáron y conserváron en despecho de los Italianos sus vecinos y comarcanos: pero como ya tengo dicho muchas veces, son estos hechos tan antiguos, que solo su mucho tiempo basta para los escurecer y darles tiniebla: y puesto que la fundacion de Roma hecha por estos Españoles, sepamos bien cierto qué fué, como ya diximos, sus mu-

muchos años pasados, ponen opinion en el cómo, y en el quándo, por lo qual cesará nuestra Corónica de hablar agora mas en ellos, y dirémos la buena provision y recaudo que pudo dexar el Rey Atlante quando quiso salir de las Españas y tornar en Italia, donde tenia lo restante de sus estados y señoríos.

CAPITULO XXI.

Del Rey Sicoro, catorceno Señor entre los Españoles antiguos, y de las cosas notables acontecidas en su tiempo, no solo por España, sino tambien por Italia y por Egipto, y por otras diversas partes del mundo, pertenecientes y trabadas con los negocios que despues sucediéron acá.

1 Despues que el Rey Atlante salió de España, segun habemos contado, escribe Juan de Viterbo y su Beroso, que luego comenzó á ser principal en la region un otro hijo suyo, nombrado Sicoro, casi por los años de mil y seiscientos y veinte y siete ántes de la Natividad de nuestro Señor Jesu-Christo, que fué quinientos y treinta y ocho despues de España poblada, y seiscientos y setenta y nueve despues del diluvio general, conforme á la cuenta de los Hebreos.
2 Hallamos un rio de Cataluña que pasa junto con la ciudad de Lérida, llamado en este nuestro tiempo Segre, que los antiguos solian llamar Sicoris, el qual apellido certifica haber tenido por causa deste Rey Sicoro: claro es que parte de la comarca cercana de sus riberas hubo tiempo que fué llamada Sicoria, y que della salió gente, segun escribe Diodoro y Silo Italico, y Servio Gramático, que pasáron en la isla de Sicilia, y pobláron allá buena parte de tierra: lo qual debió ser juntándose con los otros Españoles que primero residian en ella desde la jornada del Rey
At-

Atlante Italo; por esta razon hubo gentes que llamáron tambien á la isla Sicoria: dado que los Griegos mas comunmente le digan Trinacria. Segun la sazon y los 3
tiempos, y la cuenta del reynado que señalan al Rey Sicoro de España, parece notorio que dentro de sus dias sucedió la muerte de su padre el Rey Atlante, á quien sus naturales y súbditos por sobrenombre llamáron Italo: fué la razon deste sobrenombre los muchos ganados y muy hermosos que poseia, particularmente gran copia de bueyes y becerros gruesos y lucidos: los quales aquella gente de la tierra donde reynó, señaladamente muchos Griegos que por allí moráron, llamaban Italos en su lengua primera, despues los Latinos les llamáron Vítulos. De modo que Atlante Italo 4
querrá significar Atlante Bueyero, ó Becerron: y así por causa dél, como por la de los muchos bueyes ó becerros Italos de su tierra, llamáron despues á toda la region Italia, que por la mesma razon querrá decir tierra de bueyera, ó becerril, cuya nombradía le dura hasta nuestros dias presentes. Entre los hijos que Atlante Ita- 5
lo dexó despues de muerto, quedó tambien allá en Italia cierta hija suya, nombrada Leutra: muchas Corónicas le dicen Eletra, hermana de Romi, la qual señalamos en el capítulo pasado, y hermana de Sicoro, Señor en las Españas, y de Morgete, Señor en Italia. Casó Leutra con un principal hombre, llamado Cambon Blasco, por sobrenombre Corito, á quien Atlante Italo dió muchas provincias del señorío que por allá tenia. Deste naciéron dos hijos, el mayor nom- 6
brado Yasio, y el menor Dardano, que despues del fallecimiento de su padre tuviéron ambos recias competencias sobre la posesion destas heredades Italianas, y fuéron causa que muchos Españoles pasasen allá, para negociar y favorecer su debate, como presto se dirá. Parece mas en la cuenta destos tiempos, que á los treinta y seis años del reynado de Sicoro nació Moy-
sen

sen en la tierra de Egipto, quando el pueblo de los Judíos padecia la servidumbre del Rey Faraon, que
7 por nombre propio decian Amenopis. Este Moysen fué Propheta de Dios y persona principal entre las muy notables de la ley vieja: del qual hacemos aquí memoria, porque tenemos intencion en los apuntamientos venideros poner algunos pasos y cosas perfectas de la Sagrada Escritura, para que los lectores puedan cotejar las hazañas y tiempos de aquel santo libro con lo que por esta Corónica hallaren, y saber lo que
8 concurre de los unos con lo de los otros. En aquella mesma sazon, ó muy pocos años despues del nacimiento de Moysen, murió tambien el sobredicho Rey Amenopis Egipciano, cuya memoria duró largos años entre sus naturales con mucha veneracion, y le hiciéron una figura de piedra, que despues adelante les hablaba cada dia, quando comenzaba de rayar el sol, dando respuestas á quanto le preguntaban: el qual engaño del enemigo malo duró hasta la venida de nuestro Señor Jesu-Christo, que con su bendita natividad enmudeció las estatuas mentirosas de los demonios, para que todo el mundo oyese la verdad y certificacion de su santa Fe Católica, segun lo cuenta San Gerónimo y San Eusebio de Cesarea en el tratado de los tiempos.

9 Habiendo, pues, el Rey Sicoro reynado en aquella parte de España (como dicen) quarenta y seis años pacíficos y cumplidos, feneciéron sus dias, dexando por sucesor un hijo suyo llamado Sicano, cuyo tiempo parece que traxo paz y quietud á toda la tierra, señaladamente por las comarcas Españolas donde tuvo su gobernacion, como presto lo verémos en el capítulo siguiente.

CA-

CAPITULO XXII.

Del Rey Sicano, hijo de Sicoro, y de las hazañas que en su tiempo los Españoles emprendiéron en Italia, y de la pasada deste Rey en aquellas partes, con mas otras cosas notables que por allá hizo y acabó.

Luego como Sicoro murió, los que dicen Sicano haberle sucedido en el señorío de España dicen tambien haber enviado gente de guerra con sus Capitanes y ministros en ayuda de los Españoles residentes en Italia, por habérseles avivado mucho por allá las competencias y guerras que traian con los pueblos sus comarcanos nombrados Aborigenes, sobre razon del asiento que los tales Españoles hacian en el rio Tibre, y con otros eso mesmo llamados Enotrios, naciones libres y poderosas en aquellas partes: los quales no reconocian superioridad á nadie, puestos que muchos Autores digan ser una mesma gente los Enotrios, y los Aborigenes enemigos de los Españoles: y dado que quando se principiáron estas contiendas el partido de España no traxese por allí mucha ventaja, fué cierto que con las nuevas ayudas que les sobreviniéron tornó presto tan sobre sí, que hiciéron gran estrago por sus adversarios, y en aquella sazon se fortaleciéron los Españoles unos con otros mucho mas que nunca: diéron faccion á su pueblo de Roma, donde primero vivian, basteciéndola, y acrecentándola de propósito, porque los dias ántes mas parecian tener allí sus estancias guerreras, á manera de reales, con chozas y ramadas en que se metian, por lugar de fundacion asentada. Con todo eso siempre fuéron mucho guerreados de los Italianos sus vecinos y fronteros: lo qual dió causa bas-

1 (margin, first line)

tante para que despues el Rey Sicano pasase en Italia con un gran exército y armada de mar, tan pujante, quanto fué posible sacarlo de España, y llegado por allá puso tal dificultad en sus contrarios; que muchos dias estuviéron suspensos y temerosos, no tentando cosa de lo que solian, dando muestras para lo venidero, que serian pacíficos y sosegados; mas como Sicano tuviese poca certinidad ó créditos dellos, señaló cierta parte de su gente que residiesen y quedasen con los Españoles antiguos en la conservacion de Roma, porque los unos y los otros serian bien menester, segun sus enemigos eran muchos á todo
3 cabo. Los tales Españoles que por allá dexó hiciéron despues un otro linage por sí, llamado de los Sicanos, diverso de los otros Morgetes y Sicoros vecinos y principiadores de Roma, dado que todos viniéron en una compañía dentro de la mesma po-
4 blacion. Aquello concluido y asentado quanto mejor fué posible, el Rey Sicano con la sobra de sus exércitos quisiera tornar luego en España, y llevar el viage todo por tierra, para reconocer las provincias que se hacen en aquellos entrevalos de tierra, y así fuera verdaderamente como lo platicaba, sino que tomados los principios del viage, primero que saliese de las tierras Italianas, metidos en una region nombrada los tiempos antiguos Liguria, casi á lo último della, donde son agora Génova y sus marinas, halló los provinciales tan alborotados y tan juntos contra sí, para le vedar el pasage por su camarca, que determinó darles batalla campal, y romper el camino por fuerza, de manera, que los unos y los otros se disponian ya de todas partes para venir al afrenta con mucha deliberacion, y túvose creido que llegados á las manos el peligro seria terrible, porque los enemigos eran muchos, y cada dia baxaban mas de todas aquellas montañas: los Españoles no tenian otro

otro remedio sino morir ó vencer haciendo lo postrero de su posibilidad, pues aquellos Ligures Italianos si por ventura pervaleciesen obrarian en ellos crueldades excesivas, segun los traian enojados despues que se metiéron en su tierra, y segun dexaban hecho daño por las otras gentes confines que les quedaban atrasadas.

CAPITULO XXIII.

Como los Españoles arriba dichos, habiendo pacificado muchos negocios en Italia, viniéron tambien á Sicilia con su Rey Sicano, donde no ménos emprendiéron hazañas dificultosas contra los Ciclopas y Lestrigonas, adversarios antiguos de los otros Españoles primero residentes en esta region.

Estando los negocios en aquel trabajo, sin haber en ellos alguna muestra de concordia, llegáron 1
nuevas al Rey Sicano, que los otros Españoles moradores antiguos de Sicilia traian guerra cruel y porfiosa con dos naciones de la isla nombradas los Ciclopas y Lestrigonas, que tambien quisieran echarlos
della si pudiesen. Estos Ciclopas y Lestrigonas eran 2
gente feroz y terrible, tanto que fué cierto ser todos ó los mas dellos gigantes cruelísimos, de fuerzas y braveza demasiada: y dado que los Españoles de por allí les hubiesen diversas veces resistido y vencido en muchos y muy grandes recuentros, no pudo ser esto sin gran perdicion y daño suyo, de suerte, que con ir la guerra seguida y continuada, los Españoles se apocaba, y trabajosamente se podian ya
defender. El Rey Sicano, sabidas estas nuevas, quiso 3
venir á les ayudar, y dexada la contienda de los Ligures, dió vuelta contra Sicilia, guiando su gente bien ordenada en suficiente cantidad para qualquier

empresa, traxo su viage por tierra llana, poco desviado de las marinas Italianas que caen al Occidente.
4 Los Ligures, y las otras naciones fronteras, adonde quiera que pasaban, temiéndose del daño que podria redundar, si parte del exército se desmandase, venian tras ellos á la par puestos en armas, metidos en la montaña que dicen Apenina, cuyas lomeras y cumbres toman á lo largo desde los Alpes, donde comienzan las tierras Italianas, hasta la provincia de
5 Calabria, cerca de Sicilia, donde fenecen. Viánse muy bien á ojo los unos á los otros, pero ni llegaban á se herir, ni hacian acometimientos de guerra, solamente caminaba en aquel concierto reglado, juntándose cada dia naciones de nuevas maneras, y de nuevos apellidos, unas como dixe llamadas Ligures, otras Etruscos, otras Opicos, otras Oscos, Ausones, Volscos, Picentes: y así por el consiguiente, segun las provincias en que tocaba. La qual manera de viage,
6 dió causa, que Coronistas Latinos y Griegos, aunque no todos, digan en sus historias, los tales Españoles haber esta vez tornado huyendo contra Sicilia: pero verdaderamente fué muy al contrario, segun otras Escrituras muy mejores de su miesma gen-
7 te lo declaran. Llegado, pues, el Rey Español en Sicilia, despues que tomó tierra, los adversarios le saliéron al encuentro con quanta multitud ellos eran.
8 Allí juntadas las haces unas con otras hubiéron su batalla la mas peleada y mas sangrienta, que en aquellos tiempos se sepa, en que finalmente con el esfuerzo deste buen Príncipe, y con la valentía de los suyos fuéron los Gigantes Ciclopas y Lestrigonas destrozados y muerto gran número dellos, en tanta manera, que si no fuera su braveza natural, que no dexaba reposar, bastara la tal quiebra para no tornar á ningun debate tan presto: mas ellos eran tan feroces, que contino porfiaban en ello, y por esto convino que

el

el Rey Sicano dexase por allá lo mas de sus exércitos para los resistir: los quales defendiéron la tierra maravillosamente, y pobláron nuevos términos y nuevos lugares en todo lo mas seguro que podian. Des- 9
tos lugares fué principal y primero la villa que nombráron Zancle, por ser corvada y torcida, quanto á su figura y asiento semejante á la manera de las hoces, á quien estos Sicanes Españoles les llamaban Zancles en su lenguage. Dentro de la qual muchos 10
siglos despues fuéron recebidos, para morar en ella, dos Capitanes Griegos llamados el uno Cratamenes, y el otro Peryoro, poderosos en la mar, con fustas y navíos que traian á la sazon: los quales llegando quanta gente podian reparáron el puerto desta ciudad, y la hiciéron mayor y mas principal en aquella provincia, conservando siempre su primer apellido de Zancle, hasta que despues viniéron otros Griegos nombrados Mesenios, como dirémos en el décimo sexto capítulo del segundo libro, que forzosamente la tomáron, y mudáron su primer nombre llamándole Mesana, por se decir ellos Mesenios, á quien agora nombran Mecina. Bien sea verdad que San Eu- 11
sebio, hablando deste pueblo, pone su fundacion muy mas antigua de lo que señalamos agora, casi en los dias que dan á Gerion el tirano de las Españas, si los escribientes no le tienen trocado los tiempos en esta parte, como tienen muchas otras de su libro: pero lo deste capítulo va mucho mas averiguado y mas cierto.

Tornando pues al Rey Sicano y á los Sicanos 12
de su compañía, que como dixe quedáron aquella vez en la isla, certifican nuestros Historiadores haber seydo causa, que por su respecto dellos y de la tal isla fuese dicha Sicania, perdiendo de todo punto la nombradía de Trinacria, que solia tener entre los Griegos, la qual palabra significa tierra triangular ó de

de tres puntas, como las tiene propias aquella isla
13 en su facion y figura. Fenecidas estas cosas, el Rey Sicano dió vuelta en España muy lleno de victorias y prosperidades, donde habiendo reynado, segun tasa Juan de Viterbo, treinta y un años, dió fin á su vida con una grave dolencia que le sucedió, no sin mucho sentimiento de su nacion; porque á quanto de sus obras podemos colegir, es cierto que fué muy
14 excelente Príncipe de muy altas inclinaciones. Este es uno de los ciertos Reyes de España entre los antiguos, segun en Solino parece, y en otros buenos Autores, que dél hacen memoria: dado que ninguno de los que yo sepa señalan distintamente los tiempos en que floreció, sino son aquel Juan de Viterbo con su Beroso, que ponen los dias de su reynado dentro de los años y sazon que tratamos en este capítulo.

CAPITULO XXIV.

De Siceleo, hijo de Sicano, y de los hechos famosos que por sus tiempos aconteciéron en España y fuera della, y de la salida que tambien este Príncipe hizo contra los Italianos en favor de la nacion Española que tenian hecha vecindad y moradas en Italia.

1 Sucedió despues de Sicano su hijo Siceleo, del qual eso mesmo dicen haber seydo señor esforzado, liberal, amigable, muy emprendedor de hazañas gra-
2 ves como su padre. Comenzó su reynar en España mil y quinientos y quarenta y nueve años primero que nuestro Señor Jesu Christo naciese, como lo pone Juan de Viterbo, segun otros mil y quinientos y cincuenta y tres, que son quatro años mas atras, quando se principiaban seiscientos y once cabales despues de la poblacion de España, y setecientos y cincuen-

cuenta y dos despues del diluvio general. Si lo des- 3
te tiempo que señalan es verdadero, concurriéron
con los dias de su principado muchas cosas dignas
de memoria, no solo por España sino tambien fuera
della, señaladamente á los veinte y seis años de su
principado sucediéron en una provincia de Grecia,
que despues dixéron Tesalia, tantas lluvias continuas,
que los rios creciéron en demasía, las otras aguas
abundáron en tal cantidad, que toda la region se ane-
gó, sin escapar cosa viva de quantos animales y per-
sonas la moraban, sino fué uno llamado Deucalion,
con su muger nombrada Pirra, que por gran ventura
guareciéron en un monte muy alto donde las aguas
no pudiéron sobrepujar, y despues aquellos dos po-
bláron la tierra su poco á poco. Este fué uno de los 4
nombrados diluvios del mundo despues del universal
en los tiempos de Noe, puesto que en este postre-
ro no pereció mas de aquella comarca de Tesalia; pe-
ro lo que junto con este caso fué mas de notar y
poner en admiracion es, que dentro del mesmo tiem-
po, dentro de la mesma tierra de Griegos, en una
provincia donde reynaba cierto Señor principal nom-
brado Faeton, hubo tan excesivos ardores que secá-
ron las yerbas y los árboles, agotáronse rios y fuen-
tes, y lagos, los montes en muchas partes ardiéron,
de tal modo que pereció lo mas de la gente que te-
nian allí su naturaleza: cosa parece de gran miste-
rio, dos tierras tan cercanas en una mesma sazon ser
una destruida con aguas, otra con sobra de calores.
Despues desto pasado, cumplidos quarenta y un años 5
del reynado que señalan á Siceleo, sacó Moysen la
gente de los Judios de la sujecion y captiverio del Rey
Faraon en Egipto, donde sucediéron aquellos tan cre-
cidos milagros y maravillas de que la Sagrada Escri-
tura va llena, donde tambien aquel Rey Faraon lla-
mado Chencres por su nombre propio, con todos
sus

5 sus exércitos y fuerzas fuéron ahogados en el mar
Bermejo de Arabia, que se dividió para que las com-
pañas del pueblo Judaico pasasen por seco y enxuto:
y despues se cerró quando aquel Rey quiso entrar
en pos dellos. En estos mesmos dias, ó muy poco
despues aconteció tambien la muerte de Cambon el
Italiano, que segun ya señalamos en los veinte y un
capítulos precedentes, fué casado con Eletra, hija del
6 Rey Atlante. Dos hijos que dellos quedáron, el uno
Dardano, y el otro Jasio, comenzáron entre sí muy
grave contienda sobre la posesion del señorío que
7 sus padres dexáron en Italia. Llegáron los debates á
ser tan enojados, que tuvo cada parte grandes ayu-
8 das y parcialidades. Jasio, el hermano mayor, viendo
que Dardano porfiaba su demanda, hizo mensageros
al Rey Siceleo de España, que segun ya declaramos
era sobrino suyo, hijo de su primera hermana, ma-
nifestándole sus competencias y guerras, y rogándole
quisiese favorecerle con su ayuda, pues Dardano te-
9 nia poca razon en quanto pedia. Dixole haberse Dar-
dano juntado con los pueblos Aborigines Enotrios,
enemigos antiguos de los Españoles que por allá mo-
raban, con voluntad y promesa, que si lo metian
en aquella posesion de la tierra, trabajaria como to-
dos quantos Españoles residian en Italia fuesen destrui-
dos, ó lanzados fuera de sus provincias, procurán-
10 doles daños y persecuciones hasta los acabar. Sabida
por el Rey Siceleo tal maldad, y vista la justa peti-
cion de su tio Jasio, recogió mucha gente, y él en
11 persona fué allá con gran poder. Y como Dardano
sintió el mucho socorro que á su hermano era veni-
do, y que durante aquel no bastarian él ni sus va-
ledores para le dañar, fingió pesarle de todo lo pasa-
do, y vinose para el Rey Siceleo, suplicándole aplacase
á su hermano Jasio, y le sacase perdon dél, pro-
metiendo grandes emiendas y satisfacciones en lo ve-
ni-

nidero: lo qual muy fácilmente se concluyó, por mandarlo Siceleo, creyendo que no habia en ello maldad alguna ni dóblez; pero despues á pocos dias, estando Yasio solo llegó á él su hermano Dardano, y le dió tantos golpes con una porra que lo dexó muerto, sin que nadie lo pudiese valer: y luego se tornó para los pueblos Italianos que primero le favoreciéron: los quales (como tengo dicho) se llamaban Enotrios Aborigines, y vino con mucha furia, creyendo que muerto Yasio no hallaria contraditor á su demanda. Mas el Rey Siceleo, conocida tan gran falsedad, 12
salió luego contra él, puestos sus Españoles á punto de batalla, y pasáron ambos una terrible pelea, que fué bravamente reñida por todas las partes: en que finalmente los Aborigines Enotrios, con toda la parcialidad Italiana fuéron todos rotos y vencidos, y tanto número dellos muerto, que Dardano conoció claramente no quedarle fuerzas ni remedio para se cobrar: y salió huyendo de Italia, con tal temor, que jamas volvió á ella, no parando hasta las regiones de Asia, donde hizo su morada. Y algunos años despues 13
edificó por aquellas partes una poblacion, á quien puso nombre Dardania, de quien adelante procediéron los edificadores y Señores de Troya, como en el capítulo siguiente dirémos. Esto fenecido, Siceleo, Rey 14
de España, hizo dar el estado de todos aquellos señoríos á un hijo del Rey Yasio, llamado Coribanto: y porque temió que Dardano podria tornar alguna vez con mas gente para continuar su maldad, no quiso salir de Italia, hasta dexar á Coribanto sosegado y pacífico en toda su hacienda: lo qual acabara brevemente si la muerte no desbaratara todos sus buenos propósitos, con llevarle desta vida quando mas diligencia ponia sobre pacificar aquellos negocios: la qual muerte le sucedió en aquel mesmo año que pasó la batalla contra Dardano, que fué á los qua-

renta y quatro de su principado en España: pero dexó mandado, que su gente por ninguna via desamparasen al Rey Coribanto, pues era mancebo y huérfano, y lo defendiesen de quantos le querian hacer
15 daño. Con este mandamiento quedáron aquella vez en Italia muchos Españoles, allende los primeros que por allá residian: los quales viviéron juntamente con los otros mas antiguos en aquella tierra, puesto que todavía muy acometidos, y con recia competencia de los Enotrios Aborigines Italianos que los
16 perseguian contino. Y estos Españoles defensores de Coribanto fuéron tambien otra nueva compañía ó linage entre los Españoles viejos allá, y se llamáron Siceleos, diversos en el apellido de los Morgetes y Sicoros, y Sicanos: aunque (como tengo dicho) todos de nacion Española, y de una mesma gente y hermandad.

CAPITULO XXV.

De Luso, Rey ó Gobernador Español, hijo (segun dicen) de Siceleo, por cuya razon una provincia de España certifican algunos que se llamó los tiempos antiguos Lusitania. Decláranse las rayas ó límites por donde verdaderamente solia proceder esta region antigua de Lusitania.

1 Fenecido lo sobredicho, luego todos los Españoles residentes en Italia tomáron por Rey de las Españas al hijo primogénito de Siceleo, que Juan de Viterbo y su Beroso llaman Luso: y es de creer si así fué, que quando de Italia saliese para venir en los reynos de España, seria su venida muy acompañada de gentes Italianas, y de muchos otros que desde allá le seguirian: porque á los tales que consigo traxo certifican Juan de Viterbo, que señaló despues en España

gran

gran parte de tierra donde morasen, y que tambien él comenzó de poblar en ella lugares y villas para su vivienda, conforme á la manera que las gentes acostumbraban tener en aquellos tiempos. En memoria 2
deste Rey Luso dicen que las provincias ó comarcas donde las tales gentes asentáron, se llamó despues Lusitania. Plinio y otros Autores Cosmógraphos escriben, que mucho despues en un tiempo de quien hablarémos á los treinta y un capítulos deste libro, vino en España cierto varon llamado Luso, ó segun otros le nombran Lisia, que pobló parte de la tierra, y la nombró de su apellido: pero ni le llaman Rey, ni dan relacion de señorío, ni mando Soberano que por allí exercitase, lo qual es hasta agora lo que se tiene por ménos dudoso; pero de qualquier suerte que fué, muy averiguado queda que los tiempos antiguos hubo en España gran parte de tierra que se nombró Lusitania: cuyos linderos y rayas (segun en otra parte declaramos) fuéron á la vuelta del Occidente las marinas y costa del mar Océano, quanta se hace desde la boca del rio Duero hasta la boca del rio Guadiana. Por 3
el Mediodia rayábala tambien este mesmo rio Guadiana, dividiéndola siempre de la Bética vieja, desde su boca hasta siete leguas encima de Mérida, por el agua arriba, sobre la ribera de mano derecha: y allí fenecia su division casi frontero de donde hallamos agora la poblacion de Villanueva de la Serena. Luego comenza- 4
ban otros mojones en aquel propio punto contra la vuelta del Levante, por una raya que salia derecha dentro de la tierra, cruzando montañas y gentes diversas, no parando hasta herir en la ribera del sobredicho rio Duero sobre su mano siniestra, dos leguas mas abaxo de la puente que llaman de Duero, camino de Valladolid á Medina del Campo, sitio bien conocido de todos nosotros en este nuestro tiempo; casi frontero poco mas ó ménos donde Pisuerga por

el otro lado se mezcla con este mesmo rio Duero:
desde el qual punto fué toda la division y lindero de
Lusitania, sobre la parte septentrional, este propio rio
5 Duero, hasta fenecer en el mar Océano. De manera
que cotejando lo de los tiempos antiguos con lo pre-
sente, quedó claro por algunos apuntamientos de la
Escritura pasada que toda la comarca que hoy dia
llamamos Estremadura, quanto á lo que se contiene
entre Guadiana y Duero, entraba en la Lusitania vie-
6 ja. El reyno de Portogal otrosí, casi todo, sino fuese
la comarca que llaman Entre Duero y Miño, con
otra provincia del mesmo reyno, llamada de Tras los
Montes. Ocupaba tambien la Lusitania buen espacio
del reyno de Leon, quanto cae desde Duero contra
7 Mediodia. La gente desta provincia, dado que no se-
pamos en los principios de su fundacion qué condi-
ciones tuviese, ni la manera de su vivir por su mu-
cha antigüedad: cierto es que despues adelante, quan-
do los Romanos viniéron en España, fuéron tenidos
por mucho valientes en esfuerzo y en fuerzas, y por
muy sagaces en la guerra, tanto que de contino traian
asechanzas contra sus enemigos, sin fatigarse ni can-
sar en ellas: pero como ya en otra parte dixe, to-
das sus costumbres antiguas, y mas las ciudades, vi-
llas, linages, naciones que llamáron en aquellos tiem-
pos, se contarán largamente quando tratarémos las
competencias que Bruto Calayco hubo con ellos, que
fué el primer Capitan Romano que emprendió la con-
quista de aquella provincia, y el que la sojuzgó con
grandes peligros y pérdidas de sus gentes: donde
se pondrá muy en particular quanto en la Lusitania
hubo los tiempos antiguos, sin dexar cosa de las que
della dicen los buenos Historiadores y Cosmógraphos.
Y con este prometimiento se sufran los lectores, has-
ta que la Corónica llegue por allá, pues les satisface-
mos allí muy en abundancia de lo restante que della
qui-

quisieren saber. Tornando á la historia del Rey Luso, 9
dicen los que dél escriben haber sido Príncipe provechoso, devoto mucho de sus dioses, harto mas de lo que fuera razon, tan dado á las supersticiones usadas en el tiempo de la gentilidad, que les añadió muchas ceremonias, y plegarias, y sacrificios, allende de
los que primero hacian en España. Confirmó sus amis- 10
tades y ligas con el Rey Coribanto, Señor de los Italianos, como su padre lo dexo hecho: con lo qual ambos perseveráron pacíficos y descansados en sus
tierras. Hállase mas á los veinte y ocho años del tiem- 11
po y reynado que deste Rey publican ser edificada la muy nombrada ciudad de Troya en las tierras Asiáticas: la qual edificó Dardano, el qual diximos que los Españoles venciéron en Italia: por cuya razon fué dicha en el principio Dardania, hasta que despues algunos años un nieto, llamado Troyo, sucesor en aquel señorío, le hizo mudar aquel primer nombre, y la
llamó Troya. Estas cosas pasadas, el Rey Luso dicen 12
que murió su muerte natural, habiendo reynado treinta y un años en España con aquella paz y quietud que tenemos escrito.

CAPITULO XXVI.

De Siculo Príncipe notable de los antiguos y verdaderos en España, y de las cosas que los Españoles en su tiempo negociáron y concluyéron en Italia y en Sicilia, y en las provincias donde por este siglo tenian derramada su gente.

Despues de Luso fué Rey en España muchos años 1
otro nombrado Siculo, del qual dice Juan de Viterbo con las Historias que le siguen haber sido hijo del Rey su predecesor, y que comenzó la gobernacion en el año de mil y quatrocientos y sesenta y quatro,

tro, primero que nuestro Señor Jesu-Christo naciese,
quando se contaban ochocientos y treinta y uno des-
pues del diluvio mayor, y seiscientos noventa caba-
2 les despues de la poblacion de España. Filistio Sira-
cusano con otros algunos Autores Griegos le hacen
hijo del Rey Atlante, lo qual trabajosamente podria
ser verdad, si Juan de Viterbo no lleva muy er-
rada la tasa de los tiempos en su Corónica: muchos
Historiadores y Poetas lo llaman hijo de Neptuno, que
fingia la Gentilidad ser el Dios de la mar y de las
aguas: pero lo que deste Siculo podemos escribir á
toda verdad, es haber gobernado cierto las Españas,
aunque ningun Autor quiere señalar en qué tiempo, si
3 no fuese Juan de Viterbo, como tengo dicho. Sábese
mas haber sido persona de mucha nombradía por las
Historias antiguas, muy deseoso de tener gentes ar-
madas puestas á punto de guerra, sobre todo muy ocu-
pado la mayor parte de sus dias en labrar flotas y
navíos grandes y suntuosos en cantidad: los quales al-
canzó mas y mejor que ninguno otro Señor de su
tiempo, conformes al artificio que se podia saber en
aquel siglo, que cierto no seria de tantos primores,
ni de tal aparato como lo tienen agora los marean-
4 tes. Y por la tal inclinacion creo yo que los Poetas
le hacen hijo de aquel Dios Neptuno, señor de las
5 aguas. Estando, pues, el Rey Siculo muy ocupado
con tan loables exercicios, los Enotrios Aborigenes
Italianos, enemigos viejos de los Españoles que residian
allá, traxéron á su parcialidad otra nacion tambien
Italiana, llamada los Auruncos, el ayuda de los qua-
les renovó mucho las pendencias y guerras acostum-
1 bradas con los Españoles vecinos de Roma sobre la
posesion de la provincia Saturnia. Por estos mesmos
6 dias los Ciclopas y Lestrigonas de Sicilia hiciéron
otro tal contra los Españoles sus competidores y fron-
teros en aquella mesma tierra: de suerte que miran-
do

do por el Rey Siculo de España quanto buen aparejo
tenia de flotas y gentes armadas para socorrer en
aquella sazon á los unos y á los otros, entró luego
en sus navíos, y con suficiente multitud de gente vi-
no presto en Italia sobre aquellos contrarios de las
naciones Españolas. Y despues de los haber vencido en 7
batalla, y sojuzgado la tierra, hizo por ellos tantas
muertes y tantos destrozos, que fuéron mas atribui-
dos á crueldad que á castigo. Así que muchos años 8
estuviéron atemorizados y pacíficos sin osar acome-
ter ni probar cosa de las pasadas: y para mayor segu-
ridad dexó Siculo por allí muy gran parte de sus exér-
citos en compañía de los Españoles moradores viejos
de Italia, segun que los Reyes sus antecesores habian
hecho las otras veces quando pasáron en aquella mes-
ma demanda. Estos se nombráron despues los Espa- 9
ñoles Siculos, por apellido de su Rey Siculo: y co-
mo fuesen á la sazon mas en cantidad que los otros,
y sus cosas mas favorecidas que nunca se viéron por
Italia, sucedió que los apellidos antiguos de los otros
Españoles Morgetes y Sicoros y Sicanos comenzáron
algun tanto de se perder, y casi todos ellos eran lla-
mados Siculos, aunque no pudiéron los apellidos an-
tiguos tanto caer, que todavía no perseverase mucha
gente dellos en sus nombradías y parentelas pasadas.
Desta manera todos ellos quedáron en Roma sosega- 10
dos y pujantes, casi como Señores de las naciones
Italianas sus vecinas, que primero les eran contrarias: lo
qual confiesan abiertamente los buenos Autores que
con mas cuidado y vergüenza tratan estas antigüe-
dades, y entre ellos Dionisio Alicarnaseo, excelente
Coronista Griego, tal á mi juicio que ninguno de los
Latinos le igualan en la diligencia de inquerir y sa-
car de raiz la orígen del Pueblo Romano: el qual di-
ce así en el principio de sus Historias. La ciudad, se- 11
ñora de las tierras y de la mar, donde viven ago-

ra

ra los Romanos, los mas ancianos que la tuviéron (segun quedó en la memoria de nuestros antepasados) fuéron los Bárbaros Siculos, gente vieja en aquella provincia , y nómbralos Dionisio tan antiguos en Italia, por causa de los muchos años que la moráron, y por los hijos y generacion que allá les nacia, y permaneció muchos siglos, aunque sabia bien ser Españoles en su naturaleza, como lo manifiestan Estrabon, Tucides, y Solino, con todos los Historiadores antiguos, que (como dixe) confiesan abiertamente ser Españoles aquellos Siculos en Italia, que pose-
12 yéron á Roma de su generacion y principio. Considerando, pues, ellos la quietud presente de los Aborigines Italianos sus fronteros, y la pacificacion ó benevolencia que prometian en lo venidero, labráron cerca de Roma sin tener alguna contrariedad una fuerza que llamáron Alsino, sobre la costa de mar, contra la parte del Occidente Septentrional: y casi luego, con voluntad y parecer del Rey Sicano, pusiéron al derredor caserías y poblaciones de su gente, la qual duró harto tiempo prosperada y honrada con el mesmo nombre dado que nuestro siglo presente la tenga
13 destruida. Despues desta fortaleza comenzáron á cimentar otras dos villas tambien allí cerca de Roma, pero metidas algo dentro de la tierra, conociendo quanto mas poblaciones y lugares allí fundasen, pues abundaban ya de gente con que los podrian hinchir, tanto mas arraygaban su posesion y su perpetuidad en
14 aquella provincia. La primera villa destas así fundadas nombráron Facena; la segunda Falerio; tan señaladas ambas, y tan conocidas por la venerable memoria de los Españoles Siculos sus moradores ancianos, como por la vecindad y cercanía que con Roma tuviéron todos los tiempos de su mayor prosperidad.
15 Esto concluido con quanta presteza pudo caber en hechos graves y dificiles, el Rey Siculo de España pasó lue-

luego en Sicilia, para remediar tambien allá la turbacion y peligro que sus naturales padecian de los Cíclopas y Lestrigonas arriba señalados en el principio deste capítulo: puesto que hartos Historiadores parecen decir haber sido primero la jornada de Sicilia que la de Roma. Pero como quiera que fuese, cier- 16
to sabemos, que despues de llegados, fuéron los Cíclopas y Lestrigonas acometidos con tanta priesa, tantas veces destrozados y rotos, que de todo punto les convino dexar lo mejor de la tierra que primero poseian en Sicilia, recogiéndose contra lo postrero della sobre las partes septentrionales que caen fronteras á la Calabria de Italia: donde son agora las villas de Melazo, Aterno y Mecina con sus comarcas, en que trabajosamente se pudiéron amparar con la fragura de cierto monte, llamado Etna, que dicen agora Mongebello: y como quiera que la region era pequeña, quedáron tan deshechos y tan apocados, que cabian muy bien en ella, sin dar estorbo los unos á los otros.

CAPITULO XXVII.

Como sabidas las victorias de Sicilia, ganadas por el Rey Siculo de España, los otros Españoles residentes por el contorno de Roma, saliéron adelante poblando villas y lugares nuevos, y gran espacio de tierra, señaladamente dos pueblos notables, nombrados el uno Ficulnas, y el otro Preneste.

1 Púsose la nacion Española con estos favores y victorias del Rey Siculo tan orgullosa y tan firme por todas aquellas tierras Sicilianas, que se reputaba no ménos pujante que los otros sus parientes Romanos, y en Italia. Derramóse libremente por donde qui- 2
so tomar, tomándolo casi todo sin alguna dificultad,

especialmente las partes occidentales de la isla que caen contra Africa, donde hiciéron su principal asiento, ganando la comarca que tienen agora las villas de Trapana, Palermo, Nicodro, San Gallo y San Jorge, segun adelante mas distintamente verémos en el postrero volúmen desta gran historia, quando se tratarán los tiempos en que la tal isla tornó segunda vez á los señoríos Españoles, por industria de los Serenísimos Reyes Aragoneses, como tambien agora la poseemos: donde se pondrá relacion cumplida de sus asientos y ciudades, montes, lagos, rios, fuentes,
3 villas y pueblos quantos en ella son. Por haberse detenido muchos años este Rey Español en Sicilia, hasta la sosegar y poner en órden, y por causa de se llamar él Siculo, fué tambien ella nombrada Siculia, ó Sicilia, el qual apellido le duró siempre los siglos
4 pasados y presentes. Así que de todas partes aquel valeroso Príncipe traxo tanta prosperidad y buena fortuna, que no solo por Sicilia, sino tambien por Italia, sus Españoles residentes allá, no contentos con la posesion de Roma, ni con la de las tres villas ante dichas, llamadas Alsino, Falerio, y Faceña, pasáron despues mas adelante, y se tendiéron por la comarca, sojuzgando sitios y fuerzas importantes. Fundáron eso mesmo poblaciones nuevas, apropiadas para su conservacion y mejoramiento: de las quales una que fué mayor, nombráron Ficulnas, bien conocida por Corónicas antiguas, y libros famosos de Cosmo-
5 graphía. Más atras en la vista casi de su Roma dexaban otra villa cimentada, que nombráron ellos Preneste, no léjos de donde fuéron despues edificadas
6 las poblaciones de Tibur y de Tusculo. De manera que rodeáron aquí grandes anchuras con espaciosos términos y dehesas, tomadas en toda la region para pasto de sus ganados que ya tenian muchos en cantidad, y para los acrecentamientos de su gente que con-

contino se multiplicaban, tanto que toda la provincia comarcana llamada Lacio, desde el rio Tibre hasta ciertas puntas ó cabos de tierra metidos en la mar, que se decian Circeyos, les quedó sujeta de todo punto sin haber quien los osase resistir: conforme á lo qual duráron cerca de Roma dentro de Tibur y de Preneste muchas aberturas y fosas, llamadas Siciliensias en el tiempo del Imperio Romano, conservando bien el apellido de la morada vieja que tuviéron allí los Siculos Españoles, quando las abriéron y cavaron
para su defensa. Hállase mas en los dias deste Rey 7
Siculo la gente de los Judíos haber salido de los desiertos de Arabia, y tomando la tierra de Promision, siendo primero muerto su Profeta Moysen, como lo cuenta prolixamente la Sagrada Escritura: el qual falleció en el quarto año del reynado deste Rey Español, si son verdaderos los tiempos que Juan de
Viterbo le señala. Los Judíos despues de muerto Moy- 8
sen, recibiéron por Capitan á Josue, que fué de los excelentes caudillos del mundo, tan lleno de santidad y tan fuerte contra sus adversarios, y tan amado de los suyos, que por estas adversidades grandes mereció ser puesto en el número de los claros y fuertes varones, como muy principal dellos: el qual despues tambien murió á los treinta y un años del reynado deste Siculo Príncipe de España. Este fué uno de 9
los Reyes antiguos y ciertos en nuestra tierra: dado que la tasa de sus tiempos no nos parezca tan cierta.
Fué tambien el último Señor Español, de quien hi- 10
zo relacion aquel Beroso, que sigue Juan de Viterbo, despues del qual toma para continuar la memoria de los Reyes siguientes un otro Coronista de los Egipcianos, llamado Maneton, que segun parece, lleva continuada la sucesion y genealogía de nuestros Príncipes antiguos por el estilo mesmo del Beroso ya dicho.

CAPITULO XXVIII.

Del Rey Español antiguo, que dicen haberse nombrado Testa Triton, sucesor del Rey Siculo: y de los acontecimientos que se hallan haber sucedido en España, y en otras gentes dentro de sus dias y principado.

1 Pasadas las cosas que dexamos escritas, dice Maneton y su Comentador Juan de Viterbo, que los Españoles aceptáron por Señor principal uno llamado Testa, por sobrenombre Triton, extrangero y advenedizo, no natural de España, sino de nacion Africano: del qual ni declaran la razon por qué seyendo forastero le diesen tan calificado señorío, ni ponen señales ó muestras por donde podamos atinar la causa desto.
2 Conjeturan algunas personas de nuestro tiempo que segun la nacion Española debió ser en aquellos dias honrada, teniendo sus gentes tan derramadas y tan prósperas en diversas partes del mundo, quanto los capítulos pasados han dicho, los Gobernadores Españoles alcanzarian tambien señoríos en Africa por ser tierra muy junta con España, pues los alcanzaban en otras tierras mas alejadas: y si lo tal así fué, de pensar es que tambien aquel Testa, dado que viniese por allá, seria pariente propinquo de los Reyes pasados en España, por cuyo respecto le
3 vendria la sucesion de sus Reynos. Otros sospechan que quando Siculo murió, visto por aquellos Españoles, que solian tener Príncipes, no les quedar Cabeza ni Señor en la tierra: dado que quanto á los otros negocios fuesen poco cuidadosos, todavía conocerian convenirles y ser cosa de provecho tener Cabeza que los gobernase, puesto que no fuese por mas de por conservar la costumbre de sus pasados, y que por

por esta razon harian Rey entre sí, como de muchas otras gentes leemos que tambien lo hiciéron al mesmo fin: las quales no tomaban en aquel siglo por Señores los mas poderosos ni mas ricos, sino los mas bien considerados y mas prudentes, ó los mas virtuosos en sus obras, y por la tal costumbre que los muy antiguos exercitaban á la contina, lleváron tan crecidas ventajas en sus principios á los que vivimos agora por el mundo. Desto resultó que los 4
hombres virtuosos y justos por su bien vivir eran escogidos para gobernar las gentes, y regir las provincias, y fuéron llamados Reyes, reverenciados con acatamientos divinales y con la obediencia que agora en los Príncipes se conserva. Por aquello, como di- 5
go, sospechan haber podido bien ser, que sabiendo algunos pueblos Españoles la bondad y suficiencia deste caballero, lo traxesen para su gobernacion, y lo tomasen por principal entre sí. Cuyo reynado dicen 6
que comenzó casi en el año de mil y quatrocientos y doce ántes de la Natividad de nuestro Señor Jesu-Christo, que fué, segun cuenta de los Hebreos, ochocientos y noventa y tres años despues del diluvio general, y setecientos y cincuenta y dos despues de la poblacion de España. Durante su gober- 7
nacion y reynado le señalan como cosa muy honrada la fundacion y principios que hizo de cierta ciudad magnífica, segun la magnificencia pobre de su siglo, llamada por su respecto Contesta, sobre la ribera de nuestro mar, á quien suelen decir Contestania muchos Escriptores modernos; y por causa della porfian que los espacios de tierra, quantos otro tiempo se cerraban con una raya principiada sobre la ribera de nuestro mar algo mas oriental que Valencia casi tres leguas, y guiada despues hasta las fuentes del rio Xucar, y desde ellas caminando por la montaña donde nacen y manan las tales fuentes, hasta donde fene-

nece tambien aquella montaña sobre nuestro mar cerca de Muxacra, se dixéron antiguamente las tierras de los Españoles Contestanos, y sin duda tal apellido tuviéron el siglo pasado, puesto que no sepa yo tan cierto quanto queria si la razon de su nombre sea por alguno destos dos, ó Rey, ó ciudad, que publican el haber edificado: la qual ciudad Contestania, ó Contesta muchos tienen creido ser en aquella mesma parte donde fué despues edificada Cartagena, como lo verémos en los quarenta capítulos
8 venideros. Otros algunos lo contradicen, y porfian haber sido la tal ciudad aquella mesma que nombran agora Cocentayna, corrompiendo su nombre primero por le decir Contestania, poblacion asaz conocida del reyno de Valencia, cabeza de condado poco mas occidental que Monvedre, desviada de nuestro mar en las faldas y raiz de la montaña dicha Mariola, donde tienen dignidades y señoríos los caballeros y li-
9 nage, nombrados Corellas. Grandes indicios trae tal conjetura, mirada la semejanza destos dos vocablos Concentayna moderno y Contestania, pasado lo qual falta en Cartagena, como todos podrán juzgar, mayormente cayendo Cocentayna junto con la raya de los Contestanos antiguos y dentro dellos en sus principios orientales: pero no hallamos para lo certificar Escritores antiguos, Coronistas ó Cosmógraphos fidedignos que hagan memoria della, quanto mas que digan haber sido cabeza de los Españoles Contestanos; ó que tomáron della su nombradía, ni les podria yo dar otra cosa mas de que los tales pueblos Contestanos en qualquier modo fuesen así llamados todo
10 quanto les duró su nombre viejo. Quedáron cerrados y contenidos entre las rayas y límites arriba declaradas, y la provincia dellos tuvo figura triangular casi como cartabon de Carpintero con tres rincones ó puntas en lo postrero della: una punta contra la par-

parte de Levante sobre las riberas de nuestro mar en
un sitio poco mas occidental que Monvedre, y mas
oriental que Valencia: segunda punta contra la vuel-
ta de Poniente sobre las faldas y vertientes donde fenece
la sierra de Muxacra juntas al mesmo nuestro mar: otra
tercera punta contra Septentrion entre las montañas
y cumbres cercanas á la ciudad de Cuenca, y las fuen-
tes de aquel rio Xucar. En el qual espacio son agora 11
ciudades y villas principales dentro de tierra, Orihue-
la, Xativa, Lorca, Valencia con mucha parte de su
reyno, Murcia tambien, y lo principal de su jurisdic- 1
cion y reyno. Sobre la marina fuéron Contestanos 12
antiguos Alicante, Cartagena, Denia, Gandía, el Grào,
Guardamar, y mas otros pueblos menores ya señalados
en el segundo capítulo deste primer libro, declarando
la faccion y sitio de las riberas contenidas en aquel
parage, desde Muxacra hasta casi dos ó tres leguas
adelante de Valencia no mas. Hubo tiempo quando 13
yo tuve creido ser límite de los Españoles Contesta-
nos al Oriente las aguas todas del rio Xucar desde sus
manantíos hasta donde lo toma la mar: y movíame
Ptolomeo, que no les da mas adelante punto notable
sobre la costa, pero deste modo quedaria Valencia
fuera de ellos, siendo muy averiguado caerles dentro,
mas oriental que la boca del dicho rio quatro leguas, ni
Cocentayna le perteneciera tampoco, de quien ya se-
ñalamos arriba nuestro parecer y conjetura.

CA-

CAPITULO XXIX.

Como navíos Griegos, muchos y buenos, aportáron en España, cargados de gentes para poblar y morar en ella. Y de la fundacion que hiciéron en Monvedre, y de cierto templo que poco despues cimentáron en Denia por veneracion y memoria de la diosa que llamaban ellos Diana.

1 En el tiempo tambien que Maneton y Juan de Viterbo señalan haber reynado Testa Triton en España, casi á los treinta y cinco años que ponen de su principado, quando fuéron cumplidos docientos años ántes de la destruicion Troyana, sabemos cierto que viniéron en España cantidad de navíos Griegos con gentes naturales de una isla nombrada
2 Zacinto: y que dicen ahora Jasanto. Con ellos viniéron tambien algunos otros de lo postrero de Italia que se le llegáron en este viage: los quales todos juntos tomáron puerto no léjos de donde hallamos hoy dia la ciudad de Valencia poco mas adelante della contra las partes orientales: y allí fundáron una poblacion apartada de la marina casi tres mil pasos, á quien llamáron Zacinto conforme con el nombre de la isla Griega; donde fuéron naturales, cerca de la parte donde hallamos agora la villa de Monvedre: el qual pueblo mudándole despues la primera letra fué dicho
3 Sagunto, y los moradores dél Saguntinos. Estos pareciéron siempre gente discreta, muy avisados y prudentes, y como tales luego que en España llegáron, fácilmente conociéron la simplicidad y llaneza que traian las gentes della, y porque en lo de adelante pudiesen ganarles la voluntad, y tenerlos mas allegados á sí, particularmente los que moraban por las comarcas de aquella marina, comenzáronles á mostrar

trar algunas cosas extrañas, que jamas ántes los Españoles habian visto, y á darles atavíos para que viviesen apaciblemente: y aun para mas engrandecer sus hechos fingiéron ser aquello que les daban cosas benditas, inventadas entre los hombres por industria particular y revelacion de sus dioses, con lo qual no solo no tuviéron contradiccion en la llegada, sino fuéron muy bien recebidos y muy importunados y rogados que morasen la tierra: lo qual ellos aceptáron como cosa que mas deseaban en el mundo. Comenzáronse á meter por la region con tratos y negocios virtuosos, sin mostrar codicia desórdenada, ni doblez, ni cautelas que les afeasen sus inteligencias, ansi que fácilmente fuéron amados de todos los Españoles sus vecinos: y lo que mas era de maravillar en este caso fué, que procuráron siempre de llevar toda la suma que podian de plata y oro para vasijas y para los otros sus adornamientos preciosos, no teniendo costumbre de dinero ni de moneda en toda su contratacion, ni la tuviéron despues largo tiempo, porque ni los Griegos al presente tampoco lo tenian, ni mucho ménos las islas donde viniéron estos, sino trocar unas cosas con otras, co-
mo tambien lo hacian en España. Desde allí discur- 3
riendo aquellos Griegos recien venidos por un pedazo de la costa que les caia cerca para reconocer el sitio y las costumbres, y la manera de las otras comarcas Españolas, y despues de tener bien asentado su pueblo de Sagunto, fundáron un templo sobre la mar, quince leguas mas adelante contra la vuelta del Occidente, junto con aquella parte que nombramos el cabo de Denia, donde pusiéron un ídolo que consigo traian en veneracion y memoria de la diosa Diana, que publicaban ellos haber sido hija del dios Júpiter el principal y mas poderoso de to-
dos sus dioses. No se puede pensar con quánta re- 4

verencia y acatamiento vino luego la simplicidad de
los Españoles comarcanos á recebir estas novedades,
atónitos y maravillados en ver las cerimonias y sacrificios que hacian estos Griegos, conformes á la condicion que qualquier gente vulgar poco discreta suele tener en sus negocios, siendo naturalmente favorecedora de supersticiones ó de cosas que parezcan traer consigo devocion, de las quales se vencen y mueven sin considerar los bienes ó los males que pueden estar embaxo de aquella hipocresía y falsa muestra: este templo de Diana fué siempre muy afamado por los Autores que habláron algo de España reconociendo su gran antigüedad, y por haber sido la primera parte de España donde los ídolos malos del enemigo se comenzáron á sacrificar y reverenciar segun las usanzas de los Griegos ántes del advenimiento de nuestro Señor Dios, y desde allí poco á poco se fué derramando la tal costumbre por todas nuestras tierras, y se fuéron olvidando muchas de las cerimonias que Osiris acá dexó conformes á la superstician de los Egipcianos, y de las que sus de-
5 cendientes despues inventáron. Fué tambien cosa notable su labor, por el moderamiento con que lo cubriéron en que todas las tablas y vigas eran de enebro: la qual madera consta por experiencia ser la que mas dura sin corromperse ni hacer mudanza quando la ponen en obras, tanto que Plinio confiesa por sus libros de la natural historia durar la tablazon del templo sobredicho, fresca y entera hasta su tiempo, que por buena cuenta hallamos ser poco ménos de
6 mil y seiscientos años. Aquí se celebráron los sacrificios y vanidades desta diosa muchos siglos con mas
7 veneracion y solemnidad que por todas las Españas. Así que como los Griegos de Zacinto hubiéron hecho su morada sobre la parte donde hallamos á Monvedre, sucediéron sus cosas tan prósperamente, que poco des-

pues

pues tenian en su pueblo tanta gente de los Españoles comarcanos, que sin contradiccion alguna fuéron los principales de toda la provincia, con los parentescos y casamientos que se tratáron de los unos en los otros quedó la generacion de sus hijos y decendientes hecha tambien Española, por tal manera que todos ellos se nombráron y fuéron Españoles: aunque muy gran parte del siglo pasado viviéron en las costumbres de Grecia. Las obras otrosí he- 8
chas en el templo de su diosa Diana siempre floreciéron y fuéron reverenciadas con su favor dellos, y con el adornamiento que contino ponian en ellas; pero mucho mas las estimáron algunos años adelante despues que viniéron por la mar en España cierta nacion llamada los Focenses de Jonia, con quien estos de Sagunto comunicáron la comarca cercana del templo sobredicho, donde hiciesen morada: los quales Focenses pusiéron en él muchas mas cerimonias y supersticiones de las que primero tenian, como lo verémos en los veinte y nueve capítulos del tercero
libro. Desta manera se tiene por cierto que fué Mon- 9
vedre ó Sagunto poblada, y el templo de Diana con él por aquellos Griegos ya declarados en la sazon y tiempo que tenemos escrito quando dicen otros que Testa fué Señor en una parte de España, del qual no hallamos otra cosa por las historias, sino que despues de todo lo sobredicho pasado, murió su muerte natural habiendo ya gobernado la tierra casi setenta y quatro años, por donde sospechan que seria pariente muy cercano del Rey Siculo su predecesor ó de qualquiera de los otros Reyes sus antepasados, porque si tal no fuera, no paresce que los Españoles le hicieran el reconoscimiento que le hiciéron, á causa que segun el mucho tiempo que dicen haberlos regido, debia de ser muy mancebo quando tomó la gobernacion, y si por derecho no le pertenecia,

no fuera cosa razonable poner un señorío tan calificado sobre persona de tan tiernos dias, pues pudieran hallar otros hombres venerables de mayor esperiencia para su regimiento, si los Españoles lo quisieran y procuraran.

CAPITULO XXX.

Del Rey Romo, que tambien dicen haber sido Príncipe de los antiguos en España, al qual atribuyen la fundacion de la ciudad de Valencia, donde se reprehende lo que hablan algunos Escritores de un Filistenes, que quiere decir haber en este tiempo pasado en España, y poblado la provincia de Cádiz.

1 Luego despues deste Rey sucedió en el mesmo señorío de aquella tierra ó provincia de España, segun lo relata Juan de Viterbo, y su Maneton, otro Príncipe llamado Romo, cuyo nombre significa tanto
2 en lengua Griega como fuerte ó valiente. Comenzó de reynar á su cuenta casi en el año de mil y trecientos y treinta y nueve ántes del advenimiento de nuestro Señor Dios, quando corrian ochocientos y veinte y cinco años despues de la poblacion de España, y novecientos y setenta y seis despues del di-
3 luvio general segun tasan los Hebreos. No declaran Juan de Viterbo, ni Maneton cuyo hijo fuese Romo, ni de qué linage, ni dicen dél otra cosa mas que deseando mejorar su memoria como los otros Reyes Españoles sus antecesores, edificó cerca de nuestro mar Mediterráneo cierta poblacion: la qual á semejanza de su nombre dél fué llamada Roma, cuya nombradía perseveró hasta que mucho tiempo despues los Romanos Italianos viniéron en España con gran

gran poder, y sojuzgada la comarca della, le trocáron su primer apellido, no consintiendo que pueblos en el mundo se llamasen como la ciudad donde fuéron ellos naturales, mas porque no pareciese que de todo punto la despojaban de su propio vocablo dicen que la llamáron Valencia, cuya significacion en latin es lo mesmo que Roma en lo Griego, y así le dura tambien en el tiempo de agora, y por memoria de las grandes cosas que Rodrigo Diaz de Vivar, excelente Capitan Castellano, á quien los Moros llamáron el Cid, hizo por allí quando conquistó la tal ciudad y su tierra, la nombramos agora Valencia del Cid: y tambien algunos le dicen Valencia de Aragon, por haberla cobrado postreramente de los Moros los inclitos Reyes Aragoneses, y tenella dentro de su jurisdiccion, ó por diferenciarla de muchas otras Valencias que hallamos en diversas partes de España, como son Valencia de Alcántara, Valencia de Campos, Valencia de Miño, frontero de la ciudad de Túy: pero la mas principal de todas es la de que hablamos agora, situada dentro del mesmo término que dicen estos, casi tres mil pasos alejada de la mar, en tierra mucho deleytosa, de singulares jardines y maravillosas frescuras y pasatiempos, como verémos adelante quando llegaremos á la postrera parte desta Corónica, donde contarémos particularmente su buen asiento, sus tratos y sus primores con todos los deportes y bienes quantos en sí contiene, que son en gran cantidad, con lo restante de las hazañas que por ella y en su reyno sepamos haber sucedido. Casi por los años y tiempo que dentro deste capítulo se
tratan, ó ciertos no muchos ántes ó despues, hallo 4
yo tambien algunos Autores que dicen haber aportado dentro de Cádiz un hombre llamado Filistenes, morador en las partes orientales, y natural de cierta tierra nombrada Fenicia, del qual y de la gente que con-

consigo traxo, certifican haber ocupado la tal isla pa-
ra vivir en ella de propósito. Pero muchas otras per-
5 sonas de gran consideracion no lo tienen por bien
cierto, ni tampoco lo que quiso poner algun Escri-
tor moderno de nuestros Españoles añadiendo sobre
la tal relacion ser aquella venida de Filistenes con
sus Fenices en el año de mil y trecientos y cincuen-
ta primero que nuestro Señor Jesu-Christo naciese,
reynando en España cierto Príncipe nombrado Pa-
lante, de quien yo jamas hallo memoria en Autor
que tenga crédito, si no fuese por ventura Palatuo,
de quien solo Juan de Viterbo y su Maneton hacen
alguna relacion, como presto lo verémos dos capí-
tulos adelante déste, mas los años que señalan á Pa-
latuo harto fuéron despues de lo que ponen la veni-
da de Filistenes á Cádiz. Y ciertamente si gentes de
6 Fenicia viniéron alguna vez en España, como cierto
sabemos que viniéron segun el segundo libro lo con-
tará, fué su venida conforme á lo que Estrabon di-
ce en el primer libro de su Geographia despues de
los tiempos de Hércules el Griego, que es el Hér-
cules solo que Estrabon reconoce, cuya edad suce-
dió muchos años adelante de lo que nuestro Coro-
nista imagina, como presto lo verémos en los treinta
y siete capítulos venideros, y por consiguiente los
Fenices que paráron en Cádiz, es cierto haber sido
naturales de la ciudad de Tiro, pueblo famoso de
Fenicia, como tambien Plinio lo declara en el quin-
to libro de la natural Historia, Quinto Curcio en
el quarto libro de los hechos de Alexandro, y el
mesmo Estrabon en el décimo sexto de su Geogra-
phia: la qual poblacion de Tiro sabemos no ser fun-
dada ni hecha sobre la tierra por aquellos tiempos que
señalan á Filistenes, como despues adelante lo veré-
mos bien claro en el capítulo treinta y cinco siguien-
7 te. De manera que pues los Fenices de Cádiz salié-
ron

ron de Tiro, y aquel Filistenes no pudo ser della, siendo primero nacido, que Tiro fundada, mucho ménos seria de los Fenices que viniéron á Cádiz, y así nuestra Corónica lo dexa por cosa fabulosa, y prosigue adelante los intentos comenzados remitiendo la razon y la cuenta de los Fenices ya dichos á los capítulos del segundo libro, donde se pondrá lo ménos dudoso que las Historias peregrinas y nuestras hablan de sus venidas y de sus hechos en estas partes.

CAPITULO XXXI.

De la venida que hiciéron en España gentes de diversas provincias traidas por un Capitan Griego llamado Dionisio, y de los lugares que tambien ellos en España, fundáron y cosas dignas de memoria que por acá hiciéron, así de cerimonias y sacrificios, como de muchas otras novedades.

En aquella propia sazon que el Rey Romo, de quien el capítulo pasado hablaba, dicen reynar en 1
España casi por el año de mil y trecientos y veinte y cinco, primero que nuestro Señor y Redentor Jesu-Christo naciese, sabemos haber entrado por el Andalucía gran copia de gente con multitud infinita de mugeres que seguian un Capitan Griego llamado Dionisio, á quien despues dixéron Yaco por sobrenombre los Griegos sus naturales, y fué causa deste sobrenombre, que toda quanta compaña le seguia tuvo siempre costumbre de discurrir por los campos dando voces muy grandes, con aullidos y meneos furiosos, no ménos en tiempo de los placeres, que de sus enojos ó de sus devociones y sacrificios: al qual vocear aquellos Griegos en su lengua comun suelen llamar
Yaco. Bien ansí como llaman Yachima la tal voce- 2

ría furiosa, por esta mesma razon le nombraba tambien Bacho, queriendo dar á sentir el tal aullar des-
3 ordenado que dicen ellos Bachin. Vistas las extrañezas destas gentes que seguian á Dionisio, consideradas eso mesmo sus crecidas habilidades dél, su demasiada hermosura, su gracia, su maravillosa disposicion, acudió la gentilidad á tenerle por Dios, y reverenciarle con templos y sacrificios, á lo qual diéron tambien gran motivo muchas cosas notables que hizo por el mundo, así por las Indias como por otras partidas donde discurria venciendo batallas y tiranos, y sojuzgando provincias, y quitando fuerzas y desafueros donde quiera que los hallaba conforme á lo que Osiris ántes habia hecho, aquel de quien ya contamos en el noveno capítulo deste libro, tanto que por la semejanza de los hechos del uno con los del otro, la gente Griega los llamó á ambos Dionisios, como tambien lo hiciéron en los Hércules, quando atribuyéron el nombre y victorias de Oron Libio el Egipciano á su Hércules Griego hijo
4 de Anfitrion. Verdad es que sin este Baco Dionisio, de quien agora tratamos, sin el otro llamado tambien Osiris, hallamos otro Baco Dionisio, que fué persona muy estimada, hijo de Pirra y de Deucalion, los que diximos en el capítulo veinte y quatro haberse librado del diluvio de Thesalia, y este primero que nadie mostró á los Griegos la grangería y el arte de plantar higueras, y la manera con que sacasen vino de las uvas, y muchas otras buenas industrias para tener viñas y curarlas con mas diligencia que nadie hasta sus tiempos habia hecho por aquellas tierras, á cuya causa dixéron los Griegos ser el primer inventor de todo lo tocante al artificio del vino, y le señaláron sacrificios y templos semejantes á Dios, en los quales á la sazon de su fiesta le reverenciaban las estatuas que dél tenian fuera de los templos, adorna-

nadas con pámpanos y racimos, y le fregaban la cara con uvas estrujadas, y con higos verdes. Mas aquel Dionisio nunca le tuviéron en España, dado que mucho tiempo despues en aquel siglo de la gentilidad le hiciéron tambien acá templos, y le deputáron sacrificios con la mesma solemnidad sobredicha. Solo 5
el último de todos estos Dionisios es el que agora hace á nuestro propósito que fué hijo de Jupiter, y de una dueña llamada Semeles, y nieto de otro varon principal en la tierra de Fenicia nombrado Cadmo: el qual Dionisio al tiempo que en España vino, quando el Rey Romo dicen reynar en ella, sabemos cierto que visitó principalmente las provincias comarcanas á la mar, y mucho mas que ninguna la de Andalucía, que por ser tan fértil y tan graciosa, lo detuvo mas que ninguna de las otras: allí dexó parte de su gente con algunos sabios y religiosos de los que tenian á cargo las plegarias y sacrificios que comunmente sus compañas y gentes usaban hacer á los dioses, segun la costumbre de Grecia: los quales pobláron cerca del rio Guadalquevir un lugar que decimos agora Lebrixa, á quien despues los antiguos llamáron por sobrenombre Veneria: puesto que agora este pueblo ya le hallamos apartado de aquel rio mas de ocho mil pasos, que hace casi dos leguas Españolas: y fué la causa que (segun ya diximos en otra parte) luego como pasaba Guadalquevir de Sevilla, primero que lo tomase la mar solia partirse con dos brazos, haciendo con ellos una isla, de quien los Escritores pasados hacen por muchas partes de sus obras notable relacion. El uno destos dos brazos que salia 6
contra la parte de Levante ya no se halla, porque las aguas han trastornado todas en el otro brazo del Occidente, segun hoy dia parece claro cerca de la villa de Rota, y en otros lugares que se descubre la madre, por donde solia correr. De manera que por 7

estar aquella poblacion de Lebrixa sobre aquel brazo oriental de Guadalquevir ya gastado, quedó mucho desviada del agua, con sitio diferente, segun podria parecer á los que no saben esto, del que tuvo quando la fundáron aquellos compañeros de Dionisio. Destos dicen las Historias, que quando hacian sus plegarias y ceremonias, vestian unas pellejas de gamos, las
8 mas pintadas que hallaban. Y por esta razon aquel pueblo tuvo la nombradía de Lebrixa, ó Nebrisa, porque Nebris en lengua de los tales Griegos quiere decir pelleja de corzo, de la qual andaban ellos vesti-
9 dos y cubiertos. El apellido dura hasta nuestros tiempos en el dicho pueblo, que fué siempre de los muy honrados en el Andalucía por su gran antigüedad: y mucho mas por haber salido dél el Maestro Antonio de Lebrixa, restaurador de las buenas letras en
10 España. Parece tambien de lo sobredicho ser engañados los que porfian este lugar haber sido poblado por un nieto de Ulixes, como lo dicen los que compusiéron la Corónica de España por mandado del Señor Rey Don Alfonso, con otros Historiadores Cas-
11 tellanos que la siguen. Acuérdome yo que, siendo muchacho, en el estudio de Alcalá de Henares oia muchas veces platicar al Maestro Antonio de Lebrixa, natural (como dixe) deste pueblo, que tambien aquel Dionisio fundó cierta poblacion en España, junta con los montes Pyreneos, la qual mandó que se llamase Yaca, por causa del sobrenombre suyo dél, que decian Yaco: del qual pueblo hacen continua memoria Plinio, Estrabon, Tito Livio, con muchos otros Cosmógraphos y Coronistas Latinos y Griegos: y los pueblos tambien de su comarca della fuéron dichos an-
12 tiguamente los Españoles Yacetanos. Aunque no faltan Autores que la llaman á ella Laca, y á las gentes sus vecinas Lacetanas: pero, como dixe, Estrabon Yacetano los nombra, y Yaca la ciudad: y nosotros

tam-

tambien y sus naturales Yaca la llamamos hoy dia, conformándonos con el apellido deste Yaco Dionisio: la qual está puesta junto con las fraguras y montaña del Pyreneo, como ya lo señalamos en el segundo capítulo deste libro, conservando la mesma faccion que los Autores antiguos le señaláron y con el mesmo
nombre. Verdaderamente si yo hubiese leido alguna 13
corónica fidedigna donde hallase lo que Antonio de Lebrixa decia, mucho me parece que lleva buen camino, y aun estimaria mucho mas su parecer, como cierto lo reputo, que no la sentencia de nuestros Coronistas modernos, que tratando las Historias de los Reyes Aragoneses, han osado certificar esta ciudad haberse llamado Jaca, porque yace en un valle descombrado, cercado de montes en derredor, lo qual no me satisface, porque si lo tal así fuese todos los pueblos del mundo se debrian llamar Jacas,
pues yacen donde son. Dicen tambien algunas escri- 14
turas, que despues de la jornada sobredicha quedáron en lo postrero de España ciertas personas de Arabia, nombrados Cenitas, que pobláron las riberas postreras del mar Océano, comarcanas al cabo que llamamos agora de San Vicente: puesto que muchos otros afirman haber quedado desde los tiempos de Osiris, como en el onceno capítulo dexamos escrito.
Así que tornando al intento verdadero de nuestra Co- 15
rónica hallamos en las memorias antiguas, que quando aquel Yaco Dionisio discurria por las tierras Españolas, entre las personas de cuenta que por allí se conociéron fué uno llamado Mylico, hijo de Myrica, morador en los confines orientales de la provincia nombrada Bética: puesto que no dentro della, tan acatado y principal en todas aquellas comarcas, como
si fuera Rey dellas. En la qual region y señorío poco 16
despues edificáron sus hijos y sucesores una ciudad asaz magnífica, que los antiguos llamáron Castulon, no

léjos de donde hallamos agora la poblacion de Baeza, como lo verémos en los veinte y seis capítulos del segundo libro: cuyas fortunas buenas y malas, quantas en diversos tiempos sucediéron, que fuéron muchas, relatarémos adelante por algunas partes desta Corónica.
17 Dicen eso mesmo los Historiadores y Poetas, quantos particularmente tratan la jornada deste Dionisio por España, que discurriendo por ella entre las otras regiones donde caminó, vino tambien la de Lusitania, que ya dexamos amojonada y rayada en los veinte y tres capítulos pasados: allí certifican haber situado como gobernador particular un Capitan suyo, nombrado Luso, ó segun otros le decian Lisia, que moró primero que nadie esta provincia: puesto que Juan de Viterbo lo atribuia siempre á su Rey Luso de España, como ántes de agora escribimos.
18 Afirma tambien Plutarco con otros Autores Griegos, que sobre todos estos dexó Dionisio en aquel viage por principal administrador y procurador de toda la tierra en general un compañero suyo, llamado Pan, el qual fué despues tenido y reverenciado por Dios en tiempo de la gentilidad, y que por respeto deste Pan la tierra toda se comenzó á llamar Pania: el qual nombre andando el tiempo se corrompió, y las gentes que sucediéron, añadiéndole al principio una letra ó sílaba, la nombráron Spania, y despues la viniéron á decir España, aunque quanto á este artículo ya dexamos escrito lo que de Sevilla y del Rey Hispan su fundador cuentan otras Historias, á quien comunmente suelen dar mas autoridad nuestros Españoles.
19 Fenecidos todos estos hechos, Dionisio, con su multitud y gentío, y con aquellas mugeres que le seguian, salió de las Españas.
20 El Rey Romo se debió quedar en su ciudad de Valencia, segun ántes lo solia hacer, como parte donde tendrian morada de reposo los tiempos que viviese, hasta que cumplidos trein-

treinta y tres años de su reyno, dicen haber dado fin á sus dias, dexando por sucesor un hijo varon, llamado Palatuo, de quien en el capítulo siguiente hará luego memoria.

CAPITULO XXXII.

De Palatuo, que dicen haber sido Rey antiguo de los Españoles: y como fué despojado por un competidor suyo, llamado Licinio Cacos, de todo quanto poseia, y echado fuera de España: y de los grandes alborotos que pasáron en estas contiendas.

Comenzáron en España los señoríos de Palatuo, 1
hijo de Romo, despues de la muerte de su padre, casi en el año de mil y trecientos y seis ántes del advenimiento de nuestro Señor Dios, que fué novecientos y cincuenta y ocho años despues que Tubal
la pobló. Por causa deste Príncipe dice Juan de Vi- 2
terbo que los pueblos comarcanos á Valencia, donde su padre residia, fué tiempo que se dixéron Palatuos, y Palatuo tambien un otro rio de su tierra, que sabemos cierto despues andados muchos tiempos haberse nombrado Palancia: del qual tienen averiguado los hombres leidos y sabios moradores en esta su provincia ser el rio que pasando junto con Monvedre, poco mas adelante lo recibe luego nuestro mar Me-
diterráneo. Dice mas Juan de Viterbo ser fundacion 3
del Rey Palatuo la ciudad que llaman hoy dia Palencia, pueblo principal en la provincia de Castilla, situada sobre las aguas del rio Carrion, á quien los Cosmógraphos antiguos decian Nubis, donde despues mucho tiempo se puso general estudio, hasta los años del santo Rey Don Fernando, que ganó á Sevilla, por cuyo mandado fué traspasada la tal Universidad en Salamanca, donde su padre el Rey Don Alonso de Leon

Leon la tenia comenzada primero que muriese, co-
mo tambien hoy dia la tenemos: y despues el Rey
Don Alfonso de Castilla y de Leon, su nieto, que por
sobrenombre llamáron el Sabio, lo confirmó quan-
to pudo, con mucha mejoría, segun que mas lar-
go lo dirémos en la Corónica destos Reyes, quando
(permitiéndolo nuestro Señor Dios) llegaremos á con-
4 tar sus tiempos y principados. En los diez y ocho
años del reynado de Palatuo, que fué mil y docien-
tos y ochenta y nueve ántes de la Natividad de nues-
tro Señor Jesu-Christo, se levantó contra un Español,
nombrado Licinio, que por otro nombre llamáron
despues Caco, persona de grandes pensamientos, y
1 muy valeroso, segun el valor y reputacion que pudo
caber en aquellos tiempos inocentes, y con ser él de
su natural deseoso de mandar, amador de novedades,
y denodado para las acometer, tuvo tales maneras, que
movió muchas comarcas de la tierra, juntando sus
gentes, y procurando de traer á sí todos los favo-
5 res que pudo. Creciéron en tal manera sus hechos,
que la mayor parte de todos aquellos Españoles ino-
6 centes y simples le reconociéron señorío. Y así fué-
ron divididos en dos parcialidades: unos tuviéron el
7 bando de Palatuo: los otros el de Caco. Lo qual co-
mo fuese publicado por la tierra, luego Palatuo re-
cogió todos sus aficionados, familiares y parientes
para venir contra los adversarios, que ya los espera-
ban (segun dicen nuestras Historias) á las faldas de un
monte, que despues por esta causa fué dicho Mon-
te de Cacos, á quien hoy dia (corrompido mas el
vocablo) solemos llamar Moncayo: confina á las cum-
bres de los Idubedas ya declarados en el sexto capí-
tulo deste libro: puesto que los Autores Latinos,
quando tocan en esta sierra de Moncayo, siempre la
nombran el monte Cauno, como se puede ver á los
quarenta libros de Tito Livio, y en otros Coronistas
que

que dél ponen alguna relacion. Aquí dicen las Histo- 8
rias, que despues de llegado Palatuo con el exército que
traia, pasó contra los enemigos una fuerte batalla, don-
de finalmente Palatuo fué destrozado, y gran parte de
los suyos muertos: y aun él con gran trabajo se pu-
do salvar, huyendo por industria de ciertos amigos
que lo sacáron de la pelea. Esta batalla dicen haber 9
él perdido por causa de ser él mancebo quando su-
cedió, no sabiendo con sus pocos dias las cosas de
la guerra tan esperimentadamente quanto fuera menes-
ter: lo qual era todo muy al rebes en Cacos Licinio
su competidor, que allende de ser hombre de mas
edad, era valiente, diestro, sagaz y mañoso. Quan- 10
do Palatuo llegó tenia Caco su gente descansada, y
sobre todo tanto bien armada, que jamas en España
la viéron mejor hasta su tiempo: porque déste di-
cen ser el primer hombre que por acá descubrió los
mineros de hierro, y el que primero labró las armas
defensivas de hierro, como son petos, y brazales, y
casquetes para la cabeza. Y aun quieren algunos decir, 11
que fué tambien el primero que hizo en España cuchi-
llos, y espadas, y puntas para las hastas, labrándo-
los primero con fuego para les dar la faccion que
convenia, y endureciéndolos despues de forjados en
la templa con agua. Por esta causa los Poetas le fin- 12
giéron haber sido hijo de Vulcano, el que reverencia-
ban los Gentiles por dios de las herrerías: y con esta
ventaja grande que tuvo no le pudo Pataluo resistir,
y Cacos, ó Licinio quedó de todo punto muy señor
en la tierra tiránicamente: de lo qual recoligen al-
gunos Escritores que las otras batallas pasadas en aquel
siglo, no solo por España, sino tambien por otras
tierras, mas debiéron ser con piedras y porras, que
no con ofensas de hierro, como dicen que fué la
de Cacos: ó si fuéron tambien con espadas y lanzas,
las armas defensivas que las gentes en ellas usasen no
se-

serian de hierro, por lo ménos no serian tales ni tantas como fuéron en ésta, de quien agora hablamos, donde Palatuo fué roto y vencido con todas sus gentes y valedores.

CAPITULO XXXIII.

De las cosas que por este tiempo los Españoles residentes en Italia hiciéron contra los Enotrios, Aborigines, y Auruncos sus adversarios antiguos: y de la concordia que despues todos tratáron para vivir en quietud y conformidad, y muy provechosa para todos ellos, y para sus negocios venideros.

1 En aquel intervalo de tiempo, quando todos estos negocios así pasaban acá, las naciones de los Aborigines, Enotrios, y de los Auruncos, enemigos viejos de los Españoles Siculos residentes en Italia, como quiera que mas de ciento y veinte años hubiesen mostrado semejanza de quietud en disimular el asiento que los tales Españoles tenian en Roma y en sus contornos, ó por lo ménos no declarasen tanto rigor ni contradiccion á ello como solian quando primero se fundaba, segun lo tratamos en algunos capítulos pasados; finalmente tornáron esta vez á sus armas y diferencias, no sabemos por qué, muy mas encendidos y porfiosos que nunca: tanto que los hombres de su tiempo no se recordaban haber oido por aquellas tierras
2 negocio de mayor ímpetu ni rencor. Y dado que las cosas anduviesen por España turbadas y puestas en mucha guerra, con los alborotos y mudanzas de Cacos, por donde no fué posible de dar favor en Italia, segun era menester: pero los Españoles avecindados allá, saliéron al hecho tan denodados, y puestos en buena manera, como si muchos dias ántes

tes

tes hubieran esperado semejante mudanza. Venciéron 3
en los primeros acometimientos dos recuentros muy
grandes, donde matáron asaz Aborigines, y les dié-
ron gran quiebra: quemáronles pueblos y lugares den-
tro de sus montes medianamente fuertes: en otros
hiciéron robos y destruicion quanta pudiéron, y no
seria poca si bien lo conjeturamos: porque como los
Aborigines tuviesen costumbre de morar en pobla-
ciones muy cercanas y juntas, dado que pequeñas, el
mal de las unas habia forzosamente de redundar en
las otras. Con esto los Españoles comenzáron á me- 4
jorarse tanto, que ya sus enemigos no los podian
sufrir: y continuando la mejoría, se les metiéron poco
despues en una tierra, donde moraba cierto linage de
gente que llamaban Sabinos: los quales tenian dos
villas principales y populosas, una decian Antene, y
otra nombraban Cenina, la primera mucho mas fuer-
te que la segunda, pero no de tanta vecindad. Y co- 5
mo los Españoles aquí llegasen victoriosos y muy ar-
mados, afrentáron tan bravamente con el pueblo, que
lo ganáron en breves horas: casi todos sus vecinos
huyéron á Cenina, creyendo poder allí remediarse: pe-
ro los Españoles que venian tras ellos entráron á la
revuelta, matando quantos alcanzaban, y quedáron apo-
derados en ambas villas del todo. Fortificáronlas con 6
reparos y defensas al modo que podian saber en aque-
llos tiempos: y proseguian su guerra muy bien y muy
denodadamente, quanto bastaba su posibilidad. Los 7
Aborigines Enotrios, y los Auruncos Italianos, consi-
derada la pujanza de sus enemigos, y quán firmes y
diligentes andaban en la conservar, arrepentianse mu-
cho de ser llegados á tal punto con ellos: mas ya las
enemistades eran tan llenas de muertes y daños, que
ni los unos, ni los otros podian tornar atras. Y por 8
esta razon aquellos Aborigines comenzáron á solici-
tar todas las gentes Italianas de su vecindad y comarcas,

importunándoles y declarándoles, que si no venian á la resistencia comun, pues tanto les importaba; los Españoles Siculos irian cundiendo sin parar hasta se hacer Señores absolutos de las otras provincias restantes, des-
9 pojando dellas á sus moradores naturales. Y esto parecia ser tan verdad, y convenir tanto á la provision del remedio, que no faltó pueblo de todas aquellas tierras, y aun de muchas otras mas alejadas, que no saliesen á la qüestion, y se juntasen con aquellos Aborigenes Italianos, y con los otros sus parciales en gran cantidad del gentío muy armados y muy determinados de morir, ó deshacer perpetuamente la residencia de los Españoles en la ribera del rio Tibre, sobre la parte llamada Saturnia, contenida dentro de la provincia nombrada Lacio, donde caia Roma, con sus villas y poblaciones modernas de Ficulnas y Preneste, que por allí tenian cercanas á ellas las otras de Facena, y Falerio, Also, y Aterno, con sus dehesas y términos, de quien ya hablamos en los capítulos veinte
10 y seis y veinte y siete deste libro. Discurria por aquella sazon en Italia cierta compañía de Griegos, nombrados los Pelasgos, derramados y vagamundos en diversos cabos: porque dado que parte dellos se hallasen asentados en algunos lugares, eran mal compuestos y mal ordenados: otros no tenian asiento ni quietud, y por aquel respeto dañaban la region, tomando mantenimientos y cosas pertenecientes á su vida, donde quiera que podian: unas veces de gracia, quan-
11 do se las daban: otras veces por fuerza. Y como casi todos ellos fuese gente necesitada, sin vicio ni deleyte, segun lo son comunmente las personas guerreras, apartadas en region extraña: conocido que su denuedo los habia de valer entre la ferocidad y mal recogimiento, que tambien ellos hallaban entre los Italianos, hacíanse cada dia valientes y recios, muy acostumbrados á trabajos, y peligros, y recuentros con-
ti-

tinuos. Con estos Pelasgos trabáron confederacion los Aborigenes contra los Españoles Siculos vecinos de Roma, prometiendo que si les ayudaban en la guerra presente, les darian anchuras y términos entre sí, donde morasen á su placer, con muchas otras gratificaciones y haciendas, de que fuesen asaz contentos. Otra tal amistad pusiéron con una gente, lla- 12
mada los Umbros, Italianos tambien muy antiguos, y muy abundosos de gente, cercanos á la provincia de los mesmos Aborigenes: puesto que los tales Umbros habian traido dias ántes gran competencia con ellos, sobre cosas y pundonores que suelen acontecer entre naciones comarcanas, y juntamente tuviéron otra tal enemistad con aquellos Pelasgos arriba dichos, sobre no los recebir en su tierra, ni dexarles entrar en ella: dado que despues no lo pudiéron excusar. Y puesto 13
que las diferencias anduviesen floxas al presente, todavía quedaban reliquias dellas entre los unos y los otros: pero sobreseyéronlas para salir todos juntos, y las otras naciones Italianas de mas léjos, contra los Españoles Siculos. Así que pasados tres años despues 14
de comenzada su postrera qüestion, viniéron todas estas naciones, y se metiéron en multitud increible por la tierra de Lacio, que poseian aquellos Siculos Españoles, no perdonando cosa viva que les hallasen por el campo ni por lo poblado. Primeramente ga- 15
náronles aquellos Italianos la fuerza de Preneste con todas sus estancias, y fosas, y reparos en el contorno: despues asentáron sitio sobre Facenas, y Falerio, Cenina, y Antenes, Alsio, y Aterno, Ficulnes: y segun eran infinitos, no solo bastáron á tenerlas todas cercadas, y combatirlas: pero sobrábales mucha gente para destruir el campo, donde quiera que les placia: de manera que ni bastaba fuerza ni defensa para les resistir, aunque ninguna diligencia quedó por hacer de quantas eran posibles á contradiccion humana.

16 Visto por la mayor parte de los Españoles aquel diluvio de persecucion, y que tenian delante de sí enemigos mas que cien doblados, y ninguna confianza de socorro ni favor en España, segun era grande la turbacion que Licinio Cacos traia por ella, comenzáron á trabar pláticas encubiertas, y tentar alguna figura de concordia con los Aborigines Italianos, y con
17 los otros Pelasgos, Auruncos, y Umbros, contra quien batallaban. Finalmente despues de muchas alteraciones y porfias fué concertado que los Españoles Siculos restituyesen las villas de Cenina y Antenes á los Sabinos sus moradores antiguos: Alsio, Falerio, Facena, y
18 Aterno se diesen á los Pelasgos de Grecia para su morada perpetua. Todo lo restante de nuevo conquistado por los Españoles, fuese de los Aborigines Enotrios, y de los Auruncos, como sus ancianos lo poseyéron ántes, y que los Españoles Siculos en recompensa destos quedasen pacíficos y firmes en la defensa de Preneste, con todas sus fosas, cortijos, y reparos, quantos por aquellos derredores tenian formados, hasta donde fué poco despues edificada la poblacion, llamada Tibur, en que duráron muchos dias, como ya lo señalamos en otro lugar, muestras de las
19 tales fosas nombradas Siciliencias. Iten quedasen tambien los Españoles Siculos en su ciudad principal sobre las riberas del rio Tibre, llamada Albula, dentro
20 de la parte Saturnia, pedazo de Lacio, segun sus progenitores habian allí morado. La qual pudiesn acrecentar y fortalecer con mayores muros y pertrechos á su buena voluntad, tomando cerca della pastos y dehesas bastantes á sus ganados: pero si qualesquier de los Italianos, ó Pelasgos quisiesen poblar en el otro lado, frontero del rio Tibre sobre su ribera, lo pudiesen muy bien hacer aunque fuese restaurado cierto sitio que solia por allí ser poblado los tiempos antiguos: cuyas muestras, cimientos y paredones duraban

ban enteros por la raiz y por la cumbre del collado, que llamaban Janiculo, junto con la sobredicha ciudad Española: la qual ciudad dividian del tal monte 21
Janiculo las aguas del Tibre solamente. Y así fué, que luego comenzáron á parar allí muchos de los hombres llegados en esta guerra, que muy al contrario de quanto se pensaba tuviéron despues buena conversacion, y buena manera de vivir, apacible y provechosa para los Españoles sus comarcanos y fronte- 22
ros. Tal fué por el presente la concordia de los Españoles Siculos en Italia, con aquella tempestad y tormenta de gentes que venian á los destruir si pudieran: y con ella sucedió poco despues entre todos los unos y los otros tanta buena conformidad, que los mesmos Españoles y Españolas comenzáron á tomar mugeres y maridos de las hijas y hijos de aquellos Italianos, y de los Pelasgos, y tambien ellos de los Españoles, con que se les recreció parentesco perfecto: por lo qual mucho número de los tales Pelasgos pasáron á morar entre los mesmos Españoles, y de los Españoles entre los Pelasgos: y se hiciéron una mezcla de gente, y un pueblo, y una generacion tan provechosa, que por discurso de tiempo tuvo soberana prosperidad en aquellas tierras, y en otras mu- 23
chas fuera dellas. Todos así mezclados, tornáron al estilo que solian tener los Españoles Siculos de la vivienda pastoril, y derramáron sus ganados en aquellos contornos como solian: mas no por eso dexáron las armas, ni los otros arriscamientos pertenecientes á su conservacion en estas partes Italianas del rio Tibre, que ya desde grandes años ántes habian ocupado.

CA-

CAPITULO XXXIV.

Como muchos de los Españoles Siculos residentes en Italia, no quisiéron estar por el avenencia tratada con los Aborigenes, y por esto se pasáron en España, parte de los otros viniéron á Sicilia, donde hiciéron vecindad entre los Españoles que primero la moraban.

1 Concluidas aquellas concordias y provechosas avenencias en Italia quanto mejor fué posible con sacrificios y juramentos hechos en la ribera del rio Tibre, para la firmeza dellas aconteció que, como siempre la multitud y comunidad entre gentes vulgares tenga diversos pareceres y contrarias voluntades, no pudo ser este concierto con los Aborigenes Italianos tan á placer de todos aquellos Españoles, que muchos dellos, por no mezclarse con extrangeros, y por enojo tambien de los términos y tierras que se les daban en los tratos arriba dichos, se dividiéron de los otros Españoles que venian en la concordia: parte destos enojados de tan mal partido, desamparando la tierra de todo punto, tomáron el camino derecho de España, donde sabian haber sido su naturaleza primera: muchos otros con hijos y mugeres, y con quanta riqueza tenian, se viniéron á las montañas Italianas que se dicen Apeninas: pero como tambien aquí los persiguiesen otra nacion natural en la tierra que decian los Opicos, lanzándolos fuera de todas aquellas provincias, camináron á lo largo por estos montes sin parar en cabo ninguno hasta que llegados á la mar, y hechos algunos navíos, se pasáron á la isla de Sicilia para morar en ella con los otros sus parientes que por allí residian desde los tiempos antiguos, como ya lo diximos en algunos capítulos pasados,

dos, creyendo hallar en ellos amparo de sus trabajos. Mas como los Siculos Españoles nuevamente ve- 2
nidos eran cantidad, y quisiesen mayor espacio de tierra para morar de la que los otros les permitian, comenzáron á formar enemistades unos con otros, enojándose los Siculos y Sicanos primeros poseedores della: porque los tales recien venidos no les conocian obediencia, ni tomaban humilmente lo que no se les debia. De tal manera que fué necesario llegar
á las armas, y pasáron recuentros, y aun batallas, en 3
que los Siculos nuevamente venidos se diéron tan buena maña, que venciéron á los otros, y tuviéron á su voluntad quanto quisiéron de la provincia, quedando por allí muy asentados, y lanzando los otros contra las partes occidentales y meridionales de la isla, donde reposáron ellos tambien, y pusiéron des-
pues lo principal de su morada. Aquí se confirmó 4
mucho la nombradía de Sicilia, tanto por causa de los Españoles presentes, como por la de los otros que primero la moraban: y despues fuéron todos llamados Siculos, á causa del Rey Español nombrado
Siculo, que ya diximos haberlos allí traido. Algunos 5
Coronistas Latinos dicen que no por aquello se nombró Sicilia deste apellido, sino porque fué tierra junta con Italia, y que discurriendo los tiempos la mar la rompió, y metiéndose entre la una y la otra la dexó hecha isla qual agora la vemos, y porque Sicilita en Latin quiere decir cosa cortada y dividida, la
llamáron Sicilia. Dicen mas, que por esta causa los 6
Griegos llamáron tambien Regio á otro lugar en Italia frontero desta isla, porque en Griego Regini es lo mesmo que romper y apartar, el qual pueblo decimos agora Rijoles dentro del reyno de Nápoles, en
baxo de la gobernacion y señoríos Españoles. Mas da- 7
do que sea esto la causa del nombre de Sicilia, ó qualquier otra, muy cierto sabemos que los Españo-
les

les pobláron la mayor parte della, y que los tales se
llamáron allá y en Italia los Españoles Siculos: entre
los quales aquella postrera vez quando pasáron fué-
ron mezclados mucha parte de los otros linages tam-
bien Españoles nombrados Sicoros y Morgetes, gran-
demente reverenciados y estimados entre ellos por
8 ser de generacion antiquísima. Fuéronles á estos re-
partidos tambien términos en la isla donde morasen
á su parte, señaladamente los Morgetes, en lo que
tenian al presente por lo mejor de la tierra don-
de fundáron ellos una villa que fué llamada Mur-
gancio, por causa de su nombre dellos, muy bien
reparada de todo quanto le fué menester, y muy
estimada de todos los otros sus parientes y sus ami-
gos, y muy nombrada por las historias y por los
Autores de Cosmographía, considerada su gran an-
9 tigüedad. Vino tambien con los otros Españoles de
Italia, que deste camino y desbarato tornáron en Es-
paña cierta compañía de aquellos Morgetes mesmos
con deseo de reconocer y ver la tierra donde proce-
diéron sus antepasados: y destos Morgetes quando por
acá llegáron, una pieza dellos asentó sobre la mari-
na del Andalucía, junto con la lengua del agua, don-
de fundáron una villa de sitio fuerte y arriscado, que
fué nombrada Murgis, llamada en este nuestro tiem-
po Muxacra, de quien muchas veces harémos memo-
10 ria por esta nuestra Corónica. Otra parte de los Mor-
getes entró mas dentro de la tierra, y allí cimentá-
ron otra poblacion que asimesmo dixéron Murge: la
qual hoy dia dicen Murga, no tan grande ni señala-
da como la primera, pero no ménos antigua, cuyo
11 sitio tambien declararémos adelante. Quieren decir al-
gunas personas de nuestro tiempo ser tambien pobla-
cion de los Morgetes venidos en España la ciudad que
llamamos agora Murcia, mucho populosa y principal
en los Señoríos de Castilla, nueve leguas apartada de
Car-

Cartagena contra el Septentrional Oriental, dentro de la tierra, pero yo no hallo tal memoria por Historiador alguno de los nuestros ni de los extraños: solo tengo por cierto en este caso, que quando los Morgetes acá hiciéron en la poblacion de los dos lugares primeros, y en los otros negocios de Sicilia sucedió casi por el tiempo que Cacos Licinio tiranizaba con sus alborotos algunas provincias Españolas, agora fuese contra Palatuo segun Juan de Viterbo lo dicen agora contra qualesquier otras gentes ó personas casi en el año de mil y docientos y setenta y nueve, primero que nuestro Señor Jesu-Christo naciese, que fué justamente ochenta años ántes que los Griegos comenzasen la guerra famosa de Troya, segun lo dexó señalado Filistio Siracusano con mucha verdad en sus Historias, aun que quanto á lo demas él y los otros Griegos que desto hablan, parece que supiéron poco de raiz quién fuesen aquellos Siculos, en cuya compañía viniéron los Morgetes á Sicilia segun la diversidad de pareceres, que dellos escribe Dionisio Halicarnaseo en el primer libro de sus
Historias. Engáñanse mucho los que piensan el rey Si- 12
culo antiguo haber pasado con ellos esta postrera vez en Sicilia, pues fué cierto que muchos tiempos ántes era ya muerto, como en la Escritura precedente
te queda bien declarado. Mejor lo supiéron Solino, 13
Tucidides, Estrabon, y muchos otros que sin escrúpulo ninguno los hacen y confiesan Españoles, dado que Tucidides ponga la venida de los Siculos Españoles despues de las primeras guerras Troyanas, en lo qual solo tiene contradiccion de muchos y buenos Coronistas, que la ponen en el tiempo que la dexamos aquí señalada, quando segun ya dixe, Cacos Licinio, revolvia con guerras y turbaciones, lo mas y mejor poblado que se moraba por España, del qual y de Palatuo su competidor será bien tornar á decir

lo restante que sabemos dellos, pues tambien los asientos de nuestros Españoles en Sicilia y en Italia, parte principal desta Corónica que daban al presente firmes y fundados allá, sin que las historias declaren otra mudanza ni diversidad en ella, mas de las que ya dexamos contadas en los dos capítulos precedentes.

CAPITULO XXXV.

Como despues que pasáron las cosas arriba dichas huviéron segunda batalla campal Cacos y Palatuo, mediante la qual Palatuo cobró todos los estados que primero tuvo perdidos, y Cacos salió huyendo de las Españas, y pasó con algunos hombres revoltosos en Italia, donde vivió lo restante de sus dias.

Puesto que Palatuo despues de ser vencido, nunca dexó de se llamar Rey de España, dado que peregrinase fuera della, pero las Historias á quien yo sigo, no cuentan el primer tiempo de su principado mas de hasta la batalla que declaramos en los treinta y dos capítulos deste libro, desde la qual siempre
21 nombran á Cacos por Señor absoluto de lo que se gobernaba por Reyes en España: y así dicen que reynó por allí treinta y seis años, mas cautelosamente,
1 que por justa causa ni buen título. Dicen mas, haber pasado todos estos años tantas contiendas y diferencias con los amigos y parientes del Rey Palatuo, que
2 jamas pudo tener descanso ni seguridad. Junto con esto fuéle mucho menester andar en avisos continuos, y muy apercebido: porque Palatuo, despues que salió de España, procuraba favores en muchas partes de diversos Príncipes y Señores en otras tierras: mas á la fin visto que nadie le socorria, y sabido tambien, que sus aficionados y parciales mantenian acá todavía la pendencia contra Cacos, dió vuelta con

esos

esos que le seguian en España. Con ellos, y con la 3
mas gente que pudo recoger tornó segunda vez contra Cacos: y pasáron todos una pelea bravísima, mucho mas batallada que la primera: de la qual finalmente salió Cacos tan destrozado y tan deshecho, que por ninguna via se pudo reparar ni sostener en provincia ni comarca de España, y así le convino dexar todas las tierras usurpadas, y pasar en Italia con una hermana suya, no ménos guerrera y traviesa que lo podia ser él mesmo, creyendo hallarian ambos en los Españoles residentes allá socorros de gentes, ó favor, ó manera para tornar en las Españas, y revolver el mundo con ellas. Pero como despues de llega- 4
dos, viesen que destos Españoles, ya los unos eran pasados en Sicilia, los otros quedaban amigos y pacíficos entre los Enotrios, Aborigenes, Auruncos y Pelasgos de la region, y que nadie le hacia rostro, ni mostraba buena voluntad á la turbacion y desasosiegos que Licinio llevaba presupuestos, ni tenia remedio para procurar su tornada, ni continuar sus bullicios en España, quedóse por aquellas tierras, en conversacion y vivienda de cierto Capitan, que llamaban Evandro, Griego de nacion, y natural en una provincia de la Morea, nombrada por aquellos dias Arcadia: el qual era venido pocos años ántes en las regiones Italianas con razonable compañía de Griegos Arcadas, y mostrábase caballero de tan virtuosas intenciones, tan prudente, tan amigo de justicia, que no solamente sus naturales y súbditos, sino tambien los Españoles Siculos, y los Italianos fronteros á ellos, moradores en el monte Janículo, y mucho número de los Aborigenes nuevamente confederados, y harta parte de los Pelasgos, con otros comarcanos y confines á su provincia, se dexaban gobernar por él. Este, como digo, recogió quanto bien pudo la persona de Licinio Cacos: y por complacer á los Españoles entre

quien vivia, le permitió, que pudiese morar en un sitio nombrado la Salina junto con Roma, donde muchos años adelante, quando los adarbes, ó muros Romanos fuéron alargados en mayor espacio, tuviéron una puerta llamada Trigemina, que llaman agora la puerta de San Pablo, no léjos del rio Tibre contra las partes meridionales del pueblo.
5 Mas como Licinio de su natural fuese deseoso de mandar, y donde quiera ser el mayor, en conseqüencia de lo qual procurase novedades, y tentase continuos bullicios y travesuras de muchas diversidades y maneras, no se pudo conservar allí muchos dias; y lanzado casi por fuerza de la provincia, se mudó para cierto Rey de los Marsos, que fuéron en aquel siglo pueblos Italianos moradores en la tierra de Pulla, contenidos en el Reyno de Nápoles, donde Licinio se detuvo harto tiempo muy bien tratado del Rey sobredicho, que le daba parte de sus negocios y dependencias, por
6 conocer en él habilidad y suficiencia para toda cosa, si no lo turbara la braveza de su condicion. En este comedio le hiciéron Embaxador aquellos Marsos, y su Rey á Tarcon, Príncipe de los Tirrenos, pueblos eso mesmo poderosos y crecidos en Italia, tanto, que muchos pedazos de las otras naciones sus comarcanas, por solo vivir cerca dellos, perdian el nombre de sus regiones antiguas, y se llamaban generalmente Tirrenos: de lo qual cupo tambien parte á los Pelasgos competidores y contrarios á los Españoles Siculos, de quien hablamos en los treinta y tres capítulos pasados, que muchos Autores los nombran tambien Tirrenos, aunque sin duda fuéron diversos
7 unos con otros. Iten la mar Italiana, quanta viene frontera de Pisa, de Roma, de Nápoles, y de todos los puertos y riberas entre medias á ellos, antiguamente se decia mar Tirreno, por causa destos pueblos Tirrenos, á quien fué Licinio por Embaxador aque-

äquella vez. El mensage que les traxo, no declaran 8
nuestras Corónicas lo que contenia, ni si fuese de
paz ó de guerra, ni si fuese leal ó cauteloso: pero
confiesan que despues de llegado Licinio Cacos, á buena fe, sin mal engaño, Tarcon Rey Tirreno lo mandó prender, y dió cargo de su prision á cierto caballero nombrado Megale. Dicen otros que Megale 9
vino por compañero de Licinio Cacos en este camino, como persona de consejo, para gobernar el negocio de su demanda, porque siempre fué tenido Megale por hombre reposado y de buen entendimiento: los quales ambos quedáron allí presos por mandado del Rey Tarcon, y detenidos forzosamente, muy guardados en una cueva profunda soterraña. Pero co- 10
mo quiera que sea, Licinio Cacos hizo la cosa tan sagazmente, que no solo quebrantó las prisiones, y pudo tornar al Príncipe de los Marsios libre de todo punto, sino Megale vino tambien con él, y nunca le desamparó todos los dias de su vida. Poco despues 11
Licinio y su hermana dexáron el estancia de los Marsios; y se pasáron á las dehesas de Campaña, que llaman agora Campo de Labor, donde hiciéron asiento sobre la ribera del rio Volturno, cuyas aguas toma la mar cerca de Bayas y de Puzol en la costa del mesmo reyno de Nápoles. Aquí se llegáron á Lici- 12
nio compañías de gente desmandada, deseosa de novedades y tiranías: con lo qual, y con su hermana denodada, y osada tanto como qualquier dellos dañaba todos sus contornos y derredores, y los traia fatigados y sujetos: reparó castillos y fortalezas para se recoger él y ellos quando fuese necesidad, y con esto se fortificaba tanto cada dia, que corria libremente hasta las puertas de Roma, sin dexar á sus moradores ganados, ni gente, ni cosa de quanta les pudiese tomar ó destruir, en especial á los Arcades Griegos, y su Capitan Evandro, con quien formaba

13 ba particular enemistad. Esto fué causa, que los ta-
les Arcades Griegos, y las otras naciones Italianas y
Griegas, sus confederadas, le mudasen el nombre pro-
pio de Licinio que primero tenia, y le comenzáron
á llamar el nombre de Cacos, que significa en su
lengua Griega tanto como malo y perverso, y á su
hermana por el semejante llamáron tambien Caca.
14 Donde parece manifiestamente no decir bien los que
publican, el cerro de Moncayo acá en España, ha-
ber sido llamado monte de Caco, por su causa dél,
como lo quieren afirmar los Coronistas modernos
Españoles, pues en el tiempo que por acá moro siem-
pre se llamó Licinio; despues de huido le pusiéron
allá los Italianos y Griegos aquel apellido Cacos, no
como nombre propio, sino por injuriarle y denos-
tarle, como solemos ahora llamar á los tales malva-
15 dos y perversos. Casi en los once años de la tira-
nía que señalan á Cacos en España, hallamos por
las Corónicas haber sido poblada la ciudad de Tiro,
en la provincia de Suria, por unas gentes del mar
Bermejo, á quien los Griegos llaman el mar Eritreo,
las quales viniéron á la sazon por aquellas partes bus-
cando tierra donde parasen ayuntados con otros ve-
cinos de una ciudad principal nombrada Sidon, que
tambien andaban huidos de su pueblo, porque el
Rey de los Ascalonitas los habia pocos dias ántes des-
truido: fundáron todos juntos este lugar de Tiro: pues-
to que algunas otras Corónicas afirman, que los dias
y tiempos en que Tiro se pobló fuéron algo mas ade-
lante, casi en la edad que los Griegos destruyéron
16 á Troya, como presto se verá. Pero lo primero tie-
ne mas crédito, y en qualquiera sazon que ello fué-
se conviene mucho para nuestra Corónica hacer cuen-
ta deste pueblo por haber sido muy señalado en las
partes de Levante, tal que despues saliéron dél gen-
tes que sojuzgáron algunas provincias en España, co-
mo

mo en el segundo libro escribirémos lo mas abundante que fuere posible.

CAPITULO XXXVI.

Del salto que cerca destos tiempos ciertos cosarios Griegos hiciéron por la mar en España, y de la parte donde primero paráron en ella. Declárase tambien quién fuéron estos cosarios, y toda la razon y discurso de sus intentos, y de su viage.

Estando las cosas Españolas en aquel punto pa- 1
cíficas al parecer con el ausencia de Cacos, ó por mejor decir, no tan turbadas como solian, siempre por la marina de España sucedian algunos acontecimientos memorables, entre los quales fué mucho para notar la venida de ciertos cosarios Griegos que pocos dias despues tomáron tierra junto con el estrecho que se hace entre Africa y España. Estos (á lo que despues pareció) fuéron mancebos mucho valientes, escogidos entre la flor de la gente Griega, cuyo Capitan llamaban Alceo, á quien despues sus naturales dixéron por sobrenombre Yraclis, y las otras gentes le llamáron Hércules el de Grecia, ó Hércules el Tebano, por ser natural de una ciudad Griega nombrada Tebas: y los Poetas de aquella tierra le atribuyéron en sus escrituras todos los esfuerzos y hazañas que Hércules el Egipciano antiguo, y otros Hércules de naciones extrañas hubiéron hecho por
diversas partes del mundo. Discrepan los Autores, á 2
quien yo sigo, en señalar el viage que los tales cosarios Griegos traian, quando en aquella parte de España saltáron: diciendo los unos, que su viage fué desde la isla de Creta, que agora llamamos Candía, todo por el mar que nombran algunos Mediterráneo: porfian otros, que no desde Creto, sino desde

de Afete, una estancia ó punta de tierra, llamada
deste nombre en la provincia de los Magnesios, cer-
ca de Pegaso, comenzáron la navegacion: porque
así se habia labrado una fusta grande, de muy nue-
va manera, llamada Argos, en que se metiéron mu-
chas personas principales de Grecia, para caminar aque-
lla jornada, y entre ellos uno nombrado Jason, que
tambien juntamente con Alceo, fué tenido por Capi-
3 tan principal de todos. Desta fusta hacen crecida me-
moria los mas de los poetas, quando hablan en aquel
viage, publicándola con extrañas alabanzas, y dicien-
1 do ser larga de faccion, y segun la figura que se se-
ñalan y pintan mucho semejante con las galeras des-
te nuestro tiempo, pero tan pequeña, dado que por
aquel tiempo pareciese demasiada grande, que solos
quarenta hombres de aquellos principales cosarios
eran los que residian en ella, y la remaban, y re-
gian y ocupaban, á los quales llamáron Argonautas,
por razon del nombre Argos que tenia su navío: tam-
bien les acostumbran llamar Minias; porque segun
dice Apolonio, los mas dellos procedian de cierto
4 linage Griego así dicho. Pero dado que los Poetas
en aquella jornada no hagan memoria de mas deste
navío Argos, la verdad es, que tambien otras fus-
tas y barcas, le tuviéron compañía: puesto que no
fuéron tan crecidas ni principales, donde los cosarios
Argonautas pusiéron copia de gente bien armada, se-
5 gun la manera de su tiempo. Con la qual, saliendo
de aquella estancia de Afete sobredicha, navegáron la
mar de Elesponto, con todos sus confines, á quien
6 decimos en estos dias el brazo de San Jorge. Luego
pasáron el estrecho de Tracia, por cerca de donde
7 fué despues edificada Constantinopla. Despues nave-
gáron en la mar de Letana, sobre la tierra nombra-
da Colcos, de quien tenian relacion ser muy abasta-
da de riquezas: y allí se detuviéron algunos dias, ha-
cien-

ciendo tantos daños, que finalmente, robando lo mejor della, tomáron todos los tesoros del Rey que la señoreaba, llamado Acta: y aun muchos afirman haberlo muerto sobre la tal demanda. Esto concluido, volviéron á sus navíos cargados con aquel robo: y casi luego dicen los que mas cierto hablan en ello, que les recreció tan terrible tormenta, que la fusta capitana fué despedazada de todo punto, sin podella remediar, y los que viniéron en ella muy trabajosamente pudiéron guarecer en algunos de los otros navíos menores, donde se recogiéron: los quales asimesmo con la furia del mar fuéron divididos en dos partes: unos bolviéron á sus tierras con el Capitan Jason, muy destrozados y deshechos: los otros con el otro Capitan Alceo pasáron adelante, durando todavía la fortuna, por unas angosturas y baxíos de mar muy peligrosos, que se hacen por la tierra de los Cimerios, en que se junta la mar sobredicha de Latana con las aguas que nombran Laguna Meotis, en la qual entra Tanais rio principal, que divide las tierras de Asia con Europa sobre la parte septentrional. Aquí di- 8
cen tambien que se les acabáron de hender y desatar todas sus barcas restantes, en que caminaban, y que por esto saliéron ellos á tierra nadando, muy fatigados en demasía: y como de todo punto se viesen perdidos, anduviéron desatinados por aquellas tierras septentrionales, discurriendo á unas partes y á otras, peleando diversas veces con los naturales dellas, que se les mostraban mucho terribles, hasta que por gran ventura llegáron á las riberas del Océano Septentrional, y allí hechos de nuevo bateles y fustas, viniéron costeando por la ribera contra la vuelta del Occidente, por todas las marinas que tienen agora los Alemanes, y por los Olandeses, y por Flandes y Picardia y Bretaña: donde hiciéron saltos y robos, que no convienen aquí ser escritos, pues no perte-

nece al propósito de España. Navegáron tambien al quarto lado septentrional de las marinas Españolas, quanto viene desde Fuente Rabía, hasta la punta de Finis-terra dentro de Galicia: despues viniéron al otro tercero lado, que cae sobre la vuelta de Poniente, hasta dar en el cabo de San Vicente, con mas lo postrero del segundo, que por estos dias casi no tenian poblacion todos ellos, ó si las habia fuéron muy pocas, hasta que por las mesmas aguas del Océano tomáron la primera boca del estrecho, y saliéron á la segunda, donde son los principios del sobredicho
9 nuestro mar Mediterráneo. Y aquí por esta parte concordan todas las Historias que dello hablan, haber sido la tierra donde los cosarios Griegos con el Capitan Alceo hiciéron acá su primer salto, de quien agora tratabamos en este capítulo presente.

CAPITULO XXXVII.

Como la villa de Gibraltar, á quien muchos Autores Cosmógraphos llaman en sus libros Heraclea, fué nuevamente poblada en España; y de ciertas cosas que los cosarios Griegos arriba dichos hiciéron algunos dias que por cerca della se detuviéron.

1 Luego como los cosarios Griegos allí se detuviéron, en habiendo reposado pocos dias del trabajo pasado, lo primero que procuráron fué reparar sus navíos y barcas de las quiebras y hendeduras que la mar les habia hecho durante su tan largo viage: lo qual fenecido comenzáron á salir por la tierra, y á robar ganados y mantenimientos para su provision.
2 A la revuelta desto prendian algunos hombres para saber dellos entre qué gentes Españolas podian hallar plata y oro, de quien ya tenian informacion haber

ber abundancia en los mineros de España: pero como las gentes, en quien este daño se hizo, fuesen todos pastores, juntáronse prestamente para se defender: y vueltos otra vez parte de aquellos Griegos con la mesma demanda, fuéron recibidos de tan mala manera, que despues de haber peleado con ellos, y defendídoles los ganados que solian robar, les hiciéron dar vuelta, y siguiéron el alcance hasta los navíos, metiéndose por el agua tras ellos, hiriendo y matando quantos alcanzaban: el daño fuera mucho mayor, si Alceo, su Capitan, con los otros principales de la compañía no salieran á los amparar: los quales, resistiéndoles unas veces con fuerzas, otras veces con buenas palabras, pudiéron aplacar los pastores Andaluces, y apartarlos de aquella furia, dándoles á sentir con señas y con razones, como mejor podian, haber allí parado con pura necesidad, hasta bastecerse de sus faltas, y para remediar los navíos y fustas que venian muy dañadas, y tambien ellos muy fatigados de cierta peregrinacion, en que los dioses inmortales los habian metido, la mayor que hasta los dias presentes nunca personas humanas anduviéron por el agua: la qual, si pudiesen acabar, habian rodeado todas las provincias de Europa por sus marinas, en que dexaban publicada la divinidad de sus dioses á muchas gentes de diversas tierras que no los conocian, enseñándoles la manera de sacrificios y devociones con que los habian de servir y reverenciar, y mas otras muchas cosas pertenecientes á tal caso, que los mesmos dioses decian ellos haberles mandado, para que las gentes viniesen á su reconocimiento: y aun creian tambien que con algun misterio celestial eran llegados en España, por permision y secreto divino, para remediar algunos defectos que las gentes Españolas tendrian en sus plegarias: finalmente tantas razones dixéron los Griegos

Argonautas, y tan buenas maneras y cautelas buscáron con aquellos pastores, que de contrarios les hiciéron amigos, y tuviéron dellos quantas provisiones y carnageles fué menester, sin algun interese ni precio. Con ello recibiéron tambien grandes y muchos pedazos de plata y de oro que contino les traian, no como cosa de valor, ni de mucho precio entre los Españoles, á quanto se pudo sentir, sino como cosa de quien ya tenian ellos y sus progenitores noticia, creo yo que desde los tiempos de Gerion: y sabian bien que muchas otras gentes buscaban estos
4 metales, y los tenian en estima. Con la codicia de recoger esto, se detuviéron allí los Griegos y su Capitan algunos dias, exercitándose quanto mejor sabian y podian en saltar y correr, y luchar y hacer vueltas y tiros con flechas muy extrañas: traian eso mesmo singular música de flautas y de cuerdas, y de voces diversas, y mas artizada que la música de España, con que nuestros pastores andaban atónitos en pos dellos, maravillados de verselo hacer: mas porque sobre todo pusiesen mayor color á su detenimiento, comenzáron aquellos Argonautas de juntar algunos destos Españoles cerca de aquella boca del estrecho, declarándoles ser lugar mucho provechoso para tener allí poblacion por las excelencias de su buen sitio: y como á la verdad los mas desta gente Griega fuesen hombres autorizados en las personas, y la novedad de sus trages, y los exercicios en que por aquellos dias se detuviéron, nunca mejor cosa, ni de tanta desenvoltura y buena gracia fuese vista por España, no solo creyéron los pastores Andaluces ser hombres enviados por los dioses, sino ser ellos mesmos los dioses verdaderos, y por tales comenzáron á los reverenciar, en especial á su Capitan Alceo, que los otros todos obedecian, no se recordando de las muertes y daños que

les

les hubiéron hecho la pelea primera quando desem-
barcáron, como se pudo hacer en hombres flacos y
mortales: ni considerando ser cosarios y salteadores
manifiestos, contrarios en sus obras, á lo que qual-
quier hombre bueno debe procurar en el mundo,
quanto mas el que deba ser tenido por dios, aun-
que los Poetas los alaben, trastrocando casi toda la
verdad deste negocio, disimulándolo y adornándolo
con fábulas y ficciones como suelen á muchas otras
cosas, que con aquel artificio las hacen parecer bue- 5
nas no lo siendo, sino malas y perversas. Desta ma-
nera ya dicha, quedáron fundadas por allí chozas ó
caserías, á manera de pueblo, casi en la parte mes-
ma donde hallamos agora la villa de Gibraltar, ó
muy cerca della, á quien despues los antiguos dixé-
ron Heraclea, por causa del sobrenombe Yraclis,
que este Capitan Alceo tuvo entre los Gentiles, y te-
nian quando la principió. Fué cimentada por las rai- 6
ces occidentales del risco llamado Calpe, sobre la
segunda boca del estrecho, contra nuestro mar Me-
diterráneo: cuya postura señalamos en el fin del ca-
torceno capítulo deste primer libro, donde los cosa-
rios Argonautas desembarcáron aquella vez, y pasá-
ron los trances y negocios arriba declarados.

CAPITULO XXXVIII.

De las nombradías viejas que la poblacion de Gibraltar, de quien agora hablabamos, tuvo los tiempos antiguos, y por qué razon fuéron así dichas. Declárase la manera que sus primeros moradores usaban en ciertos juegos y pasatiempos, donde se tiene creido que le pudo resultar alguna parte de los tales apellidos.

Dos nombres comunes hallamos entre los Escri- 1
tores Latinos y Griegos haber tenido la poblacion de
Gi-

Gibraltar, de quien agora tratabamos todos sus tiempos antiguos: el uno dixéron Heraclea por la causa que ya pusimos en el fin del capítulo pasado: la segunda nombradía fué llamarle Calpe, cuya razon, segun dicen algunos, procedió de que los Andaluces ancianos en su lengua vieja solian llamar Calepas y Calpes á qualesquier cosas enhiestas y levantadas, agora fuesen peñascos, ó pizarras, ó maderos, ó piedras menores, como lo significamos en los diez y ocho capítulos precedentes: y dicen que con estar allí junto de Gibraltar sobre sus marinas el risco, que ya dixe muy encumbrado y enhiesto, qual hoy dia parece, lo llamaban Calpes aquellos Andaluces pasados: y por su respecto la mesma poblacion vino tambien á tener despues aquel propio nombre.

2 No faltan otras personas que siguiendo las Escrituras Griegas pongan esta razon del nombre Calpes mucho diversamente, diciendo, que quando los cosarios Argonautas desembarcáron en España, cerca del estrecho, segun ya lo declaramos, al tiempo que hacian sus exercicios arriba dichos, de saltos y luchas, y músicas acordadas, bien así como los pastores Españoles comarcanos recibian contentamiento grande, mirando las tales desenvolturas y ligerezas, no ménos aquellos Griegos recien venidos notaban algunos juegos, dado que trabajosos y dificiles, que los mesmos pastores obraban entre sí para su recreacion y deporte: particularmente consideráron un regocijo de caballos, donde ciertos dias aplazados venian todos
3 á se juntar como para cosa de gran pundonor. El
4 qual regocijo hacian desta manera. Tomaban yeguas en pelo, quanto mas corredoras y ligeras podian haber, y puestos ellos encima desnudos sin alguna ropa, ataban en las quixadas barbicachos de rama, torcidos y majados á manera de freno, con que salian del puesto dos á dos á la par corriendo lo mas que

sus

sus yeguas podian, para llegar á cierta señal de pi-
zarras enhiestas, ó de maderos hincados y levantados
en fin de la carrera. Venidos al medio trecho de su 5
corrida saltaban de las yeguas en tierra, no las parando
ni deteniendo: y así trabados por el barbicacho, cor-
rian tambien ellos á pie, sin las dexar, puesto que mas
furia llevasen: porque si las dexaban ó se despren-
dian dellas, y no sustentaban el freno continuamen-
te, hasta ser pasada la carrera, perdian la reputacion
y las apuestas, quedando tan amenguados y venci-
dos, quanto quedaria triunfante quien primero lle-
gase con su yegua para tomar la presa que tenian en
el fin de la carrera sobre las pizarras ó maderos hin-
cados. Quando saltaban de sus yeguas, dicen que les
iban hablando porque no se detuviesen, voceándo- 6
les y diciéndoles á menudo palabras animosas y dul-
ces: llamábanles pies hermosos, generosas en el cor-
rer, casta real, hembras preciosas, acrecentadoras de
sus honras, y mas otras razones muchas con que las
tenian vezadas, á no se parar ni perder el ímpetu
comenzado: de manera que los tropeles en este punto,
los pundonores y regocijos de correr, y de no mos-
trar floxedad era cosa mucho de notar, así por la
parte de los hombres, como por parte de las yeguas.
A los Griegos Argonautas les pareció juego tan va-
ronil que muchas veces lo probáron tambien ellos 7
á revuelta de los Españoles, como quiera que jamas
pudiéron tener aquella vigilancia ni ligereza, ni re-
ciura que tenian estos otros para durar con sus yeguas.
Y daño que las tales yeguas corriesen harto furiosas,
y les enseñasen muchos dias ántes á seguir estas pa- 8
rejas, quanto mejor entendian á la verdad, ni las de
los unos, ni las de los otros corrian tanto despues
que saltaban dellas, como quando los traian encima:
y así las palabras que los Griegos en aquella sazon
puestos á pie hablaban eran tambien al mesmo pro-
po-

pósito conformes á las de los Andaluces Españoles
en su lengua provincial, nombrándolas Calopes, Ca-
lopes, Calopes á la contina, que fué palabra Grie-
ga, compuesta de dos vocablos: uno Calos, que sig-
nifica cosa hermosa, ligera y agraciada: otro Pus, que
quiere decir pie, como que las llamasen pies agra-
ciados, ó pies desenvueltos y ligeros: y por abre-
viar mas el vocablo, para que sus yeguas lo pudie-
sen mas presto sentir, acortábanlo con una letra mé-
nos en el medio, y en lugar de nombrarlas Calo-
pes, les decian Calpes, que significa lo mesmo que
Calopes: la qual palabra me parece dura todavía has-
ta nuestro siglo presente, donde pocas letras muda-
das, por decir Calopes ó Calpes, lo pronunciamos
Galopes, quando los caballos y yeguas, ó quales-
quier otros animales, no corren á todo poder sino
trote largo seguido. Vino desto que las mesmas fies-
9 tas y manera del juego se nombráron Calpes: da-
do que para conmigo bastara saber la victoria deste
juego consistir en ligereza de pies, y por eso solo
deberse llamar Calopes ó Calpe, sin añadir lo que
hablaban á las yeguas, pues aquello primero compre-
hende bastantemente la razon deste vocablo. Pero si
10 todavía fué cierto que les decian aquellas palabras
quando corrian sus parejas, ninguna cosa daña de-
xarlas aquí puestas. Dicen mas el risco sobre la mar,
11 cerca del qual declaramos haberse primeramente fun-
dado las chozas, y cimentado la poblacion de Gi-
braltar, haber quedado tambien llamado Calpes entre
los Griegos, por hacer los pastores Andaluces en sus
contornos y faldas estos regocijos y placeres. La po-
blacion otrosí despues que tuvo manera de pueblo
mayor, hallamos eso mesmo llamarse Calpe, mas
contino que Heraclea: puesto que retenga los ape-
llidos ambos entre muchos Escritores Griegos y La-
tinos, como quiera que los Autores mas consi-
de-

derados, y que propiamente quieren hablar en sus libros, al risco solo llaman siempre Calpes, y á la poblacion dicen Heraclea. Con tal nombradía perseveró largos años, reputándola quantas naciones y 12
personas della tuviéron noticia, por lugar de grandes provechos, á causa de su buen asiento, tanto que los Romanos mucho despues en el tiempo que poseyéron las Españas, lo hiciéron astillero mayor de sus flotas, donde labraban navíos, y tenian todo su depósito de remos, velas, cuerdas, áncoras, clavazon, betunes y xarcias necesarias para las armadas del Occidente, como lo platicarémos en su lugar y tiempo, quando con el favor de nuestro Señor Dios trataremos apuradamente la faccion y postura desta ciudad y de su risco por otros diversos capítulos en la tercera parte desta gran Obra. Confiesan muchos Autores peregrinos haber llevado los Griegos Argonautas 13
á su tierra la manera del juego de Calpes, por la mesma forma que lo trataban en España: pero dicen haberlo hallado tan dificil, que ningun Griego bastó para salir bien con él, como salian acá. Y así lo dexáron en Grecia de continuar mucho tiempo, hasta que pa- 14
sados largos ochocientos años, casi en la Olimpiada setenta y una, que fué quatrocientos y noventa y cinco años ántes del advenimiento de nuestro Señor Dios, lo tornáron á probar una vez: y viéndolo tan trabajoso, desistiéron dél para siempre: lo qual no dexáron en otros exercicios mas blandos, que tomáron de gentes diversas. Deste juego, llamado Calpes no hace memoria Juliano Diacono quando declara 15
las nombradías de Gibraltar, sino de los negocios no mas contenidos en los dos capítulos pasados: y certifica ser aquello todo lo principal que detuvo los Argonautas cosarios en España, con su Capitan Alceo, á quien ya diximos haber otras gentes llamado Hércules el Tebano, por ser natural de Tebas, ciu-

dad principal entre las muy nombradas de Grecia.
16 Todo lo demas quanto dél hablan en lo de por acá dice ser cosas fingidas y compuestas, á quien ruega que los hombres leidos y prudentes no den autoridad. Alega por Autores á Timostenes y Sostenes: certifica y consiente, que con aquella cautela ya dicha de la tal navegacion los Griegos cosarios, acá venidos, y su Capitan Hércules Alceo, recogiéron en aquel poco tiempo que por cerca de Gibraltar se detuviéron riquezas en cantidad, y muchas barras ó pedazos de plata y de oro, grandes y preciosos: los quales, vueltos á sus tierras, derramáron en Grecia, y comenzáron á ennoblecer sus provincias; porque dado que por aquel tiempo la gente Griega no tuviese dinero de ningun metal en sus contrataciones, estimaban mucho la plata y el oro para vasijas preciosas, y para los otros adornamentos de ropas y de sus personas y
17 casas. Tambien hace mencion desta venida en España de aquellos Argonautas, y su Capitan Hércules Don Rodrigo Ximenez, Arzobispo de Toledo, en sus Corónicas: dado que quanto á este caso yo sé bien haber otro singular Escritor Griego de gran autoridad, á quien suelen llamar Ecateo, que de todo punto niega, jamas Hércules Griego ser entrado ni venido por España: pero tantos Autores le contradicen, y tan ciertas muestras ó señales Griegas quedáron acá de su venida (segun las ponen Estrabon y Diodoro Siculo) que me parece peligro dexar estos tales por seguir el dicho solo de Ecateo: quanto mas que según imagino yo su relacion se puede bien entender, que no entraria Hércules Alceo en España para residir en ella de reposo, ni asiento, como fué la residencia del otro gran Hércules antiguo, hijo del Rey Osiris, que moró y murió en ella, segun en lo pasado dexamos escrito.

CA-

CAPITULO XXXIX.

Como los cosarios Griegos Argonautas, despues que moviéron de Gibraltar, pasáron á las islas de Mallorca y Menorca para las robar; y de la manera que las gentes destas islas tenian en aquellos dias: y como Cacos fué muerto poco despues en Italia por Hércules Alceo, Capitan de los mesmos cosarios Argonautas.

Principiada la fundacion en esta villa Calpe He- 1
raclea, que nombramos agora Gibraltar, por la manera sobredicha, quedáron en ella con los pastores Españoles algunos Griegos que venian en el armada movidos por la fertilidad que sintiéron en la provin-
cia. Todos los restantes partiéron luego de allí con 2
sus fustas, y pasáron á las tierras Africanas, que caian muy cerca donde al presente se hallaban ellos en España, por ver la manera desta region y de su gente: y allí tambien habiéndose detenido hartos dias, unas veces en placeres, otras en tomar cosas de la tierra, tambien otras en debates y qüestiones con algunos que les venian al encuentro: finalmente se tornáron á la mar, prosiguiendo su jornada contra las partes de Grecia, donde primero saliéron y fuéron naturales, costeando siempre la marina de España, quanto mas junto podian á la ribera, sin osar engolfarse, por no se perder en las aguas y honduras de quien al presen-
te no tenian conocimiento. En este viage saliéron di- 3
versas veces por la costa, y en algunas partes recibian de los Españoles, que por ellas moraban, mantenimientos y pedazos de plata y de oro, y piedras preciosas que les daban graciosamente: por otras robaban forzosamente con daño si podian quando no los acogian de buena voluntad, puesto que todos sus

acometimientos y robos fuéron siempre hechos de
presto, sin esperar á que la gente se juntase contra
4 ellos en parte ninguna. Con aquella cautela llegáron
á la Marina, frontera de Monvedre, donde fuéron re-
cibidos y tratados humanamente; como de gente pues-
ta mas en razon que ninguna de quantas en aquel
viage topáron en España: pero de tal manera que
sintiéron bien no convenir desmandarse para hacerles
desafuero ni demasía, segun los de Monvedre tenian
buen recaudo de guardas y concierto por la comar-
5 ca. Despues de informados allí de todo el estado de
la provincia, y de quién eran los que la moraban y
regian con sus derredores y contornos, tuviéron re-
lacion de las islas, llamadas Mallorca y Menorca, y
que caian en una pequeña traviesa, frontero y muy
cerca destas marinas: en las quales islas creyéron es-
tos cosarios Griegos y su Capitan Alceo, que halla-
rian facilidad y buen aparejo para las robar de todo
lo precioso que tuviesen, por ser la gente dellas, se-
gun los de Monvedre les informaban, desalmada, sil-
vestre, y sin defensas de hierro, quales habia por otras
partes, tanto que todos andaban desnudos, sin co-
berturas algunas, ocirsos y vagabundos, derramados
por la isla con esquividad grande; pero con toda su rus-
ticidad tenian entre sí personas principales, á quien
reconocian alguna manera de sujecion y señorío, ta-
les que muchos Autores los llaman Reyes quando
6 en el hecho desta isla hablan. Destos á la sazon que
los cosarios Griegos allí viniéron, era mas principal
uno llamado Bocoris, tan salvage y tan silvestre, co-
7 mo los otros que lo reverenciaban. Llegadas allí las
fustas de los cosarios, luego como tomáron puerto sa-
cáron á tierra parte de su gente, que prendió lige-
ramente mediana cantidad de varones y mugeres Ma-
llorquines hallados por la marina, descuidados de se-
mejante sobresalto: comenzáronles á pedir por señas,
y

y por palabras, y por todas las importunaciones posibles que les diesen oro y plata si lo tenian, ó les declarasen á qué parte de la isla lo podrian hallar. No 8
sentian los Mallorquines qué cosa fuesen estos metales, ni podian caer en ellos como gente que nunca los habia tratado ni visto. Los Griegos mostrábanles 9
muchos de los pedazos y vergas que traian de España, declarándoles ser aquello lo que demandaban; pero despues de visto, los de las islas burláron tanto dello, que no podia ser mas, como de cosa vil, y poco provechosa, significándoles en sus meneos y muestras, que si lo tuvieran en su poder, no lo preciaran en algo, y se lo dieran liberalmente, pues á ninguna cosa podia servir, ni dar utilidad en el mundo. Quanto mas ellos lo menospreciaban de palabra, tan- 10
to mas Alceo y sus Griegos creian ser disimulacion para se lo encubrir: y por esto, metidos algunos Mallorquines en las fustas como presos, otros tomados por guias para calar las islas, procuráron de traer á sus manos todos aquellos principales que dentro della moraban, sospechando que los tales serian personas de mas razon, y tendrian en su poder la riqueza de la tierra si poseyesen alguna. Entre los tales fué tomado Bocoris, aquel que diximos ser muy acatado en la isla, descendiente (segun algunos afirman) de la generacion y linage de Baleo, Capitan muy antiguo, que Oron Libio en esta isla dexó, quando los tiempos pasados venian el camino de España, segun ya en el treceno capítulo señalamos. El qual Bocoris, como 11
tampoco respondiese, ni diese lo que Alceo pedia, fué sin dilacion atormentado con muchos de los otros Mallorquines, tan cruelmente, que los mas dellos pereciéron en sus tormentos, hasta que los Griegos viendo no les aprovechar alguna cosa lo que hacian en ellos, se metiéron por lo restante de la isla, quemando y atemorizando las gentes della, creyendo, que con

con su trabajo y diligencia hallarian los mineros que les encubrian ó negaban estos Mallorquines; pero reconociendo poco despues, que verdaderamente la tal isla no tenia metal ni minero descubierto, ni cosa se-
12 mejante, la dexáron. Y tornados á sus barcas, cansados del trabajo pasado, sin mas provecho del primero, navegáron á la isla de Menorca, que tambien es allí junto, con los mesmos propósitos, y con la mesma demanda: donde tambien hiciéron otras semejantes diligencias y daños, aunque no tantos: porque luego reconociéron en ella tan mal aparejo, como tenia
13 la pasada. Así que de todo punto las dexáron ambas,
14 y se tornáron á sus navíos. Quedáron los Mallorquines tan espantados deste mal súpito que les vino por causa del oro y de la plata, y de los otros metales de España, que siempre despues los aborreciéron demasiadamente: y no solo huian de ver qualesquier metales en pieza, pero las cosas que dello fuesen labradas, en qualquier faccion ó manera, huian dellas, y las echaban de sí, no consintiendo que se tratasen jamas en sus islas, ni nadie las traxese de parte ninguna, señaladamente la plata y el oro, solo por temor que no viniesen algunas personas ó gentes otra vez á causa dello, con la demanda de los Griegos Argo-
15 nautas. La qual costumbre y memoria quedó tan arraygada por estas islas, y la nacion dellas perseveró tantos dias en aquella supersticion, que por solo este respeto careciéron de vasijas, y de qualesquier instrumentos de metal, que hierro no fuese, provechosos á la vida de los hombres, y entre ellos tambien de dinero, que mucho ménos lo querian rece-
16 bir. Esto concluido, los Griegos y su Capitan Alceo prosiguiéron la jornada primera contra las partes del Levante, costeando lo que restaba de España, con mas todas las riberas Francesas que caen sobre nuestro mar Mediterráneo, juntamente con las Italianas, don-

donde se detuviéron algunos pocos dias á ruego del
Capitan Evandro, caballero Griego, de quien habla-
mos en los treinta y cinco capítulos pasados, el qual
Evandro era muy conocido de Alceo, y de algunos
otros que seguian su compañía: halláronlo residente
muy avecindado por aquellas tierras Italianas, como
ya lo declaramos en aquel capítulo. Este los recibió 17
y hospedó con muchas fiestas y regocijo, sino que
poco despues les hubiera de ser dañosa la venida: por-
que como á la sazon anduviese por aquella comar-
ca Cacos el Español, y traxese consigo mucha compa-
ña de gentes guerreras y dañadoras, con que sojuz-
gaba toda la provincia, quanta viene desde el rio de
Volturno, cerca de Vayas y de Puzol, hasta Roma,
perjudicando sobre todos los ganados y bienes que
los Arcades Griegos y su Capitan Evandro por allí
traian, tuvo nuevas de la venida de estos otros Grie-
gos cosarios recien llegados, y del buen hospedage
que halláron en Evandro, y de las riquezas que traian
robadas: y queriendo Cacos venir á se las tomar, co-
mo tambien ellos las habian tomado por España y
por otras partes, hallólos tan apercebidos y tan re-
catados dél, que peleando con ellos sobre la presa,
fué muerto (segun dicen) á manos del Capitan Hér-
cules Alceo. Esto se tiene por verdad en el cuento de 18
Cacos, y no lo que muchos Poetas fingen, ni lo que
la Corónica general del Señor Rey Don Alonso pone,
quando certifican haberlo muerto discurriendo por
España. Quieren otros decir, que no le matáron lla- 19
namente, sino por asechanzas y traiciones, de las qua-
les fué sabidora su hermana Caca, puesto que no de-
claran la causa de tal maldad. Megale, su compañero, 20
de quien ya hablamos en otra parte, sabida su muer-
te, se quedó con los Italianos, llamados Sabinos, en-
tre los quales alcanzó reputacion de Philósopho sabi-
dor en agüeros, y los enseñó la manera de pronos-
ti-

ticar, lo que significan las muestras y señales que muchas veces acontecian. Reynaba Palatuo estos dias entre las gentes Españolas, que se gobernaban por se-
21 ñores, como se colige de las cuentas y tiempos que Juan de Viterbo le señala, despues de ganada la victoria contra Cacos, habiéndole ya lanzado de la tierra, quando fué la segunda batalla, de quien aquel capítulo sobredicho hizo memoria, desde la qual hora poseyó Palatuo pacificamente sus estados, y los gobernó seis años enteros. Estos cumplidos, murió sin dexar hijo sucesor en el señorío, que procediese de su generacion y descendencia.

CAPITULO XL.

Del Rey Eritreo, vigésimo quarto Señor entre los Príncipes muy antiguos que gobernáron las Españas: donde juntamente se cuentan algunas cosas pertenecientes á Cádiz, y tambien á las mudanzas de su isla, conocidas y ciertas desde los tiempos pasados hasta los nuestros agora.

1 Dícese, que muerto Palatuo, viendo los Españoles de su principado como la tierra no se podia bien conservar sin haber en ella cabeza mayor, á quien tuviesen respeto, acordáron de tomar por Señor un caballero mancebo natural de Cádiz, pariente propinquo del Rey Palatuo: el qual decian ellos
2 Eritreo. No declaran bien los que dél hablan si fuese tal su nombre particular, ó si los Españoles, que le diéron obediencia, le llamaban así, por vivir en la comarca de Cádiz, pues á todos los moradores della solian antiguamente nombrar Eritreos, á causa que, como ya relatamos en el décimo capítulo deste libro, los que primero la pobláron de propósito fuéron ciertos Egipcianos moradores en las provincias cercanas al

al mar Eritreo, que por otro nombre llamaban el mar
Bermejo quando viniéron con Hércules el antiguo hijo
del Rey Osiris, al tiempo que hizo sus entradas en Es-
paña contra los tres hijos de Gerion, por cuya razon
á la mesma tierra de Cádiz llamaban tambien Eritrea
muchos de los Historiadores Latinos y Griegos: el qual
nombre se confirmó tambien allí muchos años adelante
por respeto de ciertos vecinos de la ciudad de Tyro,
que la señoreáron: los quales eso mesmo fuéron Eri-
treos, como en el capítulo pasado tocamos. Tampo- 3
co sabemos si fuese ya Cádiz isla por aquellos años,
ó si fué tierra continente junta con las riberas del An-
dalucía, sobre lo firme de España, como dicen que
lo fué los tiempos muy antiguos quando la pobláron
aquellos Eritreos y Egipcianos, y la llamáron Eritrea:
el qual apellido le quedó tambien despues de ser isla.
Puesto que quanto á este caso hallo yo muchos Au-
tores de los principales y notables, en que son Plinio,
Pomponio Mela, Dionisio Afro, y Rufo Festo, que di-
cen la isla Eritrea de España ser discrepante de la de Cá-
diz, aunque poco desviada della: la qual confiesan que
se dixo Eritrea por la razon ya declarada. Muchos otros 4
escriben estar la isla Eritrea léjos gran trecho de Cá-
diz, fronteros de las riberas occidentales de España,
que pertenecen al reyno de Portugal, la qual antigua-
mente se llamó del apellido mesmo; pero como quie-
ra que sea, si la isla Eritrea, de quien agora habla-
mos, es la de Cádiz, segun que los mas Autores afir-
man, cierto fué que los años primeros hecha ya is-
la, quedó mucho mayor que la hallamos agora, tan-
to, que tenia docientos mil pasos en torno, que ha-
ce casi cincuenta leguas de las que tenemos estos dias
en España, y quarenta mil pasos en ancho, que son
poco ménos de diez leguas, si los libros de los Au-
tores, á quien yo sigo, no van errados en esta cuen-
ta: pero la mar siempre la come despues acá, con

hambre tan contina, que no tenemos agora tres le-
guas cumplidas en su largo, que son desde la Iglesia
de San Sebastian, puesta sobre la punta postrera della
contra la parte del Occidente Septentrional, donde se
hace lumbre todas las noches en la torre del Farol has-
ta la barca de Santi Petro, que cae junto con el pa-
sage del Andalucía, por aquella parte que nuestros an-
5 cianos decian Heraclea. El ancho della tiene tan poco
trecho, que suele por algunas partes, quando la mar
viene gruesa con sus corrientes, que son allí mucho
grandes, juntarse las aguas del un cabo con las del otro.
Tiénese por cierto, que discurriendo los tiempos, la
mar acabará de gastar lo que falta desta isla, si los
moradores della no buscan reparos y defensas, como
hacen en Flandes y en otras partes, donde la mar obra
semejante daño, porque tal fué siempre la naturaleza
de las mares anegar muchas tierras de provincias, que
no la resisten, y muchas otras por el contrario de-
xarlas descubiertas y libres, que solian tener primero
6 anegadas en grandes espacios y distancias. Esto va ya
tan averiguado, que ninguno de los que bien sienten,
ó miran en ello, jamas lo dudó: y así resulta dello,
que la faccion y figura de toda la tierra generalmen-
te, y aun la de muchas provincias particulares, no las
hallamos agora con el tamaño, ni con la manera que
los antiguos las dexáron escritas y pintadas en sus li-
bros: ni tampoco las halláron ellos, como las pusié-
ron sus predecesores: de lo qual Plinio se queja en el
tercero libro de la natural Historia, y Estrabon en su
Geografía, Ptolomeo en el quinto capítulo del primer
libro, donde dice, que solo por estas mudanzas de ca-
da dia, los que bien querrán saber la figura y el ser
de la mar y de la tierra en sus tiempos, deben dar
mas crédito á los Autores modernos y nuevos, que no
7 á los libros antiguos. En lo qual juntamente concuer-
dan todos los buenos Autores que desto habláron, y
aun

aun agora tambien conocemos claramente ser así, cotejando lo que dixéron los tales, con lo que vemos en este nuestro tiempo, señaladamente por todas las costas Africanas de la Berbería, desde el estrecho de Gibraltar hasta la ciudad de Damiata, no léjos de Hierusalen, que toda su ribera discrepa mucho de lo que
primero fué. Tambien el asiento de España con su fi- 8
gura, toda la costa de las Indias de Calicud, la isla de Inglaterra, la de Irlanda, la mayor parte que va desde la canal de Flandes sobre la mar de Alemania, no por otra razon, sino porque como diximos en alguna parte desta ribera se metió la mar en la tierra, y en otras
pasó del asiento que primero tenia. Pomponio Mela, 9
que fué Cosmógrapho Español de los muy excelentes, tal que con gran diligencia trató la faccion y figura del mundo, dice que ya por sus dias en algunas regiones Africanas hallaban léjos de la costa pedazos de áncoras, travadas en peñas, y trozos de navíos quebrados, y muchas conchas de pescados, con otros indicios manifiestos de haber sido mar en aque-
llos lugares, donde vian la tierra seca. Confirmalo tam- 10
bien Aristóteles en sus libros, y no solamente lo porfia ser así, pero dice que los rios de agora, por grandes y caudalosos que sean, algun tiempo no lo serán, y muchos otros que no son agora nacerán de nuevo: las partidas donde hallamos agora descubierta la tierra, vendrá tiempo que sean todas aguas, en las que vemos agora mar se descubrirá tierra, porque son éstas unas leyes ocultas de la natura, que nadie las
puede contradecir ni vedar. Y no solamente las pro- 11
vincias comarcanas á la marina padecen esta fatiga: pero las otras regiones mas adentro, que de razon debieran estar previlegiadas y libres, las hallamos tan mudadas, que casi no parecen aquellas de quien los antiguos escribiéron, á causa de ser ya perecida la mayor parte de los lugares y ciudades pasadas, y sucedi-

do muchas otras edificadas de nuevo, con apellidos nuevos, y nuevas costumbres, y nueva gente que las
12 moran. Largo serian de contar las islas que sabemos haberse hecho de nuevo, siendo primero tierra firme, como son esta de Cádiz, que por muy cierto dicen estar algun tiempo junta con España: Sicilia tambien se tiene por averiguado que fué tierra de Italia, Negroponte de Grecia, Chipre de Suria, Rodas de Asia, con otras provincias y ciudades que por diversos tiempos se anegáron de todo punto, segun aconteció en Pirra, y Antisa, pueblos mucho nombrados en las riberas de la mar, que llaman agora de Latana: tambien Elice, y Burra, lugares grandes de Grecia, junto con la entrada de la Morea, no léjos de Corinto, de las quales dos me dicen hoy dia que parecen por baxo
13 del agua señales notorias de sus edificios. Sumiéronse tambien cerca de Cádiz dos islas bien señaladas, en una dellas una ciudad populosa de tierra muy apacible, con otras que solian eso mesmo parecer en los derredores sobredichos de Cádiz, dentro del mar Océano junto con el estrécho de Gibraltar, llamadas las ínsolas Afrodisias, entre las quales dicen algunos libros que se contaba la Eritrea, como presto lo verémos en los
14 veinte y dos capítulos del segundo libro. Con estas falta juntamente la isla que hacian los dos brazos del rio Guadalquevir, y muchos edificios que despues la-
15 bráron en ella. Pues que si dixesemos aquí los senos de mar, las puntas de tierra en las montañas que solian ser en el contorno de España, y de Africa sobre las riberas del mar Océano, de quien el octavo y noveno capítulo del tercer libro harán cumplida relacion. Así que nadie se debe maravillar, si tambien en la isla de Cádiz hallamos agora tales mudanzas naturales
16 y comunes, y muy acostumbradas en el mundo. De lo qual en este capítulo quesimos dar cuenta sumaria, porque parecia venir á propósito para la relacion del Rey Eritreo, de quien al presente hablamos, y tambien

bien porque fué siempre Cádiz en los libros de Cosmographía cosa principal por su gran antigüedad, y porque la tierra della poca ó mucha la tuviéron los ancianos por una de las fértiles y provechosas que sabian en el mundo, como tambien por otros capítulos manifestarémos. Deste Rey Eritreo no dicen los 17
que dél escriben hazaña señalada ni cosa notable, mas de que comenzó su gobernacion en España casi en el año de mil y docientos y quarenta y seis ántes que nuestro Señor Jesu-Christo naciese, que fué novecientos y diez y ocho despues de su poblacion, segun la cuenta de Juan de Viterbo, y que reynó sesenta y ocho años, en fin de los quales feneciéron sus dias.
Donde parece, segun esta relacion, que pasados trein- 18
ta y un años de su reynado saliéron de la tierra de Fenicia dos varones principales moradores de la ciudad de Tyro, llamados el uno Zaro, y el otro Charquedon: y venidos por la mar paráron en Africa cerca de las fronteras de Sicilia, tres leguas mas atras de donde hallamos agora la ciudad de Tunez, y allí pobláron una ciudad, que despues fué mucho grande, y se dixo Charquedon entre los Griegos, y entre los Latinos Cartago: la qual, andando los tiempos, fué mejorada con edificios y nueva poblacion por una señora natural tambien de Tyro, llamada Dido: de la qual ciudad hacemos aquí mencion tan sumaria, porque adelante darémos della relacion algo mas larga en el treceno capítulo del segundo libro, á causa que sus moradores y naturales hubo tiempo que poseyéron mucha parte de las Españas, y tuviéron en ellas gran competencia con los Romanos. Hállase mas casi á los postreros dias del reyna- 19
do, que señalan al Rey Eritreo, ser destruida la ciudad de Troya en la tierra de Asia, donde feneciéron las guerras que los Griegos allí hiciéron, tan contadas y tan famosas en todas las historias: de las quales guer-

guerras procediéron despues algunos Capitanes y gentes que pobláron tierras y provincias en España, como la relacion siguiente presto manifestará.

CAPITULO XLI.

De Gargoris, Rey Español, á quien los Latinos por otro nombre llamáron Melícola, en cuyo tiempo se pobló cierta parte de la provincia de Galicia. Cuéntase particularmente qué gentes fuéron las que primero la moráron, y por qué ventura se metiéron en ella.

1 Entre los Reyes antiguos Españoles tenemos averiguado ser uno que llamáron por nombre Gargoris, del qual afirma Juan de Viterbo comenzar su gobernacion despues de muerto Eritreo, casi en el año siguiente mil y ciento y setenta y nueve ántes del advenimiento de nuestro Señor Dios, un año ménos segun otra cuenta, quando se cumplian nuevecientos y ochenta y seis, despues de la poblacion de España, y mil y ciento y veinte y siete despues
2 del diluvio general. Era Gargoris Príncipe mucho bueno, muy amado de sus confines y comarcanos, sobretodo de tan sutil ingenio, que los Españoles aprendiéron dél primero que de ninguno otro la manera de criar abejas, y tener colmenas para sacar dellas miel y cera, con todas las grangerías á esto pertenecientes, por cuya razon los Autores Latinos le llaman en sus Historias Melícola, que significa tanto como labrador y grangero de los artificios me-
3 leros. Los Autores Griegos publican haber sido Griego de nacion, descendiente de los Curetes, linage muy afamado y principal entre su gente: de los quales afirman haber quedado muchos en España quando

do Baco Dionisio vino por acá, que traxo consigo multitud dellos. Pero la verdad es, que de ninguno 4
destos procedia Gargoris, sino que verdaderamente fué natural Español, procediente de las gentes antiguas que moraban sobre la marina que viene desde Conil hasta el puerto de Santa María, llamados en aquel siglo los Españoles Corenses: y porque tal apellido de Corenses va semejante con el nombre de Curetes, no fué mas menester para que los Escritores Griegos los hiciesen todos unos, y publicasen por cosa de Grecia, segun fuéron siempre deseosos de tomar para sí todo lo bueno que hallan de las otras gentes.

Salió pues Gargoris tan prudente varon y tan in- 5
dustrioso, que las naciones comarcanas á Tarifa lo recibiéron primeramente por Gobernador y Caudillo de su tierra, movidos del gran provecho que siempre resultaba de sus invenciones y grangerías: y despues dellos otros muchos del Andalucía le siguiéron y reverenciáron como persona de singular habilidad, y aun hubo tiempo que por haberles inventado lo de la miel y los otros artificios ya dichos lo tuviéron por Dios, y lo reverenciáron en templos y lugares de solemnidad. A los principios de la gobernacion 6
deste Gargoris Melícola se halla por las Historias y concordancia de los tiempos, que pasó tambien en España un Capitan Griego de los que destruyéron á Troya, llamado Teucro: traxo consigo gentes Griegas con que primeramente desembarcó sobre las riberas de nuestro mar, en aquel sitio natural ó muy cerca dél donde hallamos á Gartagena, segun Justino y Silio Italico dicen: añaden otros haber allí quando Teucro llegó cierto pueblo nombrado primero Contesta ó Contestania, fundacion antigua del Rey Testa, de quien ya tratamos en los veinte y ocho capítulos pasados, por cuyo respecto certifican ser llamados Contes-

testanos antiguamente, como de verdad lo fuéron todos los Españoles moradores en su comarca; y aun dicen, que Teucro se metió dentro con armas y con rigor, matando muchos de sus vecinos, y poniéndoles gentes Griegas, de las que consigo traxo para la morar y poseer; y los tales Griegos recien venidos, despues de bien asentados le mudáron el nombre viejo de Contesta, llamándole Teucria, por causa de Teu-
7 cro su Capitan. Iten dicen haber muchos Españoles Contestanos en este rebato súbito desamparado su ciudad, y huido contra las provincias mas orientales, y que los tales huidos edificáron aquella vez otra ciudad muy adelante, nombrada tambien Contestania, como primero se llamaba la de su naturaleza: la qual nombramos agora Cocentayna, poblacion honrada, conocida por todos en el reyno de Valencia. Tal parecer ponen algunos Escritores modernos en este caso, discretos y leidos á la verdad, y diligentes inqui-
8 ridores de cosas antiguas. Muévese por la semejanza de los dos vocablos Contestania y Cocentayna: lo qual á mí cierto no me desagradaria si hallase Coronistas ó Cosmógraphos fidedignos que lo dixesen, ó memorias conservadas de padres á hijos, ó por ventura cantares ancianos que lo significasen ó traxesen rastro dello, pero cierto no los hay: de manera, que quanto podemos en tal artículo certificar, sin peligro de nuestro crédito, seria dexar por averiguada la venida de Teucro, Capitan Griego, cerca de Cartagena, y haber allí poblado nuevamente, segun dicen Silio Itálico, y no lo niega Justino: queda dudoso quanto podamos dudar ser allí primero la poblacion, que dicen estos Autores modernos, llamada Contesta, y haberse despues dicho Teucria: lo qual ningun Escritor dice ni señala, sino fué Juan de Viterbo, po-
9 niéndolo, creo yo, de su casa. Tambien será mucho mas incierto los Españoles huidos della fundar á Cocen-

centayna ó Contestania, porque tengo sospecha grande, y aun casi certinidad, ser Cocentayna la cabeza de los Contestanos viejos, y tan antiguo pueblo, como qualquier otro, conformándome con lo que dél ya diximos en los veinte y ocho capítulos precedentes. Tornando, pues, á nuestro propósito comenza- 10
do, sabemos que Teucro, despues de tentadas y vistas aquellas marinas Españolas confines á Cartagena, basteció sus navíos mayores y menores de quanto le fué menester: y tornados al agua con la compañía restante, salió por el estrecho de Gibraltar en el gran mar Océano, costeando siempre las riberas Españolas: y dada vuelta sobre la mano derecha, fué necesario doblar el cabo Sagrado, que dicen agora de San Vicente, todavía junto con la tierra, sin parar hasta la provincia que despues fué dicha Galicia: y allí hizo su morada, y asiento con quantos le seguian, poblando parte desta region desierta, que nunca habia sido morada por ser tierra desabrida y trabajosa para vivir: particularmente fundó la ciudad que llamáron Elenes en su lenguage, que significa lo mesmo que poblacion de Griegos, no muy léjos del sitio, donde hallamos agora la villa de Pontevedra sobre cierta ria destas marinas: en la qual reposó Teucro todo lo mas de su vida. Vino tambien con él 11
otro Capitan compañero, y gran amigo suyo, llamado Anfiloco, que con otra buena cantidad de los mesmos Griegos fundáron á su parte, dentro de la mesma tierra sobre las riberas del rio Miño, la villa que por memoria deste Capitan Anfiloco dixéron Anfilocopolis, y despues fué llamada Anfiloquia, hasta que muchos años adelante los Romanos de Italia, quando ganáron aquellas tierras, la nombráron Aguas Caldas, por causa de las fuentes calientes, que tiene muy abundantes y provechosas. Agora la llaman 12
Orense, puesta catorce leguas de Pontevedra, lugar

bien principal en todas aquellas comarcas: de cuyo sitio y edificio, con las otras particularidades que le pertenezcan, hablarémos despues en la segunda parte desta Corónica, quando con la ayuda de Dios tratarémos los tiempos en que ciertas gentes extrañas, nombrados los Suevos, le pusiéron el nombre de Orense, que agora tiene, y lo que quiere decir en
13 su lenguage destos. Así que desta manera y en esta sazon, se comenzó de morar Galicia contra la parte septentrional de nuestra tierra, que jamas habia tenido poblacion: y con ser la comarca, segun ya dixe, fragosa y mal atropada para los acostumbrados á provincias Españolas mas dulces, hubo los tiempos
14 antiguos poca codicia de morar en ella. Largos años pasáron que nadie procuró de mezclarse con estos Griegos allí venidos, por la qual razon se fuéron multiplicando solos ellos por sí, de tal modo que tomáron la mayor parte de sus marinas, con otro muy gran espacio tambien dentro de la tierra.

CAPITULO XLII.

De la venida de un Capitan Griego en España, nombrado Diomedes, hijo de Tydeo, y del asiento que tambien éste hizo en otro pedazo de Galicia, donde pobló lugares y villas, que parte dellas permanecen hasta nuestro tiempo.

1 Casi por estos mesmos años, ó cierto muy poco despues que Galicia se comenzó de morar: dicen tambien haber aportado en España otro Capitan Griego, de los sobredichos que destruyéron á Troya, llamado Diomedes, hijo de Tideo, natural y Señor en
2 una provincia Griega, que nombran Etolia. La razon de su venida fué, porque fenecidas las guerras Tro-

Troyanas, ya que daba vuelta para su casa, halló que su muger le tenia hecho maleficio con otro caballero nombrado Celiboro: los quales ambos estaban tan apoderados en Etolia, que ni Diomedes ni quantos consigo traxo bastáron á dañarles, ni pudiéron cobrar cosa de lo suyo, puesto que fué Diomedes mucho singular Capitan y valiente caballero de su
persona. De manera, que juntándose con esta pérdida 3
la mengua y el afrenta grande que recebia del adulterio de su muger, desamparó la tierra que sus padres poseyéron, y se vino primeramente en Italia, contra la provincia de Pulla, donde gastó parte de su vida, fundando una ciudad que llamáron Argyripa; despues desto recogió quanta gente le sobraba, que fué mucha: con la qual emprendió la jornada de España, donde llegádole recreciéron tales tempestades y fortunas en la mar, que sin poder hacer otra cosa, ni tomar tierra ni puerto de la costa que viene sobre nuestro mar Mediterráneo, salió forzosamente por el estrecho de Gibraltar á las grandes anchuras del Océa-
no, padeciendo primero terribles afrentas y peligros 4
en la salida. Y costeadas por allí como mejor pudo las riberas Occidentales de España, casi por el viage que los otros Griegos primeros habian traido, tomó tierra no léjos de la parte donde Teucro y el Capitan Anfiloco moraban entre las tierras, que se hacen dentro de los rios, agora llamados Limia y Miño, y aquí principalmente pobló Diomedes otra ciudad á quien puso nombre Tide, por memoria de su padre Tydeo, que permaneció muchos años en España, populoso y notable por ser cabeza de los pueblos y gentes entre Miño y Limia: los quales pueblos á causa de las poblaciones que Diomedes y sus Griegos allí hiciéron, y por haber sido mucho tiempo moradores asentados en aquella tierra, sin se derramar en otras partes, fuéron llamados los Grayos,

á quien despues, añadiendo algo en el vocablo, di-
xéron los pueblos Gravios, de quien los Cosmógra-
5 phos y Coronistas hacen señalada relacion. Gastados
algunos años en estos negocios, Diomedes dió vuel-
ta en Italia, donde finalmente murió: con cuya par-
tida y ausencia recreciéron algunas discordias entre la
gente, que por acá dexó: puesto que no fuéron con
enemistades ni rencilla ni con mas division, de que los
unos acudiéron á la marina, sin salir de sus pri-
6 meros límites. Entre los dos rios sobredichos, y los
que por allí moraban entre las poblaciones que tu-
viéron á su parte, fué mucho principal una, llama-
da Yria, junto con la ribera de Miño, quatro leguas
7 ántes que se meta en la mar. Y desta villa poco des-
pues saliéron gentes que pasáron el agua del rio, y
allí frontero della sobre la ribera de mano derecha
cimentáron otro lugar, nombrado tambien Tyde, co-
mo se decia su primera ciudad: y despues andando
los tiempos la dixéron Tidiciano, que parece signi-
ficar en aquella lengua Griega tanto como Tyde la
menor, ó Tyde la segunda, por ser mas principal
8 y primera la de Diomedes. Libros hay que la llaman
Turciano corruptamente, segun sospechamos, y per-
manece hasta nuestros dias, y la nombran agora Tuy,
tan conocida y estimada quanto fué los tiempos an-
tiguos, de cuya region y cosas notables, quantas
hubo por ella y por las otras, hablarémos en diver-
sos lugares desta Corónica, juntamente con su fer-
tilidad y buen asiento, que será relacion particular,
quando trataramos en la segunda parte la vida y
acontecimientos que pasáron por Don Favila, padre
9 del Santo Rey Don Pelayo. Pero dado que (como
tengo dicho) su poblacion venga del otro cabo del
rio Miño sobre la ribera de mano derecha, fué siem-
pre contada y atribuida con las poblaciones destas
gentes Grayas ó Gravias sobredichas, que traxo Dio-
me-

medes aquella vez, de las quales procedió despues tanta generacion, que pobláron otras comarcas hasta las riberas cercanas á Duero. Hallo yo tambien re- 10
lacion en algunas Historias modernas de cierta villa dentro de Galicia, que solian llamar Yria, diversa mucho en el sitio de la Yria que primero dexamos escrita, por ser mas septentrional y mas cercana á la marina, y fuera de las rayas ó mojones de los pueblos Gravios que fundó Diomedes, la qual agora dicen el Pedron, ó Padron que parece segun el nombre haber sido poblacion de la Yria primera: y por eso hablamos aquí della por la conjetura sola de su nombre, y no porque de lo restante sepamos certinidad alguna.

CAPITULO XLIII.

De muchos otros lugares que se fundáron cerca deste tiempo por diversas partes en España: entre los quales fué la ciudad de Lisboa; y de las gentes y Capitanes Griegos que por estos mesmos dias viniéron acá de nuevo, para morar y residir en la tierra.

En aquella sazon que las tales poblaciones tan- 1
tas y tan buenas se fundaban de nuevo por aquellas partes en España, dicen algunos Poetas que sucedió tambien en ella la venida de otro varon Troyano, nombrado Astur, de los mesmos que se halláron en aquella guerra Troyana: y éste certifican haber poblado primero que nadie la tierra de los Astures, llamados ahora Asturianos, que segun escriben fuéron así dichos por causa de su nombre dél: los quales son gente muy conocida y principal entre los Españoles, de quien harémos adelante suficiente relacion

en

en el último libro de la primera parte desta Corónica, quando se trataren las guerras que con ellos hubo el Emperador Octaviano César, y mas en el principio de la postrera parte quando, placiendo á nues-
2 tro Señor, la Corónica llegare á contar los tiempos en que los Alarabes y Moros Africanos entráron en España. Pero qué verdad haya en esto que los Poe-
3 tas escriben del Capitan Astur sobredicho muy presto lo verémos en los treinta y seis capítulos del tercero libro. Hallo yo tambien hecha notable mencion en todas las Historias antiguas de otro Capitan Griego, llamado Ulixes, de los contrarios y destruidores de Troya, muy prudente y sagaz en demasía: el qual despues de fenecida su guerra, pasados algunos años en persecuciones y tormentas de la mar, vino tambien en España: y queriendo tomar en ella descanso de sus grandes trabajos y fatigas, aportó primeramente sobre las marinas del Andalucía, pertenecientes al reyno que decimos agora de Granada, no léjos de donde fué despues edificada la ciudad de Málaga: y entrando por la tierra cerca de los mon-
4 tes que por allí vienen, dicen haber edificado un templo á la diosa Minerva, que los antiguos fingian ser la diosa del saber y de la fortaleza. Tornado Ulixes á la mar con los navíos y con la gente que le seguia, salió por el estrecho de Gibraltar, y dió vuelta como los otros Griegos por el Océano de Poniente contra la parte del Norte: y llegado á la boca del rio Tajo, se metió por el agua arriba, que viene por allí muy crecida y espaciosa, donde fundó sobre la ribera de la mano derecha una ciudad, que por su causa nombráron Ulixipolis, el qual vocablo quiere decir en Griego la ciudad de Ulixis: y los Latinos adelante la llamáron Ulisipo Salaria, por causa de cierta villa frontera, que despues hubo allí de la
5 otra parte del agua, que se decia Salaria. Esta ciu-

dad

dad Ulisipo llamamos ahora Lisboa, la mas principal de todo el reyno de los Portogueses, y tan populosa y ennoblecida, que ninguna tenemos el dia de hoy en España mejor, y pocas tan buenas, así por el gentil asiento que tiene sobre aquel rio en sitio muy aparejado para los tratos de la mar, como por la comarca del rededor ser abundante de ganados y
de muchas otras cosas asaz provechosas. Allí repo- 6
sáron estos Griegos sobredichos de todos sus trabajos, que como dixe, hasta venir acá, fuéron grandes en la mar, no menores en algunas tierras donde tocáron: y así por hallar muy apacibles los asientos que por allí tomáron en provincia deleytosa, de tierra saludable, como por las excelencias que viéron en el agua de su rio con abundancia de pescados, y en su hondura maravillosa disposicion para todo lo que dél quisiesen aprovecharse: junto con esto por las grandes muestras de oro, que quanto mas lo trataban, parecian entre sus arenales, le llamáron Theodoro, que significa en su lengua, como merced
ó dádiva de Dios. Esto es lo que comunmente se 7
platica de la fundacion y principio de Lisboa, no embargante que algunas personas, entre las quales fué una Lorenzo Vala, en la Historia que compuso del Rey Don Fernando de Aragon, crean algo de mala voluntad la venida de aquel Ulixes en España, y aun casi la nieguen de todo punto, sospechando creo yo, que los Historiadores Griegos publican esto, por atribuir á su nacion todas las cosas que puedan con alguna color, así fundaciones de ciudades donde quiera que las haya, como qualesquier otros acontecimientos señalados, como lo hiciéron en la memoria de su dios Hércules y de sus Dionisios, y por la
de Gargoris, y por otras muchas que ya dexamos 8
estritas en los capítulos pasados. Quanto al apellido primero desta ciudad publican los que dicen esto, que

que no debió ser Ulixipolis su nombre propio, sino algun otro semejante á éste; que se diria Olisippo, ó segun aquel Lorenzo Vala parece sentir, debia de ser Oxippo, que significa en lengua Griega ligereza ó velocidad, ó segun los primeros, multitud de caballos, á quien los Griegos llaman Hippos, el qual nombre ó su semejante pudo tener, á causa de los potros que por allí cerca nacian de las yeguas preñadas del viento, segun escribimos en el quarto capítulo deste libro: los quales potros eran tan ligeros,
9 que parecian mas volar que correr. Pero si los tales vocablos de Olixippo y Oxippo, son tambien Griegos como el otro de Ulixipolis, y los Griegos lo diéron y pusiéron en aquella ciudad, señal debió ser que la moráron y fiéron principales della: y si lo fuéron, no veo qué dificultad haya para creer que los tales serian aquellos compañeros de Ulixes, pues el apellido de Olisippo y Oxippo son conjetura sola: y Estrabon, Autor antiguo muy excelente, pone la tal ciudad y su nombre por señal y muestra manifiesta de la venida de aquel Ulixes Griego en España, y la llama Ciudad Ulixea: lo qual tambien Solino certifica por sus libros,
10 y muchos otros que della hablan. Lo mesmo Juliano Diácono, y Juan Gil de Zamora, con la memoria de todas las Corónicas Españolas que tambien lo certi-
11 fican. Iten parece cosa de notar en este caso haberse casi por aquel tiempo cumplido mil años cabales despues de la poblacion de España, que fué justamente mil y ciento y sesenta y tres ante del nacimiento de
12 nuestro Señor Jesu-Christo. Vino tambien á la propia sazon en España otro Capitan Griego nombrado Menesteo, natural de la ciudad de Athenas, y paró sobre la ribera del mar Océano fuera del estrecho con sus compañas frontero de Cádiz, en aquel sitio, donde coge la mar al rio Guadalete, cerca del qual hizo una villa, que por su causa fué nombrada des-

pues

pues el puerto de Menesteo, junto á la parte, ó se-
gun otros dicen en la mesma, donde hallamos ago-
ra el puerto de Santa María, que fué tambien anti-
guamente pueblo señalado en España, tanto por las
buenas leyes y buenas costumbres para vivir que Me-
nesteo le dió, como por la provechosa comarca de
mar y de tierra donde fué poblada. Los que des- 10
pues allí moráron, tuviéron gran conversacion con
los vecinos de Cádiz, en tal manera, que juntáron
parentesco con ellos, casando los hijos y hijas de
los unos con los de los otros: así que muy gran
cantidad de la gente Griega desta villa pasó por aque-
llos tiempos á morar en Cádiz, y allí residiéron en
compañía todos juntos grandes edades, por lo qual
quedáron en Cádiz despues muchas costumbres Grie-
gas: y por la generacion que destos sucedió, se pre-
ciáron allí siempre del linage que de Grecia tenian, y
vino tiempo que adoraban en Cádiz como á Dios á
Menesteo, y le hiciéron estatuas de metal, juntamen-
te con las otras estatuas de los dos Hércules, Grie-
go y Egipciano, y despues dél todos los Capitanes y
varones señalados que de Athenas salian fuéron siem-
pre reverenciados en Cádiz con muchos acatamien-
tos. No ponen las historias otra cosa que Menesteo 11
hiciese por España, mas de que fundada la poblacion
deste lugar, pasó despues adelante hasta la boca del
rio Guadalquevir, y que tomó tierra sobre la isla que
solia ser entre los dos brazos deste rio primero que se
mete en la mar: la qual isla ya diximos en algunos
capítulos pasados estar de todo punto gastada. Aquí 12
fundó Menesteo despues un altar, en que hizo sacri-
ficios á sus ídolos, con la cerimonia de religion que
la gentilidad usaba, donde muchos dias adelante los
vecinos del puerto sobredicho, con las otras gentes
Andaluzas sus comarcanas, edificáron un oratorio, que
los antiguos llamaban el Oráculo de Menesteo, muy re-

verenciado por todos ellos, y de grande y continua
13 devocion. Hubo tambien discurriendo los tiempos cerca dél, otra torre sobre cierta peña, rodeada con agua, donde ponian cada noche fuego, para dar señas á los navegantes si quisiesen allí tomar puerto: la qual se dixo la torre de Capion, porque mucho despues la fundó cierto Capitan llamado Capion, como lo verémos en el primero capítulo del tercero libro.

CAPITULO XLIV.

De la muerte del Rey Gargoris, y de las grandes venturas y maravillas que ántes de su fallecimiento sucediéron por un nieto suyo llamado Abidis.

Todas estas cosas ya contadas, fué cierto que sucediéron en los tiempos y vida del Rey Gargoris de España, si son verdaderos los años que Juan de Viterbo señala de su reynado, sobre lo qual tengo yo muy con-
1 traria sospecha. Tambien es muy averiguado ser este Príncipe grandemente provechoso para sus vasallos, si no se conocieran en él maneras de crueldad mas excesiva de lo conveniente para su buena reputacion y dignidad: porque la virtud que debe mas resplandecer en los Príncipes y Señores, es la clemencia, de la qual este Rey dicen haber tenido falta, señaladamente contra un hijo de una hija suya, la qual como fuese hermosa y de muy galan parecer, vino á tener amores con un familiar de su padre, no tan calificado quanto requerian los merecimientos della: del qual finalmente parió aquel hijo, que despues llamáron Abidis: puesto que tambien otros Autores afirmen haber sido hijo
2 del mesmo Gargoris y de su propia hija. Ponen las Historias muy crecida memoria deste mochacho, porque despues de su nacimiento fué perseguido con extrañas

per-

persecuciones, y librado de todas ellas con espantables misterios, mostrando la fortuna con él mas crecidas maravillas, que con otra persona de quantas hayamos leido. Su abuelo Gargoris sabiendo ser ya nacido, lo hizo luego llevar á los montes encubiertamente, para que lo matasen allí las bestias fieras, creyendo que desta suerte se disimularia bien el adulterio y apocamiento de su hija, ó la maldad suya dél, si fué verdad tenerlo por hijo. Y como dende á po- 4
cos dias le tomase deseo de saber qué se hubiese hecho dél, mandó á uno de los que lo lleváron que fuese á pesquisar lo que dél habia sucedido: y quando fuéron, halláronlo puesto en el mesmo lugar donde primero lo dexáron, sano, vivo, y muy alegre, rodeado de bestias fieras que lo defendian, y la una dellas dándole de mamar: y como lo tal pareciese cosa maravillosa, y extraña, lo traxéron al Rey Gargoris, y le contáron quanto pasaba. Pero Gargoris mo- 5
vido á mayor enojo, mando lanzar el mochacho contra unos alanos grandes y bravos que tenia: y porque mas presto lo despedazasen, hizo que dos dias ántes no les diesen á comer: mas tampoco los perros le tocáron aquella vez, ni le hiciéron algun daño. Viendo, pues, el Rey Gargoris que su niño que- 6
daba libre, mandólo meter en la mar para que se ahogase, donde asimismo el mochacho duró muy grande espacio sobre las ondas sin anegarse, desviandose de contino hasta que lo perdiéron de vista: y á la fin aquellas mesmas ondas poco á poco le tornáron á la ribera, muy arredrado de la parte donde lo metiéron, de tal manera, que el Rey su abuelo no pudo mas saber dél, y tuvo por cierto ser ahogado. En este punto sucedió tambien otra maravilla 7
tan grande ó mayor que las otras, de las que suele hacer el muy alto Señor quando le place, á quien no es imposible cosa de lo que se puede imaginar: y fué

Ee 2 que

que estando el niño ya en lo seco, junto con la ribera de la mar, vino prestamente una cierva parida, y se baxó para que le pudiese tomar la teta, lo qual el niño hizo con mucho deseo y necesidad que dello tenia: y despues todos los dias vino la cierva para lo criar, hasta que el mochacho se hizo crecido y va-
8 liente, y á maravilla de muy hermosa disposicion. Andábase por los montes solitarios con los ciervos, y con los animales brutos, sin jamas entrar en poblado: y con toda esta aspereza se mejoraba cada dia tanto en su hermosura, que quantos le topaban, tenian dello gran admiracion: sobre todo salió tan ligero, que no hallaba ciervo ni bestia de quien reconociese ventaja, ni por pies se le fuesen quando tras ellos corria: con lo qual no bastaba nadie para lo
9 sacar de los montes. La fama y nombradía de sus extrañezas era tanta, que jamas hablaban en otra cosa, ni deseaban mas la gente de la comarca que tenerle consigo, y tratarle, y gozar de su comunicacion: mas la gran esquividad suya fué tal, que nadie lo podia sojuzgar ni domar hasta tanto que faltando todos los remedios y cautelas, quantas para tal efecto se pudiéron obrar, le pusiéron un lazo como á bestia fiera, en que fácilmente cayó: y primero que se pudiese librar ni soltar, llegáron gentes que lo prendiéron, lo lleváron al Rey Gargoris, que tenia increible deseo de conocer qué cosa fuese aquel hombre
10 silvestre, de quien tantas maravillas se decian. Luego como lo vió, le dió al corazon que debia ser quien á la verdad era, ó cosa que mucho le tocase: y despues en las facciones del rostro, y en los meneos y ademanes, y en todas las otras señales conoció parecerse demasiadamente á su hija, y por conjeturas vino á creer muy cierto ser aquel su nieto, contra quien
11 tan eficazmente hubo procurado la muerte. Luego mandó que le llamasen Abidis por nombre, y lo comen-

menzó de tratar con amor, y tenerlo cerca de sí, creyendo que no sin gran misterio Dios habia guardado aquel mancebo de tantas persecuciones, mostrando por él tan subidos milagros. Todas sus asperezas 12
pasadas fuéron brevemente trocadas en afabilidad y dulzura, y en gracias estremadas, así de prudencia y bondad, como de qualesquiera otras buenas maneras, que varon generoso convenga tener, y las gentes quanto mas lo trataban, tanto mas lo preciaban y seguian, aficionados á sus buenas industrias y graciosa conversacion. Esto parecerá dificil de creer á quien lo leye- 13
re, porque segun es maravilloso, tiene mas figura de fábula ó ficcion que no de cosa de historia, donde la verdad se requiere tan espejada y tan limpia quanto fuere posible; pero los Autores Latinos y Griegos, que dello hablan, son tan graves, y de tanto crédito, que si no lo certificasen ellos por cosa muy verdadera, yo no me atreveria á escribirlo. Y tambien 14
porque como en historias de las otras gentes se halla que Telepho, Rey de los Cecios, fué criado por otra cierva: de Arne la muger de aquel Ulixes, que fundó á Lisboa, se diga que habiéndola echado en la mar para que muriese, unas aves llamadas Penelopes la criáron: y de Semiramis, Reyna de los Asirios, lo mesmo: y de Pelias hallemos haber sido criado por una yegua: Paris por una osa: Egisto por una cabra, y en Tito Livio leamos que Romulo y Remo fuéron criados por una loba: de Cyro Rey Persiano se tenga por cierto que lo crió tambien una perra, y que todos estos se libráron en su niñez de la muerte, casi por semejante ventura que este Abidis Español: podráse contar lo que dél tenemos dicho con ménos vergüenza; pues no son cosas de mayor maravilla las unas que las otras. Tornándonos á nuestro primer propósito, dicen las historias, que despues de todo 15
fenecido, pasados pocos años adelante, murió tambien

el

el Rey Gargoris, habiendo reynado en España setenta y quatro años: el qual dexó por sucesor y heredero á este su nieto Abidis, de quien tan extraños acontecimientos hemos contado, porque ya desde el tiempo que lo tuvo consigo, le conoció tanta prudencia, tantas buenas inclinaciones, y tanta virtud, que merecia ser poderoso Rey, ó de mayor estado si se hallara por el mundo.

CAPITULO XLV.

Del Rey Abidis de España, nieto del Rey Gargoris, y de las notables cosas que hizo, donde asimesmo se cuentan los crecidos provechos que de su gobernacion resultáron á las gentes Españolas quantas con él tuviéron amistad y conocimiento.

1 Segun la cuenta de los años que destos Reyes antiguos traemos en este libro conformes al tiempo que Juan de Viterbo les da, parece la gobernacion del Rey Abidis haber comenzado por aquella region Española, que solia tener Príncipes en aquel siglo, casi en el año de mil y ciento y cinco, ántes que nuestro Señor Jesu-Christo naciese, que fué mil y cincuen-
2 ta y nueve años despues que Tubal la pobló. Este Rey Abidis tienen por cierto los Historiadores auténticos haber sido mas excelente Príncipe de todos quantos ántes dél reynáron en aquellas Provincias Españolas, y quien mayores y mas crecidos bienes traxo á sus tierras: porque allende de su mucha bondad, no tuvo ménos ingenio para hacer artificios nuevos, y maravillosas invenciones provechosas á la vida humana, que lo tuvo su abuelo Gargoris, ni que qualquiera de los otros Reyes sus antepasados: lo qual se podrá claramente conocer en algunos hechos suyos, que
3 agora dirémos. Andaban en aquellos tiempos muchas gen-

gentes Españolas derramadas por los montes y desiertos, que moraban en cuevas y chozas ó cabañas, alejadas de la marina, donde los otros restantes mas humanados, tenian lo mas y mejor de sus poblaciones, con lugares, villas, y repúblicas puestas en órden. Y como los tales viviesen desviados desta compañía, quedaban tan montesinos y silvestres, que si no fuera por el parecer ó figura de hombres que traian todo lo demas era salvage, cruel, y muy espantoso, sin discrepar en sus obras de las bestias fieras entre quien
moraban. Con estos procuró luego el Rey Abidis tra- 4
tar algunas inteligencias, y como fuese maravillosamente sagaz, pudo con sus buenas artes juntar mucha parte dellos, en especial los comarcanos á sus tierras dél, á los quales declaró quán grandes provechos se recrecian de vivir las gentes en compañía, por las ayudas que resultaban de los unos en los otros, y contrariamente quánto daño les venia por estar apartados, así por el peligro de las bestias fieras, y desastrados acontecimientos que cada tiempo sucedian, quando no se hallaba quien ayudase para la resistencia, como por las otras necesidades que nadie podia suplir, por
pocas que fuesen, siendo solo. Finalmente tales ra- 5
zones traxo este buen señor, y con tal eloqüencia y buena gracia supo dar á sentir lo que decia, que lo venció y aplacó tan de veras, que dende á poco pobló dellos ciudades y moradas nuevas entre los otros lugares de su principado, con leyes y constituciones, puestas en razon, mezcladas con templada justicia: tales que bastáron á quitarles mucho de la terribilidad
y fiereza que primero tenian en sus costumbres. En- 6
señóles tambien á sembrar pan, y segarlo, y limpiarlo, y usar dél para mantenimiento principal de sus personas, y mas la manera que debian tener en amansar bueyes, uñirlos, y arar con ellos, para que con ménos trabajo pudiesen obrar todas estas grangerías,
lo

lo qual debió tomar él, ó si no lo tomó, debió quedar en su region y señorío de las gentes extrangeras, que los tiempos pasados viniéron en España: las quales tenian en ella ya su naturaleza y asiento, como fuéron los compañeros de Noe, quando por acá discurria, que dicen haber sido primer inventor deste negocio, como ya lo vimos en el quarto y sex-
7 to capítulos deste primer libro. Por ventura lo pudo tambien tomar Abidis de los Griegos, ó de los Egipcianos venidos en las Españas, ó de qualesquier otros, que dexamos escritos en los apuntamientos pasados.
8 Cierto es, que si la sazon y reynado deste Príncipe fué despues de Gargoris su progenitor, en los tiempos sobredichos que Juan de Viterbo les quiere dar: ya por aquellos años era tomada Troya, y muchos siglos ántes que Troya se perdiese, sabemos claro tener por diversas partes del mundo los mantenimientos de pan y vino mucho comunes, señaladamente las provincias de Grecia, y Egipto, con todas las otras tierras á ellas comarcanas, y como digo, de gentes que por acá viniéron y traerian aquel estilo de se mantener, lo pudo bien el Rey Abidis tomar, y los otros Españoles mas humanos, y despues enseñarlo, segun dicen, á los
9 monteses y silvestres que comenzáron á vivir en razon. Puesto que nuestras historias de todo punto digan haber sido nuestro Rey Abidis el primer inventor en España del tal artificio, y el que primero lo sacó de su buen juicio, sin tomarlo de nadie, y el que lo derramó y enseñó por la gente de España que en sus tiempos habia, la qual era tan inocente, que no sabian ni tenian otros mantenimientos sino yerbas y frutas silvestres, y carnes de bestias bravas, que mataban con
10 arcos ó lazos, ó con otros artificios. Por lo qual podriamos tener sospecha, que tambien Abidis como Gargoris su predecesor gobernaron aquella parte de las Españas muchos dias ántes de lo que Juan de Viter-

terbo les pone, pues en habellas gobernado no tenemos duda, quando no se hallaban en ellas tal aparejo
de semejantes ayudas ni primores. Tambien es muy 11
cierto que les mostró la manera de trasplantar los árboles á diversos lugares para que la fruta dellos fuese mas apacible, y enxerirlos eso mesmo para que quien quiera les pudiese mezclar el sabor y los olores
que les agradasen. Y porque donde falta verdadera jus- 12
ticia no puede ser bien que permanezca, ni tenga substancia, hizo leyes generales fundadas en santo zelo, sin haber en ellas especie de tiranía: fuéron pocas en cantidad, como lo deben ser las buenas leyes, porque siendo muchas en número, según agora las usamos en España, y en algunas otras regiones de Europa, mas parecen armadijas y lazos en que cayan ó tropiecen los hombres, que remedio para bien vi-
vir. Puesto que bien mirado crece ya tanto la maldad 13
por el mundo, que no puéden los Príncipes virtuosos abreviar el remedio con pocas constituciones. Junto con aquellas leyes primeras hizo tambien Abidis otras particulares diversas entre sí, como hallaba diversas en condicion y costumbres las tierras ó gentes para
quien se fundaban. Y porque tambien hubiese mas apa- 14
rejos y ménos trabajos en las poder executar, señaló siete pueblos de sitios convenientes, donde puso sus Audiencias y Chancillerías con hombres virtuosos y prudentes, para que conforme á buena razon juzgasen y diesen á cada uno derecho de sus demandas.
Con esto, y con otras muchas buenas cosas que del 15
se hablan, proveyó quanto pensaba ser necesario para la vida, y comenzó de acostumbrar la gente Española de su gobernacion en el camino de virtud y humil-
dad. Todo su pensamiento fué buscar cosas útiles, y 16
remediar faltas donde quiera que podian suceder, en lo qual trabajó tanto, que brevemente todos aquellos que estaban á su cargo fuéron muy emendados de los

defectos que primero tenian, y comenzáron á ser mas verdaderamente hombres, en tal manera, que bien claro pareció no haber sido sin gran misterio las extrañas maravillas que del nacimiento deste Rey escribimos, y los milagros que Dios mostró en lo librar de tantas muertes, para que por su mano recibiesen aquellos Españoles tanto bien quanto dexamos contado.
17 Con estos cuidados y deseos tan loables, trabajando siempre en otras de crecida utilidad, dió fin á sus dias este buen Príncipe, despues de gastados en su gobernacion poco ménos de treinta y cinco años, que se cumpliéron en el año de mil y setenta y uno ántes del advenimiento de nuestro Señor Dios, conforme á nuestra primera cuenta: casi en aquellos tiempos, ó muy pocos dias ántes ó despues que el Santo y Real Profeta David comenzase reynar entre los Judíos.

CAPITULO XLVI.

De las novedades y mudanzas que con el fallecimiento del Rey Abidis sucediéron en España, repartiéndose la gente della por naciones particulares, en que se diferenciáron muchos años los unos y los otros quanto al estilo de su vivir, y quanto á lo mas de sus costumbres.

1 Pasada la muerte del Rey Abidis luego recreciéron en aquella tierra de su Principado rancores y divisiones entre los naturales que la moraban, queriendo ciertas personas ocupar la parte del Señorío que pudiesen, unos con título de parientes propinquos al Rey Abidis, otros con pensar que merecian ó serian hábiles para sustentar lo que tuviesen una vez usur-
2 pado. Destos nos dan á sentir las historias que sabemos haber quedado por allí gentes, que duráron largo tiempo en aquel ser, á manera de señores princi-

cipales, repartidos en provincias pequeñas, como cabezas de sus linages, otros en oficios mayores, otros en cargos de repúblicas particulares, que los acataban y reverenciaban segun sus costumbres y buenas usanzas. Pero de muy pocos dellos declaran qué nombres 3
propios tuviesen, ni ponen casi memoria de las hazañas que los ocupáron, ni cosas notables que por ellos pasasen, como lo sabemos de los otros Reyes primeros que dexamos escritos en este libro, y aun destos no queda todo tan firme que muchas cosas no falten de sus obras y gobernacion. Puesto que sobre 4
negocio tan antiquísimo, si la curiosidad humana quisiese templar sus deseos, harto bastaba saber que los tiempos arriba dichos hubo Reyes en España soberanos y poderosos que rigiéron parte de sus provincias en lo mejor que dellas se moraba, como lo dice Justino, que claramente confiesa los Reynos antiguos en España: tambien Arriano, con mas las Corónicas de Castilla, que todos concordan en ello. De los quales 5
Reyes los muy averiguados fuéron Tubal, que la pobló, Gerion y sus hijos, que segun algunos dicen la tiranizáron, despues de los quales reynáron Hércules, Espero, Atlante, Sicano, Sículo, Gargoris, Abidis, y tambien el Rey Hispan, por cuyo respecto la llamáron España. Todos los otros Reyes que fuera destos 6
van escritos en este primer libro son tomados de las Corónicas de Juan de Viterbo dirigidas á los Católicos Reyes Don Fernando y Doña Isabel, abuelos de V. M., donde solamente puso sus nombres, y los tiempos de los Príncipes ya declarados, sobre lo qual añadí yo los hechos notables pertenecientes á España que sucediéron dentro de los años y tiempos que por él van señalados, recoligiéndolos como mejor pude de muchos Autores averiguados y ciertos, y de gran reputacion entre todos los que saben algo. La qual 7
reputacion sospechan algunas personas de nuestro tiem-

po que será posible faltar en cosas particulares de las que toca Juan de Viterbo, por ir algo breves, y mas atrevidas de lo que fuera justo, en certificar lo que podria tener opinion: mas en la brevedad que le tachan, no debe ser maravilla que cuenta de tiempos tan olvidados y traseros tenga semejante defecto, por ser demasiadamente faltosos de libros auténticos que lo traten, y dado que lo traten, algunos van tan limitados y breves, que parece rehusar lo que dicen.
8 Del qual inconveniente no me quiero yo librar en algunos pasos desta Corónica, puesto que quando se toparen deben creer los lectores haber sido mas por culpa de los Autores á quien yo sigo, dado que son
9 excelentes, que por la mia. Pero será cierto que quanto mas adelante pasare la relacion, tanto mejor se remediarán estas faltas y las cosas della, para que de contino desagrade ménos á quien la leyere.

LI-

LIBRO II.

CAPITULO PRIMERO.

De la gran sequedad que todas nuestras Corónicas dicen haber en España sucedido, con que fué necesario despoblarse casi la mayor parte della, y de los terribles males y daños que desto se recreciéron.

Despues que los Reyes antiguos faltáron en Es- 1
paña no hallamos en las historias cosa notable que
por allá sucediese muchos años adelante, mas de que,
segun cuentan los Coronistas Castellanos, como siem-
pre tras las prosperidades sean ciertos los infortunios
y desastres, quedando con la gobernacion de los Prín-
cipes antiguos todo lo mejor y mas poblado de Es-
paña, fundado sobre buena razon y buen estilo, so-
brevino la mas terrible desdicha que primero ni des-
pues de su poblacion sepamos. Y fué, que comenzá- 2
ron á crecer tan grandes calores y sequedad, con tan-
ta falta de las aguas del cielo, que pasáron casi vein-
te y seis años que no llovió. De lo qual todos nues- 3
tros Historiadores Españoles hacen memoria señalada
sin discrepar alguno dellos, por ser la cosa mas no-
table que sepamos en ella, ni por otras tierras ó pro-
vincias haya sucedido, á lo ménos que tanto dura-
se, ni que tanto daño se recreciese: puesto que nin-
gun Autor extrangero de quantos yo tengo vistos
haga memoria dello, ni ménos lo hallen otras perso-
nas muy leidas, con quien lo tengo comunicado. Por 4
esto muchos lo dudan, pareciéndoles que negocio tan
grave, de tanta calidad y grandeza, si sucediera por
el mundo, los Coronistas pasados Griegos ó Latinos
hicieran alguna cuenta dél, como lo hiciéron de mu-
chas cosas tales que por otras partes aconteciéron:

mas

mas ni por esto conviene dexarlo de poner aquí, pues
ya sabemos en otras tierras haber pasado casi lo mes-
mo, como fué, segun dicen, en los tiempos de Fae-
ton, quando se quemó la provincia de Tesalia, de
quien los veinte y quatro capítulos del primer libro
5 habláron algo. Cuéntase tambien otro tal en las tier-
ras Etiópicas, de quien muchos Autores escriben, en
Italia casi lo mesmo los tiempos muy antiguos, y
tambien porque, como tengo dicho, todas nuestras
Corónicas Españolas, sin discrepar alguna, lo certifi-
6 can y concordan en ello. Y es de creer, que si por
las antigüedades ó memorias donde fuéron sacadas y
regidas no se hallara, no tuvieran tal conformidad en
hacer tan crecida relacion desta sequedad: afirmando
que con discurrir tanto tiempo que no cayéron aguas,
creciéron calores tan terribles y con tan demasiados
ardores, que no faltó fuente ni rio de España que
de todo punto no quedasen agotadas, si no fuéron
Ebro con Guadalquevir, en que corrian muy pocas
7 aguas. Abrióse tambien la tierra por muchas partes
con grandes hendeduras y grietas que se hiciéron en
8 ella, donde padeció multitud increible de gente. Por
causa desto ni se caminaba, ni los hombres podian
librarse ni salvar sus personas: así que todos los mas
dellos pereciéron, particularmente los mas ricos y
poderosos, que como tuviesen hecha mayor provi-
sion de vituallas para su mantenimiento, creyéron que
la tal adversidad no duraria tantos años, y no curá-
ron de huir como lo hiciéron al principio los que po-
co tenian: despues quando quisiéron ausentarse no
pudiéron, á causa de las aberturas ya dichas, con
que las tierras léjos de la mar no fué posible tratar-
9 se ni caminarlas. Desta manera no solamente los hom-
bres y mugeres, sino tambien casi todos los otros
animales pereciéron, unos con hambres y calores,
otros con grandes enfermedades, que presto recre-
cié-

ciéron, puesto que todavía mucha gente tuvo lugar
de se valer en los principios huyendo por regiones
extrañas, particularmente los que caian cercanos á las
fronteras de la Francia, que saliéron por el confin de
los montes Pyreneos, y se remediáron en aquellas co-
marcas de Francia juntas á su tierra: las quales por
ser de su natural regiones frias y mas húmedas, no
pudo la sequedad hacelles el daño que acá hizo. Mu- 10
chos que pudiéron haber navíos pasáron en Grecia,
muchos en Asia, muchos en Italia y en otras pro-
vincias donde pensaban guarecer: con lo qual quedó
todo lo mas de nuestra tierra despoblado y desierto,
sin animales ni gente que lo morase, sino fuéron las
comarcas muy Septentrionales della, como son Gali-
cia y Asturias, con todas las otras montañas de su
lado, que tambien por ser regiones húmedas y tener
el ayre lluvioso, pudiéron conservar alguna gente mé-
nos mal, y las calores no tuviéron allí tanta fuerza
como por la parte del Andalucía, ni de Cataluña, ni
como por los otros pedazos en Aragon y Portogal,
que caen contra Mediodia, donde sabemos en aquel
tiempo ser la principal poblacion de nuestra tierra.
Puesto que tambien por aquí lugares de la marina se 11
sustentáron, aunque pocos, y con muy gran fatiga.
En este modo y tenor duró la tal persecucion hasta 12
que pasados los años ya dichos creciéron vientos y
turbiones, con que los mas de los árboles fuéron ar-
rancados de raiz, y segun cuentan las historias de Cas-
tilla, levantáronse tan grandes polvoredas, que pare-
cian figura de humo que de nuevo quemaba toda la
tierra. Despues desto plugo á la misericordia de nues- 13
tro Señor Dios que luego el año siguiente cayéron llu-
vias en abundancia con que la tierra se resfrió y re-
frescó, y poco á poco fué tomando su vigor y su
fuerza. Las gentes Españolas huidas á los principios, 14
y derramadas en diversas partes del mundo, sabien-
do

do que los tiempos mejoraban, se tornáron á sus tierras, donde cada qual tenia su naturaleza, con el acrecentamiento de hijos y de la nueva generacion que
15 por allá les habia nacido. Léese que quando viniéron en todas sus provincias no halláron árbol verde, sino fuéron algunos granados y pocos olivos en la ribera
16 de Guadalquevir. Y desto procedió, segun dicen, la falta de los Reyes antiguos en España, por causa que como lo mas de la gente principal muriese con tan gran sequedad, los otros que despues diéron vuelta llegados á sus provincias no curaban sino de reparar
17 sus trabajos sin pensar en otra cosa. Y como la tal gente recien venida fuese por la mayor parte muy desviada de los dobleces y cuidados superfluos de nuestro siglo, no se dañaban los unos á los otros, ni deseaban con tanta codicia mandar, ni tampoco ser mandados: aunque, como ya diximos en otra parte, segun de nuestras historias se recolige, quedó siempre reverencia y acatamiento por muchos lugares á los parientes que decendian de la sucesion y casta de los Reyes antiguos, mas no para ser tan señores ni tan
18 soberanos como los pasados. Los Coronistas Españoles, á quien yo necesariamente sigo, no señalan en qué tiempo la tal sequedad aconteciese, porque casi todas las cosas de sus historias van faltosas en declarar los tiempos antiguos de las hazañas que cuentan, de que no me redundan á mí pocos trabajos en descubrir y señalar con verdad los años pertenecientes á lo cierto que tratan ellos: lo qual es tanto menester en esta materia, que todos los buenos Autores Grie-
19 gos y Latinos lo llaman el ánima de la historia. Pero de qualquier manera que sea, cierto fué que la sazon donde la tal adversidad en España comenzó, quanto por las conjeturas podemos alcanzar, no cayó léjos de los mil y treinta años ántes que nuestro Señor y Redemptor Jesu-Christo naciese, y así, pasados los vein-

veinte y seis de la persecucion y sequedad, nuestros progenitores, que primero saliéron huyendo, volviéron, como dixe, libres á sus tierras, unos á los pocos lugares que se conserváron sobre la mar, otros á las provincias despobladas mas adentro, donde fuéron naturales ellos ó sus antepasados, y comenzáron á levantar casas y moradas en ellas como mejor podian, señalando por allí sus asientos, exercitando lo que tenian de costumbre primero que les viniese la
sequedad sobredicha. Las otras naciones eso mesmo 20
que sabian alguna noticia de España renováron tambien sus contrataciones en ella, si de ántes tenian al-
guna. Señaladamente los Griegos, que nunca dexáron 21
de la visitar, entre los quales hallo memoria de cierto navegante llamado Mentes, en cuyos navíos y compañía vino casi por estos dias en España un gran poeta llamado Melesigenes, á quien despues dixéron Homero, el mas excelente y artificioso de quantos poetas hubo jamas: puesto que muchos otros Autores anden tan discrepantes en señalar el tiempo deste poeta, que lo ponen algunos trecientos años adelante de lo que ponemos aquí, otros mas, y otros ménos, segun se
les antoja. Pero en qualquiera sazon que fuese, pa- 22
rece de sus escrituras haber quedado tan satisfecho de los bienes y fertilidad de España, la qual ya quando él vino estaria restituida en su facundia y fertilidad acostumbrada, que certificó por aquellas sus obras ser en el Andalucía los campos Elisios, donde los antiguos creian que los Dioses enviaban las ánimas de los bienaventurados para darles allí galardon y premio de los bienes y virtudes que hiciéron en esta vida mundana, como tambien ya lo tocamos en el noveno capítulo del primer libro.

CAPITULO II.

De la mucha diversidad y confusion que hallamos entre los Coronistas Españoles sobre cierta compañía de gente que dicen haber entrado por España despues de la sequedad pasada, las quales gentes algunos dellos nombran los Almozudes, y muchos otros los Almonides.

1 Luego despues de la sequedad sobredicha cuentan las Corónicas de Castilla que saliéron de la tierra de Suecia gentes extrañas, Griegas de nacion, señores en aquella provincia, las quales llamaban los Al-
2 mozudes, ó segun otros dicen, Almonides. Estos afirman que desembarcáron con una gran flota de navíos en el puerto de la Coruña de Galicia, donde hiciéron un sutil engaño para tomar la ciudad, y fué, que poco ántes que al puerto llegasen enramáron las fustas donde venian, en tal manera que todas juntas
3 parecian una gran montaña verde. Los vecinos de la Coruña, creyendo que fuese alguna isla nuevamente parecida en la mar, dicen que no curáron de guardarse dellos, y que los Almozudes llegáron cerca de la villa en amaneciendo, y primero que los del pueblo se pudiesen ayudar de las armas fuéron los mas
4 dellos presos y muertos. Y allí cuentan estos Historiadores haber quebrado el espejo encantado de la torre del Faro, y que los Españoles como fuesen pocos, vista la pujanza de los Almozudes, se sojuzgáron to-
5 dos á ellos. Tambien escriben que los tales pobláron á Sigüenza y á Córdoba, y á Pamplona y á Toledo, con otros muchos lugares en España, dado que no señalan en qué tiempo lo hiciesen, ni por qué sazon, mas de que viniéron despues de la gran sequedad so-
6 bredicha. Si mi parescer en este caso valiese, yo verda-

daderamente creeria que puesto que algunas cosas de las que de los Almozudes ó Almonides se cuentan puedan ser verdaderas, muchas otras, ó las mas dellas, son fábulas y ficcion, porque ningun libro de Cosmographia trata gente, ni tierra, ni nacion que se diga los Almozudes ó Almonides, ni en Suecia, que fué siempre region Alemana, se podria mostrar algun tiempo tener mando ni señorío los Griegos, mayormente mezclando con ellos el cuento del espejo encantado de la Coruña, del qual ya declaramos en los diez y siete capítulos del primer libro ser imaginacion falsa quanto dél hablan aquellos Coronistas Españoles, pues nunca tal hubo, ni tal se pensó jamas. La mesma liviandad es afirmar que fuéron es- 7
tos los primeros edificadores de Córdoba, de Pamplona y de Sigüenza, pues de todos estos lugares se verá muy enteramente por el proceso desta gran obra las gentes que los pobláron en los tiempos verdaderos de sus principios, muy diversos de la sazon y dias que tratamos aquí. Una cosa me hace tener por cier- 8
to que la fundacion que les atribuyen de Toledo va tambien estragada como todo lo sobredicho, y es, que la historia del Señor Rey Don Alonso casi en el principio cuenta que quando los Almozudes la pobláron hiciéron la ciudad en lo llano, y que pusiéron allí la cabeza del Reyno, labrándola con grandes edificios: entre los quales dicen haber sido mucho principal un solemne templo donde reverenciaban el fuego; y en los libros siguientes dice nuevamente que dos Cónsules Romanos llamados el uno Tolemon, y el otro Bruto, la pobláron: lo qual tambien dice Don Rodrigo Ximenez, Arzobispo de Toledo: lo mesmo San Isidro dos veces en la Corónica de sus Godos, y mas otros Historiadores que lo siguen, de manera que discrepa mucho lo primero de lo segundo, dado que lo postrero de los Cónsules Tolemon

y Bruto va tan mal mirado quanto lo de los Almozudes, porque no hallamos en alguna de las Corónicas Latinas Cónsul ántes ni despues que los Romanos viniesen en España llamado Tolemon. Ni Tito Livio, ni Polibio, ni Lucio Floro, ni Plutarco, ni Casiodoro, que recoligió quantos Cónsules Romanos hubo hasta que faltáron, pone algun Cónsul con tal
9 nombre ni sobrenombre. Largo seria de contar si por extenso dixesemos la mucha diversidad que quanto al artículo de los Almozudes hallamos en las Corónicas
10 sobredichas de España. Las unas que mas limitadamente hablan, y quieren que su razon parezca mas verdadera, dicen que los Almozudes viniéron de Grecia, donde fuéron naturales, y que llegáron á la Coruña segun hemos dicho, donde siendo desembarcados dexáron á Galicia, y entráron en España ganando mucha parte della, y allí finalmente hiciéron su
11 morada, poblando lugares y villas donde viviéron. Despues dicen haber tenido maneras con que ganáron la voluntad á los pueblos comarcanos para vivir en su conversacion, y con tal industria lo negociáron, que dello por bien y con amistad, y dello con fuerzas y tiranías, en breve tiempo señoreáron gran parte de las provincias, tanto que fuéron tenidos por muy prin-
12 cipales en España. Dicen ser gente de mucha razon y cordura, de quien tomaban los Españoles cosas de gran provecho, con que se hacian á sus costumbres, y se mezcláron con ellos así en la gobernacion de la tierra, como en todo lo demas que convenia, dándoles sus hijas para casar con las de los Almozudes.
13 Vino desto que en el parentesco de los unos y de los otros, y con la conformidad, que siempre fué madre de todos los bienes, poco á poco perdiéron el nombre de los Almozudes, y se llamáron todos
14 Españoles. Otras historias van mucho contrarias en esta razon, y son las que mas largo hablan en ello, di-

diciendo que los Almozudes viniéron con Hércules el
Griego quando en España pasó, el qual afirman que
dexó por acá mucha gente que consigo traia, y que
los tales pobláron algunas partes de aquellas comar-
cas. Mas (á mi parecer) tan escrupuloso va esto co- 15
mo qualquiera de lo pasado, pues ya en el primer
libro escribimos que muchos Autores de gran crédi-
to porfian que nunca tal Hércules Griego tocó jamas
en España, y si tocó seria de pasada por la costa del
mar solamente, quando dicen que fundó la villa de
Gibraltar, ó dió manera como ciertos pastores Es-
pañoles la poblasen, porque el que acá vino y paró
en España de cierto fué Hércules el Egypciano, que
tuvo mayor fama, y acabó hazañas mas graves; y
puesto que el Griego entrase en España, sábese que
no venia tan acompañado, ni tan poderoso, que bas-
tase para poblar tal espacio de tierra como los Co-
ronistas Españoles atribuyen á los Almozudes ó Al-
monides. Algunos otros escriben que los Almozudes 16
fuéron señores en España seis años no mas, otros
que catorce; muchos escriben que quarenta, los qua-
les pasados afirma la Corónica del Señor Rey Don
Alonso, y las demas que van con ella, que sabien-
do las gentes extrañas estas nuevas de su venida, y
que ya poseian la tierra por fuerza, con desafueros y
crueldades que hacian, creciéronles los corazones, y
determináron ellos de hacer otro tanto para destruir-
los si pudiesen: lo qual pusiéron luego por obra, se-
ñaladamente los que moraban en las islas del mar, que
juntáron grandes navíos en que viniéron y se metié-
ron en España por quatro partes. Los que cayéron en 17
la frontera de Cádiz, dicen que viniéron por Guadal-
quevir arriba, hasta que llegáron á una ciudad nom-
brada por aquellos dias Italica, cuyos moradores salié-
ron contra ellos, y peleáron una batalla muy recia,
donde los ciudadanos fuéron vencidos, y los foraste-
ros

ros entráron á la revuelta matando quantos habia den-
18 tro. La gente restante que vino por las otras partes dicen no haber hallado resistencia, y que sin contradicion ganáron la tierra, y matáron todos los Almozudes, y que á los Españoles sus parientes y confederados pusiéron en servidumbre, y los tomáron por esclavos, y que duráron en aquella sujecion y cautiverio hasta la venida de otras gentes Africanas llamadas los Car-
19 tagineses. Esto es en suma, lo que nuestras historias
20 dicen destos Almozudes ó Almonides. Pero mucho dello no sé yo cómo lo crea, pues en aquellos tiempos no era fundada la ciudad de Italica donde señalan que fué la batalla, ni se pobló dende á muchos años,
21 como lo verémos en los libros siguientes. Mas como quiera que sucediese, de sospechar es que la cuenta de los Almozudes ó Almonides debió cierto ser algo: dado que no se declare ni diga hasta hoy como cosa bien conocida: y como tal los que della quisiéron hablar, le añadiéron algunos adornamentos á manera de hazañas, que verdaderamente nunca sucediéron, por dar alguna gracia en paso tan seco, y de quien no se alcanzaban ni sentian, como dicen, mas del sonido.
22 Quanto á la genealogía dellos que dicen haber sido Griegos de nacion, no me entremeto, pues que si lo fuéron pudiéron ser algunos de los muchos Griegos que diversas veces pobláron en España: de los quales alguna parte queda ya escrita en el primer libro, y parte dellos pondrémos adelante en el proceso desta obra por ser muy averiguado que tuviéron en ella moradas y villas sumptuosas, conforme á la relacion que dello hacen todas las historias antiguas fidedignas: y aun allende todo esto duran el dia de hoy señales manifiestas entre nosotros de la naturaleza y asiento que los Griegos acá tuviéron, como son muchas costumbres Griegas, en que todavía vivimos sin se haber podido mudar ni perder, aunque despues acá son pasadas por los

los Españoles grandes novedades y mezclas de gentes extrañas, que por tiempo nos han corrompido lo mas de las maneras de vivir antiguas que nuestros pasados tenian: pero las Griegas eran ya tanto nuestras y tan naturales, que parte dellas nadie las ha podido mudar.
Cierto es que las vestiduras negras de luto que se po- 23
nen por los defuntos, de los Griegos quedáron, y el colgar de los escudos de armas, y cotas y pendones, sobre las sepulturas de los nobles, tambien vino dellos
como Plinio lo declara. El tresquilar otrosí los cabe- 24
llos en los parientes y allegados destos tales que así mueren, con otras muchas cerimonias notoriamente
Griegas que andando la historia se verán adelante. La 25
otra señal, que tambien hoy dia hablamos en nuestra lengua Española multitud de vocablos que son Griegos verdaderamente, de los quales en esta parte yo daría suficiente relacion, si no fuese materia diversa de lo que pretende nuestra Corónica: pero qualquier Español que tenga noticia de la lengua que los antiguos Griegos hablaban, en que permanecen los libros de sus sciencias, fácilmente conocerá ser verdad esto.
Por donde parece muy claro la mucha vecindad y mo- 26
rada que la gente Griega tuvo largos tiempos en nuestra tierra, sin jamas salir della, no solamente los Almozudes, de quien las Historias Españolas hacen memoria, sino tambien de muchos otros, como fuéron los de la isla de Iasanto que diximos haber poblado á Murvedre, y los que viniéron con el Capitan Alceo Tebano, que por otro nombre llamaban Hércules el Griego, y tambien los compañeros de Dionysio el menor, á quien los gentiles llamáron el Dios Baco, y despues la gente que traxéron Menesteo, y Ulixes, y Teucro, como en el primer libro queda puesto: y otros sin estos de quien adelante hablarémos, que pobláron las villas de Roses, Empurias y Denia, con mas ciertos vecinos de Lacedemonia, naturales de una provin-
cia

cia Griega llamada Laconia, los quales afirma Estrabon, que viniéron en España, y pobláron una villa que se dixo Laconimurgi, en las fronteras de Vizcaya, que
27 agora caen entre Castilla y Navarra. Pero destos Lacones yo nunca pude hallar ni descubrir en qué tiempo fuese su venida, ni creo que tengamos historia que dellos hable mas de lo que Estrabon apuntó en el ter-
28 cero libro de su geographía. Y si los Almozudes ó Almonides, de quien agora tratamos tambien fuéron Griegos, y residiéron algun tiempo en España como todos los Coronistas Españoles afirman: de sospechar es que tambien harian en ella pueblos y cosas notables, porque tal fué siempre la manera de las gentes Griegas en dexar su recordacion ó memoria donde quiera que podian con sobrada diligencia: lo qual hiciéron en los tiempos pasados con mucha gracia de
29 letreros y edificios. Esto me pareció que fué bien aclarar en este capítulo sumariamente, por ser la cosa mas confusa y ménos entendida que yo tenga leido por todas nuestras Corónicas Españolas, y la que mas cuidado me puso para descubrir algo de verdad en ello, si mi diligencia bastara: puesto que sin lo ya dicho, no dexara de tornar á poner mi parecer sobre lo destos Almonides, en los veinte y nueve capítulos deste segundo libro, donde se verá que si tales gentes pudiéron acá venir, seria muy muchos años despues de la gran seca sobredicha, fuera de la sazon que les atribuyen: y así por esto, como porque todas sus hazañas ya dichas parecen haber sido negociadas en las provincias occidentales de nuestra tierra, la Corónica dexará por agora su relacion, y dirémos los otros acontecimientos verdaderos y ciertos, que sucediéron en las provincias orientales della, segun que los escritores auténticos nos dexárou escritos en sus libros para que de toda parte sepamos lo que por España se hacia.

CA-

CAPITULO III.

Como gentes advenedizas, llamadas los Celtas, llegáron en España, y se juntáron con ciertos Españoles que vivian cercanos á las riberas de Ebro, y despues pobláron otras provincias della, particularmente la que llamáron Celtiberia, donde se ponen los aledaños ó mojones que solia tener esta region.

Las primeras gentes extrangeras que despues de fenecido el señorío de los Reyes antiguos en España, hallamos haber entrado por ella contra sus regiones Orientales, fuéron naturales de la tierra que llamamos agora Francia, moradores en la provincia, donde tambien fuéron despues edificadas las poblaciones de Narbona, y de Mompeller, y de Marsella, cuya venida tocan sumariamente nuestros Coronistas Españoles, aunque pocos: diciendo, que como los tiempos fuesen acá mejorando despues de la gran sequedad, y la gente huida comenzase ya de tornar á sus naturalezas, entre los otros que viniéron fuéron tambien aquellos que pasando la parte meridional de los montes Pyreneos, estaban recogidos en aquella provincia: y aun de pensar es, que serian estos los primeros de la vuelta, pues hallándose cerca, podrian préstamente tornar sin estorbo de nadie. Con ellos dicen tambien, que viniéron mezclados algunos de los mesmos, entre quien estuviéron todo el espacio de veinte y seis años que duró la persecucion sobredicha, los quales dado que se nombren agora Franceses, llamábanlos en aquellos dias Galos Celtas, y por sobrenombre Bracatos, á causa de los paños menores con que tapaban sus vergüenzas, á quien ellos decian Bracas en su lenguage, como tambien los llamáron despues los Latinos, y nosotros así mesmo los decimos agora.

1

2

3 ra. Con estos Celtas Bracatos los Españoles huidos debiéron tener tal conformidad en el tiempo de su destierro, que viniéron á casar los hijos y las hijas de los unos con los de los otros, y se trabáron por ambas partes amistades y deudos muy cercanos: y así resultó dello que los Galos Celtas conversaban á la contina con la gente Española, viniendo diversas veces á holgar y negociar entre ellos, y á gozar de los bienes de la tierra, la qual ellos conociéron en estas entradas ser abundante de muy crecidos intereses: y como tal no tardó mucho que grandes compañas dellos no saliesen con hijos y mugeres, y haciendas quantas buenamente pudiéron traer, y se pasáron en España, para morar en ella reposadamente: sobre lo qual no halláron contradiccion, ni persona que mostrase desplacerse de su venida: y aun es de pensar que primero lo comunicarian con estos Españoles que con ellos habian estado, segun el parentesco y alianza que
4 tenian todos. Los Españoles quando viniéron, tomáron asiento junto con una parte de tierra que sale desde las vertientes orientales de los montes Idubedas, de quien escribimos en el primer libro, hasta las riberas del rio Ebro que llamaban en aquellos dias Ibero, por cuya razon tambien ellos eran dichos los Españoles Iberos: el qual nombre tienen muchos por cierto haver sido general á quantas gentes moraban en nuestra tierra, primero que los llamasen Españo-
5 les, segun escribimos en el primer libro. Y estos dicen, que despues quando se comenzó de nombrar España, ya que se perdiese por las otras nuestras gentes el tal apellido, se conservó por los naturales desta provincia, puesto que no fuese grande á lo ménos en lo ancho, que cierto era mucho ménos que en lo largo, por correr aquel rio sobre la parte de Levante muy junto con estas cumbres, y dexar bre-
6 ve trecho desde sus vertientes hasta las aguas. Desta gen-

gente nueva de Francia, y su venida en España hallo tambien abundosa relacion en las historias Latinas y Griegas que conforman con todo lo que tenemos dicho, si no dixesen haber sido la causa de su movimiento pendencias que tuviéron con aquellos Españoles cercanos á Ebro, sobre los términos y rayas de sus provincias, que cada qual quisiera tomar forzosamente lo que no le pertenecia: mas al fin dicen que fuéron averiguadas estas diferencias, y que viniéron en tal conformidad que tuviéron por bien de casar los hijos de los unos con los de los otros: y que con este principio se comenzáron á comunicar tan de buena voluntad, que los Españoles recibiéron entre sí todos estos Celtas Bracatos advenedizos para morar juntamente con ellos. Dicen mas las historias peregrinas, 7
que por causa del nombre destos Galos Celtas extrangeros, y de los Españoles Iberos con quien se juntáron, la gente que dellos nació se nombráron despues los Españoles Celtiberos que fuéron en España nacion mucho valerosa. Sabemos otrosí, que como la suce- 8
sion y casta destos creciese continuamente, y aquel espacio de tierra donde moraban los Iberos no bastase para tanta multitud quanta cada dia se multiplicaba, convino dexar la comarca pequeña donde naciéron, y pasar los montes Idubedas contra las partes Occidentales, para buscar nueva region que poblasen y donde cupiesen. Puestos allí tomáron á lo largo quan- 9
ta tierra viene por las faldas del sobredicho monte, desde la cumbre de Moncayo contra Aragon, hasta diez ó doce leguas en baxo de donde fundáron ellos despues la villa que dixéron Segobriga, llamada por este nuestro tiempo Segorve, con casi veinte leguas en ancho por la vanda occidental: y fuéron causa los tales asientos allí hechos que la provincia toda quedase llamada muchos dias adelante, la tierra de Celtiberia propriamente: puesto que despues creció tanto

su generacion, que tampoco les bastó la provincia
donde primero moraban, ni lo que sus vecinos po-
seian y se derramáron por otras provincias mayores
en España, contra la parte del Septentrion y de Me-
10 dio-dia. Andaban entre los Célticos y Celtiberos, quan-
do la segunda vez pasáron estos montes Idubedas,
ciertas parcialidades como parentelas, en que todos
estaban repartidos, de los quales eran principales y
11 muy señalados unos que llamaban los Arevacos. Estos
al tiempo de la venida sobredicha, tomáron asiento
diverso de los otros, en las partes postreras y mas
Septentrionales de la sobredicha region, ocupando tam-
bien el espacio que venia desde Moncayo hasta la ri-
bera del rio Duero, donde fundáron algunas poblacio-
nes, aunque pocas, porque la comarca fué pequeña
casi en el derredor y confines que hallamos agora las
villas de Agreda y Montagudo: puesto que despues
aquellos mesmos Arevacos pasáron á Duero, para fun-
dar allá lugares: y con algunas otras gentes allegadi-
zas ensancháron y pobláron mucho su provincia, co-
mo presto lo verémos en el último capítulo del ter-
12 cero libro. Con estos habia tambien otros Celtiberos
llamados Berones, que fuéron asaz número de gen-
tes por andarles mezclados dos parentelas nobles, nom-
bradas los Pelendones y los Duracos, ó segun algunos lo
pronuncian Uracos: y hechos todos un cuerpo, siguiéron
el viage de la mesma parte septentrional en compañía
13 de los Arevacos, que primero señalamos. Estos tres li-
nages pasando poco mas adelante, paráron entre las
cumbres orientales de los montes Idubedas, y las aguas
del rio Ebro, por el Occidente tomáron un espacio
de la tierra que decimos agora Rioja, señaladamente
la parte donde se hallan al presente las poblaciones
honradas de Santo Domingo de la Calzada, Briones,
Haro, Náxara, Tricio, Navarrete, Logroño, Varea,
Torrecilla de los Cameros, Anguiano, Priadillo, Vi-
llo-

llosada, Briena, Balbaneda, con otros lugares menores de sus comarcas, incuidos y encerrados entre las aguas del rio que dicen Oja por el Septentrional, y las del rio Iruega por el Medio-dia, que puede ser todo diez leguas en ancho, con otras tantas en largo, poco mas ó ménos, y aun el apellido de Briones y de Briena, pueblos bien conocidos en esta region, bien claro paresce ser tomados de sus pobladores antiguos los Berones ya dichos, como tambien la nombradía del rio Duero, por causa de los pueblos Duracos en que nasce sobre las cumbres Occidentales de los montes Idubedas: cuya largura va por allí muy levantada y tendida, llena de grandes pastos y montañas. Otro linage destos llamaban Nerias, ó segun 14
Juliano Diácono los nombra Neritas: otros decian Presamarcon, otros Cylenos: de los quales todos harémos adelante mucha relacion en diversos capítulos de los libros venideros. Añade sobre todos ellos aquel 15
Juliano Diácono dos parentelas, no tan principales á mi ver, como las sobredichas, una llamada los Caparos, otra de los Lacoos: cuyos apellidos, para decir verdad, yo jamas tengo vistos en Autor de quantos haya leido: los quales dicen que tambien pasáron aquellos montes Idubedas con los otros sus parientes, casi en el año de nuevecientos y treinta, primero que Nuestro Señor Jesu-Christo naciese, que fué justamente mil y docientos y treinta despues de la fundacion de España segun el tenor y la cuenta de los tiempos que seguimos en esta Corónica.

CA-

CAPITULO IV.

Como la villa de Roses fué nuevamente poblada en la provincia que llaman agora de Cataluña, y de las cosas mas señaladas que dentro y cerca de sí tuvo quando se fundó.

1 Entre tanto que los Galos Celtas y su generacion de Celtiberos andaban metidos en España ocupando las provincias ya declaradas, hallamos por las historias que saliéron ciertos navíos de una isla nombrada Rodas, que cae sobre las partes de Levante, junto con la menor Asia, llamada por este nuestro
2 tiempo la gran Turquía. Comenzáron estos á correr por el nuestro mar Mediterraneo con tan buen aparejo de gentes y fustas, que no hallaban en el agua cosa que se les amparase: sujetaban todos los otros navegantes que por la mar andaban, no consintiendo que navíos algunos discurriesen por ella contra su vo-
3 luntad. Y con la buena dicha que tuviéron, y con la sobrada diligencia que traian, pujáron tanto que viniéron á quedar señores absolutos de la mar, por espacio de veinte y tres años: en el qual tiempo visto que para llevar adelante lo comenzado, convenia tener algunos pasos y puertos en que se reparasen: por tener así mesmo las paradas que mas les convenia, y por se bastecer otrosí de viandas y xarcia pertenecientes á su navegacion, hiciéron algunos castillos en diversas provincias de Europa, sobre la ribera de la mar donde les paresció que serian las acogidas mas á propósito: y como el asiento de España fuese muy apropiado para tal negocio, fundáron tambien en ella una fuerza sobre los fines postreros del monte Pyreneo, que se hacen entre Francia y España, junto á las riberas del sobredicho nuestro mar Mediterraneo, en una mon-

montaña que por allí viene, sobre una vaïa ó seno de agua en manera de golfo, en aquella mesma parte donde hallamos agora el monasterio que dicen San Pedro de Roda, frontero al traves de donde fué despues acrecentada la villa de Empurias, y tan cerca della, que ponen solas tres leguas de mar entre la una
y la otra. En este risco se conserváron al principio 4
con temor de los Españoles comarcanos, que les parescian ásperos y terribles, hasta conocerlos y tratarlos, y ver la manera con que los podian aplacar y
traer á su conversacion. Desde aquella fuerza ó casti- 5
llo viniéron estos de Rodas baxando sobre la costa del golfo: pusiéron allí caserías fortificadas con gentes y reparos, y con todo lo que mas convenia para la defension y recogimiento de sus navíos: y como por la parte mas alta quedasen guardadas de qualquier afrenta, con el amparo del castillo, y el sitio fuese bien provechoso, brevemente se mejoró con vecin-
dad de Españoles que se les juntáron. Por tal mane- 6
ra, que pasados pocos dias, se hizo lugar señalado y honrado, tal que pudo tener reputacion en la comarca: pusiéronle nombre Rodope, por ser naturales de Rodas aquellos que primero lo cimentáron: al qual hoy dia corrompiendo su vocablo llamamos Roses, puerto bien conocido en la tierra de Cataluña, y segun que por la órden de los tiempos bastamos á conjecturar, fué comenzada su fundacion casi á los novecientos y diez años ántes del advenimiento de Nuestro Señor Dios, en los postreros dias del reynado de
Josaphat Rey de Jerusalen. Así que como este pue- 7
blo fuese cada dia creciendo en aquellas entradas de España, que se hacen al fin de los montes Pyreneos, y los que lo moraban, reconosciesen la condicion de la gente que se les llegaba, ser amorosa y agradable
quando no los trataban con rigor. Vistos los buenos 8
asientos desta region, y sus provechos abundantes
de

de mar y de tierra, fuéron olvidando los tratos de la navegacion: y mucha parte dellos hiciéron allí moradas pacíficas, recibiendo siempre consigo quantos Españoles querian venir á se les juntar: enseñábanles cosas de gran provecho, que primero no sabian, en especial texer cestas y serones, torcer sogas, lías y cuerdas de junco, que nace mucho por aquellas partes: lo qual se fué despues derramando por otras provincias
9 comarcanas. Hasta su llegada, todo el aparejo comun con que los Españoles ataban sus menesteres, eran correas de cuero ó hiniestas dobladas, ó gajos de ramos silvestres majados y torcidos. Enseñáronles tambien á tener molinos pequeños de piedra que traian á mano, segun que los usan hoy dia por muchas partes de Castilla, con que molian los materiales de que hacian pan, agora fuese de castañas ó de vellotas, ó nueces, como dicen algunos, agora de trigo, como se debe creer, ó de muchas otras simientes, pues en el primer libro diximos el Rey Abidis haber enseñado la manera de domar los bueyes para los uñir, sem-
10 brar y labrar la tierra con ellos. Procuráron tambien estos Griegos de Rodas, mostrar á los Españoles sus comarcanos cierta manera de sacrificios y plegarias á los Idolos que consigo traian ellos, conformes á las costumbres de Grecia, con mas cerimonias y mas nuevas que nunca los Españoles habian visto: particularmente los de la diosa Diana, con quien ellos tenian devocion: á la qual hiciéron un templo dentro del mesmo castillo, muy venerable y bien adornado, donde largos años despues exercitáron aquella vanidad con gran acatamiento desta diosa: tanto que despues del templo que estaba en Denia, el qual havian hecho primero los Griegos de Zacinto á la mesma Diana, segun declaramos en los veinte y seis capítulos del primer libro, no tuviéron lugar los Españoles antiguos, donde mas gente se allegase para tales sacrificios, ni

con

con mas devocion que en el templo que los de Ro-
das allí labráron. Tambien edificáron un oratorio den- 11
tro del mesmo castillo, para reverencia y honor del
Dios Hércules, con quien así mesmo traian supersti-
ciones y plegarias, en que le sacrificaban á ciertos dias
y fiestas del año, con la solemnidad y pompa que
convenia. Todas sus costumbres restantes así de reli- 12
gion, como de tratos y manera de vivir, eran mu-
cho semejantes á las mesmas de los otros Griegos anti-
guos moradores en España, sino fué quanto á los sa-
crificios de aquel Dios Hércules sobredicho, á quien
generalmente todas las otras naciones de Gentiles re-
verenciaban en sus cerimonias, con alabanzas y ben-
diciones devotas que le hacian, y con otras muchas
humildades, encomendándose á él. Estos de Rodas to- 13
do lo hacian al contrario, porque quanto hablaban
con las tales cerimonias eran maldiciones, y denuestos
y palabras injuriosas, mezcladas con risas y burlas que
decian: no porque tuviesen á burla la divinidad deste
su Dios Hércules, sino porque creian ser en tal caso
muy alta solemnidad, y de que mas aquel demonio
se contentava: y á mi parecer acertaban en ello me-
jor que nadie, pues le trataban como merecia. Des- 14
tos sacrificios y costumbres que mucho tiempo durá-
ron en aquellas partes de España, hace mencion Ju-
liano Diácono, y Juan Gil de Zamora en el tratado
que recopiló de sus Antigüedades Españolas en lengua
Portuguesa, mucho conforme á lo que ponen las his-
torias Griegas en las usanzas de Rodas. Traxéron mas 15
estos de Rodas quando viniéron áca dineros de me-
tal, con que trocaban entre sí mercaderías y nego-
cios, porque ya en toda Grecia y en Asia, y en otras
partes del mundo, habia dias que se usaba, y se te-
nia por muy buena invencion para qualesquier con-
trataciones: y como tal acometiéron estos de Rodas
con él á los Españoles de su comarca para que les die-

sen á su trueco las provisiones y mantenimientos ne-
15 cesarios. En lo qual dicen haber sido los primeros de
todas las naciones extrañas que llegáron en España,
porque hasta ellos de nadie se halla relacion que vi-
16 niese de fuera con semejante trato de dineros. Los Es-
pañoles comarcanos hiciéron al principio gran burla
dellos, teniendo por desvarío pedir mantenimientos
ó qualquier otra cosa de las provechosas á la vida por
aquel dinero, que no se podia vestir, ni comer, ni
parescia herramienta para labrar alguna labor, ni traia
utilidad para cosa del mundo, puesto que lo deshicie-
sen: y quanto á lo demas, pues nadie podia tener to-
do lo necesario, figurábaseles ser mejor que las cosas
quando se trocaban fuesen todas útiles de unos á otros,
para que los trocadores quedasen cada uno con pro-
17 vecho, así el que daba, como el que recibia. Por esta
razon pasaban muchos años que aunque los Griegos
de Rodas usaban su dinero, los Españoles que mo-
raban y negociaban entre ellos lo reputáron por in-
vencion superflua: pero tiempo vino despues, aunque
fué muchos años adelante, que conociéron ser gran
descanso tenerlo como cosa particular y señalada, con
que todas las otras se cambiasen; y que para tal efecto
fué lo mejor del dinero no poder aprovechar en otra
cosa, porque no pereciese, pues habia de ser el pre-
18 cio de todo lo restante. Así que con aquel asiento
que los de Rodas hiciéron aquella vez en esta parte
de España, y con algunos lugares que de nuevo po-
bláron en aquellas provincias, afloxó mucho la con-
quista de la mar que primero pretendian; y despues
adelante todo su trato fué navegar livianamente con
urcas, navíos de carga, sin fustas de guerra, para bas-
tecimiento de las cosas que tenian menester en sus pue-
blos, ó para tratar algunas mercaderías en que ya po-
19 cos dellos entendian. Fué junto con esto causa grande
para desistir ellos de sus intentos comenzados haber
sa-

salido de una tierra llamada Frigia en fin de los veinte y tres años arriba dichos, que se cumpliéron en el año de ochocientos y noventa y uno, ántes de la Natívidad de Nuestro Señor, otros mareantes con mucho poder de gentes, y navíos muy armados y muy bastecidos de quanto convenia: estos como hallasen la flota de Rodas dividida por muchas partes, unos ocupados en hacer este lugar de Rodope acá en España, otros en Francia, labrando cierta poblacion á quien hoy dia llamáron Rodes, que fué primeramente cabeza de los pueblos nombrados Rutenos; otros puesta ya su morada sobre el rio Rosne, que dixéron ellos entónces Ródano, por causa de Rodas, donde fué su naturaleza: tuviéron los de Frigia convenientes aparejos para sin estorbo derramarse por las mares y lanzar fuera dellas qualesquier cosarios que hallasen, de tal suerte que nadie les pudo contradecir en el agua por espacio de veinte y cinco años continos que duráron en aquel exercicio. Estos de Frigia, dado que su morada fuese contra las partes de Levante dentro de Asia, muchas historias verdaderas afirman su primer nacimiento y orígen haber procedido en España, segun lo dexamos apuntado en el séptimo capítulo del primer libro, los quales al principio quando por allí pusiéron su vivienda se llamaban Brigos, y despues Frigos, y al cabo Frigios, como tambien Plinio lo señala entre los Autores Latinos, y por tanto hacemos en esta parte memoria dellos, y de la pujanza que por este tiempo traxéron en la mar, para que como gente de España tengan alguna relacion sus hechos en esta Corónica Española.

CAPITULO V.

Del espantoso encendimiento de fuego que cerca deste tiempo se prendió por un pedazo de los montes Pyreneos, y del sitio y postura que tienen algunos ramos de montañas que dellos proceden, y se tienden por diversas provincias en España.

1 Ya en estos dias paresce que lo mas de la tierra de España estaba reparada de qualquier adversidad que le pudo venir, y poblada medianamente de vecindad en todo lo bueno della, tanto como en qualquier otro tiempo de los pasados, quando de súpito sobrevino un tal desastre, que si le tocara por todo cabo, como le fué particular, hiciera mayor destruicion y mayor daño que ninguno de quanto podemos escribir, aunque metamos en ello la sequedad de veinte y seis años que della se dice, como ya dexamos
2 escrito. Esto fué, que discurriendo los pastores vecinos al Pyreneo, con sus ganados, por las veredas y valles comarcanos, encendiéron fuego sobre lo postrero dellos, no temiendo que sucederia tal mal qual despues acontesció, sino procurando guarescer de los frios que tendrian, ó bastecerse de las cosas que co-
3 munmente tienen menester los pastores. La llama prendió de tal arte, que muy grandes trechos de las montañas ardiéron muchos dias, y las pizarras hendiéron con la calor demasiada, los valles y recuestos echaban de sí tales ondas y grupadas de fuego, que no se podria declarar cosa mas espantable ni temerosa.
4 Viéronse desde la mayor parte de España los encendimientos, y pocas provincias hubo della donde no se divisasen las llamas ó la calma con toda la sobra de su calor; y no solamente se quemáron los árboles y las piedras, islas, yerbas y verdura, sino tambien

bien las venas de los metales derritiéron á toda parte
con grandes arroyos de plata, que corriéron por lo
mas alto y mas baxo de la tierra con abundancia ma-
ravillosa, forzados del ardor excesivo que penetró por
los mineros adentro. Lo qual paresce verdaderamen- 5
te que necesario debió ser así, pues el fuego creció
tan sobrado quanto las historias y Cosmógrafos es-
criben, porque como dicen ellos, y claramente lo
vemos, todas las tierras Españolas son una pasta de
metales y de pedrería preciosa, tal que los poetas fin-
gian morar embaxo de sus concavidades un demonio
llamado Pluton, que certificaban antiguamente ser el
Dios de la riqueza. Por causa del encendimiento di- 6
cen tambien que los Griegos moradores en España,
con sus Historiadores, que despues escribiéron en
aquella lengua, llamáron estos montes Pyreneos, el
qual nombre todavía les dura hasta nuestro tiempo,
y aun tambien entre todas las naciones que dellos tie-
nen noticia, porque Pyr en aquella habla quiere de-
cir fuego, y Pyreneos cosas encendidas. Otros afirman 7
que no por aquel fuego le dixéron Pyreneo, sino por
tener sierras muy levantadas, y caer en ellas á la con-
tina grandes rayos ardientes del Cielo. Los poetas pu- 8
blican haber muerto cerca destas montañas una don-
cella Española nombrada Pyrene, de quien Hércules
dicen que fué muy enamorado quando caminaba por
aquellas tierras, y que por haber sucedido su falle-
cimiento cerca destos montes lo llamáron Pyreneos;
mas no se tiene por cierta la tal opinion, segun que
Plinio lo reprehende manifiestamente. La Corónica del 9
Serenísimo Rey Don Alonso da la razon del nombre
destos montes Pyreneos en otra manera, diciendo que
los Españoles tuviéron un Rey antiguo nombrado Pyr-
ros, el qual despues de pobladas muchas villas en di-
versas partes della se retraxo contra las montañas ar-
riba dichas, donde hizo lugares y villas con otras po-
bla-

blaciones muy buenas, y residió por aquellas comarcas hasta que murió dentro destos montes; los quales, segun allí dice, fuéron llamados montes Cetubales, por memoria de Tubal, el que primero fundó los Españoles, y que despues los llamáron Pyrroneos en recordacion deste Rey Pyrros, y mas adelante cor-
10 rompiendo su vocablo los nombráron Pyreneos. Pero lo tal, á mi parecer, tan fabuloso debe ser como lo de la doncella Pyrene, pues ninguna corónica de las
11 que tienen autoridad hace mencion deste Rey. Bien es verdad que quanto al encendimiento sobredicho no faltan Autores de gran consideracion que quieren dar á sentir no haber acontecido solo en aquella parte de las cumbres orientales que dividen las Españas de Francia, llamadas agora solamente Pyreneos, sino tambien por otros miembros de montañas que salen y se desparcen por dentro de España, enredando ciertas provincias della: las quales dicen que por razon de se haber aquello encendido, y proceder todas estas cumbres las unas de las otras, ansí las que vienen dentro de la tierra, como las que como digo dividen á Francia de España, se llamáron todas montes Pyreneos en general, aunque particularmente cada qual
12 dellas tenga su nombradía. Mas porque todas estas cosas mejor se puedan saber, la corónica quiere declarar aquí qué ramales de montes sean estos, y qué nombres tuviéron entre los antiguos, y por qué lugares conocidos pasan agora, juntamente con las otras
13 sus cosas notables. Dicen, pues, nuestros Cosmógraphos antiguos, y vémoslo ser así cierto, que los primeros gajos ó ramales que salen de los Pyreneos orientales se desmiembran dellos junto con aquella parte de Navarra que ya muchas veces diximos nombrarse Roncesvalles, y pasa tendido y muy continuado de Oriente á Poniente, dividiendo con sus principios el término del dicho Reyno de Navarra con las provincias

cias de Guipuzcoa y Alava, que son dos naciones Españolas de quien adelante hablarémos muchas veces.
Salen por allí aquellos montes muy encumbrados y 14
muy altos, los quales nombramos en este nuestro tiempo las sierras de Uraba, y poco mas adelante la sierra de Encia, que tocan á la sierra de la Poblacion entre Logroño y Salvatierra de Alava; desde allí pasan por cerca de Vitoria, y por las faldas de las montañas de Castilla la Vieja, cerca de la tierra llamada Campo, donde fué siempre villa principal Aguilar junto con las Asturias de Santillana, y de Oviedo por encima de Saldaña, y de Carrion, y de Sahagun, y de Leon,
y por cerca de Luna y de Astorga. En todo este tre- 15
cho sobredicho parescen aquellos montes muy gruesos y muy anchos, tanto que contra su vertiente septentrional echan de sí tantos brazos, y tan juntos, y tan encadenados unos con otros, que ocupan toda la mas tierra que va desde allí hasta la mar de España, que bate por aquel quarto lado della que ya declaramos en el segundo capítulo del primer libro: de los quales brazos uno solo tiene nombre particular, á quien los Coronistas y Cosmógraphos antiguos llamaban Hu-
vindio, casi en el medio de las Asturias. Poco mas 16
adelante de Leon, en el camino derecho que va desde Luna para Oviedo, se comienzan á dividir estas sierras en dos miembros, el uno desciende torcido contra Medio-dia, pasando entre Astorga y Ponferrada, donde se hacen los puertos del Ràbanal, y despues va por la Prova de Señabria, villa bien conocida en el pie desta montaña, cerca de la parte donde se hace
la gran cumbre nombrada de Sospacio. Pasa despues 17
junto con Bregancia por los principios del Reyno de Portugal, que confina con el Reyno de Leon; y mas adelante siempre van estos pedazos de montes contra la parte de Medio-dia, hasta dar en las riberas del rio Duero, y en tocándole vuelven la via del Poniente,

te, siempre sobre sus aguas, hasta dar en la mar, haciendo la tierra por donde pasan mucho fragosa y desabrida, por cuya razon todos sus confines y comarcas son agora llamadas la tierra de Tras los montes
18 entre la gente Portuguesa. El otro ramal ó gajo compañero déste sale mas derecho contra la region occidental, y despues á poco trecho se tuerce disimuladamente sobre Medio-dia, conformándose con el camino del primero, desviado dél casi por igual.
19 Desciende por encima de Villafranca, lugar bien señalado quatro leguas adelante de Ponferrada, y pasa por el puerto llamado Zebreros de Galicia, que tambien es agora muy conocido, juntamente con el de Rabanal que primero diximos, por ser ellos ambos dos pasos que atraviesan los peregrinos y romeros quando vienen á la devocion del Señor Santiago en Compostela por el camino que dicen Frances, ó de los extrangeros.
20 En este ramo de montañas viven agora pueblos y gentes que lo tienen todo lleno, donde nacen muchas fuentes y rios asaz provechosos, de los quales el mas afamado llaman agora Syl, cuyas aguas corren algun trecho por las faldas orientales destas cumbres hasta juntar con el valle de Quiroga, donde se comienzan á torcer contra el Occidente, para venir á mezclarse con el rio Miño, que fué siempre mayor y mas principal entre los rios de Galicia, y por salir á él; se mete tambien este Syl en este monte sobredicho, rompiéndolo y atravesándolo por aquel valle de Quiroga, cerca del castillo de los Novaes, tierra de las encomiendas y jurisdiccion pertenecientes á la Religion del Hospital de San Juan de Jerusalen, por la qual comarca pasan
21 aquellas cumbres despues que salen de Zebreros. Y desde allí van por cerca de Monterey, junto al castillo de Verin, y luego se lanzan en Portugal, pasando cerca de Chaves, y de Villapoca, y de Villareal, y no léjos de Lamego, hasta dar en el rio Duero, donde

de se incorpora y se junta con el otro primer gajo su compañero: por manera, que la tierra que dentro dellos ambos se contiene queda hecha casi quadrada en su faccion. Lo restante del cuerpo principal donde salen estos dos gajos ó miembros sobredichos, viene (despues que los echa de sí) por Galicia, derramándose como red por toda ella, hasta que fenece en el cabo de Finisterra, y en los puertos y marinas desta
provincia, haciéndola muy áspera y arriscada. Pero lo 22
que sobre todo señalan los Cosmógraphos como cosa principal en la parte perteneciente á este ramo grande, que va desde Navarra hasta las Asturias, es, que sale dél el rio Ebro con otras muchas aguas y rios
crecidos y caudalosos. Y es de considerar que todos 23
quantos humores manan en sus vertientes contra la parte de Medio-dia, desde las fuentes de Ebro hasta Roncesvalles, vienen á parar en el mesmo rio Ebro, con que se hace mucho poderoso; y las aguas que salen dél contra la parte del Occidente por el dicho lado meridional se juntan con Duero, sino son los rios del Syl y de Miño, y algunos pocos de Galicia, que los unos van á la mar enteros y libres, y parte
dellos vienen al Miño. Todas las otras aguas que sa- 24
len por las vertientes septentrionales acaban en el mar de las Asturias y de Vizcaya, y de las otras provin-
cias del quarto lado de España. Tambien notan en es- 25
te monte los Cosmógraphos antiguos desgajarse dél, cerca de las fuentes de Ebro, el gran monte Idubeda, que es el segundo monte de los principales que atraviesan por dentro de España, del quál ya dexamos hecha relacion suficiente en el sexto capítulo del primer libro, quando se dixo que venia desde Aguilar de Campó, discurriendo por cerca de Birviesca, y que despues daban en Villafranca, donde se llaman los montes de Oca, y que desde allí desciende por las cumbres de Orbion, donde moráron antiguamen-

te los Españoles nombrados Bracos ó Duracos, cercanos á las fuentes del rio Duero; y que despues pasa este monte entre Yanguas y Soria, formando la serranía de Yanguas y la de Garray, y desde allí por Agreda, y por junto de Moncayo, llamada Cauno entre los antiguos, y mas adelante por el Reyno de Aragon, cerca de Calatayud, y despues por cerca de Daroca y de Herrera; y despues va discurriendo por este Reyno hasta que fenece sobre la ribera de nuestro mar Mediterráneo, segun aquel sexto capítulo del primer libro mas por extenso lo relata, sin faltar cosa por decir de quanto á sus cumbres y sitios pertenece, sino es el asiento de los dos grandes pedazos de mon-
26 tañas que dél se desmiembran. El uno de los quales ponen Strabon y Ptolomeo por tercero miembro de los mayores y mas famosos que proceden del Pyreneo oriental, al qual antiguamente llamaban Orospeda, agora no tiene nombre todo él, mas de quanto por trechos particulares toma diversos apellidos, conformes á las tierras ó lugares ó provincias por don-
27 de pasa. Este sale de la meitad dellos Idubedas, y por la mayor parte siempre se tiende contra Medio-dia, torciéndose poco contra Poniente, y acostándose contino quanto puede contra el estrecho de Gibraltar,
28 donde poco mas adelante fenece. Comiénzase á desmandar de los montes Idubedas pocas leguas en baxo del collado de Moncayo; y quando por allí sale no va torcido como por otras partes, ni tampoco sale por allí tan poblado de arboledas como adelante, sino casi desnudo y descumbrado y muy baxo, señaladamente quando llega cerca de los Espartales fronteros al Reyno de Murcia, que se hace de la mesma calidad y naturaleza de la comarca por donde pasa, des-
29 pojado de frescuras, y muy estéril. Mas dado que de sus principios Orospeda no salga luego muy alto, todavía la tierra hace conocimiento de sí, levantándose po-

poco á poco, siempre creciendo, hasta subir en las
sierras de Molina y de Cuenca, donde nacen los rios
de Xucar y Tajo. Desde allí discurre por las sierras 30
cercanas á Consuegra, donde tambien son las fuentes
del rio Guadiana en las vegas que los antiguos llama-
ban Laminitanas, donde hallamos agora las lagunas que
se dicen Ojos deste rio. Despues van los montes Oros- 31
pedas por la sierra de Alcaraz, y de Segura, y de
Cazorla; y allí por los lados y vertientes que miran
al Oriente nace tambien el rio que los antiguos de-
cian Estabero, á quien llamamos agora el rio de Se-
gura. Luego por el otro lado frontero de sus vertien- 32
tes occidentales, en el mesmo peso y altura, manan
las fuentes del rio Guadalquevir, alejado en su naci-
miento, segun tasa Strabon, nuevecientos estadios
Griegos de trecho de las fuentes de Guadiana, que
hacen algo mas de veinte y ocho leguas Castellanas,
dando á cada legua treinta y dos estadios de camino,
conformes á lo que los Griegos antiguos solian usar
en sus viages. En llegando estas cumbres á las comar- 33
cas de Alcaraz echan de sí otro ramo de montañas,
que tambien es famoso y señalado en la cosmogra-
phía, el qual vuelve desde allí derecho al Poniente,
haciendo por su largo todas aquellas fraguras y cum-
bres que llaman agora Sierra Morena: los antiguos
las nombraban montes Marianos. Va entero este miem- 34
bro de montes por encima de Guadalquevir, sobre
la mano derecha de su corriente, desviado dél poco
trecho, continuado y seguido, hasta que fenece so-
bre las riberas del mar Océano de Poniente, que van
entre la boca de Guadiana; porque tambien todas las
aguas que manan destas cumbres, las que vierten á
Medio-dia paran en aquel Guadalquevir, y las otras
septentrionales en Guadiana. Pasada Cazorla y la sierra 35
de Segura se reparten otra segunda vez estas monta-
ñas Orospedas en otros dos brazos: el uno (que es

el mayor) sale por el Reyno de Granada, desmembrando de sí muchos gajos que discurren por diversas tierras en aquella provincia, de tal manera que casi la enredan y ocupan toda, puesto que lo mas principal va seguido sobre la ribera de la mar por encima de Málaga: despues hace la serranía de Ronda, pasa mas casi junto con Gibraltar, y quando por aquí viene parece que toma tanta codicia de meterse por el agua, que llega muy junto con las provincias Africanas, donde se comienza el estrecho con estas dos tierras; y aquel es pedazo de las montañas que pertenece á los Orospedas propiamente, y el que solia llevar de contino su nombre, sino fué cerca de Ronda, donde los antiguos le mudaban el apellido, y le llamaban
36 Ilypula. Desde la frontera de Gibraltar adelante van las montañas Orospedas sobre la costa del estrecho, no léjos de la parte donde fuéron las villas Algeciras, costeando la tierra por aquel cabo hasta que fenecen bien adelante de Tarifa; y aquí por el fin destas cumbres son casi todas ellas huecas y vacías, tanto, que los montes cercanos á Gibraltar, y las comarcas de las Algeciras, si bien se mirasen, las hallarian por mu-
37 chas partes cóncavas á manera de cuevas. Y fué tiempo que las gentes antiguas por esta razon sobredicha llamáron á la villa de Tarifa Tarteso, á causa que la tierra cercana á ella era como Tártaro, que quiere decir en Griego hondura, ó lugar confuso, baxo y escuro en lo postrero de la tierra, cuyas bocas parecen
38 aquellas concavidades. Y despues viniéron tambien á nombrarse los moradores desta comarca los Españoles Tartesios, de quien procediéron los otros Tartesios que despues moráron entre los brazos que solian ser en el rio Guadalquevir: de los quales ambos muchas otras veces hubimos hablado, como tambien hablarémos adelante por el proceso desta gran histo-
39 ria. El otro brazo de Orospeda va derecho contra Medio-
dia,

dia, y á poco trecho se acaba sobre la costa de nues-
tro mar Mediterráneo en las marinas del Reyno de
Granada, junto á la villa de Muxacra, puesta en una
punta de sierras en el fin deste monte; y aquel brazo
postrero es el que pasó por los pueblos que solian
ser llamados antiguamente Bastetanos, á causa de Basta,
lugar principal y cabeza dellos, que es la que agora
nombramos Baza: ó por mejor decir, este brazo de
monte dividia los tiempos antiguos los pueblos Bas-
tetanos de los que se decian Contestanos, que se con-
tienen entre las cumbres y el rio Xucar. Al quarto miem- 40
bro principal de aquellos montes que atraviesan por
dentro de España no le dan nombre los Cosmógra-
phos antiguos, ni se halla memoria dél en Autor al-
guno que yo sepa, sino fuese por caso lo que Pom-
ponio Mela relata en el tercero libro de su Cosmo-
graphía, donde se dice sumariamente que cierta parte
de los montes Pyreneos atraviesa por España, y que
dividiendo la menor parte della sobre la mano dere-
cha, y la mayor á la izquierda, fenecen sobre las ri-
beras del mar Océano de Poniente, como tambien lo
vemos en el estrecho deste monte: el qual nace de
las montañas Idubedas, junto á las faldas occidentales
de la gran cumbre de Moncayo, no léjos del otro na-
cimiento del Orospeda, y sale por allí la tierra poco
á poco, levantándose tan disimulada, que mucho tre-
cho no se le conocen las cumbres, como son quan-
do pasan por Monteagudo y Almazan y sus comar-
cas. Mas dado que por aquí parezca la tierra llana, 41
sabemos cierto que siempre crece quanto mas va. La 42
señal es, que como notoriamente sepamos el rio Duero
quando sale de sus fuentes llevar sus viages entre las
partes occidentales y Medio-dia, casi por las raices del
monte Idubeda, y despues quando topa en esta pro-
vincia no pueda pasar adelante, da vuelta de todo
punto sobre la banda de Poniente, porque, como di-

go,

go, la tierra de por allí va mas alta, de manera que contino crece hasta dar en un cerro, donde agora es una Ermita que llaman el Rey de la Magestad, en que ya van formados los montes encumbrados y grandes, habiendo pasado primero por entre las villas que dicen Atienza y Almazan; despues van por Buytrago, y por Segovia, y por cerca de Avila, donde son ya las
43 alturas mucho crecidas. Pasan adelante por Bonilla que llaman de la Sierra, por Bejar, por cerca de Plasen-
44 cia, contra el derecho de la ciudad de Coria. Luego despues á poco trecho se meten en Portugal por cerca de la ciudad de la Guardia, y por la villa de Cobillana, mas adelante por junto á Linares, y por Gobea, y por Melo, y por Arganil, despues van á Goys, á la Losa, y al Espinal, donde son todas ellas muy venosas y llenas de metales, particularmente de hierro, que se labra con muchos artificios y herrerías en to-
45 da la tal comarca. Desde aquí discurren aquellos montes y cumbres por pueblos pequeños; no tan señalados como los ya dichos, y pasan á fenecer en la costa del gran mar Océano de Poniente, junto con Sintres, villa muy conocida en aquel Reyno de Portugal, siete leguas apartada de la gran ciudad de Lisboa contra Septentrion; y en todo su camino van alejados casi por iguala del rio Duero, haciendo casi las mesmas torceduras y vueltas que el rio hace, por tal arte, que
46 parecen ambos irse remedando. Bien es verdad que del pedazo de tierra que va desde este rio á las cumbres sobredichas salen algunos otros brazos por diversas partes de aquel mesmo Reyno; pero el cuerpo y lomera principal dellos es el que tenemos dicho y de-
47 clarado. Nacen tambien de los tales montes, rios asaz caudalosos, de los quales todos los mas que salen por las vertientes de Septentrion se mezclan con Duero, y todos los que descienden por las otras vertientes del Medio-dia paran en Tajo, con muchas aguas y muchas

chas fuentes, y muchos otros grandes provechos de
pastos para los ganados, y muchas maderas, y mul-
titud de lugares que dentro dellos y en sus comarcas
se moran hoy dia: por lo qual algunas veces me ma-
ravillo yo no hallar especificada memoria deste trozo
de montes en los libros antiguos de cosmographía,
pues en ninguna cosa ni calidad son menores que los
Orospedas, ni ménos que los Idubedas. Otras mon- 48
tañas no tan grandes como las quatro sobredichas se
hallan en España, de quien darémos relacion en di-
versos lugares desta Corónica, como son los que sa-
len por encima de Toledo, sobre las riberas del rio
Tajo, pasando por las fronteras de la provincia que
agora llamamos Estremadura, hasta se meter en Por-
tugal. Tienen tambien otras algunas Aragon y Cata- 49
luña, de quien al presente no hablarémos, porque las
tales traen sus principios y fines exêntos, y que de nin-
guna parte se juntan con aquellos quatro principales
echados del Pyreneo, que son los que particularmen-
te pretendemos aclarar en este capítulo. De un monte 50
de España llamado Ydro hace memoria el Señor San
Gerónimo en el prólogo de una declaracion que com-
puso sobre la Epístola de San Pablo á los Gálatas: del 1
qual monte yo no hallo relacion en otro Escritor de
quantos haya leido, ni sabria por agora señalar dón-
de sea, ni cómo se llama, salvo si la letra no está
corrupta en aquel prólogo por defecto de los escri-
bientes, que por escribir Idubeda pusiesen Ydro, ó este
monte no fuese parte dél, ó del otro que llaman Oros-
peda, ó del Pyreneo principal, ó de algun otro, pues
cierto sabemos que muchos pedazos de los tales tie-
nen agora, y tuviéron tambien antiguamente sus nom-
bres particulares y diversos; y en una parte se solian
llamar Huvindios, quando pasan fronteros á la ciudad
de Oviedo: en otra los decian Sacros ó Sagrados, quan-
do llegan á tres leguas de la ciudad de Compostela
vi-

viniendo de Orense, donde nombran agora Pico Sagro, una legua primero que toquen á la puente de Hullan: en otra parte se dicen Ilypulas: en otro Caunos, como en lo pasado habemos visto, y en el proceso desta Corónica mas adelante parecerá, puesto que como dixe, lo general de todos ellos sean aquellos tres apellidos principales Pyreneos, Idubedas, Orospe-
51 das. Mas agora la historia dexará de hablar en esto, y contará los otros hechos mas señalados que sucediéron en España despues del gran encendimiento del Pyreneo, quando corriéron aquellos grandes y maravillosos arroyos de plata que tan nombrados son entre los Autores que habláron de las antigüedades Españolas.

CAPITULO VI.

De la venida que ciertas naciones orientales de Fenicia vecinos de Sydon y de Tyro hiciéron en España, y de las riquezas que sacáron della en oro y plata, y metales y pedrería preciosa.

1 No miráron los Españoles que moraban cerca de sus montes y tierras encendidas en la riqueza de plata y en el oro derretido, ni en aquel gran interese de su valor que dellos salia, segun tenemos escrito, porque allende de la poca codicia que tenia comunmente la gente vulgar, todos aquellos dias no sabian en España la contratacion de metales, ni de sus monedas, para que la plata ni el oro fuesen menester, pues para las otras cosas de nada son necesarias, señaladamente cerca de las comarcas donde los fuegos aconteciéron, ni los Celtiberos ni Galos Celtas que por acá moraban tampoco recudiéron á ello, puesto que de su natural fuéron siempre interesales, y se preciaban mas que nadie en España de tener oro y plata entre sus ata-

atavíos. Este descuido puede ser que lo causase morar 2
ellos en aquel tiempo repartidos en provincias apartadas algo de donde sobreviniéron los fuegos: quanto mas que nadie dellos ni de los otros pudieran sospechar que semejante cosa sucediera del tal encendimiento. De suerte que perseveráron todos algunos años 3
sin conocer el bien que dentro de sus tierras tenian, hasta que discurriendo los tiempos, casi en el año de ochocientos y veinte y dos ántes que Nuestro Señor Jesu-Christo naciese, se llegáron á las riberas de España ciertas armadas y flotas de gentes Orientales, llamados los Fenices, naturales de Asia, que moraban en la tierra de Suria, cuyos Capitanes y guiadores eran los vecinos de dos ciudades en aquella mesma provincia, llamada la una Sydon, y la otra Tyro, de quien ya en los treinta y un capítulos del primer libro dexamos hecha memoria. Estos Fenices comen- 4
zaban por aquellos dias á correr la mar nuevamente, con grandes pujanzas y maravillosos aparejos de navíos, inducidos por un caballero de Tyro nombrado Siqueo, que nuestras Corónicas Españolas dicen Acerna por sobrenombre mas comun, el qual venia con la flota por Capitan y Gobernador de todos, tan aparejado y proveido, que ni los de Rodas en los años pasados, ni los de Frigia, ni las otras naciones quantas primero tratáron el agua, se le comparaban en la buena manera de los artificios que todos sus Fenices traian en aquella navegacion. Y no parece cosa de maravi- 5
llar que los tales Fenices así lo hiciesen, pues verdaderamente les venia casi de linage la tratanza de la mar, á causa que sus progenitores dicen haber sido la primera gente que despues del diluvio general osáron navegar, y menospreciar las aguas y sus tormentas y vientos, acometiendo la cosa que va mas fuera de razon de quantas los hombres pueden imaginar, y de peligro mas notorio y mas cierto: en lo qual les imitá-

táron despues casi todas las otras gentes y naciones
6 cercanas á la mar. Y tiénese por muy averiguado los
sobredichos Fenices antiguos haber alcanzado tanto en
aquel arte, que para no se perder en el agua y para
hallar caminos donde la natura los negó, comenzáron á mirar las estrellas del Cielo, la del Norte principalmente que por otro nombre llaman el Polo, la
qual nunca se muda casi de un sitio: en cuyo respecto conociéron á qué parte caminaban, ó si se des-
7 viaban ó venian á los puertos que pretendiesen. Así
que de lance en lance fuéron tan sabidores en aquel
negocio, que como dixe, ya en estos dias de quien
agora escribimos, sus descendientes y sucesores corrian todo nuestro mar Mediterráneo, desde la Suria,
8 hasta la primera boca del estrecho de Gibraltar. Y así
fué, que discurriendo de unas partes á otras, poco
despues que la plata del Pyreneo se derritió, los Fenices acudiéron tambien por allí con lo mayor y mejor de sus flotas cargados de mercaderías, y de muchas
otras provisiones que traian de diversa calidad, para
las dar donde quiera que llegasen, á trueco de lo
9 bueno que hallaban en cada tierra. Con achaque desto, sentian y conocian la manera de las provincias, y
sacaban dellas todo lo principal, ó las cosas mas buenas que por ellas hubiese, para llevarlas en otras partes donde las tales mercaderías faltasen, y venderlas
por mayor estimacion, segun que tambien lo hacen
10 todas las gentes que tratan mercaderías. Algunos Escritores quieren sentir haber sido la jornada de los Fenices que tratamos agora, muchos años ántes del tiempo que decimos aquí, con un capitan llamado Filistenes, segun que ya señalamos en los veinte y siete
11 capítulos del primer libro. Pero como Estrabon diga
que la tal venida de Fenices en España fué mucho
despues de la edad de Hércules el Griego, y junto
con esto Plinio tambien, y Quinto Curcio, y otros
mu-

muchos Autores, declaren haber parte dellos asentado en la isla de Cádiz, segun adelante contarémos, y aquellos ser naturales de la ciudad de Tyro: y de la escritura pasada parezca bien cierto no ser Hércules el Griego nacido en los tiempos que ponen á Filistenes, ni tampoco Tyro fundada en Fenicia: tienen mucho mas crédito los que hacen la venida destos Fenices en España por los años que aquí la ponemos con aquel Capitan Arcena Siqueo, persona mucho valerosa, vecino de la mesma ciudad de Tyro: mayormente declarando San Eusebio, que por esta sazon poseian los Fenices sobredichos el señorío de la mar.
Y lleva gran camino hacer ellos á tal sazon acome- 12
timiento tan señalado con la prosperidad que traian, mas que quando no la tuviesen.

Llegados, pues, en España, lo primero que procu- 13
raban y pedian entre otras muchas cosas, eran metales, particularmente de plata y oro, si los tenian, ó pedrería preciosa: porque segun las muestras conociéron en la conversacion y manera de la gente, fácil-
mente se vió que poseian abundancia desto. Y como 14
(segun ya dixe) la gente vulgar Española de todas estas provincias, no tuviesen al presente por hacienda principal el oro ni la plata, sino los ganados solamente, traxéronles en breves horas á trueco de las otras cosas que valian poco, tanta multitud de lo que estaba derretido por aquellos montes, que los Fenices fuéron mucho maravillados de tan sobrada riqueza: pero no ménos los espantaba conjeturar donde podian hallar tan rica cosa y tanta, tan á la mano, con que pudiesen venir tan de presto, y tan sin pesadum-
bre. Finalmente sabido lo que pasaba, y la parte don- 15
de lo traian, procuráron con mas diligencia de ganar la voluntad á los naturales de la comarca, y á repartir por ellos joyas y preseas de mucho valor, á quien los Españoles mostraban deseo preciándolas en mucho,

por ser extrañas y no vistas entre ellos: y tambien por algunos provechos y descanso que dellas resultaban en el uso de cada dia.
16 Con esta cautela permitiéron á los Fenices que pudiesen caminar en su tierra hasta los montes y mineros, y cargar muy á su placer de todo quanto quisiesen: donde halláron mucho mas de lo que sospechaban, y mas de lo que nadie podia creer.
17 Espantados de tal abundancia, tomado todo quanto pudo caber en los navíos, partiéron de España muy alegres y contentos, por la buena ventura que tuviéron: y despues pasados en Grecia, en Asia, en Africa y en Italia, compráron increible mercadería, por aquel extraño valor que de España llevaban, y fuéron riquísimos en demasía.
18 Mas dado que por toda la gente de las tales flotas en general hubiese muy gran parte desta riqueza, sobre todos se aprovecháron della mas que nadie Siqueo y los otros ciudadanos de Tyro y Sidon, con sus Capitanes que regian los otros y los guiaban, como principales gobernadores de la empresa, donde resultó que la ciudad de Tyro fué siempre creciendo en riquezas y prosperidad, hasta tanto que por tiempo vino á ser una de las mas poderosas repúblicas del Oriente.
19 Sus moradores fuéron los mas negociantes y de mayores tratos, y que mas cosas emprendian y de mayor interese, como las historias de los Gentiles lo confiesan, y juntamente con ellos el Propheta Ezequiel en algunos capítulos de su Prophecía.
20 No tocáron al presente los Fenices en las otras partes de la costa de España, por causa de tener Griegos ocupadas las mejores poblaciones dellas: los quales solos entre quantos por acá moraban usaban ya monedas de metal en sus contrataciones, y las estimaban en precio.
21 Tambien rehuyéron los Fenices de pasar adelante por no se fiar de la fiereza y esquividad de los Españoles naturales, á quien no conocian tanto como conociéron á los otros

otros donde hallaban la plata y el oro. De una veni- 22
da destas gentes Fenicias hace mencion Aristóteles, que
parece ser aquella mesma que tenemos dicho, de quien
hablan todos los buenos Historiadores que tienen au-
toridad. Podria ser tambien algo diversa, pues Aristó- 23
teles no declara los tiempos en que sucedió: solamen-
te dice, que quando los Fenices comenzáron á ten-
tar la navegacion de España, tomáron tierra sobre la
parte donde moraban los Españoles, que fuéron lla-
mados Tartesios, cuyo sitio caia junto con Tarifa: y
allí dice, que recogiéron tanta cantidad de plata y oro,
y de todos los géneros de riquezas, que los comar-
canos les daban á trueco de aceyte, de que principal-
mente venian muy cargados sus navíos, que fué ne-
cesario los Fenices deshacer todas sus vasijas, y botas
y caxas, así de barro, como de madera y de hierro,
quantas traian para servicio y atavío de su flota, las
herramientas esto mesmo de que se aprovechaban, y
hacerlo todo de plata, hasta las áncoras y lemes y ca-
denas en que pusiéron peso muy espantable della: por-
que de otra manera, ni les cupieran en las fustas, ni
tampoco tenian ellos donde lo pudiesen recoger ni 1
cargar. Y deste dicho de Aristóteles creo yo que pu- 24
do resultar la sospecha de los otros Escritores, que
dicen, el encendimiento sobredicho de los montes Py-
reneos, no haber sido en la parte Oriental dellos, don-
de se divide Francia de España: ó si allí lo fué, no
haber sucedido por solo aquel cabo, sino tambien
por alguno de los otros brazos que dél proceden con-
tra lo muy dentro de la tierra, señaladamente por el
de Orospeda, de quien ya hablamos, cuyo miembro
es aquel que pasa por las comarcas de Tarifa: el qual
junto con el de Idubeda, puesto que tengan sus nom-
bres particulares, son tambien llamados Pyreneos mu-
chas veces en algunos Autores, aunque bien mirado,
toda la tierra de por allí fué siempre tan venosa de
me-

metales preciosos, que sin acontecer en ella tal encendimiento, pudieran los naturales tenerlos y trocarlos á estos Fenices quando viniéron, como Aristóteles cuenta, si no dixera que fué quando los tales Fenices la primera vez comenzáron la navegacion Española por la tierra de los Tartesios, y todos los otros Coronistas no certificasen que quantas riquezas y plata ganáron aquella vez en España, fué de la derretida por el encendimiento de las montañas: aunque para salvar esto, quieren decir haber Autores entre los muy antiguos, que á todos los Españoles llaman muchas veces Tartesios generalmente, los quales Aristóteles pudo seguir en este caso.

CAPITULO VII.

De la vuelta segunda que los Fenices de Sydon y de Tyro hiciéron en España, y de las cosas que les aconteciéron en ella, hasta se meter en la isla de Cádiz, donde paráron reposadamente.

1 Mucho dicen las historias que fuéron maravilladas todas las naciones comarcanas á la ciudad de Tyro, juntamente con las otras gentes que tenian allí contratacion, de ver quán de súpito habian crecido, y ajuntádose mas que todos sus vecinos en abundancias, y tratos y todo género de valor, inquiriendo y platicando muy contino los unos con los otros, donde
2 les pudo venir tanta buena fortuna. Por la qual razon estos Fenices sobreseyéron algunos años en la tornada de España, para disimular su negocio, y para que nadie de las otras gentes acudiesen á ella, ni tuviesen indicio de quál parte traian ellos tantos bienes: porque á la verdad siempre desde allí los que gobernaban la república de Tyro, pusiéron su pensamiento de residir en España, y poblar en ella villas y fuerzas

zas

zas donde hallasen aparejo. Mas como la cosa fuese 3
de calidad que no se podia bien disimular aunque muy
gran secreto traxesen, como verdaderamente lo traian,
y la codicia de los hombres tratantes en el artículo
de sus intereses propios no dexen cosa que no revuelvan
y descubran, á poco tiempo fuéron todos aquellos
misterios manifiestos y sabidos. Muchas otras gen- 4
tes de diversas naciones, vista la prosperidad que resultaba
desta navegacion, se determináron á querer
venir en España con la mesma demanda, segun que
presto verémos en el proceso deste libro. Temiendo, 5
pues, los Fenices de Tyro la llegada de gentes poderosas
en ella, comenzáron á negociar su segunda
vuelta, y á recoger materiales y pertrechos, con todos
los aparejos posibles de navíos y provisiones, y
gentes, y quanto mas pareció convenir á la jornada:
solo hallaban inconveniente ser ya muerto Siqueo, que
como dixe, por sobrenombre llaman nuestras historias
Acerna, con parte de los capitanes que la primera
vez tuviéron cargo de las flotas, y si quedáron
algunos dellos vivos, andaban tan ricos y tan pujantes,
que se les hacia grave tornar á la mar y poner
en aventura las personas y lo mucho que poseian: mas
habia sin estos otros muchos mancebos, que deseaban
el viage muy de corazon, y lo pedian con importunidad.
Estos eran tantos, así de los moradores 6
de la ciudad de Tyro como de sus comarcas y rededores,
que fué necesario limitar número de los que
hubiesen de venir: á los quales (como dixe) repartiéron
en fustas y navíos bien bastecidos de todo lo que
pareció convenir. Y porque los nombrados al viage 7
llevasen mayor esperanza de su negocio, certificábanles
sus sacerdotes idólatras, que los dioses eran muy
servidos en esta navegacion, y lo mandaban en oráculos
y revelaciones, particularmente su dios Hércules,
á quien ellos mas reverenciaban y tenian por aboga-

gado, que muy continuamente les importunaba para que fuesen á buscar en España la provincia donde quedáron sus colunas, y que cerca dellas poblasen y residiesen asentadamente: sobre lo qual prometia de mostrar tales agüeros y señales, con que no pudiesen errar
8 la parte quando llegasen. Y cierto pudo bien ser, que todas aquellas revelaciones pasasen como decian ellos, segun las ilusiones y falsedades que los demonios tra-
9 taban con la gente deste siglo. Dicen haber sido Capitan de los navíos un caballero principal de Tyro, llamado Pigmaleon: el qual ántes que saliese del puerto mudó la devisa que las armas de Tyro solian traer aquellos dias, y sobre las fustas puso nueva manera de señales, que fuéron Olivas en las proas y popas
10 enramadas á lo mas alto de sus mástiles. Y con aquel buen aparejo saliéron él y la gente sobredicha para comenzar sus viages, acompañándose tambien esta vez (segun despues pareció) con gente de la ciudad de Sydon, porque tal era siempre la costumbre de Tyro y de sus Gobernadores, en jamas hacer cosa de substancia que no lo consultasen con los de Sydon, y les diesen parte della muy principal, como con progeni-
11 tores y principiadores suyos. Los quales todos juntos despues de metidos en alta mar, no paráron desde la Suria, hasta que viéron mucha parte de las riberas y marinas Españolas, donde llegáron enteros y pujantes, entrados ya los principios del verano, en el año de ochocientos y diez y ocho ántes del advenimiento
12 de Nuestro Señor Dios. Venidos aquí, juntáronse quanto mas pudiéron á la ribera, costeando siempre su marina, por llevar derrota mas cierta, considerando tambien de camino toda la disposicion de las provincias Españolas por donde pasaban: en el qual viage saltáron una sola vez en tierra, creyendo poder tomar algun refresco, cerca de la parte donde hallamos agora la villa de Almuñecar, ó Motril en el Reyno de

de Granada, casi en aquel sitio que fué despues edificada por estos Fenices una villa que llamáron Axi, la qual por otro nombre fué dicha Sexi, ó tambien Exi, en que discurriendo tiempos hubo señalado trato de escabeches y adobos de pescados, que se llevaban en diversas partes del mundo, y fueron tenidos en gran estimacion. Vista pues el alegría y bue- 13
na gracia de la tierra, quisieran estos Fenices asentar en ella luego, sino que comenzando sus sacrificios y plegarias para que los dioses manifestasen con alguna buena muestra, si por caso seria la region Española donde convenia poblar, no les respondiéron cosa favorable, ni los agüeros y señales fuéron quales debieran. De manera, que muy descontentos y desconfia- 14
dos se tornáron aquella vez para Tyro, sin hacer cosa de lo que pretendian. Relatáron allá quanto les 15
habia succedido. Mas como los deseos de España, y 16
la memoria del gran valor que los años ántes habian sacado della, quedase muy reciente por todos los desta ciudad y tierra, luego pasados pocos meses, tornáron á la mar con el mesmo Capitan y demanda que solian, certificados por sus oráculos y Sacerdotes estar las columnas del dios Hércules en España, mucho mas adelante de la parte donde primero tomáron puerto. Por esta causa no paráron sobre tier- 17
ra, ni punta, ni cabo, ni region de quantas halláron en las riberas y costas de nuestro mar Mediterráneo. Todos navegáron derechos al estrecho de Gibraltar, 18
y se metiéron por él adelante, hasta salir al gran mar Océano de Poniente, que por otro nombre llaman Atlantico, y allí discurriéron casi treinta leguas de trecho contra la punta de San Vicente, puesto que mal concertados diversas veces á causa de las crecientes y menguantes furiosas en demasia de la mar, que se hacen por aquellas partes, á las quales nunca fuéron ellos acostumbrados, por haber navegado siem-

pre dentro del mar Mediterráneo, donde no las hay
19 tales. Y deste modo desvariáron algo sus viages, apartándose muchas veces de la tierra, muchas otras juntándose con ella mas de lo que convenia, segun la furia del agua les forzaba, hasta que vencidas todas estas dificultades, tomáron puerto sobre lo postrero de las treinta leguas ya dichas en una punta de tierra metida por el agua á manera de isla como peñiscla que solia ser allí; de muchas rocas y muchas pizarras, á quien dixéron la isla de Hércules, porque creyéron ser alguna de las que llamaban colunas de Hércules:
20 adonde caminaban ellos. Esta caia poco mas baxo de donde toma la mar el rio Guadiana, frontero de la parte que solia tener otros tiempos una ciudad llamada Onoba Lysturia, primero que lleguen á la bahía que decimos agora de Lepe. Comenzáron aquí de nuevo los Fenices de Sydon y de Tyro, sus plegarias y sacrificios á los dioses en quien creian, y miraban sus agüeros ó señales, para conocer si por ventura seria por allí donde les mandaba asentar: mas tampoco pareciéron aquella vez buenas muestras en el caso, ni señal que les moviese para quedar en aquel sitio, ántes reconociéron estar desviados, y gran tre-
21 cho mas adelante de lo que convenia. Luego tornáron atras, á causa de no se desviar tanto del estrecho: y así todos juntos se lanzáron con sus navíos en Cádiz, donde moraban aquellos tiempos y dias los sucesores y descendientes de los Eritreos, que viniéron con Hércules el Egypciano, quando pasaban en España para la conquista de los Geriones, segun ya lo
22 contamos en el primer libro. De manera que tanto por estas nuevas que tuviéron de ser aquellos de Cádiz sucesores y descendientes de las compañas del gran Hércules, como porque siempre descubrian alguna relacion y memoria de los mojones ó piedras grandes, á manera de colunas, que comunmente de-

decian Hércules haber allí dexado: tuviéron esperanza los Fenices que hallarian en Cádiz, ó por sus rededores, mejor despacho de su demanda que por otra parte
de España. Y así comenzáron á se meter en ella con sus 23
navíos y Capitanes muy de rondon y de propósito.

CAPITULO VIII.

Como los vecinos de Cádiz recibiéron en su ciudad á los Fenices de Sydon y de Tyro nuevamente venidos: los quales ocupáron poco despues un templo muy antiguo cerca de Tarifa. Declárase juntamente como la tierra de Cádiz era isla por aquellos tiempos, y la razon por que tambien ella como su ciudad fuéron llamadas del nombre que tienen al presente.

Luego que los Fenices de Sydon y de Tyro lle- 1
gáron á Cádiz, saltáron en tierra sin estorbo de nadie, y allí puestas sus aras ó altares sobre la ribera, comenzáron las plegarias y sacrificios á sus ídolos, como contino lo hacian en las otras partes de España
donde cada dia tocaban. Aquí dicen que fuéron los 2
agüeros y señales muy conformes á lo que pretendian, tales, que conociéron ser ésta la provincia donde los dioses les mandaban asentar: de lo qual recibiéron increible contentamiento, mostrando grandes alegrías con regocijos y fiestas que hiciéron en la ribera, dado que poco despues les sucedió gran tristeza con la muerte de su Capitan Pigmaleon, que falleció de cierta dolencia que primero traia: mas luego hiciéron en su lugar otro para que residiese con ellos, y como cabeza principal recibiese y hablase con los moradores de la tierra, que juntamente con los otros comarcanos del Andalucía comenzáron á venir muy á menudo, segun lo suelen hacer en semejantes negocios, para ver el aparato de las flotas, y las maneras

y trages de la gente recien llegada; señaladamente hacian esto mas contino que nadie los vecinos del puerto de Santa María, llamado por estos dias el puerto de Menesteo, que siendo mas vecinos á Cádiz que ninguno de los otros Andaluces, principiáron esta visitacion: con los quales tomáron plática y amistad estos Fenices de Tyro, que les traxo gran provecho para los negocios venideros, á causa que los del puerto, allende de ser gente discreta y algo mas entendidos en la contratacion del mundo que los otros Andaluces sus vecinos, por ser de su naturaleza linage mezclado de Españoles y Griegos, como en los quarenta y tres capítulos del primer libro escribimos: tenian tambien grandes entradas y participaciones entre
3 los de Cádiz. Y con les haber estos Fenices ganado la voluntad, dándoles muchos atavios, y joyas y riquezas de las que traian, halláron muy mas llanas en-
4 tradas y ménos estorvo. Declaráron junto con esto á los que por allí vivian, quánto parentesco tenian ellos con todos los de su tierra, porque como los Eritreos que primero pobláron á Cádiz eran naturales de la region comarcana del mar Bermejo, que por otro nombre se dice Eritreo, bien así los Fenices que pobláron á Tyro fuéron nacidos cerca del mismo mar, y se llamaban tambien Eritreos: por tanto que no recelasen su conversacion pues todos eran una casta y linage, como de parientes á quien ellos reconocian ser obligados, y se podian aprovechar de sus bienes, personas y haciendas, igualmente que si fuesen todos una cosa: quanto mas que no sin causa y misterio grande venian allí con mandado y amonestacion de los dioses, que milagrosamente los enderezáron en aquellas partes, para que visitasen estos sus hermanos puestos en lo postrero del mundo, alejados de la conversacion humana de las otras gentes fuera del mar Mediterráneo por donde corrian á la sazon las nego-
cia-

ciaciones y bienes mas importantes entre las naciones
principales del mundo. Mostráronles despues los ata- 5
víos extraños de sus joyas y riquezas, declaráronles
las magnificencias y grandezas de Tyro, sus edificios,
sus tratos, sus flotas, y el gran señorío que tenian en
la tierra de Fenicia: sobre todo la pujanza que traian
en las aguas, con que tambien señoreaban al pre-
sente todo el mar Mediterráneo juntamente con las
poblaciones de su gente, que ya residian sobre la ma-
rina por diversas partes del mundo. Y de hecho tal 6
era la verdad, que en aquellos tiempos no fué cosa
mas engrandecida ni sumptuosa que las navegaciones
y los aparatos destos Fenices. Estaba por estos dias 7
la poblacion ó villa principal de Cádiz en las partes
Occidentales de aquella tierra, y no en la punta pos-
trera della, como relatan algunos, contra el Poniente
Septentrional frontero del Andalucía, cuyos morado-
res y naturales eran gente feroz y no bien aplacada.
Mas estos de Tyro tuviéron con ellos tales cautelas, 8
y los supiéron llevar con tan buena manera, que fi-
nalmente los recibiéron entre sí, permitiéndoles que
dentro de su mesma poblacion tomasen la parte que
quisiesen donde pudiesen morar y recoger las merca-
derías en que trataban. Este pedazo del pueblo que 9
les fué señalado, atajáron los Fenices al principio con
palenques, y setos y vallados en el derredor, por
estar mas pertrechados y seguros: y despues andan-
do los dias cercáron lo uno y lo otro de piedra fuer-
te bien labrada, segun el arte que se podia saber en
aquel tiempo, y por causa del primer seto y atajo,
se comenzó de llamar entre ellos toda la poblacion
Gadir, ó segun otros dicen Gadiruta, que significa-
ba en lengua destos Fenices lo mesmo que baluartes,
ó setos, ó cercas: la qual hasta sus dias ni tenia
nombre particular, ni los Españoles comarcanos le
decian sino la villa de los Eritreos. Por causa tambien 10
de

de la tal ciudad toda la tierra del rededor fué nombrada Gadir, y discurriendo los tiempos se dixo Gades, y despues Galez, y agora mas corruptamente la
11 llamamos Cádiz. Donde parece manifiesto el error de los Coronistas Españoles, que dicen Cádiz haberse nombrado así, porque Gades quiere decir colunas ó mojones de Hércules, segun lo escribe Mosen Diego de Valera y los otros á quien él imita en su Co-
12 rónica. Bien claro manifestáron las Historias de los Fenices ser Cádiz isla formada quando sus gentes viniéron acá, desviada de todo punto de las riberas del Andalucía, con las quales dicen que fué junta y continuada los tiempos antiguos, como tambien lo dexamos escrito en algunos capítulos del primer libro.
13 Mas dado que no sepamos cierto quánto trecho de mar la dividia de la sobredicha ribera, por lo mas cercano debió ser poquísimo; pues tambien hoy dia lo hallamos tan pequeño, que no pasa de la mitad de medio quarto de legua por el agua: y en algunos de aquellos tiempos antiguos fué tanto ménos desto, que con una calavera de bestia muerta puesta en la mar para poner el pie pasaban con un paso desde el Andalucía á la isla, sin que los pies del que pasaba se mojasen, ni la calavera se cubriese, como hasta hoy lo tenemos en memoria y recordacion de nues-
14 tra gente, que comunmente lo platica así. Tampoco sabemos el tamaño cierto y cabal que tuviese Cádiz quando los Fenices en ella viniéron, aunque sea notorio los ótros tiempos haber sido mucho mayor de lo que agora es, tanto, que fué tiempo como ya dixe, donde tuvo despues de ser isla doscientos mil pasos en derredor, que son casi cincuenta leguas Españolas, y quarenta mil pasos en ancho contra el Occidente, que son poco ménos de diez leguas, si las medidas y cuenta de los Cosmógraphos que hablan en ella no van erradas en sus libros por culpa de

de los Escribientes: lo qual acaece muchas veces, y
particularmente por las escrituras que tratan de nú-
meros y medidas puestas en figuras ó letras de cuen-
ta, donde si los que lo trasladan no son fieles escri-
tores bien avisados en lo que hacen, con una cifra
que añadan en la cuenta que llaman alguarismo, aña-
den mucha suma por sus escrituras: y si tambien la
dexan de ménos, quitan gran parte de la verdad. Lo 15
mesmo se hace con las figuras de la cuenta latina,
que con una raya ó vergüecita á manera de tilde que
pongan en ello demas de lo que ha de ser, crece los
números diez veces tanto, y si por olvido la dexan
se pierde lo mesmo. Así que desta manera, y en es- 16
te tiempo sobredicho los Fenices de Tyro se metiéron en Cádiz, con intencion de saltar poco despues
en las provincias del Andalucía, y en otras qualesquier partes de España que pudiesen: para lo qual
halláron gran aparejo en la amistad asentada con los
vecinos del puerto de Santa María, cuya conversacion les fué gran ayuda para comunicar, y discurrir
y reconocer todas aquellas marinas, considerando y
notando las estancias della, donde quiera que las habia, con los puertos que se podian poblar, como
gente sagaz y exercitada en los negocios del agua,
para tener en ella todo lo que pudiesen. En las po- 17
blaciones así mesmo de la costa donde quiera que las
hallaban, metíanse mucho: daban joyas, atavíos, herramientas con otras cosas apacibles á las personas que
les parecia convenir, para confirmar en ellas su conocimiento y amistad: señaladamente continuaban muy
á menudo las romerías de cierto templo devoto muy
antiguo, que caia no léjos de Tarifa ó Tarteso, segun que los Griegos la nombraban, y donde reverenciaban al dios Hércules Egypciano sobre la ribera
del mar: y allí comunmente se creia por cierto quedar sepultados los huesos y reliquias deste dios Hércu-

18 cules. Y por aquello tuviéron gran advertencia los
Fenices á continuar su devocion muy de propósito,
por se dar á conocer, y tambien conocer ellos las
personas del Andalucía, que concurrian en este tem-
19 plo de contino. Con este pensamiento se metian tan-
to en adornar y favorecer los sacrificios de aquel ido-
lo, que los Españoles quantos primero lo poseian ó
negociaban su cerimonia lo dexaban casi todo, y se
lo pusiéron en las manos, por ser muy mas aventa-
jado, y mas pomposo y mas concertado lo que ha-
cian estos Fenices, que todo quanto primero se usa-
ba: de lo qual se les recreciéron muchos intereses
con las limosnas y dones continos del templo, que
bastaban en abundancia para la costa de sus adorna-
mentos y sacrificios, y sobraba mucho para quien lo
recibia, segun lo traian en buen concierto, como sue-
le de contino ser en las cosas hechas ordenadamen-
te, que siempre cuestan muy ménos, y lucen mu-
20 cho mas. Con aquello anduviéron los Fenices tan se-
ñalados y tan amados entre los Españoles de la tier-
ra, que los reputaban por gente muy amiga de los
dioses, y se dexaban tratar y mandar dellos con gran
21 humildad. Los de Cádiz tambien se tenian por dicho-
sos y bienaventurados en haberlos recibido consigo,
y allende de mostrarse favorecidos y muy ufanos con
el parentesco de Sydon y Tyro, cada dia se mejora-
ban en sus costumbres, y con la nueva conversacion
destos Fenices perdian la fiereza que siempre tuviéron,
placiéndoles mucho los tratos y buenas maneras que
dellos aprendian: y mostraban tal contentamiento, que
lo tenian en reputacion de merced muy crecida que
los dioses les huviesen hecho.

CAPITULO IX.

De los edificios que los Fenices hiciéron en Cádiz, y de las cosas notables que sabemos haber en un templo que los tales allí fundáron, quanto á las aguas, fuentes, árboles, y muchas otras cosas que tuvo dentro y fuera. Donde tambien se relatan las medidas, y tamaño desta isla.

Apoderados los Fenices en el templo de los Tartesios, pareciéles dende á pocos años ser aquel sitio mas conveniente para tener el asiento y estancia de sus contrataciones, y de los otros negocios que traian entre manos, que no para templo ni lugar de devocion, y que les importaria mucho si lo fortaleciesen, y quitasen de él aquellas romerías, y multitud de gente que contino lo visitaba. Lo qual hacian mucho á 1
su propósito, por lo tener de qualquier otra manera libre, así por estar en lo firme de España, como por caer sobre la mar, y tan junto al estrecho, que siendo necesario podian en todo tiempo impedirlo, y ocuparlo desde allí con armadas, y vedar la salida del mar Océano de Poniente á quien se les antojase. Con 2
esta voluntad propusiéron de labrar otro templo en la isla de Cádiz mas suntuoso y magnífico, para reverencia y memoria de los dos Hércules Egipciano y Griego, y traspasar en él todas aquellas devociones de la comarca, cuyos edificios pusiéron luego por obra, comenzando su fundacion casi en el año de ochocientos y quince, ántes que el hijo de Dios naciese. Tal diligencia traxéron en ello, que pasados po- 3
cos años lo tenian ya puesto en mediana perfeccion, bien bastecido de ministros y sacrificadores, y de todo lo que mas convenia para engañar á los hombres inocentes del Andalucía, á quien el demonio movia

por este siglo con semejantes vanidades : y poco despues traspasáron en él desde el otro templo los huesos de aquel Hércules Egypciano con todo su monumento y adornamentos, y con las dos columnas quadradas de capiteles y letras antiguas españolas, que en él estaban vaciadas de plata y oro juntamente hundido, como ya lo diximos en los diez y ocho capí-
4 tulos del primer libro. De manera que con la fama del nuevo edificio de Cádiz, y con otras invenciones que le pusiéron, todas aquellas marinas del Andalucía venian á él muy de contino con limosnas y presentes, y poco á poco se fuéron olvidando las visitaciones del templo primero de los Tartesios, porque de todo punto quedaba ya hecho mas casa de negocios, que de devocion, y le faltaban las solemnidades acostumbradas, las quales sobraban en el templo de Cádiz mucho mas pomposas y con mas veneracion, y con otras cosas dignas de ver, que cerca de
5 él, y en él habia. Destos era mucho de notar el buen sitio donde lo fundáron, que fué contra las partes orientales de la isla, casi en lo postrero della, que cae mas cercano con las riberas del Andalucía, donde comunmente decian las gentes, aquel Hércules Egypciano haber puesto los tiempos antiguos dos mojones de guijarros ó piedras grandes, que parecian allí quando vino en España contra los hijos de Gerion, aunque los Poetas digan, que su Hércules Griego los
6 hubo puesto. Por esta causa tambien los Coronistas y mareantes de Grecia llamáron despues aquella punta oriental el cabo Herácleo, que quiere decir Herculaño, apartado de la poblacion de Cádiz doce millas de trecho : el qual asiento publicaban despues las gentes vulgares, haber sido escogido en aquella distancia doce millas, por ser tambien doce hazañas, las mas trabajosas y mas afamadas que de tal Hércules
7 platicaban. Habia en esta parte tambien junto con aquel tem-

templo, dos pozos llenos de milagros: el un pozo hondo, á manera de fuente, con unas gradas en derredor, que manaba agua no mucho dulce, la qual crecia y menguaba dos veces cada dia, y otras dos cada noche, segun que tambien lo hace la mar en aquellas partes, lo que no suele acontecer en otras aguas de pozos, ó fuentes donde las hay. Crecia quan- 8
do menguaba la mar, y menguaba quando la mar crecia, mostrándosele discrepante en los tiempos del movimiento, siendo conforme casi en el sabor. El 9
otro pozo junto con éste, fué muy al contrario, porque su agua, dado que poca, salia dulce y delgada y suave, sin que la mar pudiese rezumar en ella, ni mezclársele por baxo de tierra, ni corromperla ni dañarla, y en las crecientes y menguantes que tambien tenia, conformábase con las de la mar en todos sus tiempos y sazones, siéndole contraria en el sabor, y en todo lo demas. Cerca de aquí tenian un árbol no 10
ménos maravilloso que los dichos dos pozos, cuya corteza, color y madera, parecia semejante con la de los pinos, sino que las hojas eran tan anchas como quatro dedos, y tan largas como un codo, muy espesas; los ramos todos corvos en redondo, desde lo muy alto hasta lo baxo, que tocaban en el suelo; de los quales si quebraban ó cortaban alguno, salia de la hendedura zumo blanco como leche, muy diverso del zumo que salia de las raices quando las hendian, que parecia colorado, tanto mas teñido, quanto mas baxo lo cortaban, á manera de sangre: por cuya razon la gente de la tierra publicaba continuamente ser allí la parte donde los tres hijos de Gerion fuéron sepultados en otro tiempo, y así lo llamaban el árbol de los Geriones, creyendo que de sus cuerpos habia salido y nacido, y que la sangre suya dellos era el humor bermejo que por el árbol estaba embebido, y manaba quando lo hendian. Y puesto que primeramen- 11

te no tuviesen allí mas de aquel árbol solitario, vino
tiempo despues que se crió de sus pimpollos y rai-
ces, otro de la mesma figura y naturaleza, que fué-
ron ambos solos en el mundo, segun adelante diré-
12 mos. Quanto á las obras del edificio dentro del tem-
plo, parecia ser lo mas principal dos aras ó dos al-
tares magníficos que tambien allí fundáron, el uno
para cerimonias que se hiciesen á la costumbre de
Fenicia y Egipto, y el otro para sacrificar á la manera
de Grecia, que solemnizaban comunmente los Espa-
ñoles del puerto de Menesteo, con otros algunos sus
13 comarcanos. Fué tambien mucho de notar una oliva
de oro maravillosamente labrada, y muy grande, que
pusiéron en el templo, llena de frutas, como acey-
tunas gruesas y espesas, hechas todas de esmeraldas
españolas, en memoria de su Capitan pasado, y de
las devisas de olivas que traxo en las fustas, quando
14 en aquellas partes llegó con ellos. La qual oliva lla-
máron de Pigmaleon; y los Españoles todos los si-
glos que allí permaneció, la miraban y reverenciaban,
no tanto por las piedras, y por el oro de su labor,
quanto por las otras perfecciones que tenia mucho
15 conformes al natural. Item, forjáron otras quatro co-
lunas de metal ó cobre vaciado, que levantáron con
letras de buena faccion, donde se decian todos los
gastos de la obra del templo, con el tiempo que tar-
dáron en lo hacer, á las quales como que fueran es-
critura santa, comenzáron á venir muchas gentes así
de los Andaluces, como de los otros mareantes, y
señaladamente formáron devocion particular en ellas
los que se libraban de tormentas ó peligros en la mar,
ó los que fenecian sus navegaciones con la prospe-
16 ridad que deseaban. A estos quando llegaban en ro-
mería, los sacerdotes del templo les declaraban ser
en aquella parte los fines postreros de la mar y de la
17 tierra.

Fenecidas las obras del templo, comenzáron en
la

la mesma ciudad ó villa de Cádiz un castillo de piedra medianamente grande, para tener en él su defensa y acogida quando les fuese menester, si por ventura sucediesen algunas mudanzas entre sus vecinos: la qual fortaleza fué juntamente concluida poco tiempo despues. Y porque los atajos que los años ántes hubiéron 18
hecho tambien ellos en aquella poblacion de Cádiz quando fuéron recebidos en ella, como diximos en el capítulo pasado, no serian ya mas menester, segun la mucha conformidad havia sucedido entre ellos, los naturales del pueblo derrocáron estos baluartes y vallados con que lo tenian dividido: y así todos juntos ellos y los vecinos antiguos de Cádiz, comenzáron á cercar la villa de piedra quadrada, lo mejor obrado que supiéron: la qual dicen algunos Coronistas Castellanos, haber sido la primera cerca de lugar en todas aquellas comarcas que fuese crecida y vistosa, de cuya semejanza se hiciéron despues muchas otras cercas en el Andalucía: puesto que muchos otros afirman, las cercas de los Lugares ser cosa tan antigua y tan usada para se remediar las gentes contra sus adversarios, que ya por todas las partes del mundo las habia, quanto mas entre los Españoles, que de sus nacimientos y principios peleaban unos con otros, y tuviéron entre sí parcialidades y bandos, y fuéron acometidos de gentes extrañas, mas que nacion alguna de quantas sepamos. Mezclados con esto, hiciéron 19
mas los Fenices en Cádiz á su costa, y á su parte cierta torre, la qual era muy alta y bien recia, sobre la punta postrera Occidental de la Isla, que respondia frontero y muy cerca de una otra punta en la ribera del Andalucía, llamada el cabo Cronion, que significa tanto en la lengua primera de los Griegos, como el cabo del dios Saturno, no léjos de aquella parte donde hallamos agora la villa de Rota; lugar bien conocido sobre la marina entre el Puerto de Santa María,

ría, y la boca del rio Guadalquevir. De esta torre, quando fué ya hecha, se aprovecháron los Fenices en
20 muchas cosas. La primera en tener allí luminarias, para tomar tiento de noche los que por la mar quisiesen venir á Cádiz, y tambien quedarles el sitio con ella fortalecido, y la pasada del Andalucía por allí muy mas fácil que primero: lo qual era bien á su propósito de ellos, por caer mucho mas juntas aquellas dos
21 puntas una de otra de lo que agora caen. Con estos edificios quedó su negocio tan reparado por aquella tierra, que podian hacer quanto quisiesen libremente por toda Cádiz, y por sus comarcas: las quales obras aunque fuéron hechas con diligencias asaz y buen recaudo, no pudiéron apresurarse tanto, que no gastasen en ellas mas de cincuenta años de tiempo, que se viniéron á cumplir en el año de sietecientos y sesenta y cinco, poco mas ó ménos ántes que nuestro Señor Jesu-Christo naciese, contando desde el dia que el templo se comenzó sobre la punta postrera contra Levante de la tal Isla, hasta la conclusion de la torre, sobre la punta segunda mas occidental y pos-
22 trera. Parece desto, que ya por aquellos dias toda la grandeza de Cádiz no pasaba de quatro ó cinco leguas de largo, que son dos leguas ménos de lo que hallamos agora, si la torre sobredicha caia tan cerca de donde tenemos agora la Villa de Rota quanto dicen, porque tanto puede ser en viage derecho, caminando desde Rota hasta la poca mar entre Cádiz y el Andalucía, que ni parece, ni es la mitad que medio quarto de legua, donde navega la barca llamada por este nuestro tiempo de Santi Petro, en que sospechamos cierto, que tuviéron los ancianos, ó muy cerca de él aquel templo de los dos Hércules, tan afamado por todos los Autores antiguos Latinos
23 y Griegos. Mas dado que los años y dias de la sobredicha labor, los Fenices de Sidon y Tiro residiesen allí

allí muy empedidos y negociados, no por eso dexaban juntamente con ella, de traer sus inteligencias entre los pueblos Andaluces que caian por aquellas fronteras, y se metian y avecindaban en ellos con todas quantas disimulaciones y cautelas podian, esto sobre la marina solamente, sin apartarse mucho del agua, para recoger á su salvo todo lo mejor y mas precioso de la tierra que hallaban; y para tomar eso mesmo noticia de las naciones comarcanas que moraban adentro, y de sus inclinaciones y tratos. Y puesto que 24
tambien alguna vez se desmandáron á pasar mas adelante, nunca jamas osáron quedar en algun cabo de reposo: porque dado que de todas partes hallasen inocencia, simplicidad y buenas condiciones entre los Andaluces, sintiéron tambien gran aspereza mezclada con ferocidad mucho terrible. Así que por esta ra- 25
zon sobreseyéron algunos pocos dias en calar la Provincia, no queriendo turbar el estado de la tierra, ni revolverla con los negocios que tenian imaginados: y segun de las Historias podemos colegir, pasáron seis años largos, que quanto á este artículo no moviéron alguna cosa, ni procuraban otro negocio, mas de llevar adelante sus tratos de mercaderías, conservando su comunicacion entre los Andaluces moradores por aquella marina, todo lo mas blando y amoroso que pudiéron.

CAPITULO X.

Como cierta gente de los Españoles llamados Celtiberos entró por diversas Provincias Españolas, y pobláron en ellas muchas Ciudades, señaladamente por la region que los antiguos decian Lusitania, entre los rios de Duero y Guadiana.

En aquel entrevalo de tiempo, quando los Feni- 1
ces de Sidon y de Tiro negociaban aquello desde Cádiz,

diz, los Celtiberos Españoles, de quien hicimos relacion en el tercero capítulo deste segundo libro, juntamente con aquellos Galos Celtas sus progenitores: despues que pasáron el monte Idubeda, segun tambien allí diximos, habian multiplicado tanto su generacion, que ya la provincia donde residian, estaba llena de pueblos y de repúblicas, ordenados en mediano
2 no concierto. Destas sobraba por la tierra mucho número de mancebos, hombres y mugeres, dispuestos para toda cosa, grandemente codiciosos de novedades, como siempre lo suelen ser las personas de tal edad; los quales así porque su provincia no bastaba para mantener, ni dar haciendas á tanta gente, como por ser ellos inclinados á mover algun hecho notable, señaláron entre sí Capitanes y cabezas, con que saliéron en grandes compañas á buscar nuevas tierras donde cupiesen, imitando lo que sus antecesores habian hecho, quando dexada la tierra de los Iberos, atravesáron los montes Idubedas, como ya declaramos.
3 Toda su jornada fué contra las partes occidentales de España, penetrando por dentro della, la qual á la sazon era muy cerrada de montes, sin labor casi, ni
4 grangería, sino fuese de ganado solamente. Y puesto que por algunas partes de la tal espesura, hallasen poblaciones, y figura de lugares ó villas, eran pocas y mal concertadas, tales, que con estar tan dentro de la tierra, parecia dellas, y del atavío de su gente, faltarles vecindad y participacion de personas humanas, exercitadas en los negocios y tráfagos deste mundo, á quien ellos pudiesen imitar en sus obras, y con esto quedaban asperísimos en todas sus obras,
5 y de muy dura conversacion. En otras partes hallaban chozas y cabañas, en que moraban hombres con sus mugeres y familias, apartados los unos de los otros.
6 Así que los Celtiberos Españoles en aquella multitud pudiéron caminar libremente por donde les plugo, sin al-

alguna contradiccion, y por sitios que mas les agrada-
ban, dexáron hechas poblaciones con figura de ciu-
dad, basteciéndolas de su mesma gente. Recibian eso 7
mesmo quantos Españoles naturales de las comarcas
en que paraban, se querian juntar con ellos. A los 8
tales pueblos, aunque fuéron pocos, pusiéron nom-
bres semejantes á los de los otros lugares que dexa-
ban en la Celtiberia mas antigua donde primero sa-
liéron. Y trae muy buen camino lo que sospechan 9
algunas personas de nuestro tiempo, ser uno destos
lugares la ciudad que llamamos hoy dia Segovia, pue-
blo singular y magnífico, de muchos y grandes pro-
vechos en el Reyno de Castilla, por los artificios ex-
celentes y tratos de paños y lanas, y de muchas otras
cosas que se labran en ella: cuyos bienes y sitio di-
rémos adelante quando llegaremos á la postrera par-
te desta nuestra Corónica. Esta parece que la debié- 10
ron llamar Segobriga quando se fundó, por ser na-
turales los mas principales que la pobláron de la Se-
gobriga de Celtiberia, nombrada por este tiempo Se-
gorve, y que despues vino á corromper un poco el
vocablo de Segobriga en el nombre de Segovia que
ahora tiene: de lo qual, si así fué, parece claro ser gran
error el de muchos Historiadores Castellanos, que di-
cen haber sido Segovia poblacion del Rey Hispan, y
que la llamáron Segovia por estar cerca de una sierra
llamada Govia, y que Segovia es nombre compues-
to de dos palabras Latinas, una Secus que significa
cerca ó junto, y la otra Govia que es el nombre de
la sierra, como si en aquellos tiempos de Hispan hu-
viese en España memoria de la lengua Latina, ó de
sus vocablos. Así que dexado esto, y tornando á nues- 11
tro primer intento, dicen las Historias que por cau-
sa de aquellas poblaciones arriba dichas, que los Cel-
tiberos en el camino fundáron, el nombre dellos que-
dó disparcido por todas aquellas tierras Españolas. Y 12
 da-

dado que primero los naturales dellas tuviesen apellidos y nombradías de pueblos particulares ó propios, comenzáron á se contar muchos dellos por gente de Celtiberia, puesto que la verdadera region de Celtiberia fué la que ya señalamos en aquel tercero capí-
13 tulo deste segundo libro. Mas aunque todas estas cosas se hiciesen por aquellas partidas, y muchos Celtiberos se avecindasen y quedasen en los lugares sobredichos, todo el cuerpo mayor y multitud de la gente caminaba siempre adelante con sus Capitanes y guiadores, hasta que paráron en la provincia, llamada en aquella sazon Lusitania, cuyos aledaños ó linderos, fuéron (segun otras veces declaramos) el rio Guadiana contra la parte Meridional, Duero al Septentrion, al Occidente la costa del mar Océano, que se contiene entre las bocas destos dos rios, y al Oriente una raya que pasa de rio á rio, sacada por encima de las fronteras donde hallamos á Villanueva de la Serena, y se acaba tambien casi frontero de la mezcla
14 de Pisuerga con el rio Duero. Ya diximos en el mesmo tercero capítulo deste segundo libro, toda la nacion de los Celtiberos Españoles estar dividida por parentelas y parcialidades que tenian nombres diversos entre sí, de los quales eran unos llamados los Berones, que fuéron siempre mucho tenidos entre los
15 otros, como linage señalado. Estos luego que su gente se metió por la Lusitania, hiciéron moradas en aquellos principios y partes Orientales della, juntos á la raya sobredicha de sus mojones, donde se multiplicáron en muchos lugares y villas, de las quales fuéron despues señaladas y magníficas una ciudad llamada Capari en los tiempos antiguos, en que son agora las ventas nombradas de Caparra: otra llamada tambien Laconimurgo, que caia casi en la mitad del camino derecho, que va desde las mesmas ventas de
16 Caparra hasta ciudad Rodrigo. Despues comenzáron aque-

aquellos varones Celtiberos á derramarse por otro gran espacio desta comarca, tomando quanto por allí cae desde Duero hasta Guadiana, tanto, que toda la partida, donde son agora las villas y ciudades de Salamanca, Ledesma, Fermosel, Vejar., Ciudad-Rodrigo, se contaban en estos pueblos llamados antiguamente Berones de la Lusitania: los quales despues se viniéron á decir Vetones, mudándoles dos letras no mas en la pronunciacion: el qual apellido les duró muchos tiempos, aunque despues tambien muy mas corruptamente se dixéron Vergones, como los nombra Ptolomeo. La comarca destos Vetones Lusitanos era de 17
figura triangular, cuyo primer lado por la vuelta de Levante fué la raya Oriental de la Lusitania, quanto pasaba desde Duero hasta Guadiana. Por el otro lado 18
Septentrional tenia un pedazo del mesmo rio Duero, desde la fronterïa de Pisuerga, hasta cinco leguas en baxo de Fermosel, pueblo harto conocido sobre las riberas del mesmo rio Duero dentro de la Lusitania vieja, tomando veinte y seis leguas ó poco ménos de trecho. El otro lado mas Occidental venia desde aquel 19
punto sobredicho por cerca de Ciudad-Rodrigo. Des- 20
pues comenzaba siempre á estrecharse la provincia quanto mas iba para Medio-dia, atravesando el rio Tajo, poco léjos de las ventas de Caparra, tomándolas dentro de sí, hasta venir á juntarse con las primeras rayas ó mojones Orientales, donde salia la Lusitania sobre la ribera de Guadiana. De manera, que con la 21
vivienda que los tales Berones por allí hiciéron, y con lo que dellos en otras partes dexamos escrito, parece claro, que su recordacion y linage quedó repartido por dos provincias Españolas diversas: la primera cerca de las fuentes de Duero, como en el tercero capítulo deste segundo libro largamente manifestamos: y la segunda por este lado mas Oriental de la Lusitania, de quien agora hablamos; puesto que como

dixe, los de aquí mas comunmente se llamáron des-
22 pues Vetones que Berones. Todo lo restante de los otros Celtiberos entráron y se derramáron sobre las riberas de Guadiana, y por otras comarcas bien dentro en la Lusitania: en la qual segun era tierra grande pudiéron muy bien caber, y cupieran muchas otras
23 naciones sin perjuicio de los naturales. En ella pobláron eso mesmo lugares de nuevo, que poseyéron los tiempos antiguos, bien señalados y famosos, de quien fuéron los mas notables uno llamado Segeda, poco apartado de donde hallamos agora la villa de Cáceres contra Levante algo mas Septentrional: otro llamáron Voltaco, otro Vertobriga, otro Turobriga, sobre las riberas del rio Tajo, bien cerca de Alcántara, otro dixéron Seria, otro Teresa, otro Calesa: cuyas memorias han parecido en este nuestro tiempo, así en sus edificios y señales, como en las otras particularidades que tuviéron: por donde no podemos aquí bien aclarar de todos, en qué parte limitada de la Lusitania cayesen, aunque (como dixe) fuéron pueblos señalados y famosos, ni las Historias que tenemos al presente hablan dellos, ni de sus fundaciones otra particularidad que podamos escrebir mas de lo dicho, sino fuese, que todas estas gentes quantas por allí quedáron á la tal sazon, fuéron llamados entre los otros Españoles sus vecinos, Celticos Galos, y no Celtiberos, como los llamará tambien nuestra Corónica por todas las partes que dellos adelante hablarémos, á causa de los Celtas sus progenitores, de quien suce-
24 diéron. Dicen tambien, que su venida (segun habemos dicho) por aquellas partes fué casi en el año de sietecientos y cincuenta y nueve, primero que nuestro Señor y Redemptor Jesu-Christo naciese, donde se gastáron poco ménos de siete años en concluir y hacer casi todo lo que dexamos escrito, con algunas otras cosas que fuéron cumplideras á la

mo-

morada y al asiento venidero: y así poseyéron todas
aquellas provincias muchos años, acrecentando por
allí su generacion y linages, en compañía de los otros
Españoles naturales que halláron en ella. Colígese mas 25
por la concordancia de los tiempos, que cumplidos
los dias ya dichos, fué quando se levantáron en Ita-
lia dos mancebos hermanos el uno llamado Rómulo,
y el otro Remo, personas valerosas asaz. Los qua- 26
les ambos habiendo ya hecho por allí cosas bien se-
ñaladas, engrandeciéron la ciudad de Roma que pri-
mero tenian fundada los Españoles, segun lo dexamos
apuntado en los diez y nueve capítulos del primer li-
bro, conforme con la relacion de muchos Historiado-
res antiguos, puesto que los mas Coronistas Latinos
afirmen y digan este Rómulo ser el primer fundador
de la ciudad sobredicha desde los cimientos: pero mu-
cho mas crédito tiene la fundacion de los Españoles, por
otras mayores razones de las quales algunas se pusiéron
en aquel capítulo del primer libro, que serán suficien-
tes á mi ver, para que quien quiera sienta lo verdade-
ro dello. Por agora bástenos aquí saber el tiempo 27
quando Rómulo hizo lo que dicen en Roma, agora
fuese acrecentándola, agora fundándola de nuevo, que
fué casi en el año de sietecientos y cincuenta y dos
poco mas ó ménos, ántes que nuestro Señor Jesu-
Christo naciese, conformados estos años de Christo
con la cuenta de los tiempos que Trogo Pompeyo si-
gue por sus historias, ó dos años ménos segun la
cuenta que pone Solino, con otros Historiadores sus
allegados, en aquella mesma sazon que el Rey Acaz
era Señor de los Judíos, ó segun otros dicen Ecequias
su hijo que reynó despues en aquella gente, dado que
la cuenta de San Eusebio discrepe destos últimos po-
ca cosa. Mas porque las Historias que tratan estos 28
tiempos, no ponen al presente hazañas particulares
pertenecientes á los Celticos sobredichos, despues que
se

se metiéron en la Lusitania; ni dicen otra cosa bien declarada que dellos podamos escrebir, quiere nuestra Corónica dexarlos aquí haciendo su morada, por contar lo que despues intentáron los vecinos de Cádiz en el negocio del Andalucía que pretendian y trabajaban de principal intento.

CAPITULO XI.

Como los vecinos de Cádiz y sus Fenices pasáron cautelosamente desde su isla en el Andalucía para morar en ella, donde fundáron un templo con una ciudad magnífica: y de las cosas que Platon dicen algunos haber hablado dellos en sus Historias antiguas escritas en lengua Griega.

1 Pasados estos negocios que dexamos escrito, los naturales de Cádiz estaban ya tan hechos á la condicion y costumbres de los Fenices de Sydon y de Tyro sus allegados, que los unos y los otros parecian una gente mesma: todos tenian un mesmo trage, seguian una mesma manera de vivir, y juntamente con ellos deseaban poseer de su mano la tierra del Andalucía,
2 con lo restante que hallasen aparejado. Viendo, pues, que por una buena parte de la ribera: quanta cae sobre las marinas del Océano quedaban apoderados sin contradiccion de nadie, parecióles ser ya tiempo de
3 negociar la pasada quanto pudiesen adelante. Mas porque la tal obra fuese disimulada, con poca sospecha de los Andaluces, pusiéron en plática de querer edificar dentro de la provincia otro templo mucho mas suntuoso que el de Cádiz, publicando y certificando que su Dios Hércules con los otros demonios á quien todos en aquel tiempo reverenciaban, lo tenian así mandado por santa revelacion á sus Ministros y Sacerdotes, para que los Españoles apartados de la cos-

costa, tuviesen conocimiento de su divinidad, como la tenian los otros comarcanos á Cádiz, moradores en aquellas marinas. Habia por esta sazon en las co- 4
marcas del Andalucía fronteras á Cádiz, una casta de gente que por imaginaciones y sueños vistos quando dormian, conjeturaban las cosas venideras, y declaraban mucho de lo que podia suceder: y no solamente pronosticaban esto por lo que soñaban ellos alguna vez en sueño que tuviese manera de significacion, sino los sueños tambien de muchas otras personas que venian á ellos, les declaraban su mysterio, si lo tenian, y si no lo tuviesen, les decian ser cosa natural y comun, y que no traian entendimiento de quien debiesen hacer caso. Andaban tan ciertos y concerta- 5
dos en aquellas adevinanzas, y tenian tales reglas por donde se regian, que casi ningunas cosas erraban: y comunmente fuéron reputados por hombres mas que divinos. Con esta parentela de gentes tratáron los Fe- 6
nices (de quien agora hablamos) primeramente su negocio, rogándoles fuesen favorables á lo que su Dios Hércules pedia con importunidad: y para mas los obligar, acudiéronles con intereses y dádivas, quales entendiéron serles mas agradables: tanto los acometiéron, tanto les diéron. Tanto les agradáron, que co- 7
mo ninguna maldad se dexe de hacer en la vida por interese, brevemente los tuviéron de su mano. Gana- 8
dos estos, no fué menester mucha porfia para concluir su peticion, porque como pareciese justa, y la fama de los Fenices anduviese ya publicada por aquellas provincias, y supiesen todas las nuevas de los edificios de Cádiz, y junto con aquello los tuviesen por nacion amiga de los Dioses, muy sin pesadumbre los otros Andaluces otorgáron quanto pedian permitiendo que hiciesen el templo donde mas les agradase, con muestra de grande reverencia y acatamiento para la devocion de aquel ídolo, reputándolo por singu-

9 gular beneficio y buena obra. Luego las labores se
comenzáron mucho magníficas, tales que quanto mas
iban, tanto las gentes comarcanas quedaban atónitas
en ver crecer sus edificios: consideraban el industria
que traian en ellos, sus trazas, sus aparejos y mate-
riales, como cosa no vista jamas en aquella tierra,
10 por lo ménos de tanto concierto, ni grandeza. Co-
menzáron eso mesmo de labrarse cerca del templo
casas y moradas, donde los que fuesen y viniesen,
pudiesen residir, y los maestros edificadores vivir de
reposo, y tambien los que hubiesen á estos de pro-
veer de mantenimientos y herramientas, hallasen apa-
11 rejos necesarios. Con estos achaques y colores pusié-
ron allí tanta gente, que pasados algunos años tuvo
facion de ciudad mucho sumptuosa: tomáron el sitio
disimulado, no muy fragoso ni dificil, en una lade-
ra de montaña, fingiendo que no se ponian en lu-
gar donde pretendiesen ofender á los Españoles co-
marcanos: pero su disposicion era tal, que descubria
gran espacio de mar y de tierra por toda parte, y
aun bien considerado tenia mas fortaleza de la que
fuera justo, para quedar allí gentes nuevamente veni-
das, de quien nadie podia comprehender el propósito
12 que traian. Despues de fenecida la hechura del tem-
plo, como los Españoles de su rededor acudiesen á
los sacrificios y vanidades de aquel demonio, crecié-
ron las estancias para recibir los peregrinos y rome-
ros, y para morar los Sacerdotes que hacian las ce-
rimonias: añadiéronse plazas, lonjas, mercados y si-
tios para recogimiento de los ganados y de los sacri-
ficios, y de las otras mercaderías que trocaban ellos
13 por metales que los Andaluces traian. Donde resultó,
que mezclado con la devocion, ó por mejor decir
con la superstición de aquel templo, se hizo tambien
14 lugar de tráfagos y de negocios. Algunos Españoles
comarcanos que venian á él, vista su contratacion,
to-

tomáron costumbres de tener dinero segun los de Cá-
diz y sus Fenices lo trataban, pareciéndoles mucho
descanso señalar una cosa cierta por la qual todas las
otras se trocasen: aunque verdaderamente sabemos en
estos principios haber sido pocos los Andaluces que
consintiéron en ello, no por mas de por ser la tal
moneda cosa de metal, y los metales tener entre ellos
flaca reputacion, á causa de no traer ayuda para las
necesidades de la vida, sino fuese hierro y acero que
solo por esta causa lo preciaban en mucho, dado que
tenian dél gran abundancia. Con el provecho destos 15
tratos, y con la multitud de la gente que siempre
venia, la ciudad fué creciendo de tal arte, que bre-
vemente pareció la mayor cosa de todas aquellas tier-
ras: y no contentos los de Cádiz con engrandecer-
la y poblarla cada dia de gentes y riquezas, la cer-
cáron de muros fuertes, y desde allí poco á poco se
derramáron por las tierras comarcanas, y pobláron
otras estancias, y pueblos menores en sus confines,
usurpando los mineros de metales donde quiera que
los hallaban, y fortaleciéndolos con guarda de gentes
y de torres nuevamente hechas, y con todas las otras
defensas convenientes, porque allende ser aquellos mi-
neros muy preciosos, son muchos en cantidad por el
Andalucía toda, donde se cria multitud de plata fi-
nísima, mucho oro, mucho azogue, plomo, cobre,
y estaño, con mas otras diversidades de venas tales,
que pocas tierras se le igualan, así de ser muchos,
como de ser acendrados y perfectos, aunque se com-
pare con ellos lo mas precioso de las Indias. Mas el 16
dia de hoy, ni buscamos ni miramos en esta riqueza
del Andalucía, ni casi la sentimos: dado que veamos
mucha señal della con indicios y margasitas, que de-
claran manifiestamente dónde se puede hallar. Aquello
todo recogiéron algunos dias los Fenices y los de Cá-
diz, á la ciudad y templo nuevamente fundadas, y á

las torres y fuerzas que dentro de la provincia tenian
edificadas muy disimuladamente, sin alterar por el pre-
sente la tierra, ni le hacer otro daño: con lo qual
se pudiéron conservar largo tiempo, que nadie sos-
pechaba mal de su conservacion, ni miraban en los
17 males ó bienes que hacian. Pero como la prosperi-
dad quando crece (segun fué la destos Fenices) en los
principios traiga desórden, y la desórden licencia de-
masiada, no contentos con los bienes que de la tier-
ra sacaban tan sin estorbo, saltáron en algunas obras
de tiranía, tomando secretamente muchos de los Es-
pañoles que hallaban desmandados, los quales traian
á sus puertos y navíos: y metidos allí, los pasaban
en otras tierras, donde los vendian ó trocaban como
18 se les antojaba. Salian con esto fácilmente, porque
los Andaluces eran tan poco recatados en aquella sa-
zon, y los Fenices lo hacian con tal encubierta, que
mucho tiempo no lo sintiéron, aunque los daños eran
19 grandes. Un Filósofo Griego llamado Platon, dice en
un libro suyo, intitulado Timeo, que los pueblos At-
lantes de la isla Eritrea, frontero de España, por un
cierto tiempo que no declara, pasáron en las tierras
de Europa, hasta que llegáron á Grecia, donde to-
máron por fuerza de combate la ciudad de Atenas,
que todos aquellos dias era de los señalados pueblos
del mundo: mas á la fin dice, que fuéron allí muer-
tos y vencidos los mas de los Eritreos, como tam-
bien escribió despues en otro libro muy largo, que
particularmente compuso de la guerra que hiciéron
20 estos. Y si lo tal no fuese fábula, quien quiera podria
sospechar haber sido los Atlantes, que Platon llama
de la isla Eritrea, algunos moradores de Cádiz, los
quales mal acostumbrados en los daños que ya ha-
cian por dentro del Andalucía, viéndose ricos y po-
derosos, como siempre la codicia desvariada traiga
consigo muchas otras de mayor desórden, no duda-
rian

rian de pasar estos Eritreos en las tierras que dice Platon, para tambien robarlas, y hacer los males que por allí cuenta. Cierto es que todos aquellos mares 21
del Occidente, donde cae la isla de Cádiz y sus confines, fuéron siempre llamados por los Cosmógraphos antiguos el mar Atlántico: los pueblos que cerca moraban, así dentro de las islas, como por las riberas del continente, se decian Atlánticos en general, y la isla de Cádiz entre los mas Autores se tiene por muy averiguado que los tiempos antiguos la llamaban Eritrea, por causa de sus primeros pobladores venidos con Hércules el Egypciano, que fuéron naturales y nacidos cerca del mar Eritreo, llamado por otro nombre mar Bermejo, ó por causa tambien destos Fenices de Cádiz, de quien agora hablamos: cuyos progenitores fuéron los mas que pobláron á Tyro en la tierra de Fenicia, y estos eran eso mesmo naturales de las tierras cercanas al mar Eritreo, como ya en los veinte y seis capítulos del primer libro dexamos escrito, las quales dos cosas pertenecen y vienen justas á la cuenta ó escritura de Platon. Pero si fuéron ellos ó no, cada qual conjecture como quisiere. Quanto al 22
estado del Andalucía, no tenemos duda que los Fenices de Sydon y de Tyro, juntamente con los de Cádiz, alcanzáron en ella tal pujanza, que casi lo mejor della señoreaban, así de sus islas, como desde la ciudad nuevamente fundada dentro del continente, segun que muchos de nuestros Coronistas Castellanos lo confiesan, y de muchos otros Autores Latinos y Griegos manifiestamente se recolige.

CAPITULO XII.

De las turbaciones y mudanzas que sucediéron á los Españoles de Sicilia con diversas naciones Griegas, que casi por este tiempo pasáron allá, donde los Españoles perdiéron parte de las ciudades y tierras que primero poseian en aquella isla.

1 Estando los Fenices de Cádiz ocupados en el acrecentamiento de su ciudad, y del templo que fundáron en tierra firme del Andalucía, las otras cosas de la comarca no tenian mudanzas que sepamos, ni de las otras gentes Españolas, tampoco sabemos acontecimiento que por ellos pasase: pero sabemos lo de los Españoles Siculos, moradores en Sicilia, de los quales, y de los tiempos y causas que los traxéron en aquella region, dexamos ya relacion en algunos
2 capítulos del primer libro. Estos, como quiera que desde los años antiguos hubiesen edificado por allí poblaciones en que vivian, y entre ellas fuese una la ciudad de Siracusa, que dicen Sarausa sus naturales, y nosotros la llamamos Zaragoza de Sicilia, donde residian asentados y pacíficos, con añadimiento de su linage y de su honra, no les pudo mucho durar aquella prosperidad y descanso, como jamas dura cosa de las que los hombres en esta vida desean, ó le son mas menester: y fué la causa que por esta sazon dentro del año de setecientos y treinta y ocho, ántes del advenimiento de nuestro Señor Jesu-Christo, llegó por aquellas comarcas y marinas un Capitan Griego, que decian Archias, natural y morador en la ciudad de Corinto, con fustas bastecidas de gente que le seguian en razonable cantidad: el qual dexando su flota sobre mar, avisados los que dentro quedaban, para que quando viesen cierta seña, moviesen contra la

la ciudad, tomó tierra prestamente con algunos hombres armados de secreto, fingiendo venir pacíficos á negociar en aquellas partes algunas cosas de su provecho si las hallasen. Con esta disimulacion entráron 3
en el pueblo pocos á pocos, y considerada cierta parte del muro donde les pareció que podrian fortalecerse, despues que fuéron dentro descubriéron supito las armas, y ganando la principal puerta de la villa, hiciéron luego la seña, para que los de la flota viniesen tambien por el agua: los quales llegados á la ciudad todos juntos en un tropel, ocupáron el puerto con quanto dentro halláron de bateles y fustas, y bastimento de navegacion. Los ciudadanos visto que sus 4
adversarios poseian lo mas fuerte del muro, desde el qual ya muchos dellos baxaban á las calles y casas, matando quantos ante sí topaban; turbados con tal sobresalto desampararon el pueblo sin detenimiento con los hijos y mugeres que pudiéron escapar, y se retraxéron en otra villa de la mesma nacion Sicula Española, que decian Leoncio, donde fuéron amparados y recogidos quanto bien fué posible. Esto ne- 5
gociado, Archias fortificó la ciudad en las partes necesarias, y comenzó de labrar en ella muchos edificios y templos conformes á la manera de Grecia, con toda la sumptuosidad á que bastaban sus fuerzas, y de los que con él viniéron. Iten, comenzó de ne- 6
gociar amistad con algunos pueblos comarcanos que sintió no ser de la casta de España, ni de su descendencia ni parcialidad: y halláron algunos muy apropriados á lo que deseaban, porque solo un año ántes que esto de Siracusa pasase, habia tambien desembarcado en Sicilia otro Capitan nombrado Teocles: y dado que fuese natural de la ciudad de Atenas, traia mucha gente de diversas provincias Griegas: unos nacidos en Calcis, poblacion principal de Negroponte; otros de Megara, ciudad de los Dores; otros de los

Yo-

Yones de Grecia; los quales así juntos con aquel Teocles, fuéron los primeros Griegos que viniéron á Sicilia para morar en ella, donde llegados pacíficamente, sin hacer demasía ni rompimiento con alguna persona, le dividiéron en dos poblaciones, una llamada Naxo, que fundáron á su parte desde los cimientos los Calcidenses de Negroponte, otra los Dores, en un lugarejo pequeño que halláron ya hecho de los moradores de la tierra, nombrado Hybla, cuyo vecino principal se decia tambien Hyblon, sucesor y descendiente de otra casta española no ménos antigua, llamada de los Sicanos: el qual Hyblon los hubo recibido dentro de su pueblo muy de buena voluntad: y con el acrecentamiento que los tales Dores Griegos allí hiciéron, se fué mudando la primera nombradía deste lugar, y le llamáron Megara, como solian decir
7 á la ciudad griega de su naturaleza. Con estos, y con el Capitan Teocles se confederáron los Corintios nuevamente venidos á Siracusa, contra los Siculos Españoles, y fué fácil el avenencia, tanto por ser Griegos los unos y los otros, como por tratar todos una mesma demanda, que era ocupar si pudiesen aquella tier-
8 ra. No dexáron tambien de tentar alguna concordia con los mesmos Zaragozanos á quien habian despojado, prometiéndoles gran parte de la ciudad si quisiesen poner las armas, y consentir otras condiciones razonables á gente vencida: pero como las injurias fuesen muy recientes, nadie lo quiso aceptar, y así las porfias y los daños de los unos á los otros duráron muy encendidos siete años continos que jamas cesa-
9 ban de se guerrear y maltratar quanto podian. Verdad sea, que como hasta los dias presentes hubiese mucho tiempo que los Zaragozanos ó Sarauses y Leoncios vivian por allí sin contradiccion de nadie con la paz larga, faltábales el exercicio de las armas, y los Griegos sus adversarios conociéron claro que les defenderian qual-

qualquier cosa que ganasen, mayormente durando la
liga de los Megarenses y de Naxo: los quales á la par
tomáron la causa por suya con los de Corinto. Per- 10
severando todos ellos en estas contiendas, aconteció
que saliéron un dia las principales personas y cabezas
de los Leoncios y Zaragozanos á correr la tierra se-
gun solian: y dado que por ser los principales fue-
sen pocos, llevaban buenas armas y caballos con que
creian entrar y salir donde quiera muy á su salvo:
pero los de Naxo supiéron luego su venida, y jun-
tados á gran priesa con quanta gente pudiéron de sus
confederados y comarcas, y de su pueblo mesmo sin
dexar en él persona que fuese para tomar armas, ata-
járon primeramente los pasos por donde los Siculos
podian huir, y con todo lo restante diéron en ellos
muy á su salvo: y alanceados algunos que se pusiéron
en defensa, todos los otros fuéron tomados á prision,
y llevados á Naxo muy atados, y con muy buena guar-
da. Primero que los llevasen despojáronlos en el cam- 11
po de quanto traian: y cavalgando sobre los caballos
de los presos, y vestidas sus armas y ropas para se-
mejar ellos mesmos, camináron contra la villa de
Leoncio como que venian huyendo de mucha parte
de su gente que los seguia. Los de la villa quando los 12
viéron así llegar, creyendo que fuesen los suyos, se-
gun les parecia en las armas y caballos, abriéron lue-
go la puerta para recogerlos, y así metidos en Leon-
cio los de Naxo, sin pasar mas adelante revuelven so-
bre los porteros, y matándolos á todos recibiéron por
allí todo el golpe de su gente. Desta suerte con la 13
prision de los principales ciudadanos, y con faltar las
cabezas que pudieran remediar algo en aquel hecho,
la villa de Leoncio no tuvo remedio, y fué tomada
por los Griegos en el año de setecientos y treinta y uno
ántes que nuestro Señor Jesu-Christo naciese, cum-
plidos justamente siete años despues de la perdicion
de

de Siracusa ó Zaragoza de Sicilia: las quales ambas con todas sus comarcas, y con la mejor parte de Sicilia, el linage de los Españoles Siculos hubo poseido quinientos y treinta y un años de tiempo, no embargante que Tucidides diga solos trecientos, á causa de sospechar el que la venida de los Españoles Siculos en Sicilia, fuese despues de la guerra Troyana, siendo cierto que fué sesenta años ántes, como en el primer libro queda ya declarado conforme á la rela-
14 cion de Filistio Siracusano. En las Corónicas emendadas de San Eusebio, podrá quien quisiere contar los dias, quinientos y treinta y un años, desde aquellos sesenta ántes de la dicha guerra Troyana, hasta los primeros años de la décima olimpiada de los Griegos, en que todos afirman haber sido la pérdida de Leoncio despues de la de Siracusa, lo qual por buena cuenta concurre con los años ántes de Christo que ya dexamos aclarados.

CAPITULO XIII.

Del estrago que despues desto hizo por las marinas Españolas un Rey Egipciano llamado Taraco, natural de las tierras Etiópicas, y como los de Cádiz enviáron á él su mensagería, lo qual fué mucha causa para que Taraco desde el estrecho de Gibraltar no pasase mas adelante, y tornase por otras provincias en España, obrando gran destruicion.

1 Pocos años despues que los acontecimientos y mudanzas de Sicilia sucediéron, recreció tambien por España que grandes armadas de gentes advenedizas pasáron en ella con muchos navíos y tumulto, por aquellas riberas y puertos que caen sobre nuestro mar Mediterráneo, cuyo señor y caudillo nombraban Taraco, á quien Estrabon con algunos otros Coronistas lla-

llaman Tearco, la Sagrada Escriptura le dice Taraca.
Traian sus exércitos gran multitud de hombres negros 2
valientes y guerreros, y tambien él era negro, natural y nacido dentro de la tierra que nombran Etiopia, la qual fué siempre region mucho espaciosa metida por las comarcas Africanas, en lo mas caluroso y ardiente dellas, donde son agora los principados y señoríos del que se llama Prejan, á quien la gente vulgar corruptamente suele decir Preste Juan. Y si cre- 3
yesen algunos que Taraco podia no ser negro, ni ménos la gente de su tierra, porque los Cosmógraphos antiguos, hacen memoria de cierta generacion en aquellas partes, nombrada Leucoetíopes, que quiere decir Etíopes blancos, entiendan que por no ser estos Leucoetíopes tan negrísimos como los otros sus comarcanos eran así dichos, pero muy negros eran á la
verdad. Confiesan todos los que hablan deste capitan 4
negro Taraco, haber salido tan valeroso y magnánimo, que llegó tambien á ser Rey en Egipto, y sin la jornada española de quien agora tratamos, acometió muchos otros hechos ilustres en diversas tierras, viniendo poderosamente unas veces en ayuda, y otras en daño de gentes y pueblos, léjos y cerca de su principado: particularmente vino, primero que en España pasase, contra cierto Príncipe Caldeo de Babilonia, nombrado Senacheribo, no ménos guerrero ni valiente que qualquiera de los poderosos de su tiempo, el qual á la sazon tenia cercada una ciudad llamada Pelusio, que dicen agora Damiata, en la tierra de Egipto, edificada muy junto con un brazo del rio
Nilo, cerca de donde lo toma la mar. Y fué tan cre- 5
cida la pujanza que Taraco traia, que Senacheribo no
le osando esperar, se tornó para su tierra. De cami- 6
no puso cerco sobre la ciudad de Jerusalen, la qual otra vez ántes habia tenido cercada, siendo señor y Rey en ella Ezechîas, como en aquel tiempo tambien

7 lo era. Y en este cerco, dice la Sagrada Escritura, que dentro de una sola noche mató Dios nuestro Señor, ciento y ochenta y cinco mil hombres del exército de Senacheribo: pero de Taraco su contrario, Rey de los Egipcianos, no hallamos otra particularidad en esta su primera llegada que á España competa por los libros que tenemos agora, mas de haber sido Príncipe victorioso, y haber, como tengo dicho, costeado las riberas españolas, y venido por ellas robando, corriendo y estragando de pasada la mayor parte de la marina, casi desde los montes Pyreneos, hasta el estrecho de Gibraltar, donde prendió multitud infinita de captivos, y robó joyas y caballos, y preseas muchas y de gran diversidad, quantas pudo hallar entre gente desapercebida que ninguna cosa destas rezelaba.

8 Desde el estrecho de Gibraltar adelante no pasáron aquellas flotas: y fué la razon de su quedada, ver las corrientes furiosas que la mar echaba de sí, creciendo y menguando cada dia sin cesar momento, por aquellas angosturas y contornos del estrecho: las quales corrientes Taraco ni sus compañas jamas viéron en otras partes, á lo ménos tan bravas y descomunales.

9 Maravillados de tal extrañeza, creyéron que la mar y los dioses lo hacian al presente por no les dexar pasar adelante: y luego movidos con devocion comenzáron sacrificios en la ribera conforme á lo que tenian de costumbre, para satisfacer y aplacar estas aguas y sus movimientos, prometiéndoles que no proseguirian la jornada contra su permision, y buen grado, hasta saber por agüeros ó señales manifiestas, ó por verdadera revelacion de sueños, de los quales habia grandes intérpretes en aquellas tierras Andaluzas, el

10 propósito que los dioses y la mar en esto tenian. Los Fenices de Cádiz oida la pujanza destas flotas nuevamente venidas, y los males y robos que por diversos puertos habian hecho donde quiera que tocáron, esta-

taban atemorizados y confusos, creian de cierto, que si Taraco llegase por su frontera, no dañaria ménos en ella que por las otras. Pero sabidos aquellos dete- 11
nimientos, y la causa donde procedian, despacháron allá ciertos sacerdotes Españoles de su dios Hércules, para doblar á Taraco la superstición, fingiendo venir á le dar el parabien de la llegada, y certificarle de parte deste dios Hércules, que todas las victorias pasadas, y toda la buena fortuna suya procedian del favor y gran aficion que su dios Hércules le tenia, segun en sus muestras y sueños muchos dias ántes que las tales victorias aconteciesen, les habia declarado: por tanto seria bien que reverenciadas con solemnidad estas corrientes y misterios de la mar, enviase la décima parte de todos los robos y riquezas habidas en otras provincias, al templo de Cádiz, y no pasando mas adelante, ni queriendo saber las cosas encubiertas del Océano que los dioses guardaban para sí; tornase por aquel derecho que traxo de las otras tierras, y las despojase de riquezas y hacienda que hallaria fuera de donde convenian estar, entre gente desapercebidas y simples, aunque feroces y denodadas: las quales riquezas el dios Hércules mandaba que fuesen suyas, y se las daba cumplidamente. Destas convenia 12
tambien enviar la décima quando las hubiese recogido, con mensageros propios, dirigidos al mesmo lugar que le hablaban al presente, donde vendrian otros de Cádiz á las recebir, porque su felicidad y buena fortuna no fuese desamparada del favor deste dios, y pasase de contino mas adelante. Tantos eran los en- 13
gaños del enemigo malo por aquellos tiempos, y tan metidos traia los hombres en su falsedad y tiniebla, con título de devociones, que Taraco tuvo por verdadera la mensagería destos sacerdotes, y creyó ser punto principal en quien consistia su conservacion, siendo cautela fingida para lo desviar de las comarcas

Españolas en que los Fenices traian sus inteligencias.
14 Luego sacáron la décima parte del robo que pedian sin faltar cosa dello, y aun harto de mas que de ménos, la hizo llevar á Cadiz con gran solemnidad y reverencia: y en habiéndola despachado, comenzó de reparar sus navíos y calafeteallos, y bastecellos si tenian hendeduras ó quiebras para dar vuelta contra las partes orientales españolas, como los sacerdotes man-
15 daban. La mayor parte de la gente hizo que caminasen por tierra, no quedando mas hombres en la mar, de quantos bastaban á regir y sostener aquella flota, si por caso le viniesen algunos acometimientos de camino, así de gente contraria, como de tormen-
16 tas ó tempestades. Con esta sotileza mañosa, fundada sobre devocion y reverencia del Dios Hércules, quedáron libres de Taraco los Fenices de Cádiz, y quanto les tocaba, por tener ellos lo principal de su morada contra las partes occidentales del estrecho, comarcanas en aquel mar Océano sobredicho, que segun publicaban eran vedadas por voluntad de los dio-
17 ses á qualquier otra nacion extrangera. Verdaderamente para los provechos de la gente que por allí vivia, fuera gran bien si los tales exércitos con la furia que primero traxéron llegaran allá, y destruyeran estos Fenices, ó por lo ménos les impidieran algo de lo que hacian en el Andalucía, pues ya muy de propósito comenzaban demasías y fuerzas, y crueldades enormes en la gente provincial Española, con prisiones y captiverios disimulados, y junto con aquello, muertes secretas en todas las personas principales de quien podian sospe-
18 char alguna resistencia. Esto negociaban aquellos Fenices en Cádiz muy ántes de sazon, porque ninguno de los Andaluces entendia por aquel tiempo su daño, ni lo sintieran muchos dias despues, si los males poco á poco no crecieran en tal demasía, que la necesidad hizo mirar en ellos, y buscar el remedio que dirémos adelante.

CA-

CAPITULO XIV.

Como para vedar el destrozo que Taraco llevaba por la costa de nuestro mar, algunos Españoles hiciéron capitan á un caballero su natural nombrado Teron, el qual se dió tan buena maña, que poco despues Taraco salió de la tierra muy maltratado, dexando primero cimentada, segun algunos dicen, la ciudad que llamamos agora Tarragona.

Comenzando su vuelta los exércitos negros de 1
Taraco, lleváron el viage metidos por la tierra quanto buenamente bastaban; y no pudo ser mucho dentro, ni derramarse como solian en otras regiones ántes que viniesen acá, porque los Españoles naturales de la provincia, levantaban sus ganados y sus hijos y sus mugeres, y los ponian en lugares fragosos donde tuviesen ménos peligro, ellos iban tras el exército contrario, haciéndole daño y perjuicio, mordiendo lados y rezaga, todas las horas que hallaban aparejo; algunos pasaban adelante levantando grandes alborotos, apellidando gentes y naciones quantas caian en el derecho que Taraco llevaba, para que se pusiesen
á salvo, si no querian ser destruidos á remate. Y á 2
la verdad, la persecucion era tal por do quiera que Taraco pasaba con sus Egipcianos y negros, que ninguna cosa dexaban por asolar: sus navíos caminaban á la pareja por el agua, no haciendo ménos perdicion en las fustas Españolas que topasen al encuentro, ó hallasen metidas en qualesquier puertos del camino,
todo lo destrozaban y confundian, sin perdonar lan- 3
ce que se les ofreciese, de manera que la huida no fué menor en el agua que por la tierra, ni de ménos espanto ni pavor: huian todos contra las partes Orientales de España, creyendo que quanto mas caminasen ade-

adelante, tanto se juntaban mas gentes unas con otras, y bastarian mejor, hallándose número crecido, para cobrar algo de la presa que Taraco les llevaba: pero como no tuviesen capitanes, ni cabezas mayores en
4 el gobierno, todo su trabajo valia poco. Los Egipcianos y negros iban adelante quebrantando pueblos y gentes muy á su voluntad, poniendo temores nunca sentidos en España hasta su venida, no solo con la terribilidad y desgracia de sus obras, sino tambien con
5 la mala vision y figura de sus personas. En esta fiereza que digo, volviéron desde el estrecho de Gibraltar, hasta cerca la boca del rio Ebro: y puestos allí todos, comenzó Taraco de sentir alguna manera de resistencia mucho mayor que las pasadas, por estar ya junto razonable número de compañías Españolas, y por tener los desta comarca señalado para su defensa, cierto caudillo provincial, cuyo nombre decian Teron; persona, segun parece, de generosos pensamientos, y para la calidad y condicion de los tiempos, tal que se podia fiar de él qualquier afrenta. Seguíale multitud de parientes y grandes ayudas, otras allegadas á estos: tanto, que hallo yo libros asaz auténticos, donde solo por aquel respeto le llaman Rey
6 desta region. Venido, pues, aquí Taraco, metió por el rio sus navíos, y pasada la gente con ellos al otro lado comenzáron de proseguir su camino como so-
7 lian. Luego Teron acudió con el cuerpo junto de sus Españoles, así moradores en la tierra, como de los allegadizos y huidos, con los quales hacian muy buenos acometimientos, y muy á sazon, en que siempre mataba muchos negros, y perdia pocos de los suyos.
8 En la mar tenia tambien mediana copia de fustas, aunque no tantas quantas eran menester para competir con la flota contraria, pero bastantes á la refrenar y detener, y no consentir que se desmandase: sobretodo ponia Teron gran solicitud en alzar los manteni-

nimientos á las montañas, y buscar manera como no viniesen á sus enemigos por una parte ni por otra.
Finalmente la resistencia se comenzó tan avivada, que 9
Taraco fatigado de la priesa que le daban, y de las estrechuras en que lo ponian, recogió todo su campo sobre la marina para le hacer espaldas con los navíos. Allí comenzó de se fortificar en un cerro pe- 10
queño no léjos del agua, formando manera de reales y de reparos, lo que nunca hizo por otras partes en toda la jornada trasera. Hizo tambien sacar la dé- 11
cima parte de sus nuevos despojos y robos, para llevar en galeras al templo del dios Hércules, como lo tenia prometido: y porque gran parte de la presa fuéron caballos y bestias y ganados, mayores y menores, los quales ni se podian meter en la mar, ni guiados por tierra, llegarian á Cádiz, segun la dificultad, y peligros y largueza del camino, recompensáron el valor desto con joyas y con vasijas, metales, piedras preciosas, armas, ropas y jaeces en diferente calidad, y puestos en sus galeras los enviáron al templo sobredicho. Bien quisieran los navíos Españoles ir tras ellas 12
para cobrar estos tesoros ó parte dellos, pues eran suyos, y pues tenian aviso cierto de como los pasaban en Cádiz: mas conociéron que no bastarian á salir con ello, dado que lo probasen, á causa de quedar el resto de la flota contraria puesta de por medio muy apercebida y armada: y así los Egipcianos y negros que llevaban la tal décima, pudiéron ir y venir brevemente, concluyendo su devocion y jornada sin alguna dificultad. En esta mesma coyuntura quando las 13
galeras fuéron de vuelta, sucediéron algunos dias vientos forzosos por aquella costa, mucho demasiados y disformes: levantóse la mar con tormentas asaz desordenadas, y como tomáron el armada contraria sobre playa descubierta, parte de los navíos diéron al traves, y se despedazáron y perdiéron: otros metidos en

en alta mar, corriéron á lo largo, padeciendo gravísimos peligros: algunos nunca mas pareciéron: muchos apartados en lugares léjos de España, llegáron tan rotos y maltratados, que tuviéron menester hartos
14 dias para se remediar. Generalmente la flota de Taraco, donde consistia gran parte de su potencia, fué casi toda deshecha, ó por lo ménos derramada por
15 sitios desvariados, muy fuera de su propósito. La de Teron española, como tenia noticia desta costa, metióse por calas y puertos abrigados, y quedó libre sin recebir algun daño: de suerte que con aquella desgracia recien acontecida, los Egipcianos y negros comenzáron á renovar sus aposentos en el cerro que primero tenian ocupado, labrando caserías y chozas á todo cabo, determinados á residir en ellos hasta que sus navíos desparcidos, pudiesen venir á se juntar en la parte donde les tomó la tormenta, ó sino viniesen, hasta labrar allí flota nueva con que cami-
16 nasen la vuelta de sus tierras. Lo qual convenia ser hecho prestamente, porque mucha gente se les moria de gravísimas enfermedades: y sabian tambien que las provincias de Levante sujetas á Taraco, vistas sus ocupaciones en España, se comenzaban á revelar y
17 turbar, y traian entre sí grandes movimientos. Sucedió luego tras esto, que los navíos comenzáron á tornar pocos á pocos, y con ellos, y con algunos que los Egipcianos y negros tenian ya hechos, volviéron á la mar, y tomáron el camino de sus tierras, faltándoles casi dos tercios de los hombres, y de las fustas
18 que traxéron quando venian. Este fin tuvo sumariamente contado, la tempestad y persecucion de Taraco movida por España, llena de tantos peligros y diversidades, que si nuestros Autores la pudieran contar
19 particularizada, hicieran della justo volúmen. Los Españoles huidizos compañeros de Teron, viéndose libres de tal enemigo, tornáron á sus tierras, y recogié-

gié-

giéron sus hijos y mugeres, y reparaban el daño re-
cebido como mejor podian. Otros naturales de la pro- 20
vincia, se fuéron tambien á sus casas: alguna gente
valdía que no tuvo tales acogidas, ocupáron las cho-
zas y caserías hechas por los Egipcianos en la cum-
bre del cerrecillo donde Taraco fornecia su real, y
levantáron una figura de poblacion, que quanto mas
iba, tanto se hizo mejor y mas lucida: la qual cer-
tifican Historiadores nuestros ser la ciudad llamada
Tarragona, cuya nombradía dicen haber sido tomada
por el apellido del mesmo Taraco, que primero la
cimentó quando situaba sus estancias en ella, Juliano
solamente declara parecerle gran argumento la seme-
janza del vocablo para pensar que Taraco la princi-
piase: puesto que quanto á este punto yo me recuer-
do bien, lo que ántes de agora dexamos escrito en
el quarto capítulo del primer libro mucho diverso des-
to, donde podrá quien quisiere leer lo que dicen otros
sobre la fundacion de aquel pueblo, y juzgar en ello
lo que mas verdadero les pareciere.

CAPITULO XV.

Como Teron el Capitan de Cataluña movió guerra contra los vecinos y Sacerdotes de Cádiz, pidiendo las preseas que Taraco les hubo dado, sobre lo qual estas dos gentes peleáron en la mar una batalla famosa, donde concurriéron pasos y misterios mucho señalados y notables.

Cobró tanto crédito la persona de Teron el Es- 1
pañol Catalan por haberle sucedido bien el negocio
contra Taraco, que si los naturales de su tierra le
reverenciaban y tenian en precio, mucho mejor y mas
de voluntad lo hacian todos los otros Españoles co-
marcanos. Y como las cosas de virtud acabadas ani- 2

mosamente traian osadía justa para principiar otras mayores y llevarlas adelante, resultó desto, que Teron acordándose de las preseas y despojos enviados al templo de Cádiz, por sus enemigos los Egypcianos y Negros, en reverencia del dios Hércules; parecióle no quedar su reqüesta perfectamente concluida si los tales despojos no se restituyesen á cuyos eran: para lo qual escogió luego número de galeras las mas reparadas y mas firmes que pudo hallar en todos aque-
3 llos puertos. Escogió tambien hombres cursados en la mar, así de pelea como de servicio: guarneciólos con armas y con todo buen aparejo, segun lo podian tener y saber en aquel siglo, publicando manifiestamente por aquellas tierras querer emprender la conquista de Cádiz, y que ganada victoria tendrian muy cierto grandes provechos y riquezas quan-
4 tas personas en ello se hallasen. Juntado, pues, y proveido muy en órden lo conveniente para su determinacion, es de creer que haria mensajeros á los Fenices poseedores del templo, pidiendo lo que pretendia por buenas palabras ántes de llegar en rompimiento, dado que ni nuestras historias ni las peregrinas que desto hablan hacen memoria dello, ni ménos de la respuesta que los de Cádiz le tornasen: solamente dicen que metido Teron á la mar, y continuada su navegacion contra las marinas occidentales de España, sin se detener en alguna parte, los de Cádiz le saliéron al encuentro no ménos pujantes y bien armados que pudiera venir qualquier otra nacion de su tiempo, favorecidos de quantas ayudas y gentes moraban por aquellos derredores: las quales dan á sentir nuestras Corónicas haber sido muchas, porque los de Cádiz publicaban venir Teron á ellos movido por las furias infernales, en menosprecio de la divinidad y poderío del santo dios Hércules, para destruir sus templos y lugares benditos, donde las provin-

vincias comarcanas y muchas de las extrangeras me-
diante la devocion que tenian allí puesta, hallaban re-
medios y consuelo de sus adversidades quando les acon-
tecian, y que todos así naturales y vecinos de la isla,
como sus confines y comarcanos debian resistir á tal
enemigo comun, y salir á la defensa, pues de todos
era cosa propria. Llegados aquí los unos y los otros, 5
la batalla se comenzó mucho reñida, trabándose los
navíos en todos cabos, y dañándose quanto podian:
y como quiera que las galeras de Cádiz eran mayo-
res y de mas combatientes, aunque no tantas en su-
ma quantas eran las de Teron, perseveráron muchas
horas en peso sin reconocerse ventaja por alguna par-
te: todos hacian su deber, y todos esperaban la vic-
toria matando y muriendo con ánimo demasiado, quan-
do súpitamente sin lo pensar ni ver á causa de me-
joria, las fustas de Teron se comenzáron á remoli-
nar, y poco despues vueltas las proas y remando lo
posible, se pusiéron en huida. Quedáron atónitos los 6
de Cádiz en ver esta floxedad á tal tiempo: dentro
del qual no solo tuvieran á buena dicha hallarse li-
bres de tan gran afrenta, sino holgaran de la rede-
mir con mucha parte del interese que se les pedia.
Lo que mas hubo de maravillar en el caso, fué que 7
yendo huyendo las fustas vencidas, y aun ántes algun
poco que huyesen, la mayor copia dellas casi de impro-
viso fuéron abrasadas y consumidas, sin les echar fue-
go los de Cádiz, ni tener aparejo con que lo hicie-
sen. Allí dió fin á sus dias Teron con todos sus afi- 8
cionados y parientes, y mas toda la resta que le se-
guia, sino fuéron algunos pocos tomados en prision,
á quien despues los de Cádiz alegres de tan gran ven-
cimiento, preguntaban la causa por qué las fustas ha-
bian huido, no les haciendo premia bastante, ni te-
niendo mas daño por aquellas horas que lo tenian sus
adversarios. Respondiéron los prisioneros ser gran ver- 9

dad que los de Cádiz en este punto no traian ventaja, ni la pudieran traer segun la volundad con que los acometiéron, y segun el interese que pretendian de la victoria: pero que sobre cada proa de sus galeras, allende ser grandes y fuertes, habian parecido ciertas figuras de leones ferocísimos, los quales echaban de sí rayos encendidos contra las galeras de Teron, como suelen pintar en la cabeza del sol muy resplandecientes, los quales rayos habian encendido toda la flota quemando los hombres y deslumbrán-
11 dolos, y destrozando todo su denuedo. No puedo yo bien conjeturar, si los tales prisioneros tendrian por cierto lo que decian, ó si los de Cádiz (segun eran cautelosos en acarrear semejantes milagros á su templo, para conservar la gente vulgar en aquella devocion vana de su dios Hércules) los forzasen á publicar esto: pero de qualquier modo que fuese hallo personas antiguas tenidas en mucho crédito, que solo por estos rayos allí parecidos semejantes á los del sol, publican en sus libros ser aquel dios Hércules el mesmo sol, y que los Griegos no por otro fin al sol decian Apolo del sobrenombre que daban al dios Hércules, como ya lo señalamos en el treceno capítulo del primer libro, y tambien el otro nombre de le llamar Heraclis que pusimos en los treinta y cinco capítulos del sobredicho libro, querian decir gloria del ayre, mostrando la propiedad verdadera del sol, en dar claridad y resplandecer esta substancia del ayre donde respiramos y vivimos, que no puede tener igual alegría ni gloria que su claridad, ni mayor tristeza que su falta, quando lo dexa con escuridad y tinie-
12 blas. Los Sacerdotes de Cádiz largos años despues no satisfechos en hacer sol á su dios Hércules, trataban en esta razon una Philosophía discrepante de todas las otras gentes: algunos Autores Latinos hacen dello memoria, puesto que no declaren proceder de la doc-

doctrina de Cádiz antigua, como lo declara Juliano
Diácono. Decian, pues, que la divinidad y nombra- 13
día de muchos Dioses derramados y reverenciados entre pueblos y naciones peregrinas, aunque pareciesen diversos, era tomada deste dios Hércules llamado sol, y que por esto los unos le decian Marte, otros Lemio, otros Pean, otros Libistino, otros Loxias, que quiere decir encorvado, por el cerco torcido de su movimiento, otros Delio, otros Febo, hartos Patroo, que significa hacedor y padre de todas las cosas, otros Corrompedor ó Pithio, porque como las cria las podrece con su calor: otros Didimeo por salir dél dos resplandores, uno de la luna y el otro suyo propio.
Algunos Griegos antiguos le decian Delfio, por ser 14
único y solo, la qual unidad en su lengua vieja solian llamar Delfon: en algunas partes le llamaban tambien Dionisio: muchos Ebona: muchos Faneta, otros Mercurio, otros Esculapio, otros Serapin, otros Adonis, otros le dician Attis, los Asirios Adad que quiere decir único: y aun algunos hubo que dixéron ser Pan y Saturno, y el poderoso dios Júpiter á quien todos los Dioses obedecian. Vanidades éran éstas y co- 15
sas de burlería, pero tan creidas y tan estimadas en aquella ceguera de la Gentilidad, que los ancianos fundáron allí muy gran parte de su religion, y pensaban consistir en ello la principal noticia de los misterios
celestiales. Quisimos lo tocar en este lugar de pasa- 16
da, sobre la razon arriba dicha, porque nuestros Españoles perseveráron en algo dello todos los tiempos de su Gentilidad, hasta que recibiéron el conocimiento de la Santa Fe Christiana, que les descubrió todos aquellos desvarios y los deshizo y consumió, dan-
do con ellos al traves. Tornando, pues, al artículo 17
de Teron y de su muerte, declaran las Historias haber quedado tan ufanos con ella los Fenices de Cádiz, y sus dependientes quantos residian por el Anda-

dalucía, y en la ciudad y templo nuevamente fundadas allá dentro, que si primero hacian tyranías y males con alguna disimulacion, comenzáron á las obrar harto mas declaradas, mostrando tener en poco la contradiccion y resistencia de todos sus confines y comarcanos, aunque con ayuda dellos habian ganado tan importante victoria.

CAPITULO XVI.

Como despues de pasado lo de Teron ciertas gentes Africanas llamadas los Cartagineses, hiciéron salto por las islas Españolas por nuestro mar Mediterraneo: declárase cumplidamente quién fuéron estos Cartagineses, y todo su principio y sucesion.

1 No solo parece que los negocios Españoles tuviéron aquellos dias novedades y trabajos con la venida de naciones forasteras, y con las discordias recrecidas entre su gente, sino tambien las islas del mar Mediterráneo, pertenecientes á la jurisdiccion Española, padeciéron inconvenientes y mudanzas de la mesma calidad, particularmente las que llamamos agora Mallorca y Menorca, Iviza, y la Formentera, donde pocos años despues de vuelto Taraco en Egypto, saltáron ciertas gentes Africanas, llamadas los Cartagineses, parientes muy propinquos, y de la mesma casta y linage donde procediéron los Fenices de Tyro,
2 residentes en Cádiz y en el Andalucía. Estos Cartagineses, ó sus progenitores, muchos tiempos ántes habian tambien salido de la ciudad de Tyro, y morado por aquellas partes Africanas, donde todos cre-
3 ciéron en prosperidad y señorío. Desde allí (como dixe) despacháron gentes y navíos, para que toma-
4 sen las dichas islas si pudiesen. Mas porque lo tal mejor se pueda saber, y mucho de lo siguiente que della

lla dependerá, la Corónica quiere contar aclaradamente los principios y la venida destos Cartagineses en Africa, con los motivos que tuviéron para tentar la
demanda de las islas Españolas. Así fué, que pasado 5
un año cumplido, quando las flotas de Sydon y de Tyro hiciéron la jornada Española, de quien ya hablamos en el sexto capítulo deste libro, donde sacáron la cantidad espantosa de plata y oro que se derritió con el encendimiento de los montes: una dueña poderosa vecina de la mesma ciudad de Tyro, llamada Elisa Dido, salió della huyendo secretamente con muchos tesoros y con muchos allegados de su casa.
Esta fué muger de Siqueo, que sospechamos ser aquel 6
mesmo que ya declaramos en otra parte venir por Capitan de los Fenices, en la primera jornada quando llegáron en España: el qual era muerto por aquellos dias que su muger salió huyendo de Tyro: y aun (segun todos presumian) habíalo hecho matar Pigmaleon, hermano de esta muger Elisa Dido, por codicia de le tomar los tesoros que de España traxo.
Parece tambien que Pigmaleon debió ser el otro Ca- 7
pitan de la jornada segunda, que poco despues los mesmos Fenices acá hiciéron, quando postreramente diximos haberse metido con ellos en Cádiz, porque los nombres son todos unos, y los tiempos no discrepan, ni los acontecimientos ni conjeturas de la Corónica lo contradicen, para que no pueda ser el
mesmo. Muerto Siqueo, quisiera Pigmaleon matar la 8
muger, aunque era su hermana, por saber muy averiguado que todas las riquezas habian quedado con ella,
y tenerlas escondidas. Así que por huir de tal peli- 9
gro, ella salió de la ciudad de Tyro bien proveida de navíos y gentes: en cuya compañía dice Silio Italico que vino tambien cierto caballero su natural, nombrado Barca, de quien procediéron unos Capitanes, llamados por sobrenombre Barcinos, que como verémos

mos adelante, mantuviéron muchos años despues gran-
10 des competencias entre nuestros Españoles. Añaden algunos Coronistas éste ser hijo de Barca, muger anciana que crió á Siqueo ya defunto, marido de Elisa Dido: la qual Barca tambien seguia aquel viage llena de
11 dias y de vejez. Otros Escritores mas diligentes platican el principio del tal linage Barcino por otro modo diverso, que señalarémos despues en el tercero capítu-
12 lo del tercero libro. Metidos, pues, á la mar con próspero viento llegáron á la isla de Chypre, que cae no muy léjos de Tyro, donde tomáron Sacerdotes y personas de religion, quales convenian para las cerimonias y sacrificios que las gentes usaban en las plegarias de sus ídolos: y porque junto con esto la flota llevaba falta de mugeres, Elisa Dido mandó captivar de pasada hasta ochenta mozas las que mas presto se pudiéron haber en Chypre, para que con ellas se conversase y acrescentase la generacion de su gente,
13 si en alguna parte hiciesen asiento. Desta manera prosiguiéron todos el viage, llevando sobre los mástiles de sus fustas las banderas y devisas que las otras flotas de Tyro traian, porque como fuesen á la sazon casi señores de la mar, en ningun puerto les impi-
14 diesen la llegada. Con estas diligencias, y con publicar que llevaban grueso trato de mercadería, segun que las otras gentes de Tyro y de Fenicia comunmente traian, aportáron en las riberas de Lybia, que son en Africa fronteras á la isla de Sicilia, poco mas Occidentales, y tomáron puerto cerca de donde hallamos agora la ciudad de Tunez, casi dos leguas primero que lleguen á la parte donde nuestros mareantes llaman el puerto Farina, porque como ya diximos en los treinta y nueve capítulos del primer libro, habia por allí cierto pueblo llamado Carchedon, fundado muchos años ántes que esta señora viniese, por dos Capitanes tambien Fenices de los muy antiguos, el

uno

uno llamado Zaro, y el otro Charchedon. Y puesto 15
que desde aquellos tiempos los sucesores destos an-
duviesen ya muy mezclados con los Africanos de Ly-
bia, que fuéron siempre gente guerrera, feroz y de-
nodada, tuvo crédito Elisa Dido, que vistos sus te-
soros y descubriéndoles ser ella y sus compañas de la
casta y antigüedad de los mesmos que principiáron
aquel pueblo, hallarian en Carchedon muy buen re-
cibimiento, dado que pudieran ir á otra ciudad que
tambien era de Fenices en la mesma costa de Afri-
ca, bien cerca de allí, nombrada Utica, que pocos
años ántes fué poblada por otros mareantes de la
mesma ciudad de Tyro: pero rezeláron que si toma-
sen allí puerto, los ciudadanos los tomarian presos y
los enviarian á Pigmaleon su hermano, como á se-
ñor principal de Tyro, á quien siempre los Uticen-
ses reconociéron acatamiento y veneracion. En Espa- 16
ña no quisiéron venir, porque sospechaban que muy
presto darian allí vuelta las flotas de Tyro, como lo
hiciéron á la verdad el año siguiente con propósito
de residir en ella, y ocuparla por todas las partes que
pudiesen: y si las tales flotas venian y los hallaban
acá, no podian por ninguna via escapar de ser pre-
sos. De manera que llegada Elisa Dido en esta pobla- 17
cion de Charchedon, dióse tan buena maña para ga-
nar la voluntad de sus vecinos, y fué tanto quista de
todos ellos que muy poco despues les acometió con
ruegos afectuosos, le vendiesen junto á la ciudad tan-
ta tierra para los suyos y para sí, quanta pudiesen
ocupar con un cuero de buey desollado, ofreciéndo-
les en pago desto mucha suma de oro: prometióles
tambien á los Africanos de la comarca cierto tribu-
to perpetuo; que pagarian todos los años venideros
ella con sus descendientes, porque no se lo contra-
dixesen. Parecióles en el principio á los de Carchedon 18
que debia ser algun desatino lo que esta dueña pe-

dia, pues tan poca tierra como con la piel se ocupase, no seria provechosa de nada para los Fenices de Tyro nuevamente llegados, ni podian dañar tam-
19 poco á la ciudad aunque se lo diesen. Mas como Dido todavía porfiase en su demanda, fácilmente le otorgáron la tierra que dixo, tomando por ella precio
20 de oro en cantidad. Ella como fuese prudente y sagaz, hizo buscar un cuero de buey mucho grande, y cortándolo todo en correas quanto mas delgadas fué posible, mandólas coser unas con otras, de que se hizo una correa mucho larga, con la qual rodeó un circuito de tierra bien espacioso, donde labró despues una muy buena fortaleza para se meter en ella con su gente: la qual fuerza despues fué nombrada Birsa, porque en el lenguage de los Fenices Birsa es lo mes-
21 mo que correa. Desde la fortaleza sobredicha comenzó Elisa Dido á comunicar poco á poco la ciudad de Charchedon, y derramar su poder en las provincias comarcanas, así por la tierra como por la mar: donde vino á creerse lo que muchos Historiadores escriben, quando dicen esta muger haber sido la que primero edificó la tal ciudad desde los fundamentos, y quanto á la razon del nombre de Cartago que tuvo despues, unos dicen haber sido corrompido por tiempo, y en lugar de Charchedon llamarse Cartago, puesto que los Griegos siempre la dixéron en sus escrituras el nombre primero de Carchedon: otros afirman que la mesma señora le mudó la nombradía primera, y la llamó Cartago, porque su padre se llamaba Cartago.
22 Dicen otros, que por haber ella nascido en un pueblo nombrado Carta, sujeto á Tyro, que fué la primera parte donde se halláron las pastas ó confecciones de papel para escribir, aunque diverso del que tenemos agora, cuyas hojas y pedazos llamamos
23 cartas hasta el dia de hoy. Mas como quiera que fuese, muy cierto sabemos que despues de haber Eli-

sa

sa Dido aportado en aquel pueblo, hecha ya la fortaleza de Birsa, la ciudad fué dicha Cartago: y comenzó á ser estimada de contino la magnificencia deste pueblo, tanto que por sus acrecentamientos demasiados vino á ser uno de los principales del mundo, y de los que mas pudiéron con gentes y con riquezas, y fué tiempo que sus exércitos y Capitanes poseyéron gran parte de España muchos años, como lo verémos en el proceso desta gran obra: y solo por aquella razon hacemos aquí tan particular memoria della, así en el artículo de las islas Españolas donde su gente vino por aquellos dias, como tambien en lo que despues se hallará de lo que hiciéron en España, para que sepamos desde aquí su fundacion y sus acrecentamientos, juntamente con la razon de su nombre, lo qual todo (segun dicho es) fué comenzado á hacer setenta años ántes que Rómulo acrecentase ó renovase la gran ciudad de Roma en Italia, como en el décimo capítulo pasado escribimos, conformando la cuenta destos años con los tiempos que Trogo Pompeyo sigue en sus historias, á quien todos los Coronistas dan mas crédito en este caso de que agora hablamos: en la qual edad, ó pocos años despues, sucedió la venida famosa que las Historias cuentan de los otros Fenices en Cádiz, como ya queda relatado. Dicen con esto los que com- 24
pusiéron la Corónica de España, por mandado del Señor Rey Don Alonso el Sabio, con otros algunos que la siguen, haber sido tambien por aquella sazon edificada en España la ciudad que llamamos agora Cartagena, sobre las riberas de nuestro mar Mediterráneo, por mandado desta mesma dueña que fundó la gran Cartago Africana, y que tuvo cargo de los tales edificios un esclavo suyo llamado Carton, el qual fué despues hecho libre; y porque libres en latin se dicen ingenuos, esta ciudad se nombró Carton ingenua, y

25 despues Cartagena. Pero quantos errores en aquello
tenga, presto lo verémos en los diez y siete capítulos del quarto libro, donde se dirán los años y tiempos, y la nombradía de Cartagena, hecha en España por personas y causas muy diferentes de las que nues-
26 tras Corónicas apuntan. Y por esto la dexarémos agora hasta su tiempo, y contarémos lo que hiciéron aquellos Cartagineses Africanos sobredichos por las islas Españolas, casi en los mesmos dias que los otros Fenices de Cádiz sus parientes ocupaban el Andalucía.

CAPITULO XVII.

De la ciudad y poblacion nueva que los Cartagineses Africanos hiciéron en la isla de Iviza, y del tamaño, calidad y cosas naturales, dignas de notar que por ella viéron, y por otra que llamaban los antiguos Ofiusa, cercanas ambas de España y de su juridiccion.

1 Andaban los Cartagineses Africanos tan crecidos en estos dias por mar y por tierra, que poseian en Africa provincias y ciudades asaz populosas y gran-
2 des. En el agua traian armadas muy suficientes, derramadas por diversas partes del mundo, con las quales no se podria bien contar quanta felicidad alcanzaban siempre sus cosas, y quanto se mejoraban por allí sus
3 negocios. Conociendo, pues, ellos esta su buena fortuna, propusiéron de llevar adelante, quanto mas pudiesen, los tratos de su navegacion: para la qual trabajaban de se meter en quantas islas pudiesen de nuestro mar Mediterráneo, señaladamente por las que se hacen contra las fronteras de Italia, hasta el estrecho de Gibraltar en España, porque las otras islas de Levante casi todas estaban ocupadas de Griegos, y ninguno tenia disposicion para tocarles en ellas, á causa

sa que la gente Griega fué por aquella sazon harto poderosa, con prosupuesto de no consentir entre sí naciones advenedizas: quanto mas que las tales islas del Poniente bastaban para todos los intentos destos Cartagineses, y si las alcanzasen á tener, allende los intereses crecidos de rentas y gentes que dello resultaban, tendrian tambien acogidas muchas y muy necesarias para sus navíos, donde se pudiesen amparar de las tormentas quando recrecerian, ó de qualesquier otros peligros que sucediesen: y tambien porque ganadas estas islas acá, seria muy gran aparejo para se meter en las de Levante, y acrecentar allá su poten-
cia. Con este pensamiento salian á la contina de Car- 4
tago Capitanes y grandes armadas sobre la isla de Sicilia, que caia poco mas al traves de su ciudad: lo mesmo hacian sobre Cerdeña, y sobre Córcega, y juntamente sobre las otras cercanas y pertenecientes á España, de las quales la primera donde tocáron, fué
la isla de Iviza que llamaban Ebuso. Donde despues 5
de haberla bojado ó navegado por todo su contorno, halláronla rodeada de baxíos y pizarras dañosas á los mareantes, sino fué contra la vuelta de Medio-dia, que diéron en un puerto mucho bueno, grande, hondo y abrigado: cerca del qual en un risco bien alto y bien fuerte de su ribera, fundáron una ciudad que llamáron del apellido de la mesma isla Ebuso: puesto que despues andando los tiempos le viniéron á decir Ibisa, y agora muy mas corrupto el vocablo, la llaman Iviza, que fué la primera villa de toda ella: cuya fundacion comenzó casi en el año de seiscientos y sesenta y tres años, primero que Nuestro Señor Jesu-Christo naciese, quando se contáron juntamente ciento y sesenta años despues que Elisa Dido entró en la ciudad de Cartago, y mil y quinientos ca-
bales despues de la poblacion de España. Despues de 6
aquella ciudad Ebuso, pudiéron los Cartagineses co-
no-

nocer presto la manera toda dentro de la isla: halláronla bastecida de montañas y arboledas, en especial de pinares crecidos: á cuya causa los Cosmógraphos Griegos que despues escribiéron della, la nombran en sus libros Pitiusa, que quiere decir pinosa, porque
7 Pitis en aquella lengua significa pino. Pareciólés tambien apacible y poco costosa para la conservar sin cargo de mucha gente, por ser atropada y bien compuesta, y tan pequeña que no pasaba de cinco leguas en todo su derredor, y las pizarras de los baxíos que primero tuviéron á mal en el contorno, despues fuéron tenidas á mucho bien y de gran provecho, por causa que siendo los Cartagineses señores del puerto principal, no hallarian los cosarios ó los enemigos quando por allí viniesen, acogidas ni cubiertas donde
8 se les pudiesen esconder. Sobre todo les agradó mucho la comarca, por estar dél un cabo cercana de las riberas Africanas, donde tenian ellos su naturaleza: del otro cabo caia no muy léjos de la isla de Cádiz, donde ya sabian estar avecindados muchos de aquellos Fenices de Sydon y de Tyro, parientes suyos y de su linage, por razon de haber sido Elisa Dido y los otros que viniéron con ella, de quien ellos descendian, naturales de Tyro: y estas dos islas caian tan cercanas, que desde la una hasta la otra no ponian mas jornada que tres dias de moderada navegacion, y desde lo mas cerca de España á Iviza camino solamente de un dia, conforme tambien á lo que vemos en este nuestro tiempo, donde los navegantes no tasan desde Iviza hasta el cabo de Denia, en la tierra firme de España, mas de veinte y cinco leguas, ó segun la cuenta de Plinio, tanto trecho poco mas ó ménos, quanto hallan desde Cartagena hasta Denia, que son veinte y nueve leguas justas. Conociéron eso mesmo los Cartagineses ser las marinas de Iviza muy aparejadas para la grangería de la sal, de que tiene

ne gran abundancia: la qual ellos comenzáron á la-
brar, sacando crecidos y continos intereses, como
tambien agora se hace, llevándola por diversas partes
del mundo. No halláron en ella serpiente, ni lagarto, 10
ni culebra, ni víbora, ni hasta los dias presentes al-
guno los vió por allí jamas, tanto que si de qual-
quiera otra parte le traen animal ponzoñoso, ponién-
dolo dentro se muere luego sin tardar: y si llevan
tierra desta isla para los lugares donde se crian seme-
jantes coxios, quantos en ella tocan perecen breve-
mente: por manera que la hizo Dios ponzoña con-
tra la ponzoña. Mas como la naturaleza sea de con- 11
tino maravillosa, con diversidades crecidas en sus obras,
no pasáron muchos dias que cerca destas comarcas,
descubriéron los Cartagineses otra mas pequeña, tan
llena de culebras y bestias ponzoñosas, que por ba-
xo de la tierra parecian hervir ó manar: á cuya ra-
zon ni se pudo morar, ni jamas hombre nacido tu-
vo deseo de quedar en ella. Esta llamáron los Cos- 12
mógraphos Griegos Ofiusa, que quiere decir serpen-
tina. Los Latinos despues adelante quando tuviéron 13
noticia della, la nombráron Colubraria. Segun el sitio 14
que Ptolomeo y Estrabon le señalan: algo pareceria
que debió ser aquella que decimos agora la Formente-
ra: la qual está junto con la sobredicha isla de Iviza,
desviada casi media legua de trecho, sino que no ve-
mos en ella tales animales ponzoñosos, en la multi-
tud que los libros antiguos publican de la tal Ofiusa
ó Colubraria. Tampoco quieren algunos consentir que 15
sea la Ofiusa otra isleta pequeña, que llamamos ago-
ra Dragonera, porque dado que el nombre quiera
decir en Español, casi lo mesmo que Ofiusa en Grie-
go, y Colubraria en Latin; no hallan esta Dragone-
ra cercana de Iviza, como dicen que la debieran ha-
llar para ser Ofiusa sino léjos della, junto con Ma-
llorca en un quarto de legua no mas, contra las par-
tes

tes Occidentales della, frontero del puerto que llaman Andrache, ni tiene tampoco los animales ponzoñosos que dicen: por lo qual es mucho mas cierto ser esta Ofiusa la montaña que hallamos dentro del mar, nombrada por estos dias Moncolobrer, no léjos de Peniscla, lugar bien conocido sobre las marinas pertenecientes al reyno de Valencia, nueve leguas apartado de la boca del rio Ebro, contra la vuelta del Occidente, y á doce leguas desta Peniscla se hace la sobredicha montaña de Moncolobrer, casi en el medio camino que va para Mallorca, despoblada y desierta por causa de los infinitos coxios, bestias y
16 serpientes ponzoñosas que de contino le nacen. Bien es verdad que Moncolobrer cae desviada de Iviza, y de las islas sus comarcanas mas de lo que Ptolomeo y Estrabon ponen á la Ofiusa: pero todas las otras señales restantes le pertenecen mucho, y el apellido que por agora tiene Moncolobrer, va muy semejante de la Colubraria que los Latinos pasados llamaban, de quien los Españoles recibiéron lo mas de sus vo-
17 cablos. Quanto mas que Plinio, notariamente pone la Ofiusa cerca de las riberas ó tierra continente de España, con novecientos estadios de trecho entre ella y la Pitiusa, que hacen veinte y ocho leguas Españolas, en la mesma distancia que diximos haber desde Denia hasta Cartagena, ó muy poco ménos, segun que tambien el mesmo Plinio por allí lo mide y compara.

CA-

CAPITULO XVIII.

Como la poblacion llamada Zancle, fundada por los Españoles en Sicilia los tiempos muy antiguos, perdió su primer apellido, y fué nombrada Mesana, la qual agora decimos Mecina: cuéntase mas el estado que tuviéron aquellos dias los Españoles forasteros quantos moraban en aquella tierra Siciliana.

En aquellos dias mesmos quando los Cartagine- 1
ses Africanos procuraban estos negocios en Iviza, que fué quando tambien los Griegos contaban el tiempo de la veinte y nueve Olimpiada, permanecian muchos Españoles antiguos en Sicilia, de la casta que diximos en los veinte y dos capítulos del primer libro, llamarse Sicanos, gente muy arraygada por aquella region, de los quales (pues eran Españoles naturales) conviene relatar en esta Corónica de España, los acontecimientos que dellos cuentan otras historias, así
prósperos, como siniestros. Dícese, pues, que como 2
los dias pasados algunos Griegos recien venidos en Sicilia, hubiesen tratado mal á los Españoles vecinos de Siracusa, despojándolos della, y aun de muchos lugares y tierras que poseian en aquella comarca, segun declaramos en los doce capítulos pasados: no pudiéron hacer otro tal daño, dado que lo procuráron diligentemente contra los Españoles moradores en Zancle, la que decimos agora Mecina, por estar estos recatados, y puestos en gran aviso con la persecucion de los otros, y hallarse bien reparados de muros, y de toda defensa, con que sustentaban su libertad, y competian con qualesquier otras personas que presumian aventajárseles: particularmente traian en este tiempo sobredicho pundonor grande con un tirano su

frontero, que pocos dias ántes habia sojuzgado por fuerza la poblacion de Rijoles en Italia, tan junta de Zancle, que se puede bien ver, y solamente se di-
3 viden con un brazo de mar estrechísimo. Este tirano de Rijoles, llamaban Anaxilas por nombre propio, cuyos progenitores dado que fuesen parte dellos nacidos en aquella tierra de Rijoles, eran descendientes de cierto Caballero Griego, nombrado Alcydame, na-
4 tural de Mesana, ciudad antigua de la Morea. Los vecinos desta Mesana y su comarca traxéron veinte años continos guerra cruel con otra gente muy poderosa, tambien de Grecia, que se decian los Lacedemonios, y fuéron dellos vencidos tantas veces, y tan mal tratados en todas estas victorias, que no pudiendo resistir á tan recios adversarios, tomáron navíos, y desampar áron aquella tierra con sus mugeres y hijos, y con todas las alhajas que pudiéron llevar, determinándose todos de buscar nueva region en que vivie-
5 sen. Tomáron por Capitanes en aquella huida dos Caballeros sus naturales, nombrados el uno Gorgas, y el otro Manticlo, con los quales aquel Anaxilas tirano de Rijoles, en sabiendo su salida de la Morea, comenzó de tratar alianzas y ligas contra los Españoles de Zancle sus enemigos fronteros: en la qual ciudad no solamente no podia hallar entrada para la tiranizar, pero sus vecinos Españoles intentaban de libertar á los de Rijoles, y sacarlos de la servidumbre
6 que padecian. Venidos, pues, en concordia los Griegos huidos con Anaxilas tirano, abrióse luego la guerra manifiesta contra los Españoles de Zancle, cruel y sangrienta, sin tener acuerdo, ni respecto, que tambien dentro de Zancle residia generacion de Griegos, á quien los progenitores destos Españoles habian recebido consigo muchos años ántes, quando viniéron allí Cratamenes y Perioro, como lo señalamos en el
7 vigésimo segundo capítulo del primer libro. Llegadas

á

á las manos aquellas gentes, fuéron vencidos los Españoles en un recuentro sobre mar, con ventaja muy crecida de navíos y pertrechos, que sus adversarios les tuviéron; y viéndose destrozados en aquel principio, tornáron á su ciudad, y defendíanla quanto mejor podian, haciendo saltos y buenos acometimientos contra la gente de fuera; pero continuamente hallaban á sus enemigos tan apercebidos y mejorados con emboscadas, y con otras astucias de guerra, que siempre lleváron lo mejor, y los ciudadanos Españoles quanto mas perseveraban en la pendencia, tanto
mas iban de vencida. De manera, que fatigados y 8
perdidosos, procuráron de consultar las adevinanzas, y los oráculos de sus ídolos ó demonios, como toda la gentilidad en aquel tiempo lo tenia de costumbre, para ver si podrian alcanzar qué fin tendrian estas competencias y guerra cruel que se les hacia: señaladamente requiriéron una supersticion á quien toda la gente Siciliana solia poner gran certinidad y gran
fe, la qual era desta suerte. Un monte famoso de Si- 9
cilia, nombrado por este nuestro tiempo Mongebello, que significa monte hermoso, por lo ser en las frescuras y provechos que tiene sobre sus vertientes y collados, á quien los antiguos por otro nombre llamaban Etna, solia lanzar de sí muchas veces por una boca, sobre lo mas alto de su cumbre, fuegos y centellas con piedras cocidas que se derramaban á diversas partes; aquellos encendimientos hacian gran daño quando salian demasiados, en los pueblos y tierras comarcanas, y puesto que no fuesen continos, á lo ménos nunca cesaban de salir por aquella boca vapores y humos espesos, mezclados con piedras pomez y carbones, y con otras horruras de semejante cali-
dad. En esta boca, quando los agoreros querian saber 10
alguna cosa que les cumpliese, lanzaban dineros y joyas de qualquiera metal, quanto mas precioso lo ha-

llaban, y aun algunas veces echaban ovejas y vacas,
11 y cabras enteras, á manera de sacrificio. Si lo tal quedaba dentro, teníanlo por buena señal, y creian que sucederia bien aquel negocio de quien consultaban, pero si los vapores ó fuegos ó humo lo despedian contra la parte de fuera, no les quedaba buena esperanza sobre la cosa que procuraban, como se hizo tambien esta vez á los Españoles de Zancle, que despacháron secretamente sus mensageros al monte sobredicho con el mejor aparejo que tenian, y todo quanto metiéron en aquella boca, se les tornó contra fuera, dado que muchas veces porfiáron en ver si lo
12 queria recebir. Así que desconfiados con esta mala señal, acordáron de negociar alguna buena convenencia con sus enemigos, y para lo hacer, tomáron plática de ciertos Italianos ladrones y salteadores, llamados los Opicos, que se juntáron en esta guerra, como hacen continuamente los tales, quando semejantes revueltas acontecen, y por via dellos asentáron capitulaciones y firmezas provechosas á toda parte, juradas con muy gran solemnidad y cerimonia, dado
13 que muy pocos los guardáron despues. Historias hallo yo, que dicen los vecinos de la ciudad, haberse confiado de los tales Opicos Italianos, para tenerlos en su favor contra los de fuera, y que despues aquellos mesmos los vendiéron, sin curar de mas convenien-
14 cias. Como quiera que sea, los Griegos Mesenios fuéron recebidos en Zancle para morar en ella, con los otros vecinos antiguos, por cuya causa la ciudad perdió su primer apellido de Zancle, y se comenzó de nombrar Mesana hasta nuestros dias, en que trocadas pocas letras, le decimos Mecina, situada sobre la punta Septentrional, de tres que hacen toda la isla
15 donde se llega junto con Italia. Mas es de notar, que ninguno de quantos Griegos viniéron á Sicilia por diversos tiempos, conservó tan pocos años lo que tu-
vié-

viéron ganado como fuéron estos Mesenios, porque despues llegáron otras dos gentes de Grecia, llamados los unos Milesios y los otros Samios, que los despojáron quanto poseian en aquella ciudad, puesto que retuvo siempre la nombradía de Mesana. Desde allí 16
con estas entradas que los Griegos abrian en Sicilia continamente, comenzáron á venir otras muchas gentes en ella, donde la sucesion, y la casta de los Españoles Sículos y Sicanos, quantos por allí solian morar, afligidos de tantas y tan continas pendencias, imitando lo que hiciéron estos de Zancle, venidos en treguas con los extrangeros, así Griegos como Bárbaros, particularmente los moradores de la marina, se mezcláron con ellos, y tomáron sus trages y sus leyes, habla, letras y manera de vivir, haciéndose casi todos una gente, sin que de lo pasado de España quedase ventaja ni preeminencia sobre los otros advenedizos, mas del apellido de la tierra, que por causa de los Españoles Sicanos y Sículos sus moradores antiguos, fué siempre dicha Sicilia, y se dice hasta nuestro siglo. Conserváronse tambien algunos lugares pequeños 17
de los muy alejados y metidos en la isla, que retuviéron algo del estilo viejo, y costumbres españolas de sus antepasados y progenitores, entre las quales la pequeña villa de Murgancio fué muy señalada por haber sostenido su reputacion y dignidad mucho mas tiempo que ninguna de quantas los Españoles allí fundáron. Tal fué la conclusion de todas estas revueltas: 18
y pues en el hecho de Sicilia no tenemos al presente negocio mas particular que nos toque, será bien tornar á decir lo que sucedió por las islas de Mallorca y de Menorca, despues que la gran Cartago hizo la primera poblacion en Iviza, que ya dexamos declarada.

CA-

CAPITULO XIX.

Como los Cartagineses Africanos desde Ibiza pasáron á las islas que dicen agora Mallorca y Menorca, las quales navegadas por el derredor, conociéron todo lo que tenian, así de la condicion y manera de sus moradores, como los nombres que las llamaban en aquellos dias diversos de los que tienen agora.

1 Asentadas las cosas en la ciudad de Ibiza, y ordenada su república quanto mejor fué posible, conforme á las costumbres y leyes Cartaginesas, dexáron los Cartagineses en ella, y en las otras isletas comar-
2 canas, gente bastante para su vecindad. Todos los otros navíos y flotas pasáron brevemente sobre la isla de Mallorca, que cae no tan dentro de la mar, y mucho mas cerca de España, dividida de Ibiza contra la parte Septentrional de Levante, poco ménos de sesenta millas antiguas, que hacen quince leguas de las nuestras, ó segun otros miden, apartada de España, como ya dixe, tanto trecho de mar, quanta viene de tierra entre Denia y Cartagena, ó entre Ibiza
3 y las riberas mas cercanas á ella de España. Luego despues diéron en la de Menorca, que tambien junta con la otra, desviada solamente della treinta millas de mar,
4 ó siete leguas españolas, poco mas. Y como los Cartagineses hubiéron de todo punto bojado las dos islas por su contorno, midiéron en la mayor casi treinta y seis leguas de vuelta, que por la mesma cuenta hacen poco mas de ciento y quarenta millas antiguas, de las quales en la menor halláron solas
millas. Pero dado que los tamaños discrepan estas dos tierras, en todo lo demas pareciéron muy semejantes, así por estar rodeadas de buenos puertos y muchos,

chos, como por sus frutos y fertilidad, y por todas
las otras calidades de la tierra, donde viéron abundancia de fuentes y pastos y ganados, y muchos animales monteses, con que recompensaban la falta de qualquiera otra grangería que tuviesen á la sazon: la qual si faltaba, conociéron claro no ser por defecto de la tierra, ni de su buena disposicion, sino por faltar aquellos dias industria de la gente que la moraba.
Donde parece que de tantos años acá, ni los tiem- 5
pos ni la mar han destruido ni gastado cosa del sitio, ni ser general en estas dos islas, pues quanto á su medida las hallamos agora del mesmo tamaño, y quanto á las calidades de la tierra, tambien es lo mes-
mo que los Cartagineses allí viéron. Solo discrepa en 6
lo de nuestros dias en la buena manera de vivir que los moradores dellas tienen, y en sus ciudades y villas que son muchas y buenas, y muy pobladas de gente virtuosa: y en aquel tiempo, como ya diximos en otra parte, no se puede pensar quán salvages eran, y quán brutos, y quán fuera de razon, sin tener pueblos entre sí, ni compañía razonable los unos con los otros, ni cosa que (sacando la figura y parecer)
fuese de personas humanas. A todo cabo vivian der- 7
ramados en chozas y cuevas donde se metian: sino fuesen algunos mas ataviados y polidos, que tenian cabañas hechas de ramos y céspedes, cubiertas con juncos ó con yerbas, ó con otros abrigos que ha-
llaban á la mano. Todos andaban desnudos sin traer 8
cobertura sobre sí, ni saber qué cosa fuese: la qual costumbre les duró despues muchos años, á cuya causa los Cosmógraphos Griegos que destas islas habláron, las llaman en sus libros Gynesias, porque
Gynon en su lengua, significa cosa desnuda. Destos 9
Mallorquines prendiéron algunos los Cartagineses en llegando, para reconocer el estado de la tierra, con sus maneras y condiciones: y de los tales presos supié-

piéron entre otras cosas, que cada qual de las islas tenia su nombre particular, y que la mayor se llamaba
10 Clumba, y la menor Nura. Reconociéron tambien ser los naturales dellas, gente pacífica de su natural, puesto que diversas veces, quando de los unos á los otros sucedian enojos y discordias, se hacian mucho daño, peleando con piedras furiosamente, las quales ellos tiraban á hondazos, y las arrojaban tan ciertas adonde querian, que no daban en cosa que no despedazasen
11 por dura que fuese. Hacíanlo con tales destrezas, y con tanta costumbre, que desde pequeños en teniendo mediana fuerza, no traian otros exercicios; y sus madres al tiempo que los criaban, levantaban en un madero la vianda que tenian para comer, y hasta que con la honda la derrocase, no se la daban. Donde
12 vino, que los mesmos Cosmógraphos Griegos arriba dichos, solian por otro nombre llamarlos Baleares á ellos y á sus islas, porque Ballin en aquella lengua, quiere decir arrojar, ó segun otros escriben, por causa del Capitan Ballo que murió dentro dellas, quando Hércules vino en España, como en el primer libro
13 queda dicho. Muchos Autores y muy buenos afirman, que los tales Cartagineses Africanos fuéron los primeros pobladores destas islas Mallorca y Menorca, quando viniéron aquella vez en ellas: otros porfian, que fuéron los Fenices de Sydon y de Tyro ántes que morasen en Cádiz, al tiempo que diximos haber se-
14 ñoreado la mar. Y muévense para lo certificar, que hallan en los libros antiguos ser estos Fenices los primeros que texiéron hondas para tirar piedras con ellas; y sospechan que si los Mallorquines Españoles tuviéron en ello tal habilidad qual habemos dicho, seria
15 por haberlo tomado de los Fenices. Mas á la verdad, mucho primero que los unos y los otros acá viniesen, habia poblacion en ambas islas. Y ciertamente si los Fenices de Sydon y de Tyro, ó tambien los Fenices Afri-

Africanos de Cartago tuviéron algun tiempo manera de tirar con las hondas, lo tomáron destos Mallorquines, despues que con ellos contrataban, y discrepáron en todas sus condiciones restantes, no conformándose jamas en cosa donde pareciesen una casta, ni quanto al estilo de vivir de Fenicia, ni quanto á
las costumbres que los Mallorquines usaban. Pero des- 16
ta primera poblacion suya, lo mejor y lo mas cierto, ya lo declaramos en el treceno capítulo del primer
libro. Las costumbres antiguas de toda su gente, pres- 17
to se dirán adelante por el noveno capítulo del tercero, y en algunas otras partes de nuestra relacion, y muy mas en particular, quando trataremos los tiempos y las guerras, que cierto Capitan Romano llamado Metelo Baleárico, pasó con ellos: y lo que deste lugar faltare, quedará para se decir en la postrera parte de toda la Corónica, quando, con el ayuda de nuestro Señor Dios, llegaremos á decir las hazañas famosas del Serenísimo Rey Don Jayme de Aragon, donde se contará mas de propósito la faccion destas islas, y toda su postura, con las villas y ciudades que tienen hoy dia: declarando juntamente las distancias de las unas poblaciones á las otras, sin dexar cosa por escrebir de quanto les pertenezca.

CAPITULO XX.

Como despues de recorridas las islas de Mallorca y de Menorca por dentro de la tierra, quisieran los Cartagineses saltar en lo firme de España contra la parte de Monvedre. Cuéntase tambien los impedimentos que por el presente tuviéron en ello.

Luego que los navíos y Capitanes Cartagineses 1
hubiéron rodeado las islas de Mallorca y de Menorca por defuera, deseáron saber cumplidamente los pasos

y calidad de la tierra por mas adentro, pues en lo de las riberas estaban satisfechos: para lo qual halláron algunos mancebos ligeros y desenvueltos, que movidos por intereses y precios que les prometiéron, se determináron á penetrar, y pasarlas ambas del un cabo al otro con guias, que para tal fin procuráron, amansando tambien algunos naturales, que por la ri-
2 bera les viniéron á las manos. En el qual viage dicen, que se halló por lo largo de la mayor isla quarenta y cinco ó cincuenta millas antiguas, que hacen casi doce leguas nuestras españolas, en el ancho siete leguas déstas, ó veinte y ocho millas de las sobre-
3 dichas. En la menor halláron solas . . . . . . millas á lo largo, con algo ménos de otras tantas á lo ancho, que parece casi la medida mesma que tambien
4 agora vemos en ellas. Pero los Cartagineses que por estos dias anduviéron allí, quedáron tan escarmentados de sus atrevimientos, y se viéron tantas veces en afrentas y peligros, y traxéron tan ásperas nuevas de la ferocidad que hallaban en aquella gente, que muchos años despues nadie quiso tornar á probarlo, ni meterse por la tierra, ni procurar de saber otra cosa della mas de lo que por la ribera descubrian, en la qual hiciéron algunas palizadas y torrejones á manera de atalayas sobre los puertos y estancias que mejor les pareciéron, principalmente contra la vuelta de Septentrion, que cae frontero de las riberas Españolas, en el derecho de la costa que viene desde Tarragona hasta Valencia, donde por esta sazon entre los pueblos que moraban allí, fué lo mas principal la ciudad de Sagunto, que dicen agora Monvedre, poco desviada de la mar, y muy bastecida de mantenimientos y riquezas, y sobretodo muy llena de vecinos Españoles, puestos en humanidad y razon, que se regian por leyes y costumbres loables, conformes á las de los Griegos que fuéron sus primeros pobladores, quando

do se mezcláron con los naturales desta provincia, como ya lo diximos en el primer libro. Con estos 5
quisieran mucho los Cartagineses travar alguna comunicacion, para reconocer la manera de los Españoles que por allí moraban, y si pudiesen trabajar en hacer con ellos algun asiento: porque ya todas las naciones tratantes tenian informacion de la fertilidad y de las muchas riquezas y mineros que poseian los Españoles, y sabian el poco daño que los naturales hacian á quien se quisiese meter en ella, no lo llevando con rigor ó con asperezas ni demasías. Y ver- 6
daderamente si los Cartagineses á la sazon procuraran esto por qualquiera otra region Española, mucho pudieran hacer aquella vez. Mas como sobre la parte 7
donde lo tentáron viviesen aquellos Saguntinos de Monvedre, y los tales fuesen hombres discretos, reputados por principales en toda su comarca, no halláron ellos buena voluntad, ni buen acogimiento para cosa de lo que quisieran, puesto que mucho tiempo gastáron en porfiarlo, procurando su comunicacion con dádivas continas, y con promesas y con ofrecimientos, y con todas las otras dulzuras posibles, así de parte de sus flotas, como de la mesma ciudad de Cartago, que diversas veces les acometió confederaciones y ligas. A lo qual respondian los de Mon- 8
vedre cortesmente con grandes disimulaciones, no consintiendo, ni tampoco dexando la tal amistad, pero rehuyendo secretamente quanto podian que las armadas Cartaginesas tocasen por aquella comarca donde moraban ellos, como gentes fundadas en conservar su libertad, y que claro conocian si Cartago por allí se metiese, que presto lo ganaria todo, segun que sus parientes los Fenices de Sydon y de Tyro hiciéron en Cádiz, y lo hacian aquellos dias entre los Andaluces. Y siendo lo tal así, no quedarian los de Mon- 9
vedre seguros, ni tendrian la reputacion del buen es-

tado que poseian al presente: porque siempre quanto
á este caso, la vecindad de los muy poderosos, es
10 perjudicial á los que no lo son tanto. Viendo los Car-
tagineses el mal aparejo que por allí tenian, sobre-
seyéron algunos años en el negocio, puesto que no
sin mucho sentimiento de los que secretamente lo
11 contradecian. En conclusion fué necesario dexar de to-
do punto la tal demanda; porque pasados todos es-
tos tiempos, los Africanos de las comarcas vecinos
á la gran Cartago, se reveláron contra ella con gran
número de gente para la destruir, y convino que sus
flotas y sus armadas viniesen á lo remediar, desam-
parando qualesquier negocios que por otras partes tu-
12 viesen, aunque fuesen muy importantes. Junto con
esto creció dentro de la mesma ciudad Cartaginesa
gran division en parcialidades y bandos, que les gas-
13 taban muchas gentes. Sobre todos estos males acu-
dió tan cruel pestilencia, y duró tan largos dias, que
ni hallaban quien remediase las cosas de la ciudad, ni
las flotas de la mar, ni las islas de España nuevamen-
te ganadas, ni mirase por la conservacion de quanto
14 dexaban adquerido. Muchas veces fatigados estos Car-
tagineses de tales adversidades quantas en aquella su
ciudad sobrevenian, la quisieran desamparar ó dexar
solitaria, determinados á buscar otras tierras, donde
nuevamente viviesen, creyendo que la mala conste-
lacion, ó la mala fortuna del suelo fuese causa de to-
do, y que los dioses á quien ellos adoraban, no tenian
á bien la morada que por allí se hizo, pues tan abier-
tamente la perseguian con tantas fatigas y tan juntas.
15 Pero como los demonios reynasen absolutos en aquel
tiempo de la gentilidad, y su mayor inclinacion sea
tener apercebimiento para hacer contra los hombres
el daño que puedan cada quando que hallasen oca-
sion, vista la desconfianza que los Cartagineses mos-
traban, pusiéron imaginacion á los ministros y sacer-
do-

dótes de sus ídolos, que sacrificasen algunos niños ó mancebos los mas hermosos que hallasen, afirmándoles, que con la sangre de los tales aplacarian el enojo de los dioses, y cesarian las pestilencias, y todas las otras adversidades: lo qual se puso luego por obra, y quedó muchos siglos entre los Cartagineses aquella costumbre cruel, de sacar y derramar sangre de los cuerpos humanos, y aun matarlos tambien, para satisfacer á sus demonios. La qual usanza pestilencial 16
imitó despues la gente Siciliana, pareciéndoles ser la mayor devocion que podian hacer: y muchos años adelante hubo tambien algunos Españoles que hiciéron acá lo mesmo, tomándolo de los Cartagineses, quando pasáron despues en España, como los capítulos y libros venideros contarán y señalarán muchas veces. Hacemos aquí memoria dello, y del principio 17
que tuvo, pues en el siglo pasado cupo gran parte desta superstición á nuestros antecesores Españoles, y tambien porque los lectores entiendan quán legítimas ocupaciones tuvo la república de Cartago para desistir en aquel tiempo de sus entradas y conquistas Españolas, y del acometimiento que hacian por aquellas islas de su contorno, sino fuese la de Iviza, que por ser pequeña, le pusiéron defensas y guardas bastantes á conservar y sostener su provechosa disposicion y buena gracia.

CAPITULO XXI.

Como los Andaluces comarcanos al estrecho de Gibraltar en el mar Océano, tomáron por Gobernador de su jurisdicion un Español nombrado Argantonio: y de las cosas que los Escritores auténticos dél, hablan en los principios de su gobernacion.

En todos aquellos tiempos que las cosas ya di- 1
chas pasaban y sucedian, los Fenices de Sydon y de Ty-

Tyro con los otros vecinos de Cádiz sus aliados, estaban en el Andalucía pacíficos, y mucho prósperos, poseedores absolutos de todo lo precioso que por allí se criaba, sin venirles impedimento ni daño que les vedase llevar sus propósitos adelante, puesto que ya comenzaban algunas gentes comarcanas á rezelarse dellos, por sentir la falta de muchos hombres que cada dia desaparecian, y se hallaban ménos, á quien estos Fenices encubiertamente prendian, y pasaban en otras regiones, para los vender por esclavos entre las
2 mercaderías que por allá traian. Hallaban tambien otros
3 muertos en asechanzas por los despoblados. En tal modo, que vista la murmuracion y rumor de las personas que lo notaban, y que ya por algunos lugares no los recibian con la buena voluntad acostumbrada; los Fenices andaban armados, y juntos en quadrillas, quando salian algun trecho fuera de su ciudad: y para dar temor á los Andaluces, se llegaban diversas veces, y hacian alardes y muestras de resistencia, si por caso fuese menester, mas no para que publicasen á lo claro querer usurpar la tierra ni turbarla, sino vivir en ella si los dexasen, acompañando sus naturales pacíficamente, dado que, como digo, los pensamientos y
4 las obras encubiertas procedian muy al contrario. Las quales obras como de contino fuesen adelante, perseverando muchos años en ellas sin resistencia de nadie, creció con la prosperidad la soberbia, y poco faltaba ya para que no se hiciesen públicos los desafueros que solian obrar ocultos: y finalmente se desvergonzaran en ellos á la clara, si por aquel intervalo de tiempo, quando las cosas así pasaban, los vecinos de Tarifa y sus confines no recibieran entre sí, como por Capitan y Gobernador un Español su natural, nombrado Argantonio, persona de suficiente conocimiento, provision y bondad en toda cosa, quanto tales
5 gentes y tal siglo podian tener. Esto fué casi en el año

año de seiscientos y veinte y dos ante del nacimiento de nuestro Señor Jesu-Christo. Y puesto que las his- 6
torias antiguas no hagan dél muy extendida relacion, confiesan haber sido varon prudente, y tan obedecido de todos aquellos sus vecinos, nombrados despues los Españoles Tartesios, que muchos Coronistas le llaman Rey dellos: los quales afirman que comenzó de regir habiendo cincuenta años de su edad, ó segun otros dicen, sesenta: y que permaneció por allí con esta dignidad ó preeminencia, largos ochenta años. De manera que segun buena cuenta, vivió ciento y treinta años, ó ciento y quarenta: puesto que Anacreon poeta dice, que vivió ciento y cincuenta: por lo qual hacen memoria dél muchas Corónicas antiguas entre las personas de larga vida.

Hallo yo tambien escrituras, que dicen haber te- 7
nido señorío dentro de Cádiz, y gobernado parte de las riberas del Andalucía sus fronteras, y mas las otras
isletas comarcanas que solian estar por allí. Pero creo 8
que no serian todos los de Cádiz aquellos que le reconociesen obediencia, pues los Fenices arriba dichos, allende de lo que poseian en el Andalucía, tenian ocupado lo mejor de la tal isla, y estaban tan aventajados en sus negocios, que nadie les pudiera perjudicar tan de súpito, ni tan en lleno, ni sacarles de todo punto cosa tan importante como les era Cádiz: mayormente, que las historias no relatan hazañas que contra ellos Argantonio tentase, ni cosa que dellos á él aconteciese: ni quanto á esto sabemos mas, de que
cotejando los tiempos en que todo lo sobredicho pa- 9
saba, vienen á concurrir los años deste Argantonio, con las tiranías que los Fenices comenzaban en el Andalucía. Y es de notar en este caso, que como quiera que los Fenices tuviesen junto con Tarifa, casa fuerte para recogimiento de sus contrataciones y depósitos en aquella parte donde fué los años ántes el templo vie-

viejo del dios Hércules, segun ya contamos en el noveno capítulo pasado, no parece que los Fenices bastáron á desbaratar ó vedar desde allí la mudanza de los tales Españoles, ó no quisiéron tentarlo, por no los alterar mas de lo que comenzaban ellos á turbarse; y así quedó todo por disimulacion de los unos á los otros, sin haber algun bullicio, ni trueco, de que las historias hagan memoria.

CAPITULO XXII.

De las grandes ayudas que los Fenices de Cádiz y del Andalucía sacáron en España, para socorrer la Ciudad de Tyro en Suria, contra cierto Príncipe de Babilonia, llamado Nebucadnecer ó Nabucodonosor, que la tenia cercada: y como pasados pocos dias, este Príncipe vino contra los Españoles, y los Andaluces lo hiciéron salir de toda la tierra y sus comarcas.

1 Gran ocasion pudo ser el regimiento de aquel buen Gobernador Argantonio, para que (como dixe) los Fenices no se desmesurasen contra los Andaluces, en tiranizarlos abiertamente, por lo ménos en aque-
2 lla provincia de los Tartesios donde moraba. Y es manifiesta señal desto, que como no sabemos hazañas dél contra ellos, así tampoco hallamos en las historias desafuero ni demasía pública, que dende á muchos años estos Fenices hiciesen, sino el robo secreto de la otra tierra, con los hurtos escondidos de gente que contino sacaban della, para vender en otras
3 regiones fuera de España. Lo qual bien mirado, no podia ser tan limitado, que no cupiese mucha parte destos daños á los Tartesios ya dichos, aunque gran diligencia traxesen en la guarda, por ser las provincias muy cercanas y conjuntas, y muy pequeñas tierras

ras las unas y las otras, para sufrir tanto mal y tan
contino. Mas como digo, todavía remediaria mucho 4
la buena provision deste Argantonio, siendo tan astu-
to, quanto lo hacen todos. Pero lo que mas princi- 5
palmente detuvo largos años los negocios en este ser,
fué, que durando la disimulacion de los unos á los
otros, andando los tiempos y los hechos por su cur-
so, muchos dias ántes que las cosas viniesen á rom-
pimiento, los Fenices tuviéron informacion traida por
ciertos mareantes extrangeros, que certificáron estar
cercada la ciudad de Tyro allá en Fenicia, por un Ca-
pitan Caldeo, Príncipe de Babilonia, llamado Nebu-
cadnecer, á quien muchas historias corruptamente
suelen decir Nabucodonosor. Este le daba terribles 6
combates por la mar, con exércitos y con armadas
muy gruesas y muy porfiadas que le puso, casi en
el año de quinientos y ochenta y ocho, ó diez años
mas como lo cuentan otros, ántes del advenimiento
de Nuestro Señor Dios. Y dado que los Fenices de 7
Cádiz y del Andalucía permaneciesen acá muy avecin-
dados, hechos ya como naturales en España, sin te-
ner asientos en Tyro ni Sydon, ni por otra parte de
Fenicia, sino solamente sus inteligencias de mercade-
rías, todavía reconocian por madre y cimiento de sus
linages aquellas dos ciudades, y principalmente la de
Tyro: á la qual enviaban contino todas sus primicias,
y mucha parte de sus provechos. Casi luego vino tam- 8
bien á Cádiz mensage particular de la mesma ciudad,
haciéndoles saber lo que pasaba, rogándoles como á
hijos suyos, de quien mucho se preciaban, que con
quanta diligencia fuese posible les enviasen ayuda. Lo 9
mesmo se dice que hiciéron á la gran Cartago de
Africa y á Utica, y á otras poblaciones por el mun-
do que procediéron de Tyro. Así que vista la tal 10
mensagería, los Fenices del Andalucía se congregá-
ron con algunos Andaluces, y armáron dellos una

buena cantidad con Capitanes y bastimentos que fué-
11 ron allá prestamente. Llegados, entráron en el puer-
to por medio de las flotas contrarias, peleando con
ellos á toda parte mucho como debian, y pusiéron
á los ciudadanos tal esfuerzo, que Nebucadnecer es-
taba muy enojado de ver la resistencia que sus exér-
citos hallaban en este pueblo, mucho mayor que por
otro ninguno de las tierras sus comarcanas, las qua-
les él habia ya señoreado todas, y ganado muchas
otras ciudades no ménos poderosas y magníficas que
la de Tyro, señaladamente la ciudad de Jerusalen que
cae cerca della, donde cobró grandes tesoros y ri-
12 quezas. Pero las ayudas Españolas que los de Cádiz
enviaban, despues destas primeras, venian á Tyro tan
continas, y tan armadas y tan proveidas de todo lo
necesario, que así por ellas, como por las de Car-
tago y de Utica, que siempre tambien acudian, el
cerco duró poco ménos de quatro años, en que pa-
sáron muchas afrentas, y muchas mas pasaran sino que
en fin deste tiempo supo Nebucadnecer, como toda
la tierra de Egypto con parte de las gentes Africanas
13 se movian contra él. Por manera que levantó su cer-
co de sobre Tyro, que tanto le embarazaba: y con
aquella levantada los Españoles quantos á Tyro defen-
dian, quedáron libres de los trabajos sobredichos, y
tornáron á sus tierras bien satisfechos de las buenas
14 obras y regradecimientos que por allí les hiciéron. Des-
de allí comenzó Nebucadnecer la conquista de Egypto
mucho cruel y sangrienta, donde se detuvo mas tiem-
po de lo que quisiera, por ser en aquellos dias esta
15 gente Egypciana poderosa y guerrera. Mas en fin, des-
pues de haber asolado la tierra y muerto gran copia
de gentes, sojuzgó la mayor parte dellos, y luego
siguió sus victorias por Africa, y por las otras pro-
vincias de Berbería con increible prosperidad, tanto
que muy pocas dellas faltáron que no le reconocie-
sen

sen obediencia, ó no quedasen puestas en su confederacion. Despues acordándose de las ayudas Españo- 16
las que viniéron á Tyro quando la tenia cercada, sabida la noticia de los que las enviáron, y del estado de España y de sus provincias, pasó desde aquellas tierras en ella con todos sus exércitos y navíos casi en el año de quinientos y ochenta y dos, ó segun otros cuentan, y no creo que mal, quinientos y noventa y tres ánte del advenimiento de Nuestro
Señor Dios. Fué su desembarcamiento sobre las pun- 17
tas postreras de los montes Pyreneos, desde los quales comenzó de mover contra la vuelta del Occidente, llevando sus exércitos por mar y por tierra, destruyendo y abrasando quanto hallaba por el campo, y aun los lugares fortalecidos y cercados que le cayéron en el camino, tuviéron mucho trabajo para se le defender, segun eran grandes sus acometimientos: bien así como los otros años pasados huvo hecho Taraco el de Etiopia, quando rompió forzosamente por acá la jornada que diximos en el trezeno y catorceno capítulos deste libro: solamente se diferenciáron, en que Nebucadnecer algunas veces se metió mas dentro de la tierra que el otro, y pasó tan adelante que llegó del otro lado del estrecho de Gibraltar, donde comenzó de robar el Andalucía, combatiendo las estancias, y puertos y fuerzas que los Fenices allí tenian, con tanta furia y pujanza, que á los Fenices convino apellidar las gentes comarcanas y darles armas y atavíos, con otras cosas á que sintiéron ser aficionados, para que movidos con esto, y declarados los daños que Nebucadnecer y sus Caldeos hacian, vinie-
sen á la defension de sus provincias. A lo qual salié- 18
ron los Andaluces alegremente con gran multitud de combatientes: y de creer es que juntamente con ellos saldria tambien Argantonio, para tal necesidad con sus allegados y súbditos, pues en este tiempo sabe-

mos cierto ser hombre principal y poderoso, tal, que tenia mando soberano por mucha parte desta region.

19 Y aunque todos ellos á la verdad padeciesen por aquellos dias gran falta de concierto para la disciplina militar, mostráronse tales con los enemigos, que Nebucadnecer viendo que el debate seria largo, y que si por acá se detenia, segun era tierra desviada, perderia con su ausencia muchas otras empresas mas importantes en las partes Orientales, donde tenia su principal estado, salió del Andalucía con infinito robo de tesoros, y captivos y de joyas riquísimas que pudo tomar en aquella caminada, dexando muy amenazados á toda la nacion destos Fenices para los castigar adelante, así á los que residian acá, como á sus progenitores los vecinos de Sydon y de Tyro, que le caian en Fenicia mas cercanos á su principado, con quien ya los años ántes habia comenzado la guerra.

20 Dos Príncipes ó caudillos de Babylonia hallo yo por las historias, llamados ambos Nebucadneceres ó Nabucodonosores, muy estimados y notables varones, que convienen aquí ser declarados, porque si acaso leyeren sus hazañas en otras escrituras, entienda nuestra gente quál dellos fué aquel con quien los Espa-
21 ñoles pasáron estas afrentas. El primero Nebucadnecer, tuvo grandes competencias mucho tiempo con un Rey Egypciano llamado Necaon, ó Neco segun otros le nombran: las quales duráron hasta que Nebucadnecer lo venció en una terrible batalla cerca del rio Eufrates, y pocos años adelante dió vuelta sobre la tierra de los Judíos, y cercó á un Rey de Jerusalen llamado Jehoyakin Eliachin: al qual puso en tal aprieto, que le convino hacerse su vasallo y tributa-
22 rio. Pero como despues este Jehoyakin Eliachin tratase confederacion con aquel Necaon Rey de Egypto, competidor y contrario de Nebucadnecer, creyendo que con su favor podria librarse de la sujecion y del

del tributo que pagaba: los Caldeos tornáron sobre
Judea, y tomáron á Jerusalen, y matáron al Rey Je-
hoyakin Eliachin, y á todos los principales Judíos de
su reyno, que no dexáron dellos sino un hermano
deste Rey muerto, nombrado Sedechias, á quien los
Judíos en su lengua llaman Zidkya, y á un hijo suyo
mancebo nombrado Jeconías, que por sobrenombre
decian tambien Jehoyachin Neri: al qual mancebo dió
Nebucadnecer toda la tierra del Rey Jehoyakin Elia-
chin su padre: puesto que pasando poco tiempo se
la quitó, y lo llevó preso á Babylonia por la poca
seguridad que dél tuvo, traspasando el señorío en Se-
dechias ó Zidkya su tio. No mucho despues sobrevi- 23
niéron á Nebucadnecer dolencias gravísimas, que le
duráron largos años, y por ellas redundáron alboro-
tos y mudanzas en algunas de las tierras sujetas á su
principado. Pero la mudanza mas notoria de todas 24
fué la del Rey Sedechias en Jerusalen, el qual trató
luego confederaciones nuevas con los Egypcianos en
perjuicio de los Caldeos, creyendo que con el impe-
dimento de Nebucadnecer, faltaban las fuerzas todas
en aquella gente Caldea. Mas no fué como lo creian, 25
porque ya en su lugar estaba un su hijo primogéni-
to llamado tambien Nebucadnecer, segundo deste nom-
bre, que fué de quien principalmente hablamos en
este capítulo. Su padre pocos años ántes que lo tal 26
aconteciese, le tenia dado la mejor parte de sus exér-
citos: y puesto que fuese mancebo, lo señaló por Ca-
pitan General contra las fronteras de Egypto y de Su-
ria, traspasándole la gobernacion y los títulos de to-
do lo que por allí poseia. Este mancebo Nebucadne- 27
cer salió muy mas valeroso que su padre: y luego
en sabiendo lo que pasaba, vino contra los Judíos,
y puso cerco sobre Jerusalen, y la tomó, y asoló, y
abrasó el templo de Salomon por los cimientos, que
á la sazon era uno de los estimados edificios de aque-
llas

28 llas tierras. Al Rey Sedechias envióla preso sacados
los ojos á Babylonia, con toda la gente Judaica, que
moraba por los mejores pueblos del reyno, habien-
do primero vencido en gran batalla á un Rey de Egyp-
to llamado Samete, sucesor del otro Necaon, que
su padre primero venció cerca del rio Eufrates: el
qual Samete venia en socorro de Sedechias ó Zidkya.
29 Desde allí Nebucadnecer levantó sus exércitos, y vi-
no á poner cerco sobre la ciudad de Tyro, por ser
tambien ella de las participantes en el favor y liga de
sus contrarios: al qual cerco viniéron las ayudas Es-
pañolas que ya diximos, traidas por los Fenices de
30 Cádiz. Despues desto hizo el destrozo y conquista
de Egypto, y mas adelante continuando sus victorias
por Africa, y por otras tierras que dicen agora de
Berbería, pasó tambien en España y siguió la jorna-
da por ella, que primero declaramos, acabando por
toda parte cosas tan ilustres y venturosas, que dicen
haber sobrepujado las hazañas de Hércules, y de to-
dos los otros varones notables, que hasta su tiem-
to sepamos.
31 Este segundo Nebucadnecer que vino en España, es
aquel de quien la Sagrada Escritura, cuenta que mandó
labrar una estatua de oro á su semejanza de sesenta
codos en alto, á quien todos los de Babylonia reve-
renciaban, sino fuéron los tres mancebos Ananias,
Azarias y Misael, que desde los tiempos de su padre
32 quedáron allá presos entre la gente de los Judíos. Los
quales porque no la querian adorar, fuéron metidos
en un horno caliente, donde sin arderse, ni recibir
daño sus personas comenzáron á dar gracias á Nues-
tro Señor Dios en medio del fuego, bendiciendo su
33 santo nombre. Mas porque pocos años despues á este
Nebucadnecer ó Nabucodonosor, le sobrevino cierta
dolencia terrible que le privó de todo su juicio, y
andubo loco por los montes como salvage, sin bas-
tar

tar diligencia para lo traer á poblado: y dado que despues sanó della, fuéron pocos sus dias, y no hallamos en él hecho de España cosa notable, que procurase ni tentase: por esto la Corónica dexa de hablar en él, y dirá los acontecimientos que sucediéron en ella, despues de pasadas estas turbaciones y mudanzas.

CAPITULO XXIII.

Como los Galos Célticos de la Lusitania pasáron al Andalucía, y fundáron en ella y en la provincia que dicen Estremadura, muchos pueblos y lugares donde moráron largos años ellos y su generacion.

Ya en estos dias eran pasados mas de ciento y 1
setenta años despues que los Galos Célticos Españoles se habian metido en las tierras de la Lusitania, segun podrá quien quiera sentir cotejando los tiempos que dexamos señalados en el capítulo pasado, con los otros tiempos que se tratáron en el décimo capítulo deste segundo libro, quando pusimos la venida destos Célticos Galos en aquella region. Habiendo, pues, tantos 2
años que por allí residian, aconteció que cierta compañía de su gente, no satisfechos con morar en la tierra donde naciéron, y donde sus padres los habian criado, puesto que fuese muy abundosa, fértil y vividera, pasáron al otro cabo de Guadiana contra Medio-dia, deseosos (como sus antecesores) de ganar tierras y hacer semejantes novedades: lo qual emprendiéron sin contradiccion de nadie, y penetráron á lo largo por todo el espacio que va entre aquel rio Guadiana, y el rio Guadalquevir, hasta que se meten ambos en la mar, donde agora se contiene mucha parte de la provincia llamada Estremadura, y mucho tambien del Andalucía, nombrada por aquellos dias Betica. En aquel intervalo de tierra fundáron estos Cél- 3
ti-

ticos nuevamente venidos poblaciones grandes, todas
con apellidos y nombradía semejantes á las que sus
4 padres tenian en la Lusitania. Fuéron entre ellas lo
mas principal dos lugares, llamados ambos Serias, que
caian el uno muy cerca de donde es agora Ayamon-
te, que despues los Romanos quando conquistáron
aquella tierra, como verémos adelante, pusiéron por
sobrenombre Fano Julio; ó segun otros libros escri-
ben Fama Julia, por diferenciarlo con aquel apellido
de la Seria, que tambien estos mesmos Célticos hu-
biéron pocos dias ántes fundado en la tierra que lla-
mamos Estremadura, la qual hoy permanece y se di-
ce Feria, pueblo mucho conocido y honrado de la
5 tal provincia. Hiciéron eso mesmo por allí los Cél-
ticos sobredichos otra villa que nombráron Vertobri-
6 ga. Los Romanos despues por la diferencia de mu-
chas otras Vertobrigas Españolas, y particularmente
de las Lusitanas, le diéron por sobrenombre Concor-
7 dia. Otro lugar de los que fundáron estos Célticos
dixéron Segeda, que fué dicha despues Restituta.
8 Otra poblacion llamáron Voltuniaco, á quien dixéron
despues los Romanos por sobrenombre Contributa,
9 á la qual pusiéron nombre tambien Turiga. Otra villa
que los sobredichos Célticos entre sí llamáron Laco-
murgo, desde su primera fundacion, le dixéron des-
pues Concordia, que parece tener aquel primer nom-
bre, porque tambien ésta como la primera Lacomur-
go de la Lusitania las debiéron poblar á mi parecer el li-
nage de los Lacoos, de quien ya hablamos en el tercero
capítulo deste segundo libro, cuya gente pudo venir de
la Celtiberia mezclada con los otros Célticos quando se
10 metiéron en la Lusitania. Tambien hubo pasada Guadia-
na contra la tierra del Andalucía, un otro pueblo seña-
lado de los Célticos, nombrado Teresa, que fué despues
dicho Fortunal, y mas otro llamado Calesa, que tuvo
por sobrenombre Mania, solo por diferenciarlos (como
di-

dixe) de los pueblos Lusitanos que tenian otros tales apellidos: sin los quales hubo juntamente por aquella parte del Andalucía la villa de Auruci, que decimos agora Moron, y mas otras adelante que decian Acimbro, Arunda, Turobriga, Astigi, Alpesa, Sisopone y Seripo, fundadas todas ellas por estos Galos Célticos, quando viniéron allí, semejantes á las de Lusitania y Celtiberia, donde tenian ellos el tronco de su casta. Los nombres tambien de los ídolos, 11
que pasáron consigo los Galos Célticos al Andalucía, con las usanzas de los sacrificios y cerimonias que tenian para los reverenciar, fuéron los propios de la Lusitania: en el qual error y mala costumbre perseveráron muchos dias, juntamente con la pronunciacion y vocablos que comunmente hablaban, que tambien fuéron los mesmos de los Célticos Lusitanos, diferenciados y discrepantes de la lengua de los otros Españoles entre quien vivian, sin jamas se corromper ni confundir con el estilo de las comarcas. Y co- 12
mo los negocios eran fundar pueblos, y tomar nuevas tierras en provincias agenas, dado que (como dixe) no hallasen contradiccion en ello, no lo pudiéron hacer todo de golpe, sino pocos á pocos, multiplicándose cada dia, de tal manera, que solo en principiar tanta cosa, se les pasáron mas de treinta años cumplidos; y despues en conservarlo y acrecentarlo, y llevar adelante, gastáron otro gran siglo.

CAPITULO XXIV.

De la venida que cerca destos años hiciéron en España gentes llamadas los Foceenses de Yonia; y de cierta parte dellos que pusiéron su morada en el Andalucía, con mas otras cosas, algunas dignas de memoria, que con los Españoles pasáron.

1 Por cosa muy señalada ponen los Coronistas antiguos, las poblaciones de las villas arriba dichas, que fuéron edificadas en España, tanto por haber sido los Españoles Célticos sus fundadores gente feroz y famosa, como por el acrecentamiento grande que de-
2 llos sucedió. Mas no tienen por hecho menor lo que pocos dias despues aconteció, cerca del año de quinientos y quarenta y siete ántes del advenimiento de nuestro Señor Dios, ó segun otros añaden, quatro
3 años mas adelante. Esto fué la venida de ciertos navíos largos á manera de fustas medianas, que pasando por el estrecho de mar que se hace entre Africa y España, reparáron en aquel estrecho sobre la boca del mar Océano, cuyas riberas y provincia gobernaba todavía su Capitan Argantonio, de quien ya hablamos en los capítulos pasados, muy cargado de dias
4 y de prudencia. La flota venia llena de mugeres y niños y gente, con todo género de fardage que con-
5 sigo traian. Y como tomasen aquí puerto, fuéron humanamente recebidos de los moradores de la tierra, y mucho mas de su Gobernador Argantonio, que despues de los haber bien comunicado y entendido la causa de toda su venida, supo dellos entre muchas otras cosas, que sus antecesores donde procedian fuéron Griegos de nacion, y tambien ellos se tenian por Griegos, y la lengua griega hablaban, puesto que vivian en la tierra de Asia, metidos en una provincia

que

que decian Yonia, donde muchos siglos ántes habian pasado grandes compañas de Griegos, y fundado por ellas trece poblaciones magníficas, tales, que siempre se gobernáron por sus leyes particulares, conservando su libertad sin reconocer superior. Entre todas ellas 6
fué siempre muy principal una, llamada Foceea, por cuyo respecto se decian ellos Foceenses. Pero decian 7
reynar ya por aquellas partes Asiáticas un Príncipe nombrado Cyro, que de pocos años acá tenia diminuidos y sojuzgados los estados y repúblicas principales que solian en Asia valer algo, y pretendia lo mesmo contra la ciudad de Foceea, y contra los otros pueblos de Yonia: para lo qual ayuntaba gran número de gentes en diversas partes con un Capitan suyo, llamado Harpalo, tan importuno y guerrero, que de fuerza se verian los Foceenses con él en grandes afrentas y trabajos. Holgáron mucho los Españoles, y su 8
Gobernador Argantonio, quando sintiéron la buena razon que los tales Foceenses nuevamente venidos publicaban de su jornada: y aficionados á la manera de sus personas, y de sus trages y de sus armas, les ofreciéron que poblasen y residiesen por aquella tierra de su jurisdiccion, en qualquier parte que mas les agradase, pues la provincia de su nacimiento donde venian, quedaba fatigada y peligrosa. Lo qual sospecho 9
yo, que debiéron acometerles ellos, y su Rey Argantonio para los prevenir, y tener ganados contra los Fenices, que como ya declaramos, hacian muchos daños encubiertos en aquellas comarcas, y se conocia dellos pretender la sujecion de todas estas tierras y provincias, dado que no lo pusiesen á riesgo por el presente. Los Foceenses era buena copia de gente bien 10
armada, bastecida y ordenada, y sobretodo sus fustas de tan hermosa faccion, y tan apropiadas y desenvueltas para la guerra, que hasta su tiempo nunca semejantes anduviéron por las mares de España. Traia 11

cada qual cincuenta remadores en cada lado, largas todas, bien despalmadas y limpias, sin haber en ellas navío que fuese hondo ni de carga, como traian mu-
12 chos otros navegantes. Lo qual usáron aquellos Foceenses Asiáticos primero que ninguna gente Griega: y en todos los años de su prosperidad alcanzáron destos tanto número, que corrian con ellos desde la mar de Levante, hasta los confines Italianos, con la parte de arriba y de abaxo, contra las mares de Pisa y de Venecia, que llàmaban los antiguos mar Adriático y Tyrreno, dado que Argantonio los convidase para quedar en España, con todos los amores y buena gracia que se puede significar, nunca bastó con los Foceenses que lo hiciesen, pareciéndoles que convenia tornar á la guerra de su region, y á la resistencia de Harpalo, Capitan del Rey Cyro, de quien tenian cer-
13 tinidad haberles entrado la provincia. Visto, pues, que nadie bastaba para los detener, Argantonio los despidió graciosamente, y les ayudó con suma crecida de dinero que llevasen, con que levantáron sus velas,
14 y camináron su viage. Muchos Autores dan á sentir, que no todos aquellos Foceenses que desta vez acá viniéron, se tornáron en Yonia, sino que gran parte dellos quedáron en España, y se mezcláron con los vecinos de la villa de Carteya ó Tarifa, cabeza y asiento del señorío de Argantonio, y que con matrimonios de hijos y hijas los unos de los otros, se hiciéron casi todos una gente, sin haber division entre
15 ellos. Y aun es cierto, que despues pocos dias comenzáron á mudar el apellido viejo desta villa, y en lugar del nombre de Carteya que primero tuvo, los Foceenses nuevamente venidos la comenzáron á llamar Tarteso, juntamente con los moradores de sus comarcas, que tambien fuéron dichos Tartesios, por causa de las muchas cuevas hondas y escuras, que se hallan en las cuestas y cerros de su tierra, nombradas Tár-

Tártaros en lengua Griega. Y nadie tenga por incon- 16
veniente, quanto á este caso, hallar en este nuestro tiempo cerca de la villa de Ayamonte cierta poblacion pequeña, llamada comunmente Cartaya, semejante al apellido primero que Tarifa tuvo, ántes que los Foceenses Griegos le dixesen Tarteso, ni créa que fuéron ambas una mesma, pues entre las dos la diferencia es muy clara, quanto á las posturas y sitios, y quanto á todo lo restante, por ser esta Cartaya de agora de la otra parte del rio Guadalquevir, sobre la vuelta del Poniente, no léjos de Guadiana, en las comarcas, como digo, de Ayamonte: y la Carteya vieja ó Tarteso, donde los Foceenses moráron mucho mas oriental, sobre la punta postrera del estrecho de
nuestro mar, entre Africa y España. Pudo bien ser 17
que discurriendo los tiempos, algunos vecinos de la mas antigua, pasasen á esta otra, y cimentándola de nuevo; le pusiesen aquel nombre de Cartaya, para conservar en ella la memoria del pueblo donde viniéron, y el apellido primero que le quitáron aquellos Griegos de Yonia, despues que se avecindáron en ella: pero como lo tal sea conjetura sola, dado que no mala, no conviene detenernos en ella, ni cesar el cuento de las otras cosas que despues de lo sobredicho pasáron por aquella tierra.

CAPITULO XXV.

De la muerte de Argantonio, Gobernador de los Españoles Tartesios, y de la poblacion nueva de ciertas islas nombradas Afrodisias, que solian estar comarcanas á Cádiz, donde se metió parte de los Foceenses de Yonia, que moraban en Tarifa.

Conócese de muchas escrituras que hablan en 1
aquellos hechos, haber salido los Foceenses nuevamen-

mente venidos al Andalucía, tan diligentes y sagaces en sus negocios, que despues reposados en Tarifa, jamas cesáron de mejorarse por todos sus derredores, así de mar como de tierra, con el buen aparejo de navíos que tenian, y con la buena voluntad que hallaban en Argantonio, y en sus aficionados, conforme á lo qual, pasados pocos dias, entráron en unas isletas que solian estar por los confines de Cádiz, y del Estrecho de Gibraltar, solitarias y desiertas: donde, despues de haber considerado la buena disposicion que parecian tener, comenzáron á labrar casas de placer, y pusiéron gran diversidad de frutales, y muchas arboledas nuevas, sobre las primeras que tenian ellas de su natural, convidando para todas estas labores á los Españoles Andaluces entre quien moraban, y de tal arte lo comenzáron á labrar, que gastados tres años ó poco mas, estaban ya casi todas llenas de grangerías excelentes, edificadas á la manera de Yonia, con adornamentos muy nuevos y muy galanes: porque tambien en esto de los edificios, como en el arte de labrar navíos, tuviéron los Foceenses grandes
2 primores y trazas de proporcion mucho singular. En este tiempo, que fué casi por el año de quinientos y quarenta y dos ántes que nuestro Señor Jesu-Christo naciese, ó cierto poco primero, dió fin á sus dias Argantonio, Gobernador y señor de los Andaluces, cuyo fallecimiento, de fuerza haria gran falta por todas aquellas tierras y comarcas, y sin duda lo sentirian estos Foceenses de Yonia mas que nadie, segun las buenas obras que contino recebian dél: pero como ya quedasen muy arraygados en la region, y bien quistos de los moradores della, conserváronse por allí con el ménos bullicio que podian, teniendo respecto principal á la vivienda sola de Tarifa, y á la grangería destas isletas que tenemos dicho.
3 Dentro de las quales nadie podia declarar quanto se multiplicaban cada dia

lo

los pasatiempos de cazas y los jardines, y las muchas
frescuras que por ellas plantaban, tanto, que así por
la multitud desto, como por la fertilidad y templanza
de los ayres, fuéron dichas entre los antiguos, las ín-
sulas Afrodisias, que significa en la habla griega, las
ínsulas de la diosa Venus, á quien ellos decian Afro-
ditis. Y la Gentilidad entre los otros sus errores, la 4
reverenciaban por señora de los placeres y deleytes de
la vida mundana. Mas dado que tuviesen aquel ape- 5
llido general todas estas islas en el tiempo que fuéron
en el mundo, no por eso dexaba cada qual de tener
sus nombres particulares. Unos, que les pusiéron es-
tos Foceenses, quando primeramente las ocupáron:
otros que tenian ántes entre los Españoles Andaluces.
La primera llamaban Ermea, que quiere decir, isla 6
del dios Mercurio. La segunda Junonia ó de la diosa 7
Juno, por causa de una ermita que fundáron despues
frontero della, sobre la costa del Andalucía, con tí-
tulo de la diosa Juno, que tambien reverenciaban los
Gentiles como cosa muy divinal. Otra decian Atera, 8
de doce mil pasos en largo, y diez mil en ancho: la
qual publicaban algunos, haber sido otro tiempo jun-
ta con el continente de España, y que los Eritreos án-
tes que fuese isla, pobláron en ella un lugar quando
viniéron con Hércules, y que desde allí poseyéron la
tierra de Cádiz. Sospechaban tambien por esta mes- 9
ma razon, que debió ser aquella la que por otro nom-
bre llamaban Eritrea, de quien escrebimos en los vein-
te y ocho capítulos del primer libro. Otra destas islas 10
nombráron Cotinusa, por causa de los acebuches en
abundancia que solia criar, á quien los Griegos en
su lenguage llaman Cotinos. Si muchos Autores no 11
certificaran ser una mesma que la de Cádiz. Otra de-
cian Didima, donde los vecinos de Cádiz hiciéron
poco despues sus moradas á su parte con casas de pla-
cer, por ser bastecida de frescuras, y de muchas aguas.
Pa-

12 Para la qual obra tomáron oficiales Foceenses que se
las obráron maravillosamente, segun la manera de los
edificios Yónicos, que fuéron siempre muy apacibles
13 y firmes. Tambien comenzáron los Fenices de Cádiz
á labrar desde allí navíos de cincuenta remos, por la
mesma muestra de las fustas que los Foceenses usa-
ban, teniéndolos por mas provechosos que los otros
14 navíos de las facciones antiguas. Y como su hecho
destos Fenices anduviese por el Andalucía mejorado
cada dia, presto metiéron al agua copia de las tales
fustas, llamadas Penticoteras, con que principiáron á
navegar descansadamente, tentando muy á menudo las
jornadas del mar Océano de Poniente por las riberas
Africanas y Españolas, y aun algunas veces engolfán-
15 dose mas de lo que solian. Con los quales artificios,
y con la comunicacion que dellos procedia pudieran
vivir los unos y los otros en provechos muy creci-
dos; si los Fenices poco despues no lo desbarataran
todo, como presto contarémos, dado que ningun da-
ño de los que viniéron al presente, bastó para que la
morada de las insulas Afrodisias no se llevasen muy
adelante con sobrada prosperidad y mucho vicio. Pero
16 ya en este nuestro tiempo quanto por allí solia ser,
ha perecido de todo punto, porque la mar desde gran-
des años ántes lo tiene gastado y sumido, sin quedar
isla destas Afrodisias, ni memoria, ni rastro de aque-
llos sobrados pasatiempos que por ellas hubo, sino
es la que diximos llamarse de la diosa Juno, fronte-
ro de Tarifa, que permanece junto con la ribera, tan
pequeña y gastada, que nadie hace della mencion,
aunque todavía parece dentro algunos algibes, y ras-
tro de sus edificios bien obrados, que declaran haber
sido tratada los tiempos antiguos, y provechosa de
aquello poco que en sí contiene.

CAPITULO XXVI.

De muchas otras cosas que se dice los Foceenses haber hecho en España, y fuera della: y como los Cartagineses Africanos tornáron segunda vez á las islas de Mallorca y de Menorca, donde rehiciéron muchas estancias, y levantáron nuevas defensas en toda su marina.

Ya fuera justa razon de pasarnos á las otras gen- 1
tes Españolas, y proseguir los acontecimientos que
por este tiempo les viniéron, si los Foceenses venidos en España todavía no nos echaran de nuevo la
mano, deteniéndonos en sus cosas. Dígolo, porque 2
allende lo sobredicho hallo memoria de cierta poblacion señalada y magnífica, que fundáron tambien sobre la marina frontero de los principios orientales del Andalucía: la qual no declaran que nombre tuviese, ni dicen cosa della, mas de ser la postrera que cimentáron acá los Foceenses á la parte del Poniente, donde se juntáron despues en mercados y ferias muchas de las gentes comarcanas, y se hiciéron escabeches
de pescados en gran abundancia. No faltáron Cosmó- 3
graphos antiguos de los bien considerados, que certificaban ser ésta la ciudad de Málaga, llamada prime-
ramente Menace. Pero cierto sabemos, que discrepa- 4
ban ambas muy mucho, pues como digo, la de los Foceenses quedaba mas alejada del estrecho que Málaga, cuyas muestras duráron allí mucho tiempo, con repartimientos y trazas á la manera de Grecia, siendo los edificios en Málaga notoriamente Fenices, como presto lo declararémos en los veinte y ocho ca-
pítulos siguientes. Dicen tambien otros Autores, haber 5
entrado compañías destos Foceenses por la tierra mas dentro de España, donde pobláron la ciudad que pri-

mero fué dicha Castulon, poderosa y principal en los fines postreros de la provincia, que despues llamáron España la Tarragonesa, muy cerca de donde partia término con la provincia nombrada Bética, segun que sus rayas y particiones ambas, dexamos apuntadas en
6 los principios del primer libro. Las señales de la qual ciudad hallamos hoy dia donde llaman Cazlona la vieja, casi tres leguas adelante de Baeza contra el Occidente septentrional, no léjos de Linares, cercanas á un rio pequeño que los Moros Africanos quando mucho despues tiranizáron aquella provincia, sacándola de poder de los Españoles Christianos, nombrada Guadalhmar, como tambien hoy dia lo llamamos despues
7 que nuestros progenitores la cobráron. Afirman los que desta ciudad hablan, haber sido dicha Castulon, porque del mesmo nombre se decia tambien una muger de estos Foceenses sacerdotisa del Dios Apolo: la qual muger fué principal entre sus fundadores, ó segun otros cren, dixéronla Castulon, por memoria de cierta fuente nombrada Castalia famosa y muy alabada sobre todas las fuentes de Grecia, dentro de la provincia donde saliéron los progenitores destos Foceenses, quando pasáron en Asia para poblar las trece
8 ciudades, de quien ya dexamos hecha memoria. Mas porque deste pueblo Castulon, que como dixe, fué muy principal y señalado todos los dias que en España permaneció, hablaremos en diversas partes desta Corónica, que vendrán bien á propósito, no conviene por agora detenernos en su relacion, ni decimos esto por otro fin, sino por avisar á los lectores, que todo quanto en su primera fundacion y en la causa de su nombre quieren atribuir á los Foceenses, fué burla fingida de poetas: porque verdaderamente sus principiadores fuéron Españoles, naturales de la mesma provincia donde la tal poblacion estaba, como ya lo mostramos en el treinta y un capítulo

del

del primer libro. Mayormente, que si bien lo consideran, no pudiéron esta vez quedar acá tanto número de Foceenses, que bastasen á tantas empresas, ni dado que bastaran, lo hicieran: porque como fuesen gente de mar, todos sus acometimientos eran en la ribêra, y en la costa de las marinas, y aun esto no tan de firmeza, que lo mas principal no lo dirigiesen á la posesion y vivienda de las islas Afrodisias cercanas al estrecho de Tarifa, donde gozaban siempre de tantos deportes y contentamientos, quanto tuviéron de fatigas y desastres los otros sus compañeros que no quisiéron parar en España, quando todos juntos viniéron á ella. Los quales despues que de Argantonio se despidiéron, como diximos en el capítulo pasado, para volver á su tierra, perdiéron la ciudad de Foceea con la libertad, y con lo principal que poseian en la provincia de Yonia, mediante la guerra cruel y contina que Harpalo Capitan del Rey Cyro les hizo. Y así desamparada su naturaleza, tornáron á salir nuevamente crecida multitud dellos con sus haciendas, hijos y navíos, á buscar tierras donde cupiesen, juramentándose con grandes cerimonias, y poniendo sobre sí terribles maldiciones si jamas en aquella provincia tornasen. Y para mas lo solemnizar, viniéron á la ciudad de Epheso, donde las gentes Asiáticas en aquellos tiempos tenian un templo de la Diosa Diana, labrado con extraña magnificencia, tal, que fué contado por una de las maravillas del mundo. La qual Diosa tomáron estos Foceenses por abogada de su camino, prometiendo delante su imágen, que cumplirian lo jurado, y la servirian y reverenciarian donde quiera que llegasen, mucho mas principalmente que á ningun otro Dios de los que la Gentilidad acataba, si los guiase donde tuviesen algun descanso. Desde allí comenzáron su navegacion, y tentáron hacer asiento por algunas regiones, en que no halláron el acogi-

9 (line 1) · 10 (line 13) · 11 (line 19) · 12 (line 24) · 13 (line 28) · 14 (line 35)

15 miento que les convenia. Fué necésario pasar todos
juntos á la isla de Córcega, donde veinte años án-
tes quando tenian prosperidad habian enviado gente,
y edificado cierta poblacion que dixéron Alalia, y bas-
tecídola de moradores Griegos Foceenses Asiaticos sus
16 naturales. En España no quisiéron venir, porque sa-
bida la muerte del Rey Argantonio, no creian hallar
quien los alvergase, ni tanta tierra desocupada cerca
de la marina, que bastase para todos ellos, segun
17 eran muchos. De manera que lo mejor les pareció
quedar en Alalia, para desde allí conquistar á Cór-
cega poco á poco: lo qual iban ya poniendo por obra,
y perseveraran en ello quanto pudierán, si pasados
cinco años despues de su venida, los Italianos Tyrre-
neos cercanos á Génova y Pisa, no se concertaran
para lo contradecir con los Africanos vecinos de la
gran Cartago, que ya por estos dias andaban repara-
dos de todas sus adversidades pasadas: y sobre las
otras cosas pretendian señorear las islas occidentales
de nuestro mar Mediterráneo, señaladamente la de
Córcega y de Cerdeña, con Sicilia, y con las de Ma-
18 llorca y de Menorca. Juntas aquellas dos gentes Ita-
lianas y Cartaginesas, pusiéron en el agua contra los
Foceenses sesenta fustas armadas, muy bastecidas de
19 gentes y de qualesquier armas. Con otras tantas sa-
liéron á ellos los Foceenses, y pasáron una pelea tan
cruel y con tanta muerte de gentes á toda parte, que
los Foceenses, dado que tuviéron victoria, perdiéron
de su flota quarenta fustas muy esmeradas: y no que-
riendo esperar la revuelta de sus enemigos, desam-
paráron á Córcega, y con sus mugeres y xarcia se
pasáron en Italia, donde hiciéron asiento cerca de
Rijoles en las partes de Lucania, dentro de las fron-
teras de Calabria, que caen contra Sicilia, y allí po-
bláron un lugar que dixéron Helía, llamado despues
Hiela, que tambien mas comunmente discurriendo los
tiem-

tiempos fué dicho Velia, puesto que mirando los Coronistas antiguos en este caso, yo se bien haber algunos dellos discrepantes de Erodoto, que dicen, haber sido la tal poblacion ántes de la batalla de Córcega, quando la primera vez huian los Foceenses de su tierra: lo qual se recolige claro de los tiempos que le señalan Estrabon y Aulo Gelio, con otros Historiadores que los siguen. Pero dexándolos en esta ra- 20
zon, y tomando los otros Autores mas ciertos, que primero diximos, hallase que como parte destos Foceenses no tuviesen contentamiento de la morada de Velia, creo yo que por rezelo de los Cartagineses, que ya traian grandes inteligencias en Sicilia, ó puede ser tambien que por el sitio ser húmedo y mal sano, y en lugar esteril y cenagoso, pasados algunos años los mas dellos tornáron á sus navíos, y navegando las otras marinas ó costas Italianas, llegáron á la boca del rio Tibre, y á pocas leguas el agua arriba halláron la ciudad de Roma, con cuyos vecinos asentáron gran amistad, que les duró mucho tiempo.
Luego pasáron á la tierra de Francia, que llamaban 21
en aquellos dias Galia: y aquí pusiéron fin á su peregrinacion y trabajos en el año de quinientos y diez y nueve, ántes del advenimiento de Nuestro Señor Dios, que fué veinte y siete años despues que desampar-
páron la ciudad de Foceea. Reposáron y fundáron 22
allí la ciudad de Marsella sobre la costa de mar, en la parte que se muestran hoy dia sus indicios y señales cerca de Marsella la nueva, poblacion principal
de Francia por este nuestro tiempo. Cuya memoria 23
vino muy bien aquí, porque tambien ella como toda la provincia de su comarca por derecha sucesion pertenecen á vuestra Magestad, y á los Príncipes herederos sucesores en vuestros reynos, estados y señoríos Españoles, aunque por agora la tengan usurpada los Reyes Franceses, como por extenso lo declararé-

mos y probarémos, quando la Corónica llegare con
el ayuda de Dios á contar la sazon y los tiempos de
24 vuestro reynado. Por agora baste saber esto della, pues
parece que se nos vino de su grado revuelto con la
relacion de España, para que quando placiendo á
Nuestro Señor la cobraremos y fuere junta con los
señoríos Españoles tengamos noticia quál fué y en
25 qué tiempo su fundacion y principio. No dexaré de
señalar en este caso, pues nos toca tanto, que los
libros de San Eúsebio, y aun los de Solino tambien
por culpa segun yo creo de sus trasladadores y escri-
bientes, ponen la poblacion de Marsella mucho mas
trasera y antigua de lo que señalamos aquí: pero cla-
ramente parece ser la culpa de quien digo, pues sa-
bemos averiguado que todos aquellos Foceenses Grie-
gos, sus fundadores, viniéron huyendo de Yonia la
de Asia, por la tiranía de Harpalo Capitan del Rey
Cyro, y duráron en todos los negocios que dexamos
escritos, hasta los primeros tiempos del otro Rey
Persiano llamado Darío hijo de Hystapes, en cuyos
dias aconteció verdaderamente la fundacion de Mar-
26 sella, segun Agacio Griego lo declara. De manera,
que ni aquel Harpalo, ni su Rey Cyro, ni los años
que los Foceenses gastáron en su peregrinacion, con-
siderando todo como se debe considerar, fuéron pri-
mero, ni despues de los tiempos que dexamos acla-
27 rados. Esto fenecido, los Cartagineses Africanos sin-
tiéndose prósperos y vencedores de sus adversarios los
Foceenses, con reparo grande de todas sus quiebras
antiguas, despacháron navíos y gente sobre las islas
de Mallorca y de Menorca, para que renovasen las
estancias viejas de la ribera, que sus antepasados mu-
chos años ántes habian allí hecho: los quales no con-
tentos con reparar lo derrocado, fundáron de nuevo
palizadas y torrejones en sitios bien pertenecientes á
28 su propósito. Quisieran tambien esta vez procurar al-
gu-

guna comunicacion en España por las tierras mas cercanas, que caian en las fronteras destas islas: sino que los Saguntinos de Monvedre con otros Españoles sus confederados, temiendo la potencia de Cartago, que ya por todo cabo se conocia, rehusáron mucho recibirlos entre sí, ni les placia con la vecindad destas islas, aunque le caian apartadas, solo por la color que
desde ellas tomaban los Cartagineses en este caso. Y 29
así quedáron los negocios en aquellas partes suspensos, sin que los unos ni los otros alterasen alguna co-
sa. Por lo qual quiere tambien la Corónica dexarlos 30
agora, basteciendo sus estancias de Mallorca, para tornar á la cuenta de lo que hiciéron los Fenices de Cádiz, contra los pueblos y gentes Andaluces sus vecinos y comarcanos.

CAPITULO XXVII.

Como los Andaluces tomáron armas abiertamente, para resistir los desafueros que Cádiz y sus Fenices hacian en su region. Y de cierto socorro de gente Griega, que los tales Fenices hubiéron para resistir, con que remediáron mucha parte de sus hechos.

Eran ya por este tiempo tantas las demasías que 1
los Fenices de Sydon y de Tyro, con los otros sus parientes de Cádiz hacian en España, que por ningun modo se podian esconder sus encubiertas, ni la simplicidad de los pueblos entre quien trataban, bastó para no sentir los desórdenes grandes, que con su codicia de riquezas cada dia tentaban: porque no contentos con haber ocupado lo mejor y mas provechoso de todas estas provincias, y tenerlas manifiestamente de su mano, tomaban por engaño los hombres y mugeres quantas podian haber, y con achaque de los llevar á labores y jornales, de que fingian te-

ner

ner muy gran necesidad, prometiéndoles sus acostamientos ordinarios, los metian en las cuevas, y mineros de plomo, y estaño, y azogue, plata y oro, de que toda el Andalucía estaba llena, para que cavasen
2 y sacasen aquellos metales. Y despues que los tales Andaluces allí venian jamas los dexaban salir, poniendo muchas guardas en ellos, y haciéndoles trabajar noches y dias tan sin piedad, que poco tiempo vivian en aquella desventura: lo qual era solo consuelo de
3 tantos males. A muchos otros con palabras engañosas traian á sus fustas y navíos, y los pasaban en Tyro, y en Sydon, y en Africa y en la Suria, y en otras diversas partes del mundo, donde los vendian
4 y se aprovechaban dellos por esclavos. Sin esto, la ciudad con el templo que tenian edificados, parecian tan aventajados y tan engrandecidos, que notoriamente desde ellos bastaban á hacer quantos daños quisiesen, porque ninguna fortaleza de la provincia se les
5 igualaba, ni podia comparar. Y con ser ella tal, traian dentro multitud de Españoles, á la verdad detenidos: si procuraban de salir fuera, luego los mataban con
6 diversos géneros de tormentos. Y tambien si conocian persona principal de quien les pudiese venir algun daño, procuraban de la traer allí con alguna cautela, don-
7 de luego era muerto. La qual costumbre parece que fué siempre natural á la nacion destos Fenices desde sus principios, en ser crueles y matadores, segun Aristóteles apunta, diciendo llamarse Fenices, porque solian matar á quantos hallaban donde quiera que vi-
8 niesen con sus navíos. Y porque (como declara Fenixe ó Fonebin) en lengua Griega significa matar, los llamáron Fenices, y Fenicon al tal deseo de hacer muertes: dado que muchos Historiadores afirmen nombrarse Fenices, por causa de cierto varon Egypciano llamado Fenice, que primeramente hizo poblaciones en aquella tierra. Desto se puede conjeturar el provecho

cho que resultaba de la gobernacion de Argantonio
por aquellas comarcas, pues todos los tiempos que
las historias platican de su vida, no dan á sentir agra-
vio ni desafuero público, que los Fenices obrasen con-
tra los Andaluces: y luego como cuentan su muer-
te, tornan á tratar dellos las crueldades y fuerzas pri-
meras: las quales dicen, que siendo cada dia mas cla-
ras y mayores, los Andaluces comenzáron en muchas
partes á rezelarse dellos, no los recibiendo en sus lu-
gares quando venian, huyendo la peligrosa conversa-
cion que los dias pasados habian tenido: por tal arte
y manera, que de lance en lance creció la enemistad
y el enojo de veras, que las Fenices sobreseyéron en
ello poco tiempo lo mas disimuladamente que podian,
porque no se turbase ni rebelase toda la gente de la
tierra. Los Andaluces viendo ya que sus enemigos no 9
venian, como solian á fatigarlos en sus casas, y que
desde la ciudad principal y sus derredores eran los da-
ños que hacian, saliéron ellos tambien por allí, como
por los otros campos y despoblados de la tierra, don-
de quantos Fenices topaban maltrataban gravemente,
hiriéndolos, y destruyéndoles las personas, con todo
lo demas que tocase á sus haciendas y tratos, y ge-
neralmente les ponian á toda parte tales estorbos, que
ni se les osaban desmandar como solian, ni discurrian
tan sueltos como primero: mas á la sazon estaban
los Fenices tan arraygados en aquellas comarcas, que
aunque no tuviesen las entradas y salidas mucho li-
bres, pusiéron gentes armadas en los pasos principa-
les, y lo demas que poseian, teniánlo tan á buen re-
cado, tan fortalecido, y con tales defensas, que fué-
ra muy dificultoso despojarlos dellos. Con esto gastá- 10
ron años y tiempos los unos y los otros, en traba-
jos y discordias continas. En fin de las quales cono- 11
ciendo los Andaluces, que de todos quantos recuen-
tros habian con ellos alcanzaban siempre victoria, y

que ya notoriamente los Fenices andaban atemoriza-
dos, apretáronlos mas de recio que nunca, tan de-
nodados y con tanta determinacion, que por ningun
modo se pudieran valer ni amparar, si no fuera por
las torres y lugares fuertes que poseian en la comar-
ca: de los quales hubo muchos quemados y derroca-
dos por el suelo, muchos tambien donde no pudié-
ron obrar aquel daño, fuéron ganados á fuerza de
combates: y si quedáron algunos lugares de Fenices
dentro de la tierra, serian de muy poca substancia, ta-
les que no miráron en ellos, ó los Andaluces no los
12 tuviéron en algo, Verdaderamente pudieran aquella vez
echarlos fuera de todo punto, si no llegaran á la sa-
zon en el Andalucía ciertas galeras medianamente pro-
veidas de gente Griega, naturales y nacidos en la mesma
tierra de Grecia: los quales andaban huidos ó dester-
13 rados de sus casas. Y sabida la fama de la riqueza que
tantos años aquellos Fenices contino sacaban de Espa-
14 ña, se viniéron á ella como mejor pudiéron. Así que
tomáron tierra dentro de los puertos Españoles de nues-
tro mar Mediterráneo, pocas leguas ántes del Estre-
cho de Gibraltar, sin estorbo ni contradiccion de na-
15 die. Los Fenices oida su llegada, viniéron á ellos pro-
metiéndoles crecidos intereses, ofreciéndoles confede-
racion perpetua de su compañía: y con estos, y con
alguna gente de Moros Africanos, que cogiéron á suel-
do, se tornáron á derramar por el Andalucía, reno-
vando la guerra tan de presto, que brevemente cobrá-
ron casi todos los mineros, y torres y sitios fuertes
que primero poseian: en lo qual aunque parte de los
Españoles mirasen, y les pesase dello, no moviéron
ni se determináron á resistirles por el presente, cre-
yendo que solo pretendian cobrar lo perdido, y que
con acordarse de la guerra pasada, quedarian tan es-
carmentados, que por no se ver en otra tal cesarian
en las prisiones y crueldades que primero tentaban con-
tra

tra las gentes y pueblos de la tierra. Pero como la 16
victoria por la mayor parte traia consigo soberbia, mayormente si malos la tienen, considerando los Fenices y sus allegados, que los Andaluces no se movian, y les dexaban salir con todas sus presas y robos, creyéron que de temor lo hiciesen, y comenzáron de nuevo los daños y crueldades acostumbrados, mucho mas continos y mas públicos que solian, formando la guerra manifiesta, como contra sus enemigos capitales, matándolos y destrozándolos donde quiera que los
hallaban en el campo y en los poblados. Y no contentos 17
con esto procuráron de tomar á pura fuerza la villa nombrada Turdeto, que por estos dias era cabeza de todo lo mejor de las gentes Andaluzas, y al dicho de sus naturales della, fué la primera y mas antigua de quantas en aquella tierra se pobláron. Esta (segun las señas que de su sitio pone Juliano Luca Diácono) solia ser todos los dias que por allí duró, en el medio camino que iba entre dos villas, nombradas en su tiempo Cesariano y Arcobriga, que son agora ciertamente Xerez de la Frontera y Arcos, mucho conocidas y sabidas en el Andalucía, desviadas cinco le-
guas la una de la otra. Puesto que (como el mesmo 18
Juliano confiesa) la poblacion Cesariana no era fundada quando los Fenices de Sydon y de Tyro, quisiéron sojuzgar á Turdeto: pero certifica que Turdeto y Arcobriga, caian muy cercanas al magnífico templo, y á la gran ciudad que los Fenices y sus allegados los de Cádiz allí poseian: desde la qual obraban todas aquellas demasías y desafueros.

CAPITULO XXVIII.

De las poblaciones que los de Cádiz y sus Fenices habian estos años fundado sobre la costa del Andalucía: y como la gran ciudad y su templo que tenian dentro de la tierra, fuéron destruidos con todos sus valedores. Declárase tambien el sitio de la ciudad y del templo, con el nombre que tuviéron en aquel siglo.

1 Visto por los Andaluces que siempre las enemistades pasaban adelante, y que por haber ellos afloxado la resistencia, perseveraban los Fenices en su mal propósito, tomáron de nuevo las armas, y juntando consigo cantidad de los Célticos que los años ántes hubiéron venido de la Lusitania, comarcanos á la provincia donde pasaban estas cosas, comenzáron á salir por los campos, y á defender las demasías y daños que los Fenices hacian: en la qual demanda entráron aquellos Célticos muy de buena voluntad, porque ya tenian contrataciones y ligas con parte destos Andaluces, y conjeturáron que si los Fenices de Sydon y de Tyro, y los otros sus confederados prevaleciesen contra ellos, emprenderian lo mesmo contra los Cél-
2 ticos. Así que todos juntos puestos en el debate, recudian á quantos peligros y trances venian, tan sin pavor y con tanto denuedo, que cada dia los arrancaban de la provincia, matándoles gran parte de sus compañas: y como los derramamientos de sangre fuesen muchos y muy continos, andaban los Andaluces tan embravecidos, y tan cebados en usarlo, que dentro de la tierra por ninguna parte bastáron los Fenices á se les defender, y todo lo principal dellos se vino retrayendo contra la marina, donde tenian algunas flotas suyas y de sus allegados, con que traba-

jo-

josamente conserváron los puertos y lugares fortalecidos que por allí poseian: quales fuéron la ciudad de Málaga sobre la ribera del mar Mediterráneo: la qual estos Fenices habian edificado pocos años ántes que la guerra se comenzase, llamándola primero Menace, á quien despues los Cartagineses engrandeciéron mucho con moradores Africanos, tanto, que por aquel engrandecimiento les atribuyen á ellos lo principal de su poblacion, como muy presto lo verémos. Tenian 3
eso mesmo los Fenices, y su liga sobre la costa de nuestro mar, otro pueblo fortalecido cerca de la parte donde hallamos agora la villa de Almuñecar, en el cabo que diximos, los antecesores destos Fenices haber tomado tierra quando viniéron en España, con demanda de poblar las colunas de Hércules, segun en el séptimo capítulo deste libro lo contamos; al qual pueblo llamáron ellos Axi ó Exi, dado que despues tambien fué nombrado Sexi. Poco mas oriental sobre la mesma ribera, tenian otro lugar en lo postrero casi del Andalucía, que llamáron Abdera, que parece ser aquel que Ptolomeo y la gente de nuestro tiempo llaman Adra, conocido y señalado dentro del reyno de Granada, puesto que muchos crean ser la ciudad de Almería, la que llamaban otros tiempos Abdera. Los 4
que dicen esto, sospechan tambien que los Alarabes y Moros Africanos despues que pasáron en España, por le decir Abera, la nombráron Abderia: despues nosotros los Españoles Christianos, corrompiendo mas el vocablo la pronunciamos Almería. La Corónica de 5
España, compuesta por mandado del Serenísimo Rey Don Alonso el Sabio, con todas las otras Historias castellanas, escriben, esta ciudad de Almería los tiempos antiguos haberse llamado Urgi: y ciertamente Urgi, lugar fué señalado por los Cosmógraphos pasados, algo junto con la poblacion de Almería. Tenian eso mes- 6
mo los Fenices otro puerto llamado Melaria, sobre

la

la canal del estrecho, casi junto con la parte donde fuéron despues las Algeciras, y no cerca de Bejel de la miel, como porfian algunos, pues aquel Bejel está
7 mucho léjos de la boca del tal estrecho. De todos estos, y de muchos otros edificios que los Fenices fundáron en el Andalucía, no declaran las Historias particularmente qué tiempos ó qué dias los comenzasen á morar, ni poner otra cosa mas, de tener por cierto que pocos años ántes de la guerra que traváron con los Andaluces, pusiéron allí gente de vecindad, en que tuviéron gran acogida quando fuéron desbaratados, y se retraxéron en aquellas partes, donde se reparáron y fortaleciéron lo mejor que fué posible, mas no de tal arte, que quanto por allí trabajaban pudiese mucho conservarse, porque verdaderamente lo principal de su defensa, fué la grandeza de su ciudad y del templo que tenian dentro de la provincia, tan bastecida con gente, y tan guardados y proveidos, que por esta sola causa fuéron siempre rezelados de los Españoles comarcanos: y quien quiera bastaba para conocer que ni los unos ni los otros quedarian jamas en reposo, conservando los Fenices aquellas dos fuerzas en tanta magnificencia, por la qual se determináron los Andaluces ó morir ó destruirlos, y pusiéron en ello tal vehemencia, con tanta perseverancia de combates, y de tenerlos cercados, que pareciendo imposible fatigar una cosa tan fuerte y tan reparada, no siendo por aquellos dias ellos, ni las otras gentes Españoles diestros en poner cercos ni reales, ni en otros primo-
8 res de guerra, que fuera menester en tal caso. La ciudad fué ganada por fuerza de peleas bravísimas, y todos quantos en ella se halláron puestos á cuchillo, donde murió mucha parte de la gente de Cádiz y de
9 los Griegos que los dias ántes se le juntáron. Los edificios y muros de la ciudad y su templo fuéron derrocados por el cimiento, que casi no dexáron señal

ñal dellos: por tal manera, que nunca despues aquel pueblo se pudo restituir en aquella grandeza que primero tuvo, ni viviéron moradores en él, hasta que (como dice Hali Halcatin en el preámbulo del tratado que compuso de los reloxes del Sol) muchos siglos despues viniéron en España los Alarabes y Moros Africanos, y restauráron y pobláron de nuevo la ciudad que los de Cádiz, y los Fenices antiguos de Sydon, y de Tyro, sus confederados, hubiéron otro tiempo cimentado sobre la tierra firme de España, la qual dice, que sus Moros tornáron á llamar por el apellido viejo que los mesmos Fenices le tenian puesto quando su prosperidad. Pero bien sabemos por las memo- 10
rias de nuestra gente, que pasados algunos años despues de su restauracion, la tornáron á yermar estos mesmos Alarabes y Moros, por diferencias y guerras que tuviéron entre sí. Declárase mas en aquel trata- 11
do, que puesto que Tyro quando la sobredicha ciudad española se fundó, floreciese mucho sobre los pueblos orientales, y con justa razon se pudiera llamar del mesmo nombre que Tyro, quisiéron mas los Fenices darle la nombradía de Sydon, por memoria de Sydon, ciudad antigua de Suria, donde procediéron y fuéron naturales los mas de los Fenices que fundáron á Tyro, quando se juntáron con los Eritreos que viniéron del mar Bermejo, conforme á lo que ya declaramos en los treinta y cinco capítulos del primer libro. Segun estas señas pertenecientes al tal ape- 12
llido, junto con las otras que Juliano Diácono puso de su lugar y fundacion, en el fin del capítulo pasado, con mas las del sitio que primero diximos en el onceno capítulo deste segundo libro, notoriamente parece ser aquel pueblo tan famoso de los Fenices, en la mesma parte que hallamos agora la poblacion de Medina Sidonia, mucho conocida y notable entre las honradas del Andalucía, cerca de la comarca de Cádiz,

diz, apartada de su marina por lo ménos léjos qua-
tro leguas, y cinco de la villa de Arcos, que le cae
contra Septentrion metida en la tierra, y otras cin-
co de Xerez llamado de la Frontera, que tambien le
viene por el Occidente, con mas tres leguas peque-
ñas á Levante, donde viene Alcalá de los Gazules,
que son todos los lugares principales desta provincia.
13 Mucho quisiera yo que los Autores á quien en esta
parte sigo, declararan á lo largo la manera que los
Andaluces tuviéron en aquel trance, y los combates
que diéron á la ciudad y su templo; y las industrias
que buscáron para los entrar, y los hechos particu-
lares que todos aquellos tiempos acaecerian: pero no
puedo decir mas de lo que me dicen, ni poner sino
lo que hallo puesto, sabe Dios cómo, y quán á pe-
14 dazos recolegido. Porque ya que algunos Historiado-
res nuestros tratan este negocio van tan cortos en ello,
que lo parecen rehusar, no lo mereciendo cierto la
hazaña, segun fué notable y señalada, mas es nos for-
zado pasar en ello con esta falta, para que la Coró-
nica vaya de qualquier manera seguida, y proceda
siempre adelante por la órden y regla de sus tiempos.

CAPITULO XXIX.

En que se declara quién pudiéron ser los Griegos que viniéron en ayuda de los Fenices contra los Andaluces, y de la nacion antigua que las Corónicas Españolas nombran los Almonides ó Almozudes.

1 Podria ser que personas algunas de las que leyeren esta Corónica, no queden bien satisfechos en lo que diximos arriba de los Griegos desterrados, que viniéron en ayuda de los de Cádiz y sus Fenices, con los quales fuéron juntamente vencidos, por no dexar

allí

allí declarado de qué provincia Griega saliéron, ó quál fué la causa de su destierro: y verdaderamente quando yo en este paso llegué, mucho miraba qué gente podia ser ésta, y aun tuve rezelo que no fuesen algunas cosas mal consideradas en que nuestros Coronistas Españoles suelen alguna vez descuidarse quando hablan en los hechos muy antiguos de España: porque bien tratados los tiempos, y notada su razon quando lo sobredicho sucedió, no hallabamos en las Corónicas Griegas gente de su tierra, de quien supiesemos andar ausentes y huidos de su naturaleza; sino 8
todos ellos en gran prosperidad y pujanza, y sus Repúblicas grandemente puestas en órden, como fué la ciudad y república de los Atenienses que por aquellos dias florecia mucho dentro de su tierra con flotas muy 9
gruesas que traian por la mar de Levante, muchos exércitos, y sobra de gente por la tierra, con que poseian señoríos en todos sus derredores. Habia tam- 2
bien otro pueblo de los Lacedemonios principal y famoso, de Capitanes mucho valientes que gobernaban las cosas de la guerra, haciendo cosas notables. Flo- 3
recian otrosi la ciudad de Tebas y de Corinto, con otros pueblos en aquella provincia que conservaban su libertad, y permanecian ásaz triunfantes. Resplan- 4
deciéron eso mesmo por aquel siglo varones excelentes, que comenzáron á descubrir entre los Griegos el secreto de la naturaleza, la substancia de las cosas, la diversidad de los tiempos y sus mudanzas, el movimiento del cielo con sus estrellas, influencias y planetas, y todo lo demas que tocan en los grandes misterios de la filosofia natural y moral. Así que parecia 5
no hallar alguna razon, para que mostrándose Grecia tan prosperada, saliese gente suya huida della con la cantidad que sobre tal caso publican. Solamente ha- 6
llé quanto á esto, que pocos años ántes que los de Cádiz y sus Fenices y su ciudad fuesen destruidos

aquella postrera vez en el Andalucía, tuvo la sobredicha ciudad de Atenas un tirano llamado Pisistrato el qual se apoderó della, quitándole cierta parcialidad ó linage de gente, nombrada los Almeonides, que fuéron mucho número, con otros sus allegados de gran
7 valor en la mesma ciudad. Estos anduviéron siempre huidos quanto Pisistrato mantuvo su tiranía, que fué mas de treinta años: al tiempo que supiéron ser muerto, viniéron á la ciudad con la mas gente que pudiéron, creyendo bastarian á se meter dentro, para la
8 poner en libertad. Halláron gran contradiccion en un hijo de Pisistrato, llamado Hyparco, que despues de la muerte de su padre, quedó tambien apoderado en el pueblo con otro su hermano menor que decian
9 Hypias. Al fin de quatro años, despues de la tiranía destos dos hermanos, Hyparco fué muerto á puñaladas por dos mancebos, llamados el uno Armodio, y el otro Aristogiton: de manera que si fué verdad, algunos Griegos huidos de sus tierras en esta sazon, haber entrado por España para socorro de los Fenices de Cádiz y de Tyro, parece que pudiéron ser estos Almeonides Atenienses quando andaban huidos de Atenas, porque los tiempos en que lo uno y lo otro
10 sucedió, fuéron casi todos unos. Y si fuéron ellos tambien estos mesmos Almeonides, parece que podian ser aquellos que las Corónicas de Castilla (corrompido el vocablo) nombráron Almonides ó Almozudes, que dicen haber entrado por España, haciendo los daños y males que dexamos escritos en el segundo capítulo deste segundo libro, pues el nombre fué casi uno, y tambien todas nuestras escrituras españolas confiesan aquellos Almonides ser Griegos de nacion: solo discrepan en hacer sus Almonides algo mas antiguos que los Almeonides, de quien agora hablamos, y en atribuirles la fundacion de ciertas poblaciones que verdaderamente nunca hiciéron, como ya

por

por aquel segundo capítulo sobredicho queda declarado. Dexadas, pues, conjeturas aparte, dicen nuestras 11
Historias, que desta suerte los moradores de Cádiz con sus Fenices de Sydon y de Tyro fuéron arrancados de lo principal que poseian en el Andalucía con sus valedores y parciales, y su templo y su ciudad destruidos de todo punto, por las causas que tenemos contado. Donde claramente pareció, los nego- 12
cios llevados con soberbia, demasías y crueldad, como lo lleváron estos Fenices, jamas tener buena salida ni buenos fines; al contrario de los que seguian con templanza, moderacion y buen tiento, que son las tres cosas que mas juntas andan con la prudencia: puesto que Justino en el postrero libro de sus Corónicas diga, que todas estas guerras y daños, quantas los Españoles hiciéron contra los de Cádiz, y contra sus confederados, fué por la mucha prosperidad, y de grandes acrecentamientos del gran templo y de su ciudad, y no por otra causa ni razon justa: lo qual todo segun va contado y escrito, feneciéron, y se concluyó cerca de los años de quinientos y diez y siete primero que nuestro Señor Jesu-Christo naciese; poco despues que Darío, Rey de los Persianos, alzó de todo punto la sujecion y captiverio que los Judíos padecian en Babilonia, donde residiéron por espacio de cincuenta años, desde los tiempos que Nabucadnecer ó Nabucodonosor, el segundo deste nombre, que tambien vino en España, los llevó desde Judea.
No es este Darío aquel Rey á quien despues venció 13
el gran Alexandro, Rey de Macedonia, sino un otro venturoso y notable Príncipe, que como ya dixe, los Historiadores Griegos y Latinos llaman hijo de Histape: los libros Hebraycos, algunas veces por otro nombre le dicen Artaxerxe, segun afirma Rabi Salomon, y Aben Esdras, en cuyo tiempo sucediéron por el mundo cosas muy notables y señaladas, como fué-

ron la reedificacion del templo de Jerusalen, el qual habiendo quedado destruido por los cimientos desde que Nabucadnecer lo quemó, fue concluida su labor, y perfectamente restaurado por consentimiento deste
14 Rey, en el año segundo de su imperio. Aconteció mas en sus dias, la fundacion de Marsella, la muerte de Hyparco, el tirano de Atenas en España, lo qual
15 dexamos escrito de los Fenices. En Italia tambien los Romanos poco despues que los tales Fenices quedáron destruidos, quitáron de su ciudad los Reyes que tenian, y pusiéron dos personas cadeñeras que go-
16 bernaban su república. Muchos otros acontecimientos y hazañas pasáron en aquella sazon, de quien los Historiadores hacen notable memoria: las quales no ponemos aquí por no pertenecer á la Corónica de España.

CAPITULO XXX.

Como los de Cádiz y sus Fenices viéndose vencidos de los Españoles, enviáron mensageros á la gran ciudad de Cartago en Africa, pidiéndole favor, y de la buena respuesta que los Cartagineses les diéron con ayuda de gentes, y de quanto pedian.

Conociendo los de Cádiz y sus Fenices que ya
1 por ningun modo se podian conservar entre los Andaluces, y que toda la gente de sus fronteras andaba movida contra ellos, tuviéron gran temor que pasados adelante se meterian dentro de la isla, para destruir quantos pueblos hallasen en ella. Y mirando ser
2 este peligro muy cierto si los Andaluces porfiasen en la guerra, congojábanse mucho, no sabiendo parte, ni pueblo ni provincia donde pudiesen haber socorro, porque ya la ciudad de Tyro no tenia tal prosperidad qual solia, para que de allí lo esperasen, á causa que pocos años ántes del tiempo que tratamos agora, gran multitud de esclavos extrangeros, nacidos en di-

diversas provincias que moraban dentro della, se rebeláron contra sus amos, y puestos en armas despedazáron quanta gente halláron dentro, y así tenian usurpada la ciudad con enemiga terrible de todos aquellos que primero valian, y podian algo en Tyro, y en qualquiera otra parte de su parentela. De manera, 3
que con estar aquella ciudad de Tyro muy enflaquecida y deshecha por el daño que desto resultó, no halláron los de Cádiz y sus confederados otro remedio, sino despachar embaxadores á la Señoría Cartaginesa pidiéndoles ayuda, como de parientes principales entre su linage, pues como ya contamos en lo pasado, la gran ciudad de Cartago con lo mejor de Cádiz fué todo poblacion de los vecinos de Tyro, y los de Tyro, de los de Sydon y de los Eritreos: de suerte, que sucedian los unos de los otros en una mesma gente y linage. Estos Cartagineses Africanos 4
andaban ya tan poderosos á todo cabo, que su ciudad era de las principales del mundo. Por tierra po- 5
seian las mejores provincias y tierras Africanas, con casi todas las islas que van desde las fronteras de Italia, hasta el estrecho de Gibraltar: y por el agua, ningun pueblo de quantos habia por esta sazon traia tales armadas, ni tal potencia sobre la mar: de lo qual allende que los Autores Gentiles quantos escriben Historias todos lo confiesan, hallamos tambien grande relacion dello por muchas partes de la Sagrada Escritura y Profetas, alabando las armadas de Tarsis, que dicen ser la mesma que la gran Cartago, segun escribiéron los setenta Intérpretes que trasladáron aquel santo volúmen de hebrayco en lengua griega. Y pues- 6
to que la ciudad de Roma tambien aquel tiempo creciese por las regiones Italianas, y subiese cada dia mas, cierto sabemos que por estos dias no se comparaba con el poder de la gran Cartago. Llegados en Africa 7
los mensageros de Cádiz, hiciéron muy entera relacion

cion de quanto pasaban en España, declarándoles el estrago que los Andaluces habian cobrado por sus exércitos, y como los tenian despojados de todas sus tierras quantas poseian acá, las quales eran suyas pacíficas, heredándolas de sus antepasados, labrando por ellas fortalezas y torres, edificando poblaciones, aclarando muchos mineros de metales y de pedrería preciosa, con acrecentamiento, prosperidad y mejoría de la provincia, procurando eso mesmo todos los bienes y provechos que podian á los naturales della, mostrándoles muchos artificios de gran industria, razon y humanidad: pero que los tales con su ferocidad y crueza natural, nó agradeciendo cosa déstas, los habian echado fuera del todo, y embravecídose por tal arte, que ya no contentos con las muertes y destrozos que por ellos hiciéron, se determinaban tambien á pelear contra los dioses, y contra sus ministros, no teniendo memoria ni veneracion á las cosas divinas ni humanas, y les habian abrasado su templo que mandó cimentar y hacer el dios Hércules, con quien así los de Cádiz y de Tyro, como la gran señoría de Cártago tuvo continuamente su principal devocion, y les habian asolado la ciudad que tenian debaxo de la proteccion y defensa de su divinidad, que no ménos la pudieran contar por lugar santificado y religioso de sus dioses, segun su concierto, justicia, buena gobernacion, y santa manera: la qual ya que todas las otras cosas le faltaran, merecia durar para siempre por la suntuosidad y hermosura de sus edificios, y por los trabajos grandes, fatigas y gastos con que la hiciéron: y que no contentos los Andaluces con haber intentado tantas enormidades tan crueles y tan extrañas, quales nunca se podrian contar, querian agora pasar dentro de Cádiz para los acabar de todo punto, hasta que no dexasen memoria dellos, y despojarlos de la poca tierra donde su dios Hércules, hijo de Osiris,

los

los habia puesto primero, y despues los de Tyro y
Sydon se habian conservado con sobrada gloria de
todo su linage. Por tanto les rogaban, que mirados 8
estos agravios; como personas que tenian á la sazon
el mayor poder y señorío de las gentes, en quien de-
bian hallar remedio los afligidos y desconsolados, les
favoreciesen á tal necesidad, aunque no fuese por mas
de por vengar el desacato que se tuvo contra los dio-
ses inmortales; mayormente que segun el parentes-
co de los unos á los otros, era notorio de todos los
daños que por Cádiz viniesen, cabia gran parte de-
llos á la república Cartaginesa. Con esto pusiéronles 9
delante la grandeza y excelencias de España, su fer-
tilidad, sus abundancias, los crecidos bienes que te-
nian de ganados, pastos, herbages, bosques y monta-
ñas, las riquísimas venas de metales, los muchos y
copiosos mineros de plata, de oro, de piedras pre-
ciosas, de las quales mostráron margasitas y señales
en gran diversidad, para que con la codicia desto, se
moviesen á mas fácilmente les ayudar. Alabábanles eso 10
mesmo la buena gracia del sitio que tenia, diciéndo-
les quán apropiada la hallarian para los tratos de na-
vegacion, por estar casi toda rodeada de mar, lle-
nísima de puertos abrigados, donde podria Cartago
tener salida para sojuzgar con sus flotas el mar Océano
de Poniente, no ménos el Mediterráneo de Levante
desde el estrecho adentro, por haber en ella todos los
aparejos quantos en esto podian desear. Declaráron- 11
les otrosí, la condicion y manera de los Españoles,
como todos en general eran por aquel tiempo gente
sin rezelo de mal ni de bien que les pudiese venir;
quán simples y descuidados vivian en todos sus nego-
cios, esto no solamente los Andaluces con quien ha-
bian de tratar la pendencia, sino tambien las otras
naciones de mas adentro, que ni se favorecian, ni se
buscaban, ni casi se conocian, y quanto mas adelante
de

de la tierra moraban, tanto mas eran ásperos y silvestres: lo qual seria todo muy gran ocasion, para que fenecido lo del Andalucía, pasasen los Cartagineses á las otras provincias y naciones restantes, y las ocupasen fácilmente, sobre lo qual prometia Cádiz darles tal industria, que muy en breve poseyesen to-
12 das las Españas á su voluntad. Finalmente tantos artículos dixéron en esta razon, y tan bien lo supiéron representar, que los Cartagineses movidos á tan gran interese, determináron darles quanto favor fuese posible, puesto que tenian ocupaciones gravísimas de negocios importantes, y conquistas emprendidas en otras partes á que les era necesario mirar: pero con todas ellas luego como mejor pudiéron, aparejáron fustas y gente con Capitanes y municion, mandándoles que de camino si fuese posible, requiriesen las palizadas y reparos en las islas de Mallorca y de Menorca, que los años ántes habia su gente labrado por allí, con lo restante que sobrase, dexándoles buen recaudo quanto bastaba para las retener, se juntasen con
13 estos otros á la jornada de España. Lo destas islas no se pudo por el presente hacer tan cumplido como debiera, y así despues de todos embarcados y juntos, llegáron á Cádiz con los embaxadores sobredichos, que venian muy contentos á maravilla del buen des-
14 pacho que traian. Está fué la primera jornada que los Cartagineses Africanos hiciéron de propósito á la tierra de España, en el año siguiente despues del rompimiento y desbarato de los Fenices de Cádiz, quando se contaban quinientos y diez y seis años ántes del advenimiento de nuestro Señor Dios, y mil y seiscientos y quarenta y ocho despues de su poblacion.
15 De la qual entrada redundáron adelante mayores y mas terribles turbaciones en diversas provincias della, que todas las pasadas, como lo verémos en el pro-
16 ceso desta gran obra. No faltan algunos Escritores nuevos

vos de mi tiempo, que certifiquen haber sido la tal venida de los Cartagineses Africanos en España muchos años adelante, de lo que la ponemos en esta parte: y ciertamente hicieramos dellos aquí poca cuenta, si no tuvieran de su parcialidad al Maestro Antonio de Lebrija nuestro Preceptor, en un tratado que comenzó de hacer en lengua castellana, declarando las antigüedades españolas, por mandado de la Serenísima Reyna Doña Isabel nuestra señora natural: pero de creer es, que si lo feneciera y emendara, siendo persona tan excelente, mudara lo que en esto dixo, juntamente con algunas otras cosas que tambien allí ponia; pues todas las Historias auténticas de España quantas en esto hablan, lo señalan en el tiempo
que lo señalamos aquí. De las Corónicas latinas ninguna lo contradice: muchas de las Griegas declaran, que muy pocos años adelante deste tiempo que tratamos agora, los Cartagineses en sus guerras Africanas y de Sicilia, traxéron exércitos Españoles del Andalucía, cogidos á sueldo, significando la contradiccion que ya comenzaban á tener en aquella provincia, segun que muy presto lo contarémos todo por extenso. 15

CAPITULO XXXI.

En que se cuentan los nombres de las gentes y naciones Españolas que moraban en el Andalucía, quando los Cartagineses viniéron allí para favorecer á los de Cádiz y sus Fenices, contra los provinciales de la tierra.

Luego como los Cartagineses aportáron en Cádiz con aquel buen aparejo de su flota, lo primero que hiciéron fué comenzar á correr la marina frontera del Andalucía, considerando los puertos y lugares 1
de quien se podrian aprovechar en lo venidero. Des- 2

pues que lo tuviéron conocido, saltáron dentro de las comarcas, y pusiéron en ellas sus guarniciones bien ordenadas, así por aquellos lugares y castillos que los Fenices primero tenian sobre la costa, como por otras fortalezas y moradas, que tambien ellos comenzáron á poblar de nuevo, desde los quales calaban y penetraban de dia en dia, haciendo daño en los Andaluces adversarios de Cádiz, así que muy en breve tuviéron noticia cumplida de todas las maneras y tratos y condicion de la gente con quien venian á competir, y del sitio de su provincia que llamaban al presente Bética, con los asientos y calidad de toda su comarca, juntamente con quantos provechos dentro contenian. Halláron ser cosa muy cierta la fertilidad,
3 y los mineros de plata y de oro y de pedrería preciosa que los de Cádiz habian publicado, y aun mucho mas de lo que dixéron ellos. Notáron otros los
4 aledaños y límites y linderos que tomaban dentro toda la provincia Bética: los quales como dexamos ya señalados en el primer libro, comenzaban á la parte de mediodia, desde la boca del rio Guadiana por la costa de la mar, hasta una villa nombrada Murgi, pueblo principal en aquellas marinas, que despues fué dicho Murgacras, como presto se verá, y agora le decimos Muxacra. Desde aquí pasaba el otro lindero de
5 la tierra por cerca de la villa de Vera, que tambien la decian en aquel tiempo Velaria, donde comenzaba una raya derecha, que fenecia sobre la ribera del rio Guadiana, poco mas alto de donde hallamos estos dias Villanueva de la Serena: despues aquel mesmo rio fué la raya, mojon y aledaño desta provincia por los lados de Septentrion y Poniente. Supiéron mas los Car-
6 tagineses nuevamente venidos, que por todo el espacio de la tierra contenido dentro destos límites, vivian tres diversidades de gentes Españolas discrepantes en los apellidos, aunque conformes en la lengua; con-

condicion y manera de vivir. Los unos decian Bastu- 7
los, moradores en la marina solamente, de la costa
que viene desde Tarifa, hasta las sobredichas villas de
Vera y Muxacra; cercanas mas á la mar en todos
aquellos dias que no las vemos agora. En una peque- 8
ña parte desta ribera sobre la canal del estrecho, re-
sidian dos linages de Bastulos, unos llamados Masie-
nos, otros Selbisos; entre los quales hubo moradores
Fenices, segun diximos, que tambien por allí como
por toda la marina oriental de mas adelante, bas-
teciéron pueblos de gente de Cádiz y de su nacion,
quales fuéron Málaga y Almuñecar y Salobreña y Adra
con las Algeciras, sobre las quales andando los tiem-
pos multiplicáron estos Cartagineses en aquella mes-
ma costa muchas otras; tanto, que toda la vivienda
desta marina se tuvo despues entre los antiguos por
cosa de fundacion y cimiento Cartaginés, incorpora-
do con los Andaluces Bastulos antiguos, cuyo nom-
bre y apellido permaneció por allí largo tiempo. En- 9
cima destos Bastulos, moraban otros Españoles nom-
brados Turdulos, y comenzaba su comarca de un lado
sobre la mar, junto con el puerto de Menesteo, que
llaman agora de Santa María, donde casi los mas que
dentro moraban era gente Griega de nacion, mezcla-
da con Españoles, y los unos y los otros confedera-
dos á Cádiz: pero no participantes ni contentos de
los daños que los dias pasados aquellos Fenices obra-
ban en el Andalucía. Desde aquel puerto pasaba la 10
provincia de los Turdulos por dentro siempre de la
tierra, entre Xerez y Medina Sidonia, y entre Arcos y
Alcalá de los Gazules, y subian por allí contra el Sep-
tentrion oriental, hasta cruzar con el rio Guadalque-
vir, pocas leguas abaxo de donde fué despues Córdo-
va fundada: la qual se contó por discurso de dias en-
tre los mesmos Turdulos Andaluces. Proseguia mas la 11
division por las faldas de un pedazo de Sierramorena,

hasta dar en la raya primera y oriental de Bética.
12 Con una pequeña parte destos Turdulos Andaluces en que caia Medina Sidonia, Bejel, Alcalá de los Gazules, era la principal competencia de los Fenices de Cádiz, porque las gentes de la costa quantas moraban desde el puerto de Santa María, hasta cerca de Conil, todas favorecian á Cádiz: las quales eran por aquellos dias, llamadas los Turdulos Curenses, y tenidas
13 entre ellos como linage sobre sí. Desde Conil á Tarifa, moraba tambien otro linage de los mesmos Turdulos Andaluces, á quien antiguamente llamaban Lignios, contados en aquellos que los Griegos por so-
14 brenombre dixéron Tartesios. Destos Lignios solian creer mucha gente, que quantos en aquella casta nacian, tenian siete costillas no mas en cada lado, siendo cierto, segun los Escritores antiguos afirmáron, que todos los hombres del mundo nacen ordinariamente con ocho costillas, y mucho mas cierto que son doce
15 por cada lado. Decian eso mesmo todos ellos, no tener tantos dientes como las otras gentes ó naciones.
16 Muy apartados moraban adelante dos linages de Turdulos Andaluces, dichos por nombre proprio Melesos y Gyrisenos, en la tierra donde son agora la ciudad de Jaen, y las villas de Alcaudete, Arjona, Vaena y Alcalá la Real: los quales Melesos y Gyrisenos ocupaban toda la comarca por allí, hasta las aguas
17 del rio Guadalquevir. El espacio restante de la Bética ó Andalucía, hasta dar en Guadiana, poseian otros Españoles nombrados Turdetanos, que fuéron siempre la mayor gente de todas estas provincias, y los que quando viniéron aquellos Cartagineses en España, tenian mas lugares y mas poder en la tierra: y aun despues vino tiempo que casi tomáron dentro de sí las otras gentes de los Turdulos arriba dichos: donde resultó lo que muchos Autores Cosmógraphos afirman en sus libros, diciendo los Turdetanos antiguos,
y

y Turdulos del Andalucía ser una mesma nacion, como se puede ver en Tito Libio, y en el tercero libro de Estrabon, donde dice, que ya por su tiempo no les hallaba diferencia, ni parecia division que los
apartase. Tenian estos Turdetanos Andaluces linages 18
y parentelas entre sí, como tambien tenian los otros Andaluces Turdulos y Bastulos, unos llamaban Cibicenos, que poseian solamente tres leguas de la marina, quanta va desde el puerto de Santa María, hasta la boca de Guadalquevir, en cuya meytad estaba la torre Geronda, de quien hablamos en el primer libro, morada vieja de Gerion, el antiguo tirano de España.
Dentro de la tierra vivian otros Turdetanos llamados 19
Ileates, y cerca dellos otros que se decian Cempsios, y metidos poco mas adelante los Maneos, todos estos entre Guadalquevir y Tarifa, porque del otro lado del rio contra la vuelta de Poniente, solo hacen los Cosmógraphos memoria de los Albicenos Turdetanos, y tambien de los Cynitas que tomaban dentro de sí gran pedazo del rio Guadiana, puesto que tambien escriban haber otro tiempo morado por aquellas fronteras los Cempsios ya dichos: y por guerras que tuviéron con sus comarcanos, dicen que pasáron á Guadalquevir, y se quedáron del otro lado del agua,
donde residian en este tiempo. Fuéron tambien otros 20
Turdetanos llamados Colimbros, y mas otros que se decian Astiros, como lo certifican entre nuestros Coronistas los dos Julianos, no moradores en comarca, ni region apartada, sino repartidos entre las poblacio-
nes y lugares de su gente. De todos los Turdetanos 21
en general, fué cabeza mayor la ciudad de Turdeto, de quien ellos parece que tomáron su nombradía: la qual en aquellos dias hubo dado mucho favor para la destruicion del templo y ciudad de los de Cádiz y sus Fenices, por ser tan allegadas la una con la otra, que segun las señas hemos ya declarado de su postu-

tura, no parece que pudo ser entre ellas ambas mas que tres ó quatro leguas de viage.

CAPITULO XXXII.

Del bravo recuentro que los Capitanes Cartagineses recien venidos en España, pasáron en llegando con algunos Andaluces contrarios, y de la guerra que se comenzó de los unos á los otros en aquella tierra.

1 Pasada la flota Cartaginesa desde Cádiz en lo firme del Andalucía, hechos algunos saltos y robos primero por las marinas, y despues algo mas dentro por la comarca, segun ya contamos, comenzáron muchos lugares á se rezelar y bastecer y pertrechar contra sus dañadores, particularmente los vecinos de la ciudad de Turdeto, de quien ya tenemos escrito, los quales, con mucho mas poder, y mas diligencia que ninguno de los otros pueblos, se pusiéron á punto, no solo para resistirles, sino tambien para los ofen-
2 der, si dañasen alguna cosa de su ciudad. Acaudilláron otrosí la gente comarcana, señalando por Capitanes y quadrilleros entre sí, personas que tuviesen cargo del negocio, entre las quales personas dicen haber sido principal Capitan y caudillo sobre todos, uno llamado Baucio Caropo, ó segun lo nombra Don Sebastian Electo de Salamanca, en el prólogo de sus historias, Bocio Capeto, natural y morador en aquel pueblo de Turdeto, varon de crecida estatura, dotado de grandes fuerzas y esfuerzo, pero no de ménos virtud y prudencia, tanto, que ya desde muchos años ántes juzgaba la gente de su ciudad, y lo mas de todas sus comarcas en los pleytos y debates que sucedian con otros siete varones semejantes á él en bondad y discrecion, á quien este Baucio tenia seña-

la-

lados para compañeros de su cargo, muy entendidos, y sabios todos ellos en la Geometría, Leyes y Filosofia Moral de los Andaluces Turdetanos: las quales leyes fuéron antiquísimas, segun escribimos en el tercero capítulo del primer libro, y comunmente las aprendian de cabeza los varones nobles y principales de esta gente, para que teniéndolas en memoria, supiese gobernar á sí, y á los otros vulgares de sus
pueblos. Eran aquellos Gobernadores, y tambien Bau- 3
cio Caropo, de la generacion y linage que diximos en el onceno capítulo deste libro, morar por las comarcas fronteras á Cádiz, á quien solian revelarse cosas venideras en sueños, y ni mas ni ménos declaraban otras visiones que qualquier hombre soñase, si
traian significacion de cosa venidera. Salian sus pro- 4
nósticos por la mayor parte tan verdaderos y ciertos, que comunmente reputaban aquella casta por gente
divinal. Siendo, pues, tal este Baucio Caropo, sabido 5
que los Cartagineses y todos los de Cádiz eran ya pasados en el Andalucía, donde repartidos por la tierra, luego de la primera llegada quemáron ciertas caserías, y tomaban ganados, y prendian, y mataban hombres de su nacion quantos halláron á la mano: pesquisó contra qué parte discurrian ciertas banderas Africanas que hacian lo mas deste daño: las quales tuvo noticia muy cierta que corrian el campo mas delanteras que las otras, y se recogian en una palizada que por allí tenian, cercada de fosas y bien fortalecida, con un Capitan Cartaginés mucho diligente y astuto, llamado Mecerbal, ó segun otros escriben, Maharbal, que procuraba de sostener aquella pendencia mas que
nadie. Luego como de todo fué certificado Baucio 6
Capeto, salió de su pueblo venida la noche, con el
número de gente que le pareció necesario. Y llega- 7
dos á las estancias de los Cartagineses, acometiéron por todas partes tan animosamente, que saltadas las fo-

fosas, entráron lo fuerte de la palizada, donde se comenzó la matanza mucho cruel y sangrienta, con tanta presteza que casi nadie pudo librarse de prision ó de muerte, sino fuéron Mecerbal el Capitan, y muy pocos otros, que viéndose perdidos, tomáron caballos, y desamparada la gente que moria, se pusiéron en salvo, heridos y maltratados primero que de la pali-
8 zada saliesen. Con esto los Turdetanos y su Capitan tornáron á la ciudad; y los despojos que por allí ganáron, aunque fuéron pocos, y no muy preciosos, los colgáron en el templo de sus ídolos, con algunas manos diestras que cortáron á los muertos principales, y las pusiéron entre las otras preseas, como lo tenian de costumbre, por memoria de sus victorias.
9 Aquello fenecido, porque la gente gustase mas de la prosperidad, y los enemigos cobrasen doblado pavor, el dia siguiente Baucio Caropo vino por las riberas abaxo del rio que decimos agora Guadalete, caminando contra la mar, de quien hablarémos adelante mas particularidades en los treinta y quatro capítulos venideros: y como supiese que tambien allí tenian los Cartagineses algunas barcas y bateles llenos de mantenimientos, y de diversa provision, acometiólos presto con mucha ferocidad: y tomados á prision, algunos que se defendian les puso fuego, quemándolos
10 casi todos con quanta carga tenian. Esto dió gran temor á los contrarios para no se desmandar como quisieran, y para vivir mas avisados que primero: pero mucho mas los refrenó cierto salto, que poco despues el mesmo Baucio quisiera dar en otro reparo cerca déste, puesto que no pudo venir en efecto como lo pasado, porque los Cartagineses que lo defendian, quando supiéron que Baucio llegaba, desampararon el sitio, dexando todas sus armas y provisiones, sin esperar á recoger cosa dellas, como negocio que les iba ménos que en salvar las vidas, ó tambien porque de-

detenidos los enemigos en el robo, tuviesen los Cartagineses mas lugar en la huida, como de hecho sucedió quando los Turdetanos y su Capitan llegáron, que recogido quanto por allí pudiéron haber, se volviéron á su pueblo cargados de muchas preseas, y lo pusiéron en la parte que primero tenian el robo de los otros recuentros que con ellos habian pasado.

CAPITULO XXXIII.

Como los Cartagineses recien venidos en España mudáron el estilo de la guerra, poniendo treguas con algunos Andaluces: con otros prosiguiéron la pendencia tibiamente, favoreciendo siempre la parte de Cádiz en gran disimulacion y cautela.

Hiciéronse tan á tiempo los desbarates pasados, 1
y con tal esfuerzo y denuedo, que visto por los Cartagineses el daño que recibian, y que los Turdetanos andaban airados, y se paraban á la guerra de propósito con Capitanes señalados, no lo soliendo hacer sino quando tenian cosas muy determinadas, parecióles que para poder quedar en aquella region y comarcas, efectuando la demanda secreta que pretendian, convenia segurarlos por el presente, y no permitir que de gente tan poderosa por aquellas partes tuviesen contradiccion. Á este fin les enviáron luego men- 2
sageros, diciendo, que ciertos Capitanes suyos, no sabiendo las divisiones ó repartimientos de la tierra, se metiéron por aquella region de Turdetania, haciendo males y daños en ella: de lo qual á todos los otros Cartagineses habia desplacido, porque su principal intencion era pacificar las turbaciones pasadas, con el mesmo rigor y castigo que fuese posible, generalmente por todas las gentes que hubiéron ofendido á los de Cádiz, y á sus templos y dioses y cosas santas,

pero sin ménos daño que de nadie, con la nacion de los Turdetanos, á quien tenian especial mandamiento de la señoría Cartaginesa que los recibiesen en su confederacion, y les hiciesen todas las buenas obras y buena vecindad que pudiesen, así por lo merecer ellos, como por tener ya noticia que de todo lo hecho contra Cádiz fuéron poco culpados, y que para seguridad de lo dicho, mandarian á la hora, que las compañías Cartaginesas quantas por allí se desmandaban, saliesen de su provincia Turdetana, sin hacerle mas daño: por tanto, que los Turdetanos reposasen y dexasen las armas, no queriendo tomar rezelo de quien no tan solo no los habia de injuriar, sino vedar y contradecir á qualquier otra gente que les ofendiese.

3 Parecióles muy bien á los Turdetanos Andaluces la peticion destos Cartagineses, segun aquellos dias eran inocentes y bien acostumbrados: y quanto á la república della respondiéron, que holgaban en oir sus buenas razones y comedimientos, aunque las obras primeras fuéron mucho contrarias de lo que publicaban agora, mas que salidos ellos de la provincia Turdetana como prometian, lo tendrian todo por cierto: quanto á lo venidero, harian como les hiciesen, pues dado que los vecinos de Turdeto con toda la nacion Turdetana, fuesen conocidamente deseosos de paz, siendo la guerra necesaria, holgaban tanto con ella como con el reposo, porque lo tal amonestaban y mandaban sus leyes antiguas, á quien ellos tenian por instruccion y precepto de su vivir: lo demas guiasen los dioses como les pluguiese, favoreciendo las partes justas, y confundiendo los tiranos donde quiera

4 que saliesen. Esta respuesta (segun fué bien atentada) podemos conjeturar que la darian por consejo del Andaluz Baucio Caropo su Capitan, del qual no hallamos otra memoria fuera de lo que diximos en el capítulo precedente, mas de ser muerto pasados po-

cos

cos dias, y que sus parientes lo sepultáron magníficamente, poniéndole por el contorno del monumento tantos pedrones ó pizarras en hiestas, quantos adversarios le viéron matar en las guerras, y qüestiones en que se halló quando fué vivo: porque tal costumbre tenian en sus mortuorios casi todas las gentes Españolas de su tiempo., y aun lo tuviéron las de muchos otros años adelante. Llamaban aquellos pedrones 5
nes ó pizarras levantadas, calpas ó calepas en su lengua provincial, como lo significa Juliano Diácono.
Los Capitanes Cartagineses considerada la resistencia 6
grande que por allí se les hacia, dexáron aquella provincia de los Turdetanos, y revolviendo sobre las otras gentes Andaluzas de la comarca, trabajaban principalmente de conservar los lugares y poblaciones de Fenices, Tyrios y Sidonios, en que los Andaluces no tocáron, que segun ya señalamos en el onceno capítulo, fuéron algunas en aquellos derredores, sin la
de Medina Sidonia que halláron destruida. Bastecian 7
otrosí qualesquier estancias ó sitios ó torres de las antiguas, donde no pareciese dificultad: desde las quales proseguian su pendencia cautelosamente, porque quanto mas duraban en ella, tanto mejoraban sus negocios, reconociendo las maneras con que se debian
tratar los Andaluces. Si por algun cabo vian resisten- 8
cia notoria, procuraban luego confederaciones y nuevas amistades: con color de las quales entraban, y se metian entre la simplicidad de todas aquellas gentes, y las ocupaban mas fácilmente con este tal engaño, que con las armas, ni con otro rigor que les pusieran.
En otros lugares flacos mostrábanse crueles, si lo po- 9
dian hacer á su salvo, publicando ser aquello venganza de las injurias hechas á los de Cádiz. Desta suerte, 10
pasados pocos años, unas veces por bien, otras veces por mal, no les quedó cosa que no tuviesen á su mandar en aquellos derredores, ó no la juntasen á

su confederacion, con tantas astucias y dobleces, que los de Cádiz se tenian por muy satisfechos y vengados de quien mal querian: y junto con esto la mayor parte de los otros Andaluces que primero fuéron contrarios, amaban y servian la parcialidad Cartaginesa, lo qual era la cosa que Cartago mas procuraba, porque verdaderamente todo su deseo fué desde los primeros dias que tuviéron noticia de España, arraygarse quanto pudiesen en ella, no solo por el Andalucía, como los Fenices pretendiéron, sino por to-
11 das las otras provincias que mas pudiesen. La ciudad y templo de los de Cádiz que los años pasados fué destruida, nunca tentáron á restaurarla, porque segun habia sido enojosa y aborrecible á los de la tierra, temiéron que si viesen los Andaluces el edificio renovado, se moverian de nuevo y aun podria ser que tornados á juntar con los Turdetanos y Galos Célticos, como la primera vez revolviesen la guerra solo por aquel respecto.

CAPITULO XXXIV.

De la discordia grande que se recreció entre los vecinos de Cádiz y los Cartagineses, en que despues de haber peleado unos con otros, los Cartagineses fuéron echados fuera de la ciudad con muchos daños y muertes que hiciéron en ellos.

1 En estos negocios gastáron los Cartagineses algun tiempo, disimulando con los unos y con los otros, y publicando ser toda su voluntad confederar á los Andaluces con los de Cádiz, para que (pues ya parecian estar satisfechos en lo principal) viviesen amigos y concordes en lo de por venir, dado que, como dixe, pareció ser mas verdadero y mas al propósito de sus intentos, negociar y mirar en qué manera podrian ellos

ellos quedar en la tierra, sojuzgando los que primero la poseian, y señoreándolo todo: para lo qual llevar adelante, y poderlo emprender y principiar con ménos estorbo, comenzáron poco despues á se congraciar dentro de Cádiz encubiertamente con el linage de los Fenices contra los antiguos y naturales de la mesma ciudad, poniendo mucha division entre los unos y los otros, formando discordias y parcialidades en lugar de la gran conformidad que siempre tuviéron tantos años y siglos, porque desta suerte les parecia que los podrian despojar de la isla, ó por lo ménos de la ciudad y tenerlos en tal servidumbre, que los Cartagineses quedasen allí como señores absolutos, y no como compañeros allegadizos, segun que los Fenices habian estado: lo qual emprendiéron tan sotilmente, que desde los primeros negocios no quedó lugar en toda la costa, donde no tuviesen lo mejor y mas fuerte, con provision de pertrechos y gente bastante para segurarlo, consintiéndolo tan bien los mesmos Fenices sus pobladores, y aun en la mesma isla y ciudad de Cádiz, no faltó cosa fuerte ni de las importantes que secretamente no quedase desta suerte.
2 Tenian junto con esto muy ganadas las voluntades de la gente forastera quanta comunicaba por la isla, no solo de los Africanos que venian á ella de contino, sino tambien de los Andaluces, dándoles entrada libre para venir, y pasar, y contratar en ella como quisiesen: todo tan ordenado, que despues quando los naturales de Cádiz quisiéron mirar en sí, halláron á la verdad ya no tener cosa libre dentro de su isla, ni de su ciudad, y que todo lo mandaban Cartagineses.
3 Viéronse notoriamente tomados á manos, sin libertad y sin poder alguno: los placeres de lo pasado se tornáron en doblada tristeza, mostrando crecido dolor.
4 Y platicando los unos con los otros quejas gravísimas destos Cartagineses y de los Feni-
ces,

ces, á cuyos progenitores sus antepasados hubiéron recibido consigo, sustentando sus opiniones en todas las cosas que tentaban, negando por ellos el amistad de los Andaluces sus fronteros, y de las otras gentes sus vecinas, de quien siempre les viniéron grandes provechos: en cuya satisfacion y regradecimiento les daban agora tal pago, mucho contrario de lo que me-
5 recian y fuera justo. Viendo los Cartagineses la murmuracion de los de Cádiz, y que ya todos sus artificios eran descubiertos y sentidos, penavales poco
6 quanto decian. Y para mas encender el enojo traian maneras, como ni los ciudadanos ni los Fenices di-
7 simulasen algunas demasías que les placian hacer. Tan manifiesto pasaba todo, que los de Cádiz y los principales de la isla comenzáron á tomar armas y rezelarse dellos, y casi los mas dias habia qüestiones y rencillas en diversas partes del pueblo, y aun por el cam-
8 po tambien. Daban voces los de Cádiz donde quiera que se hallaban, publicando que los tales Cartagineses á quien su República traxera para conservacion y defensa de su libertad, eran los que la sujetaban con el mayor daño que de ninguna gente pudiera recibir: y ciertamente cosa fué temerosa ver una mudanza tan súpita de gente ya mezclada con estos Cartagineses, tan armada, tan proveida, sobre todo tan cautelosa de su natural, que jamas emprendian obra sin misterio, mayormente viéndolos conformísimos con los Andaluces enemigos de Cádiz, y con el otro linage de Fenices que los de la isla tenian entre sí: los quales no parescian allí ménos poderosos que los pro-
9 pios naturales antiguos della. Ventajas eran todas estas grandes y muchas á la parte Cartaginesa, mas al fin iban los negocios tan turbados, que no se pudiendo valer unos con otros, los de Cádiz aventuráron á perderse, haciendo su deber, ántes que dexar de pro-
10 var el remedio si lo hallasen. Un dia quando la nacion

cion Cartaginesa pareció tener mas seguridad, arremetiéron todos juntos, y diéron sobre la fortaleza cercana del pueblo: la qual fortaleza desde los primeros dias que los Cartagineses acá viniéron, la tenian en poder. Esta ganada con poco trabajo, segun 11
el arremetida fué recia, revolviéron sobre la gente contraria que por aquella mesma sazon halláron en la ciudad, y hecha gran mortandad en ella, los echáron todos fuera. Poco despues camináron así juntos 12
contra la torre fuerte que tenian en lo postrero de la isla sobre la punta mas oriental, á quien llamaban el cabo Cronion, por ser tambien importante para sus hechos: mas los que la guardaban supiéron toda la turbacion de la ciudad, y basteciéronse con tiempo para la defender. Y por esta causa los de Cádiz 13
la dexáron aquella vez, con propósito de la combatir adelante quando hallasen mejor aparejo.

CAPITULO XXXV.

Como revolviéron sobre Cádiz la gente Cartaginesa, combatiéron la ciudad y castillo della, cobrando por fuerza quanto primero poseian, y pusiéron toda la isla con sus moradores y vecinos en sujecion y servidumbre gravísima.

La guerra rompida por la manera que tenemos 1
escrito entre los de Cádiz y los Cartagineses, y publicada la division tan abiertamente con daños tan recios y tan crecidos, quisieran los de Cádiz pasar adelante sin otra dilacion, para tomar el templo de su Dios Hércules que tenian en la punta mas oriental de la isla, sobre la parte postrera que decian Heraclea, sino fuera porque todos los principales Cartagineses y Fenices, que se libráron del alboroto de la ciudad y del castillo, viniéron allí huyendo para se fortalecer en

en el templo con reparos y con gente quanto po-
dian apañar, y estaban muy á punto de rondas y de
2 velas, y de todo lo necesario para su defension. Des-
de allí comenzáron á salir muchas veces á pie y á
caballo, dando rebatos continos en el pueblo: traba-
ban escaramuzas unos con otros, y se robaban y da-
3 ñaban quanto podian. Las quales diferencias duráron
largos dias, dellos gastados en estas peleas y recuen-
tros particulares, y dellos en algunas pláticas de paz:
pero como la tal nunca se pudiese concordar, los
Capitanes Cartagineses entresacáron toda la gente
que buenamente podian de las guarniciones que tu-
viéron situadas por la costa del Andalucía; junto con
éstas apellidáron parte de los Andaluces confederados,
que ya por algunos lugares tenian muchos, y con
ellos comenzáron la guerra de propósito, publican-
do que los de Cádiz les daban malas gracias por los
trabajos pasados, y que despues de les haber segura-
do su ciudad, y sus tierras y sus personas, y venga-
do de sus adversarios hasta que mas no quisiéron, los
echaban de sí, matándoles el exército que tantas ve-
ces habia peleado por ellos: pero que muy presto
les mostrarian como la señoría Cartaginesa, ni sus na-
turales, no solian recibir semejantes afrentas de gen-
te nacida, puesto que fuese muy poderosa, quanto
mas de los Gaditanos, que con gran honra suya po-
dian ser muy bien sus vasallos, como tambien eran
otros pueblos de mas calidad y mas fuerzas, y co-
mo lo serian ellos al cabo, quisiesen ó no quisiesen.
4 Dichas estas cosas, y llegada su gente, pusiéron lue-
go sitio sobre la fortaleza de Cádiz, que como ya
declaramos, estaba poco desviada del pueblo: y así
comenzáron á darle combates muy denodados, pro-
veyendo siempre con gran diligencia que nadie la so-
5 corriese de gente ni mantenimientos. Andaban tan
cuidosos en esto, que bastaran muy bien para que
los

los cercados no se pudieran detener, quanto mas creciendo los combates por la parte de fuera, bravos y recios, y hambre terrible por parte de dentro: lo qual todo se hacia con tal enemistad, que despues de ser en ello muerta la mas y mejor de la gente cercada, determináron los Cartagineses ante que se levantasen del cerco, dexar asolada la fortaleza sobredicha para los escarmentar á todos en general, y para que los de Cádiz no pudiesen otra vez resistirles, ni perjudicarles en lo de por venir: solo faltaban ingenios ó herramientas para lo hacer desde fuera, por cáusa que las cosas de la guerra no tenian aquellos dias el primor que tuviéron adelante. Juntábase con 6
esto que las paredes del castillo fuéron de razonable tamaño, de piedras buenas bien asentadas, y los pocos hombres que dentro se defendian, obraban contino su posibilidad, puesto que muy enflaquecidos y menguados de lo necesario: pero ninguna perseverancia bastó para que los muros no fuesen aportillados en diversas partes, y despues á pocos dias entrados de todo punto. Las torres y cercas fuéron acabadas 7
de batir con unas vigas grandes que traxéron estos Cartagineses, las quales alzadas con mucha gente, daban desde lo baxo por aquellas partes de fuera con las cabezas ó cuentos dellas, muy grandes golpes en todo lo mas alto del muro, donde podian alcanzar: y así desencasáron las primeras órdenes de piedra, despues poco á poco de hilera en hilera viniéron baxando cada dia mas; derrocáron el adarve todo, hasta los cimientos. Esto hecho, como ya por aquella parte no tuviesen estorbo ni cosa de que temer, pasáron el cerco sobre la ciudad, procurando llegar á la cerca quanto pudiesen, buscando maneras para tambien la derrocar. Sobre lo qual probados muchos ar- 8
tificios, y visto que ninguno dellos la podia herir sin mucha pérdida de su gente, que se la mataban los

ciudadanos desde lo mas alto del muro con grandes
esquinazos y piedras que lanzaban en ellos, acordáron tener el industria mesma que tuviéron en el castillo, con otras vigas tan gruesas y tan largas que podian herir desde léjos de la cerca, salvo que por industria de cierto carpintero Fenice, llamado Pefasmeno, natural de la ciudad de Tyro, que por estos dias andaba con el exército Cartagines, añadiéron en aquellos ingenios otro madero levantado donde la viga principal quedase colgada con unas maromas ó cadenas, cruzada como balanza, porque tirando detras por ella tomase mas ímpetu para que la pudiesen arro-
9 jar libremente contra donde quisiesen. Deste modo hacian el golpe mayor y mas furioso, sin haber menester mucha gente para tener levantada la viga, ni
10 para dar el vayven. Así que los muros de la ciudad de Cádiz quedaron esta vez asolados como los del castillo, mediante los artificios del combate sobredicho, que segun dice Vitruvio Polion, fuéron los primeros de quantos se hiciéron en el mundo, para derrocar
11 paredes fuertes desde léjos. Andando los tiempos, añadiéron en ellos ruedas y nuevos aparejos para los llevar y mover donde quisiesen á poca fatiga, con otras ayudas, y con aforros, amparos y defensas en mucha perfeccion, á fin que los adversarios no los pudiesen quemar, ni tampoco herir á quien los guiase, como de todo harémos alguna relacion en los treinta capítulos del quarto libro.

CA-

CAPITULO XXXVI.

De las enemistades que sucediéron entre los vecinos del puerto de Menesteo con los Cartagineses sobre lo que biciéron en Cádiz, y de los grandes males que los unos y los otros en aquel negocio padeciéron.

A nadie pudo bien parescer la demasía que los 1
Cartagineses hiciéron en Cádiz, tan sin razon y tan presto: mas entre todos los que principalmente lo miráron y sintiéron, fuéron los del puerto de Santa María, que llamaban en aquellos tiempos de Menesteo, como personas que desde los principios de su fundacion tenian puestas ligas, y trabado parentesco con los de Cádiz, y tambien porque siendo este puerto la poblacion mas junta con Cádiz de todas las del Andalucía, por lo ménos de las que fuéron estimadas en algo, no les podia redundar algun bien del daño de la isla, ni de qualesquier forzadores ó tiranos que por ella quedasen. Esta fué causa para se re- 2
zelar cada dia mas de los Cartagineses, procurando dañarles en algo de lo que podian, no permitiendo jamas que ni los tales, ni cosa suya tuviesen participacion en su pueblo. Sucedió poco despues, que pro- 3
cediendo las cosas destas dos gentes en la disimulacion y rancor sobredicho, no rotas de todo punto, ni léjos tampoco de rompimiento: tentáron los Cartagineses otra novedad, con que no pudiéron excusar de venir á las armas muy presto, lo qual fué desta manera. Ya diximos en algunas partes desta Corónica 4
ca pasada, como por aquellos tiempos antiguos el rio Guadalquevir traia su corriente diversa de la de agora, dividiéndose primero que sus aguas lleguen á la mar en dos brazos bien espaciosos: dentro de los quales quedaba cierta isla, muy señalada por todos los Au-

5 tores Cosmógraphos que hablan deste rio. Tambien escribimos en los treinta capítulos del primer libro, que quando Menesteo Capitan Griego vino en España, despues de haber poblado sobre la costa del mar Océano, la villa deste mesmo puerto de Menesteo, que llaman agora de Santa María, pasó mas adelante para labrar un oratorio dentro de la isla de Guadalquevir, en que hizo sacrificios á sus ídolos, segun el estilo que la gentilidad en tales casos acostumbra-
6 ba. Pocos años despues los vecinos del puerto, con otros Andaluzes comarcanos á la isla, fundáron allí tambien una ermita de mucha devocion, como ya lo diximos, la qual en estos dias quando los Cartagineses viniéron, estaba muy acrecentada con edificios y riquezas, y con todo qualquier otro buen adornamento, mediante las dádivas y limosnas que todas las gentes comarcanas allí traian: y los vecinos del puerto sobredicho la conserváron y favoreciéron continamente, por ser cosa del Príncipe Menesteo, fun-
7 dador y principiador de su pueblo. En esta pusiéron ojo los Cartagineses despues de ganado lo de Cádiz, conociendo ser estancia muy conviniente para las entradas y contratacion del rio sobredicho de Guadalquevir, y propusiéron de la tomar so color de venir allí tambien ellos muy aficionados y devotos, á sus plegarias y sacrificios como las otras gentes, y lanzar fuera della si pudiesen á estos del puerto, que como digo la tenian á su cargo, defensa y administracion, así los dias presentes, como los dias de los Fenices, y de todas las otras naciones extrañas que primero viniéron en España, sin que nadie jamas tentase de
8 quitarles aquella posesion. Mas como llegado este tiempo (de quien al presente hablamos) todos anduviesen alrerados y revueltos unos con otros, despues de pasado lo de Cádiz, los del puerto por ninguna via consentian á persona de Cartago, la venida ni comuni-

ni-

nicacion de cosa que les tocase, ni que llegasen al Oráculo para sacrificar, como lo permitian á las otras gentes. De aquí comenzáron á quejarse los Cartagi- 9
neses, y tomar ocasion para levantar bullicios y pendencias contra los del puerto, disfamándolos por sacrílegos abominables, enemigos de los Dioses inmortales, y de toda su divinidad, pues vedaban que los hombres encomendasen á ellos sus deseos, y quitaban el provecho que de las plegarias y sacrificios redundaban en sus templos. Muchas otras palabras es- 10
candalosas decian los Cartagineses para mover la gente simple, sobre lo qual replicaban los del puerto, declarando los engaños y dobleces con que sus enemigos aquello decian. Trataban otrosí con muchos An- 11
daluces de su frontera, que dexasen el amistad Cartaginesa, pues era traicion quantas buenas obras y halagos de allí procedian, aforrados en falsedad encubierta, segun que con los de Cádiz habian declarado. Con esto negociaban sus hechos tanto bien, que 12
notoriamente dañaban á los contrarios quanto mas iban, y siempre les dañaran mucho mas, si los Cartagineses ante que los negocios fuesen adelante, no rompieran la guerra de todo punto. Pero como Cartago 13
tenia gran provision de navíos y fustas ligeras, y de mucha gente que recogian á sueldo, no salian los del puerto un solo paso por el agua, que luego no daban en ellos, y los robaban, ó mataban, ó llevaban cautivos: tampoco permitian que navíos de ningun otro lugar llegasen á la villa con provisiones ni contratacion, de que les pudiesen venir provecho, y aun dentro de la tierra les daban mala vida, con celadas que ponian diversas veces por los resquicios y calas de la ribera, donde salian al traves, y les robaban ganados, y personas quantas en el campo hallasen, quemándoles eso mesmo las caserías y cortijos, sin perdonar á nadie. En todos aquellos trabajos no se mostraban 14

pe-

perezosos ni flacos los vecinos del puerto, ántes vien-
dose rodeados de tales adversarios, y que la guerra
se les hacia con toda crueldad, traian su gente muy
ordenada, repartida por el término contra las partes
y sitios que convenia: sus bateles y barcas, dado que
no fuesen muchas, andaban muy armadas, y sobre to-
do con aviso tan despierto, que muchas veces traian
victorias asaz importantes: en las quales nunca les vi-
no Cartaginés á las manos que luego no fuese des-
15 pedazado. Desto holgaban en gran manera los otros
Andaluces que no se llegaban á la confederacion Car-
taginesa: pero mas que nadie los naturales antiguos
de la isla de Cádiz, quando sabian que los del puer-
to prevalecian por el parentesco sobredicho que con
ellos tuviéron, del qual siempre se preciaban, y bien
quisieran ellos tener libertad para les ayudar si pudie-
16 ran. Daban otrosí gran favor á los del puerto sobre
todos aquellos hechos los vecinos de Carteya, que
como diximos estaba sobre la boca del estrecho: la
qual ya por estos dias mas comunmente llamaban las
gentes Tarteso, por la causa que declaramos en los
veinte capítulos pasados, segun que tambien la llama-
17 rémos muchas veces en la escritura siguiente. Y co-
mo los Carteyos fuesen maravillosos navegantes y muy
sabios y experimentados en el trato del agua, desde
que los Foceenses de Yonia se avecindáron entre ellos,
sabian muy bien hacer espaldas á los del puerto: con
sus navíos ocupaban y defendian toda la boca del es-
trecho, y qualesquier otros pasos, de que los Carta-
18 gineses pudiesen haber algun provecho. Entre las otras
cosas importantes que sobre tal caso hiciéron, fué
tomar y destruir el estancia vieja que los Fenices tu-
viéron allí cerca, quando los tiempos de su prospe-
ridad: la qual estancia juntamente con las otras de la
costa fuéron entregadas á estos Cartagineses luego co-
mo viniéron en su favor para en rehenes y seguridad.

Es-

Esta ya diximos caer en aquella parte donde tuviéron 19
los Andaluces el primer templo, con la sepultura de su Dios Hércules Egypciano, que segun queda ya puesto, por aquellos dias era casa fuerte de contratacion á manera de depósito, donde los tales Cartagineses, y primero los Fenices recogian mucha parte de sus riquezas: la qual estancia como cayese junto con la poblacion y morada de los Tartesios Andaluces, diéron una noche sobre ellos, combatiéndola tan furiosamente por diversas partes, que la pudiéron entrar con poca pérdida de sus gentes, y mucha de los contrarios: aunque los halláron bien apercebidos, y tomando gran despojo de metales, armas, ropas y herramientas para diversos oficios, con todos los géneros de riquezas semejantes, habiendo robado lo que dentro tenian, le pusiéron fuego y derrocáron mucha parte de las paredes mayores, quanto bastó para que los enemigos no pudiesen tornar allí, ni ponérseles tan vecinos.
Viendo los Cartagineses aquella resistencia que 20
toda la parcialidad Andaluza les hacia, y que todo procedia de la gran ocasion que daban á ello los del puerto, quisieran hacer ellos mucho mayor escarmiento que hiciéron en los de Cádiz, asolándolos de todo punto, para que no durase la memoria suya ni de su lugar, ni de donde hubiese sido fundado: si no pudiesen hacer esto, determinaban espantarlos de tal manera que tuviesen por gran bien venir á su mandamiento sin jamas salir del: para lo qual tornáron á juntar de nuevo todo su poder y de sus valedores quantos acá tenian con el mayor alboroto que nunca hiciéron en aquellas partes.

CA-

CAPITULO XXXVII.

Como queriendo pelear los Españoles vecinos del puerto con la gente Cartaginesa, fuéron tratadas amistades entre los unos y los otros, y capituladas condiciones y posturas, importantes y pertenecientes á la quietud y sosiego de todos.

1 Como aquello fué puesto en obra, y los vecinos del puerto sintiéron el ruido, las armas y los bullicios de toda su provision, con el estruendo de la gente que se llegaba, luego tambien ellos y sus aficionados se pusiéron á punto de guerra, como si de nuevo comenzaran, juntando gente Andaluza consigo, de la que conocian estar fuera de la parcialidad Cartagine-
2 sa. Mas algunos Galos Célticos que viniéron á la fama de la guerra con estos, y con el mejor aparejo que pudiéron saliéron á los contrarios que ya llegaban á vista del pueblo, determinados á darles batalla: pero los Cartagineses considerado su denuedo y de sus ayudadores, y quán á punto venian, estando ya para romper las haces, comenzáron á salir algunas personas en ambas partes, por tentar si hallarian algun medio de concierto para vedar aquellos daños y
3 derramamiento de sangre que se recreceria. Pusiéron en esto tan buena diligencia, que como cada qual de las partes lo desease mucho, luego tratáron treguas por algunas horas, para que durante aquellas, en su comedio la gente pudiese reposar, y si venian algunos encendidos y furiosos sosegasen, y se les pasase la turbacion: porque tal fué siempre la propiedad y naturaleza del tiempo, que ablanda y deshace todos los enojos: y nunca pasion hubo tan fuerte ni trabajosa que dándole vagar, el espacio del tiempo no la fenezca, deshaga y asiente, como pareció claro por aquel

aquel trance de los Cartagineses con los del puerto: los quales pasadas aquellas pocas horas de las treguas, luego platicáron la paz por algunos otros dias, y fenecidos estos, concertáron el amistad entre todos con mucha seguridad, capitulando principalmente que los del puerto con sus amigos los de Tarifa, pudiesen venir y pasar en la isla de Cádiz con mercaderías y tratos, y discurriesen por la mar sin embargo de nadie.
Todos los prisioneros de las partes ambas, fuesen 14
restituidos en conformidad sin algun rescate ni recompensa, ni mirando quáles dellos fuese mayor número. Iten, que los unos y los otros pudiesen vivir en 15
sus ordenanzas y costumbres, conservando su libertad como siempre, sin que por esta nueva liga fuesen obligados á darse, ni favorecerse con gente ni mantenimientos, ni con otra cosa, si de buena cortesía no lo quisiesen hacer: pero que los Cartagineses poseyesen acá todas sus villas y puertos, y torres y cortijos quantas los Fenices en aquella costa les habian entregado, libres y pacíficas, sin contradiccion de los del puerto, ni de qualquier otra gente su parcial, sino fuese la casa de contratacion en la boca del Estrecho, que los Tartesios de Tarifa les hubiéron derrocado pocos dias ántes: la qual aceptáron que no pudiesen renovar ni hacerla, por el perjuicio que podia redundar á los Tartesios. Y dado que los Cartagineses 16
sintiéron esto postrero mas que todo lo restante, no lo diéron á sentir, y pasáron por ello hasta pacificar sus propósitos, aunque con intencion de vengarlo si pudiesen. Por dexar el negocio mas firme fué concertado, que todos en general olvidasen con juramen- 17
to solemne las injurias y daños pasados, sin haber alguna memoria de rencor ni de satisfaccion, quedando tan sin acuerdo, como si nunca pasaran en el mundo. Fenecidos aquellos capítulos, el dia siguiente 18
saliéron al campo todos ellos muy satisfechos y muy

alegres, con ramos de olivas en las manos, á la usanza de la gente Griega, cuyos sucesores y descendientes eran estos Andaluces del puerto, como ya lo vimos en los quarenta y dos capítulos del primer libro: como tales mantenian todavía las leyes y costumbres y lengua de Grecia, que sus antepasados dexáron á ellos, y á los Andaluces que con ellos se mez-
19 cláron. Así que llegados á la ribera de cierto rio que viene por allí, para se meter en el mar Océano, junto con el mesmo puerto, hiciéron sus plegarias y sacrificios, y se perdonáron y pusiéron en concordia, jurando que jamas alguno dellos, así Cartaginés como Griego, ni ménos Español de los que por allí residian, tendrian memoria de las injurias pasadas, para que por ello se dañasen ó hiciesen algun mal, en recordacion de lo qual, los del puerto levantáron un mármol ó pedron sobre la ribera del mesmo rio, que permaneció muchos años con letras griegas antiguas, esculpidas en él, que declaraban este negocio con toda su
20 memoria. Poco despues hiciéron tambien allí cierta poblacion arrabal del mesmo puerto, por el otro lado del agua que llamáron Amasia, segun escribe Maestro Esteban Arnalte Barcelonés, en el prólogo del volúmen ó libro, que trasladó de Arábigo en Latin, de los reloxes de Sol, que en este mesmo lugarejo de Amasia compuso Hali Alcatin, Astrólogo muy afamado, puesto que yo jamas tengo leido pueblo español de tal apellido, y creo cierto que debe tambien allí pasar la letra dañada por culpa de los escribientes, y que en lugar de Amasia debieran decir Amnistia, porque los Griegos llaman así los olvidos de los daños y trabajos quando se remedian, á cuyo res-
21 peto debiéron hacer ellos este lugar. El rio tambien donde se juráron aquellos conciertos, fué llamado despues el rio Lethes, que quiere decir en griego agua del olvido, hasta nuestros dias, en que los naturales de

de la tierrà por donde pasa le dicen Guadalete, conformándose con la habla de los Alarabes y Moros Africanos, que quando señoreáron aquella comarca, como verémos en la postrera parte desta gran obra, le conserváron el nombre de Guadalete, porque Guidil en su habla ó Guadal, segun nosotros los Españoles lo pronunciamos corruptamente, quiere decir rio: así que Guadalete es tanto en aquella lengua, como el rio de Lete ó del olvido, porque allí se olvidáron estos rencores entre las dos gentes arriba di-
chas. Otro rio del mesmo nombre, dado que por 22
causa diversa, tuviéron despues los Gallegos en su tierra, como presto lo verémos en los treinta y siete ca-
pítulos del tercero libro. Sale Guadalete de la serranía 23
de Ronda, que tambien es un ramo de los montes Orospedas, y vienen sus aguas por la villa de Arcos, y por la de Xerez de la Frontera, hasta que se lanza en el mar Océano, junto con la parte del puerto que tenemos escrito, donde las tales amistades se tratáron, llevando su corriente guiada sobre la vuelta de Mediodia, torcida siempre contra Poniente.

Desta manera fuéron sosegados aquellos bullicios 24
y debates, con que toda la gente comarcana creyó que los Cartagineses reposarian algunos dias, y no tratarian negociacion alguna, pues á la verdad las compañas de su gente que por aquel tiempo mantenian acá, fuéron bien menester para conservacion y seguridad de los lugares, y de las estancias que tenian usurpadas en la costa, sin ocuparlas en otro negocio.

CAPITULO XXXVIII.

Como los Cartagineses que residian en el Andalucía, pidiéron mas número de gentes á la Señoría de Cartago, para penetrar y pasar en España; y de los impedimentos que la Señoría tuvo para no lo poder efectuar.

1 Fenecidos estos debates en la manera que tenemos escrito, luego los Capitanes Cartagineses despacháron desde Cádiz mensageros á su ciudad de Cartago, con relacion abundante de quanto en España les habia sucedido, y de lo hecho en favor, y tambien
2 en perjuicio de los de Cádiz. Informáron otrosí, quán apoderados quedaban entre los Bastulos Andaluces que poseian toda la marina: los quales pacíficamente los tenian entre sí, dexándose regir por ellos, y les habian permitido hacer torres, y fortalecer lugares en su ribera, sin escrúpulo ni rezelo alguno: donde poseian eso mesmo todas las estancias que los Fenices primero tenian, que fuéron siempre muchas, y de muy
3 buen asiento. Por tanto, que la Señoría Cartaginesa proveyese luego de mas gentes y mas armas con que pasasen adelante, pues en otra manera no podrian comenzar alguna cosa contra las provincias de los Andaluces y Turdetanos, naciones poderosas, y que tenian abundancia de gentes.

4 A la sazon que los mensageros llegáron en Africa con esta demanda, halláron á sus Cartagineses muy ocupados en bastecer una flota, para renovar cierta guerra que los años pasados, ántes que viniese gente suya en el Andalucía, habian emprendido contra la isla de Cerdeña, donde los negocios les habian sucedido tan mal, que despues de gastados quatro años en el trabajo y conquista de la isla, los Sardos les ven-

cié-

ciéron dos batallas campales una tras otra, matándoles gran multitud de gente. Y puesto que los Capita- 5
nes Cartagineses hiciéron allí su deber muy por el cabo, señaladamente su General nombrado Macheo ó Maceo, segun nuestras Corónicas Españolas lo llaman: pero la Señoría Cartaginesa creyendo que toda la culpa del vencimiento fuese por la falta de los Capitanes, tomáron tal enojo, que diéron por traidores á Macheo, con quantos saliéron vivos de las batallas, así Capitanes, como no Capitanes, desterrándolos perpetuamente de Africa, y de toda su jurisdiccion. Tuvo 6
desto grande sentimiento Macheo con lo restante del exército, tanto, que metidos en sus navíos, endere-
záron contra Cartago. Venidos allí, le pusiéron cer- 7
co por todas partes: y finalmente la combatiéron, y tomáron á pura fuerza, metiendo á cuchillo mucha parte de los que la moraban, señaladamente quantos pudiéron haber de los que se les mostráron mas contrarios. Esto, como dixe, fué pocos años ántes que 8
los de Cádiz y sus Fenices les pidiesen ayuda contra los Andaluces Españoles, y tambien poco despues de la muerte de Argantonio, casi en los postreros tiempos de Cyro, Rey de Persia. Despues de lo qual, co- 9
mo Macheo tuviese tiranizada claramente la ciudad de Cartago, quitándole toda su libertad, y haciéndose Rey absoluto della, fué muerto por algunos ciudadanos: y luego con voluntad de toda la república, tomó cargo de Capitan General un otro caballero nombrado Magon, persona de mucha fidelidad y suficiencia, en cuyo tiempo bastecian los Cartagineses la flota que dixe, para tornar á la pendencia de Cerdeña, quando los mensageros de España les viniéron á pedir gente nueva para proseguir la conquista del Andalucía. Pero ninguna destas dos cosas tuvo lugar para se 10
proveer aquella vez, porque los Africanos de la comarca cercanos á la gran Cartago, se le comenzáron

á

á rebelar, y fué necesario, pospuestas las otras empresas, que Magon se parase á la resistencia. Y así
11 fuéron respondidos los mensageros con mostrarles aquella necesidad presente, certificándoles que ningun otro hecho menor pudiera bastar, para que luego no se proveyera lo que pedian, pues era manifiesto á todos los Capitanes Cartagineses quantos en España residian, que jamas aquella señoría deseó tanto, como hallar ocasion ó buen aparejo, tal qual ellos decian tener al presente, para se meter en España quanto fuese posible, como podrian conocer de las instrucciones y memoriales que traxéron quando los enviáron acá: pero que fenecidos aquellos trabajos y movimientos, como creian podellos presto concluir, prometian proveer en esto con tal pujanza, que nadie bastase para resistirles, y que lo tal no tendria falta si los dioses inmortales no les acababan su ciudad y su poder, arrepentidos de la buena fortuna con que
12 siempre les habia favorecido. Y así fué, que luego como Magon comenzó la resistencia de los Africanos, hizo cosas notables en la prosecucion della, proveyendo remedios á muchas turbaciones que recreciéron, las quales no se ponen aquí, por no tocar ni
13 pertenecer á los hechos Españoles. Fenecidos algunos años, este Magon murió, dexando dos hijos de buena edad, el menor llamado Hamilcar, y el mayor Hasdrubal, que salió mucho notable persona, tal, que buenamente pudo suceder en el cargo de su pa-
14 dre. Este prosiguió la guerra contra los Africanos rebelados, y pasó con ellos recuentros y batallas asaz peligrosas, de quien tampoco hablarémos aquí mas de ser cierto, que fuéron causa bastante para que la Señoría Cartaginesa no pudiese despachar en su tiempo gente ni flotas para favorecer las que primero tenian en España: y si gente dellos acá vino por aquellos comedios, como cierto vino, fuéron mercadantes y ne-

negociadores, que pasaban á sus aventuras y riesgo particular, para llevar los metales y pedrería preciosa que pudiesen, á trueco de los otros atavíos que traian de Cartago, pacífica y amigablemente, y no por otra manera ni respecto.

CAPITULO XXXIX.

De la grande confederacion que los Andaluces asentáron con los Cartagineses Africanos residentes entre ellos, y del provecho crecido que resultó de la tal amistad entre los unos y los otros.

Visto por los Capitanes y gente de guerra Car- 1
taginesa residentes en el Andalucía, los grandes impedimentos que tan á la contina sucedian en Africa, para poder ellos efectuar sus conquistas en España, determináron de probar con los Andaluces Turdetanos lo mesmo que tratáron con los del puerto de Menesteo, procurando con disimulaciones y cautelas metérseles en la tierra: para lo qual comenzáron á negociar nuevas amistades con ellos, mostrándoles aficion, y haciendo gran cortesía por todos los que dellos tomaban entre sí, con tantas dulzuras y halagos, que nadie se podia librar del engaño, asegurándoles por todas las vias posibles para que perdiesen temor y sospecha, si tenian alguna, de rezelar que por parte dellos recreceria turbacion ó perjuicio de su provincia.
Y puesto que quando principiáron estos negocios, 2
halláron esquividad en algunos Andaluces Turdetanos, porfiáron tanto su demanda, que finalmente los tomáron entre sí, poniendo con ellos amistades y ligas muy solemnes y muy juradas, no teniendo consideracion á los daños y destruiciones que por aquel mesmo camino viniéron en Cádiz, puesto que con estos Turdetanos Andaluces, aunque mucho tiempo tratáron

y

y perseveráron los Cartagineses, nunca les acometian desafueros ni demasías manifiestas, como hiciéron á los otros, ántes con halagos y blanduras les usurpaban cada dia la comarca, tan sin sentirlo, que nunca los Andaluces Turdetanos les mandáron cosa que no la hiciesen, por mandarlos ellos despues en las co-
3 sas de mas importancia. Hecha la tal amistad con los Turdetanos, fué fácil hacer otra semejante con los Andaluces llamados Túrdulos comarcanos á estos: los quales en todos sus hechos imitaban siempre la costumbre de los Turdetanos, y se regian por sus leyes, y por toda la manera de su vivienda.
4 Con esta nueva liga, los negocios tocantes á la isla de Cádiz y toda su parcialidad, quedáron totalmente sin esperanza de libertad: porque si remedio pretendian ellos en aquel tiempo para salir de la sujecion destos Cartagineses, era procurar en escondido favor y socorro de aquellos Andaluces Túrdulos y Turdetanos, ofreciéndoles toda su tierra, haciendas y posibilidad, y tentando con ellos tan gran confederacion, quanta fuéron las enemistades pasadas en el
5 tiempo de los Fenices. Mas como cesasen aquellos negocios por haberse anticipado los Cartagineses á lo mesmo, la república de Cádiz, como digo, quedó sujeta y opresa de todo punto, por tal arte, que desconfiados de poderse mas valer, no procuraban otra cosa sino los negocios de su navegacion, labrando galeazas y fustas crecidas, para traer provisiones y mercaderías de unas partes á otras, sin pensamiento de procurar señorío, ni trabar empresas mayores, se-
6 mejantes á las de los años pasados. Para los quales tratos estos Cartagineses les daban libre lugar y soltura muy descansadamente: y ellos se fuéron tanto metiendo y cebando en aquello, que comenzáron á ser maravillosos navegadores, sin jamas procurar otros exercicios, quedando todavía su isla con toda su re-
pú-

pública, juntamente con quanto primero poseian en baxo de la administracion Cartaginesa, y de sus leyes y Gobernadores, aunque con sujecion moderada, fuera de todos tributos y pesadumbres, tal, que si los Cartagineses no fueran tan principales en el gobierno, y consultas de lo que convenia proveer, en todo lo demas tenian los de Cádiz libertad abundante, con mucho buen tratamiento para quanto quisiesen obrar.

CAPITULO XL.

De los infortunios y desastres que sucediéron en el Andalucía poco despues deste tiempo, los quales fuéron causa que los Marsellanos de Francia ganasen acá tanta riqueza de metales y de plata, que comenzáron á ser bien fortunados, y mejoráron crecidamente su república.

En aquel estado y tenor perseveráron algunos 1
años los negocios del Andalucía, llevando siempre los Cartagineses adelante sus amistades con los Turdetanos y Turdulos: y recogiendo con esta color todos los bienes de la tierra que hallaban, con mayor sagacidad y sotileza que los Fenices ni los de Cádiz hubiéron hecho los tiempos pasados, y aun con mucho mayor interese, por estar mas dentro de las provincias, y poder aprovecharse de mineros preciosísimos que contino hallaban quanto mas adentro se metian.
En aquel intervalo de dias recudiéron por España tiem- 2
pos trabajosos y de fatigas, con mortandades y hambres, en que por falta de lluvias la tierra crió pocos mantenimientos, particularmente los años postreros de todo esto, que fuéron quinientos cabales ántes del advenimiento de nuestro Señor Dios, en que con las adversidades arriba dichas hubo grandes terremotos en toda la costa de mar, donde suelen ser mas con-

tinos que por otras partes, como lo declaran los Fi-
3 lósofos naturales. Y fuéron tan espantosos aquellos tem-
blores, que muchas casas y cercas de pueblos cayéron,
muchos rios corriéron por otras partes diversas de las
4 que solian. Algunos montes y collados bien crecidos
se mudáron á diversos lugares con la fuerza del mo-
5 vimiento que los arrojaba fuera del primer sitio. Abrié-
ronse grandes hendeduras por la tierra, y por cerca
de la marina, y en algunas dellas saliéron nuevas fuen-
tes, y nuevos arroyos de betumes, y muchas aguas
6 nunca vistas. Entre las quales fué grandemente notada
una boca que se hizo cerca de la parte donde los si-
glos pasados aconteciéron los encendimientos famo-
sos del monte Pyreneo, de quien ya hablamos en el
quinto capítulo deste libro, quando con la fuerza del
7 fuego, corriéron los grandes regueros de plata y de
metales en abundancia sobrada. Y como de los tales
regueros haya memoria que rebolsáron muchos por
encima de la tierra, y que tambien otros coláron por
las venas y canales de mas adentro, parece que gran
parte de la tal plata corriente se detuvo sobre cierta
concavidad en una destas montañas: la qual plata des-
pues de pasados los encendimientos, quedó congelada
por lo mas hondo de los collados, cubierta con al-
8 guna tierra. Mas como los terremotos del año pre-
sente fuesen (como digo) terribles y continos, abrióse
con ellos una parte de las tales cumbres: y quitadas
afuera, luego pareciéron los montones grandísimos
de plata, puesto que tan descoloridos en la haz y cor-
teza de fuera, que quien quiera sospechara ser otro
género de metal ménos precioso.

9 Andaban estos dias por las marinas españolas ga-
leazas de Marsella negociando sus provechos, como
suelen hacer todas las naciones que viven en puertos
10 de mar, y tratan mercaderías. Y como por aquella
sazon se hallasen cerca de donde fuéron estos descu-
bri-

brimientos de la plata, saliéron allí luego, y hechos sus toques y calas en el metal, conociéron ser aquel bulto plata perfectísima: y así tomáron della muy mucha cantidad, con que tornados á su pueblo de Marsella, comenzáron á cambiarla con las otras gentes sus vecinas, por otras mercancías de gran interese, con que principiáron sus acrecentamientos, y los lleváron tan adelante, que llegáron á ser muy estimados en aquella provincia y en otras muchas, y
donde quiera que se hallaban. Y no lo hiciéron una 11
sola vez, sino muchas otras que despues tornáron acá, sacando continamente sobrada cantidad de la plata ya dicha: porque la mina fué tal y tan grande, que bas-
tó para gastar della muchos dias. Esto parece que de- 12
bió suceder contra la punta de Creus ó de Cruces sobre nuestro mar Mediterráneo, donde fenecen los montes Pyreneos, en que todas las mas historias di-
cen haber sido los encendimientos antiguos. Pudo tam- 13
bien suceder contra las montañas de Denia, ó de Muxacra, que muchos Cosmógraphos y Coronistas llaman Pyreneos, y sabemos cierto ser muy venosos de
metales. Porque metidos en las tierras mas adelante 14
sobre la vuelta del Andalucía, no pensamos que tal aconteciese, pues los Cartagineses andaban tan diligentes allí, que nadie pudiera venir ni llevar en su despecho cosa de la tal provincia, mayormente siendo lo principal de sus propósitos, recoger todas las riquezas semejantes que pudiesen acá, para las enviar
á su república de Cartago. Tambien quieren algunos 15
Autores sentir el encendimiento famoso de los montes ya dichos, haber sido pocos años ántes que la plata de los Marsellanos fuese descubierta con aquellos terremotos: pero las Corónicas de España que dello hablan, dado que son pocas, muchos tiempos ántes lo ponen, como ya tambien lo pusimos en aquel quinto capítulo deste segundo libro.

CAPITULO XLI.

Como queriendo poner en España la Señoría Cartaginesa nuevos exércitos, para proseguir la conquista del Andalucía, le recreciéron tales impedimentos, que por el presente no tuvo lugar de lo hacer.

1 Fuéron tan sonados y tan grandes aquellos provechos de la mucha plata que Marsella recibia de los Españoles, que la Señoría Cartaginesa tuvo presto noticia de todo quanto pasaba por informacion de mercaderes suyos, que comenzaban á tener contrataciones en Marsella, y luego despacháron mensageros á sus Capitanes y factores residentes en el Andalucía, increpándoles gravemente la poca diligencia que pusiéron en no se anticipar ellos primero que nadie, pa-
2 ra ganar una presea tan gruesa. De lo qual estaria presta la respuesta y disculpa, con decir, haber aquello sucedido por tierras muy alejadas del Andalucía, tal que no fué posible saberlo con tiempo, ni dado que lo supieran, bastaran á salir con ello, por no tener
3 comunicacion entre las gentes donde sucedió. Estos mensageros traxéron relacion, que las guerras y diferencias Africanas contra Cartago tenian ya fin, por la buena solicitud y buenos atajos que su Capitan Hasdrubal en ellas puso, y que la Señoría Cartaginesa libre de tantos estorbos, quedaba proveyendo nuevos exércitos, para que su mesmo Capitan Hasdrubal pudiese venir en las Españas, y conquistase dellas quanto bastase: mandándole juntamente, que si en pacificarla tuviese tal dicha como en lo de Africa, residiese por ella, gobernando quanto poseian en estas
4 partes. Y ciertamente tal era la verdad qual ellos decian: porque la priesa fué tal en aparejar aquel exército, que Hasdrubal con un hermano suyo llamado Ha-

Hamilcar se metiéron en la mar brevemente, muy
aparejados de lo necesario. Pero despues que comen- 5
záron el viage de España, quisiéron tentar de pasada la isla de Cerdeña, que les caia en el camino, creyendo poder vengar las pérdidas que Cartago por allí recibió los tiempos del otro Capitan Macheo, de
quien arriba escrebimos. Y pensaba Hasdrubal, que si 6
viniesen los Sardos contra él á la batalla, los rom-
peria, segun eran buenos los aparejos de su flota. Mas 7
los negocios no fuéron tan fáciles como parecian, y las dificultades creciéron trabadas unas con otras tan encadenadas y juntas, que Hasdrubal por no quedar amenguado, porfió la conquista muchos años, hasta que viendo ser cosa larga de sostener, y que lo de España les importaba mas, y que con la dilacion de Cerdeña se perdian otras muy buenas ocasiones, comenzó de poner mucha priesa en el recogimiento de sus exércitos y flota, para tornar á su primer cami-
no. Estando ya para comenzar el viage, los Sardos 8
le diéron un rebate muy súpito, donde Hasdrubal fué malamente herido: y pasados pocos dias murío, dexando en la gran Cartago tres hijos pequeños, llamado el uno Hanibal, y el otro Hasdrubal como su padre, y el otro Safo, que tuviéron andando los tiempos mucho poder en Cartago, y aun residiéron despues largos años en España, gobernando lo mejor del Andalucía, segun adelante muy presto verémos, quando se contaren las hazañas dignas de loable memoria que por ellos aconteciéron.

CAPITULO XLII.

De las ayudas y socorro grande que la Señoría Cartaginesa llevó de España, tambien de gente, como de riqueza, para ciertas necesidades gravísimas que cerca deste tiempo le recreciéron en Sicilia y en otras partes, donde traia su comunicacion.

1 Luego como Hasdrubal fué muerto en Cerdeña, su hermano Hamilcar tomó cargo de las flotas, y de los exércitos que por allá residian: y vista la poca fortuna que Cartago tenia contra los hechos de Cerdeña, la quisiera dexar, para sin detenimiento pa-
2 sar en España. Y así lo hizo saber en sus fustas ligeras á las gentes Cartaginesas que moraban en el Andalucía, certificándoles quedar ya metido en la mar, esperando temporal, con que los navíos gruesos mo-
3 viesen. Mas tampoco Hamilcar pudo cumplir aquella jornada: porque luego tras esto, muchos pueblos de Sicilia, sabida la muerte de su hermano Hasdrubal, se pusiéron en armas contra gran parte de las villas y lugares que Cartago tenia por allí, trayendo para la tal guerra cierto Capitan Griego de Lacedemonia, llamado Leonidas, muy bien salariado, con acostamientos y gages crecidos: el qual era tan esmerado varon, y los Sicilianos le diéron tan buen aparejo de gentes y de todo lo necesario, que despues á pocos dias tuvo sus banderas repartidas en aquellos lugares de Sicilia del bando Cartagines á manera de cerco, y no ménos en las tierras Africanas por los confines de la gran Cartago, haciendo muchos daños en to-
4 das ellas. Así que necesariamente convino dexar Hamilcar la jornada de España, por acudir al peligro de
5 su ciudad y tierra. Llegado, dió muestras de su persona tanto buenas quanto se podria decir, remedian-
do

do muchos males, mejorando tantos inconvenientes, que los Cartagineses no se pudieran valer, si por él no fuera. En los quales debates los factores suyos del 6
Andalucía les acudiéron continamente muy á tiempo con grandes pesos de plata para la costa de los exércitos, con multitud de vitualles, así de xarcia quanta fué menester para las flotas, como de mantenimientos y provisiones, y tambien con alguna gente del Andalucía que cautelosamente sacáron entre sus amigos, y se la despacháron por la mar, basteciéndola de lo necesario. Durando las cosas en aquella pen- 7
dencia, tuviéron los Cartagineses otra turbacion tan enojosa, que bastara para que con sola ella, dado que los tomara muy descansados, no pudieran acudir á los negocios de España. Esto fué, que Darío Rey de Per- 8
sianos, hijo de Histape, les envió mensageros particulares, pidiendo como señor principal, segun él se llamaba, de las gentes y repúblicas del mundo, á quien la Señoría Cartaginesa tambien habia de reconocer, que visto su mandamiento, no sacrificasen á sus Dioses los niños que solian, ni los acatasen con sacrificios de personas humanas, la qual usanza maldita ya sus Capitanes y gentes comenzaban á meter en España, con otras devociones abominables. Pedia mas el Rey Da- 9
río, que los Cartagineses dexasen de comer carne de perros, que fué manjar en Cartago muy acostumbrado. Item, que sepultasen los defuntos en baxo de tierra, 10
no los quemando, segun su costumbre pasada. Sobre 11
todas aquellas demandas añaden algunos Historiadores nuestros, haber pedido tambien las flotas y navíos que tenian en Africa y en España con número limitado de gente, para cierta guerra, que determinaba hacer contra Grecia. Deste mensage hecho por aquel Rey, 12
la Señoría Cartaginesa se dolió gravemente, no tanto por lo que contenia, quanto por imaginar Darío que los pudiese mandar él, ni Príncipe nacido de quan-
tos

13 tos habia sobre la tierra. Mas como los años presentes tuviese Cartago multitud de guerras y de negocios, y sobre todo desease la desocupacion dellas para con todas sus fuerzas venir en España, y apoderarse della, disimuláron con los Embaxadores Persianos lo mejor que pudiéron, prometiendo cautelosamente de hacer lo que Darío les mandaba, sino fué lo de las armadas y gente que pedia contra los Griegos, dando por excusa la necesidad manifiesta para la guerra de Sicilia, donde tenian menester lo de sus
14 amigos y lo suyo. Con esta color satisfaciéron á los Embaxadores Persianos, y Darío se mostró bien contento por el presente. Pasados pocos años murió sin
15 obrar aquella guerra que publicaba contra Grecia. Sucedió por señor en todos aquellos estados de Asia y de Persia un hijo suyo llamado Xerxes, de quien las Historias hacen crecida memoria, por el aparato grande con que despues emprendió la mesma guerra de Grecia, que su padre dexó cimentada, con otras
16 conquistas particulares. En tiempo de Xerxes, la Señoría Cartaginesa dió fin á las contiendas de Sicilia, porque Leonidas el Capitan Griego convino tornar á Grecia, para determinar la resistencia que se debia hacer á Xerxes: y con estar él ausente de Sicilia, los Cartagineses lo pudiéron allanar todo sin algun estorbo, casi en el año tercero del reynado de aquel Xerxes, que fué quatrocientos y ochenta y un años, ó dos años mas en otra manera de contar, ántes del advenimiento de Nuestro Señor Dios, en que se cumpliéron treinta y siete años cabales despues que la mesma Cartago metió sus primeros exércitos en el An-
17 dalucía, para favorecer á los de Cádiz. Y con mucho trabajo se pudieran haber sostenido por acá tanto tiempo, no les habiendo socorrido con mas ayuda de gente, sino fuera por el amistad que pusiéron con los Turdetanos y Turdulos Andaluces, naturales y mora-

do-

dores antiguos de la tierra, segun ya lo declaramos en los treinta y nueve capítulos deste segundo libro.

CAPITULO XLIII.

Como viniendo en España gente de Cartagineses para residir en ella, tuviéron rebato de camino con los vecinos de Mallorca. Poco despues llegados en España, diéron relacion de la gran flota que Cartago hacia nuevamente, para venir acá mas de propósito que nunca.

Estaban los hechos de Cartago tan bien cimentados en el Andalucía, tan pacíficos y tan firmes con aquella liga ya declarada, que si los Africanos no mostraran codicia de se meter adelante, nadie de los que moraban en la comarca les diera jamas enojo, ni contra su volundad intentaran alguna cosa. 1
Pero como ya las pendencias de Sicilia quedasen pacíficas, y tambien ellos á la verdad en esta sazon se hallasen desocupados y sin estorbo, parecióles que podrian acometer qualquier demanda como se les antojase. Llegábase con aquello, platicarse por todas las tierras los grandes aparatos que Xerxes el Rey de Persia hacia para venir en Grecia, mas poderosos y terribles que nunca se viéron en el mundo, tanto, que las otras gentes no decian ni miraban sino lo que desto sucederia. 2
Los Cartagineses entendian, que con aquello (sin persona sentirlo) tendrian mejor aparejo que nunca para venir en España poderosamente. 3
Y así mandáron á su Capitan Hamilcar, que juntase provisiones y bastimentos el año siguiente, quantos bastasen á veinte mil peones y mil caballos. 4
Y porque los despachos anduviesen mas descansados, permitiéron al exército viejo de Sicilia, que pues el invierno llegaba, fuesen á reposar á sus casas, con apercebimiento, que despues 5

al verano siguiente vendrian á la jornada de España, donde satisfarian sus deseos en riquezas y todos los
6 bienes posibles. Solamente sacáron del exército viejo hasta nuevecientos peones, y ciento de caballo, los que ménos ocupados parecian, para los enviar al Andalucía de refresco, con informacion que hiciesen á los Españoles sus confederados, y tambien á la gente Cartaginesa que por estas nuestras partes residia, de las armadas y de los exércitos que dexaban allá
7 basteciendo. Mandáronles mas, que de camino recorriesen á Mallorca, donde si viesen aparejo quedase tal parte dellos, que sin recibir daño pudiesen ordenar alguna poblacion en que morasen de prestado, has-
8 ta lo proveer mas de propósito. Con este mandamiento, metidos aquellos nuevecientos Africanos en quatro navíos de carga, llegáron á dar vista sobre Ma-
9 llorca. Salidos en tierra, comenzáron á correr el campo, y á maltratar algunos Mallorquines que podian haber á las manos, no lo debiendo hacer, segun la condicion desta gente, que de su natural eran hombres pacíficos, y pocas veces acometidos de naciones advenedizas, y ménos acostumbrados á semejantes bu-
10 llicios. Visto, pues, el daño que los Cartagineses hacian en ganados y pastos, y la licencia que tomaban á todas partes, apellidóse lo mas de la isla, y á poco rato saliéron los naturales de sus chozas y cuevas en suficiente multitud, armados de hondas y piedras, con que diéron tal rebato á los Cartagineses, que despues de les haber muerto gran parte dellos, los de-
11 mas huyéron á los navíos dentro de la mar. Tras los quales iban los Mallorquines á hondazos por el agua adelante, lanzando tan espantosa lluvia de piedras, y con tal fuerza y destreza, que las tablas de las fustas saltaban en rajas, y mucha parte de los mástiles iba quebrado, las velas despedazadas, y generalmen-
12 te los unos y los otros cubiertos de piedras. Los Carta-

tagineses levantáron presto sus áncoras, y comenzáron á desviarse de la ribera, metiéndose quanto mas dentro podian en la mar, donde no les alcanzasen los tiros de las hondas, con intencion, que pasada la furia tornarian allí, para buscar alguna manera con que satisfaciesen estos Mallorquines, y pudiesen quedar entre ellos. Y verdaderamente se hiciera como lo creian, 13
si la mar no se levantara luego con mucha tormenta de vientos orientales, y sin poder hacer otra cosa, los quatro navíos no se derramaran á diversas partes, el uno caminó contra Iviza, donde halló buen reparo de los Cartagineses que moraban en la isla: los otros dos navíos tiráron á lo largo, y aportáron en la costa de España, casi en la boca del estrecho junto con Gibraltar, donde tambien fuéron amparados de los Españoles que por allí moraban. Y luego pasáron á Cadiz, y despues al Andalucía: y allí publicáron la venida de Hamilcar el año siguiente, con el aparejo que se quedaba recogiendo en Cartago: de lo qual todos mostráron mucho contentamiento. El otro 14
quarto navío corrió de traves con mayor peligro sobre la costa frontera de Monvedre. Y como las guar- 15
das que sus vecinos los Saguntinos al presente traian por la ribera, lo viéron de léjos ántes que llegasen: reconocida la tormenta, saltáron ellos en sus barcas, y metidas á la mar, les ayudáron hasta que finalmente viniéron á tierra. Luego lo hiciéron saber á su ciu- 16
dad, que por esta sazon era pueblo muy principal en aquella provincia, muy rico, y muy bien gobernado con leyes justas y prudentes, y sobretodo muy reverenciado de los otros lugares comarcanos. Y dado que 17
la poblacion estuviese desviada de la marina casi tres mil pasos dentro de tierra, con ser aquella distancia pequeña, traian guardas en la costa, y trataban por la mar todo quanto convenia para los provechos de su república. De manera que sabida la fortuna deste 18

navío Cartagines, mandáron que fuese bastecido de mantenimientos graciosos, y le diesen velas, betumes, cuerdas, madera, clavazon, quanta seria menester pa-
19 ra su reparo. Esto hecho, como la mar hubo sosegado, tornáron los Cartagineses al viage del Andalucía.
20 Donde llegados en salvamento, se juntáron con sus compañeros, y con el otro navío de Iviza que tambien pocos dias ántes era venido á Cádiz, con sobrado placer de todos quando se viéron libres de tal peligro pasado.

CAPITULO XLIV.

Como viniéron avisos al Andalucía, que la flota Cartaginesa no podria mover aquel año para residir en España, por impedimentos que le sucediéron. Y como doce mil Españoles pasáron en Sicilia, para favorecer las conpetencias que Cartago por allí traia: sobre las quales peleáron una batalla mucho cruel y peligrosa.

1 En todo el año siguiente la parcialidad Cartaginesa que residia por el Andalucía, esperaba de hora en hora la venida del Capitan Hamilcar y de su flota: la qual certificaban todos los navíos de tratantes y mercaderes quantos de Cartago venian en España, diciendo publicamente, que ya no faltaban sino ciertos Capitanes particulares que pasáron en Egypto y en Fenicia, para tambien coger allá gente: los quales habia mensage, que venián con muy buen aparejo pa-
2 ra comenzar el viage. Nadie de quantos platicaban esto creian que fuera ménos, hasta que llegáron á Cádiz quatro galeras crecidas de cinco remadores al banco, despachadas por esta Señoría Cartaginesa, bastecidas de muchas armas y muchos vestidos y municion de toda suerte, con las quales mandaban á sus factores re-

residentes en el Andalucía, que luego recogiesen doce mil Españoles, y los enviasen á Cartago quanto mas presto seria posible, porque la venida del Capitan Hamilcar ya no podia efectuarse. La causa desto 3
fué, que teniendo muy en órden todo lo necesario para la jornada, llegó cierto caballero Siciliano, llamado Terillo, muy principal en una villa nombrada Hymera, despojado de quanto poseia por otro caballero tirano llamado Teron, morador en un pueblo cerca de la mar, que decian Agrigento, nombrado por este nuestro tiempo Gergento. Perseguido y fatigado des- 4
te Teron venia Terillo, pidiendo favor á los Cartagineses, prometiéndoles, que si le restituian á Hymera, la qual habia señoreado muchos años, daria camino con sus aficionados y parientes, para que brevemente Cartago mandase toda la isla de Sicilia, pues ya tenia dentro lugares asaz populosos y fuertes. Era 5
la plática tan al apetito de los Cartagineses, que ninguna podia ser tanto: porque junto con la fertilidad y provecho de Sicilia, caíales tan cercana, que desde su postrera punta contra la parte oriental, nombrada en aquel tiempo Lylibeo, hasta la mesma ciudad de Cartago, no tasaban mas espacio de ciento y ochenta millas antiguas, que hacen quarenta y cinco leguas Españolas, repartiendo por cada legua nuestra quatro de aquellas millas, ó segun cuenta Estrabon, habia mil y quinientos estadios de trecho del uno al otro, que fué vocablo de las distancias, por donde los Griegos antiguos median sus caminos, en que se monta poco mas de ciento y ochenta y siete millas de aquellas Latinas, y tambien poco mas de quarenta y siete leguas de las nuestras, tomando en cada milla Latina ocho estadios Griegos, y por cada legua Española de las medianas otros treinta y dos estadios. La 6
color para dexar estos Cartagineses la venida de España, pareció con aquel achaque legítima: pero los

que

que mejor sentian el negocio, tuviéron por cierto, que
si Terillo no viniera de Sicilia con la demanda sobre-
dicha, tampoco la flota Cartaginesa moviera de su
puerto, porque los exércitos del Rey Xerxes de Per-
sia, quedaban en Grecia con la mas terrible pujanza
de combatientes que nunca las gentes oyéron: y segun
los Cartagineses andaban apercebidos y recatados des-
de la primera nueva, tuviéron rezelo que si Xerxes
feneciese la conquista de Grecia, querria tambien dar
en ellos, pues ya los años ántes el Rey Darío su pa-
dre lo quiso tentar, como en los quarenta y dos ca-
7 pítulos pasados apuntamos. Con esto vino muy pro-
pia la demanda del caballero Siciliano, para resistir á
8 toda parte, si lo de Xerxes algo fuese. Y tambien pa-
recia, si lo de Sicilia saliese verdad, que mejorarian
9 mucho por allí sus cosas. En este punto los doce mil
Españoles fuéron acabados de juntar en el Andalucía.
10 Puestos en sus navíos llegáron á la gran Cartago, to-
dos mancebos valientes, bien armados y dispuestos,
tales, que quantos allá los miraban conociéron ser
ellos la principal fuerza del exército Cartagines, aun-
que se llegáron en él poco ménos de trecientos mil
hombres entre Africanos, y Españoles, y Egypcianos
11 y Fenices. Nunca se halla la potencia de Cartago sa-
lir fuera de su ciudad con tanta multitud ni tan apa-
rejada como saliéron esta vez. Y venidos á Sicilia con
el Capitan Hamilcar, se les juntáron muchos pueblos
de la isla, que tenian primero su parcialidad, y mu-
chos otros tambien pusiéron con ellos nuevas amista-
12 des, como suele suceder en semejantes negocios. Lle-
gados comenzáron á trabar con los enemigos rencuen-
tros y peleas, que por la mayor parte fuéron peligro-
sas y dificiles, á causa de un otro caballero Siciliano
llamado Gelon, adversario viejo de Cartago, que te-
nia tiranizado parte de la tierra, con el qual era con
13 federado Teron el enemigo de Terillo. Pasados pocos
dias,

dias, ambos juntos peleáron con Hamilcar en una batalla campal muy porfiada y reñida, donde pereció
gran copia de gente por ambas partes. Al fin los Cartagineses quedáron vencidos, y sus banderas destrozadas: y Hamilcar tan mal baratado, que despues de la 14
rota nunca pareció ni muerto ni vivo. Desde allí se principiáron mortales enemistades entre Cartago y Teron todos los dias que vivió, y aun despues de su muerte, pasáron los enojos á los vecinos de la villa de Agrigento, que como dixe llamamos agora Gergento, donde Teron fué señor. Las quales discordias 15
duráron largos años, y siempre se dañáron los unos á los otros quando podian, hasta que por discurso de tiempo los Cartagineses con ayuda de España, sojuzgáron este pueblo. Desta pelea Siciliana hecimos 16
aquí memoria, por causa de los doce mil Andaluces Españoles que se halláron en ella: los quales feneciéron allí casi todos. Y dado que se pudieran librar, si 17
dexaran las armas y se dieran á prision, como los enemigos pedian, jamas lo pudiéron acabar con ellos, puesto que los mas de sus compañeros eran ya muertos, y vian todas las otras banderas de su parte metidas en huida sin remedio. Lo qual todo como dicho es 18
aconteció dentro del año de quatrocientos y setenta y ocho, ántes que Nuestro Señor Jesu-Christo naciese, en aquel mesmo dia que la flota de los Griegos hubo tambien otra batalla de mar con el armada del Rey Xerxes, cerca de un puerto llamado Salamina, que fué de las notables peleas deste tiempo. Tambien po- 19
cos dias ántes Leonidas el Capitan Griego de Lacedemonia, determinando morir por la defension de su patria, con solos quatro mil hombres de su ciudad, se puso en un paso llamado las Termopilas contra la multitud que Xerxes llevaba por tierra, donde venian un cuento y cien mil hombres de guerra, segun escribe Trogo Pompeyo, que es el Autor mas limitado en 20
el

21 el número desta gente. Y dado que Leonidas y toda su compañía muriéron allí, matáron muchos contrarios: y con el daño que les hiciéron, y con el impedimento de no dexarlos pasar tan adelante como convenia, fué causa que despues todo lo mas del exército Persiano tan espantoso y terrible saliese casi huyendo de Grecia desbaratados y deshechos.

CAPITULO XLV.

De la nueva provision hecha en España por la Señoría Cartaginesa, para conservar su contratacion entre los Andaluces, y de las abominables devociones y sacrificios que los tales Cartagineses traxéron acá, sacando sangre de los cuerpos humanos, para complacer á sus demonios.

1 Tales eran los acontecimientos y hazañas que pasáron aquellos dias en España, y fuera della: mas la pérdida de los Andaluces en Sicilia fué cosa tan calificada, que la Señoría Cartaginesa temió gravemente, que del tal vencimiento, segun era grande, no sucediesen algunas mudanzas y turbaciones en todos sus
2 estados. Entre los muchos remedios que proveyó fué uno, que sacáron á la hora del cuerpo de su mesma ciudad hasta quinientos hombres, en que pusiéron muchos varones de cuenta, y los enviáron en Espa-
3 ña lo mas prestamente que fué posible. Llegados acá, juntáronse con los otros Cartagineses sus naturales, residentes en el Andalucía, para comunicar unos con
4 otros el intento de lo que convenia hacerse. Despues de bien consultado, repartiéron entre sí las estancias
5 en que seria bien residir. Unos acudiéron á los puertos de la mar, otros á los mineros que poseian dentro de la tierra, y á las fortalezas que cerca dellos
6 tenian edificadas: otros viniéron á la isla de Cádiz. Y

aquí

aquí cargáron mas de propósito con mas número de gentes, rezelando las malas voluntades que siempre conociéron en los vecinos della. Con lo qual y con el 7
gran recaudo que pusiéron nadie pudo moverse, ni lo probo. Muchos otros se dividiéron por las isletas que solian estar en aquella comarca, de quien ya dimos cuenta por algunos capítulos pasados deste segundo libro, donde tambien tenian aquellos Cartagineses algunas inteligencias y confederaciones. Los navíos eso 9
mesmo que traxéron, despacháronlos presto, para que volviesen á Cartago muy llenos y cargados de plata y oro, con que fuéron acrecentados los tesoros de la Señoría demasiadamente con infinito reparo de los gastos excesivos que las guerras pasadas hubiéron hecho.
Quisieran otrosí los Cartagineses recien venidos á la 10
revuelta de todos aquellos negocios, trocar las malas nuevas que traian en otras no tales, publicando siempre entre los Andaluces, y por entre quantos hablaban con ellos, que su Capitan Hamilcar habia ganado la batalla de Sicilia, y que todos sus exércitos quedaban allá prósperos, y los Españoles muy ricos y muy contentos. Pero como semejantes acontecimientos no 11
se puedan encubrir, súpose presto lo cierto dello: mas no por eso recreció mudanza ni turbacion en las cosas que Cartago tenia por acá. Los Turdetanos les ofre- 12
ciéron de nuevo soçorros y favores para se vengar, ó para tornar á Sicilia, ó para lo que mas les agradase. Lo qual mostráron estos Cartagineses agradecer 13
mucho, haciéndolo saber á su ciudad con mensageros propios y particulares. Pero los negocios estaban á la 14
sazon enconados, y no proveyéron lo que quisieran por algunos años.

En este medio tiempo los Andaluces se diéron 15
tanto á la conversacion destos Cartagineses Africanos, que tomáron dellos muchas costumbres y modos de vivir diversas de las que primero tenian. Recibiéron 16
eso mesmo de sus Sacerdotes ciertos nombres y fi-

guras nuevas de ídolos, y cierta cerimonia de sacri-
17 ficios con que los adorasen. Otras tambien que ya los
dias ántes hacian; como quiera que no muy continas,
comenzáron á se publicar y recebir en toda parte: don-
de se contenia la manera de sacrificar hombres á los
demonios, y derramar sangre humana para los apla-
18 car. Y quando la cerimonia querian que fuese muy
subida, sacrificaban sus mesmos hijos pequeños, mu-
chas veces los primogénitos ó los mas hermosos que
19 tenian. Y porque mas aquellas maldades quedasen array-
gadas entre la gente simple de España, sucediéron al-
gunos tiempos trabajosos de pestilencias con otras en-
fermedades graves, en que falleció multitud de hom-
bres: para lo qual certificaban los de Cartago, ser
el mejor y mas alto remedio de todos hacer aquel
20 sacrificio de los hombres humanos. En otros peligros
menores, decian, que bastaba derramar esta sangre sin
muerte, sajándose los brazos, ó los hombros, ó cier-
21 ta parte de sus cuerpos. Y que para las devociones mas
livianas, convenia sangre de becerros, ó de toros, ó
de castrones, ó de los otros animales que mataban,
segun la calidad del sacrificio, y segun la costumbre
que las gentes usaban en aquella devocion infernal.

22 En esto, como digo, y en obras semejantes se pa-
sáron algunos años, que quanto á los negocios no su-
cedió novedad ni mudanza, ó por mejor decir, las
Historias no dan relacion de cosa notable que los Car-
tagineses en España hiciesen ni tentasen, mas de que
continamente venian sus tratantes y mercaderes parti-
culares con atavíos y herramientas, y con otros apa-
rejos que los Andaluces no tenian: á trueco de los
quales como si fueran cosa muy preciosa, sacaban de-
llos grandes intereses de metales y pedrería rica,
hierro, caballos, acero, lanas, frutas, pescados sala-
dos, y mucha diversidad de mercaderías importantes,
sobre las que por otra via los mesmos Cartagineses
tenian usurpadas en lo mejor y mas precioso de aque-
lla provincia. TA-

TABLA

De los capítulos contenidos en este primer tomo.

LIBRO PRIMERO.

Capítulo primero. Como despues del diluvio general en que todas las criaturas pereciéron, vino en España para la poblar Tubal y sus compañas, por mandado del Patriarca Noe. Pág. 1.
Cap. II. Del asiento y figura de España, con la medida que tiene por sus contornos y redondez, declarada por lugares y pueblos mas principales, que se conocen hoy dia sobre sus riberas de mar. 3.
Cap. III. Del repartimiento en que las gentes antiguas tenian divididas las provincias principales de España, y del repartimiento que tienen agora, diverso de aquel, en cinco reynos de Christianos, que en ella se han fundado: declarando lo uno y lo otro por los límites y linderos, que solian tener, y por los que tambien agora tienen. 32.
Cap. IV. De los lugares que Tubal primeramente fundó quando comenzaba de poblar las Españas, y de muchas cosas provechosas y necesarias á la vida, que sus gentes aprendiéron dél. Y como tambien el Patriarca Noe discurriendo por España dexó hechas poblaciones en ella, que duran hasta nuestro tiempo. 47.
Cap. V. Del segundo Rey ó Gobernador que dicen haber sido en España, llamado Ibero, por cuya causa escriben algunos que España los tiem-

tiempos primeros se llamó Iberia, con mas otras cosas que se hallan en las Historias antiguas sobre la razon deste nombre. 54.
Cap. VI. De un otro Rey llamado Idubeda, que dicen haber sido tercero Gobernador en España, por cuyo respecto sospechan que cierto trecho de sierras de las que se tienden por ella se nombráron Idubedas. Cuéntase la muerte del Patriarca Noe. Trátase de la mucha vida que los hombres antiguos vivian, con algo de las causas donde pudo proceder. 58.
Cap. VII. De Brigo, que segun se dice fué quarto Príncipe, Gobernador antiguo de las Españas, y de las tierras que los Españoles en sus dias pobláron acá y en diversas partes del mundo. 67.
Cap. VIII. De Tago, que dicen haber sido quinto Gobernador ó Rey de los muy antiguos en España, y de las cosas mas señaladas que platican haber hecho los dias y tiempo que la gobernó, poniendo vecindad y moradores nuevos en diversas partes del mundo. 74.
Cap. IX. De otro Rey llamado Beto Turdetano, por cuya causa certifican algunos que una provincia de España se llamó antiguamente Bética: la qual ó la mayor parte della se dice agora el Andalucía. 77.
Cap. X. De los hechos de Deabos, que por otro nombre llaman Gerion, el primer tirano que tuviéron las Españas, y de sus hazañas, y principios, y naturaleza. 82.
Cap. XI. De la venida que Osiris, Señor de Egypto, hizo en España contra Gerion, y de la batalla que pasáron ambos: y mas otras cosas señaladas que despues de la tal pelea sucediéron. 85.
Cap. XII. Del reynado de los tres hijos de Gerion en España: y de la sagacidad que tuviéron para
que

que Osiris, aquel que mató á su padre, fuese muerto en Egypto. 91.
Cap. XIII. Como Hércules el Egypciano, hijo de Osiris, conocida la muerte de su padre, tratada por los Geriones Españoles, vino con grandes armadas en España por los destruir; y de las cosas y proveimientos que hizo primero que con ellos topase. 92.
Cap. XIV. De la batalla que Hércules el Egypciano, hijo de Osiris, hubo en España con los tres hijos de Gerion en venganza de la muerte de su padre: y de algunos hechos mal contados, que quanto al artículo de aquellos tiempos los Coronistas Españoles ponen en sus libros. 97.
Cap. XV. Como despues de vencidos los hijos de Gerion, su sobrino Noraco, juntándose con algunos Españoles que tenian la mesma parcialidad, salió huyendo por la mar, y todos viniéron á Cerdeña, donde paráron de reposo. Despues de lo qual Hércules, habiendo visitado muchas provincias en España, salió tambien della para venir en Italia, muy acompañado de gentes y riquezas Españolas. 101.
Cap. XVI. Del Rey Hispalo, noveno Gobernador en España, que dicen algunos haber seido quien primero fundó la ciudad de Sevilla, y de la discrepancia que hallamos en este caso por otras Historias Españolas antiguas y modernas, que tratan esta materia. 105.
Cap. XVII. Del Rey Hispan, excelente Gobernador y Príncipe de los Españoles, por cuyo respecto la tierra toda se llamó España hasta nuestros dias: y de las cosas notables que sucediéron en su tiempo. 108.
Cap. XVIII. De la vuelta, ó segunda venida que Hércules el Egypciano hizo en España, y de los lu-

lugares que en ella pobló, con mas lo que sobre su muerte y sepultura se halla por las Corónicas antiguas. 114.

Cap. XIX. Del Rey Espero, doceno Rey ó Gobernador en España: y de las competencias trabadas con un hermano suyo, que finalmente lo despojó de quanto valor y señorío por acá tuvo, sin le dexar parte ni cosa dello. 119.

Cap. XX. Del Rey Atlante Italo, treceno Señor en España, y de los hechos notables y moradas que los Españoles emprendiéron en Italia, y en otras provincias donde los llevó, señaladamente sobre las riberas del rio Tibre donde los mas asentáron despues de los dias deste Rey. 122.

Cap. XXI. Del Rey Sicoro, catorceno Señor entre los Españoles antiguos, y de las cosas notables acontecidas en su tiempo, no solo por España, sino tambien por Italia, y por Egypto, y por otras diversas partes del mundo, pertenecientes y trabadas con los negocios que despues sucediéron acá. 126.

Cap. XXII. Del Rey Sicano, hijo de Sicoro, y de las hazañas que en su tiempo los Españoles emprendiéron en Italia: y de la pasada deste Rey en aquellas partes, con mas otras cosas notables que por allá hizo y acabó. 129.

Cap. XXIII. Como los Españoles arriba dichos habiendo pacificado muchos negocios en Italia, viniéron tambien á Sicilia con su Rey Sicano, donde no ménos emprendiéron hazañas dificultosas contra los Cyclopas y Lestrigonas adversarios antiguos de los otros Españoles primero residentes en esta region. 131.

Cap. XXIV. De Siceleo, hijo de Sicano, y de los hechos famosos que por sus tiempos acontecié-

ciéron en España y fuera della: y de la salida que tambien este Príncipe hizo contra los Italianos en favor de la nacion Española, que tenian hecha vecindad y moradas en Italia. 134.

Cap. XXV. De Luso, Rey ó Gobernador Español, (hijo segun dicen de Siceleo) por cuya razon una provincia de España certifican algunos que se llamó los tiempos antiguos Lusitania. Declaranse las rayas ó límites por donde verdaderamente solia proceder esta region antigua de Lusitania. 138.

Cap. XXVI. De Síc[illegible]lo Príncipe notable de los antiguos y verdaderos en España, y de las cosas que los Españoles en su tiempo negociáron y concluyéron en Italia y en Sicilia, y en las provincias donde por este siglo tenian derramada su gente. 141.

Cap. XXVII. Como sabidas las victorias de Sicilia, ganadas por el Rey Síeulo de España, los otros Españoles residentes por el contorno de Roma, saliéron adelante poblando villas y lugares nuevos, y gran espacio de tierra, señaladamente dos pueblos notables, nombrados el uno Ficulnas, y el otro Preneste. 145.

Cap. XXVIII. Del Rey Español antiguo, que dicen haberse nombrado Testa Triton, sucesor del Rey Síeulo: y de los acontecimientos que se hallan haber sucedido en España, y en otras gentes dentro de sus dias y principado. 148.

Cap. XXIX. Como navíos Griegos muchos y buenos aportáron en España, cargados de gente para poblar y morar en ella. Y de la fundacion que hiciéron en Monvedre, y de cierto templo que poco despues cimentáron en Denia, por veneracion y memoria de la Diosa que llamaban ellos Diana. 152.

Cap.

Cap. XXX. Del Rey Romo, que tambien dicen haber sido Príncipe de los antiguos en España, al qual atribuyen la fundacion de la ciudad de Valencia. Donde se reprehende lo que hablan algunos Escritores de un Filistenes, que quieren decir haber en este tiempo pasado en España, y poblado la provincia de Cádiz. 156.

Cap. XXXI. De la venida que hiciéron en España gentes de diversas provincias, traidas por un Capitan Griego llamado Dionisio, y de los lugares que tambien ellos en España fundáron, y cosas dignas de memoria que por acá hiciéron, así de cerimonias y sacrificios, como de muchas otras novedades. 159.

Cap. XXXII. De Palatuo, que dicen haber sido Rey antiguo de los Españoles, y como fué despojado por un competidor suyo, llamado Licinio Cacos, de todo quanto poseia, y echado fuera de España: y de los grandes alborotos que pasáron en estas contiendas. 165.

Cap. XXXIII. De las cosas que por este tiempo los Españoles residentes en Italia hiciéron contra los Enotrios, Aborigines, y Auruncos sus adversarios antiguos: y de la concordia que despues todos tratáron para vivir en quietud y conformidad, y muy provechosa para todos ellos, y para sus negocios venideros. 168.

Cap. XXXIV. Como muchos de los Españoles Siculos residentes en Italia, no quisiéron estar por el avenencia tratada con los Aborigines, y por esto se pasáron en España, parte de los otros viniéron á Sicilia, donde hiciéron vecindad entre los Españoles que primero la moraban. 174.

Cap. XXXV. Como despues que pasáron las cosas arriba dichas hubiéron segunda batalla campal

pal

pal Cacos y Palatuo, mediante la qual Palatuo cobró todos los estados que primero tuvo perdidos, y Cacos salió huyendo de las Españas, y pasó con algunos hombres revoltosos en Italia, donde vivió lo restante de sus dias. 178.

Cap. XXXVI. Del salto que cerca destos tiempos ciertos cosarios Griegos hiciéron por la mar en España, y de la parte donde primero paráron en ella. Declárase tambien quien fuéron estos cosarios, y toda la razon y discurso de sus intentos, y de su viage. 183.

Cap. XXXVII. Como la villa de Gibraltar, á quien muchos Autores Cosmógraphos llaman en sus libros Heraclea, fué nuevamente poblada en España: y de ciertas cosas que los Cosarios Griegos arriba dichos hiciéron algunos dias, que por cerca della se detuviéron. 186.

Cap. XXXVIII. De las nombradías viejas que la poblacion de Gibraltar, de quien agora hablabamos, tuvo los tiempos antiguos, y por qué razon fuéron así dichas. Declárase la manera que sus primeros moradores usaban en ciertos juegos y pasatiempos, donde se tiene creido que le pudo resultar alguna parte de los tales apellidos. 189.

Cap. XXXIX. Como los Cosarios Griegos Argonautas, despues que moviéron de Gibraltar, pasáron á las islas de Mallorca y Menorca para las robar: y de la manera que las gentes destas islas tenian en aquellos dias: y como Cacos fué muerto poco despues en Italia por Hércules Alceo Capitan de los mesmos Cosarios Argonautas. 195.

Cap. XL. Del Rey Eritreo vigésimoquarto señor entre los Príncipes muy antiguos que gobernáron las Españas: donde juntamente se cuentan algunas cosas pertenecientes á Cádiz, y tam-

tambien á las mudanzas de su isla conocidas y ciertas, desde los tiempos pasados hasta los nuestros agora. 200.

Cap. XLI. De Gargoris, Rey Español, á quien los Latinos por otro nombre llamáron Melicola, en cuyo tiempo se pobló cierta parte de la provincia de Galicia. Cuéntase particularmente que gentes fuéron las que primero la moráron, y por qué ventura se metiéron en ella. 206.

Cap. XLII. De la venida de un Capitan Griego en España, nombrado Diomedes, hijo de Tideo: y del asiento que tambien éste hizo en otro pedazo de Galicia, donde pobló lugares y villas, que parte dellas permanecen hasta nuestro tiempo. 210.

Cap. XLIII. De muchos otros lugares que se fundáron cerca deste tiempo por diversas partes en España, entre los quales fué la ciudad de Lisboa, y de las gentes y Capitanes Griegos, que por estos mesmos dias viniéron acá de nuevo, para morar y residir en la tierra. 213.

Cap. XLIV. De la muerte del Rey Gargoris, y de las grandes venturas y maravillas que ántes de su fallecimiento sucediéron por un nieto suyo llamado Abidis. 218.

Cap. XLV. Del Rey Abidis de España, nieto del Rey Gargoris, y de las notables cosas que hizo: donde asimesmo se cuenta los crecidos provechos que de su gobernacion resultáron á las gentes Españolas quantas con él tuviéron amistad y conocimiento. 222.

Cap. XLVI. De las novedades y mudanzas, que con el fallecimiento del Rey Abidis sucediéron en España, repartiéndose la gente della por naciones particulares, en que se diferencia-

ciáron muchos años los unos y los otros quanto al estilo de su vivir, y quanto á lo mas de sus costumbres. 226.

LIBRO SEGUNDO.

Cap. I. De la gran sequedad que todas nuestras Corónicas dicen haber en España sucedido, con que fué necesario despoblarse casi la mayor parte della, y de los terribles males y daños que desto se recreciéron. 229.

Cap. II. De la mucha diversidad y confusion, que hallamos entre los Coronistas Españoles sobre cierta compañía de gente, que dicen haber entrado por España, despues de la sequedad pasada: las quales gentes algunos dellos nombran los Almozudes, y muchos otros los Almonides. 234.

Cap. III. Como gentes advenedizas, llamadas los Celtas, llegáron en España, y se juntaron con ciertos Españoles que vivian cercanos á las riberas de Ebro, y despues pobláron otras provincias della, particularmente la que llamáron Celtiberia, donde se ponen los aledaños ó mojones que solia tener esta region. 241.

Cap. IV. Como la villa de Roses fué nuevamente poblada en la provincia que llaman agora de Cataluña, y de las cosas mas señaladas que dentro y cerca de sí tuvo quando se fundó. 246.

Cap. V. Del espantoso encendimiento de fuego, que cerca deste tiempo se prendió por un pedazo de los montes Pyreneos, y del sitio y postura que tienen algunos ramos de montañas, que dellos proceden, y se tienden por diversas provincias en España. 252.

Cap. VI. De la venida que ciertas naciones Orientales de Fenicia, venidos de Sydon y de Tyro, hi-

hiciéron en España, y de las riquezas que sacáron della en oro, y plata, y metales, y pedrería preciosa. 264.
Cap. VII. De la vuelta segunda que los Fenices de Sydon y de Tyro hiciéron en España, y de las cosas que les aconteciéron en ella, hasta se meter en la isla de Cádiz, donde paráron reposadamente. 270.
Cap. VIII. Como los vecinos de Cádiz recibiéron en su ciudad á los Fenices de Sydon y de Tyro nuevamente venidos: los quales ocupáron poco despues un templo muy antiguo cerca de Tarifa. Declárase juntamente, como la tierra de Cádiz era isla por aquellos tiempos, y la razon por qué tambien ella como su ciudad fuéron llamadas del nombre que tienen al presente. 275.
Cap. IX. De los edificios que los Fenices hiciéron en Cádiz, y de las cosas notables que sabemos haber en un templo, que los tales allí fundáron, quanto á las aguas, fuentes, árboles, y muchas otras cosas que tuvo dentro y fuera. Donde tambien se relatan las medidas y tamaño desta isla. 281.
Cap. X. Como cierta gente de los Españoles, llamados Celtiberos entró por diversas provincias Españolas, y pobláron en ellas muchas ciudades, señaladamente por la region que los antiguos decian Lusitania, entre los rios de Duero y Guadiana. 287.
Cap. XI. Como los vecinos de Cádiz y sus Fenices pasáron cautelosamente desde su isla en el Andalucía, para morar en ella, donde fundáron un templo con una ciudad magnífica: y de las cosas que Platon dicen algunos haber hablado dellos en sus Historias antiguas escritas en lengua Griega. 294.
Cap.

Cap. XII. De las turbaciones y mudanzas que sucediéron á los Españoles de Sicilia con diversas naciones Griegas, que casi por este tiempo pasáron allá, donde los Españoles perdiéron parte de las ciudades y tierras que primero poseian en aquella isla. 300.

Cap. XIII. Del estrago que despues desto hizo por las marinas Españolas un Rey Egypciano, llamado Taraco, natural de las tierras Etiopicas: y como los de Cádiz enviáron á él su mensagería: lo qual fué mucha causa para que Taraco desde el estrecho de Gibraltar no pasase mas adelante, y tornase por otras provincias en España, obrando gran destruicion. 304.

Cap. XIV. Como para vedar el destrozo que Taraco llevaba por la costa de nuestro mar, algunos Españoles hiciéron Capitan á un caballero su natural, nombrado Teron, el qual se dió tan buena maña, que poco despues Taraco salió de la tierra muy maltratado, dexando primero cimentada, segun algunos dicen, la ciudad que llamamos agora de Tarragona. 309.

Cap. XV. Como Teron el Capitan de Cataluña movió guerra contra los vecinos y sacerdotes de Cádiz, pidiendo las preseas que Taraco les hubo dado: sobre lo qual estas dos gentes peleáron en la mar una batalla famosa, donde concurriéron pasos y misterios mucho señalados y notables. 313.

Cap. XVI. Como despues de pasado lo de Teron, ciertas gentes Africanas, llamadas los Cartagineses, hiciéron salto por las islas Españolas por nuestro mar Mediterráneo. Declárase cumplidamente quien fuéron estos Cartagineses, y todo su principio y sucesion. 318.

Cap.

Cap. XVII. De la ciudad y poblacion nueva que los Cartagineses Africanos hiciéron en la isla de Iviza, y del tamaño, calidad y cosas naturales, dignas de notar que por ella viéron, y por otra que llamaban los antiguos Ofiusa, cercanas ambas de España, y de su jurisdiccion. 324.

Cap. XVIII. Como la poblacion llamada Zancle, fundada por los Españoles en Sicilia los tiempos muy antiguos, perdió su primer apellido, y fué nombrada Mesana, la qual agora decimos Mecina. Cuéntase mas el estado que tuviéron aquellos dias los Españoles forasteros quantos moraban en aquella tierra Siciliana. 329.

Cap. XIX. Como los Cartagineses Africanos desde Iviza pasáron á las islas que dicen agora Mallorca y Menorca, las quales navegadas por el derredor, conociéron todo lo que tenian, así de la condicion y manera de sus moradores, como los nombres que las llamaban en aquellos dias diversos de los que tienen agora. 334.

Cap. XX. Como despues de recorridas las islas de Mallorca y de Menorca, por dentro de la tierra, quisieran los Cartagineses saltar en lo firme de España contra la parte de Monvedre. Cuéntase tambien los impedimentos que por el presente tuviéron en ello. 337.

Cap. XXI. Como los Andaluces comarcanos al estrecho de Gibraltar en el mar Océano, tomáron por Gobernador de su jurisdiccion un Español nombrado Argantonio: y de las cosas que los Escritores auténticos dél hablan en los principios de su gobernacion. 341.

Cap. XXII. De las grandes ayudas que los Fenices de Cádiz y del Andalucía sacáron en Espa-

paña, para socorrer la ciudad de Tyro en Suria, contra cierto Príncipe de Babylonia llamado Nebucadnecer, ó Nabucodonosor, que la tenia cercada: y como pasados pocos dias este Príncipe vino contra los Españoles, y los Andaluces lo hiciéron salir de toda la tierra y sus comarcas. 344.

Cap. XXIII. Como los Galos Célticos de la Lusitania pasáron al Andalucía, y fundáron en ella y en la provincia que dicen Estremadura, muchos pueblos y lugares donde moráron largos años ellos y su generacion. 351.

Cap. XXIV. De la venida que cerca destos años hiciéron en España gentes llamadas los Foceenses de Yonia: y de cierta parte dellos que pusiéron su morada por el Andalucía, con mas otras cosas algunas dignas de memoria, que con los Españoles pasáron. 354.

Cap. XXV. De la muerte de Argantonio, Gobernador de los Españoles Tartesios, y de la poblacion nueva de ciertas islas nombradas Afrodisias, que solian estar comarcanas á Cádiz, donde se metió parte de los Foceenses de Yonia que moraban en Tarifa. 357.

Cap. XXVI. De muchas otras cosas que se dice los Foceenses haber hecho en España y fuera della. Y como los Cartagineses Africanos tornáron segunda vez á las islas de Mallorca y de Menorca, donde rehiciéron muchas estancias, y levantáron nuevas defensas en toda su marina. 361.

Cap. XXVII. Como los Andaluces tomáron armas abiertamente, para resistir los desafueros que Cádiz y sus Fenices hacian en su region: y de cierto socorro de gente Griega que los tales Fenices hubiéron para resistir, con que remediáron mucha parte de sus hechos. 367.

Cap. XXVIII. De las poblaciones que los de Cádiz y sus Fenices habian estos años fundado sobre la costa del Andalucía: y como la gran ciudad y su templo que tenian dentro de la tierra fuéron destruidos con todos sus valedores. Declárase tambien el sitio de la ciudad y del templo, con el nombre que tuviéron en aquel siglo. 372.
Cap. XXIX. En que se declara quien pudiéron ser los Griegos que viniéron en ayuda de los Fenices contra los Andaluces, y de la nacion antigua que las Corónicas Españolas nombran los Almonides ó Almuzudes. 376.
Cap. XXX. Como los de Cádiz y sus Fenices viéndose vencidos de los Españoles, enviáron mensageros á la gran ciudad de Cartago en Africa, pidiéndole favor: y de la buena respuesta que los Cartagineses les diéron con ayuda de gentes, y de quanto pedian. 380.
Cap. XXXI. En que se cuentan los nombres de las gentes y naciones Españolas que moraban en el Andalucía, quando los Cartagineses viniéron allí para favorecer á los de Cádiz y sus Fenices, contra los Provinciales de la tierra. 385.
Cap. XXXII. Del bravo recuentro que los Capitanes Cartagineses recien venidos en España pasáron en llegando con algunos Andaluces contrarios: y de la guerra que se comenzó de los unos á los otros en aquella tierra. 390.
Cap. XXXIII. Como los Cartagineses recien venidos en España, mudáron el estilo de la guerra, poniendo treguas con algunos Andaluces: con otros prosiguiéron la pendencia tibiamente, favoreciendo siempre la parte de Cádiz en gran disimulacion y cautela. 393.
Cap. XXXIV. De la discordia grande que se recre-

creció entre los vecinos de Cádiz y los Cartagineses, en que despues de haber peleado unos con otros, los Cartagineses fuéron echados fuera de la ciudad con muchos daños y muertes que hiciéron en ellos. 396.

Cap. XXXV. Como revolviendo sobre Cádiz la gente Cartaginesa, combatiéron la ciudad y castillo della, cobrando por fuerza quanto primero poseian: y pusiéron toda la isla con sus moradores y vecinos en sujecion y servidumbre gravísima. 399.

Cap. XXXVI. De las enemistades que sucediéron entre los vecinos del puerto de Menesteo con los Cartagineses sobre lo que hiciéron en Cadiz, y de los grandes males que los unos y los otros en aquel negocio padeciéron. 403.

Cap. XXXVII. Como queriendo pelear los Españoles vecinos del puerto con la gente Cartaginesa, fuéron tratadas amistades entre los unos y los otros, y capituladas condiciones y posturas, importantes y pertenecientes á la quietud y sosiego de todos. 408.

Cap. XXXVIII. Como los Cartagineses que residian en el Andalucía, pidiéron mas número de gentes á la Señoría de Cartago, para penetrar y pasar en España, y de los impedimentos que la Señoría tuvo para no lo poder efectuar. 412.

Cap. XXXIX. De la grande confederacion que los Andaluces asentáron con los Cartagineses Africanos residentes entre ellos, y del provecho crecido que resultó de la tal amistad entre los unos y los otros. 415.

Cap. XL. De los infortunios y desastres que sucediéron en el Andalucía poco despues deste tiempo, los quales fuéron causa que los Marsellanos de Francia ganasen acá tanta riqueza

de metales y de plata, que comenzáron á ser bien fortunados, y mejoráron crecidamente su república. 417.

Cap. XLI. Como queriendo poner en España la Señoría Cartaginesa nuevos exércitos para proseguir la conquista del Andalucía, le recreciéron tales impedimentos, que por el presente no tuvo lugar de lo hacer. 420.

Cap. XLII. De las ayudas y socorro grande que la Señoría Cartaginesa llevó de España, tambien de gente, como de riqueza, para ciertas necesidades gravísimas que cerca deste tiempo le recreciéron en Sicilia, y en otras partes donde traia su comunicacion. 422.

Cap. XLIII. Como viniendo en España gente de Cartagineses para residir en ella, tuviéron rebato de camino con los vecinos de Mallorca. Poco despues llegados en España, diéron relacion de la gran flota que Cartago hacia nuevamente para venir acá mas de propósito que nunca. 425.

Cap. XLIV. Como viniéron avisos al Andalucía que la flota Cartaginesa no podria mover aquel año para residir en España, por impedimentos que le sucediéron. Y como doce mil Españoles pasáron en Sicilia, para favorecer las competencias que Cartago por allá traia: sobre las quales peleáron una batalla mucho cruel y peligrosa. 428.

Cap. XLV. De la nueva provision hecha en España por la Señoría Cartaginesa, para conservar su contratacion entre los Andaluces, y de las abominables devociones y sacrificios que los tales Cartagineses traxéron acá, sacando sangre de los cuerpos humanos, para complacer á sus demonios. 432.

ADVERTENCIA.

Aunque en el Prospecto se ha ofrecido publicar al fin de los ocho tomos de esta obra uno ó mas de notas que ilustren el todo de ella, sin separarnos de nuestra oferta queremos adelantar ahora algunas advertencias al fin de cada uno de los dos tomos que publicamos, ya porque las creemos conducentes á la mejor inteligencia de lo que ha escrito Ocampo, ya para que los Lectores hallen mas facilidad en satisfacer sus dudas durante la lectura de cada tomo: en este supuesto, en la primera coluna se hallará el número de las páginas de cada tomo; en la segunda el de los puntos, que empezando en cada capítulo, concluyen con él, y vuelven á empezar en el siguiente; en la tercera coluna se colocarán las palabras mal escritas ó equivocadas, y las que necesitan de algunas explicaciones; y en la quarta se pondrán éstas y las correcciones en la siguiente forma.

PROLOGO.

Pág.	*Línea.*	*Dice.*	*Debe decir.*
12.	6.	Antonio Pio.	Antonino Pio.
13.	6.	Alanos Suevos y Silinguos.	Suevos Vándalos Alanos y Silingos.
13.	25.	los.	las.
15.	11.	Vobisco.	Vopisco.
	14.	Jornando.	Jornandes.
	15.	Gulfilias.	Wlfilas.
20.	3.	La primera della.	La primera parte della.
20.	23.	Mandaba.	Mandaban.
21.	16.	Dixera.	Dixeran.
23.	2.	Reyno.	Reynos.

LIBRO PRIMERO.

Pág.	*Punto.*	*Dice.*	*Debe decir.*
4.	8.	Olearso.	Olarso.
6.	18.	Baza.	Bastan.
7.	22.	Capfranque.	Campfranc.
8.	24.	Pucerdan.	Puicerda.
10.	36.	Beses.	Besós.
12.	51.	Suro.	Sucro.
13.	53.	Emeoroscopio.	Hemeroscopio.
16.	69.	Bezmeliana.	Bismiliana. (Ventas de)
17.	70.	Fuengirona.	Fuengirola
	71.	Estapona.	Estepona.
	71.	Crisio, Rio.	Chryso. Florez cree es el Guadalete que entra en la bahia de Cádiz.

Pág.	*Punto.*	*Dice.*	*Debe decir.*
18.	80.	Beloña.	Bullon, poco distante de la boca del Rio Barbate. Es el Bellone de Ptolomeo y Mela.
20.	89.	Huelma.	Huelba.
21.	93. y 94.	Tavila.	Tavira.
22.	97.	Sigres.	Sagres. Es vestigio del nombre Sacrum que tenia el cabo vecino.
	100.	Lodemira.	Odemira.
22.	100.	Perseguero.	Pesegueiro.
23.	105.	Alisera.	Erizeyra. Villa con título de Condado.
24.	105. y 106.	Penier.	Peniche.
24.	105.	Londrobries.	Londobris.
	105.	Fallarones.	Farellones.
	107.	Ntra: Sra.	Esta Ntra. Sra. se llama de Nazaret, y es Santuario muy célebre y freqüentado en Portugal.
	107.	Selir.	Se llama Selir do Porto, á distincion de Selir do Mato, que está entre Alcobaza y las Çaldas da Rehiña.
	109.	Voga.	Vouga.
	109.	Vaca.	Væca.
	109.	Avero.	Aveiro.
25.	112. y 113.	Frexo.	Freijo: llámase de espada en cinta.
26.	115.	Avia.	Ave. Rio distinto del Avia, que entra en el Miño, y que da nombre al celebrado vino de Ribadabia.
26.	115.	Lixones.	Leijönes, es lo mismo que Laxones ó Laxas grandes.
	117.	Posende.	Esposende, Puertecito á la boca del Cabado.
27.	122. y 123.	Islas de Bayona.	No tienen arroyos, aunque sí fuentes. No son éstas las Islas de los Dioses, sino las de Ons, que estan un poco mas al Norte.
	126.	Tamar.	Tambre.
	126.	Novin.	Noviûm.
	127.	Corvian.	Corcubion.
	127.	Yerna.	Es corrupcion de Neria.

28.

Pág.	Punto.	Dice.	Debe decir.
28.	130.	Cayon.	No dista quatro leguas de Sisarga, sino dos.
	132.	Pontesdimia.	Pontesdeume ó Puentesdeume.
	133.	Priolo.	Prioiro.
	134.	Aguillones de Ortiguera.	Les llaman de Cariño por un Puertecito de este nombre, que está á la vuelta del Cabo.
	136.	Labasma.	La Masma, no es Pueblo, sino Rio que baxa de Mondoñedo.
29.	136.	Mearon, Rio.	Se llamó Metharo por Ptolomeo, y es el de Santa Marta, dicho hoy Mera. El de Ribadeo se llama Eo, y no hacen mencion de él los antiguos.
	138.	Prucia.	Purcia: Es nombre de Rio y Puente.
	140.	Codilleiro.	Cudillero.
	141.	Uson.	O de Guson. Es una restinga del Cabo de Peñas.
	144.	Santa Justa.	Hoy Santi Juste.
31.	157.	Oyarco.	Oyarzo.
36.	20.	Bregancia.	Braganza.
37.	26.	Detras los montes.	De Traslosmontes.
	25.	Quando dentro de estas rayas y mojones se contienen.	Quanto dentro de estas rayas y mojones se contiene.
40.	44.	Montanges.	Montanches.
41.	44.	el So.	Só el.
45.	65.	aplicados.	aplicadas.
47.	71.	Alcanca.	Alcanza.
50.	7.	Porfidos y Margaritas.	Puede ser que quisiese decir Marcasitas.
53.	16.	habituar.	habitar.
52.	12.	Nonvedre.	Monvedre.
56.	5.	Mantillas.	Montillas.
	5.	Campó.	Campoó.
	7.	Mar de Tatana.	Mar de la Tana. Es la laguna Meotis, llamada así por los navegantes de la media edad por entrar en ella

Pág.	*Punto.*	*Dice.*	*Debe decir.*
			ella el Rio Tanais, ó Don.
57.	6.	Preciano.	Prisciano.
	10.	Huelma.	Huelba.
59.	6.	Balbaneda.	Valbanera.
60.	5.	Resplandeclo.	Resplandeció.
	8.	Jomeras.	Lomeras.
66.	9.	Catafurda.	Craunfort.
72.	20.	Augustobriga.	Se reduce esta Augostobriga á un Pueblo en tierra de Soria, llamado Aldea del Muro.
	21.	Juliobriga.	Se reduce al sitio de Retortillo, como legua y media de las fuentes del Ebro.
72.	22.	Segorve.	Es dudosa la reduccion que se hace de Segobriga á Segorve; y aun de lo que dice Ocampo en la página 249. punto 9. se infiere lo contrario.
72.	24.	Augustobriga.	Esta Augustobriga, que es la de los Betones, no se reduce á Ciudad Rodrigo, sino á Villar del Pedroso.
	24.	Arcobrica.	No se reduce al Arcos de la Andalucia, sino al Arcos de junto á Medinacœli. Arcos es la Colonia Arcense.
74.	3.	Repartirla.	repetirla.
83.	4.	Cercano.	Cercanas.
84.	6.	Alegados.	Allegados.
91.	4.	Tison.	Tiphon.
100.	13.	Recio.	Recia.
103.	7.	prosperaba.	prósperaban.
106.	5.	muchos.	muchas.
109.	6.	hallaba.	hallaban.
110.	7.	Inscripcion de la Coruña.	MARTI AVG.SACR C.SEVIVS LVPVS AR::::::::TECTVS A:::::::::::::SIS LVSITANVS EX Vo Asi se hallaba en el año de 1755. que la copió el P. Mtro. Sarmiento, y asi se conserva.

Pág.	*Punto.*	*Dice.*	*Debe decir.*
115.	9.	Vicdojona.	Es la Ciudad de Vich en Cataluña.
118.	20.	Hataulfo.	Ataulfo.
126.	2.	Silo.	Silio.
127.	4.	De bueiera.	Bueiera.
132.	5.	Caminaba.	Caminaban.
133.	9.	Sicanes.	Sicanos.
144.	11.	Tucides.	Thucidides.
154.	5.	moderamiento.	maderamiento.
174.	1.	persiguiesen.	persiguiese.
177.	11.	dicen.	dice.
184.	3.	demasiada.	demasiado.
184.	7.	Letana.	La Tana: aquí parece que Ocampo entiende por mar de la Tana el Mar Negro ó Ponto Euxîno, lo qual solo puede entenderse extensivamente.
188.	2.	Carnageles.	La edicion de 1543 pone Carnages, que vale lo mismo que carne seca ó tasago.
196.	5.	Occirsos.	Ociosos.
201.	4.	fronteros.	frontera.
204.	14.		La Isla de que aquí habla Ocampo no se ha desaparecido, pues estando comprehendida entre los dos brazos que antiguamente formaba el Guadalquivir, y habiéndose estos reunido es ya tierra firme y contigua á las Marismas de Lebrija.
209.	10.	Elenes.	Hellenes se reduce hoy á Pontevedra.
212.	4.	Tide.	Aquí se equivoca Ocampo, pues no hubo Tide al Medio-dia del Miño: esta Ciudad estuvo siempre en el márgen boreal, primero mas distante, y luego en la misma orilla del Rio.
212.	6.	Iria.	Tampoco hubo Iria en estas partes, ni se conoció otro pueblo de este nombre mas de

Pág.	*Punto.*	*Dice.*	*Debe decir.*
			de Iria flavia, junto al Padron.
	8.	trataramos.	tratarémos.
214.	4.	Lisboa.	Ulisipo Salaria: ni hubo pueblo de este nombre en frente de Lisboa. Salaria es corrupcion de Salacia, y ésta se reduce al Cazaro do sal.
216.	9.	lo diéron.	los diéron.
218.	13.	Torre de Capion.	Se reduce á Chipiona, entre Rota y San Lucar.
221.	13.	espejada.	despejada.
225.	10.	hallaban.	hallaba.

LIBRO SEGUNDO.

244.	12.	Duracos ó Uracos.	No hubo tal Nacion, y parece la confunde Ocampo con los Arebacos.
245.	13.	Villaosada.	Villaoslada.
	13.	Balbaneda.	Valbanera.
	15.	Caparos y Lacoos.	Hubo Cœporos nombrados por Ptolomeo y Plinio, que habitaban entre Santiago y Pontevedra: pero no se conociéron los Lacoos, y si por tales entiende los Lacones, cuyas costumbres dice Estrabon tenian los Cantabros, se deben reducir al pais que habitaban estos.
255.	15.	Huvindo.	Vindio.
256.	19.	Cebreros.	Cebrero.
	21.	Villapoca.	Villapouca.
257.	25.	daban.	daba.
		llaman.	llama.
258.	26.	dellos.	de los
259.	32.	conforme.	conforme.
262.	45.	Sintres.	Centra, Sierra y villa al poniente de Lisboa.
264.	50.	Hullan.	Ulla, Rio tres leguas al oriente de Santiago.
274.	19.	Isla de Ercules.	Es la isla de Saltes, en la barra de Huelba.
274.	20.	Onoba Listuria.	Se reduce á la villa de Huelba,

Pág.	*Punto.*	*Dice.*	*Debe decir.*
			ba, y se dixo Listuria por estar situada èntre los Rios Urio, Luxìo, y hoy Tinto y Odiel.
292.	23.	Voltaco.	Vultuniaco.
	23.	Vertobriga.	Nertobriga.
328.	16.	Peniscla.	Peniscola.
336.	11.	Derrocasse.	Derrocasen.
338.	3.		El largo de la Isla de Menorca es segun las últimas observaciones de 23 millas.
352.	4.	Seria.	Es dudoso que hubiese dos Pueblos de este nombre. El Seria dicha Fama Julia se reduce á la Villa de Feria en Extremadura.
352.	6.	Vertobrigas.	Nertobrigas: La Nertobriga dicha Concordia Julia se reduce á Frexenal.
	7.	Segeda.	Segeda ó Restituta Julia, á Zafra.
	8.	Vultuniaco.	O Turriga á la Calera.
	9.	Lacomurgo.	Laconimurgio Constancia Julia. Es Constantina.
	10.	Teresa.	Teresibus: La comarca de Guadalcanal.
352.	10.	Fortunal.	Fortunales. La de San Nicolas del Puerto.
	10.	Calesa.	Calenses Hermandici (Cazalla.)
353.	10.	Auruci.	Arunci. Moron.
		Acimbro.	Cicimbro.
		Arunda.	Ronda la Vieja.
		Turobriga.	Turobrica (Turon).
		Astigi.	Lastigi. No es Ecija, sino la Villa de Zaara.
		Alpesa.	Salpesa. Corregido por sus medallas. Se reduce á Faci Alcazar.
		Sisopone.	Sepone: No es el Sisopone que comunmente se reduce á las minas del Almaden, sino otro pueblo nombrado por Plinio entre los antecedentes que se reduce á Movier.
		Serippo.	Serippo. Los Molares.

Pág.	Punto.	Dice.	Debe decir.
356.	14.	Carteya ó Tarifa.	Carteya no es Tarifa, pues aquella se reduce al fondo de la Bahía de Gibraltar, y sitio del Rocadillo y Torre de Cartagena.
359.	3. 4. &c.	Insulas Afrodisias.	Plinio da el nombre de Afrodisia á la Isla de Cádiz: creemos que este nombre era genérico y comun no solo á esta Isla, sino á todas las que en esta parte de la Costa de España estaban expuestas á los embates del proceloso Atlántico, pues aphrodites en griego equivale á espumosas en castellano.
359.	10.		El mismo Ocampo dice que el nombre de Cotinusa se dió á esta Isla por estar poblada de Acebuches. Mela señala en esta Costa un sitio llamado Oleastro ó bosque de los Acebuches, entre Rota y San Lucar, que es justamente adonde corresponde la Isla formada por los dos brazos del Guadalquivir, de lo que inferimos que la tal Isla Cotinusa, cuya situacion hasta ahora era dudosa, se debe reducir á este punto.
371.	17.	Cesariano.	Cesariana. Se reduce á Jerez de la Frontera.
		Arcobriga.	No hubo tal Pueblo en Andalucía, y si Arci, que se reduce á la Villa de Arcos, que es la de que habla Ocampo, llamada en Inscripcion Colonia Arcensium.
373.	3.	Axi.	Almuñecar.
	5.	Urgi.	Junto al Rio Almanzor.
374.	6.	Melaria.	Se reduce al Cabo de Plata, tres leguas al Occidente de Tarifa.

12.

Pág.	Punto.	Dice.	Debe decir.
	12.	Medina Sidonia.	Ocampo reduce á esta Villa la antigua Turdeto; pero esta reduccion es tan dudosa, como la existencia de Turdeto.
387	8.	Masienos.	Estos Pueblos se infiere de Rufo Festo Avieno que caian entre el Rio Guadalete y el Estrecho.
		Selvisos.	Selvisos, Selvisinos, Albicinos, Celvicios y Celvicenos, son todos unos mismos Pueblos, colocados por Avieno en la Costa que corre desde Cádiz á la boca del Guadiana.
388.	12.	Turdulos Curenses.	Es la Costa Oriental de la Bahía de Cádiz, á la qual Plinio da el nombre latino de Litus Corense.
	16.	Melésos.	De estos Pueblos habla Livio, y en ellos coloca á Aurigi, que se reduce á Jaen.
		Girisenos.	Habla de ellos Plutarco en la vida de Sertorio, y los hace inmediatos á Castulon, por lo que no es inverosimil que cayesen en las inmediaciones de Jaen, como lo supone Ximena en la historia de dicha Ciudad.
		Cinitas.	Estos Pueblos dichos tambien Cinetas vivian en aquella parte de la Costa de Portugal, adonde ahora se halla la Villa de Sines, al Sur del Cabo de San Vicente.



